

historia del mundo



TOMO 6

José Pijoan

historia del mundo

SALVAT EDITORES, S. A.

BARCELONA • MADRID • BUENOS AIRES • MEXICO • CARACAS • BOGOTA • QUITO • SANTIAGO • RIO DE JANEIRO



Libros, Revistas, Intereses:
http://thedoctorwho1967.blogspot.com.ar/

GRAFICAS ESTELLA, S.A. Estella (Navarra) - 1977
PRINTED IN SPAIN

DIRECTOR: JUAN SALVAT
DIRECTOR EDITORIAL: AMANCIO FERNÁNDEZ TORREGROSA
SECRETARIO DE REDACCIÓN: VICENTE GARCÍA PITARCH (V. G.)
COLABORADORES CIENTÍFICOS DEL PRESENTE VOLUMEN:

J. G. F. Juan GARCÍA FONT, licenciado en Filosofía y Letras.
A. G. Albino GARZETTI, profesor de la Universidad de Génova.
A. J. Antoni JUTGLAR, profesor de la Universidad Autónoma de Barcelona.
J. M.ª P. José M.ª PISA, licenciado en Teología.
A. M. P. Alberto M. PRIETO, profesor de la Universidad de Granada.
D. R. David ROMANO, catedrático de la Universidad de Barcelona.
R. S. Ramón SORIA, profesor de la Universidad de Barcelona.
J. T. S. Jacoba TADEMA, de la Universidad de Leiden (Holanda).

CARTOGRAFÍA Y CUADROS FUERA DE TEXTO: RAMÓN GRAU, MARINA LÓPEZ y RAMÓN SORIA
COMPAGINACIÓN: JAIME PRAT

COLABORADORES CIENTIFICOS DE TODA LA OBRA

Dr. D. José ALSINA CLOTA, catedrático de la Universidad de Barcelona.
Dr. D. Antonio M.ª ARAGÓ CABAÑAS, vicedirector del Archivo de la Corona de Aragón, de Barcelona.
Dr. D. José BASABE, profesor de la Universidad de Barcelona.
Dr. D. Aurelio BERNARDI, profesor de la Universidad de Pavía.
Dr. D. Pere BOHIGAS, profesor de la Escuela de Bibliotecarias y conservador de la Biblioteca Central de la Diputación de Barcelona.
Dr. D. L. N. J. BRUNT, de la Universidad de Amsterdam (Holanda).
Sr. D. Rafael CONDE, profesor de la Universidad Autónoma de Barcelona.
Sr. D. José FLORIT, profesor de la Universidad de Barcelona.
Sr. D. Juan GARCIA FONT, licenciado en Filosofía y Letras.
Dr. D. Albino GARZETTI, profesor de la Universidad de Génova.
Sr. D. Miguel GIL GUASCH, director técnico del Museo de Artes Decorativas de Barcelona.
Dr. D. Francisco GOMÁ MUSTÉ, catedrático de la Universidad de Barcelona.
Dr. D. Pedro GRASES, doctor en Filosofía y Letras (Venezuela).
Sr. D. Ramón GRAU, licenciado en Filosofía y Letras.
Sr. D. Lorenzo GUILERA, jefe del Laboratorio de Cálculo de la Universidad de Barcelona.
Sr. D. Luis IZQUIERDO, licenciado en Filosofía y Letras.
Dr. D. Antoni JUTGLAR, profesor de la Universidad Autónoma de Barcelona.
Dr. D. Miguel Ángel LADERO QUESADA, catedrático de la Universidad de La Laguna (Tenerife).
Dr. D. Pedro LAÍN ENTRALGO, catedrático de la Universidad de Madrid y académico de las Reales Academias de la Lengua y de la Historia.
Sra. Marina LÓPEZ GUALLAR, licenciada en Filosofía y Letras.
Dr. D. José Antonio MARAVALL, catedrático de la Universidad de Madrid y académico de la Real Academia de la Historia.
Sr. D. Ricardo MARTÍN, profesor de la Universidad de Barcelona.
Dr. D. Pedro MOLAS RIBALTA, profesor de la Universidad de Barcelona.
Dr. D. Antonio MORALES, profesor de la Universidad de Madrid.
Srta. M.ª Luz MORALES, escritora y publicista (Barcelona).
Dr. D. Anscari M. MUNDÓ MARCET, profesor de la Universidad Autónoma de Barcelona y archivero de la Corona de Aragón.
Sr. D. Antonio PALUZIE BORRELL, secretario de la Sociedad Astronómica de España y América.
Dr. D. Augusto PANYELLA, director del Museo Etnológico de Barcelona.
Dr. D. Luis PERICOT GARCÍA, vicepresidente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
Srta. Marina PICAZO, licenciada en Filosofía y Letras.
Sr. D. José M.ª PISA, licenciado en Teología.
Sr. D. Alberto M. PRIETO ARCINIEGA, profesor de la Universidad de Granada.
Srta. Helena PUIGDOMÉNECH, profesora de la Universidad de Barcelona.
Dr. D. Carlos PUJOL JAUMANDREU, doctor en Filosofía y Letras.
Dr. D. Juan REGLÁ CAMPISTOL, catedrático de la Universidad Autónoma de Barcelona.
Srta. María de los Ángeles del RINCÓN, licenciada en Filosofía y Letras.
Dr. D. David ROMANO VENTURA, catedrático de la Universidad de Barcelona.
Sr. D. José E. RUIZ DOMÉNEC, profesor de la Universidad Autónoma de Barcelona.
Dr. D. Santiago SOBREQUÉS VIDAL, profesor de la Universidad Autónoma de Barcelona.
Sr. D. Ramón SORIA, profesor de la Universidad de Barcelona.
Srta. Jacoba TADEMA SPORRY, de la Universidad de Leiden (Holanda).
Dr. D. Ernesto de la TORRE VILLAR, director de la Biblioteca Nacional de México.
Dr. D. Federico UDINA MARTORELL, catedrático y decano de Letras de la Universidad Autónoma de Barcelona y director del Archivo de la Corona de Aragón.
Srta. M.ª Luz VÁZQUEZ BACA, licenciada en Filosofía y Letras.
Sr. D. Pedro VEGUÉ, director técnico del Gabinete Numismático de Cataluña (Barcelona).
Dr. D. Juan VERNET GINÉS, catedrático de la Universidad de Barcelona.
Sr. D. Francesc VICENS, crítico de arte (Barcelona).



INDICE



San Bernardo predicando a una comunidad cisterciense; miniatura francesa de un "Libro de Horas" del siglo XV (Museo Condé, Chantilly). Por haber fundado el monasterio de Clairvaux se le conoce como San Bernardo de Claraval.

Cluny y el Cister.

Las Órdenes mendicantes

La reforma llevada a cabo por los papas (Hildebrando y sus sucesores de los siglos XII y XIII) no hubiera sido eficaz si no se hubiese producido un movimiento popular favorable, que colaboró con las altas jerarquías eclesiásticas del modo más inesperado. Sin el evangélico entusiasmo que acompañó a la fundación de las llamadas Ordenes mendicantes (franciscanos y dominicos), la Iglesia hubiera reincidido pronto en sus desórdenes condenados. Recordemos que la reforma hildebrandina consistió en el restablecimiento de la disciplina eclesiástica y en negar a las autoridades civiles el derecho de nombrar obispos y abades. Pero estas "reformas" tendían sólo a corregir abusos con castigos y excomuniones; no procedían como una sacudida espiritual que, transformando las almas, las hiciese capaces de sentir ellas, por su cuenta, los beneficios de una vida religiosa.

Además, todo el sector de la Iglesia militante representado por los monjes sentía menos directamente la influencia reformadora de los papas o de sus legados. Y los monasterios habían acumulado posesiones vastísimas; debían de ser, pues, codiciados. Los yer-



Maqueta de la parte del monasterio de Cluny que aún se conserva en la actualidad (Museo de Cluny, París). Se trata del brazo sur del gran transepto de la edificación conocida como Cluny III, inaugurada en 1088.

mos donde se habían establecido los monjes siglos atrás eran ahora fértiles llanuras; donativos y herencias habían multiplicado los bienes de las casas de los religiosos de un modo inaudito. Como, de acuerdo con la regla benedictina, cada monasterio era una entidad independiente, la casa madre de Montecassino no podía arrogarse más que una dignidad primacial puramente honorífica. Sin la vigilancia de una autoridad central, y tentados por la sed de riquezas, los monjes caerían a menudo en los excesos que originan la ociosidad y la abundancia. Una comunidad relajada debía elegir un abad poco virtuoso, y éste, necesariamente, habría de tolerar los mayores desórdenes. Y así no es de extrañar que algunas personas desearan algo más que el perezoso retiro que podía encontrarse en muchas casas de benedictinos después de la muerte del fundador.

La evolución que representa la fundación de nuevas Ordenes religiosas hubo de estar precedida, como todos los grandes esfuerzos espirituales, de tanteos y ensayos, preparando la tremenda enunciación de la nueva verdad. Parece como si algo se resistiera a la presión del Espíritu y que, sólo después de varios ataques, éste lograra forzar el paso hacia un estado superior, que muchos anhelaban sin conocerlo. Ya en el período carolingio se hizo la primera tentativa de renovación de la Orden benedictina, volviendo a la severidad de sus primeros días. Un noble, monje del monasterio de Saint-Seine, descontento con la rutina viciosa de la casa, pidió y consiguió retirarse a una de sus tierras, Aniano, en el sur de Francia, para fundar allí un monasterio según sus deseos. Se llamaba Benito y se le conoce en la historia por Benito de Aniano. Monjes suyos pasaron a colonizar otros monasterios para dar ejemplo con su celo en aquellos donde se había perdido la tradición benedictina. El mismo Benito de Aniano marchó a Alemania para fundar otra casa cerca de Aquisgrán y allí murió el año 822.

Para Benito de Aniano, el remedio contra el desorden y la relajación que reinaban en muchas casas benedictinas de su tiempo era reglamentar la vida de los monjes, prohibiéndoles interpretar la *Regla* según su gusto y

medida. Para conseguirlo redactó un *Codex Regularum* y una concordancia o comentario de la *Regla* de San Benito. Emperadores como Carlomagno y Luis, magnates como Guillermo, duque de Aquitania, apoyaron a Benito de Aniano con toda su autoridad, pero la reforma no tuvo consecuencias porque faltaba lo esencial, que era la aplicación de la disciplina por una autoridad superior, ajena a la comunidad. Los monasterios benedictinos continuaban siendo a modo de células del todo independientes y pronto volvieron a caer en su anterior degradación.

Más trascendental y duradera fue la reforma iniciada con la fundación del monasterio de Cluny, el año 910. Desde el primer día fue Cluny el heredero de los esfuerzos de Benito de Aniano, aunque su segundo abad, Odón, consiguió llegar mucho más allá. Lo que se necesitaba era asociar los monasterios y que éstos no fueran autónomos, sino regidos por alguien nombrado desde fuera. Esto lo comprendió Odón de Cluny, que dio a la Orden benedictina un nuevo carácter, pero insistiendo en la austeridad y piedad prescritas por la *Regla* de San Benito. A la muerte de Odón y de su digno sucesor, Mayolo, muchos de los antiguos cenobios franceses ya dependían de Cluny, y hasta algunos de Italia y Alemania reconocían la supremacía de la joven comunidad cluniacense. En realidad, los monasterios incluidos en la reforma perdieron una independencia de la que no eran dignos; muchos quedaron convertidos en simples prioratos de Cluny; algunos pocos conservaron sus abades, elegidos ya desde ahora con el beneplácito de la casa central. Para la administración de esta vasta red de monasterios se dividió la Orden en diez provincias y, para cada provincia, se elegían dos visitadores, o inspectores, en el concilio general que se celebraba anualmente. Los visitadores dependían del abad de Cluny, no habiendo posibilidad de desviarse poco ni mucho de su obediencia.

La gigantesca organización internacional de los monjes cluniacenses se consolidó, aunque parezca extraño, con la ayuda que prestaron a la reforma los gobernantes de todos los países. Esto solo indica la desmoralización a que debían haber llegado las casas benedictinas hacia el año 1000, ya que el abad Odón había obtenido el privilegio de que Cluny y sus sucursales no estuvieran sujetas a ningun poder civil ni eclesiástico, más que al del papa. Por otra parte, sus abades supieron mantener vigorosamente su personalidad y el carácter y disciplina de esta institución poderosa, que en los siglos XI y XII fue el mejor instrumento de la obra de los papas en la reacción civilizadora del Occidente. La independencia de Cluny, en la lucha del Imperio con el papado, dio lugar a velados reproches y quejas por parte de Hildebrando en sus cartas al abad Hugo; pero acaso su misma independencia aumentó el crédito de la confederación de los monasterios cluniacenses que de él dependían. El papa Urbano II fue elegido posiblemente porque había sido prior de Cluny. El que le sucedió en la silla pontificia, Pascual II, también era cluniacense; su sucesor, Gelasio II, fue a morir a Cluny, y Calixto II fue elegido en la misma abadía. Son, pues, cuatro pontificados, que van del 1088 al 1124, en los que la influencia de Cluny aparece predominante en la Iglesia romana. Poco a poco, su misma pujanza hubo de perjudicarle; ésta inevitablemente iba aparejada con riquezas, abundancia y aun poder político, cosas poco favorables a la vida espiritual, y más deplorables aún porque Cluny entonces representaba a casi toda la Orden benedictina, la única todavía en Occidente.

Así no es, pues, de extrañar que los espíritus verdaderamente deseosos de quietud y soledad se fuesen a vivir otra vez a los yermos para consagrarse a prácticas que recuerdan las de los primeros monjes cristianos. Varias



San Hugo, abad de Cluny desde 1049 a 1109, resucita a un muerto en presencia de los monjes y de los acompañantes del difunto; miniatura francesa del siglo XII (Biblioteca Nacional, París). Hugo, consejero de papas y emperadores, no fue sólo un santo, sino un prudente moderador en las luchas entre el pontificado y el Imperio.

LA ARISTOCRACIA Y LOS MONASTERIOS

He aquí un texto de uno de los mejores testigos de su tiempo, finales del siglo XI, llamado Guibert de Nogent: "En medio de tantos ejemplos, la nobleza se apresuraba a someterse a una pobreza voluntaria y, comparando los monasterios a los que se retiraba con las cosas que había despreciado, se aplicaba a la piadosa empresa de atraer a los demás. Así, mujeres de alto rango renunciaban a sus matrimonios con hombres ilustres y, olvidando sus tiernas afecciones maternales, llevaban a esos lugares todas sus riquezas y se entregaban enteramente a los ejercicios eclesiásticos. Aquellos que no podían abandonar del todo sus posesiones sostenían con importantes donaciones a los que habían renunciado al siglo. Colmaban las iglesias y los altares con ricas ofrendas y así aquellos que no podían abrazar ese género de vida lo protegían y protegían al mismo tiempo a quienes se consagraban a él, ayudándoles con todas sus riquezas y esforzándose por igualarse a ellos tanto como podían... Pero, desde esa época de tan gran esplendor [Guibert de Nogent habla ahora en la primera parte del siglo XI], la maldad siempre creciente de los hombres de nuestro tiempo parece haber producido continuos perjuicios. Ahora mismo, ¡oh dolor!, las ofrendas que sus padres, impulsados por un piadoso celo, habían ofrecido a los lugares santos, hoy los hijos las vuelven a tomar enteras o intentan continuamente, por repetidas demandas, rescatarlas, desconociendo de ese modo la voluntad de sus antepasados y mostrándose hijos degenerados".

La lectura de este texto sugiere ideas nada comunes con la tradicional presentación del fenómeno monasticista de la época dorada del régimen de cristiandad. Pero en él se contiene un esquema del proceso de penetración llevado a cabo por los ideales cristianos a través de la vida señorial y de los ideales naturalistas, y que acabaría dando a la aristocracia una fundamentación sobrenatural de sus privilegios, sobre todo por medio de la caballería —el anverso de la medalla respecto de la vida monacal— y el contenido aristocrático que se introdujo en ella.

En el siglo XI, según los historiadores, se sitúa la línea donde comienza, hasta principios del siglo XIV, el período durante el cual se constituyó "un nuevo sistema de relaciones socioeconómicas y socioculturales, ordenado alrededor de las formas de vida urbana, al término del cual comenzó a adquirirse conciencia del cambio que se operaba" (J. L. Romero). Período en el que, junto al intento de predominio terrenal del papado y de las ideas imperiales, pero prescindiendo de ellas, se fueron advirtiendo unas unidades políticas que se constituían poco a poco según nuevos esquemas impuestos, no por la tradición, sino por la nueva realidad aparecida, y que lograron sobrevivir a las fuerzas disgregatorias del feudalismo o a las fuerzas hostiles de los vecinos.

Es decir, para valorar el monasticismo de la primera época feudal, o "primera edad feudal" como la llama Marc Bloch, es necesario hacerlo en la perspectiva que ofrece el estado de la aristocracia, y antes de que la liberación de los campesinos, la definitiva irrupción del "urbanismo", la aparición de los nuevos reinos nacionales a través del llamado período "feudoburgués" (Romero) logren la aparición de una nueva sociedad, que producirá unos movimientos de carácter religioso-monástico no poco diferentes.

Tras la disolución del Imperio de Carlomagno en acción mancomunada con el papado, la monarquía empezó a ser cuestionada y su poder se resintió, impugnándose el principio hereditario a favor del electivo. De esa manera fue disminuyendo la preponderancia monárquica para pasar a vivir bajo la protección de la aristocracia terrateniente y militar. La aristocracia, con su sentimiento de seguridad, y la Iglesia, que también pertenecía a ella, comenzaron a aprovechar la debilidad de la monarquía. De modo que el rápido ascenso de la aristocracia eclesiástica y un particular detrimento del poder real fueron lo característico de la primera época feudal.

Seguramente la lucha imperio-papado puede significar su más culminante expresión concreta. Y, tras desvanecerse los vínculos con el estado y ser sustituidos éstos por un sistema de lealtades personales, la fundamental inseguridad, la primacía de la fuerza, la inexistencia de un orden jurídico, la codicia, el amor por el oro y la plata, etc., fue lo característico de los grupos dominantes, entre los que se contaba la Iglesia. La subsiguiente situación de profunda crisis y de compleja confusión es lo que guiará a muchas personas a la más severa disciplina en los monasterios. Sin que en esta época los monasterios estén tan alejados de la sociedad como los que, en loca búsqueda de la independencia personal en el total abandono a la providencia divina, caracterizaron la vida eremítica durante la crisis del desaparecido Imperio romano.

No vamos ahora a desarrollar ni a desvalorar las grandes obras artísticas, los importantes trabajos realizados en torno a los monasterios. La aristocracia se retiraba a los monasterios y se dedicaba a las artes plásticas. Y, aunque en los monasterios puede encontrarse un ejemplo de vida de trabajo racionalizado en talleres ordenados y con división de trabajo, como todavía el trabajo se consideraba en parte como penitencia y castigo del pecado, no es precisamente de los monasterios de donde procede el ennoblecimiento de la vida por el trabajo.

Interesa ahora valorar esta primera relación de aristocracia y vida monacal, cuya expresión artística pueden ser las iglesias románicas, frente a los monumentos góticos, de un costo mayor y exponentes de una economía urbana. Es decir, que es necesario comprender cómo junto a una aristocracia terrateniente y militar se fue constituyendo una "aristocracia espiritual", germen y levadura de la otra. Por ello, en la mentalidad de un cluniacense o de San Bernardo se compone fácilmente la existencia de un contemplativo clérigo con uno de la "nueva milicia" (es decir, perteneciente a una Orden militar) o con un caballero.

Todo aparecía perfectamente ordenado y fundamentado sobrenaturalmente. No todo aristócrata —aunque ciertos monasterios estaban casi exclusivamente reservados a ellos— adoptaba una de esas formas de vida, pues muchos de los pertenecientes a la aristocracia "querían pensar en el trasmundo a partir de su posición privilegiada en el mundo" (Romero). Pero quien quería una vida enclaustrada monasterios tenía, y quien prefería algo diferente, tras introducirse la caballería en el espíritu de la aristocracia terrateniente y militar, ahí tenía una concepción monacal para la vida seglar. Y si gustaba de la aventura y el ansia de más y nuevas tierras, animado por el espíritu misionero gritado por los papas contra los infieles, ahí tenía cruzadas y Ordenes militares que encauzarían su nueva vocación.

J. M.ª P.

fundaciones de los siglos XI y XII revelan este mismo furor ascético. De estas fundaciones ha sobrevivido, llegando con singular renombre a nuestros días, la Orden de los cartujos, fundada por San Bruno. A últimos del siglo XI se retiró éste al desierto de la Gran Cartuja, en un rellano de los Alpes, porque lo consideró bastante apartado y con un clima bastante frío para no tentar a los que no tuvieran firme vocación de penitencia. Pero hasta de allí se marchó porque resultaba demasiado accesible y fue a morir en la tierra caliente del talón de Italia, en un lugar cerca de Squilace, que el sol y la sequedad hacen

CLUNY, ENTRE EL PAPADO Y EL IMPERIO

Desde un principio, los cluniacenses se mantuvieron en una postura muy consciente del ideal imperial. En una época en que el Imperio representaba la reforma y el avance de la cristiandad occidental y en que el papado se debatía en una larga y profunda crisis de poder y de prestigio espiritual, la posición de Cluny puede parecer asimilable a las corrientes innovadoras.

La lealtad hacia los poderes civiles mantenida por Cluny en los siglos x y xi se explica en gran parte por la misma organización de la reforma monástica. Penetrando en un país a través de sus altas esferas, el apoyo y la protección de los grandes señores es una de las armas sustanciales de Cluny. La entrada de Cluny en cada país se señala por la aproximación a los poderes temporales y la constitución de verdaderos pactos, según los cuales los monasterios reformados por los monjes de Cluny pasaban a depender de esta Orden. Muchos de los monasterios que les fueron confiados eran reales o imperiales.

Para Abbón de Fleury, el más célebre de los teóricos políticos cluniacenses, la preeminencia de la corona sobre toda otra potencia tanto espiritual como temporal es el fundamento de todo derecho público. No queriendo admitir la posibilidad de conflictos entre los dos poderes, el civil y el religioso, Abbón no delimita jamás netamente sus esferas de influencia. Esta confusión es muy propia de la postura cluniacense.

Es muy característico el trato deferente que los abades San Odilón y San Mayolo dispensaron a los grandes de la época, especialmente al emperador.

La intervención imperial en las elecciones pontificias no despertó jamás temor alguno en Cluny.

Odilón, cuando las protestas contra las pretensiones imperiales empezaron a elevarse desde todos los lados, se mantuvo perfectamente acorde con Conrado II y Enrique III.

A la muerte de Clemente II, Odilón continúa alabándole, mientras un clérigo de la Baja Lorena, Wason de Lieja, inspirado en las Falsas Decretales, declaraba que el emperador no debía intervenir en los asuntos de la Iglesia, que Clemente II no era papa y que Enrique III lo había escogido porque no podía obligar a Gregorio VI a reconocer su matrimonio no canónico.

Cuando Enrique III hubo depurado la Santa Sede (1046) y elegido a Clemente II, Odilón, que acababa de llegar a Roma, lo declaró, sin duda alguna, "un hombre apostólico". Y, sin embargo, Gregorio VI era el papa legítimo, según los reformistas, y Enrique III lo depuso por las necesidades de su causa.

Mientras, Wason de Lieja proclama que el papa sólo procede de Dios, y después de la muerte de Clemente II declara inútil la elección, puesto que Gregorio VI continúa siendo papa legítimo.

Odilón se aproxima cada vez más al emperador y a su papa, a quien presta su asistencia en el concilio antisimoníaco; los cluniacenses y el emperador jugaron el papel principal en estas reuniones.

De Otón I a Enrique III, Cluny asiste con simpatía a las diversas intervenciones imperiales en favor de la reforma de la Iglesia. Cuando, bajo Esteban IX, el movimiento se orienta de la reforma a la libertad de la Iglesia, Cluny deja de apoyar al papado.

Bajo Hugo, Cluny conoce el apogeo de su poder, convirtiéndose en una vasta organización internacional completamente independiente: es la época de la penetración en Castilla.

Bajo San Hugo, la actitud de neutralidad en el conflicto entre emperador y papa es muy sintomática. Incluso durante la querella, Hugo continúa sus relaciones con Enrique IV, de tal modo que incurre en excomunión. Ésta no será levantada hasta pocos días antes de la llegada de Enrique a Canossa.

Hasta Inocencio II (1130-1143), los cluniacenses no se adhirieron como cuerpo a la tesis gregoriana. Pero en este momento, Cluny está ya fuera de la gran historia.

más ingrato que la helada planicie de la Gran Cartuja. Las *Consuetudines*, o Reglas de los cartujos, no se redactaron hasta 1125, unos veinte años después de la muerte de San Bruno. En las *Consuetudines*, el número de monjes se limita a doce por monasterio, con dieciséis conversos y algunos pastores y labriegos. Así se evitan las peligrosas aglomeraciones de los cluniacenses, y sobre todo la pobreza individual de cada monje debe ser absoluta; total la abstención de carne; soledad y silencio son las virtudes capitales de los cartujos.

No es posible considerar la fundación de la Cartuja como algo que pueda interesar a la humanidad entera. Algunas almas extremadas preferirán siempre estos retiros del mundo, donde no llega a haber ni fraternidad entre los monjes, pero la mayoría de las gentes encontrarán la perfección dejándose llevar por el amor cristiano que siente cada hombre naturalmente por sus semejantes. Hubo que esperar todavía otro siglo hasta llegar a este



Rincón del patio interior del actual monasterio de Cluny, con la torre octogonal al fondo.

santo equilibrio entre el amor a Dios y el amor a sus criaturas... Y éste es el siglo que va de San Bruno a San Francisco de Asís.

Durante este siglo la tendencia hacia algo más perfecto se manifestó en el propósito de reformar otra vez la Orden benedictina. El año 1098 el abad del monasterio de Molesmes, Roberto, con seis de sus monjes, descontentos de la manera de interpretar la *Regla* de San Benito los otros monjes de su casa, marcharon al desierto del Cister y se aposentaron en humildes refugios de madera. Al cabo de un año, el abad de Molesmes fue llamado otra vez a su puesto y le sucedió Alberico, quien obtuvo del papa la aprobación de la nueva Orden, si es que así puede llamarse a la reforma del Cister. Por esta época, Alberico y sus monjes no se proponían más que vivir según la letra y el espíritu de la regla de San Benito, pero el tercer abad del Cister, que fue un monje inglés llamado Esteban Harding, dio a la Orden en 1119 la constitución conocida por *Carta Charitatis*, que realmente cambió el carácter de los benedictinos de sus monasterios.

Como de la casa madre habían salido ya en 1119 cuatro grupos de monjes para fundar cuatro casas: las de Ferté, Pontigny, Clairvaux y Morimond, se les reconoció a sus abades especial preeminencia en los capítulos de la Orden, pero hasta estos cuatro dependían del abad del Cister. Ellos, a su vez, tenían autoridad sobre las casas filiales que se habían formado con monjes salidos de sus monasterios y los abades de éstos tenían autoridad sobre los que ellos hubiesen a su vez fundado. Esta autoridad no era absoluta, como la que ejercía el abad de Cluny por medio de sus visitadores. El abad del Cister tenía derecho a "visitar" Pontigny y Clairvaux y sus dos her-



Vista aérea de la Gran Cartuja, el primer monasterio de los cartujos fundado por San Bruno en 1084 en un valle inhabitado de la diócesis de Grenoble. En su historia ha sufrido sucesivas destrucciones y reconstrucciones. La mayoría de las actuales edificaciones datan de la segunda mitad del siglo XVII.

manas, pero el abad de Clairvaux era visitador de Trois-Fontaines y de Fontenay, y el abad de Trois-Fontaines visitaba un gran número de filiales. Hasta el abad del Cister estaba amenazado de la visita del grupo de los cuatro abades de sus cuatro primeras colonias. El único privilegio verdaderamente importante que estaba vinculado a la casa madre del Cister era que allí debían reunirse los capítulos anuales de la Orden.

Con el sistema de la gradación de jerarquías del Cister se pretendió evitar la falta de iniciativa y libertad de acción a que conducía el régimen centralizado de Cluny. El Cister, además, insistía en condenar el lujo y el fausto de las casas cluniacenses. Los cistercienses debían manifestar su desdén por los ornamentos: las cruces serían de madera pintada, los candelabros de hierro, los campanarios de madera y sin alturas presuntuosas; nada de vidrieras de colores en las iglesias de los monasterios. Estas debían estar todas dedicadas a la Virgen María, porque Ella era la patrona de la casa de Solesmes, donde se había iniciado el Cister, y también para evitar cultos fantásticos, una de las causas de la corrupción de Cluny: una abadía cluniacense francesa creía poseer el cuerpo de San Lázaro, otra se preciaba de guardar el de la Magdalena... y allí acudían los candorosos peregrinos y se acumulaban las riquezas.

Los monasterios del Cister no necesitaban de donativos, porque estaban rodeados de granjas que los monjes dirigían y administraban. En cada granja vivía una familia de labriegos, y los monjes acudían allí, sólo de día, para cuidar de que los trabajos del campo fuesen ejecutados debidamente; pero no se toleraban iglesias ni cementerios en las granjas para evitar que la comunidad se desparramara por estos sitios. ¡Qué interesantes resultan hoy estos experimentos de vida "contemplativa"! En nuestros días, cuando estamos deseosos de una organización social que acabe con el individualismo feroz de lo que se llama "lucha por la existencia", los esfuerzos de estos monjes cristianos para vivir en común sin perjudicar a nadie, parecen más modernos que el maquinismo cruel, que, abusando de la palabra libertad, trata de justificar los atropellos del más fuerte. Pero observemos que no hay en la reforma del Cister ninguna nueva fuerza espiritual verdaderamente en acción; sus constituciones y hasta su historia nos dejan fríos, como las iglesias descarnadas con que los monjes cistercienses trataban de hacer alarde de pobreza. Ni la poderosa influencia de San Bernardo, que fue monje de Trois-Fontaines, ni las restricciones ascéticas y la parsimonia en el arte eclesiástico pudieron evitar la prosperidad a que tenía que conducirles su sabia organización. Las casas del Cister, con sus granjas, producían mucho y consumían poco; su número se había multiplicado: en 1153 había 343 monasterios cistercienses esparcidos por toda Europa, y un siglo después ya eran más del doble. Pero entonces la decadencia espiritual resultaba palpable ya de toda evidencia, puesto que, como es natural, las riquezas habían obrado también en ellos sus efectos corrosivos.

Además, el mundo había recibido un nuevo hálito del Espíritu y las gentes ingenuas y devotas no se hacían ya cistercienses, sino franciscanos o dominicos. Se habían roto las vallas y forzado las barreras de las convenciones, de los prejuicios y de la misma tradición monástica; el Evangelio se había predicado otra vez a todas las gentes con un ímpetu y simplicidad que a todo el mundo inflamaba. Nada de poner el vino nuevo en odres viejos, nada de mejorar instituciones ya caducas, sino la enunciación de las simples verdades



San Bruno en actitud de pedir silencio, por Francisco Ribalta (Museo Provincial de Bellas Artes, Valencia). Fundador de la Gran Cartuja, tuvo que trasladarse a Roma llamado por su discípulo el papa Urbano II. Pero Bruno logró al fin retirarse a la soledad de Della Torre, desde donde irradió su espiritualidad.

Fachada de la abadía de Cassamari, en el Lacio, fundada por los cistercienses en el siglo XII. Los monjes blancos llegaron a Italia en 1120 y en algunas ocasiones, como en ésta, se establecieron en antiguos monasterios benedictinos.

evangélicas, eternas e imprescriptibles. Las grandes novedades fueron que mientras cistercienses y cartujos residían en monasterios en despoblados, los frailes mendicantes instalaban sus conventos dentro de las ciudades. Los frailes ya no cultivaban las tierras, sino que vivían de sus servicios y sus enseñanzas.

El primer exponente, el portavoz de este gran movimiento de espíritu fue el *Pobrecito* de Asís: San Francisco. Debió de nacer hacia el 1182, aunque no sabemos la fecha exacta; lo demás de su vida es bien conocido: sus discípulos nos dejaron biografías casi contemporáneas. Su padre, Pedro Bernardone, era un mercader de tejidos, y el niño, hijo único, nació cuando él se hallaba en París, viajando por sus negocios. La madre bautizó al muchacho con el nombre de Juan, pero su padre, al llegar, le llamó "el francés", Francesco, porque había nacido mientras él estaba en Francia. La juventud de Francesco, o Francisco, no fue muy diferente de la de los otros muchachos de su clase en Asís. A los veinte años, en una de las guerras entre ciudad y ciudad tan frecuentes en Italia, fue hecho prisionero y permaneció cautivo un año en Perusa, la ciudad rival de Asís, al otro lado del llano. Es de creer que en la cárcel de Perusa tuviera Francisco sus primeras revelaciones. Cuentan que decía a sus carceleros: "Algún día todo el mundo me respetará".

Después de rescatado, Francisco volvió por corto tiempo a su vida anterior de distracción y placeres, pero una segunda prue-



SIGNIFICACION DE CLUNY Y DEL CISTER

Cluny supuso un fuerte paso de purificación y de marcha hacia delante. Su más significativa actuación estuvo a favor de la liberación del papado de las maquinaciones del Imperio, quien, por otro lado, antes había salvado a la Iglesia de las maquinaciones de un patriciado romano ambicioso. Así, el movimiento cluniacense buscó redignificar a la Iglesia con una fundamental reforma de tipo moral, atacando toda forma de simonía o nepotismo, tan característico en multitud de sedes episcopales. Cluny pensaba que toda autoridad debía subordinarse a la del papa, y para ello comenzaron los monasterios a sustraerse a toda propiedad de tipo feudal, temporal o espiritual, sometiéndose directamente a la Santa Sede, a la que pagaban un tributo feudal. Así se superaba la inestabilidad monacal de la época carolingia. Y la Iglesia, ya rica desde las inmunidades tributarias posconstantinianas y desde las expropiaciones de los primeros carolingios, fue haciéndose más rica y poderosa. La acumulación de tierras por vía de cesiones y títulos de posesión logrados por el respeto que aquel cristiano mundo sentía por la Iglesia cerraban el círculo, en el que no era posible ver, en el siglo XII, ni una tierra alodial.

Por influencia cluniacense, el papado fue saliendo de su oscuridad. El sistema de elección secreta daba luz al papado y fuerza consiguiente para la lucha antiimperial, a favor de una autoridad universal y de un ecuménico orden cristiano feudal. El papa comenzó a tener una especie de corte, los cardenales, en principio mayoría cluniacense. Varios cluniacenses ocuparon la sede papal. Cluny podía ser ejemplo de seguridad y perfección, a la par que de fuerza e influencia. Piénsese que en el mismo período Cluny tuvo ocho abades y Roma cincuenta y cinco papas. Y desde 910, año de su fundación, al siglo XII llegó a poseer veintinueve abadías, noventa prioratos y trescientas cuarenta iglesias, con un total de unos cinco mil monjes.

En Cluny también se rezaba mucho. Por eso la reacción cisterciense reprochaba a Cluny haber desatendido el trabajo. Contra la actividad de los cluniacenses y su participación en un cierto naciente intelectualismo, apareció también el reproche que les culpaba de excesiva preocupación terrestre.

Todo ello, junto al esfuerzo por igualar en nobleza al eclesiástico y al barón, que acabó afirmando la superioridad de la vida contemplativa sobre la vida activa, nos lleva de la mano a las formas del más decidido *contemptus mundi* (desprecio del mundo) y a la huida de toda actitud semejante a la del *temerarius scrutator*, como decía San Bernardo. De esta manera, tras la captación de la aristocracia terrateniente y militar por la caballería y la igualación del eclesiástico o monje con el caballero, apareció San Bernardo y el Cister, con toda una teoría de comportamiento frente al servil y amargo mundo, con una ascética de desprecio hacia la mujer (símbolo de las tentaciones que el hombre sufre), la juventud (edad del pecado) y con la única preocupación de salvar el alma por el camino más directo, el cual era la soledad monacal. San Bernardo, símbolo y prototipo de la lucha contra el pecado y la tentación, empedernido defensor del orden establecido, decía: "El oficio de un religioso es llorar".

Dentro de estas perspectivas, en las que "nacimiento ilustre, belleza física, elegancia de formas y maneras, penetración de espíritu, en fin, saber y probidad" no tenían ningún valor duradero, siendo necesario intercambiar la soberbia y gloria humanas por la "sabia estulticia de Cristo", habían aparecido ya antes de San Bernardo movimientos decididos a extremar los rigores de la regla monástica ante la insuficiencia ofrecida por los cluniacenses. De esta manera, a través de los camaldulenses y de Vallombreuse, de los monasterios de la Cartuja y de Citeaux, la vida eremítica apareció en una Europa cada vez más sensible al cambio que se iba produciendo en su seno.

Precisamente cuando empezaba a institucionalizarse el orden cristiano feudal, ya en el siglo XI, el sentimiento de inestabilidad fue acrecentándose y las soluciones hasta entonces ofrecidas comenzaban a resultar insuficientes. El inconformismo comenzó a ser manifestado. Y, a pesar del replegamiento monástico, el mismo sentido reformista de Cluny suponía un decidido ataque a la Iglesia feudal. Su sentido reformista no podía ser suficiente para las clases no privilegiadas, pero, a partir de una no disimulada crisis y confusión religiosa, con las bases de ataque que para unas y otras tendencias, radicales o no, suponían la simonía, el nicolaísmo, las diferencias enfrentadas que el conflicto imperio-papado permitía manifestar con claridad y con radicalidad incluso, la guerra y la anarquía..., todo ello fue brindando las condiciones favorables para un desafío de las nuevas clases a los sectores privilegiados, sin excluir los monasterios y sus abades.

Naturalmente, los movimientos antiseñoriales e insurreccionistas aprovechaban las oportunidades del movimiento reformista monacal, y si el clero secular estaba más adherido al sistema feudal, los nuevos grupos sociales formaban junto a los monjes. Pero tampoco éstos iban a quedar inmunes al plantearse de manera radical y organizada la cuestión de por qué había que admitir el orden tradicional. Los burgueses de Sahagún se preguntaban: "¿Quién dio que el abad y los monjes se enseñoreen a tantos nobles barones y tan grandes burgueses? ¿Quién dio, asimismo, que ellos debieren poseer tales e tan grandes tierras, campos e viñas e güertos?". Y el conde de Nevers decía a los burgueses de Vézelay: "Si os declaráis por nosotros, si os asociáis a nuestro poder, no tendréis que cuidaros más de los vanos ruegos de los monjes ni de los frívolos socorros del abad; y teniendo desde entonces en plena seguridad y libertad la facultad de ir y de volver a donde queráis, gozaréis de una seguridad perpetua, tanto para vuestras personas como para vuestros bienes". Y los burgueses de Vézelay dijeron un día al prior: "Pues nos excomulgáis sin haberlo merecido, obraremos como excomulgados y, en consecuencia, desde este momento no os pagaremos más ni los diezmos, ni el censo ni las otras rentas ordinarias".

J. M.ª P.

ba, una grave enfermedad, le obligó a meditar nuevamente. Ya en la convalecencia propúsose emplear su vida en algo heroico. Asís parecía pequeño para él y marchó a alistarse en la tropa de un guerrillero famoso, pero recayó en su enfermedad y se vio obligado a regresar a su casa. Desde este momento el carácter de su revelación se manifestó claro: para impedir que se ahogara con distracciones, Francisco recluíase en lugares escondidos; como un enamorado, decían las gentes. "Sí –respondía él–, y pronto veréis a mi esposa, más bella y más pura de cuanto podéis imaginar."

Su esposa iba a ser *Madonna Povertà*, como llamaba Francisco a la pobreza evangélica. En esta época de iniciación y pruebas, Francisco hizo su primer viaje a Roma. La leyenda cuenta muchas anécdotas de su visita a las tumbas de los Apóstoles, y a los hospitales y leproserías, pero lo más interesante es que, en esta ocasión, Francisco no perdiera su



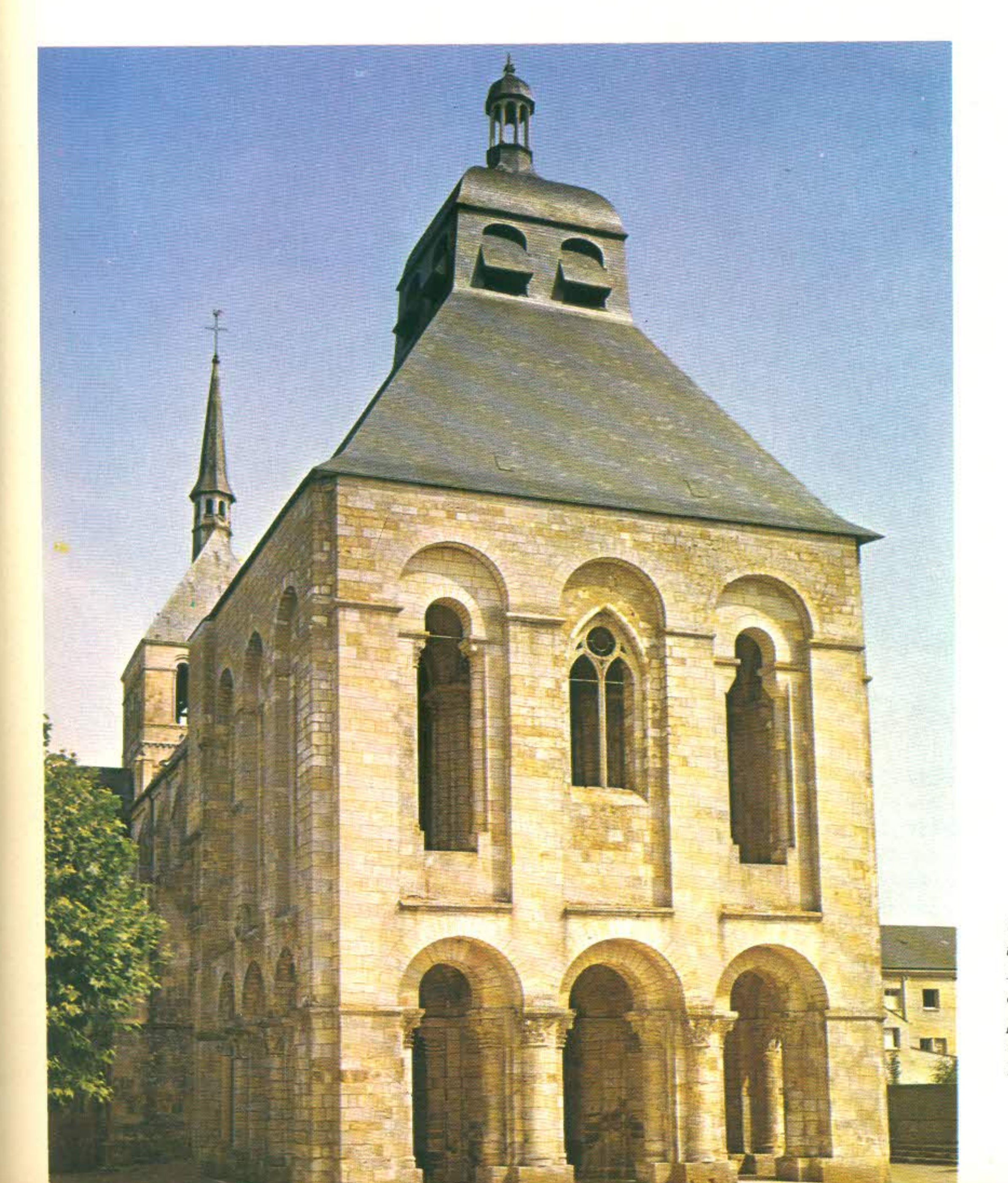
confianza en las instituciones eclesiásticas. Vería grandes abusos y sentiría la necesidad de corregirlos; pero en lugar de alzarse con ideas de reforma, Francisco comprendió que la verdadera reforma debía ser la de las conciencias y que su misión era imitar al Cristo, no como Juez, sino como Buen Pastor. Y he aquí ya salvado un primer peligro: hubiera podido ser un Juan Huss o un Juan Knox, un "protestante", pero no..., fue Francesco, el pobrecito de Asís, y apoyó a la Iglesia que se tambaleaba. Cuando más tarde el *Poverello* se presentó con un reducido número de frailes menores a Inocencio III, éste exclamó: "Verdaderamente éste es el hombre llamado a sostener y reparar la Iglesia de Dios". Y en justificación de tales palabras, el papa explicó que, un tiempo atrás, un día en que los males de

Ruinas de la abadía de Melrose, el primer monasterio fundado por los cistercienses en Escocia el año 1136. Por estar enclavado en un paso natural, fue destruido por sucesivas invasiones y reedificado, en una ocasión gracias a la generosidad del famoso Robert Bruce, a principios del siglo XIV.

la Iglesia tenían abatido su ánimo, había visto, como en sueños, a un mendicante sosteniendo la basílica de Letrán, que se tambaleaba desde sus cimientos y amenazaba desplomarse.

A su regreso a Asís, Francisco empezó por dar pruebas de esta convicción suya, poniéndose a restaurar iglesias y capillas que amenazaban ruina. Pedía piedras, las llevaba en serones, y con ellas reconstruía el templo de Dios, una humilde capilla al lado del camino, San Damián, que después fue convento. Esta devoción y su extraño afán por vestirse de andrajos irritaron a su padre y le hicieron objeto de la burla de los muchachos de la ciudad. Pero, en cambio, el crucifijo de la capilla de San Damián le miraba con ojos compasivos. El recuerdo de la pasión de Cristo le llenaba de angustia: "Yo debería ir por el mundo –decía Francisco– llorando por la pasión y muerte del Señor". Y éste fue el segundo peligro: convertirse en un *piagnone,* o llorón, disciplinándose como un penitente o encerrándose para meditar, como había hecho San Bruno... Pero tampoco llegó a ser eso Francesco, sino mucho menos y, por tanto, mucho más.

Su padre renegó de él y Francisco se presentó en la plaza desnudo: "Escuchad –gritó–: hasta ahora he llamado padre a Pedro Bernardone... Desde este momento nadie será mi padre más que el Padre nuestro que está en el cielo". Por fin, un día, en otra capilla del llano, al pie de Asís, llamada la *Porciúncula,* oyó a un clérigo recitar estos versículos del Evangelio, que confirmaron su direc-



Una de las fachadas de la iglesia románica de Saint-Benoît - sur - Loire, antigua abadía de Fleury, famosa por guardar en ella el cuerpo de San Benito, sustraído a Montecassino.

LOS MOVIMIENTOS DE REFORMA MONASTICA: DE LA FUNDACION DE CLUNY A LA DE CITEAUX (910-1098)

910 Fundación del monasterio de Cluny por el duque Guillermo de Aquitania. Bernon, su primer abad (911-926), organiza la vida comunitaria según la regla benedictina reformada por Benito de Aniano en la época carolingia.

914 Fundación del monasterio de Brogne, sujeto a la regla benedictina y centro de un vigoroso movimiento de reforma en Flandes y Baja Lotaringia.

926-942 San Odón, primero de los grandes abades de Cluny, establece las bases de la potencialidad cluniacense. No se trata de llevar una vida ascética, sino de purificar la Orden benedictina: la falta de trabajo material y la prolongación y enriquecimiento de la liturgia son dos características esenciales de Cluny.

931 El papa Juan XI confirma la fundación de Guillermo de Aquitania y otorga a Cluny la plena inmunidad, libertad para designar su abad y la autoridad sobre los monasterios que aceptan su regla. Cluny, bien adaptado a las condiciones de la vida en la época feudal, se independiza de los poderes temporales y de los obispos.

933 Juan de Gorz introduce la reforma monástica en la Alta Lotaringia.

938 La abadía de Gorz obtiene libertad para designar su jefe.

942-954 Aymard, abad de Cluny.

954-994 San Mayolo gobierna Cluny, que, a través de la emperatriz Adelaida de Borgoña, entra en estrechas relaciones con el naciente imperio y la dinastía sajona. Los Otones protegerán la abadía, favorecerán su acción reformadora y tendrán en los abades de Cluny a unos consejeros fieles.

994-1049 El apogeo de Cluny, bajo el influyente San Odilón, coincide y coadyuva al apogeo de la acción imperial de reforma del pontificado bajo Enrique III.

1048-1054 Bajo el pontífice León IX, los reformadores loreneses se instalan en Roma. El ideal imperial de reforma de la Iglesia empieza a no coincidir con las aspiraciones pontificias a la liberación.

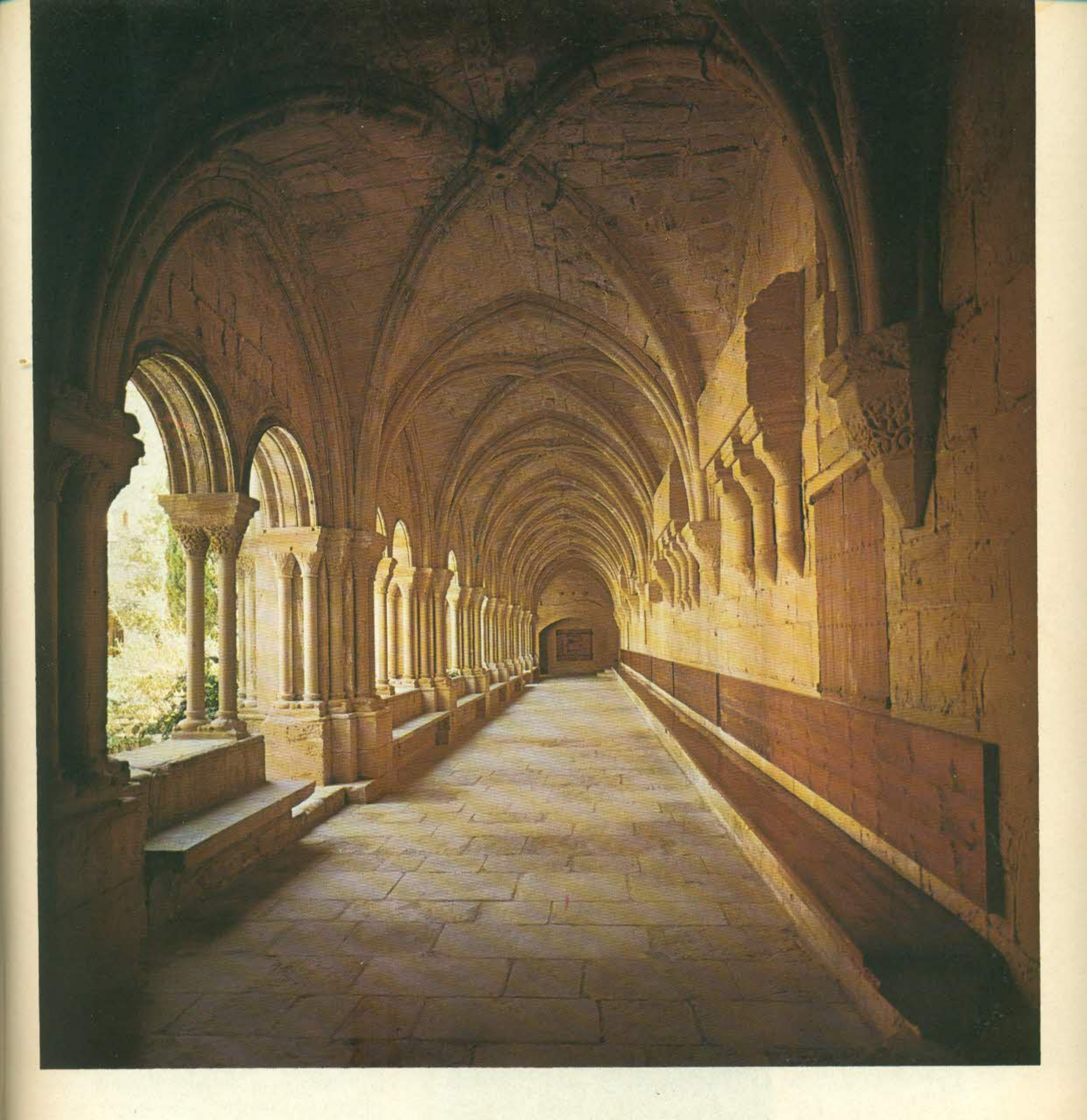
1049-1109 San Hugo, abad de Cluny. Tras el apogeo de la influencia política cluniacense en Roma y el Imperio, Cluny conoce, bajo Hugo, una expansión de sus actividades por todo el occidente cristiano, especialmente en Castilla. La Orden cluniacense se convierte en una vastísima red de monasterios, con gran influencia sobre los señores locales.

1077 Iniciada la lucha de las investiduras entre Gregorio VII y Enrique IV, San Hugo se mantiene junto al monarca, sirviendo de mediador en Canossa, después de un momento de violenta ruptura con Roma. Con un equilibrio asentado en la identidad de objetivos entre papa y emperador, Cluny ve tambalearse sus propios cimientos: la actitud indecisa de los cluniacenses en el conflicto prepara la decadencia del sistema.

1098 Como culminación de una larga obra de reforma monástica desarrollada a lo largo de todo el siglo XI y animada por figuras tan significativas como San Romualdo y Pedro Damián, se funda el nuevo centro de Cister (Citeaux) por Roberto de Molesme. La Orden cisterciense, dentro de la rigorista línea que anima a la reforma gregoriana, se presenta como una simple vuelta a la regla de San Benito, una rectificación de la desviación cluniacense acudiendo a las fuentes.

Como síntesis de los hechos referidos, se puede decir que Cluny significa la continuidad y la culminación de un monaquismo adaptado a la existencia de un emperador que dirige la vida de la cristiandad y orienta la acción del papado; esta fórmula, nacida en época carolingia y renovada en época de los Otones, entra en crisis al mismo tiempo que desaparece la identidad entre papa y emperador. En este sentido, la época que precede al estallido de la lucha entre Gregorio VII y Enrique IV es esencial y señala el desplazamiento del centro del movimiento de reforma monástica desde Cluny —a pesar de que éste es su momento de máxima irradiación— hasta las fórmulas ascéticas en la línea de San Romualdo y Pedro Damián. Una primera gran etapa de esta dirección gregoriana hacia un perfeccionamiento del monaquismo es la aparición de los cistercienses. Pero del mismo modo que la reforma del papado en el siglo XI fue promovida por el emperador y luego se volvió contra él, asimismo el rigorismo gregoriano, animado en principio desde el solio pontificio, culminará en los radicalismos anticlericales y antijerárquicos de finales del siglo XII, en los límites mismos de la ortodoxia: por un lado, Pedro Valdo; por el otro, San Francisco.

ción: "Id y predicad que el reino de los cielos está cercano. Curad a los enfermos, resucitad a los muertos, limpiad a los leprosos y echad a los demonios; hacedlo de gracia, como de gracia lo habéis recibido. No llevéis oro ni plata, ni cobre, en los bolsillos. Ni dos túnicas, ni zapatos ni cayado, porque el trabajador merece su sustento...". Y "pedid y se os dará". La pobreza absoluta, la confianza en que el que da de comer a los pájaros y viste a los lirios del campo cuidará de nosotros, fue la "buena nueva", el "reino" que San Francisco tenía que anunciar. Predicó la pobreza toda su vida, la practicó y la hizo practicar siempre que pudo, siempre que se halló rodeado de almas cristianas como la suya..., que no siempre lo estuvo. Habrá otras virtudes franciscanas, como la humildad, la mansedumbre, la paciencia, pero la pobreza es más que una virtud, es la compañera fiel, la guía y la esposa del alma de Francisco, que no transigió nunca en este punto fundamental del Evangelio. Muy probablemente, Francisco hubiese preferido que sus dis-



Ala del claustro del monasterio de Poblet, fundado en 1150. Desde que Alfonso VII se decidió a favorecer a la Orden del Cister, España se pobló de monasterios. Los años centrales del siglo XII registran gran cantidad de fundaciones, muchas de ellas simultáneas.

cípulos vivieran sin morada fija, en celdas provisionales hechas de barro y cañas, y caminando siempre de dos en dos, pidiendo limosna. Podían predicar, con el consentimiento de las autoridades eclesiásticas, pero la mejor predicación debía ser su conducta y su ejemplo. Más tarde, cuando se hizo necesario el convento, Francisco insistió en que la pobreza absoluta debía ser no sólo individual, sino que la comunidad entera no debía poseer nada. Cada noche debía repartirse entre los pobres cuanto había quedado de dinero o provisiones en el convento; por la mañana, Dios enviaría sin falta el regular sustento. Y, en verdad, nunca faltaba la providencial limosna por la mañana: a veces llegaba por caminos que "el mundo" considerará maravillosos, pero que Francisco, como para su maestro Jesus, eran el régimen natural de las cosas del Padre. ¡Un padre no dará una serpiente al hijo que le pide pan!

Hasta personas "espirituales", que protegían y admiraban a Francisco, dudaban de la posibilidad de mantenerse sin reservas para

San Francisco de Asís, según detalle de una de las pinturas de Cimabue en la iglesia inferior que tiene dedicada en su ciudad natal. El hecho de que el pintor hiciera esta obra menos de un siglo después de la muerte del santo, nos induce a creer que tuvo medios a su alcance para darnos una auténtica imagen del "Poverello".

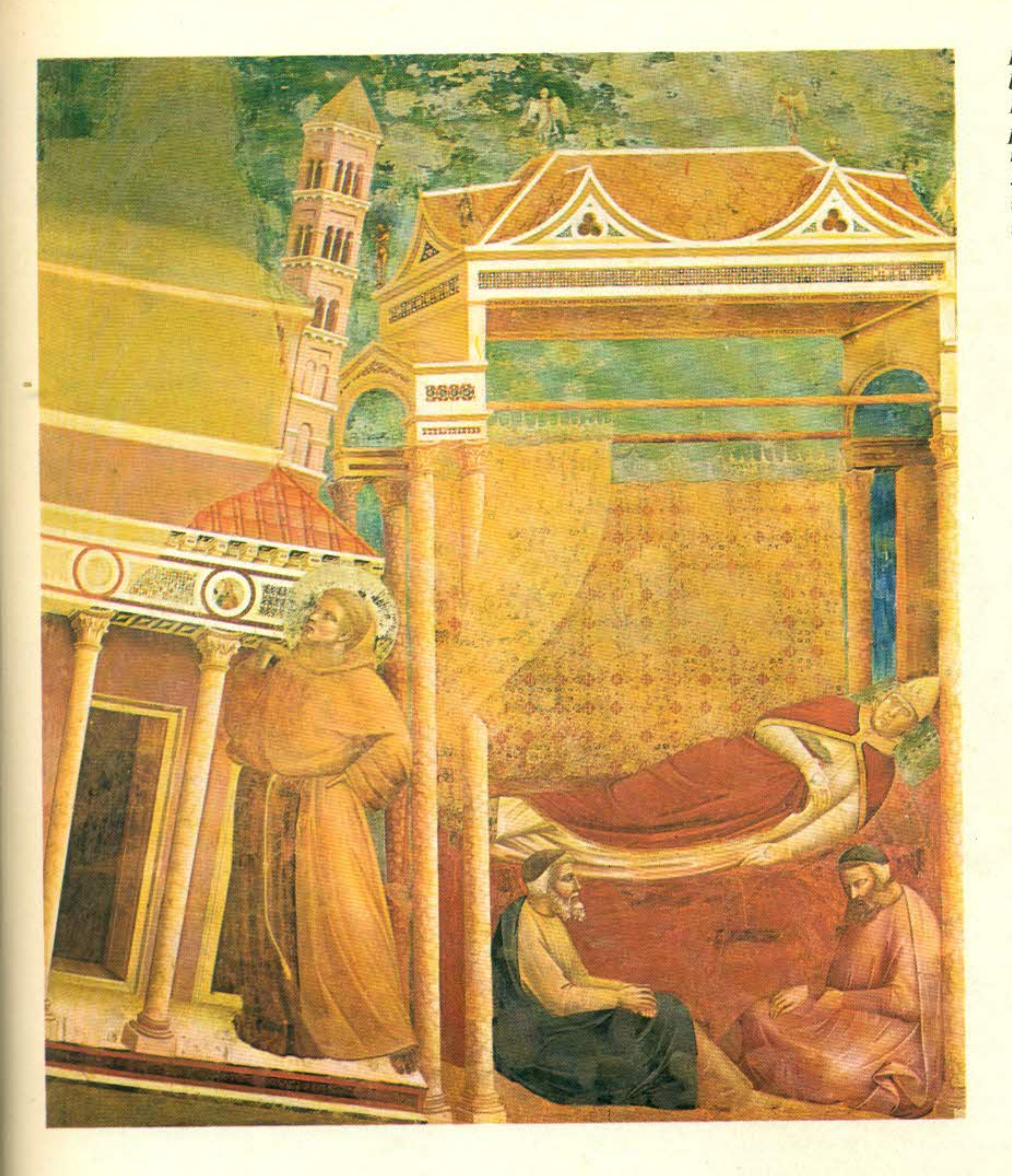


los que se llaman "casos de necesidad". El año 1216, Santo Domingo de Guzmán, que por entonces andaba preocupado en la organización de la recién fundada Orden de dominicos, asistió al primer capítulo de los franciscanos, llamado "el capítulo de las esteras" porque asistieron cinco mil frailes y, como no había camas para tantos, durmieron en el suelo sobre esteras. Se cuenta que lo que más sorprendió a Santo Domingo, del capítulo famoso, fue el régimen de la falta de régimen, esto es, la pobreza: el ver cómo llegaban los alimentos, cómo los campesinos acudían de largas distancias con mulos cargados de vituallas de todas clases, "pan y vino, panales de miel, queso y otras cosas buenas de comer, para los pobres de Cristo", dice el relato llamado *Las florecillas*, evidentemente complaciéndose de aquellas golosinas que llegaban para los frailes. "Los cuales –continúa aquel antiguo relato– no decían nada vulgar, ni una broma, ni una gracia, sino que se confesaban los pecados o discurrían acerca de su salvación." Y tanto impresionó este régimen a Santo Domingo que aceptó igualmente la disciplina de la pobreza. San Francisco predicó en "el capítulo de las esteras" como sigue: "Yo os ordeno por la Santa Obediencia que ninguno de vosotros se preocupe o piense en lo que necesita para comer o para las otras necesidades del cuerpo, sino en rogar y alabar a Dios y El cuidará tiernamente de lo que haga falta".

Santo Domingo quedó tan admirado de la humildad de San Francisco, que le suplicó que le hiciera presente de su cordón, y con él se ciñó hasta la muerte. Ambos santos se abrazaron, y Domingo dijo: "Hermano Francisco, yo quisiera que nuestras Ordenes se reunieran y que trabajasen en común dentro de la Iglesia...". Pero esta fusión no se llevó a cabo y cada Orden fue acentuando cada vez más su carácter: la de Francisco fue llamada de los minoritas, los ínfimos, los últimos; la de Domingo fue la orden de los predicadores, los *Domini cani* o perros del Señor.

Mucho se ha discutido si San Francisco cambió sus opiniones sobre la pobreza corporativa al crecer la Orden y hacerse patentes los peligros de vivir "del aire del cielo".

Francisco no quiso transigir, pero fue lo bastante humilde para no imponer su opinión. En el capítulo de 1218, el cardenal patrono de la Orden se hizo eco de la opinión contraria, que empezaba a tener partidarios entre algunos preeminentes discípulos de Francisco. La respuesta del santo asombra, dado su carácter, generalmente dulce. Dijo: "Hermanos, el Señor me ha escogido para que enseñe los caminos de la simplicidad y la humildad. Por estos caminos yo he enseñado la verdad. No me vengáis ahora a



Fresco atribuido a Giotto en la iglesia superior de San Francisco de Asís, que representa, entre otras escenas de la vida del santo, el sueño de Inocencio III, en que vio a San Francisco sosteniendo la Iglesia tambaleante.

hablar de la regla de San Benito, ni de la de San Agustín, ni del Cister, sino sólo de aquella que Dios se ha dignado mostrarme y por la cual Él me prometió que haría una alianza nueva con el mundo y no quiere que tengamos ninguna otra". ¿Y qué quería decir Francisco con humildad y simplicidad sino pobreza? Cuál era la nueva alianza que Dios, por ellas, le había prometido, lo dicen los párrafos que vamos a copiar de la *Regla* de los franciscanos, aprobada en 1223 por el papa Honorio III: Cap. IV: "Ordeno sin ambages y con toda mi fuerza que los frailes no deben recibir monedas de ninguna clase, sólo con la excepción de subvenir a las necesidades de los enfermos". Cap. VI: "Los frailes no poseerán tierras, ni granjas, ni otra cosa alguna; vivirán como peregrinos y extraños en este mundo, pidiendo caridad con alegría, porque el Señor quiso también hacerse pobre entre las gentes".

En su testamento, dictado pocas horas antes de morir, ciego y agobiado por enfermedades, Francisco tuvo lucidez para resumir su criterio, y entre las recomendaciones que hizo hay estas dos: "Quisimos vivir en iglesias arruinadas y fuimos ignorantes y sumisos con todo el mundo. Trabajamos con nuestras propias manos, y desearíamos que todos los frailes se ocuparan en un oficio honorable. Procuren aprender un oficio los que no lo tienen, y no para ganar dinero con él, sino para huir de la ociosidad y dar buen ejemplo. Y cuando no les paguen por su trabajo, acudan a la mesa del Señor, que es pedir el pan de puerta en puerta. El Señor me reveló el

NUEVAS TENDENCIAS MONASTICAS

En la nueva sociedad o en sus albores aparecieron dos nuevas tendencias monásticas: la de los *canónigos regulares,* clérigos pertenecientes a catedrales e iglesias en las que llevaban una vida monacal (canónigo = perteneciente al "canon" o matrícula de una iglesia), y la de las *Órdenes mendicantes.*

Sus comunes características eran las de acogerse a una regla no benedictina, sino agustiniana; insistir mucho más en la pobreza material, para lo que llegaron a concebir una vida monacal sin propiedad privada; sus intereses estaban no en el monje tradicional, sino en el sacerdote diocesano ocupado en tareas pastorales con inmediata cura de almas, con la pretensión de formar un clero más prestigiado y a la altura de su cometido pastoral, de carácter netamente extramonacal. En definitiva, fue la versión de un viejo espíritu monasticista configurado en el seno de una nueva sociedad de carácter urbano, donde ya no se necesitaba una institucionalización tan rígida como en las antiguas estructuras rurales y, tal vez, ni siquiera era posible.

Los canónigos regulares, entre los que son muy famosos los premostratenses, fundados por San Norberto y confirmados oficialmente en 1126, llegaron a ser muy numerosos, pero al ir dirigidos a un clero diocesano y sin excesiva institucionalización apenas llegaron a sobrevivir unos pocos institutos de canónigos regulares. Podrían ser considerados como un paso intermedio a la aparición de los frailes *mendicantes,* ya en pleno siglo XIII, y entre los que destacan por su importancia y secular supervivencia los franciscanos y los dominicos, fundados por San Francisco y Santo Domingo de Guzmán, respectivamente.

En realidad, estos movimientos monástico-mendicantes aparecen en momentos en que la revolución de los grupos no privilegiados es clara y manifiesta, cuando se ataca y critica abiertamente el sistema tradicional, a pesar de no tener una nueva teoría que la sustituya; cuando aparece un humorismo procaz y un anticlericalismo popular –véanse las sillerías de muchas catedrales–, a pesar de estar rodeados de un entorno indiscutiblemente cristiano, y también cuando la organización en comunas y con compromiso jurado de defenderse ataca a todos los detentadores de riqueza, aun sin poner en duda la existencia de Dios, pero con total disgusto por la riqueza de una Iglesia que como corporación explotaba a los pobres.

En esta perspectiva no es extraño que muchos, a veces guiados por sacerdotes y monjes muy en contacto con la realidad social de las masas populares, intentasen poner en práctica los tradicionales ideales cristianos de igualdad. Sólo que ahora eran buscados de manera socialrrevolucionaria y con una decidida orientación a las cosas de este mundo, sin saber eliminar a veces fanatismos milenaristas y apocalípticos. Profundamente preocupados por este mundo terrenal, sin despreciar las riquezas y con afán de repartirlas, incluso humillando a los ricos y orgullosos propietarios.

La lucha contra los que poseían las riquezas era el elemento aglutinante de las clases desposeídas. La riqueza injustamente distribuida era el tema de demagogos y de predicadores movidos por una concepción evangélica. Entre éstos, los franciscanos destacaron en sus sermones, intentando robustecer un difícil estado de ánimo creado por las condiciones económicas y sociales. Ya en el siglo XII hubo predicadores que se quejaron ante el papa porque al predicar sobre la riqueza se les declaraba sospechosos de herejía y se les reprochaba que su predicación tuviera éxito "entre los tejedores, los peleteros y no entre los grandes, como si las actividades manuales imprescindibles para las necesidades humanas fueran vergonzosas".

Pero los franciscanos, a una generación de la muerte de su fundador, ya habían amasado enormes riquezas y estaban metidos de lleno en el mundo erudito medieval. De donde no extrañará que también a veces los movimientos de masas alcanzasen a los monjes mendicantes, junto a la nobleza, ricos, judíos y demás clero.

Los dominicos tuvieron un origen menos cercano al ambiente de revuelta revolucionaria contra el orden establecido, rebelándose más precisamente contra el fracaso de los pastores que debían estar dedicados a cuidar de las ovejas que se les habían encomendado. Hábiles y encendidas prédicas trataron de llevar el evangelio al pueblo. También los dominicos, como lo evidencian su historia y la serie prematura de "reformadores", conocieron la riqueza y el compromiso con el mundo, donde destacaron por su erudición y labor teológica a favor de la situación eclesiástica establecida. Unos y otros, sensibles a las nuevas formas urbanas de la sociedad, no lograron encauzar los movimientos procedentes de lo más hondo del pueblo, el cual no cejó, a pesar de las sucesivas represiones en sus reivindicaciones, y las Órdenes mendicantes pasaron al total control y protección del cada vez más centralizado poder papal de Roma.

La ciudad, ámbito en el que se desarrolló y sistematizó la economía de mercado, tuvo en Rupert von Deutz un típico exponente de la animosidad contra ella y de las artimañas bíblicas que se fabricaban para defender, al mismo tiempo que evidenciar, su inadecuación al sistema tradicional. En las ciudades, donde sólo había injusticia, gentes de vida dudosa, etc., se daba un orden natural totalmente ajeno y profano. Por algo ni Abraham, ni Isaac ni Jacob "construyeron ciudades ni castillos; por el contrario, huyeron de las ciudades para morar en las cabañas, y construyeron lo más opuesto a las ciudades y castillos: un altar en honor de Dios".

Y Roma, con su poder papal ya más seguro que en los siglos oscuros, optó por controlar la proliferación de monasterios y Órdenes, dada la desconfianza que valdenses, mendicantes, etc., provocaron. Todas las Órdenes debían estar bajo la supervisión de la Santa Sede. Y, aunque desde los cistercienses era normal someterse a la aprobación pontificia, hasta el siglo XIII la norma de la vida monástica era la tradición. Pero desde entonces sería miembro de una Orden aquel a quien la Iglesia reconociese como tal.

El canon 13 del IV Concilio de Letrán (1215) dispuso: "Para que la diversidad excesiva de Órdenes no produzca confusión en la Iglesia de Dios, quedan en el futuro rigurosamente prohibidas las nuevas formas de vida monástica. Quien quiera entrar en el claustro, debe ingresar en una de las Órdenes aprobadas, y el que quiera fundar un nuevo monasterio, debe elegir una de las reglas aprobadas".

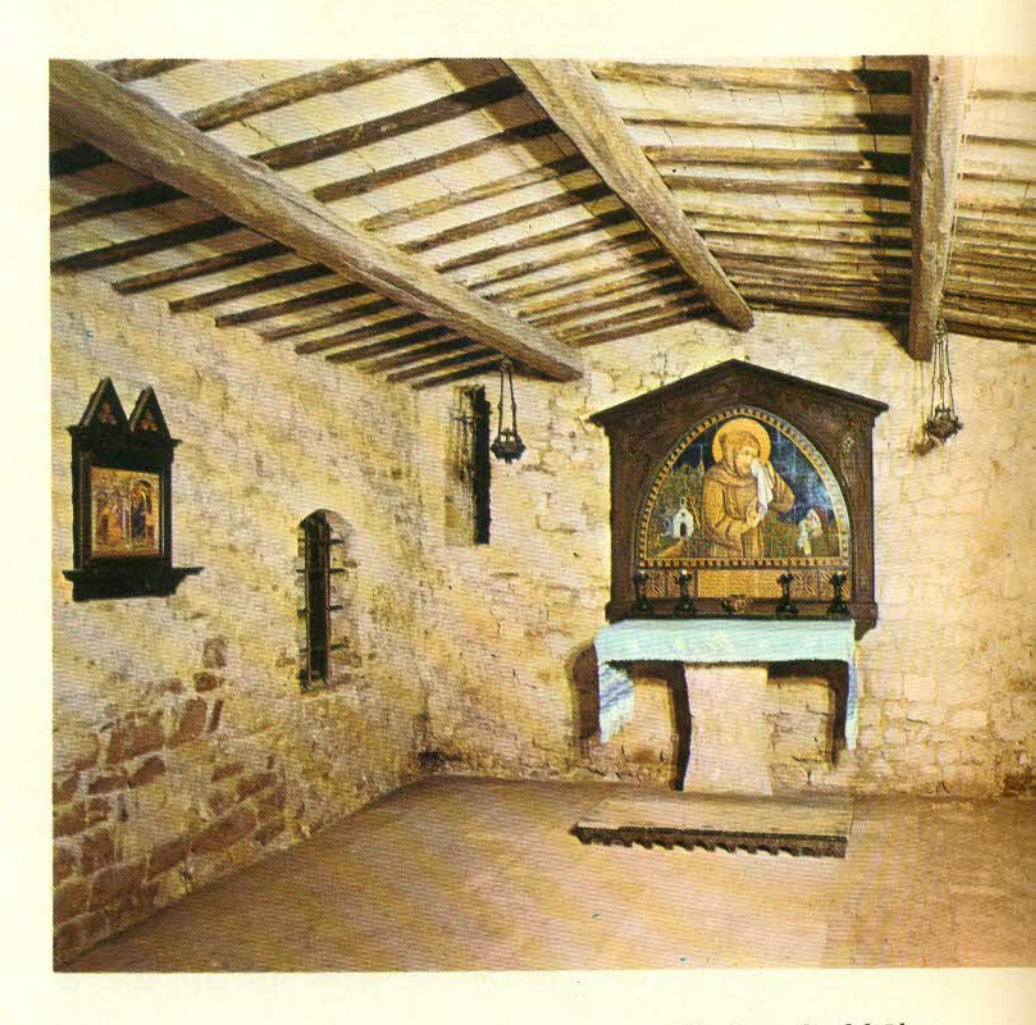
J. M.ª P.

saludo para pedir: –La paz de Dios sea con vosotros".

"Cuidad, hermanos, de no aceptar iglesias, ni casas, ni nada para vosotros, excepto lo que esté de acuerdo con el voto de la Santa Pobreza de nuestra *Regla,* y no aceptéis hospitalidad de nadie, sino como extraños y peregrinos." La pobreza no era para Francisco una cosa dura, sino como la desposada jovial que satisface todos nuestros deseos. Otros, como "los pobres de Lyon", habían predicado y practicado la pobreza, pero era para castigarse a sí mismos, para repudiar los bienes del cuerpo, lo que es casi una herejía. En cambio, para Francisco, la Señora Pobreza debía infundir alegría, pues, como toda vir-

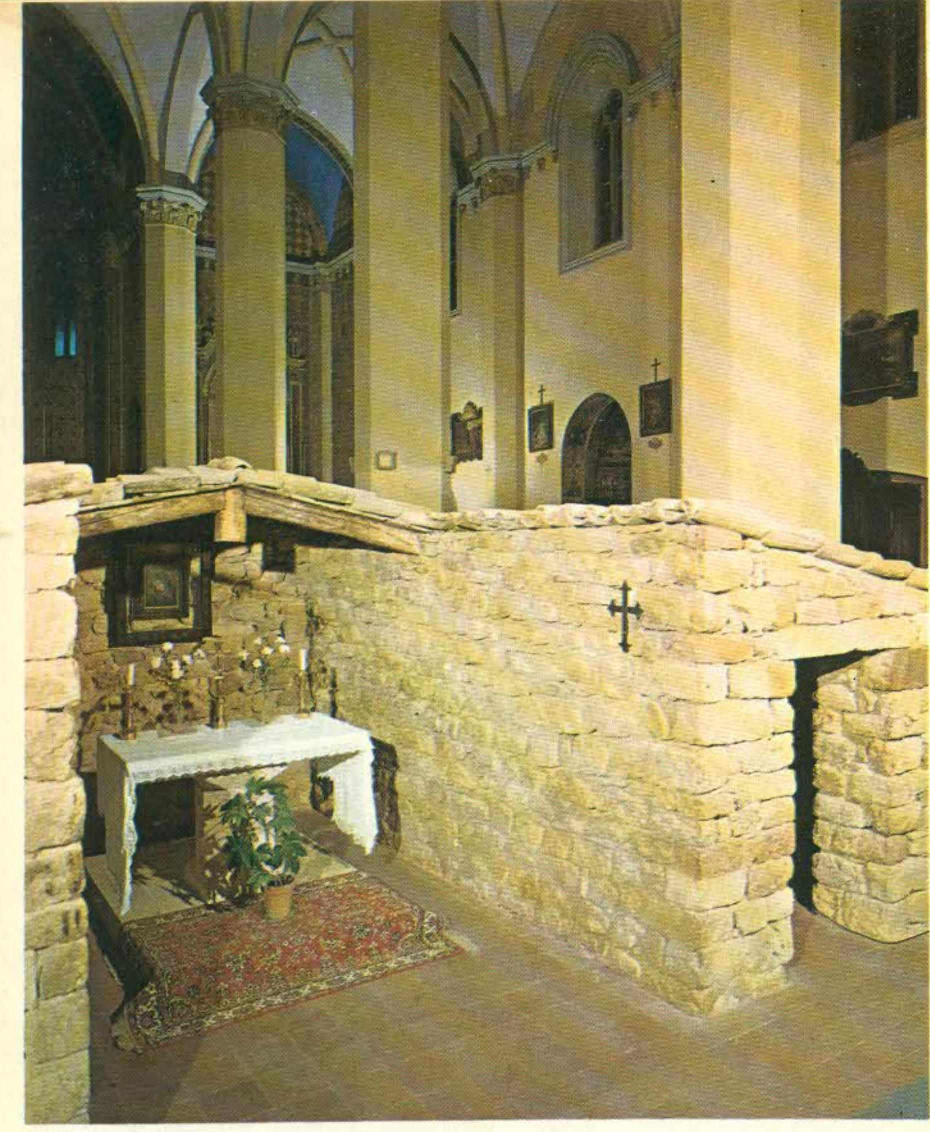
tud viviente, es la suprema delicia. "El servidor del Altísimo –dijo Francisco un día– debe cuidar de las necesidades del cuerpo con discreción para que el Hermano Cuerpo no pueda quejarse diciendo: –Ya no puedo tenerme derecho, ni rogar, ni resistir las dificultades, ni hacer buenas obras.– En cambio, si el Hermano Cuerpo fuese negligente, debería castigársele como a una mula perezosa, porque pide comida y no quiere llevar la carga."

San Francisco no condenaba la ciencia, el estudio, pero no creía que fuese el ejercicio adecuado para sus frailes. "Estos frailes míos que van llevados de la curiosidad de conocer, llegarán al día del Juicio con las manos vacías." El hubiera preferido ver a sus hermanos ir por el mundo cantando como juglares, más bien que predicando como doctores. Para animarles por este camino, Francisco, en sus últimos años, compuso un himno de alabanza a Dios y a las criaturas, que quería que sus frailes cantaran después de cada sermón. ¡Qué efecto no haría todavía hoy, si después de predicar un franciscano el amor y la pobreza, acabara entonando este cántico!: "Altísimo, Poderoso y Bondadoso Señor: – Vayan a Ti las alabanzas y la Gloria y el Honor. – Todas las bendiciones vienen de Ti, ¡oh Altísimo!, – y nadie es digno ni de



Capilla llamada del Llanto, en la basílica de Santa María de los Ángeles, no lejos de Asís. Como otras dependencias de esta basílica, se ha conservado en su forma primitiva por el valor sentimental e histórico que encierra. Allí recibió San Francisco a la joven Clara, en ella se alza la capilla de la Porciúncula y allí murió el santo el 4 de octubre de 1226.





El tugurio de San Francisco, conservado en el interior de Santa María de Rivotorto, Asís. Al regresar en 1210 de su viaje a Roma, en el que había expuesto a Inocencio III su primera Regla, el santo se retiró a esta cueva y luego pasó a otra que se hallaba en el emplazamiento actual de la Porciúncula.

pronunciar tu nombre. – Alabado seas, Señor, por tus criaturas, – y sobre todo por el Hermano Sol, este gran Señor – que nos ilumina desde el alba hasta la noche. – ¡Qué bello es y brillante! Y con su resplandor – manifiesta tu gloria, ¡oh Altísimo! – Alabado seas, Señor, por la Hermana Luna, – y las Estrellas que has puesto en los cielos; – ¡qué bellas son, y preciosas y claras! – Alabado seas, Señor, por el Hermano Viento, – y el Aire y las Nubes, y el Azul del Cielo, – y la Lluvia y el Tiempo, – con que provees por tus criaturas. – Alabado seas, Señor, por la Hermana Agua; – ¡qué útil es, y humilde, y preciosa, y casta! – Alabado seas, Señor, por el Hermano Fuego, – que alumbra las tinieblas, – y es útil y alegre y hábil, – y tan fuerte. – Alabado seas, Señor, por la Hermana Tierra, nuestra madre, – que nos mantiene y regocija – con abundancia de frutos y flores – de todos matices, y con la hierba verde...".

Desde los tiempos de Akhenatón y de los Salmos no se había hablado así. Pero mientras en el Himno del Sol, de Akhenatón, el astro es el creador de donde manan todas las bendiciones, en el *Cántico al Sol*, de Francisco, el Altísimo es el que rige los luminares del cielo, como en los Salmos, pero además los elementos amigos del hombre son nuestros hermanos. El antropomorfismo de la Creación, en el cántico de San Francisco, es tan equilibrado y palpitante porque no hace al hombre centro del universo; el Hombre es como el Sol y la Luna, y el Agua y el Viento, todos iguales, hijos de Dios.

Difícil es predecir lo que hubiera ocurrido si Francisco hubiese insistido en que sus frailes fueran todos como él en la cuestión de la pobreza. La organización conventual de los



La tumba de San Francisco en la cripta de la iglesia del santo de Asís. Visible sobre el altar y rodeada por una reja, la tumba aparece tal como fue descubierta en las excavaciones de principios del siglo XIX.

LOS MOVIMIENTOS DE REFORMA MONASTICA: DE SAN BERNARDO A LAS SECTAS HERETICAS DEL SIGLO XII

1109-1119	Ponce de Melgeuil, abad de Cluny. Bajo su gobierno se precipita una profunda crisis, alentada por su propio desequilibrio y ambición personal. Su marcha a Jerusalén deja Cluny en manos de Pedro el Venerable, quien no podrá detener la decadencia. Ponce de Melgeuil ataca Cluny con gente de armas, depone a Pedro el Venerable y reina tiránicamente, hasta que un legado pontificio excomulga a Ponce y a sus hombres y repone a Pedro.
1109-1134	San Esteban Harding, abad de Citeaux, sucesor de San Alberico.
1112	Cuando la severa regla impuesta por San Esteban y la peste amenazan con hacer desaparecer la comunidad cisterciense, entra en el monasterio Bernardo de Fontaines con otros treinta jóvenes caballeros. Se inicia la expansión de la Orden.
1113	Fundación del monasterio de La Ferté por monjes cistercienses.
1114	Fundación de Pontigny por monjes cistercienses.
1115	San Bernardo parte de Citeaux para fundar Clairvaux (Claraval). Fundación de Morimond.
1119	El papa Calixto II aprueba la "Charta Caritatis" de San Esteban Harding.
1122-1156	Querella literaria entre San Bernardo y Pedro el Venerable: la regla cisterciense va a aparecer desde este momento como una reacción contra los excesos cluniacenses.
1122	Suger, abad de Saint-Denis, apoyado por San Bernardo.
1123	Introducción del Cister en Alemania.
1128	Introducción del Cister en Inglaterra.
1132	Por voluntad de Alfonso VII, los monjes de Moreruela cambian el hábito de Cluny por el cisterciense.
1140	San Bernardo y Abelardo se enfrentan en el concilio de Sens. En este momento, y al aceptar el pontífice Inocencio II los puntos de vista de San Bernardo, éste debe ser considerado la primera figura de la Iglesia. La Orden cisterciense sale favorecida del prestigio personal del abad de Claraval, pero la misma expansión de la Orden tiende a socavar sus cimientos, recayendo en algunos de los vicios de Cluny.
1152	Muerte de San Bernardo.
1155	Muerte de Arnaldo de Brescia.

La reforma gregoriana, a pesar de su incontestable éxito, había dejado subsistir numerosos abusos. Más independiente de las autoridades laicas, más digno y menos corrompido en su conjunto, el clero continuaba, sin embargo, ligado en exceso a las realidades del siglo, a la tierra, al poder y a la riqueza. El mismo San Bernardo y la evolución de los cistercienses en la segunda mitad del siglo XII pueden servir de ejemplo.

Mientras Claraval proseguía en profundidad la obra gregoriana, exaltando un cuerpo apostólico, otros, insatisfechos, seguían diverso camino y, queriendo prolongar la "Pataria" –movimiento popular desarrollado en las ciudades italianas y circunstancial aliado del pontificado en su lucha contra el Imperio–, llegaron pronto a los límites de la ortodoxia.

El objetivo de unos y otros era aparentemente el mismo: purificar la Iglesia, pero muy pronto, para la "Pataria", la causa de todos los males se redujo al exceso de riqueza y poder de que gozaban las jerarquías eclesiásticas. Por este camino, las iniciales ideas gregorianas derivaron hacia un radicalismo místico y anticlerical.

Ya Arnaldo de Brescia (m. 1155) había condenado una Iglesia con poder en lo temporal. El ideal que propuso a las ciudades italianas era una comunidad en la que los laicos ejercían todas las funciones civiles y el obispo cuidaba de su salvación eterna.

Para un historiador moderno, todas estas reivindicaciones son la expresión de la conciencia laica del siglo XII. Bajo la defensa apasionada de la pobreza apostólica, virtud cardinal de la observancia cristiana, se acentúa cada vez más una hostilidad creciente contra toda la organización eclesiástica.

franciscanos tenía muchos otros problemas además del sustento. Había el de la disciplina jerárquica, el de la admisión de nuevos frailes con noviciado o sin él, el criterio que convenía adoptar con los frailes que habían abandonado la Orden y querían reconciliarse con ella después; había el de la Orden paralela de mujeres, etc. Por esto Francisco renunció a su cargo de superior ya en 1220, seis años antes de morir. Postrándose en el suelo delante de su sucesor, Pedro de Catania, Francisco dijo en voz alta, para que le oyeran los allí presentes: "Desde ahora estoy muerto para vosotros; he aquí al Hermano Pedro, a quien obedeceremos".

Esta renuncia de Francisco es acaso su mayor gloria. No la hizo para evitar disputas ni gozarse en una mística paz, "a solas, sin testigos". Francisco creía en su régimen "franciscano", y tenía bastante prestigio para imponerlo hasta su muerte, pero salvó también este tercer gran peligro: la soberbia de la verdad.



Durante la cuaresma de 1224, dos años antes de morir, San Francisco recibió en su cuerpo los estigmas de la pasión de Cristo, según se representa en esta tabla de Piero della Francesca, del siglo XV (Palacio Público, Perusa).

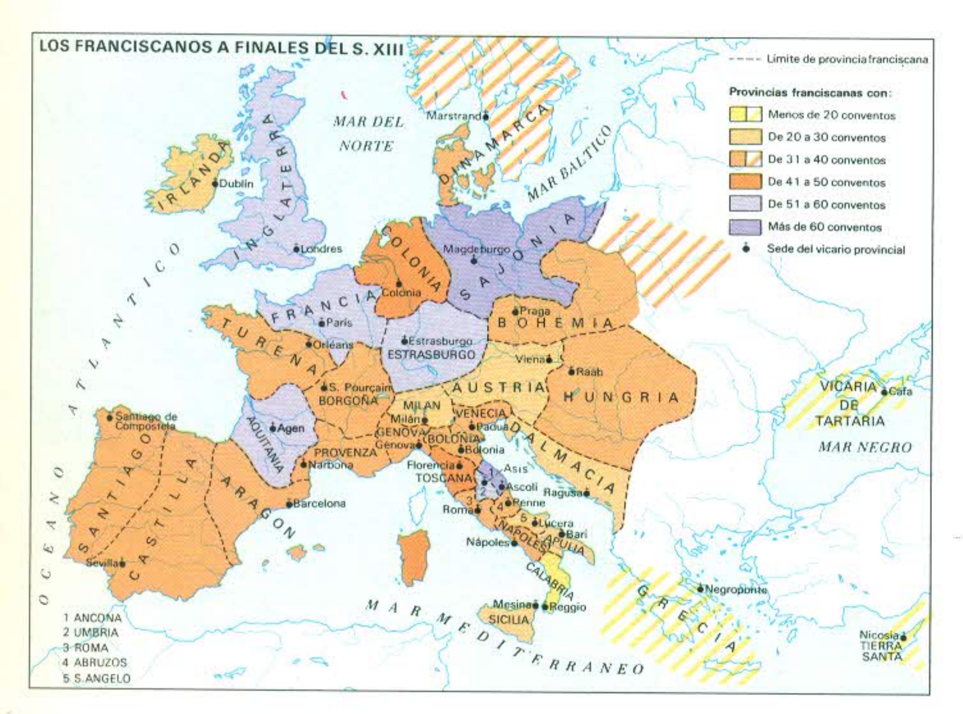


Este cuadro que P. Berruguete pintó a fines del siglo XV representa a Santo Domingo de Guzmán ante la hoguera donde se queman los libros de los albigenses (Museo del Prado, Madrid). A la izquierda aparece el santo con un fraile y un grupo de personas, y a la derecha algunos albigenses que contemplan con estupor cómo el libro católico se libra de las llamas.

Si Francisco hubiese sido tenaz con su ideal de pobreza, hoy tendríamos en él un ejemplo más de idea fija. Renunciando con mansedumbre hasta a *Madonna Povertà,* hoy tenemos una Orden franciscana a poca diferencia como las demás, pero tenemos a Francisco, pobre hasta el punto de no querer tener voluntad ni criterio... más que para alabar a Dios.

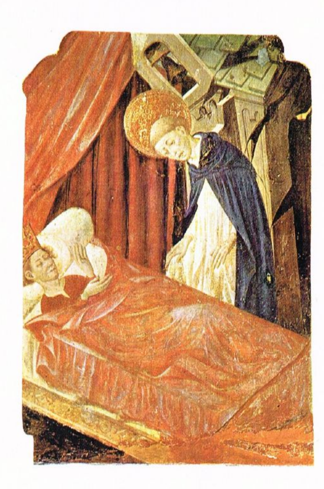
En la breve exposición de la vida y las ideas de San Francisco ha aparecido, casi sin quererlo, la figura de Santo Domingo de Guzmán, el fundador de la Orden de los dominicos. San Francisco y Santo Domingo en la historia van siempre aparejados. Murieron casi dentro del mismo año, aunque Domingo era de más edad, pues había nacido el 1170, doce años antes que Francisco. Si hemos de creer a los que más tarde escribieron su vida, Domingo era de familia ilustre de Castilla la Vieja. Nació en Caleruega y estudió en la escuela catedralicia de Palencia. A los veinticinco años, en 1195, Santo Domingo recibió órdenes sagradas y pronto fue nombrado canónigo de Osma. Del año 1195 al 1203 los historiógrafos hacen ir a Santo Domingo a predicar a los moros de España, pero no hay gran seguridad en ello.

La primera data cierta de la actividad internacional de Santo Domingo es un viaje que hizo con su obispo, el año 1203, a "las Marcas". Cuáles eran estas Marcas ha quedado sin precisar; se ha supuesto que sería Dinamarca, adonde el obispo de Osma y su canónigo Domingo irían para concertar el matrimonio del rey de Castilla con una princesa escandinava; pero podía muy bien ser que no llegaran más que a la Marca de España, o de Francia, o de Italia, pues que "marca" quiere decir únicamente "país de frontera". Lo positivo es que en este viaje atravesaron el sur de Francia y allí el obispo de Osma y su acompañante se demoraron más de lo que habían calculado. La región estaba desolada, destrozándose sus habitantes en una querella religiosa. Si Santo Domingo había ido antes a predicar a los moros de España, le parecería ahora que los mahometanos eran mil

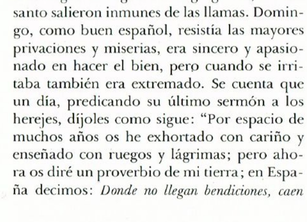


veces más sensatos que los herejes del sur de Francia. Hasta hace poco creíamos que la rebeldía de los albigenses era un anticipo del protestantismo, una reivindicación de los derechos de las iglesias locales, y aun de la interpretación individual de la Escritura, en oposición al romanismo, esta vez aliado con los monarcas franceses. Pero la publicación de textos y documentos ha evidenciado que los albigenses, sin tener en cuenta la autoridad suprema de la Iglesia, se habían desviado torpemente y comenzaron a disparatar, aceptando dos principios divinos, uno para el bien y otro para el mal, extraña reaparición del maniqueísmo. El cuerpo, la materia para los albigenses, era la creación del principio malo y debía procurarse su desaparición, impidiendo el nacimiento de los hijos y hasta preconizando el suicidio. No hay que decir que tales extravíos preocuparían al obispo de Osma y a Domingo, quien dio pruebas más tarde de ser un temperamento sensato y equilibrado.

El obispo y su compañero se lanzaron a predicar a los albigenses, pero pronto el prelado de Osma tuvo que regresar a su diócesis, concediendo, empero, permiso a Domingo para continuar solo su predicación en el sur de Francia. Estos fueron los grandes años de Santo Domingo, los años de pruebas, de trabajos, de visiones... Viajaba solo por una región llena de herejes, que le odiaban; iba a pie, descalzo siempre, predicaba en las encrucijadas de los caminos, en las iglesias, en los castillos, a los labriegos y soldados, clérigos y letrados. A menudo consentía en disputar con los herejes, refutando uno por uno sus argumentos; en una ocasión aceptó la prueba del fuego, en esta forma: los escritos de los albigenses y su refutación fueron al mismo tiempo echados



Pere Nicolau pintó así, a fines del siglo XIV, el sueño de Inocencio III en que vio la Iglesia tambaleante sostenida por Santo Domingo (Museo de Bellas Artes, Valencia).

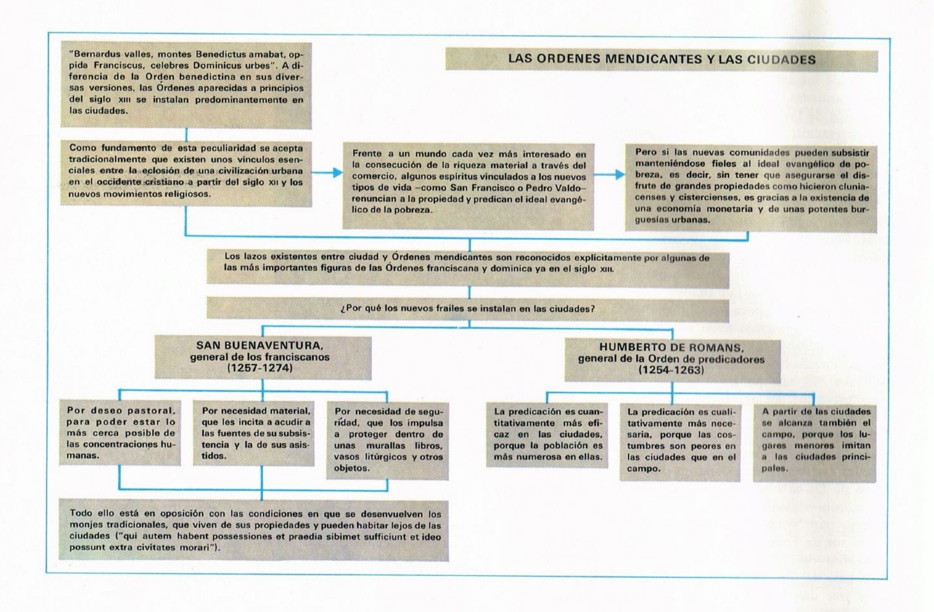


a la hoguera. Según los hagiógrafos, los del santo salieron inmunes de las llamas. Domingo, como buen español, resistía las mayores privaciones y miserias, era sincero y apasionado en hacer el bien, pero cuando se irritaba también era extremado. Se cuenta que un día, predicando su último sermón a los herejes, díjoles como sigue: "Por espacio de muchos años os he exhortado con cariño y enseñado con ruegos y lágrimas; pero ahora os diré un proverbio de mi tierra; en España decimos: *Donde no llegan bendiciones, caen*





Detalle de una miniatura de un "Libro de Horas" francés del siglo XIV en que aparecen los hábitos blancos de la Orden de Predicadores y los castaños de los Franciscanos (Biblioteca Nacional, París).



tempestades. Yo voy a armar contra vosotros a los príncipes y prelados y vendrán para castigaros". Estas palabras se han tomado como una prueba de haber organizado Domingo la cruzada contra los albigenses, dirigida por Simón de Montfort, en la que tantos perecieron, así fieles como herejes. Pero la cruzada fue mucho antes; cuando la expedición de Simón de Montfort, Domingo no era más que un clérigo, andariego y extranjero. Pero también es cierto que Domingo presenció los horrores de la cruzada y debió de comprender que, por herejes que fueran, los albigenses tenían derecho a un trato más humano del que infligieron a los habitantes de la región los defensores del dogma. Es de suponer que más tarde hablara con horror de esta gran tragedia a sus hermanos dominicos y que, de su inspiración, se originase el Santo Oficio, cuya misión capital fue juzgar según el dogma y la razón a los herejes; pero Santo Domingo no fue el fundador de la Inquisición, así como tampoco predicó ni pudo predicar aquella cruzada contra los cátaros.

De todos modos, el espectáculo de desorden y atropellos que Santo Domingo presenció en los años que estuvo en el sur de Francia hubo de demostrarle dos cosas. Fue la primera: que las Ordenes religiosas establecidas en el país, con su régimen monástico de cluniacenses, cistercienses y cartujos, no eran eficaces para prevenir y remediar un grave conflicto en el seno de la Iglesia, como fue la herejía de los albigenses. Segunda: que el clero secular, ocupado en los servicios del culto y obras de caridad, difícilmente podía atender a la misión constante y elevada de mantener la pureza del dogma. La Iglesia militante necesitaba, pues, de un tercer organismo, que serían sus frailes predicadores. Santo Domingo empezó por asociarse con varios clérigos del sur de Francia que compartían el mismo ideal, y en 1215 el obispo de Tolosa les entregó una iglesia y una casa en la ciudad, que puede considerarse como el primer convento de dominicos. Por este mismo año Domingo pasó a Roma para obtener del papa la autorización de fundar una nueva Orden; pero el pontífice se resistió y aconsejó a Domingo que tratara de conseguir lo que se proponía con la regla de San Benito, o de San Agustín, o del Cister. Fue la misma resistencia que encontraba Francisco por aquellos mismos años, y hay que tener en cuenta que las autoridades eclesiásticas se oponían a las nuevas fundaciones no sólo

Relieve del arca que contiene los restos de Santo Domingo, en que se ven representadas dos escenas de su vida: los apóstoles Pedro y Pablo entregándole un báculo y un libro de predicación, y el santo repartiendo el libro de la Regla a los primeros compañeros que la profesaron.



por el recelo que causa todo lo nuevo, sino también porque en los concilios se había legislado ya contra ellas para prevenir, desde luego, que todo el que se sintiera en desacuerdo con lo estatuido por la suya, saliese de ella con la pretensión de "fundar" otra Orden para él solo.

Pero pronto los pontífices reconocieron que tanto San Francisco como Santo Domingo eran merecedores de lo que reclamaban. El año 1216 Santo Domingo obtuvo del papa Honorio III el permiso que había solicitado para fundar su Orden, y le entregó además la iglesia de Santa Sabina, en el Aventino, donde se estableció el primer convento de dominicos en Roma. Domingo vivió sólo cinco años más; fueron cinco años de gran actividad y de viajes por Francia, Italia y España. Al morir, en 1221, el santo fundador existían más de sesenta conventos, repartidos en diez provincias, y poco después, a tenor de esta proporción, sus frailes se habían multiplicado prodigiosamente.

Las nuevas comunidades de franciscanos y dominicos tuvieron una eficacia social. Llegaron a transformar la vida de las ciudades. En cada ciudad los nuevos frailes construyeron grandes iglesias dentro del recinto de las murallas, donde se celebraban oficios y fiestas en honor de los grandes santos locales. Los dominicos causaban emoción con elocuentes sermones y se especializaban en la defensa del dogma. Daban carácter religioso a las escuelas seglares que empezaban a formarse. Los franciscanos establecían contacto con los burgueses y artesanos, visitando las casas y aconsejando en casos de moral familiar. ¡Qué diferencia entre los monasterios y monjes benedictinos, silenciosos y en despoblado, y los conventos de frailes animando la vida ciudadana con procesiones, misas solemnes cantadas y cortejos por las calles!



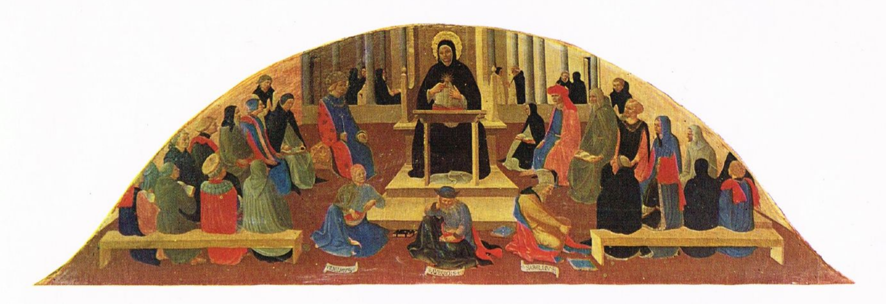
El magnífico sepulcro de Domingo de Guzmán en la iglesia que el santo tiene dedicada en la ciudad de Bolonia, donde murió en 1221.

BIBLIOGRAFIA

Bloch, M.	*La société féodale,* París, 1940.
Fliche-Martin, A.	*Histoire de l'Eglise,* París, 1940 y sigs.
Gobry, I.	*Saint François d'Assise et l'esprit franciscain,* París, 1957.
Llorca, B.; García Villoslada, R., y Montalbán, F. J.	*Historia de la Iglesia católica,* Madrid, 1958.
Pirenne, H.	*Historia de Europa desde las invasiones hasta el siglo XVI,* México, 1956.
Romero, J. L.	*La revolución burguesa en el mundo feudal,* Buenos Aires, 1967.
Touchard, J.	*Historia de las ideas políticas,* Madrid, 1969.
Troeltsch, E.	*The social teaching of the christian Churches,* Nueva York, 1931.



El abrazo de Santo Domingo y San Francisco de Asís, representado en el pórtico de la iglesia de Santa María Novella, Florencia.



La escuela de Santo Tomás, por Fra Angélico. A los pies del santo están Guillermo de Saint-Amour, Averroes y Sabelio.

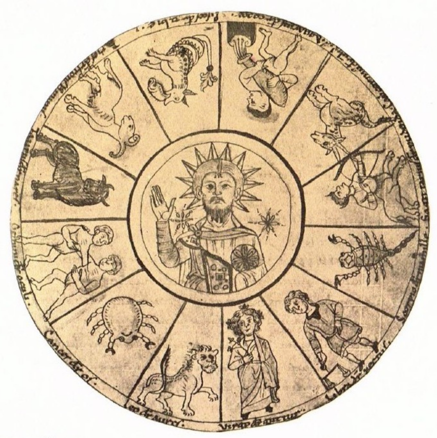
La escolástica cristiana

A mediados del siglo XII empezó a manifestarse en el occidente cristiano un deseo de explicar racionalmente el mecanismo de la creación de acuerdo con la fe. Durante más de mil años la Iglesia había venido aclarando puntos oscuros del dogma y fijando conceptos sobre el origen, mantenimiento y fin de los cielos y de la tierra, esto es, del Macrocosmos, o sea el empíreo con las personas divinas, y del Microcosmos, o sea el hombre con su pecado original, su redención y sus esperanzas para la vida futura. El plan de Dios aparecía claro, o a lo menos en símbolo, desde las primeras páginas de la Biblia. En ésta había información suficiente para entender lo que había ocurrido, ocurría y tenía que ocurrir por toda la eternidad. Pero a veces la divina revelación resultaba algo velada, para animar sin duda a los hombres a pensar en Dios y amarle más aún tras haber llegado a conocer sus altos designios con fervor y devoción.

La Biblia podía servir para explicar el funcionamiento de todo lo creado y aun de lo increado, o sea Dios, pero la Iglesia reconocía también la utilidad y autoridad de los escritos de los Santos Padres. Lo que la Iglesia había venido afirmando por tradición no interrumpida debía considerarse tan sobrenaturalmente revelado como lo que quedaba establecido por los textos bíblicos. Así es que una frase de San Agustín o San Jerónimo, en cuanto expresaba esta tradición, tenía un valor paralelo al de una sentencia de la Escritura. Ya se comprende, pues, que al querer teorizar el plan de la naturaleza, o creación, de acuerdo con la revelación divina, era preciso, ante todo, descifrar los símbolos y alegorías de los relatos bíblicos. Después seguiría el inventario de las doctrinas contenidas en los escritos de los Santos Padres y, por fin, con este andamio de información previa, la razón construiría el castillo de la teología cristiana, que no abomina de la claridad del entendimiento ni excluye la ayuda de la gracia de Dios. Vamos a ver, pues, el proceso ideológico e histórico de estas tres etapas de la escolástica.

La primera etapa, que hemos dicho era puntualizar el sentido místico de la Biblia, había sido ya la preocupación de los Padres de la Iglesia. Tres cosas se tendía a discernir: la *historia,* o sentido textual de los relatos bíblicos; la *alegoría,* o enseñanza doctrinal; la *tropología,* o enseñanza moral. Aun los personajes y hechos de dudosa edificación, que se hallan en los libros del Antiguo Testamento, entraron en este movimiento de interpretación espiritual. Pronto se comprendió, por ejemplo, que Adán era una figura profética de Jesús, puesto que si todos los humanos descienden de Adán por la carne, por la sangre de Cristo nacen otra vez y restablecen su perfecta humanidad. Figuras proféticas son también Abel, Melquisedec, David, etc. Pero en el siglo XII se llegó mucho más allá; se creyó adivinar un sentido metafórico o alegórico en toda la creación. El alma había sido creada por Dios y para Dios; el cuerpo había sido creado para el alma, la tierra para sustentar al cuerpo: el hombre era, pues, la criatura cuyo fin justificaba la existencia de todo lo demás. El simbolismo de la creación era, pues, teocéntrico y antropológico.

Quien puede decirse que resumió este concepto simbólico del universo fue el llama-



El Macrocosmos, dios creador, rodeado de los signos del Zodíaco (miniatura del siglo XI conservada en la Biblioteca Nacional de París).

do Hugo de San Víctor, cuyos escritos se consideraron indispensables en todas las bibliotecas de la Edad Media. Hugo era de origen alemán, pero tenía sólo veinte años cuando, en 1115, entró en el monasterio de San Víctor, de París. En esta época París empezaba a ser la ciudad de los filósofos, como la llamará Alberto el Magno, y el centro internacional del pensamiento con sus escuelas, de las que se formará el *Studium generale,* o sea la universidad. Por lo que toca a Hugo de San Víctor, él mismo nos explica su pasión por los estudios: "Nunca desdeñé de aprender... Hice prácticas de memoria..., revisé mis notas cada día..., me propuse problemas de matemáticas..., dibujé a menudo con carbón figuras geométricas en el suelo..., en las noches de invierno examinaba la posición de las estrellas y hacía sonar el arpa para distinguir el valor de las notas y gozar de la dulzura de la música". "Ocupaciones *pueriles,* aunque no del todo inútiles", dice Hugo, casi excusándose de su curiosidad.

Para él las siete artes liberales, lo que hoy

¿QUE ES LA ESCOLASTICA?

En la historia de la filosofía occidental, la escolástica se identifica a veces con la filosofía medieval; otras, se la considera como la filosofía propia del cristianismo. En ambos casos se suscita un doble problema: ¿cuáles son los límites temporales de la filosofía escolástica? ¿Cuáles las características permanentes que definen una filosofía personal como escolástica?

Los neoescolásticos del siglo XIX pretendían reservar el nombre de escolásticos a aquellos pensadores medievales que habían profesado la más estricta ortodoxia. San Buenaventura, San Alberto Magno, Santo Tomás serían las personalidades máximas del grupo. Roger Bacon y Raimundo Llull se consideraron "desviacionistas". Escoto Erigena y los averroístas latinos fueron calificados de "antiescolásticos".

Se filosofa porque es necesario comprender la verdad revelada. La verdad se posee ya. Se trata sólo de explicitarla. Por eso se puede llamar "escolástica" toda filosofía hecha por un creyente desde su fe para establecer las bases racionales de su revelación.

Existe una filosofía medieval, mas para presentarla como tal es preciso extraerla del medio teológico en que ha nacido y del que no se la puede separar sin violentar la realidad histórica. La filosofía medieval se encuentra en los libros de hombres que eran teólogos o aspiraban a serlo.

Es inexacto decir que la escolástica es una filosofía subordinada a la teología. Esto puede ser verdad si nos referimos a San Anselmo; no lo es si hablamos de Abelardo, San Alberto Magno o Santo Tomás, quienes distinguen dos dominios de conocimiento: el de la ciencia y el de la fe. Para San Buenaventura, en cambio, la religión se convierte en conocimiento, la filosofía se vive como religión.

Santo Tomás, y con él la escolástica en sentido estricto, no filosofan a partir de la ignorancia para hallar la verdad, sino desde opiniones contrarias. Por eso no se mueven en el ámbito inmediato de la realidad, sino entre pareceres. Esta filosofía, con su carácter mediato, responde exactamente a la situación de la que ha emergido: el choque entre la revelación y la tradición cristiana y una filosofía acabada y completa como la griega.

llamaríamos ciencias, actuarán como servidoras para la ciencia primordial, que es la teología; él no acomete todavía su estudio con decisión. Hugo escribe libros *(De Arca Noë moralis* y *De Arca Noë mystica)* para enseñarnos que el arca de Noé simboliza la Iglesia y el pueblo escogido. Compone un gran tratado acerca de los sacramentos, de los que ve "sombras", como anticipos, en la misma naturaleza. ¿Quién podrá mirar el agua y no pensar en el bautismo? Símbolo y alegoría rodean al hombre en todos sus pasos: la historia no es más que una lección; esta vida, una pálida imagen de la vida futura.

La segunda etapa preliminar de la escolástica es la compilación de "sentencias", donde debía incorporarse la doctrina contenida en los escritos de los Santos Padres. También había antecedentes de estos trabajos de sistemático inventario; San Isidoro de Sevilla, por ejemplo, había compuesto siglos antes un libro de *Sentencias.* Pero en esta época los dictados de los Padres se intercalan, más bien que copian, en tratados que desenvuelven un plan orgánico, dando en ellos el autor su opinión personal. Traducimos como muestra un párrafo del voluminoso libro de *Sentencias,* de Pedro Lombardo; éste era de origen italiano, pero llegó a ser obispo de París: "El punto en discusión es si Dios consiente el pecado o el mal existe sin El quererlo. Hay diversas opiniones, que parecen contradecirse, porque algunos dicen que Dios consiente el pecado, pero no lo quiere, etc.". Al fin, Pedro Lombardo corta por lo sano con varias sentencias de San Agustín, y acaba diciendo: "Dejando estas discusiones y decidiéndonos por lo que creen los Santos Padres, diremos que Dios no crea el mal, ni deja de crear el mal, y que no lo desea".

Y, por último, llegamos a la verdadera escolástica. Esta se propone la tarea de explicar teológicamente el universo, tanto en el orden físico como en el orden moral. Es difícil precisar aún hasta qué punto la escolástica cristiana viose estimulada en su origen por la escolástica mahometana, que la precedió. Los árabes conocieron a Aristóteles antes que el occidente latino, y el problema que se propusieron los escolásticos del Islam es prácticamente el mismo que se propusieron los doctores cristianos: aclarar en lo posible los misterios de la Revelación con ayuda de la *Lógica* y la *Metafísica* de Aristóteles.

Es seguro que en el siglo XII los teólogos cristianos no se dieron cuenta de que en esto iban más o menos a remolque de los árabes; hasta es fácil que fuera pura coincidencia y que el "clima espiritual" de aquel siglo originase la misma predisposición intelectual tanto en París como en Damasco. Pero aunque el espíritu humano obra con unidad sorprendente y aparecen ideas análogas en centros de cultura completamente separados, casi no se puede creer que no llegara cierta influencia árabe al Occidente para estimular la aparición de aquella ciencia nueva. Por lo menos, las otras explicaciones que se han dado hasta ahora son mucho menos satisfactorias todavía.



El Microcosmos rodeado de los planetas y los signos del Zodíaco influyendo cada uno en una parte del cuerpo humano (miniatura de un manuscrito del siglo XIII; Biblioteca Nacional, París).

Es evidente que algunas de las escuelas que Carlomagno y sus colaboradores establecieron en las catedrales y monasterios continuaban progresando vigorosamente y que estas escuelas estaban cada día más abiertas a los laicos; es innegable también que los estudiantes de estas escuelas eran cada día más numerosos, pero no se ha explicado aún satisfactoriamente por qué se manifestó un nuevo afán de aprender a principios del siglo XII y, sobre todo, por qué los métodos y los problemas que se estudiaban eran tan completamente nuevos. Pero también es cierto que la aparición de la escolástica cristiana venía preparada por este desenvolvimiento del saber, sobre todo en las escuelas episcopales como las de Chartres, Colonia y York, y que el conocimiento de los Padres era un estimulante generador de un más amplio pensamiento teológico y filosófico que más o menos tarde había de generalizarse.

Las obras de San Agustín y San Dionisio, con sus irradiaciones platónicas y su misticismo; las *Categorías* de Aristóteles, traducidas fielmente al latín a mediados del siglo X, y la Biblia, comentada y explicada por los Padres,

ESCOLASTICA Y VIDA CRISTIANA

No es infrecuente encontrar autores que, al igual que hablan de la filosofía árabe o judía medievales como "no escolásticas", separan la teología escolástica de la teología mística como si ésta hubiera aparecido sin relación alguna o inexplicablemente tras las grandes síntesis tomistas. Es decir, cabe plantearse la cuestión de si al hombre medieval, incluso a nivel de masa popular, le satisfizo o no el saber escolástico, el tipo de relación con Dios que surgía a través de este conocimiento.

En primer lugar, hay que hacer constar que la escolástica estaba localizada sobre todo en las universidades, y por tanto en las ciudades. La gran masa rural estaba en manos de un clero mal reclutado, apenas formado y demasiado poco vigilado. La legislación eclesiástica del siglo XIII ya ordenó que en cada catedral o colegiata hubiera un maestro en latín, y un maestro en teología en cada metrópoli; se prescribieron visitas pastorales, se buscó una cierta selección de los clérigos, pero no fueron bien aplicadas dichas órdenes. La mayoría de los sacerdotes no tenían vocación, carecían de celo y de buena conducta. Razones de familia solían invitar a los pudientes al sacerdocio; también razones de promoción social y de búsqueda de seguridad material empujaban a los medios modestos hacia la situación privilegiada sacerdotal.

El derecho de patronato de muchos laicos sobre gran número de parroquias ponía en manos de seglares la pastoral de muchos pueblos. Casi el ochenta por ciento de los párrocos ingleses poseían un veinte por ciento de vicarios que ni siquiera habían recibido el sacerdocio. El aislamiento, la falta de libros, etc., cuentan entre las innumerables causas que llegaban a permitir situaciones tan grotescas y paradójicas como la que cuenta Salimbene del arzobispo de Parma, Gregorio Romano, quien al morir rechazó los sacramentos y dijo "que no creía nada de esa fe y que había aceptado el arzobispado por las riquezas y los honores".

Esta anécdota trae de la mano otro fenómeno característico y parejo del tiempo de la gran escolástica. En el seno de la cristiandad se estaba dando una inevitable confrontación de diversas ideas y creencias que produjo en no pocos espíritus un relativismo que incluso inclinó a muchos hacia lo que se ha llamado "ateísmo radical". Raúl Glaber, Jaime I, Guibert de Nogent, Joinville a su vuelta de un viaje de ultramar, hablan de casos de judaizantes, de gentes atraídas por el islamismo. Dante, en su *Convivio*, es testigo de una bestialidad estúpida, vil y dañosa como la de los que creen que no hay otra vida después de ésta. Ya en 1196 el obispo de París, Mauricio, testimoniaba que en su tiempo mucha gente dudaba de la resurrección de los muertos.

Estos significativos fenómenos, verdaderos excesos si se quiere, y la lenta pero irreversible proliferación de heréticos y ateos en una sociedad donde el debilitamiento de la fe era un hecho, apartándose de los preceptos cristianos que debían regir la conducta individual, apartamiento del simple creyente lo mismo que del religioso, explica el posterior desconsuelo de Ramon Llull que hacía decir a Blanquerna: "Apenas veo en el mundo quien haga lo que debe o lo que puede en conocer, amar, honrar y servir a Dios, su Señor y Criador, ni quien le agradezca los beneficios recibidos y los que recibe cada día; antes ya casi el mundo todo va revuelto en engaños, trampas, errores y vanidades". "...Estos son los diez mandamientos despreciados, desobedecidos y olvidados en el mundo por las gentes."

La aparición y rápida expansión de los mendicantes y otras fundaciones supuso no poca influencia por un cristianismo mejor. Pero su progreso fue sobre todo sensible en las ciudades. Sin que, tanto en la ciudad como, por supuesto, en el campo, el cristianismo abandonara su patente mediocridad.

La religión se estaba convirtiendo, a la par que los grandes pensadores lograban la síntesis de fe y razón, en un código más que en una doctrina. El amor a Dios y al prójimo suponían mucho menos que el temor a la condenación. Casi inútiles eran los sermones de los franciscanos a los campesinos alemanes tratando de hacerles comprender que de nada servían las limosnas y las peregrinaciones para salvarles de las llamas eternas si no procedían a una verdadera conversión. El mismo Concilio de Letrán, ya en 1215, buscó una mayor participación sacramental por medio de la cual controlar mejor la ortodoxia y estimular la vida piadosa. Tampoco es que exigiera mucho: la comunión y la confesión anual. Pero las prácticas y las devociones piadosas atraían más: ayunos, peregrinaciones, cofradías para promover la devoción al santo sacramento del altar, fiestas como la del Corpus, primeros milagros de hostias sangrientas, la devoción a la Virgen, divulgada con himnos, oraciones, cuentos, milagros, gozos y dolores, etcétera, era lo que más gustaba al cristiano corriente. Su base, que era esencialmente cristiana, le mantenía ligado a la Iglesia a pesar de todo; la Iglesia era el centro de todo, pero la religión era rudimentaria, centrada sobre el infierno, más bien negativa, hasta con cierto aspecto mágico en muchas de sus devociones y prácticas piadosas.

J. M.ª P.

habían de provocar algún día una curiosidad y un afán de sistematización científica que forzosamente habría de restablecer la continuidad del pensamiento clásico. Por ejemplo, cuando Abelardo llegó de Bretaña a París hacia el año 1100, había más de cinco mil estudiantes en la ciudad. Enseñaba entonces en la escuela de la catedral de Notre-Dame un tal Guillermo de Champeaux. Este sostenía que los *universales*, esto es, las ideas generales, los conceptos abstractos, tienen existencia independiente, son formas sustanciales, como los ángeles y otros seres celestes. ¿Y por qué? ¿Qué necesidad había de crear estos entes de razón: la Señora Bondad, la Señora Justicia, el Señor Amor y mi Señora Piedad? Estas cualidades entran, en más o en menos, en todas las cosas creadas; tal cosa es menos buena, aunque más bella; tal otra tiene más de Grandeza y menos de Piedad, pero nadie por esto se sentiría inclinado a imaginar personificaciones con existencia real de la Grandeza, Bondad, Piedad, etc. Con todo, los libros sagrados hablan de Dios como si estuvieran en El completamente estos atributos que, en las cosas creadas, están en más o en menos. Las Escrituras dicen que Dios es justo, que es bueno y misericordioso, y es imposible entender estas frases al pie de la letra, ya que en Dios no hay cantidad, no tiene más o menos de nada, todo en Él es absoluto... Pero bueno, misericordioso y justo son adjetivos que indican cualidades que sólo pueden aparecer de la comparación con otra cosa que tenga más o menos de ellas.

Ya los últimos filósofos neoplatónicos se

dieron cuenta de esta dificultad y la resolvieron suponiendo emanaciones de Dios, que son las ideas universales, y al descubrir los árabes la Filosofía antigua, algunos de ellos se valieron de esta solución para interpretar el Corán. Dios es el que es, nada le puede aumentar o quitar nada, pero en Él caben las ideas de la Bondad absoluta, de la Justicia absoluta, del Amor, del Triángulo, de la Esfera, de lo Blanco, de lo Puro, y estas ideas se incorporan para dar, con su más y su menos, individualidad a todo lo creado.

Esto es lo que se discutía en París al llegar allí Abelardo, lo que enseñaba Guillermo de Champeaux, partidario de la existencia real de los *universales.* He aquí cómo describe Abelardo los primeros días de su vida de estudiante de París, al comenzar el siglo XII:

"Cuando llegué a París, hacía ya tiempo que Guillermo de Champeaux enseñaba dialéctica, siendo considerado como el mejor maestro de esta ciencia. Permanecí algún tiempo en su escuela y, aunque al principio me recibió con afecto, pronto se enfadó conmigo porque persistí en refutarle algunas de sus doctrinas. Mi audacia me hizo también odioso a mis condiscípulos, que se consideraban superiores a mí, el más joven y recién llegado de los estudiantes".

Este párrafo nos enseña que los discípulos de la escuela de la catedral podían, en el siglo XII, entablar polémicas con el maestro, y que Abelardo habría recibido una sólida preparación en "provincias" cuando, a los veinte años, esgrimía argumentos contra el mejor maestro de París. Abelardo continúa explicándonos sus experiencias escolásticas y nos entera de su disputa acerca de los *universales,* que acabó con la reputación de Champeaux. Sus argumentos son como sigue: los universales son sólo conceptos de nuestra mente. De la suma de las ideas que tenemos de todos los hombres resulta el concepto de Humanidad. Prueba: los universales no pueden dividirse, lo que puede dividirse ya no es universal. Además, esto llevaría a una abominable conclusión: si Sócrates y Judas son hombres, tienen ambos el universal *humanidad,* y como esta idea no puede dividirse y está también en Dios, Sócrates y Judas son idénticos y ambos participan de Dios. La doctrina de la realidad de los universales, para Abelardo, no era sólo un error, sino también una herejía. Ya no es, pues, de extrañar que, al ver aparecer este peligro, Champeaux abandonara su cátedra y se retirara al oficio más tranquilo de obispo de Châlons.

Por lo que toca a Abelardo, continuó aprendiendo y disputando por las diversas escuelas catedralicias de Francia, hasta que, en 1117, regresó a París, donde le ocurrió su encuentro con Eloísa; ésta era la sobrina de un canónigo y había recibido una educación preparatoria en el convento de Argenteuil. Pero su buen tío quiso que Eloísa tomara lecciones de Abelardo; "con excesiva simplicidad, confió un corderillo a un lobo famélico". "Sin duda –añade Abelardo– se equivocó por lo mucho que amaba a su sobrina, y fiando en mi buena reputación... Las caricias del amor eran nuevas para entrambos y no nos saciábamos jamás. Cada día daba yo menos tiempo a la escuela y a la filosofía. ¡Cuán pesadas se me hicieron! Perdí originalidad; sólo repetía a los estudiantes mis viejas explicaciones."

Siguiendo su narración: *Historia calamitatis,* Abelardo nos entera de cómo raptó a la sobrina del canónigo y de cómo Eloísa se resistió a casarse, para no perjudicar a su maestro. He aquí, según Abelardo, las propias pa-

Página de la obra "Opúsculos y extractos", de Hugo de San Víctor, recogidos en un manuscrito en pergamino del siglo XIII (Biblioteca Central, Barcelona). Según él, las artes liberales de la época debían actuar como servidoras de la ciencia primordial, la teología.

Página de la obra "Textus Sententiarum", de Pedro Lombardo, editada en Basilea, en 1489, por Nicolaus Kosters (Biblioteca Central, Barcelona). Este tratado pertenece al período de la escolástica en que la actividad se dedicaba a la compilación de sentencias.

labras de Eloísa: "¡Qué complicación!: estudiantes y criadas, copistas y niñeras, el tintero y la rueca. Los que están absorbidos por meditaciones filosóficas no pueden soportar el llanto de los niños ni los gritos de las nodrizas para calmarlos...". Eloísa recordaba a Abelardo los disgustos de Sócrates con Xantipa, y de Cicerón con Terencia, y lo que dijeron San Agustín, San Jerónimo y otros doctores sobre este punto. Por lo visto, Eloísa había aprendido filosofía.

Pero había nacido un hijo, y Eloísa transigió en casarse con tal que el matrimonio se mantuviera secreto, porque, decía ella, "quien tenía el talento de Abelardo, no podía ser de una mujer. Los discípulos de seguro preferirían un maestro soltero, con una amante, a un maestro casado, con preocupaciones domésticas". El canónigo y sus parientes no se contentaron con saber que Abelardo y Eloísa se habían casado en secreto. Enfurecidos porque el maestro escondía su matrimonio, una noche tomaron venganza irreparable. Entraron en la habitación de Abelardo, cuando dormía, y lo castraron. Todo París se conmovió, y en especial los estudiantes lamentaban la desgracia del maestro, quien, según él dice, sufría más de vergüenza que de dolor.

De momento, Eloísa se retiró al convento de Argenteuil y Abelardo a la abadía real de San Dionisio. Pero pronto Abelardo empezó a agraviar a los monjes, probándoles que aquel San Dionisio cuyas reliquias creían poseer no era el doctor ateniense, amigo de San Pablo. Acaso Abelardo tuviera razón, pero no eran buenos los tiempos para discutir la autenticidad de las reliquias. Más improcedente fue todavía escribir un tratado *De Unitate et Trinitate divina.* Abelardo se excusó diciendo que "los discípulos pedían pruebas filosóficas de la Trinidad, querían argumentos inteligibles y no palabrería". Repetían que estaban hartos de discursos que nadie podía entender, que es imposible creer lo que no se entiende y que es ridículo tratar de enseñar lo que ni el maestro ni los discípulos pueden concebir racionalmente *(intellectu cápere).* Esta última parte es verdad, pero Abelardo no tenía razón al decir que no se puede creer lo que no se entiende. Abelardo estuvo más desacertado aún en sus esfuerzos para expli-



car la Trinidad; confundió al Hijo con la *Lógica* y al Espíritu Santo con el *ánima mundi,* y el libro, naturalmente, fue quemado. Abelardo no insistió, pero se retiró a un yermo, llamado el *Paráclito,* murmurando: "¡Ciegos, guías de ciegos!".

También allí le siguieron sus discípulos y pronto escribió otro libro. Su título ya es sospechoso: *Sic et non,* que podría traducirse: *No, pero...* El prólogo tiene párrafos alarmantes: "Decidimos coleccionar las opiniones de los Santos Padres para que su aparente contradicción excite a los tiernos lectores *(téneros lectores)* a descubrir por sí mismos la verdad, afinando su sentido crítico. Porque la llave de la sabiduría es curiosidad incesante. Dudando, pasamos a investigar, e investigando, descubrimos la verdad". Abelardo añade que debemos desconfiar de libros apócrifos; que los Santos Padres, San Agustín, por ejemplo, a veces se retractaron de sus propias opiniones, y más que nada, debemos distinguir el verdadero significado de las palabras, etc. No hace falta ningún comentario...

El contenido del *Sic et non* es realmente espinoso. Abelardo escoge extractos de los escritos de los filósofos paganos y cristianos, poniendo títulos irónicos a los puntos en discusión, y en ocasiones dejándolos sin refutar. Por ejemplo: de que Dios es libre, y su contra; de que Dios crea el pecado, y su contra, etcétera. Se llega a sospechar si Abelardo se proponía, más que nada, desorientar a los lectores novicios con estos pros y contras.



Abelardo y Eloísa, representados en una miniatura de un manuscrito francés del siglo XIII del "Roman de la Rose" (Museo Condé, Chantilly). Aunque el papel de Abelardo fue importantísimo en la filosofía medieval, más trascendencia tuvieron sus desafortunados amores con Eloísa.



Vista exterior de la tumba de Abelardo y Eloísa en el cementerio parisiense del Père Lachaise.

Con todo, Abelardo era sincero; acaso su misma sinceridad le impulsaba a probar racionalmente los misterios de la fe. Por ello pedía la libertad de discusión y afirmaba que había que convertir a los incrédulos con razones y no a la fuerza. Para ayudar a esta obra escribió una *Disputa entre el Filósofo, el Judío y el Cristiano,* que pasó sin consecuencias. Asimismo se lanzó sin protesta a aventuradas afirmaciones en su *Etica,* que tituló: *Conócete a ti mismo.* Abelardo propone ya que un crimen, o pecado, sólo será crimen, o pecado, si el que lo comete tiene conciencia de su falta. Los que torturaron a los mártires cristianos, según Abelardo, no pecaron, porque cometiendo este pecado creían servir a su dios. Son, pues, consideraciones de la naturaleza humana, y no sólo la ley de Dios, las que han de servir, según él, para fijar las normas de conducta. Parece imposible que ideas tan "modernas" en el siglo XII pasaran sin grave escándalo. Pero cuando Abelardo quiso rein-

ESPIRITUALIDAD CLERICAL Y ESPIRITUALIDAD POPULAR

La importancia e influencia de la escolástica puede observarse con claridad al nivel de una cultura clerical superior que con la eclosión del gregorianismo logró afirmarse como sacerdotal y monárquica y ampliar enormemente su organización. La centralización de su administración, la consolidación del poder central, la institucionalización de su control mediante cuerpos representativos, la llamada "lógica de las instituciones" era todo un hecho.

Pero, como afirma J. Matthes, con su orientación sistemático-institucionalista, la cultura clerical, a falta de la dimensión histórica de su pensamiento, no puede concebir la evolución de la cultura laica como un momento de la historia del cristianismo, sino sólo como un residuo progresivo suyo. Esta compleja afirmación sugiere la presencia de otro importante fenómeno en el panorama sociorreligioso medieval: el que se oculta tras la cómoda palabra de "herejía".

Detrás de esa palabra se han ocultado demasiados movimientos, desde los que positivamente querían cambiar verdades dogmáticas hasta movimientos de carácter más sociopolítico o movimientos reformistas de carácter moral. En una sociedad cuya civilización cada vez experimentaba más la marca de la corte y de la ciudad, profundamente cristiana por otro lado, las tensiones a nivel de conflictos de carácter temporal, la experiencia de la pobreza y su contraposición con los pocos ricos que la desconocían, las necesidades de una experiencia de la verdad evangélica crecieron irreversiblemente y se tradujeron en los más diversos movimientos. La teología escolástica afirmaba cada vez más sus posiciones, la administración eclesiástica se hacía más poderosa, hasta disponer de una temible y peligrosa Inquisición, pero las masas desheredadas frente a un clero instalado y una doctrina oficial deficiente llegaron a poner a la Iglesia y su ortodoxia, ya desde 1200, en una difícil y grave situación.

Un espíritu de carácter escatológico y misticista impregnaba cada vez más el alma popular. Numerosas sectas buscaban espiritualizar más la religión, se necesitaba más a Dios, la fusión y comunión con él para liberarse del hombre y sus manejos. Incluso misticismos de carácter panteizante invadieron muchos espíritus. El hombre es divino, debe divinizarse para dejar de pecar. Durante todo el siglo XIII movimientos más o menos radicales, de carácter más o menos sociopolítico, se fueron esparciendo por Europa, mientras las grandes sistematizaciones escolásticas no lograban influir en el pueblo y el centralizador poder romano se veía abocado a las condenaciones de 1277. Faltaban ya muy pocos años para el gran despertar del misticismo del siglo XIV.

A muy pocos años de la muerte de Santo Tomás, la ciencia árabe, el pensamiento de Averroes, lograba interesar a los maestros de París. Una violenta reacción se produjo contra las teorías de los frailes dominicos de París, tomistas e inquisidores, y hacia 1304 el franciscano Duns Scoto enseñaba en París, dando un vuelco a la religión presentada por los filósofos-teólogos escolástico-tomistas. Un Dios más libre, sin necesidad de un razonamiento especulador, sin la necesidad de un método científico, se presentaba accesible al hombre, que así podía escuchar sus impulsos y desarrollar su caridad espiritual.

El progreso del misticismo entre los pensadores y el pueblo acentuó todavía más la diversidad de caminos entre pensamiento filosófico y religión, separación que, cuanto más divorciada resultaba, más exacerbaba el misticismo. De este modo se puede observar el éxito, primero en Oxford y luego en París, de Guillermo de Ockham, cuyo pensamiento, a pesar de tan solemnes condenaciones, reapareció sucesivamente en los trabajos de Juan de Buridan, de Nicolás de Oresme, de Alberto de Sajonia o del primer rector de Heidelberg, Marsilio de Inghen, en el que se encuentra la clara tentativa por un conocimiento del mundo que, tras las observaciones científicas de un Durando de Saint Pourçain, anuncia el espíritu científico de los nuevos tiempos que cada vez se hacían más sensibles.

Un nuevo sentimiento también se apoderó de las gentes, en tiempos verdaderamente difíciles de hambre y muertes violentas: el misticismo se arraigó más, los movimientos reformistas se hicieron más numerosos, cofradías de flagelantes y penitentes, nuevas Órdenes por una observación más estricta de la regla, la búsqueda de una religión más humana, etc. Monjes seculares que compartían los trabajos y miserias de la plebe, desviaciones franciscanistas, flagelantes, valdenses, un variado número de movimientos que arraigaron en las clases más desheredadas, herejías, si se quiere, que instaladas en una plataforma de reforma espiritual buscaban un retorno de la Iglesia a la vida apostólica.

En suma, frente a una versión generalizadora, totalizadora de la espiritualidad medieval sólo pretendidamente uniforme, es necesario volver a ver ese mosaico de posturas diferentes, de distintas sensibilidades a los cambios que el medio experimentaba y que los diversos presupuestos motivaban. Desde el escolasticismo de los franciscanos y su visión serena de la religión en un tiempo; o la vida religiosa de los hermanos espirituales que en los momentos difíciles de la historia conflictiva se inclinaban por una visión vehemente de su religión, patética, con abundantes teorías sobre el fin del mundo; o la visión de los frailes predicadores empeñados en una reconquista de los espíritus, quienes, más que insistir en la religión de caridad del franciscanismo, acentúan su predicación en la cólera divina y sus castigos; diversidad de actitudes que se oponen con otros movimientos escatologistas, exaltados a veces, como ocurre en la mística de los espirituales. Sólo de esa manera, es posible, el hombre moderno puede reconsiderar su pasado religioso no tan lejano de estos tiempos en que la búsqueda de un humanismo religioso y de una religión sacramental y más personal todavía no acaba de satisfacer ni permite dejar en la lucha contra los que prefieren un Dios sólo racional y una religión de prácticas, ritualista, de externa moralidad.

J. M.ª P.

cidir, con una *Teología,* en las mismas opiniones que en su libro de la Trinidad, la Iglesia de Francia, otra vez reunida en concilio, condenó su tratado. Abelardo apeló al papa, pero murió en el viaje cuando se dirigía a Roma, huésped del monasterio de Cluny (1142). Fue enterrado en una tumba que Eloísa, que le sobrevivió veintiún años, hizo disponer para los dos.

Acaso el lector creerá que hemos concedido demasiada atención a este "pensador" singular, cuya reputación entre el vulgo proviene más de la historia de sus desventuras y de las cartas de Eloísa que de sus libros de teología y moral. Abelardo vivió y murió respetando sólo en apariencia la autoridad de la Iglesia, que socavaba con sus escritos. En ocasiones, más que un filósofo atrevido, parece un desesperado melancólico, sujeto a morbosas exageraciones; pero lo positivo es que por sus mismas desgracias se le toleraron impertinencias que no se hubieran sufrido de



Estatuas yacentes de Abelardo y Eloísa en el cementerio del Père Lachaise, de París.

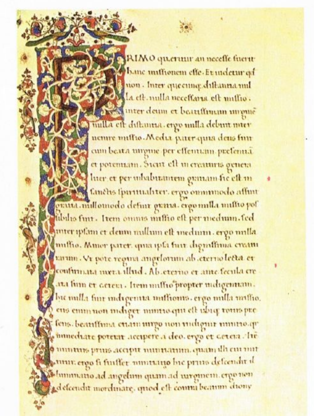
un hombre normal. Y así, su obra, aunque disparatada, fue utilísima; con sus extravíos descubrió el nuevo camino que debían seguir un siglo más tarde, con gran prudencia, San Alberto el Magno y Santo Tomás.

Sobre todo, entre Abelardo y los grandes escolásticos del siglo XIII se produce el hecho de recobrar a Aristóteles el occidente latino. Los primeros libros de Aristóteles, traducidos por Jaime de Venecia en 1128, fueron los tratados de Lógica y Dialéctica, que forman el famoso *Organum,* y de éstos parece que Abelardo llegó a tener conocimiento. Pero durante los últimos años del siglo XII y a principios del XIII empezaron a circular versiones latinas de las traducciones árabes de Aristóteles. Las mejores de estas traducciones de traducciones se hicieron en Toledo, donde el arzobispo Raimundo había establecido un

LA FILOSOFIA ESCOLASTICA

PREESCOLASTICA	**SIGLOS VII-XI** Para algunos autores, la frontera entre "época patrística" y "época escolástica" se establecería en el siglo IX, a partir de la obra de Juan Escoto Erigena. El verdadero iniciador de la escolástica es, para otros, San Anselmo (1033-1109).	Principales representantes: renacimiento carolingio, Juan Escoto Erigena, San Anselmo.	Las características de esta primera escolástica la incluyen enteramente en la cultura altomedieval: recopilación de conocimientos anteriores, publicación de antologías y florilegios, continuación de la tradición enciclopédica de San Isidoro.
ESCOLASTICA TEMPRANA	**SIGLO XII**	Escuela de Chartres, escuela de San Víctor, Pedro Abelardo.	La variedad de las tendencias y temas filosóficos caracteriza el siglo XII. Se parte todavía del material filosófico transmitido por la patrística –recopilación de "Sentencias" y comentarios– y de las doctrinas platónico-agustinianas, pero se empieza a conocer a Aristóteles –Abelardo es aristotélico–. La disputa de los universales, con la consiguiente escisión de los pensadores en realistas y nominalistas, continúa todo el siglo.
ALTA ESCOLASTICA	**SIGLO XIII**	San Alberto el Magno, Santo Tomás, San Buenaventura.	El hombre del siglo XIII debe fijar su actitud filosófica a partir de dos vigencias: la revelación cristiana y el sistema aristotélico que ahora llega a Occidente. La escolástica del siglo XIII parte de un acto de fe: los resultados de una especulación filosófica independiente y los datos de la revelación pueden fundirse en una síntesis coherente.
ESCOLASTICA DECADENTE	**SIGLOS XIV Y XV**	Guillermo de Ockam, Nicolás de Cusa.	La escolástica del siglo XIV se inicia desde la posición contraria: la fe y la razón no pueden conciliarse. Ockam apela a un conocimiento inmediato de la realidad. De aquí su apelación a la experiencia como fuente de conocimiento. Se prepara así la atmósfera intelectual de la que surgirá la ciencia moderna. El adjetivo de "decadente" con el que se tilda a esta última etapa de la escolástica es un adjetivo heredado. Ockam, principalmente, se atrajo la hostilidad de sus coetáneos y de sus inmediatos sucesores de tal forma que son muy escasas las impresiones de sus obras. Para los ortodoxos, Ockam es una caída después de la cumbre alcanzada por Santo Tomás. Con más razón podría calificarse de poco conocida esta fase de la escolástica.
ESCOLASTICA BARROCA O ESCOLASTICA DE LA CONTRARREFORMA	**SIGLOS XVI-XVII**		
NEOESCOLASTICA	**SIGLO XIX**		



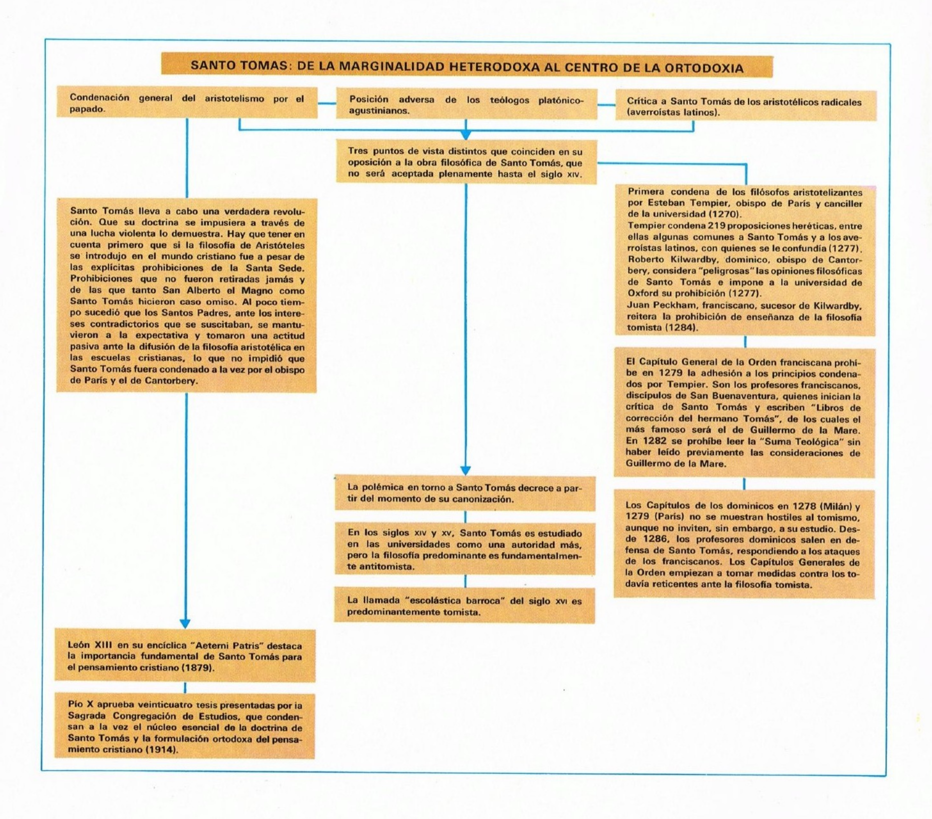


Dos páginas del manuscrito del siglo XV que contiene la obra de San Alberto Magno "De laude beatae Virginis" (Biblioteca Central, Barcelona).

grupo de traductores dirigidos por el maestro Domingo Gundisalvi. Pero pronto se cayó en la cuenta de que en Constantinopla debían encontrarse los textos griegos de Aristóteles, y al llegar éstos se empezó en seguida a preparar una traducción directa del original. El primero en acometer esta labor fue el inglés Roberto Grosseteste, quien trabajó, según dice su discípulo Rogerio Bacon, "con la ayuda de griegos que invitó a venir al Occidente y valiéndose de libros de gramática que pidió a Grecia y a otras partes".

De las traducciones de Gundisalvi y de Grosseteste se sirvió San Alberto el Magno para hacer sus monumentales comentarios de Aristóteles. Alberto era alemán, de una familia noble de Suabia; muy joven viajó por Italia y estudió en Padua, pero pronto, como todos los escolásticos de su tiempo, pasó a París, donde quedaban aún sucesores del espíritu inquieto e investigador de Abelardo. Una calle inmediata a la catedral de Nuestra Señora se llama todavía hoy *rue de Maître Albert,* en recuerdo de haber enseñado allí el sabio alemán. Alberto era fraile de la Orden de Santo Domingo, y para obedecer a sus superiores tuvo que regresar a Alemania, con la misión de fundar una escuela en Colonia. Alberto permaneció en Colonia, escribiendo y enseñando, desde 1228 a 1245, fecha en la cual regresó a París, en donde se le asoció luego un obeso y callado

San Alberto Magno en su cátedra, por Fra Angélico. La importancia trascendental de este escolástico estriba en sus monumentales comentarios a Aristóteles.



estudiante dominico a quien sus condiscípulos motejaban con el apodo de "el buey mudo de Sicilia". Se llamaba Tomás y era hijo de los condes de Aquino, cerca de Nápoles.

Tomás acompañó luego a su maestro a Alemania, donde Alberto volvió a enseñar en Colonia, exceptuando los períodos en que tuvo que desempeñar, contra su voluntad, cargos oficiales, como el de provincial de la Orden o el de obispo de Ratisbona. Sólo volvió a París por una corta temporada en 1277 y únicamente para defender la memoria y las doctrinas de aquel discípulo taciturno que, por fin, había hablado, asombrando al mundo con sus escritos. Tomás había muerto en 1274 y Alberto le siguió a la tumba en 1280. La tradición nos ha conservado pocos detalles personales de San Alberto el Magno. No sabemos sino que era de pequeña estatura y, como dominico de las primeras generaciones, viajaba descalzo. Consecuente con el voto de pobreza, rehusaba hasta la propiedad de los manuscritos de sus propias obras: éstas llenan hoy veintiún volúmenes. Los primeros de ellos contienen los comentarios de Aristóteles que le han dado tanto prestigio. Aristóteles empezaba a ser, más que un gran filósofo, "el Filósofo" por excelencia. Dante le llama "maestro de todos los que saben; preside la filosófica familia; todos le miran, todos le acatan". Por esto Alberto el Magno, que compartía la misma admiración, se ve obligado a declarar que nunca se equivocó hasta el punto de creer que Aristóteles era

un dios, y conviene en que, como hombre que era, ciertamente pudo errar. Además, la ciencia no se acabó con Aristóteles: *sed plures restant adhuc inveniendæ*. Mucho queda todavía por descubrir, dice Alberto el Magno.

Por fin, Alberto declara que no va a comentar sólo lo que propone Aristóteles, sino que va a hacer "digresiones" para explicar lo que queda oscuro en el filósofo. Por ejemplo, al comentar la Metafísica y al encontrarse con la causa primera, motora de todo lo creado, Alberto el Magno se excusa de participar en tales ideas con este párrafo: "En lo que voy a decir, nadie tiene que pensar que sea ésta nuestra opinión... No voy más que a hacer una exposición de las opiniones de Aristóteles y su escuela, dejando a los demás el juzgar de lo que haya de verdad o error en sus doctrinas".

Pero lo verdaderamente importante es que Alberto el Magno nos da el texto de Aristóteles completo, o casi completo, y los numerosos escritos de ciencias físicas y naturales del Filósofo entran a compartir la atención que hasta entonces habían merecido la lógica y la dialéctica en el occidente latino. Empezamos a oír hablar de animales y plantas, de respiración, de generación y corrupción, de sueño y vigilia, de *minerálibus...*, que, aun en el latín teutónico de Alberto, suena dulce después de tantos siglos de no pensar más que en cuestiones teológicas. Alberto tiene frases como ésta: "Conviene probar los experimentos, no sólo de un modo, sino en todas las circunstancias posibles". Su tratado de *Botánica* inaugura esta ciencia en los tiempos modernos. Naturalmente, quiere dilucidar si las plantas sienten y desean, si tienen alma, si duermen, si pueden propagarse sin tener el sexo diferenciado, etc. Pero también las clasifica según el color y forma de las hojas, la naturaleza de las flores, sus matices todos y su estructura. El mismo esfuerzo de descripción de lo que hoy llamamos "especies" se encuentra en su enorme tratado *De animálibus*. Algunas veces trata de "corregir" a Aristóteles, con poco éxito; en cambio, admite todas

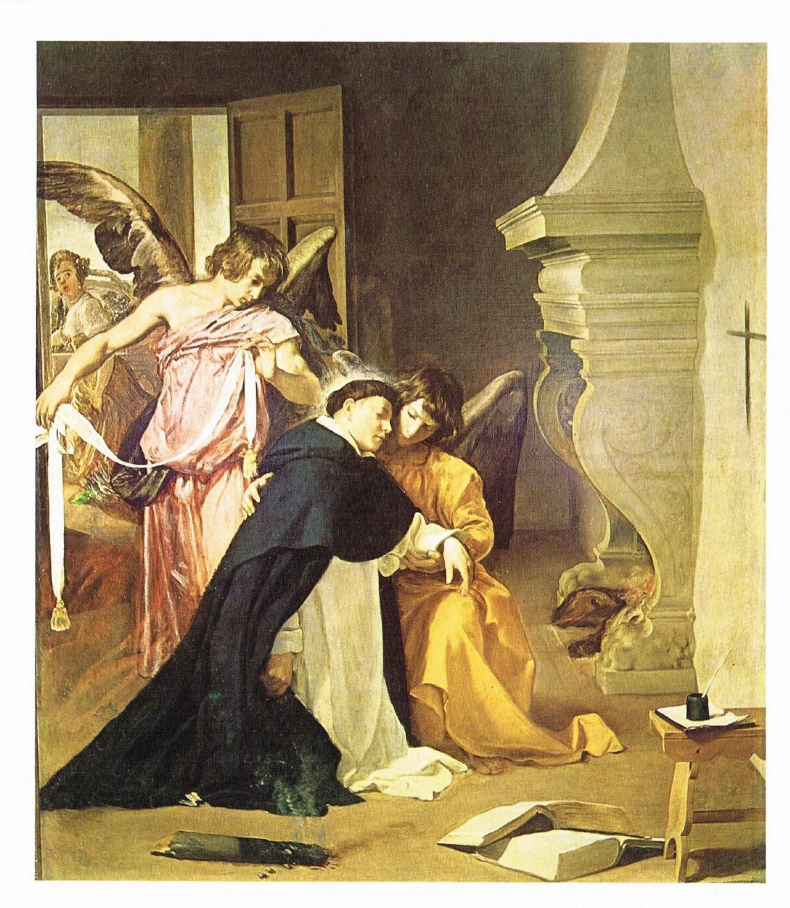
Página de la obra "Quesits", de San Alberto Magno, editada en Barcelona, en 1499, por Pere Posa.

Páginas de la edición salmantina, de 1555, de Aristóteles (Biblioteca Central, Barcelona). San Alberto y Santo Tomás de Aquino serán los grandes incorporadores de Aristóteles a la escolástica.

Tentación de Santo Tomás, por Velázquez (Museo Diocesano, Orihuela). En este episodio se representa la lucha contra la sensualidad, de la que Tomás se ha librado gracias al tizón que aparece en primer término. Mientras rezaba ante la cruz dibujada en la pared con el propio tizón, quedó como dormido; en su sueño, dos ángeles le consolaron y le pusieron un cinturón de castidad.

las leyendas y supersticiones acerca del poder medicinal y mágico de algunos animales. Para Alberto, las venas son nervios, ciertos gusanos nacen de pelos de caballo; ha visto pelos convertirse en gusanos en el agua estancada. Es evidente que se refiere a los *gordios,* y esta vez ha visto demasiado; pero es buena señal que diga que él, con sus propios ojos, lo haya observado y no se fíe de un texto o de un raciocinio puramente escolásticos.

Sin embargo, los comentarios de Aristóteles por Alberto el Magno forman sólo la quinta parte de sus escritos. Lo demás son paráfrasis de los Salmos y Profetas, de las *Sentencias* de Pedro Lombardo, *Laudes* a la Virgen y *Sermones.* Dos volúmenes forman una *Summa Theologica,* la más exacta de todas las ciencias, porque no está constituida de cosas sensibles o materiales; según Alberto el Magno, la teología es la suprema ciencia, ya que el intelecto divino es la luz y causa de todo lo inteligible y ella origina directamente la teología.

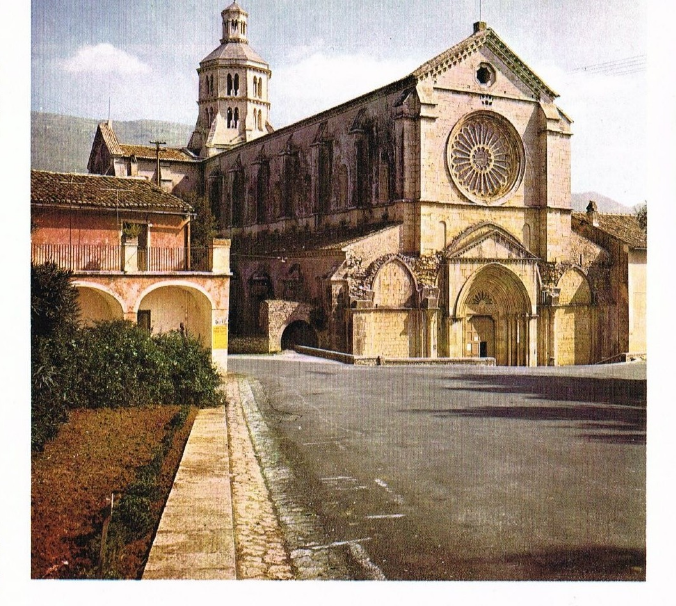


Página del manuscrito autógrafo de la "Summa contra gentiles", de Santo Tomás de Aquino (Biblioteca Vaticana).

De todos modos, en teología, Alberto el Magno no es más que un precursor; Tomás, en el cielo, le dice así a Dante: "Este que a mi diestra está vecino, – mi hermano y mi maestro Alberto, – fue de Colonia, yo nací en Aquino". Alberto, por su parte, vivió lo suficiente para defender la obra de su discípulo de las acusaciones de herejía. Es raro que, con tal amistad, Tomás no sintiese el interés que manifestó su maestro por las ciencias naturales. Tomás es esencialmente un teólogo; se le llamó el *Doctor Angélico* porque se ocupó principalmente en las cosas divinas; Alberto, en cambio, es el *Doctor Universalis.*

Tomás nació en Italia, el año 1224. Su padre se creía descendiente de los emperadores alemanes, y su madre, de los príncipes normandos de Sicilia. Debía de haber habido entronques con gentes latinas en su familia porque la latinidad de Tomás aparece no sólo

Exterior de la iglesia de la abadía cisterciense de Fossanova, en la cual murió Santo Tomás de Aquino en 1274 cuando se dirigía hacia Lyon.



Página del incunable que contiene la obra de Santo Tomás de Aquino "Catena aurea seu continuum in cuatuor evangelistas" (Biblioteca Central, Barcelona).

Proemium

Diui Thome aquinatis continuum in librum euangelij fm Mattheum.

en la belleza de sus escritos, sino también en la transparencia de sus conceptos. *La Rocca,* o castillo de los condes de Aquino, se distingue todavía en ruinas a mitad del camino de Roma a Nápoles. Cerca del lugar avanza la cresta montañosa donde está situada la casa madre de los benedictinos: el monasterio de Montecassino. Allí recibió Tomás su primera educación, dirigida por el abad Sinibaldo, que era su tío carnal. El año 1239 marchó a Nápoles para estudiar las artes liberales con un maestro llamado Martín, acaso francés, y otro irlandés, *Petrus Hibernus,* quien ya por entonces se arriesgaba a explicar Aristóteles. El año 1244 vistió Tomás el hábito de Santo Domingo. Desde el 1245 al 1248 estudió con Alberto el Magno, en París y en Colonia. En 1252, cuando era bachiller, empezó a comentar en la universidad de París las *Sentencias* de Pedro Lombardo, y tres años después recibió el grado de maestro en teología, cabalmente el mismo día en que se graduaba su amigo el franciscano San Buenaventura. De París salió en 1259, con propósito de organizar el plan de estudios para los frailes de su Orden. Hacia esta fecha, Tomás empezó a escribir su primera compilación teológica, *Summa contra gentiles,* a instancias del gran domini-

co catalán San Raimundo de Peñafort. Tomás comprendía, como Raimundo, que a los judíos y mahometanos no se les podía convencer con citas de los Santos Padres, cuya autoridad no reconocían. La *Summa contra gentiles* es, pues, "filosófica" para uso de misioneros, como eran los dominicos españoles que iban predicando en país de infieles.

Por espacio de nueve años, desde el 1259 al 1268, Tomás permaneció en Roma, trabajando en su obra más famosa, la *Summa Theologica,* y varios comentarios de Aristóteles. Fue en Roma donde, acaso a instancias de su viejo maestro Alberto, consiguió procurarse una traducción al fin aceptable de los escritos del Filósofo. Tomás sabía algo de griego y escribía el latín a la perfección, pero el verdadero traductor fue un eclesiástico holandés, Guillermo de Moerbeke, quien, por su educación y sus largas residencias en Oriente, se hallaba preparado para tan magna empresa.

Antes de morir, todavía enseñó Tomás otros cuatro años en la universidad de París y dos en la de Nápoles. Murió en 1274, en el monasterio cisterciense de Fossanova, cerca de Roma, cuando se encaminaba a Lyon, adonde iba para asistir a un concilio. Su muerte fue la de un santo. Su última confesión, en el acto de recibir el Viático, la hizo en esta forma: "Te recibo a Ti, Redentor de mi alma. Por amor a Ti he estudiado, he velado y me he esforzado en enseñar y rezar. No creo haber dicho nada en contra tuya, pero si me hubiese expresado erróneamente, me someto al juicio de la Iglesia romana, dentro de cuya obediencia dejo este mundo". Tomás, al morir, tenía sólo cincuenta años. La universidad de París se condolió por su pérdida y pidió su cuerpo al capítulo general de los dominicos para enterrarlo en París, "que lo había nutrido y que, a su vez, había recibido tanto bien con sus enseñanzas". La petición de la Facultad no fue atendida; los restos de Tomás, después de varias traslaciones, fueron depositados en la iglesia de Saint Sernin de Tolosa, en Francia.

No tenemos, en realidad, una biografía contemporánea de este gran maestro que satisfaga nuestra curiosidad moderna. La *Vida* de Tomás, por su amigo y discípulo Guillermo de Tocco, es desgraciada, corta y confusa. Al canonizarle la Iglesia, en el año 1323, se realizó una investigación y entonces se hicieron algunas declaraciones interesantes. Por lo visto, Tomás dio a los que le rodeaban la impresión de poseer una inteligencia poderosa, completamente absorbida por los problemas escolásticos. Se cuenta que en cierta ocasión, en París, estando comiendo en palacio, junto con San Luis y sus hijos, rompió el silencio con esta exclamación: "¡Ahora sí que he hallado un argumento definitivo para explicar el origen del mal!".

He aquí otra anécdota del acta de su canonización: "Un día el hermano Tomás regresaba a París desde San Dionisio, con varios dominicos. Uno de ellos, al observar el panorama de la ciudad desplegándose a lo lejos, dicen que exclamó: –¡Cuán hermosa es esta ciudad de París!– El hermano Tomás contestó: –En verdad que es hermosa.– El otro añadió: –¡Ojalá fuese tuya, qué fortuna! –¿Y qué haría yo con ella? –repuso Tomás. –Podrías venderla al rey de Francia y, con el dinero, edificar conventos por todo el mundo... –Buena cosa –díjole Tomás–, pero yo prefiero tener las *Homilías* de San Juan Crisóstomo sobre el Evangelio de San Mateo".

Página de "Commentum in libros ethicorum Aristotelis", de Santo Tomás de Aquino, editado en Barcelona por Petrus Brunus y Nicolaus Spindeler en 1478 (Biblioteca Central, Barcelona).

Para comprender esta predilección de Tomás por un libro, hay que recordar que muchas veces en ellos encontraba no sólo belleza y ciencia, sino la confirmación de la revelación. La leyenda supone a Tomás una inteligencia formidable, y él casi se envanecía diciendo que nunca había encontrado un libro que no pudiera entender. Esto explica que Tomás fuese una enciclopedia viviente. Además de la Escritura y los Padres de la Iglesia, Tomás cita a menudo al Filósofo (Aristóteles) y a Boecio; a los árabes: Averroes y Avicena. En cambio, Tomás desconocía a Algazel, su hermano gemelo de la escolástica árabe, pero cita muy a menudo a San Juan de Damasco, un doctor cristiano del siglo VII que escribió en tierras del Islam, y aunque su principal objetivo era combatir a los mahometanos, no dejó de recibir inconscientemente influencias árabes. Tomás también conocía los libros de los judíos Abencebrol y Maimónides y de todos los primeros escolásticos: Abelardo,

Fachada de Saint-Sernin de Toulouse, donde, después de recorrer varios lugares, fueron depositados los restos de Santo Tomás de Aquino.



Hugo, Pedro Lombardo, y muchos otros en los que había infiltraciones islámicas. Esto no debe escandalizarnos; Dante puso a Averroes y Avicena entre los justos que no reconocieron la revelación cristiana, pero fuera del infierno. Tomás cita a Virgilio, Ovidio, Horacio, César, Salustio, Cicerón, Séneca, Terencio, Livio, Estrabón y Valerio Máximo, a veces dándoles autoridad en cosas religiosas, porque dice que, cuando se encuentran argumentos favorables a la fe en los escritos de los paganos, hay que aceptar sus razones sin ninguna clase de escrúpulos.

Lo que más sorprende de la obra de Santo Tomás es su lucidez de exposición y su maravillosa organización. Se ha comparado la *Suma Teológica* con una catedral gótica, y ciertamente está planeada con una extraordinaria capacidad geométrica para distribuir los asuntos, apoyando los argumentos uno sobre otro, como las piedras de un magnífico y complicado edificio, pero, sobre todo, el estilo es de una claridad y transparencia casi inexplicables: los párrafos son cortos, precisos, sin adjetivos, llegan rectos como rayos de luz. Estamos seguros de que al lector le sorprenderá este elogio, y más si añadimos que la *Suma* de Santo Tomás es un libro ameno y que, bien traducido, los hombres de cultura media de nuestro siglo lo leerían sin fatiga. Al abrir la primera página, ya uno se queda atónito al leer el prólogo, en el que Tomás asegura que sólo se propone hacer una obra de vulgarización. Dice así: "Siendo conveniente que el maestro de las verdades católicas instruya no sólo a los que están ya preparados, sino también a los que empiezan, pues, según dijo el Apóstol a los corintios, 'como niños en Cristo os he criado con leche, y no con carne', nos hemos propuesto con esta obra enseñar las cosas de la religión cristiana en estilo apropiado para los principiantes.

"Porque hemos observado que los novicios de este estudio se han visto muchas veces detenidos por escritos llenos de discusiones superfluas, artículos y pruebas innecesarias; otras veces, porque las cosas necesarias no son tratadas con el orden que este estudio requiere, y, finalmente, por la fatiga que producen en los oyentes las constantes repeticiones. Queriendo, pues, evitar estas y aquellas faltas, probaremos de exponer, con la ayuda divina, lo que atañe a la sagrada doctrina con toda la brevedad y claridad que consiente esta materia".

Y si hay algo oscuro en la *Suma* de Santo Tomás, proviene de la materia, no del estilo. La idea de Dios es el fundamento de la obra de Tomás. Para él, "casi toda la filosofía nos lleva al conocimiento de Dios". Esto lo dice a los gentiles, pero en la *Suma Teológica* ya precisa más: "Dios es el objeto de la teología... En esta ciencia todo se contempla desde el punto de vista de Dios. Parte de esta ciencia trata de Dios y habla de las otras cosas tal como fueron ordenadas por Dios, desde su principio y hasta su fin". Su universo es también teocéntrico, y concienzudamente Tomás pasa a probar la existencia de Dios con cinco razones, las cuales se pueden esquematizar de la manera siguiente. Primera: las cosas se mueven, alguien las mueve... y éste ha de ser Dios. La segunda razón es: que las cosas tienen causa, y esta causa otra causa, hasta que llegamos a la causa primera, que llamamos Dios. Tercera: las cosas pueden ser o dejar de



Boecio consolado por la Filosofía, según una miniatura románica inglesa (Bodleian Library, Oxford). Junto a Aristóteles, la formidable inteligencia que fue Santo Tomás de Aquino suele citar a este filósofo romano del siglo VI que se empeñó en conciliar los sistemas platónico y aristotélico. Se ha dicho que fue el primer escolástico.

ser, pero ha de haber algo que sea y no pueda dejar de ser, y éste es Dios. La cuarta es: que las cosas tienen su más y su menos, unas son mejores que otras, pero ha de haber una que sea el Ser Supremo, causa de toda bondad, perfección, etc., y éste es Dios. Finalmente: todas las cosas tienden a un fin, y el fin del universo entero es Dios.

Claro está que estas razones hoy no convencerán a todo el mundo, pero precisa reconocer que, tal como él las desarrolla, son de una potencia admirable. Bien satisfecho de haber probado que Dios existe, Tomás se pregunta: ¿Qué es Dios? Para Tomás la esencia de Dios es su existencia; es el que existe por sí mismo, y lo que relaciona a Dios con el mundo es su acto de creación y su conservación, porque Dios no sólo lo crea todo, sino que lo conserva y dirige a su fin. Dios se conoce a sí mismo y conoce su creación. El solo hecho de conocerse a sí mismo implica ya el conocimiento de todo lo que de Él depende. "El conocimiento de Dios es la causa ejemplar de todas las cosas, como el conocimiento del artista es causa de las obras que produce. Dios origina las cosas conociendo, porque su ser es conocer." Dios conoce cosas que no existen todavía, porque su conocimiento incluye eternidad, y eternidad abarca todas las cosas. Dios conoce también el mal, "porque el que conoce algo perfectamente, debe conocer todo lo que puede ocurrirle; y como hay cosas buenas que pueden corromperse por el mal, Dios no las conocería perfectamente si no co-

Página de la parte primera de la "Summa Theologica" de Santo Tomás de Aquino, de la edición incunable impresa en Venecia en 1477 (Biblioteca Central, Barcelona).



Uigilans vero aīaȝ
meam tanq̄ frigiditate tenebratā
calescere conor. quā in deuotiõe dc
sertā scio incendi. ⁊ ingenti nimirū
desiderio super terrigenas eleuari.
Nō eīn in ocio aduenit mihi afflu-
entia amoris eterni.neq3 dū corpaliter fueram ni
mis aggrauatus.⁊ fatigatus pitinere ardorem
ipm specialem potui sentire.aut etiā immoderate
occupatus solatijs vel cuidā vltime dispositioni
deditus.Imo me in talibus refrigescere depreh en
di donec iterū postpositis omnibus quibus exteri
us possem detineri. solūmō saluatoris aspectib⁹
assistere cōtenderē. in internisq3 odoribus immo
rare. Istum ergo librum offero intuendū nō phi
losofis.nō mūdi sapiētibus.non magnis theolo
gis.infinitis questiōibus implicatis.sed rudib⁹
⁊ indoctis:magis deū diligere q̄ multa scire co
nantibus. Nō eīn disputādo sed agendo scietur
ars amādi. Arbitror aūt ea que hic cōtinētur ab
istis questionarijs: ⁊ in omī scientia summis.sed
in amore christi inferioribus non posse intelligi.
vnō nec eis scribere decreui.nisi postpositis ⁊ ob
litis cunctis que ad mūdum ptinent solis coudi
toris inardescant desiderijs mancipari. Primo
quidē vt oēm terrenā dignitatē fugiant.oēm ostē
a ij

Página de la obra "Incendium amoris", de San Buenaventura, obra impresa en el monasterio de Santa María de Montserrat (Barcelona), por Joanes Luscher, en 1499 (Biblioteca Central, Barcelona).



Triunfo de Santo Tomás. Detalle de los frescos de la capilla de los Españoles en la iglesia de Santa Maria Novella, de Florencia, realizados por Andrea di Bonaiuto, también llamado de Florencia. El santo tiene a sus pies a Arrio, Sabelio y Averroes. A su derecha, a San Juan, San Marcos y San Pablo, evangelistas y apóstoles; a David, rey, y a Job, profetas. A su izquierda, a San Mateo y San Lucas, evangelistas; a Moisés e Isaías, profetas, y a Salomón, rey.

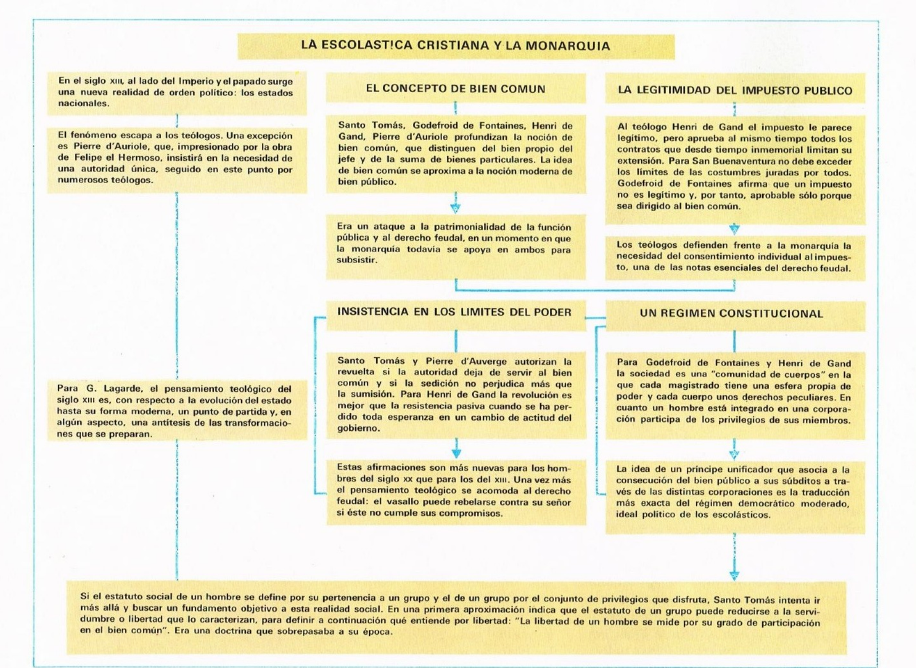
nociera también estos males". Respecto a los *universales,* Tomás escribe: "Es necesario poner las ideas en la mente de Dios. *Idea* es la palabra griega *Forma.* Por ideas debemos entender, pues, las formas de las cosas que existen independientemente de las cosas".

Pero Dios conoce también a los individuos y las cosas una por una. Porque "nosotros conocemos más los individuos cuanto más perfectos somos. Las perfecciones de las criaturas deben también existir en Dios. Por lo tanto, Dios debe conocer las cosas individuales". Y añade Santo Tomás con evidente satisfacción: "Esto ya lo dijo el Filósofo (Aristóteles): que nosotros conociéramos lo que Dios no puede conocer, sería una aberración".

Después de Dios, Tomás nos explica cómo son los ángeles, cómo piensan o conocen, etc. Pero su mayor atención la pone en el alma humana, la *forma* del hombre, lo que hace al hombre ser lo que es. El alma humana está toda en todas las partes del cuerpo, pues, como espiritual, es indivisible; es inmortal, pues que desea ser eterna, y esto en sí ya es una prueba, y por el alma, el ser humano se halla en el borde entre lo material y lo espiritual. Tomás no cree que el hombre sea exclusivamente una alma condenada a llevar el lastre del cuerpo. El hombre es un compuesto de cuerpo y alma, porque las percepciones de los sentidos son ciertamente actividades humanas, y no son funciones del alma, sino de ambos, cuerpo y alma. Lo único que no depende del cuerpo, según Aristóteles y Santo Tomás, es la actividad intelectual; por consiguiente, "el alma racional es la *forma* sustancial del cuerpo humano". Recordemos que *forma* quiere decir *idea,* prototipo, modelo, y ya no nos extrañará que para Tomás lo más importante y precioso en el hombre sea su entendimiento, su facultad de pensar y de conocer. Asimismo el hombre es libre de escoger entre los objetos individuales que se le presentan. Tomás reconoce la existencia de una ley natural, *lex æterna,* que aparece en el plan del mundo y se origina en la sabiduría divina. Todas las leyes derivan de esta idea eterna del gobierno divino del mundo, que las criaturas irracionales siguen por instinto o cumpliendo leyes físicas, mientras que el hombre, por su racional libre albedrío, lleva esta ley escrita en el fondo de su corazón y sabe que, en conformidad con ella, debe buscar el bien y evitar el mal.

En política, Tomás es monárquico, porque "en la naturaleza todo procede con unidad"; en el cuerpo todos los miembros se mueven dirigidos por uno, que es el corazón, y en el alma la razón gobierna todas las demás facultades. Tomás menciona a las abejas, pero en lo que más insiste es en que el universo entero tiene un solo Dios, creador y monarca. Juzga, empero, Tomás que, así como el gobierno legítimo y justo de uno solo es la mejor forma de gobierno, así la tiranía, que es el gobierno perverso de uno solo, es la peor de todas. En consecuencia de todo esto, Tomás defiende la constitución monárquica moderada, en la cual han de tener su representación el elemento aristocrático, o sean los nobles y burgueses.

Tomás cree que la beatitud, que es el final postrero del hombre, se encuentra en la contemplación de la verdad. Recuerda a este propósito el versículo del Evangelio de San



Juan: "Y ésta es la vida eterna, que ellos te conozcan a Ti, el verdadero Dios". Observemos que no es por amor, sino por acto intelectual, como Tomás quiere alcanzar el fin supremo. Y para que no queden dudas, arguye sobre esto largamente: "Digo que beatitud no puede consistir en un acto de la voluntad..., porque el deseo de poseer no es el final de la acción, sino un movimiento hacia la cosa deseada...". "La beatitud consiste en la acción de la razón especulativa más bien que del intelecto práctico (voluntad), por tres razones: la beatitud debería ser la mejor acción del hombre... Pero la mejor acción es el uso de su mejor facultad aplicada al mejor objeto. Y la mejor facultad es la inteligencia, y el mejor objeto el bien divino, etc."

Es dudoso que Tomás pensara así hacia el fin de su vida. Acaso por esta duda la *Summa Theologica* quedó sin concluir. Dícese que un día, celebrando la misa, Tomás tuvo una revelación que nunca quiso declarar; pero terminado el santo oficio, entró en su celda y escondió la pluma y el tintero, y nunca más escribió. Se añade que dijo: "Después de lo que me ha sido revelado, todo lo que he escrito y enseñado me parece despreciable; quiera Dios que mi vida termine pronto, como han terminado ya mis días de maestro". Al fin había vislumbrado que la beatitud puede obtenerse por vías más expeditas que el conocimiento.

Dante, que, por lo general, se manifiesta en su obra como "tomista", al llegar en su viaje a las más altas esferas del Paraíso para contemplar la divina esencia, no va ya conducido por Beatriz, que representa a la Teología, sino por el Doctor místico, o sea San Bernardo de Claraval.

Otro místico de la época es San Buenaventura, a quien ya hemos encontrado en París, condiscípulo de Tomás y enseñando con él en la universidad poco después. Su vida no fue tan tranquila como la de su amigo; Bue-



San Buenaventura recibe el hábito de San Francisco, por Francisco de Herrera el Viejo (Museo del Prado, Madrid). San Buenaventura prefirió el camino del amor al del conocimiento para alcanzar la beatitud.

naventura era franciscano y tuvo que aceptar el cargo de general de su Orden: al morir era cardenal. Tomás nunca quiso ni pretendió ser más que un fraile y un maestro.

Pero San Buenaventura, en medio de sus ocupaciones, como todo hombre de acción, encontró preferible el camino del amor (deseo) al del conocimiento (entendimiento) para llegar a la beatitud. San Buenaventura escribió también unos *Comentarios* a las *Sentencias* de Pedro Lombardo, que es otra teología; escribió un resumen, *Breviloquio,* también teológico, y un *Itinerario* para llegar a Dios, impregnados de amor por todas las criaturas. San Buenaventura en el *Itinerario* dice que el alma tiene seis grados o fuerzas, a saber: sentidos, imaginación, razón, intelecto, inteligencia y *apex mentis seu synderesis scintilla.* No intentaremos explicar este *apex mentis,* apogeo mental, cuya chispa está tres veces por encima de la razón, pero es la percepción de lo inefable intuido por amor.

BIBLIOGRAFIA

Chenu, M. D.	*La théologie au XIIe siècle,* París, 1957. *La théologie comme science au XIIIe siècle,* París, 1957.
Duby, G.	*Fondements d'un humanisme nouveau (1280-1440).* París, 1966.
Fliche, Thouzellier, Azais	*La Chrétienté romaine (1189-1274),* en "Histoire de l'Eglise", de Fliche-Martin, París, 1950.
Gilson, E.	*La philosophie au Moyen Âge,* París, 1947. *L'esprit de la philosophie médiévale,* París, 1932.
Glotz, G.	*Histoire du Moyen Âge,* París, 1939-1944.
Hirschberger, J.	*Historia de la filosofía,* Barcelona, 1954.
Lagarde, G. de	*La naissance de l'esprit laïque au declin du Moyen Âge,* París, 1964.
Pirenne, H.	*Historia de Europa, desde las invasiones hasta el siglo XVI,* México, 1956.
Van Steenberghen, F.	*Histoire de la philosophie, période chrétienne,* Lovaina, 1964.



Frontal del altar ofrecido por el emperador Enrique II a la catedral de Basilea (siglo XI; Museo de Cluny, París).



Nacimiento y educación de un niño en la Edad Media, según manuscrito del siglo XIV (Biblioteca Nacional de París). La educación del futuro universitario comenzaba, tras su nacimiento, con los cuidados del ama, primero, y del religioso, después.

La síntesis medieval. Las universidades. Dante

En los capítulos anteriores ya ha sido necesario mencionar las universidades; pero, mientras en tiempo de Abelardo todavía los maestros enseñaban en escuelas catedralicias, como la de Notre-Dame, o en escuelas monásticas, como la de San Víctor o de Santa Genoveva, un siglo después Santo Tomás y San Buenaventura recibían grados y explicaban en lo que ya llamábamos la universidad de París. Es, pues, en este intervalo, precisando más, en la segunda mitad del siglo XII, cuando tuvo efecto la fundación, o, mejor dicho, organización de las primeras universidades europeas: Bolonia, París y Oxford. Las causas de su fundación y los detalles de su organización son difíciles de precisar, porque luego la vanidad académica hubo de inventar las leyendas de la fundación de la de Oxford por el rey Alfredo, la de París por Carlomagno y la de Bolonia por Teodosio II, lo que no sólo son fantasías, sino que además oscurecen lo que pudiera haber de verdad en ellas.

El empeño de querer aparecer como fundaciones reales las primeras universidades en cierto modo se explica porque las que se



Página de "Miscelanea medica", de Constantinus Africanus, realizada en el siglo XIII (St. John's College, Cambridge). Este médico cartaginés del siglo XI es considerado uno de los restauradores de la ciencia médica griega en el sur de Italia.

crearon después fueron establecidas y dotadas por monarcas. La universidad de Nápoles fue fundada en 1224 por Federico II; la de Palencia en 1212 por Alfonso VIII de Castilla; la de Salamanca en 1230, por Alfonso IX de León; la de Lérida, por Jaime II de Aragón, en 1300, y así casi todas las demás. Pero las universidades de Bolonia, París, Oxford y algunas de sus hijuelas tuvieron muy distinto origen. La misma palabra *universitas* ya lo indica: universidad se usaba, en sentido general, para significar gremio o cofradía; las universidades empezaron, pues, siendo asociaciones de maestros o de estudiantes, lo que supone la existencia de una escuela todavía independiente. En cambio, el verdadero nombre de lo que hoy llamamos *universidad* era el de *estudio* o *Studium Generale*, y este título tomaron las fundaciones reales.

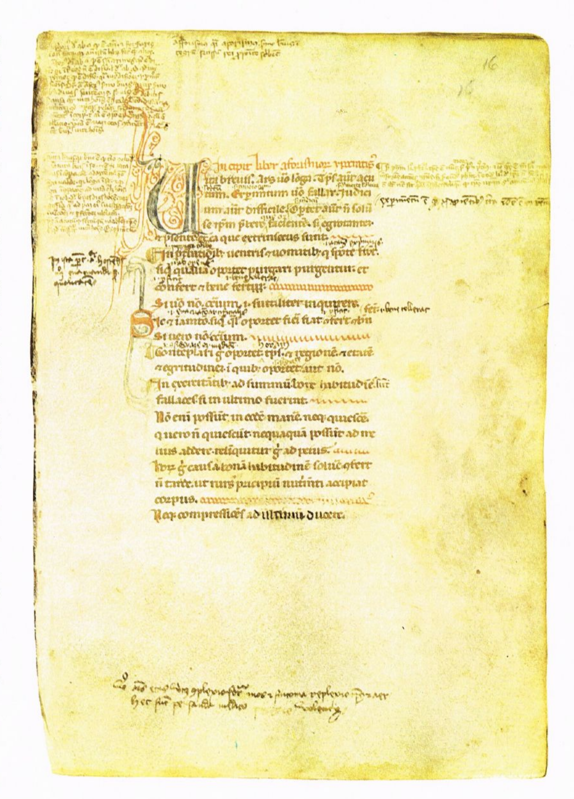
En la confusión legal que reinaba en los primeros siglos de la Edad Media, cuando cada uno tenía derecho a ser juzgado según la ley romana o según su propio código teutónico, era natural que los profesionales de cualquier estamento trataran de organizarse en gremio o universidad para precisar su estado civil. Maestros y estudiantes, la mayoría extranjeros, tenían que reclamar una *carta* o *privilegio* que precisara sus derechos y legalizara una corporación que pudiese tratar de igual a igual con los concejos de las ciudades donde estaban instaladas las escuelas. La primera *Carta* donde aparece definida la personalidad civil de los estudiantes italianos es el privilegio de Federico Barbarroja, del año 1158, por el que el emperador toma a los estudiantes italianos bajo su protección y amparo y les concede el derecho de ser juzgados por su maestro o por el obispo. No hay que decir que con este fuero los estudiantes, dondequiera que se asociaran, formarían pronto una ciudad dentro de la ciudad, y requerirían una organización, si es que no la tenían todavía.

Tal organización serviría también para contratar nuevos maestros, fijar el precio de los alquileres para las casas de estudiantes y, sobre todo, para obtener sucesivas concesiones. Acaso exageremos, pero lo positivo es que escuelas que no llegaron a constituirse en *universidades* o corporaciones gremiales tuvieron un crecimiento lento o decayeron por completo, mientras que los estudiantes acudieron cada día en mayor número a los *estudios* organizados. El contraste entre el desarrollo paralelo de una escuela sin *universidad* gremial y otra con los estudiantes organizados puede observarse en las dos más famosas escuelas italianas de esta época: la de Salerno, para los estudios de Medicina, y la de Bolonia, para los de Derecho.

Durante toda la Edad Media había prosperado Salerno en el confín de la latinidad con la cultura helénica, o bizantina, al sur de Italia; más tarde los salernitanos habían visto a los árabes desembarcar en sus playas, ocupar Sicilia y establecerse definitivamente al otro lado del mar, en el norte de África. No es, pues, de extrañar que la leyenda afirmara que la escuela de Medicina de Salerno había sido fundada por cuatro maestros: uno latino, otro griego, otro judío y otro árabe, y que la influencia árabe fuese la predominante. Pero estudiando los textos médicos salernitanos se ha aclarado que, en cambio, reaparecen en ellos reminiscencias de la medicina griega, aunque obtenidas de adaptaciones y traducciones árabes. Sin embargo, no sorprende mucho el error de hacer "ara-

bizantes" a los doctores de Salerno, porque el primer personaje bien documentado de la escuela es un moro bautizado de Cartago, conocido por Constantino Afer, o Africano, que murió en 1087. Éste, ciertamente, sabía árabe y griego, ya que, siendo monje de Montecassino, tradujo los *Aforismos* de Hipócrates, y su versión latina es precisamente la que ha venido utilizándose hasta nuestros días.

La sola obra original atribuida a la escuela de Salerno es una especie de Higiene que lleva el título de *Régimen para la Salud*. Ha sido el texto médico más popular de todos los tiempos. El año 1870 todavía se imprimía en inglés, en Filadelfia, y en 1880 aparecía una nueva traducción francesa. El *Régimen* da consejos higiénicos, o irónicos, como éste: "Calma, Temperancia y Buen Humor son el primero, segundo y tercer doctor". Recientemente se ha descubierto que el *Régimen* no es sino una superchería del gran médico catalán Arnaldo de Vilanova, quien, para dar más autoridad a su poema, declara en el primer verso que la obra había sido compuesta por la escuela de Salerno en corporación. Y hoy parece casi seguro que esto es lo que faltó a Salerno precisamente: la corporación, la *universidad.* Había allí tradición médica, se conocían los herbarios antiguos y algunas prácticas de la clínica griega; es positivo que no pocos acudían allí para curarse, y que hasta algunos iban a Salerno para estudiar lo que se llamaba *Artem medicinae naturaeque rerum,* pero no se llegó a constituir en Salerno un *Studium* como el que veremos crecer en Bolonia. Es más, pronto se fundó la universidad de Nápoles, y aunque se quiso conservar la escuela de Salerno, ésta nunca volvió a recobrar la reputación europea que tenía en el siglo XII.



Primera página de los "Aforismos" de Hipócrates en un manuscrito latino del siglo XIV con anotaciones, conservado en la biblioteca del monasterio de El Escorial. La traducción de Constantino Afer ha venido utilizándose hasta nuestra época.

Los comienzos de la universidad de Bolonia son análogos a los de la escuela de Salerno. La especialidad de Bolonia era el derecho romano, que nunca fue del todo olvidado y del que se hicieron, en varios países de Europa, *Breviarios* y compendios durante la Edad Media. Pero el derecho romano no empezó a estudiarse metódicamente hasta el siglo XII, y precisamente en Bolonia. Así como en Salerno había doctores que curaban, en Bolonia hubo jurisconsultos que pleiteaban y enseñaban también, pero aquí aparecieron pronto los gremios escolásticos, o *universidades,* y por esto prosperó el *estudio*. Bolonia era ciudad imperial; ya dijimos que el derecho romano justificaba la posición suprema del emperador, cabeza de las jerarquías feudales. Se ha supuesto que la *Carta* de Federico Barbarroja, ya citada, tendía principalmente a favorecer las escuelas de derecho romano de Bolonia. Pero pronto, también hacia la mitad del siglo XII, un monje de Bolonia, Graciano, compiló las disposiciones de la Iglesia en un breve texto escolástico llamado *Decretum,* que logró en seguida gran popularidad. Más aún, cuando, a la mitad del siglo XIII, San Raimundo de Peñafort codificó en las llamadas *Decretales* la jurisprudencia católica, ésta pudo competir con el derecho imperial en utilidad e importancia. Se ve, pues, que hay que buscar otra razón para explicarse la prosperidad incesante del *estudio boloñés,* a menos que no se piense que la rivalidad entre el papa y el emperador pudo llevar a ambas potestades a granjearse la benevolencia de los jurisconsultos de Bolonia con nuevas concesiones.

Lo más probable es que la escuela de Bolonia creciera primero que las otras –y tiene

el derecho de ser llamada madre de todas las universidades de Europa–, porque los estudiantes se asociaron allí en corporaciones antes que en otras partes. Es casi seguro que, en un principio, las fraternidades escolares de Bolonia fueron, por lo menos, de cuatro *naciones:* toscanos, lombardos, romanos y ultramontanos. Por *ultramontanos* se entendían todos los estudiantes de más allá de los montes, es decir, de los Alpes. Pero a mediados del siglo XIII los tres primeros gremios, o naciones, ya se habían reunido en uno, y el *estudio* de Bolonia comprendía sólo dos universidades: *Universitas Citramontanorum* y *Universitas Ultramontanorum.*

Por lo que hemos anticipado del carácter

DANTE, TESTIGO DEL CAMBIO SOCIORRELIGIOSO DE SU TIEMPO

Al mismo tiempo que Dante se presenta como incuestionable defensor de la idea de un orden jerárquico universal, bajo los auspicios y tutelas de la fe cristiana occidental, va ofreciendo a lo largo de su obra los aspectos más importantes del cambio religioso que se venía operando en el seno de una sociedad medieval basada en el régimen de cristiandad.

Si el papado de Gregorio VII supuso una decidida reivindicación a favor de la independencia del poder papal, sus sucesores no cejaron en el mismo empeño. El propio Bonifacio VIII defendió a ultranza la supremacía universal del poder papal. Pero tales reivindicaciones no satisfacían del todo a un descendiente de familia güelfa. Para él la necesidad de un Imperio universal, como institución natural, le impedía aceptar una autoridad superior al monarca universal y a cualquier intermediario clerical, ya que la autoridad del emperador universal procede directamente de Dios. Por esto no es extraño que Dante colocase a Enrique VII en el Paraíso, donde vio que había un espléndido trono para el alma augusta *"dell'alto Arrigo"*. Ni que colocase en el Infierno, entre simoníacos, al *"pastor senza legge"*, como llamó a Clemente V. En consecuencia, tampoco agradaban a Dante las pretensiones monárquico-nacionales de un Felipe el Hermoso. Tampoco servían para la construcción de un Imperio en Roma como institución de derecho natural.

De este modo, Dante pasaba a engrosar el sinnúmero de personas que veían en la Iglesia la responsable de la crisis de fe, pozo de vicios sin fin, que haría exclamar a Guilhem Figueira que Roma era la cabeza, cima y raíz de todos los males, o a Peire Cardenal que los clérigos eran "grandes felones que venden y deshacen a los hombres". También el monje Pierre de Vaulx-de-Cernay podía testimoniar que "la Iglesia romana casi toda entera era una cueva de ladrones, y la prostituta de que se habla en el Apocalipsis". Tal vez de esta opinión, de carácter albigense, tomaría Dante la imagen para decir, con poético lenguaje y despiadada imprecación: *"Sicura, quasi rocca in alto monte, / seder sovr'esso una puttana sciolta / m'apparve con la ciglia intorno pronto"*.

Si Dante se decide por una abierta crítica en contra de la Iglesia es porque él está siendo testigo presencial de que nuevas formas de vida, nuevos sistemas de normas y valores aparecen incluso en el seno de la Iglesia. La Iglesia no podía escapar de manera absoluta ni incluso a las nuevas formas monárquicas que aparecían en Europa, y Dante no podía impedir, por su parte, una frustración y decepción que le hicieron proferir duras imprecaciones contra la misma Iglesia a la que amaba. Y las disputas de un Bonifacio VIII con un monarca defensor de las nuevas formas de convivencia política y religiosa no podían satisfacer las pretensiones universalistas e imperiales de Dante.

También la nueva atmósfera intelectual que se venía respirando en Europa resultaba inasimilable para Dante. Una reflexión de carácter trascendental, al estilo de un San Bernardo, en contra de las formas racionalistas de un Abelardo, seguramente convencerían más a Dante. Pero la misma teología que pretendía someter al examen de la razón le hizo exclamar en su *Divina Comedia:* "Insensato es el que espera que nuestra razón pueda abarcar el infinito espacio que ocupa el que es una sustancia en tres personas; y así, contentaos, hombres, con lo que los efectos os demuestran; pues si os hubiese sido posible verlo todo, no fuera necesario el parto de María; y habéis visto desearlo en vano a tales hombres que, de ser posible, hubieran satisfecho ese deseo, el cual forma parte de su eterno suplicio: hablo de Platón, de Aristóteles y de otros muchos". Y en el *Convivio* apostrofaba con más radicalidad y dureza a los que pretenden alcanzar la verdad por un camino distinto del de la fe. "Oh, estultísimas y viles bestezuelas –decía–, que a la manera de los hombres coméis, que presumís hablar contra nuestra fe y queréis saber, escudriñando y desentrañando lo que Dios con tanta prudencia ha ordenado: malditos seáis vosotros y vuestra presunción, y quien en vosotros cree".

¿Se debe pensar, pues, en un Dante reaccionario, que todavía en su *Convivio,* a principios del siglo XIV, condena lo que ya hicieran las reglas del cardenal Robert de Courçon, en 1215, proscribiendo los libros de Aristóteles en la universidad de París? ¿Acaso no se daba cuenta de que las ideas de papado e imperio estaban ya superadas y ya no eran sentidas con el fervor de años atrás?

Sin embargo, por otro lado, cuando Dante construye en su *De Monarchia* aquel imperio de institución natural sin inservibles clericales como intermediarios, ese orden político en el que no tienen lugar las nuevas aristocracias urbanas ni los regímenes comunales, donde los reyes y príncipes "usurpan el poder de gobernar" que sólo tiene el emperador y que antes resplandeció en la ahora "esclavizada Italia, enfermizo albergue, nave sin piloto en la más deshecha borrasca, no ya señora de provincias, sino de mancebías infames", ese Dante no ve desafío alguno contra la fe. Pero en esa construcción, así opina G. Gentile en su obra *Dante politico e altri saggi,* Dante utiliza más el sentido común y el razonamiento para estructurar aquel orden social armónico en el que la Iglesia dictaminaría sobre las verdades últimas, siempre que no supusiesen un enfrentamiento contra las estructuras establecidas del poder público imperial.

De esta manera el mismo Dante, testigo fidedigno de lo que ya hacía dos siglos se iba imponiendo en Europa, al criticar a la Iglesia y escribir su tratado político, escribe también la primera "rebelión contra la trascendencia escolástica". Era inevitable, era históricamente imposible escapar a la corriente de profanidad europea, y consecuentemente sus ideas sociorreligiosas no podían producir un impacto profundo, aunque su monumento literario sea inolvidable.

Dante fue, pues, testigo de un enfrentamiento general contra el orden tradicional, su denunciante y defensor acérrimo, pero ya inmerso en las nuevas formas y nuevos esquemas intelectuales a los que no podía escapar, perfectamente consciente de que el alcance de las variaciones que se manifestaban en el orden religioso e ideológico no permitían descanso ni ahorro de energías.

J. M.ª P.

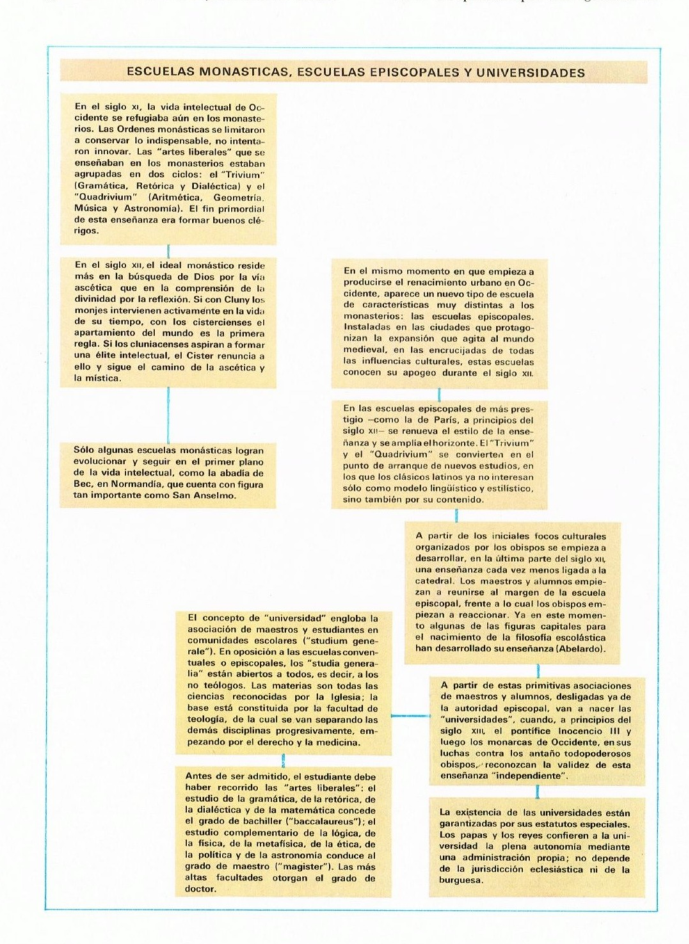


Vista parcial de Bolonia. En esta ciudad se centró en el siglo XII el estudio del derecho romano, y de las reuniones de jurisconsultos y sus alumnos surgieron los gremios escolásticos o universidades.

originariamente defensivo de las universidades, ya se comprenderá que los estudiantes que habían nacido en Bolonia, lo mismo que los profesores, pues al principio eran todos boloñeses, no tenían necesidad de pertenecer a estas asociaciones. Los estudiantes hijos de la población tenían que conformarse con las ordenanzas municipales. Hasta los servicios secundarios de una *universidad escolástica,* como la de Bolonia, no resultaban tan útiles para los que vivían en su casa o en su convento como para aquellos otros que se hubieran encontrado solos y extranjeros sin la corporación universitaria. He aquí los objetivos secundarios de una asociación escolástica de Bolonia en el siglo XIII: además de los banquetes y libaciones, sus miembros venían obligados a socorrer a los estudiantes pobres, atender a los enfermos, asistir a los entierros, procurar que reinara la paz y buena amistad entre los compañeros, y acompañar a los que se graduaban de doctores.

Los presidentes de las universidades se llamaban *rectores.* Eran elegidos por un periodo de dos años y la elección se verificaba por medio de compromisarios y por los ex rectores. La *congregación,* o asamblea general de los estudiantes, se reunía en el convento de los dominicos y era presidida por los rectores. Más tarde, al dividirse la universidad en tantos grupos como naciones de estudiantes, cada nación elegía un *consiliario,* y éstos elegían a un rector único para todo el *estudio.* Los consiliarios con el rector formaban el consejo directivo, el cual determinaba la fecha en que debía reunirse la congregación. Además, había un notario, dos *massarios* o tesoreros, y los bedeles. Otros cargos universitarios eran los llamados *peciarios,* encargados de vigilar que los libros que se vendían o alquilaban a los estudiantes no fuesen excesivamente caros ni tuviesen textos corrompidos.

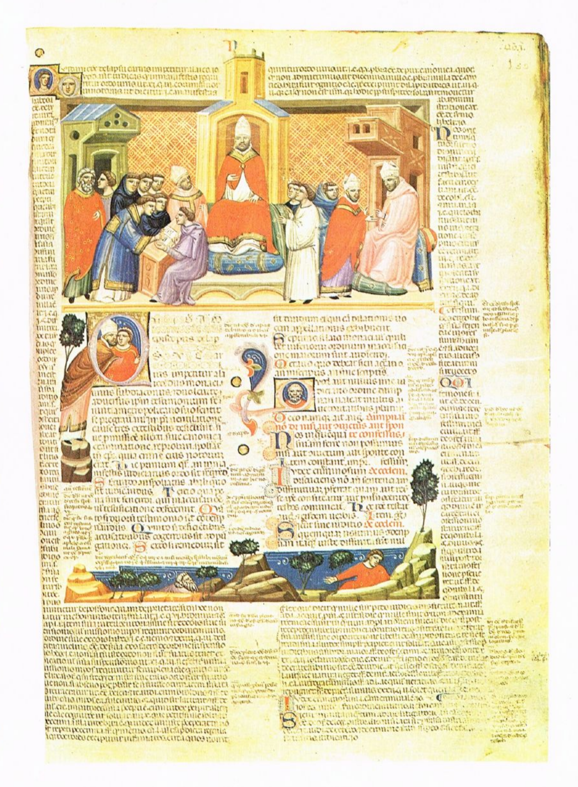
Ya se comprende que tales gremios es-



colásticos, defendidos por rectores y con privilegios confirmados por el papa y el emperador, debían en ocasiones poner perplejas a las autoridades locales. A principios del siglo XIII había en Bolonia diez mil estudiantes, los cuales se sentían tan independientes de la ciudad como hasta hace poco los extranjeros con derechos extraterritoriales en China. No es, pues, de extrañar que los *podestaes* o alcaldes de Bolonia trataran varias veces de conseguir que los rectores incluyeran ciertas disposiciones de las ordenanzas municipales en los estatutos universitarios, pretensión que irritaba en gran manera a los estudiantes, celosos, como todo gremio, de sus privilegios. Si el concejo municipal insistía, tomando medidas disciplinarias, los estudiantes emigraban en masa, originándose, con estas *colonias,* nuevas universidades. Una primera emigración de Bolonia fue a refugiarse en Mantua, donde se estableció ya a fines del siglo XII una escuela de Derecho; otro grupo de descontentos fundó la universidad de Vicenza, en 1204; otro enjambre de doctores y estudiantes boloñeses creó la universidad de Arezzo, en 1215, y la de Padua se originó del mismo modo el año 1222. Ya se comprende que las universidades, expuestas a casi forzada emigración, no debían tener gran empeño en poseer edificios corporativos. Los grandes comentadores del derecho romano en el *estudio* de Bolonia, como Irnerio y Odofredo, explicaban sus lecciones desde el púlpito de una iglesia y a veces al aire libre.

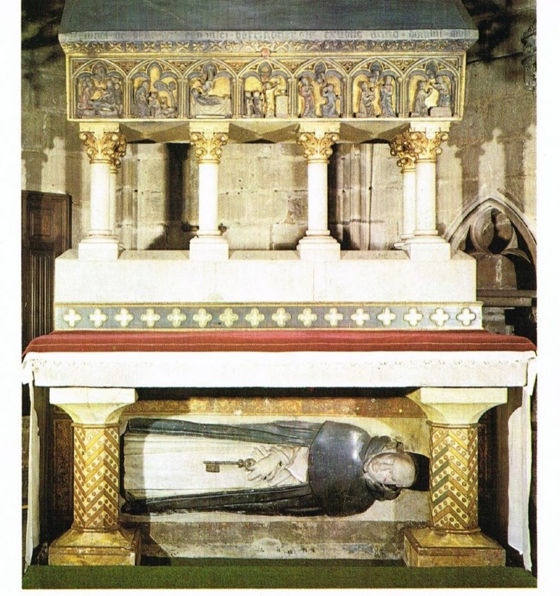
Simultáneamente a las asociaciones de estudiantes se formaron también en Bolonia *universidades* o gremios de maestros, pero tuvieron vida precaria; como eran los estudiantes los que pagaban a los maestros, podían muy bien dejar sin discípulos a un doctor que no fuera persona grata a las universidades o asociaciones de estudiantes. El contrato entre maestros y alumnos variaba según la reputación del doctor, y éste generalmente elegía dos de sus discípulos para que cobraran las cuotas y fijaran el precio para todo el curso. Además, los estudiantes pagaban una matrícula a la universidad. Al matricularse, los estudiantes tenían que jurar obediencia al rector y vestir la capa reglamentaria de paño negro.

El maestro tenía que desarrollar toda la materia. No podía faltar a las clases ni llegar tarde, y le estaba prohibido celebrar otras fiestas del santoral que las aceptadas por el calendario universitario. He aquí de qué manera el gran legista Odofredo se ofrecía para comentar el derecho romano a los estudiantes: "En cada lección os daré, primero, idea de lo que voy a tratar. Segundo, os diré clara y explícitamente cómo el asunto está enfocado. Tercero, os leeré el texto de la ley. Cuarto, repetiré la ley, pero tal como yo la entiendo, y quinto, os explicaré sus aparentes contradicciones. Más aún, si una ley, sea por su importancia, sea por su renombre, exige un repaso, os concederé una hora por la noche para este objeto".



Página miniada (siglo XIV) del texto llamado "Decretum", recopilación de Graciano (siglo XII) sobre las disposiciones de la Iglesia (Biblioteca Nacional, Madrid).

Al cabo de cinco años de estudiar derecho romano, o de cuatro años de derecho canónico, el rector podía conceder al estudiante el grado de bachiller y darle permiso para enseñar sobre un punto determinado del *Digesto* o de las *Decretales.* El candidato tenía que pasar tres años más de ejercicio, enseñando, antes de licenciarse. Recomendado por su maestro, sufría un examen delante del colegio de doctores. Después de oír jun-

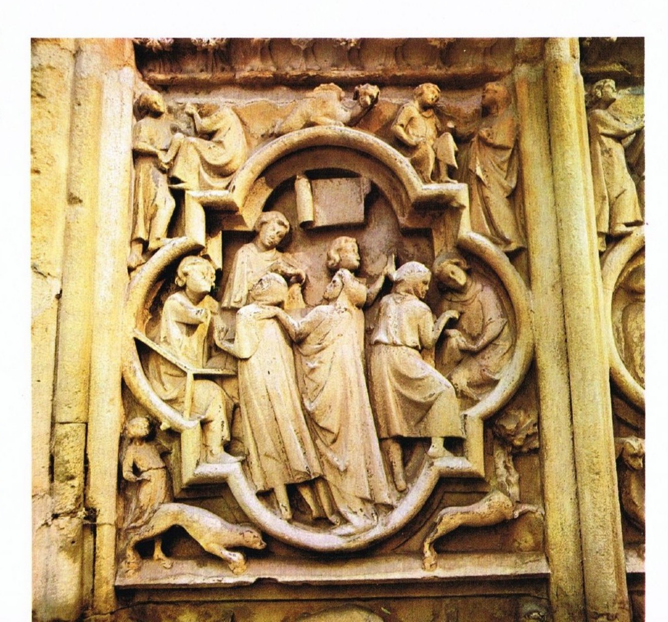


tos la misa del Espíritu Santo, los doctores reunidos señalaban un tema y el candidato se retiraba a su casa para estudiarlo, acompañado del doctor que lo había propuesto. Por la tarde el postulante recitaba su exposición en una iglesia. Aprobado por mayoría de votos, el bachiller era inmediatamente ascendido a licenciado. La ceremonia de obtener el grado de doctor era una pura fórmula, pero muchos demoraban este último paso porque implicaba gastos de consideración: procesiones, convites y regalos para maestros y condiscípulos.

Nos hemos entretenido en la universidad de Bolonia porque ella fue la primera escuela organizada de la Europa medieval, y también por la gran importancia que tuvo el *estudio* de Bolonia en la restauración del derecho romano. Ya hemos visto, al tratar del feudalismo, que si la doctrina imperial, sostenida por el derecho romano, hubiese llegado medio siglo antes de robustecerse el poder real, hubiera sido casi imposible la formación de las nacionalidades. Con todo, el derecho romano influyó en el cesarismo del Renacimiento, y no por capricho Carlos V quiso coronarse en Bolonia. La Iglesia percibió la amenaza que se escondía en el *jus civilis,* y ya en el siglo XIII prohibió a los clérigos el estudio del derecho romano.

Formando contraste con la organización

Sepulcro de San Raimundo de Peñafort, en la catedral de Barcelona, sabio dominico que codificó la jurisprudencia católica en las "Decretales" y aportó con ello nueva savia a la universidad de Bolonia.



Un grupo de estudiantes de la universidad de París representado en los relieves de la catedral de Notre-Dame. Esta universidad centró sus afanes en el estudio de la teología.

El profesor Cino da Pistoia, que descolló en el campo de la jurisprudencia, es interesantísimo también como poeta, alabado por Dante y Petrarca.

del *estudio* de Bolonia, tenemos la de su hermana, la universidad de París; ésta era esencialmente una universidad de maestros, mientras que el *estudio* de Bolonia era una universidad de estudiantes. En otros términos, el gremio predominante en París era el de los doctores, mientras que las corporaciones estudiantiles tenían la dirección del *estudio* en Bolonia. En un principio, era el canciller de la catedral de Notre-Dame quien concedía los permisos para enseñar a los doctores de París; éstos establecían sus escuelas no sólo en la isla de la catedral, sino en barracas construidas sobre los parapetos de los puentes del Sena. Así en el siglo XII se mencionan ya un maestro Adán du Petit-Pont, otro Adán du Grand-Pont, otro Pedro du Petit-Pont,



Una clase en la época medieval, representada en un manuscrito del Museo Británico, Londres.

UNIVERSIDAD Y TEOLOGIA

Al contemplar el fenómeno de las universidades medievales y querer profundizar en el conocimiento de su vida interna y de las posturas de los que las frecuentaban, maestros y discípulos, son muchas las cuestiones que agradaría conocer.

Muchas personas han visto en las grandes universidades medievales casi solamente a los prohombres de la teología escolástica o del derecho canónico. Las exigencias y la necesidad de mantener una inmovilidad de las posturas o instituciones consolidadas a base de seculares esfuerzos, han contribuido no poco a formar una imagen incompleta de la dinámica vida que se observaba en las universidades medievales. Seguramente, en la actualidad muchas universidades y centros teológicos no gozan del espíritu que poseían en los siglos XII a XIV.

Si las universidades son fenómenos típicos del urbanismo medieval, un lugar donde se podían experimentar las "urbanas delicias" (fenómeno que evoca de inmediato la presencia de unos burgueses), la presencia de teología y derecho en la universidad, en buena lógica, no pudo estar al margen del movimiento reformista que transformaba la sociedad feudal

Con la eclosión de las universidades ya no era fácil sostener que la vida contemplativa superaba a la vida activa. San Pedro Damián, empeñado en que la *cupiditas scientiae* suponía un inmoderado deseo de saber que amenazaba trascender los límites de lo que era lícito conocer al hombre, no dudó en afirmar que la predicación de la nueva fe había sido confiada por Dios "a los hombres simples y a los iletrados pescadores". Pero el proceso histórico irreversible hizo inútiles las imprecaciones, de las que todavía se hacía eco posteriormente Dante. La misma burguesía había visto en el saber una posibilidad más para el ascenso social. Bien lo testimonia Gonzalo de Berceo en sus *Milagros de Nuestra Señora* cuando ve en el saber una arma para los "fijos de bonos omnes que querían más valer", para lo que asistían a la "escuela de cantar y leer" de la villa de Borges. La vocación intelectual era un hecho. Y frente al *temerarius scrutator* con las limitaciones impuestas a la inteligencia con el criterio de la autoridad, la afición por una atractiva y arriesgada incursión en los razonamientos lógicos y la pasión por una superioridad individual acabaron por predominar y abocar en las formas corporativas universitarias.

Enmarcada la teología en las corporaciones universitarias y con una populosa y compleja Facultad de Artes, dos grandes problemas hubieron de plantearse maestros y alumnos: qué actitud tomar frente a la sabiduría griega (más concretamente, frente a Aristóteles, bien en sí o a través de los comentaristas árabes) y cuáles eran las relaciones entre saber profano y ciencia sagrada.

El llamado "renacimiento del siglo XII" había puesto al día a los clásicos. Casi doscientas obras o tratados científicos árabes y griegos, traducidos, invitaban a penetrar en la escuela de los filósofos. También el sentimiento religioso, al fin y al cabo amparado en una teología tradicional que sostenía el valor de la persona y la dignidad de todo individuo, abandonó el ideal de la vida cristiana, cifrado exclusivamente en la mística contemplación y en la renuncia al "mundo" dentro de una fortaleza espiritual. La teología buscó avivar las luces de la revelación con la ayuda de la experiencia y del razonamiento, para "re-crear" un mundo manejado por la arbitrariedad de las fuerzas oscuras y de potencias sobrenaturales sin valor propio. "La fe busca el intelecto", afirmó Anselmo de Cantorbery; de este modo, apoyándose en la inteligencia, con la sincera pretensión de satisfacerla, los teólogos volvieron la vista sobre la creación para redescubrirla como evidentemente buena, como reflejo y prueba irrefutable del *summus artifex*. Ya no había razón para rechazar lo creado ni para deformarlo o desnaturalizarlo y así alcanzar carácter religioso. El mundo, como *ordinata collectio creaturarum*, armonioso y bello, volvía a poder ser comprendido y debía ser contemplado. La teología de las escuelas, de los *studia generalia*, de las universidades, entroncaba así dentro de una "revolución comercial", en un entorno afanado por iniciarse en las ciencias naturales que ya buscaban comprender los secretos de la creación para poder someterla al hombre.

Pero, ¿qué hubiera sucedido si hubiese seguido su camino de reencuentro con la naturaleza, con la creación toda, sin seguir la senda de la especulación y del método? Difícil resulta imaginarlo. La teología universitaria se había hecho decididamente especulativa. De este modo, con la ayuda del saber profano y de la razón, en una clara subversión a las estructuras tradicionales, se abandonaba en la universidad de las ciudades y de los burgueses la teología monástica, siguiendo la distinción de J. Leclercq, alimentada con la experiencia espiritual y destinada a fortalecer la vida religiosa, para dar paso a una teología escolar, escolástica, teórica, que apelaba a la razón y pretendía exponer sistemáticamente la doctrina cristiana. Claro que no por esto se ha de afirmar taxativamente que desapareciera de Europa la teología monástica. Pero, junto al hecho de que las *rationes* aparecían como ausentes en el *Tractatus super erroribus* que un benedictino, posteriormente obispo de Marsella, escribió en pleno siglo XIII (1260), también se pueden encontrar casos aparentemente paradójicos, como el de Beatriz de Nazaret, que comparaba su alma con un monasterio del que la *ratio* era la abadesa. Pero, precisamente, la teología estaba en la universidad, no en los monasterios.

J. M.ª P.

etcétera. Por lo que parece, el Pequeño Puente estaba dedicado a las disputas de la lógica. Los maestros exponían sus silogismos como cualquiera otra mercancía de la época. Pero, más que la lógica y las otras artes, fue la teología la que acabó por ser la especialidad del *estudio* de París, y esto explica que la Iglesia pretendiera conservar una inspección efectiva de sus escuelas. Al principio fue relativamente fácil para el canciller de la catedral de Notre-Dame actuar como rector del *estudio;* era él quien daba las licencias para enseñar y el que podía revocarlas. La fuerza de su acción estribaba en que podía condenar como peligrosas las enseñanzas de un maestro determinado, y hasta excomulgarle, sin que ni los estudiantes ni los maestros pudieran oponerse más que apelando a Roma. En cambio, los maestros podían negarse a aceptar como colega a un maestro licenciado por el canciller que no fuese de su agrado. Como es de suponer, esto daba una gran ventaja a la asociación de los maestros del *estudio* de París.

A menudo entre el canciller y el gremio de doctores se suscitaban serias dificultades; el canciller no era teólogo ni maestro, ni pertenecía al gremio de doctores: era sólo la autoridad eclesiástica local y canónigo del cabildo de Notre-Dame, que a veces podía equi-

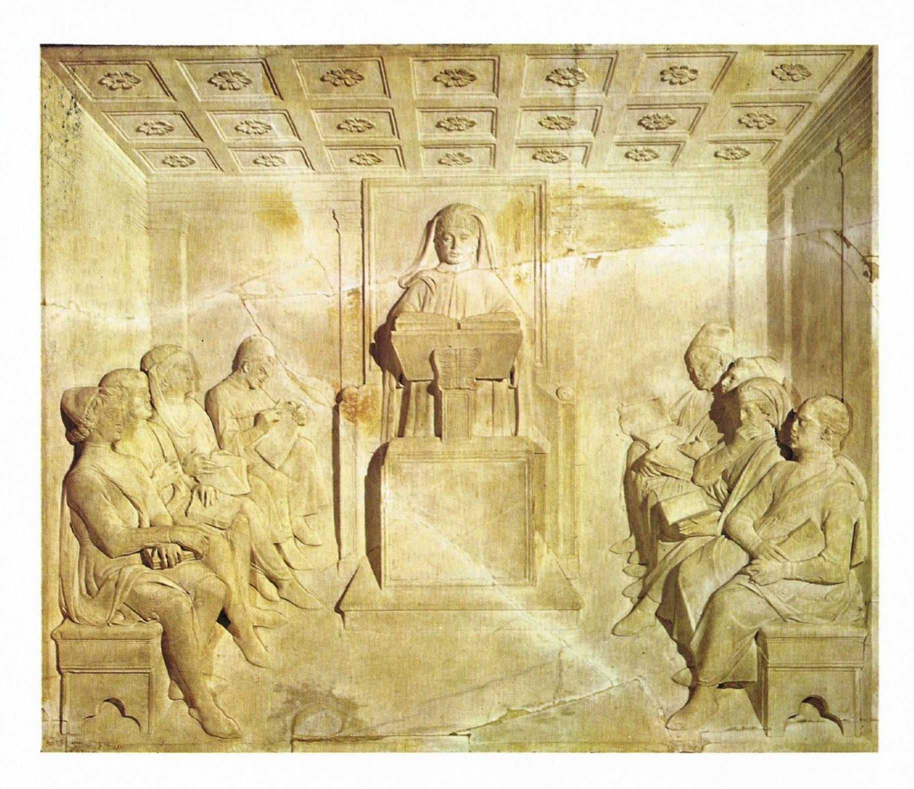


Aspecto de una aula de derecho a comienzos del siglo XIV (detalle del monumento funerario de Cino da Pistoia en la catedral de Pistoia, realizado por Cellino di Nese da Siena). El profesor, sobre una tarima y con un atril delante, en que apoya el libro, imparte sus enseñanzas a los discípulos, que se sientan, de tres en tres, en mesas inclinadas.

vocarse. A principios del siglo XIII, advirtiendo el canciller de Notre-Dame que la universidad de los maestros se robustecía más de lo que él deseaba, trató de exigir a éstos que le juraran ciega obediencia. Este mal paso dividió la universidad de París: los maestros se resistieron, y el papa, contra lo que podía esperarse, se puso del lado del gremio de doctores, en contra del canciller, concediéndoles el derecho de *cessatio,* esto es, de hacer huelga. Además, el pontífice ordenó al canciller que otorgara licencia de enseñar a todos los candidatos recomendados por la mayoría del gremio de doctores. Y como el canciller, además de ser mal juez en materias teológicas, tenía el poder de encarcelar y castigar a los estudiantes que cometían alguna falta, el papa le quitó al canciller el poder judicial, que fue lo mismo que reconocer el carácter laico de los escolares que no eran clérigos ordenados. Estos últimos civilmente continuarían sujetos a la autoridad del canciller.

La disputa entre el canciller y la univer-

Miniatura que representa un "scriptorium" medieval, según aparece en el incunable "Historias de Francia" (Biblioteca Nacional, Turín). En una época en que la imprenta no había popularizado aún los libros, los talleres de los copistas eran de importancia capital y al mismo tiempo complemento de la labor realizada en las universidades.

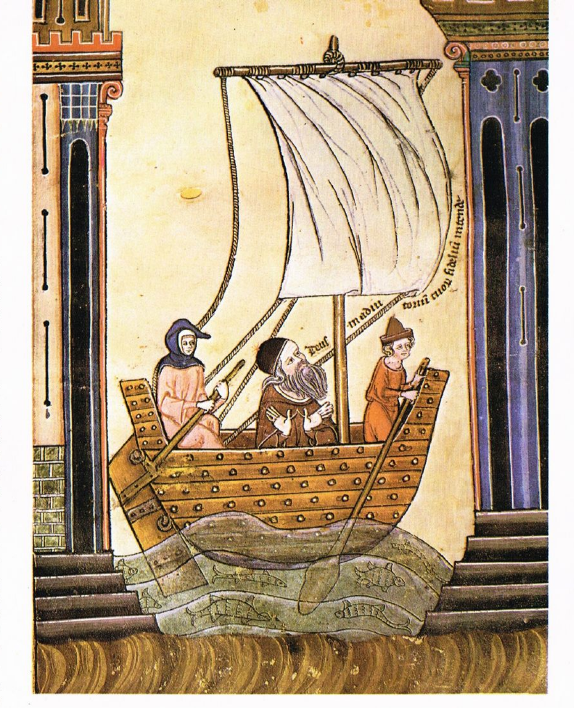


Profesor en la clase con sus discípulos (relieve del sepulcro del jurisconsulto Filippo Lazzeri, en la iglesia de Santo Domingo de Pistoia). Se representa aquí otro tipo de aula, en que los discípulos escuchan sentados en unos bancos apoyados en las paredes.

sidad, o sea entre la catedral y los doctores, duró medio siglo; en ocasiones los maestros fueron excomulgados "en masa" por el canciller, que trataba de recobrar sus derechos condenándoles las doctrinas; otras veces, maestros y alumnos, descontentos, emigraron y fundaron, con sus colonias, nuevas universidades. Es probable que el origen de la universidad de Oxford fuese un grupo de turbulentos de París, aunque los ingleses tenían además otras razones para separarse. A menudo el rey de Francia estaba en guerra con el de Inglaterra, que tenía posesiones al otro lado del estrecho, y entonces los viajes eran sumamente peligrosos. Acaso el origen parisiense de Oxford explica que encontremos allí a un canciller, a pesar de que en Oxford no había iglesia catedral. Pero el canciller de Oxford era ya un miembro de la universidad, elegido por el gremio de maestros, actuaba como el rector del *estudio* de Bolonia y no le quedaba más que el nombre de canciller de Notre-Dame.

En los estatutos pontificios de la universidad de París, del 1231, hay este párrafo final, que alude claramente a las emigraciones escolares: "Y después de los privilegios que nuestro hijo predilecto, el rey de Francia, ha concedido a los maestros y doctores de París, los que vuelvan al *estudio* no serán tachados de irregularidad o infamia por su deserción". Se ve que se trataba de recobrar a las ovejas descarriadas, pero algunas universidades vecinas, como Orleáns y Angers, fueron por lo menos reforzadas con emigrados descontentos de París. Algo ayudarían, para re-

La condena del averroísmo en París se produjo tras una polémica en que tomaron parte Santo Tomás y San Alberto Magno y que sería comentada agudamente por Raimundo Lulio (en el centro de la nave representada en esta miniatura).



tener a los estudiantes, los colegios o residencias para becarios. Algunos databan ya del siglo XII. Pero el más famoso, la Sorbona, fue fundado por Roberto de Sorbon en 1237 y, en un principio, sólo podía alojar dieciséis estudiantes dedicados a la especialidad de teología.

Es característico de la universidad de París que la Iglesia, el papado o, si se quiere, el rey de Francia, pero actuando éste por cuenta del pontífice, cuidaran y vigilaran sus enseñanzas. La universidad de París era, por consiguiente, mucho más tradicionalista que la de Bolonia, y así no es de extrañar que en sus estatutos, dictados por el cardenal legado Roberto de Courçon, se consignara la prohibición de "leer" la Metafísica de Aristóteles y los escritos de "herejes" como Almaric y David de Dinant y del "español" Mauricio, que probablemente quiere decir "el Mauro", o moro, o Averroes. A cambio de esta sujeción mental, los maestros de París recibieron jurisdicción sobre sus escolares y licencia de enseñar sin pagar al canciller. Maestros y estudiantes –dicen los estatutos– pueden hacer reglamentos para administrar justicia, para fijar el precio de los alquileres, para el uso de uniformes, dirimir disputas, etcétera. Bien poco tardó, sin embargo, en caer en desuso la prohibición contra Aristóteles, y el crédito de que gozó el Filósofo en la Sorbona de sobra hubo de compensar los recelos de los comienzos.

La Iglesia comprendió que era más fácil hacer *eclesiástica* a la universidad que mantener *universitario* al canciller de la catedral, y el gremio de doctores de París acabó por ser uno de los engranajes de la jerarquía católica. La Iglesia aceptaba sus decisiones en materias de ortodoxia personal, y en 1210 encontramos a los doctores de París dictaminando en el sínodo que condenó a la hoguera los libros del ya citado David de Dinant y a un gran número de hombres y mujeres. Entre los que fueron quemados vivos, con anuencia de la universidad, estaba un infeliz platero del Gran Puente, llamado Guillermo, a quien se le había contagiado la herejía de Almaric, que negaba la existencia del pecado porque, según San Pablo, todos somos miembros del cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, y ni la Iglesia ni Cristo pueden pecar. La re-



Dante Alighieri. Busto realizado con su mascarilla mortuoria y que está en el Museo del Bargello, de Florencia. Nos hallamos aquí ante uno de los personajes más interesantes de la Historia. Sin duda hombre de implacables pasiones, resume e ilustra el prototipo del intelectual formado en el humanismo cristiano del siglo XIII.

EL NACIMIENTO DE LA UNIVERSIDAD DE PARIS

A principios del siglo XII, mientras las escuelas monásticas decaen y la enseñanza superior renace en las escuelas episcopales, París ya es el centro más célebre de Francia y uno de los más importantes del occidente europeo. Su nuevo estilo, derivado del estudio de los autores clásicos, influye en autores muy alejados del ambiente urbano, como San Bernardo.

Durante la primera mitad del siglo XII, y mientras otras escuelas se especializan en medicina (Montpellier), en las matemáticas (Chartres) o en los estudios jurídicos (Bolonia), en París cobran relieve especialísimo los estudios filosóficos. Algunos maestros que enseñan en las colinas del "barrio latino" empiezan a aplicar el razonamiento y la lógica allí donde la autoridad de las Escrituras y de los Padres de la Iglesia no aportan luz suficiente.

Ya antes de 1150, estalla la querella de los "universales", de raíz platónica: ¿tienen las "ideas" una existencia real? Es lo que sostienen una mayoría de "realistas" frente a los "nominalistas", para quienes son sólo palabras.

Los maestros más avanzados, como Abelardo (1079-1142), afirman el poder de la razón. Abelardo critica la posición nominalista de Roscelino y la realista de Guillermo de Champeaux, y adopta una postura intermedia. A pesar de haber afirmado que no se pueden demostrar los misterios de la religión, intenta interpretar diversos dogmas, como el de la Trinidad.

A pesar de la oposición contra los maestros avanzados, no disminuye el ardor por las investigaciones lógicas. Durante la segunda mitad del siglo XII, los estudiantes, cada vez más numerosos, se acercan a París, en cuyas escuelas están impartiendo enseñanzas los dialécticos más hábiles y donde se ponen los cimientos del primer gran sistema filosófico de Occidente: la escolástica.

Nuevos caminos didácticos y filosóficos madura ya fuera de la escuela episcopal, anclada en los antiguos sistemas. La lucha entre las dos tendencias se desarrollará a principios del siglo XIII y de ella va a nacer la universidad de París.

Contra la autoridad episcopal, que pretende continuar reservándose el monopolio de los títulos, maestros y estudiantes se alían en una especie de comuna, que en 1209 acude al papa. Este, Inocencio III, que intenta hacerse con la dirección del movimiento intelectual, optará en 1212, y sobre todo en el concilio de Letrán, por apoyar a la "universidad" frente al obispo y su canciller. En 1231, el pontífice consagra la existencia legal de la "universidad" de París.

Al mismo tiempo que se lucha por la independencia con respecto al obispo, la "comuna" intenta escapar de la autoridad temporal: en 1230, después de una huelga acompañada de un éxodo a Orleáns, la autoridad real renuncia a ejercer su jurisdicción sobre los universitarios.

Grupo femenino en que se cree están representadas Beatriz, Laura, Fiammetta y Villana de' Cerchi (detalle de los frescos realizados por Andrea da Bonaiuto en la Capilla de los Españoles, de la iglesia de Santa Maria Novella de Florencia). Según cuenta Dante, el encuentro fugaz con Beatriz iluminaría su vida para siempre.



presión del año 1210 tiene todos los caracteres de una campaña inquisitorial, y como esto ocurría antes del supuesto establecimiento de la Inquisición por Santo Domingo, bien podríamos decir, sin exagerar mucho, que el tan difamado *Santo Oficio* fue de origen parisiense y universitario, mejor que hispánico y dominico.

Pero de lo que no hay duda es que la disciplina regular del *estudio* de París fue posible por la participación que en él tuvieron los frailes franciscanos y dominicos. Sin la cooperación de las Órdenes mendicantes hubiera sido peligrosísimo abandonar a sus propias decisiones la universidad de doctores de París, que en su mayoría enseñaban teología. Un nuevo Abelardo que no hubiese sufrido la injuria irreparable infligida al esposo de Eloísa, hubiera podido hacer de la universidad un foco de rebeldía y de protestantismo. Pero ya hemos visto a franciscanos como San Buenaventura y a dominicos como San Alberto y Santo Tomás llegar presurosos a París para aprender y para enseñar, y con tales refuerzos no había peligro para la Iglesia. A pesar de las reformas, los benedic-

tinos en París continuaban como internos de su monasterio y no tenían la libertad que concedieron San Francisco y Santo Domingo a sus frailes. Como los sufíes árabes, que acaso inconscientemente venían a imitar, los frailes mendicantes eran esencialmente andariegos, y los dominicos, por añadidura, trataban de salvar las almas predicando. Y como para predicar es necesario saber, el año 1217 encontramos ya a los dominicos establecidos en París. Por otra parte, sin hacer caso de las repetidas recomendaciones que les hiciera San Francisco contra la "curiosidad de conocer", los franciscanos se establecieron en París sólo dos años más tarde que los dominicos.

En un principio, dominicos y franciscanos llegaron a París como estudiantes, pero

UNIVERSIDAD Y CIENCIA FILOSOFICA

La teología universitaria, ya de mano del medio cultural parisiense, hacia los años 20 ó 30 del siglo XIII, al entregarse a la especulación se entregaba también a la filosofía. De este modo apareció en la universidad un tema apasionante para los modernos que quieren alcanzar perspectiva histórica. La utilización de la filosofía, aunque con bastante eclecticismo, introdujo elementos filosóficos en la teología. Pero no predominó la visión de Santo Tomás, que veía a la filosofía como impotente y condenada al error, inferior a la teología, a la que debía integrarse. No obstante, ¿acaso en el siglo XIII todos los pensadores creían en la imposibilidad de que un cristiano concibiese un sistema filosófico?

La respuesta no puede ser definitiva. Todavía los investigadores no acaban de conciliar sus opiniones. San Buenaventura no se negó *a priori* a construir un sistema filosófico. Y San Alberto Magno, el maestro de Santo Tomás, reivindicó para la filosofía del derecho su constitución como ciencia distinta, afirmando la legitimidad y autonomía de la filosofía, hasta el punto que, aun en espera de que finalice la edición de sus obras, hay autores que ven en él el primer sistema filosófico concebido por un cristiano.

Estos momentos destacados se consumaron con Siger de Brabante, quien "no sólo distinguió la sabiduría profana de la teología, sino que la separó e igualó a esta última". De este modo, en la universidad medieval ya se distinguían claramente los diversos campos de filosofía y teología. La teología con su metodología propia. Muy importantes han sido a este respecto las últimas investigaciones, que han demostrado que Siger de Brabante no fue el iniciador del averroísmo latino y de la teoría de las dos verdades, pues el averroísmo, según se ha demostrado, se vino a profesar sólo a finales del siglo (Siger de Brabante muere en 1284).

La universidad, pues, dejó atrás la teología monástica y la separó de la filosofía. Y aunque el tomismo alcanzó un notable éxito, al querer operar la síntesis de las ciencias por medio de la principal servidora de la teología, la filosofía, uniendo los datos de la fe con los de la razón, ha podido afirmarse que el éxito sólo fue temporal.

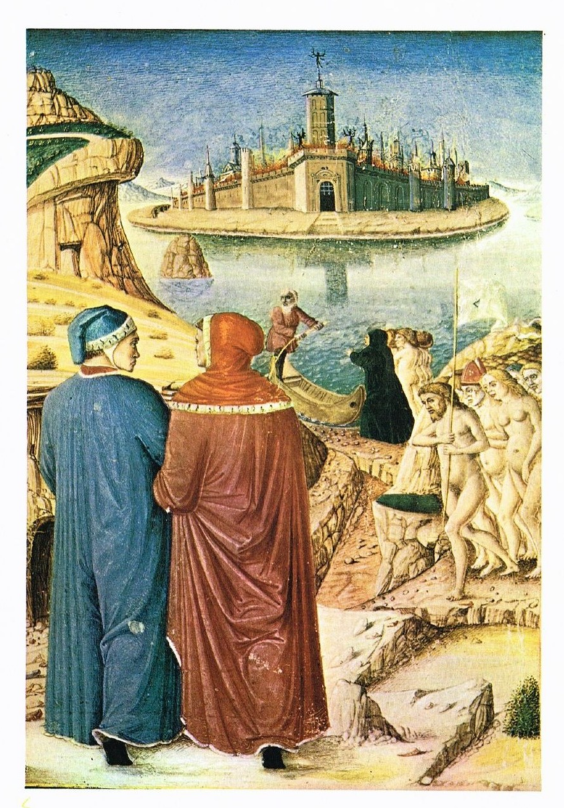
El aristotelismo radical fue ganando cada vez más adeptos. Se tuvo miedo hasta del aristotelismo implícito en el tomismo, y la condena de la Iglesia no se hizo esperar. En 1277, en París y en Oxford se prohibieron las tesis heterodoxas del aristotelismo. A partir de este momento, la reaparición del agustinismo teológico, la puesta en duda del poder de la razón, la presencia de un pensador franciscano como Duns Scoto, previa a la de Ockham, y los seguidores de la "vía moderna", lograron que la teología no sólo se separara de las demás ciencias, sino que comenzara la aparición de un muro infranqueable que vino a ser característico de los mundos modernos.

Ya en 1214, el cardenal Robert de Courçon prohibió la lectura de los libros de Aristóteles. Y qué polémicas y enérgicas reacciones debieron de originarse cuando, años después, el papa Gregorio IX escribía a los maestros de teología de la universidad de París: "Nuestro corazón ha sentido un dolor muy profundo y nos hemos llenado de amargura al ser informados de que algunos de vosotros, ensoberbecidos como otros por el espíritu de vanidad, sobrepasan, según un impío espíritu de novedad, los límites impuestos por los Padres, buscando en el sentido de la filosofía pagana la significación del texto sagrado, cuya interpretación, sin embargo, ha sido encerrada por el trabajo de los Padres dentro de límites definidos: esos límites no sólo es temerario, sino también impío trasponerlos. Quienes lo hacen, obran así para hacer ostentación de su ciencia y no para mayor bien de sus oyentes: no son ni teodoctos ni teólogos, sino teofantes. En efecto, en tanto que deberían exponer la teología según las tradiciones aprobadas que nos vienen de los Padres, poner su confianza no en las armas carnales, sino en Dios, para destruir todo lo que se levanta contra la ciencia de Dios y reducir a cautividad a toda razón por la sumisión de Cristo, extraviados por doctrinas diversas y extrañas, someten la cabeza a la cola, constriñendo a la reina a servir a la sirvienta. En otros términos, apoyándose sobre pruebas terrestres, atribuyen a la naturaleza lo que no pertenece sino a la gracia celeste". Magnífico testimonio de una sociedad que cambiaba sus actitudes religiosas, de un proceso irreversible de subversión que obligó a la condena tajante de 1277 y que explica, o puede sugerir, el que ésta sólo alcanzase un éxito relativo.

En estos tiempos de cambio cabe preguntarse si la universidad, con tanta preocupación por los problemas teológicos, era de carácter totalmente clerical o acaso es detectable algo de su carácter laico. Cuestión importante para desclericalizar ciertas mentes que han convertido las universidades medievales en precedentes tipológicos de seminarios tridentinos rigurosos. Muchos de los que formaban la asociación de maestros estaban al margen de la sociedad tradicional, y los laicos incluso tenían acceso a las cátedras de derecho canónico. En absoluto se les exigía que estuviesen ordenados. Entre los alumnos muchos eran totalmente ajenos a la clerecía. Y por paradójico que pueda parecer, si con anterioridad, en los tiempos gregorianos, fueron los clérigos los que se aislaron de los laicos, ahora, en los tiempos de las grandes síntesis, eran los laicos los que se separaban de los clérigos, para arreglar por sí solos los asuntos o para promover sus intereses o imponer su lengua o sus gustos. Haynal señala que al abrazar muchos universitarios la carrera eclesiástica comenzaba a aparecer en Europa un nuevo tipo social, el intelectual. Incluso la palabra "clérigo", según trabajos de semántica realizados por U. Ricken, ocupaba una posición privilegiada para designar al letrado, pero también tenía otros muchos significados, como el de la persona que sabe escribir, el secretario, etc.

En suma, el mismo proceso de la teología en la universidad llegaba a testimoniar que la razón perdió su firmeza al finalizar el siglo XIII, que los movimientos subversivos y radicales evidenciaban una Iglesia cada vez más institucionalizada, que "la naturaleza se apartaba de lo sobrenatural; las ciencias y la filosofía, de la teología; la experimentación y la argumentación, de la revelación".

J. M.ª P.



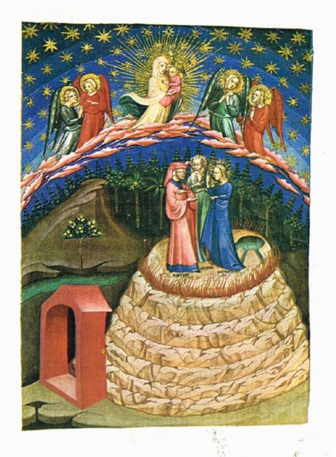
Dante y Virgilio ante la barca de Caronte (miniatura del siglo XV atribuida a G. Giraldi Magri, que ilustra el Canto III de la "Divina Comedia"; Biblioteca Vaticana). Esta obra literaria, interpretación mística y simbólica del descenso de un personaje a las regiones de ultratumba, concierne de un modo directo a la responsabilidad del hombre en función del fin al cual tiende, que es Dios.

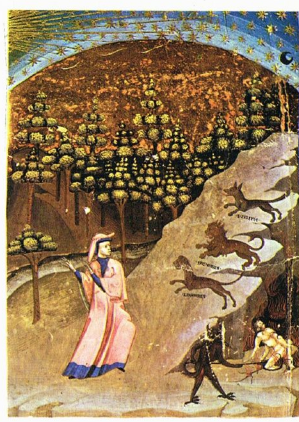
era inevitable que pronto fuesen recibidos en la universidad de los doctores y que su influencia allí fuera la predominante. Es más, el año 1231 cierto Juan de San Gil y el inglés Alejandro de Hales, ambos maestros de teología en París, se hicieron frailes, y éstos, que ya eran doctores antes de tomar el hábito, no podían ser privados de enseñar. En seguida los doctores laicos vieron sus aulas desiertas y quedaron "como pájaros solitarios" porque los alumnos afluían a las clases más de moda, que eran las de los frailes mendicantes.

Así empezó un nuevo conflicto entre la universidad y el canciller, quien crevó llegada la hora de tomar venganza concediendo libremente permisos de enseñar a frailes doctores. Esta vez el papa se puso del lado del canciller, y en una bula del año 1255 obligó a la universidad de los maestros a que aceptara como colegas a los doctores propuestos por el canciller de Notre-Dame, y restringió el poder de *cessatio,* o de declararse en huelga los maestros. El papa dispuso que desde entonces fuese necesario el voto de las dos terceras partes de los miembros de la facultad para suspender las lecciones, y como era seguro que siempre los maestros franciscanos y dominicos tendrían más de un tercio de los votos, el *estudio general* de París les quedaba entregado a discreción.

Aunque en París se enseñaban Medicina y Artes, la ciencia máxima, la ciencia capital, era la teología, y acaso no deberíamos deplorar tanto su monopolio como se hace en general. Todo lo que nos ha llegado en otras ciencias de esta época es mucho más deplorable. Hasta la medicina se estudiaba en París con los clásicos y se analizaban los remedios con discusiones escolásticas. No creemos perjudicar al lector privándole de lo que podríamos decir aquí de la alquimia, astrología y biología medievales; en cambio, la teología, si no ensanchaba el campo del conocimiento natural, por lo menos lo alargaba sin medida ni límite hacia lo alto. Al llegar a la segunda mitad del siglo XIII aún lo que preocupaba al mundo entero eran las cuestiones teológicas. Sin una percepción clara del pasado, sin programas para el porvenir, sin política, con vías de comunicación deplorables, con una ciencia paralizada por falta de primeras materias, no quedaba otro recurso a la humanidad que discutir si el universo es increado, si Dios lo mantiene por necesidad, si el espíritu es uniforme, y si lo que produce la individualidad del alma es el cuerpo en que se encarna. A todo esto se llamaba averroísmo, y antiaverroísmo a lo que lo combatía. ¡Qué herejías más extrañas, y casi diríamos modernas! Parece como si fueran un anticipo de Spinoza y Malebranche. Obsérvese que este averroísmo o aristotelismo –que bien podrían llamarse "herejías de París"– eran esencialmente herejías físicas; no se trataba de si el Padre engendró al Hijo ni de si el Espíritu era consustancial con ambos, y otras cosas que ya se discutieron en Alejandría y Constantinopla. Existía entonces en París un vivo deseo de saber, si no cómo funciona el universo, a lo menos cómo fue creado, y esto ya preludiaba el Renacimiento.

La sentencia de París contra el averroísmo (1270) vino preparada por una polémica en la que intervinieron Santo Tomás y Alberto el Magno, y que comentaría Raimun-





Dos ilustraciones del siglo XIV de la "Divina Comedia" (Biblioteca Nacional, Madrid).

do Lulio. Pero que las conciencias no se aquietaron del todo lo prueba que se continuó disputando, y Dante aún considera al campeón del averroísmo parisiense, Siger de Brabante, como digno de formar en el grupo de teólogos católicos en el Paraíso. El propio Santo Tomás le dice a Dante, en la *Divina Comedia:* "Esta que ves aquí es el alma de Sigero, – que, envidiado, enseñaba la verdad – en la escuela de París, como extranjero".

Así habla Dante, que de no haber tenido que emigrar, hubiera sido un exquisito poeta de Florencia, pero no nos habría dado el maravilloso compendio de todo el sentir y pensar de la época, resumido en su extraordinaria epopeya llamada *Divina Comedia.*

Dante nació el 1265, lo que quiere decir que, cuando escribía, ya la teología y la jurisprudencia medievales se habían estabilizado. Aunque era florentino por sus pasiones, el apellido *Alighieri* es teutónico, y esto explica la fuerza mental que hubo menester para construir su sistema del universo. Políticamente era un aristócrata y soñaba con un feudalismo en el que Florencia sería una célula de la gran estructura imperial. *Señoría corporativa,* Florencia tenía que ser, para Dante, un municipio modelo sin ambiciones sobre el resto de la Toscana. En la *Divina Comedia,* el poeta hace hablar a su tatarabuelo, que estuvo en las cruzadas, quien describe así la vida de su tiempo, que Dante deseaba restaurar: "Florencia cabía en sus antiguos muros, – con vecinos quietos, sobrios, puros...".

Dante escribió un libro: *De Monarchia,* que podía más bien titularse: *De Imperio,* en el que asegura que el objetivo de la civilización es el de hacer producir su máximo rendimiento al intelecto, y esto no se puede obtener sino con la paz, y la paz requiere un supermonarca o emperador. Prueba también que el emperador debe ser romano, porque Cristo dio el ejemplo, sufriendo pasión y muerte bajo el poder de un representante de Tiberio; con más razón, el papa y las jerarquías eclesiásticas han de cooperar con el poder temporal sin pretender soberanía política.

"¡Esclava Italia, tierra dolorida! – ¡Nave sin timonel en tempestad, – sin honra estás, como mujer caída!...", dice Dante, porque nadie tiene el freno y nadie está sentado en "la silla de Justiniano", o del Imperio, para librar a los italianos de la discordia y la tiranía. La Iglesia seguía entonces la corriente de los tiempos y apoyaba a las monarquías nacionales de toda Europa y a los tiranos de las ciudades italianas, soliviantados contra el emperador. Es más, pocos años antes la política del pontificado había favorecido la instalación de una monarquía francesa en Nápoles y desde allí el hermano de San Luis, Carlos de Anjou, conspiraba con el papa para deshacer las ligas imperiales.

Nada hará tan patente el fracaso a que estaban condenadas en Italia las aspiraciones imperiales como el relato del episodio de la expedición de Enrique VII. El año 1309 fue elegido emperador Enrique de Luxemburgo, cuyo gran corazón y bonísimas cualidades impresionaron a todas las gentes de su épo-



Monumento a Dante en Florencia, ante la fachada de la iglesia de Santa Croce. Condenado al destierro en 1302, nunca más pudo ya regresar a su patria.

ca. Acaso la circunstancia de ser pequeño su principado hizo que se lanzara a empresas de conquista. Casi en seguida, al siguiente año, Enrique descendió a Italia, empezando por coronarse en Milán con la corona de hierro de los longobardos. Dante estaba presente, y, en una carta, aseguraba al emperador que sus enemigos del bando güelfo huirían ante él como los filisteos y que los desterrados gibelinos volverían a sus casas, como los judíos de Babilonia volvieron a Jerusalén. Pero pronto los acontecimientos probaron que Dante y Enrique VII eran unos rezagados, o quizá visionarios de un futuro muy lejano. En mayo del mismo año, el hermano del emperador perdió la vida en el sitio de Brescia; en septiembre, la emperatriz moría en Génova; el mes de mayo de 1312, Enrique VII entraba en Roma, pero hallaba cerrada la iglesia de San Pedro y tenía que capitular, dejándose coronar otra vez por el papa en San Juan de Letrán. De Roma pasó el emperador a poner sitio a Florencia, donde dominaban los enemigos de Dante, pero murió, sin poder conquistarla, en un convento vecino. Dante, en la *Divina Comedia,* ya vio el trono que tenían preparado para Enrique VII en lo más alto del empíreo: "Esa corona que allí está ya puesta, – y ese gran trono que tú ves enfrente, – son para boda que ya está dis-



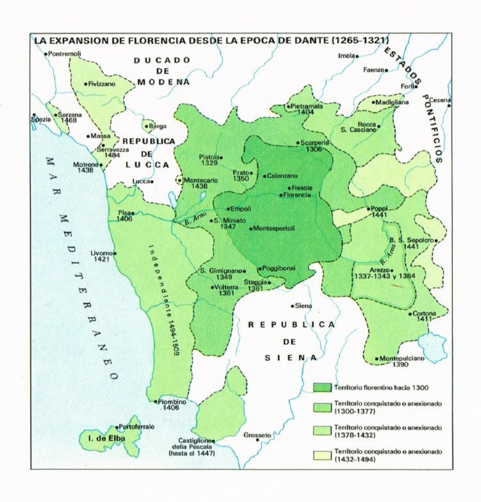
Comienzo de la "Divina Comedia" en un manuscrito del siglo XIV (Biblioteca Laurenziana, Florencia). La distribución en círculos de esta obra quizá se deba a influencia del filósofo hispano árabe Aben Tofail, a quien Brunetto Latini (maestro de Dante), que sabía árabe, es posible que conociera.

puesta. – Son para el alma de aquel gran Enrique – que fue a Italia a coronar su frente".

Después de la catástrofe con que acabó la expedición de Enrique VII, güelfos de Florencia promulgaron una amnistía para los emigrados del partido del emperador, pero de ella exceptuaron a Dante. Solo, desterrado, agobiado de deudas, encontrando muy duro el pan ajeno y con la amargura de tener que vivir con un huésped que era casi un amo, Dante buscó consuelo a sus tribulaciones dedicándose a la mística y a la teología.

Años antes había empezado un poema con la descripción de un viaje imaginario a las regiones de ultratumba. Era un tema popular de la Edad Media; varias naciones tenían su leyenda, más o menos poética, de un santo o caballero que desciende al purgatorio, y la tradición islámica había zurcido una copiosa literatura sobre el ascenso de Mahoma a los siete cielos. Es posible que Dante conociera algunas de estas leyendas del Islam, aunque nos presenta como su guía, su maestro y precursor a Virgilio, quien también había hecho descender a Eneas a los infiernos. El poema de Dante empieza así: "Al estar ya en la mitad de la vida – me encontré en una selva oscura – donde la vera vía era perdida. – No basta con decir fue cosa dura – esta selva salvaje, áspera y fuerte, – que el recordarla renueva la amargura. – Tanto fue amarga que casi me dio muerte; – mas por decir del bien que allí encontré, – diré del mal que vino de esta suerte...".

Por la introducción ya comprendemos que el Dante, al empezar su poema, se proponía no sólo describir el mal y las torturas del infierno, sino también el bien, o la beatitud de las almas en el cielo. Boccaccio explica que, al salir desterrado de Florencia el año 1301, Dante abandonó entre sus papeles los siete primeros cantos de la *Divina Comedia.* Seis años más tarde, sus amigos de Florencia encontraron en un armario estos papeles, que allí yacían completamente olvidados, y los enviaron inmediatamente al poeta, quien creía que habían sido destruidos en el saqueo de su casa por las turbas del bando güelfo. Boccaccio añade que Dante, al recibirlos, dijo: "Había ya abandonado este proyecto





Dante inmortalizado por Rafael en el fresco de la "Disputa del Sacramento", en las "estancias" del Vaticano.

de poema, pero, pues la fortuna me ha devuelto estas páginas, probaré de recordar la idea que tenía y acabarlo con ayuda de la gracia".

Desde entonces, el año 1307, hasta que murió, el 1321, Dante trabajó sin cesar en la *Divina Comedia*. Cuando daba por terminados seis o siete cantos, los enviaba al señor de Verona, Cangrande della Scala, quien actuaba como jefe del partido del emperador en Italia. Con ello, no debe extrañarnos que la *Divina Comedia* esté llena de pasión política. Los crímenes contra el Imperio serán castigados más duramente que los pecados capitales. En el último pozo del infierno, más abajo del lugar donde se da tortura a los traidores a la patria, están los traidores a la Suprema Majestad: Judas, que entregó a Cristo, y Bruto, que asesinó a César. Judas y Bruto se encuentran con Lucifer, sumergidos en un mar de hielo, y, como ellos, los nacionalistas del partido güelfo tendrán por compañero de torturas al maldecido Iscariote. Dante envió los primeros cantos del *Paraíso* al

DANTE Y EL IMPERIO

Los legados de Alberto de Habsburgo admiten en 1303 la idea del Imperio que tiene Bonifacio VIII: un emperador vasallo de la Santa Sede y un Imperio que es universal porque se confunde con la Iglesia universal.

En el primer tercio del siglo XIV, diversos tratadistas intentan hallar una justificación racional del poder imperial e independizarlo de la teocracia pontificia.

Engelbert de Admont: "De ortu et fine Imperii Romani" (1308).

Dante: "De monarchia" (1312-1313).

Sus ideas inspirarán las pretensiones de restauración imperial de Enrique VII.

Para Engelbert y Dante, una autoridad única es necesaria en el mundo. Se deduce del concepto de orden universal, que requiere alguien que lo garantice, un árbitro entre las distintas pretensiones, un emperador sobre los reyes.

El emperador no hace sino continuar la potestad legítima que ostentaba el emperador en Roma. Autoridad reconocida por el mismo Cristo, que se sometió a ella y fue juzgado por jueces romanos.

Dante abordará un problema central soslayado por Engelbert: las relaciones Iglesia-Imperio. La naturaleza humana tiene un doble fin, la vida temporal y la salvación eterna; esta dualidad exige un doble gobierno: el del papa y el del emperador. La armonía y la coordinación deben existir entre ambos poderes: el emperador respetará la Iglesia; el papa inspirará moralmente al emperador.

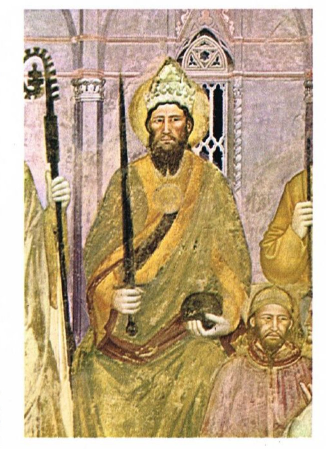
Marsilio de Padua: "Defensor Pacis" (1324).

Sus ideas inspiran directamente la acción antipapal del emperador Luis de Baviera.

Partiendo de la dualidad Iglesia-Imperio defendida por Dante, Marsilio de Padua traza una teoría audaz sobre cada uno de estos poderes. A la autonomía deseada por Dante, suma las dos máximas aspiraciones de su tiempo: el laicismo –un emperador omnipotente en el ámbito temporal– y la democracia –una Iglesia sin jerarquías–.

señor de Verona, con una carta en la que se queja de pobreza y otras circunstancias difíciles por que atraviesa, pero añade un utilísimo comentario al doble sentido de todo su poema. Por él comprendemos que, además de su significado político y real, tiene la *Divina Comedia* una interpretación mística y simbólica. El primer canto del *Paraíso* empieza ya con estos versos: "La gloria de Aquel que todo mueve, – penetra en el universo y resplandece; – en ciertas cosas fuerte, en otras leve. – Yo fui al cielo, do su luz más crece, – y cosas que allí vi no las diré, – ni nadie las dirá que descendiese".

El tomismo o aristotelismo de estos conceptos es evidente: Dios es causa del movi-



Enrique VII, por Andrea di Bonaiuto (Capilla de los Españoles, iglesia de Santa Croce, Florencia). Este emperador alemán quiso arreglar los problemas italianos, pero fracasó. Dante le dirigió una de sus célebres cartas; en la obra "De Monarchia" le hizo encarnar el ideal de una monarquía temporal independiente del papado, y en la "Divina Comedia" le colocó en lo más alto del empíreo.

Ilustración de William Blake para la "Divina Comedia". Los prerrafaelistas ingleses, cuyo jefe, Dante Gabriel Rossetti, ya se había deleitado en las figuras de Dante y Beatriz, no podían dejar de sentirse atraídos por cuanto de misterioso tiene dicha obra.

miento y, según Aristóteles y Tomás, las cosas se sostienen por el deseo que las mueve hacia Él. Y como el movimiento es lo que da forma y caracteriza cada cosa, Dios no sólo es su motor, sino su creador. Dios resplandece y penetra las cosas, en unas más y en otras menos, y este más o menos del Espíritu de Dios, que brilla en cada cosa, contribuye a su individualidad. De esto a creer que la individualidad provenga sólo de la desigual distribución del Espíritu, ya no hay más que un paso; y es cierto que este paso no lo dieron ni Aristóteles, ni Santo Tomás, ni Dante. Pero, con tales ideas, tampoco asombra que Dante pusiera a Averroes y a Siger de Brabante en lugares preferentes del reino de ultratumba.

Dante, en la primera parte de su viaje, recorre el infierno y el purgatorio acompañado de Virgilio, que representa la sabiduría humana, o la Filosofía. En estos lugares no encontraremos a los diablos que huelen a azufre, con largas colas y grandes horquillas, del infierno popular. Las almas sufren por la continuación de su mismo pecado, tienen con exceso lo que habían deseado desordenadamente en su vida terrena. Los esbirros o ejecutores de la Justicia Divina son centauros, arpías, Minos, Carón y otras creaciones de las gentes grecorromanas. En este sentido, la *Divina Comedia* es una primera manifestación del Renacimiento, otro síntoma, como la resurrección del derecho romano, del interés por lo clásico que se manifestará más tarde.

Al llegar al umbral del cielo, Virgilio tiene que abandonar a Dante y confiarle a Beatriz; ésta representa el conocimiento de las cosas de Dios, o sea la Teología. El motivo por el cual Dante escogió esta doncella florentina por guía, en lugar de un doctor, como San Agustín o Santo Tomás, es también muy significativo: Dante, al salir de la pubertad, se había enamorado de Beatriz Portinari, muchacha de nueve años. "Ella se me apareció vestida con el más noble de los colores, un modesto y apropiado color escarlata, com-

"La barca de Caronte", por Eugène Delacroix (Museo del Louvre, París). En esta pintura, Dante, acompañado por Virgilio, está realizando su viaje. Los pintores románticos tampoco pudieron sustraerse al encanto esotérico de la "Divina Comedia".



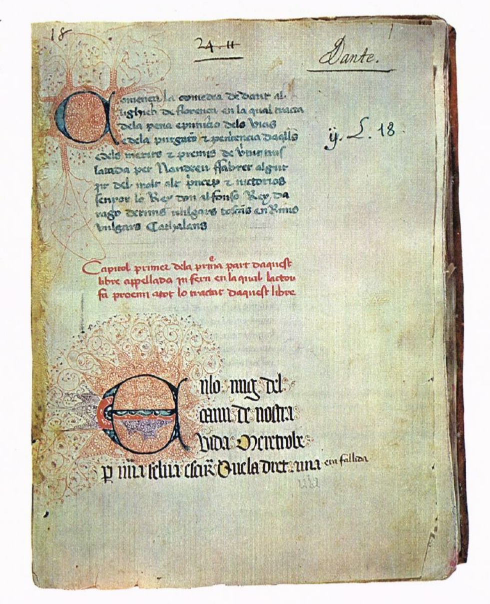
puesta y adornada como correspondía a su edad. Luego que la vi, el espíritu vital, que mora en lo más recóndito del corazón, empezó a sacudirme con tal temblor, que casi perdí el sentido y pronuncié con voz desfallecida estas palabras: –He aquí un dios, el Amor, más fuerte que yo, que me gobernará siempre."

Beatriz murió joven, pero, por su misma inocencia, sabía más de las cosas de Dios que los maestros y doctores en Teología. Si Dios penetra en cada cosa, Dios penetrará el alma y ésta, en su pureza, llegará a conocer las cosas de su Creador, como el filósofo autodidacto de Aben-Tofail, del que hemos hablado en otro capítulo. Es de suponer que Dante no quiso llegar tan lejos como Aben-Tofail, pero, ateniéndonos al doble sentido que palpita en toda su obra, Beatriz debe de ser algo más que la niña florentina que amó en su juventud y que se le aparece embellecida con el tiempo.

Pero ni aun Beatriz puede llegar hasta el trono de Dios; en los últimos cantos del *Paraíso* la doncella confía el poeta a un último guía, el doctor místico más en boga por aquel tiempo, San Bernardo de Claraval; éste conduce a Dante a presencia de María, "Virgen y Madre, hija de su Hijo, – humilde más que toda criatura", y, sobre todo, ante Dios, que está descrito todavía en el verso final de la *Divina Comedia* como el motor –el *primum movens* que afirmaba Aristóteles–, como "el Amor que mueve al Sol y a las estrellas".

Dante murió en el destierro. Su contumaz rebeldía pareció, hasta hace poco, testarudez de reaccionario que pretende mantener la caduca idea imperial, en oposición a las monarquías y las nacionalidades. Pero hoy el ideal de Dante vuelve a ser, para muchos, la única solución posible de la Europa destrozada por odios de naciones. Acaso, en lugar de un emperador se establezca un Consejo Internacional, pero es evidente que sólo una organización basada en el respeto de la variedad de las gentes y también en el reconocimiento de la unidad de intereses puede dar al mundo viejo la paz y la prosperidad que parecen imposibles con el exceso de nacionalismo de nuestros días. Organizaciones así ya están en marcha, pero quedan por ver su eficacia y la sinceridad de sus componentes.




18
24-11
Dante.
ij. L. 18

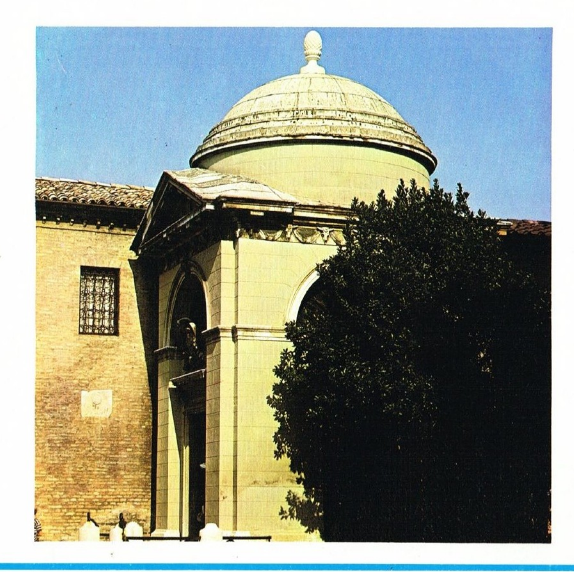
Comença la comedia de dant al[i]ghieri de florença en la qual tracta dela pena e punicio dels vicis e dela purgacio e penitencia daquells e dels merits e premis de virtuts, traslatada per Nandreu ffabrer alguatzir del molt alt princep e victorios senyor lo Rey don alfonso Rey darago de rims vulgars toscans en rims vulgars Cathalans

Capitol primer dela prima part daquest libre appellada ynfern en la qual lactor fa proemi a tot lo tractat daquest libre

Comienzo de la traducción al catalán de la "Divina Comedia", realizada por Andreu Febrer, que la terminó en 1429. Es la más antigua de las traducciones en verso (tercetos endecasílabos) que se conoce de la obra de Dante (Biblioteca del monasterio de El Escorial).

BIBLIOGRAFIA

Crombie, A. C.	*Histoire des sciences dès Saint Augustin à Galilée (400-1650),* París, 1959.
Genicot, L.	*Europa en el siglo XIII,* Barcelona, 1970.
Gentile, G.	*Dante politico e altri saggi,* Milán, 1955.
Giner, S.	*Historia del pensamiento social,* Barcelona, 1966.
Heers, J.	*Occidente durante los siglos XIV y XV,* Barcelona, 1968.
Huizinga, J.	*El otoño de la Edad Media,* Madrid, 1961.
Le Bras, G.	*Histoire du droit et des institutions de l'Église en Occident,* París, 1965.
Rashdall, H.	*The Universities of Europe in the Middle Ages,* Oxford, 1936.
Romero, J. L.	*La Edad Media,* México, 1949.
Stelling-Michaud, S.	*L'histoire des universités au Moyen Âge et à la Renaissance au cours des vingt-cinq dernières années,* Estocolmo, 1960.
Thrupp, S. L.	*Changes in Medieval Society,* Nueva York, 1964.



Mausoleo de Dante en Ravena, erigido en el siglo XVIII en las inmediaciones del templo de San Francisco, en cuyo pórtico había permanecido su enterramiento hasta aquella época.



El emperador León V ordena blanquear un icono (Museo Británico, Londres). León V fue un ferviente iconoclasta. Durante su reinado repudió los acuerdos del Concilio de Nicea y volvió a poner en vigor los cánones iconoclastas.

Bizancio, desde la iconoclastia hasta el Imperio latino de Constantinopla

En los capítulos anteriores hemos visto el Imperio bizantino de Constantinopla tratando de intervenir en los asuntos de Occidente. Edificada sobre el asiento de Bizancio, la ciudad de Constantino se llamó primero *Nea-Roma* y durante la Edad Media creyó conservar la sucesión y los derechos del antiguo Imperio romano. El emperador se honraba con el calificativo de *Augusto,* y el colega destinado a sucederle se adjudicaba el título de *César;* había en Constantinopla cónsules y senado, y hasta muy tarde los documentos se redactaron en griego y en latín.

Pero nunca Constantinopla pudo hacer valer por entero sus derechos. Si bien Justiniano recobró Italia y África del Norte, estas provincias se perdieron otra vez por las invasiones de los longobardos y los árabes. En las Galias y en España, aunque a veces los monarcas francos y visigodos se dirigieran al emperador bizantino como al soberano universal, de hecho se consideraban independientes. Por fin, bajo la presión del Islam, Constantinopla tuvo que renunciar a sus aspiraciones al imperio único y aceptar el hecho consumado de un emperador germáni-

EL IMPERIO BIZANTINO (565-1054)

Dinastías y emperadores bizantinos

565-610 Sucesores de Justiniano: Justino II, Tiberio II, Mauricio y Focas.

DINASTIA DE HERACLIO (610-717)

610 Heraclio, exarca de Cartago y jefe de la sublevación contra Focas, es coronado emperador (610-641).

641-668 Constante II.

668-685 Constantino IV.

685 El título imperial es disputado por varios pretendientes: Justiniano II (685-695; 705-711); Leoncio y Tiberio III (698-705); Filípico Bardanes, Anastasio II y Teodosio III (711-717).

DINASTIA ISAURICA (717-867)

717-741 León III, antiguo jefe del tema de Anatolia, sublevado contra Teodosio.

Retrocesos y conquistas de Bizancio

Fin del siglo VI El Imperio bizantino es atacado en todas las fronteras: en Occidente, los lombardos invaden Italia (568); en Oriente se abre una larga guerra fronteriza contra los persas (572-591; 602-603, reanudación de las hostilidades). En los Balcanes menudean las incursiones de eslavos y ávaros; desde el año 580, los eslavos empiezan a establecerse definitivamente en la península balcánica.

613-630 Bizancio lucha por su existencia contra los persas, que han emprendido la conquista sistemática del Imperio.

635 La conquista de Damasco, capital de Siria, inicia la expansión árabe sobre territorios bizantinos.

635-655 Los ejércitos bizantinos evacuan Palestina, Siria, Egipto y Mesopotamia. La flota árabe compite en el Mediterráneo oriental con la marina bizantina.

640 El emperador León III reduce el enfrentamiento con los árabes a una guerra de fronteras.

674-678 Los árabes sitian Constantinopla.

718 Nuevo sitio de Constantinopla por los árabes.

Disputas religiosas y organización interna

Hacia 600 Organización de los exarcados.

613-614 La Iglesia bizantina predica la cruzada contra los persas y pone sus riquezas a disposición del emperador.

630-640 La administración provincial se militariza: régimen de temas.

638-680 El monotelismo, doctrina oficial en el Imperio bizantino.

663 Constante se establece en Siracusa, a la que desea convertir en nueva capital de su estado.

674 Los bizantinos utilizan contra los árabes el fuego griego.

695 Una sublevación popular, provocada por las excesivas cargas fiscales, destrona a Justiniano II. Se abre una larga crisis.

Dinastías y emperadores bizantinos

741-755 Constantino V.

775-780 León IV, casado con Irene.

780-797 Irene, regente durante la minoridad de Constantino VI.

797-802 Irene, emperatriz, tras destronar a su hijo.

802-811 Nicéforo. tras un golpe de estado contra Irene.

811-867 Anarquía: varios emperadores se suceden rápidamente, alzados o depuestos por sublevaciones o intrigas familiares.

DINASTIA MACEDONICA (867-1057)

867-886 Basilio I.

886-912 León VI el Sabio.

913-959 Constantino VII; gobierno efectivo del general Romano Lecapeno.

963-969 Nicéforo Focas, casado con la viuda de Romano, hijo de Constantino VII.

969-976 Juan Tzimiskés, yerno de Constantino VII.

976-1025 Basilio II, hijo de Romano.

....

1056-1057 Miguel VI.

Retrocesos y conquistas de Bizancio

756-763
773-775 Constantino V intenta imponer el protectorado bizantino al nuevo estado búlgaro-eslavo constituido a principios de siglo en los Balcanes.

811-813 Terrible derrota de Nicéforo en los Balcanes; los búlgaros sitian Constantinopla.

864 Boris, kan de los búlgaros, se convierte con su pueblo al cristianismo y firma una estrecha alianza con Bizancio.

894-896 Ruptura entre Bizancio y Bulgaria por cuestiones comerciales.

913-927 El zar Simeón se proclama candidato a la corona imperial y sitia Constantinopla.

963-976 Guerra contra los búlgaros con el apoyo del ejército ruso. Anexión de Bulgaria oriental.

1014 Con la derrota del monte Belasica concluye la resistencia búlgara. Basilio II incorpora la península balcánica al Imperio.

1050 Las tribus pechenegas penetran en la península balcánica.

Disputas religiosas y organización interna

726 Publicación de una nueva recopilación legislativa: la "Ecloga" de León III.

730 León III inicia la persecución contra los iconodulos.

754 Un sínodo iconoclasta da una base legal al emperador para continuar su política religiosa.

787 Séptimo Concilio Ecuménico: condenación de la iconoclastia.

821 Sublevación de Tomás el Eslavo apoyado por los árabes.

837 Reapertura de la querella iconoclasta.

Hacia 850 Polarización de clases: "penetes" (pobres) contra "dynatoi" (ricos).

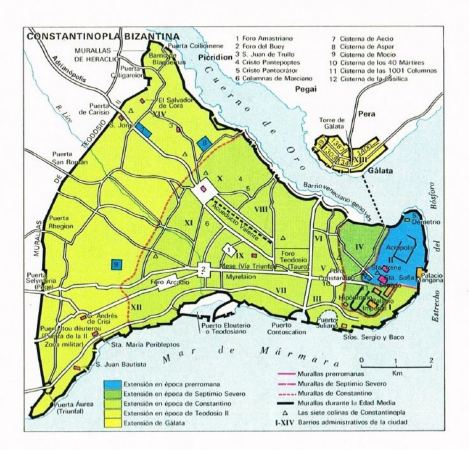
886 Las "Basilikas" de León VI.

919-944 La legislación antinobiliaria de Romano Lecapeno.

1054 Separación definitiva de la Iglesia griega.



Cristo crucificado entre la Virgen y San Juan (tesoro de la basílica de San Marcos, Venecia). El culto de estos iconos, al igual que el de los pintados y realizados en mosaico, extendido ampliamente por todos los estamentos de la sociedad bizantina, iba a desencadenar una de las crisis más importantes de la Iglesia oriental.



co para las provincias occidentales. Con todo, el emperador de Constantinopla a veces encabeza sus cartas a Luis el Piadoso llamándole "rey de los francos y longobardos, que se titula a sí mismo Emperador". Es una vulgar equivocación suponer que Bizancio permaneció en continuada decadencia y que sus emperadores fueron una serie de monarcas incapaces, irresolutos y soñadores. Varios murieron en el campo de batalla, otros perecieron víctimas de su política o de sus ideas teológicas; sólo algunos acabaron sus días en el triclinio dorado del palacio imperial. Los últimos vástagos de cada dinastía solían ser tonsurados a la fuerza o morían asesinados por un caudillo ambicioso que llegaba de provincias y rejuvenecía con sangre nueva al Imperio en peligro.

Lo que paralizó la vida de Bizancio fueron sus problemas gigantescos, algunos de ellos insolubles. Bizancio se hallaba en la frontera de la cristiandad, y era natural que allí aparecieran siempre nuevas herejías, pues los sectarios tenían empeño en atraer la gente de la capital a sus extravíos. Muchos de los errores que empezaron a ser motivo de una simple controversia local, acabaron por debatirse en Bizancio. De este modo, si cada una de las provincias tuvo sus días de trastorno y su herejía propia, Bizancio, en cambio, sufrió por todas las heterodoxias y desatinos, puesto que todos repercutieron en la capital.

Bizancio también sirvió de baluarte a los pueblos de Europa contra los persistentes ataques de las gentes del Asia. Primero, continuó la perpetua guerra de Roma con los persas, después detuvo a los árabes, ávaros y búlgaros por casi un milenio. Ya el año 668, el 45 de la hégira, una armada árabe llegó delante de las murallas que defienden a Constantinopla por el lado de los estrechos; medio siglo más tarde, el año 717, los mahometanos penetraron en el Bósforo con mil ochocientas naves..., y si esto ocurría por mar, puede imaginarse lo que sucedería por tierra.

En la lucha secular entre Bizancio y el Islam, el Occidente sólo ayudó con las cruzadas, que ocasionaron al Imperio de Cons-

tantinopla más perjuicios que beneficios. Además del egoísmo propio, existía el recelo que despertaba en los latinos la Iglesia oriental, en especial tras la violenta querella sobre el culto de las imágenes. En Constantinopla se había logrado crear una completa iconografía cristiana. Además de la imagen de Jesús sentado en un trono imperial, se veneraron varias imágenes de la Virgen de pie y sentada. Una de ellas, la Odogetria, la Patrona de los carteros, fue introducida y aceptada en Occidente. En tiempo de Carlomagno la encontramos en Aquisgrán y en Venecia, antes que en Roma.

La difusión de la iconografía bizantina se vio perjudicada por la querella que llamamos iconoclasta. Contribuyó a enardecerla la propaganda que hacían los musulmanes contra el culto de reliquias, santos e imágenes. Sería una exageración creer que los emperadores que promulgaron edictos contra el culto de las imágenes lo hacían contaminados por las simples ideas de monoteísmo y misticismo que fueron la fuerza del Islam en sus primeros siglos.

León III, el iniciador de la "reforma", había vivido muchos años en contacto con los musulmanes, aunque sólo fuese para combatirlos. Había nacido en la montaña de Isauria, también en la frontera, y con su rudeza



Moneda del emperador León III, fundador de la dinastía Isaura, que se erigió en portavoz de aquellos bizantinos que, seguramente por influencia islámica, condenaban el culto de las imágenes (Museo Británico, Londres). Con ello empezaba la querella iconoclasta, que repercutiría en Occidente acercando el papa a los reyes francos y emperadores germánicos y rompiendo la dependencia que la Iglesia del sur de Italia tenía respecto de Constantinopla.

Escenas de caza en un manuscrito bizantino del siglo XI (Biblioteca Nacional, París).

LA CRUZADA FUERA DE TIERRA SANTA

El éxito que el llamamiento a la cruzada tuvo durante los siglos XII y XIII estimuló la aplicación de la misma idea en otros ámbitos de acción. Poco a poco, la cruzada fue convirtiéndose en un factor de gran importancia para apoyar determinadas actitudes políticas. Esto falseó su sentido primitivo y contribuyó, a la larga, a su desprestigio, pero tuvo una considerable importancia histórica. Podemos clasificar someramente las aplicaciones de la cruzada fuera de Tierra Santa como sigue:

1) *Lucha contra el Islam en otros espacios geográficos.* Ya algunas cruzadas del siglo XIII se dirigen no contra Jerusalén, sino contra Egipto y Túnez, como las dirigidas por Luis IX de Francia. Desde el siglo XIV, la expansión de los turcos otomanos en Asia Menor y en los Balcanes constituye un peligro grave, y se otorga la consideración de cruzada, con indulgencia para los combatientes y sus colaboradores, a todas las empresas bélicas iniciadas contra ellos, desde la que terminó en el descalabro de Nicópolis (1396) hasta la que llevó a la victoria terrestre ante Viena (1529) y a la naval de Lepanto (1571).

2) *Lucha contra el Islam en España.* Hasta el siglo XI, las relaciones entre España musulmana (Al- Andalus) y España cristiana se habían mantenido en relativa armonía, aunque sin cordialidad, y las luchas tenían el carácter de contiendas internas, sin apoyos ideológicos de gran alcance. A lo largo de aquel siglo, la Reconquista sucede a la situación anterior; se la dota de argumentos históricos, considerándola como recuperación de tierras usurpadas, y religiosos, al equipararla a la cruzada por ser guerra contra los enemigos de la fe. Ambas argumentaciones permanecerán en el futuro, hasta la caída de Granada en 1492; facilitarán la aparición de Órdenes militares en la península y fomentarán un espíritu colectivo y una línea de acción política específicos al ser los reyes españoles brazo armado de la cristiandad en su lucha contra el infiel, hasta el punto de que los pontífices siguieron otorgando habitualmente indulgencias de cruzada en los siglos de la edad moderna, con una finalidad cada vez más mixtificada y como privilegio especial a los súbditos de los reyes españoles.

3) *Lucha o acción cristianizadora de paganos.* Al extenderse la posibilidad de indulgencia de cruzada a este campo, fue posible que el espíritu cruzado se utilizara como argumento, sobre todo en las luchas que la Orden de los Caballeros teutónicos y la de los Portaespadas mantenían en Prusia y Livonia contra los pueblos baltos paganos, e incluso contra países católicos como Polonia. Pero la posterior distinción entre pagano e infiel impedirá que esta vía bastarda de la cruzada prospere más allá del siglo XIV.

4) *Lucha contra los herejes.* La concesión de indulgencias propias de la cruzada para la guerra contra herejes en el seno de la civilización europea no fue frecuente en la Edad Media. Vemos, sin embargo, cómo Inocencio III desencadenó así una cruzada contra el núcleo herético más importante de los siglos XII y XIII, el de los cátaros o albigenses, concentrado muy especialmente en Languedoc, es decir, las regiones meridionales de la actual Francia. La guerra contra los albigenses, entre 1208 y 1229, se convirtió, no obstante, en asunto marcadamente político al aprovecharla los reyes de Francia como medio de sujetar a su soberanía directa aquellas regiones, con perjuicio de su autonomía anterior y de los intereses de otros poderes políticos, entre los que se contaban los condes de Barcelona.

La aparición de las herejías bajomedievales, como el husismo checo a comienzos del siglo XV, y del movimiento protestante en el siglo XVI renovaría el empleo de la cruzada como instrumento de lucha, mientras tuvo vigencia en la mentalidad colectiva de algún sector de la sociedad europea.

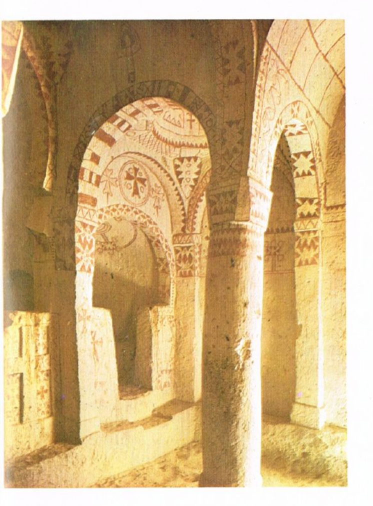
M. A. L. Q.

y simplicidad nativas suponía que ciertos trastornos volcánicos que ocurrieron en el archipiélago por el año 726 eran una manifestación de la cólera divina por el exaltado fervor con que allí se veneraban las imágenes. Por esta época todavía el Imperio bizantino tenía posesiones en Italia, y el papa reconocía aún al emperador como el monarca supremo de la cristiandad y su protector contra los ataques de los longobardos. Pero al promulgarse el edicto de León III en que prohibía el culto de las imágenes, los italianos se rebelaron y el papa buscó otro defensor en el rey de los francos. Un concilio reunido en Roma (731) excomulgó a cuantos se oponían al culto tradicional, lo que demostró claramente que la Iglesia romana se sentía independiente del emperador de Constantinopla.



Tapa de un Evangeliario bizantino del siglo X (Biblioteca degli Intronati, Siena). Junto a la labor del metal repujado, técnica en la que sobresalieron orfebres y artesanos orientales, debe apreciarse en esta tapa la exquisita finura de los esmaltes.

Exterior e interior de una de las iglesias rupestres de Göreme (Capadocia), la de Santa Bárbara, ejecutada en la época iconoclasta. Obsérvese que la decoración interior es meramente geométrica.



En Oriente la prohibición produjo también una impresión desfavorable. San Juan Damasceno expuso a las claras la falsa posición del emperador cuando dijo que "no era incumbencia del poder civil legislar en materias religiosas". Durante el tiempo que vivió León III, la prohibición no fue aplicada rigurosamente; muchas de las iglesias de Constantinopla y el palacio del patriarca conservaron la decoración de sus frescos y mosaicos. Pero el hijo de León III, llamado Constantino V el Sucio, extremó la persecución de las imágenes sin reparar en sus consecuencias. A diferencia de su padre, que era un montañés de escasa cultura, Constantino V tenía pretensiones de teólogo y escribía sermones y libros para probar la aberración del culto de las imagenes de los santos y de la Virgen. Al quedar vacante la silla patriarcal (753), el emperador convocó un concilio en uno de sus palacios del Bósforo, al que concurrieron más de trescientos obispos. Los prelados no aceptaron todas las opiniones del emperador; mantuvieron las doctrinas de la Iglesia respecto a la intercesión de la Virgen y de los santos, pero condenaron el culto de los iconos, "cosa detestable y abominable", que debía ser castigado como una rebeldía contra los mandamientos de la Ley de Dios y la doctrina que había sido sustentada por los Santos Padres.

Desde aquel momento el emperador hizo suya la decisión del concilio de Constanti-



Relicario bizantino en forma de iglesia armenia (tesoro de la basílica de San Marcos, Venecia).

UN SISTEMA DE DEFENSA: LOS TEMAS

Desde su aparición, el Imperio bizantino ve amenazada su existencia por la expansión de pueblos que repetidamente invaden su territorio: germanos, persas, árabes, entre los principales.

En el período crítico, que se extiende desde la muerte de Justiniano hasta el advenimiento de la dinastía isáurica, la organización provincial y local del estado bizantino se remodela, dando paso al llamado "régimen de temas".

Sólo existe administración bizantina regular allí donde hay temas. La progresiva extensión del régimen de temas en los siglos IX y X señala el éxito obtenido por los bizantinos en la reconquista de sus territorios.

Heraclio superpondrá a las antiguas provincias romanas de Asia Menor cuatro temas. Varias provincias forman un tema, palabra que en principio significa tan sólo "compañía de soldados". La máxima autoridad del tema es el estratego o jefe de las tropas acantonadas en él. Todas las autoridades del tema le están subordinadas y sus facultades no cesan de extenderse, en detrimento de los procónsules o gobernadores civiles de las provincias.

Amenazadas las provincias occidentales por las últimas oleadas germánicas, el emperador Mauricio agrupa sus restos en dos exarcados: Ravena y Cartago. Es la creación, sobre todas las circunscripciones administrativas anteriores, de un mando militar único –el exarca–, con poder absoluto sobre todas las autoridades civiles. La administración provincial se militariza para sobrevivir a las invasiones.

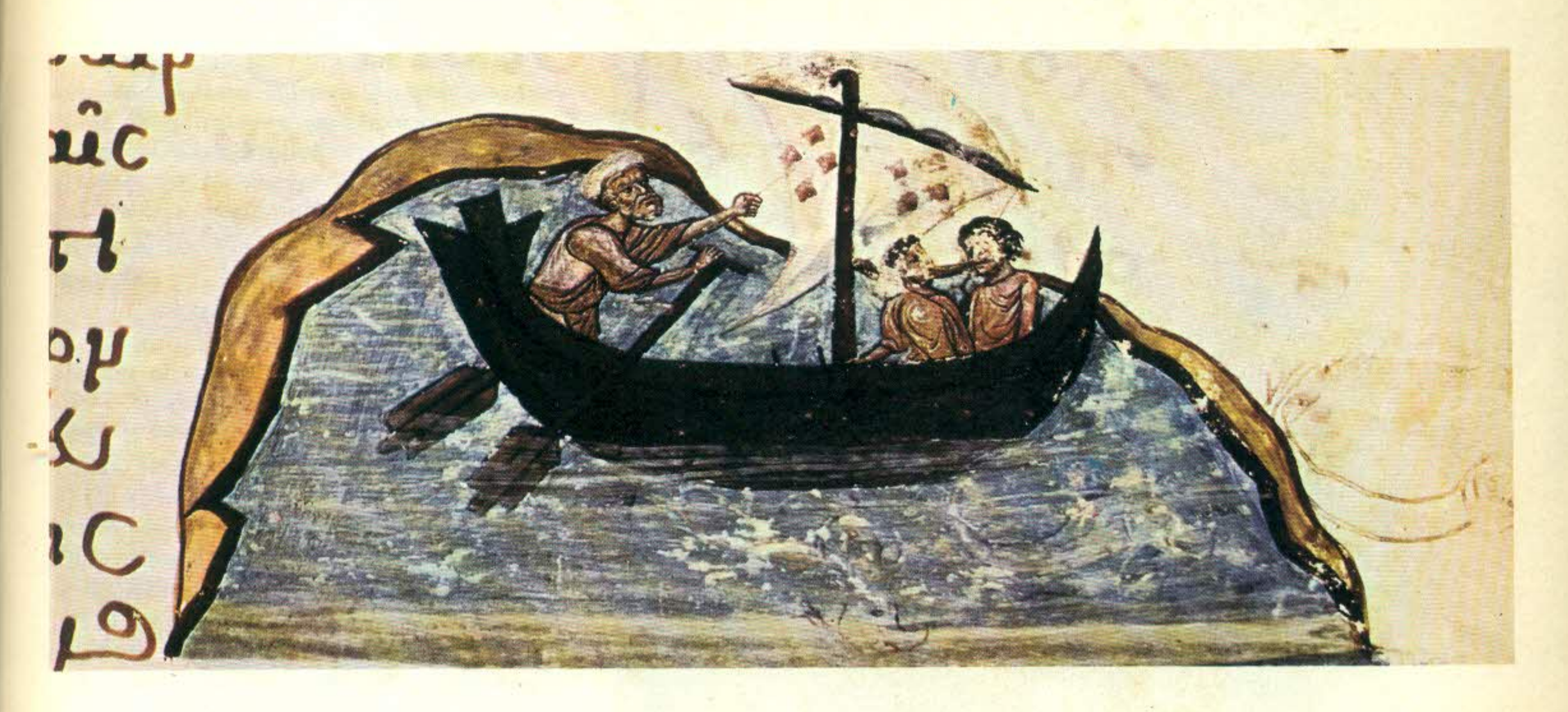
Junto a esta militarización del poder local, idéntica a la de los exarcados, Heraclio introduce en los temas una forma especial de servicio militar: el soldado-campesino. Una parte del territorio de cada tema es declarado propiedad militar, dividido en lotes y distribuido entre los soldados a cambio de una prestación militar permanente. Estos bienes son hereditarios e indivisibles, como hereditario es el compromiso militar que pesa sobre ellos. Son lo suficientemente extensos como para permitir al soldado mantener su familia y costearse su equipo de combate. Están exentos de impuestos.

Con la dinastía isáurica, los temas se subdividen en pequeñas unidades, tanto para dar mayor efectividad a sus contingentes militares como para evitar las competencias peligrosas de estrategos demasiado poderosos. En el siglo X, con la reconquista por Bizancio del Asia Menor y los Balcanes, cristaliza definitivamente el régimen de los temas, que cubren todo el territorio y tienen una extensión uniforme. Desaparecen las antiguas autoridades provinciales.

Heraclio crea una clase interesada en la existencia del Imperio, a la vez que libera al estado de la carga que representa costear un ejército de mercenarios. Frente a la gran propiedad y al esclavismo del Bajo Imperio romano, en el Bizancio medieval predomina la pequeña propiedad libre, de la que el soldado-campesino es el componente privilegiado, pero no único. Acantonado en tierras de nadie, cada soldado es, con su familia, un colonizador. Sus hijos se aprovechan de las ventajosas condiciones que existen en la frontera para roturar nuevas tierras y hacerse un patrimonio propio. Es una tendencia que el estado mismo animará y apoyará.

nopla, para oponerla a la del concilio de Roma, y además creyó tener la obligación de castigar a los que se mostraban recalcitrantes. Algunos sufrieron martirio. Los monjes especialmente continuaron siendo ardientes defensores de las imágenes sagradas, motivo por el cual varios monasterios fueron clausurados e incluso uno fue transformado en arsenal.

El sucesor de Constantino V mantuvo la persecución, pero su reinado fue cortísimo, y a su muerte quedó como regente de un niño de diez años la emperatriz Irene, que procedió devotamente a la restauración de las imágenes. Irene no retrocedió para ello ni aun ante los mayores crímenes; al advertir que su hijo, ya crecido, demostraba visible frialdad hacia las imágenes benditas, le incapacitó para ocupar el trono vaciándole los ojos en la misma cámara donde había nacido. Igual suerte corrieron los parientes de su marido, y ya sin temer competencia, Irene pudo reinar hasta el año 802, en que una conspiración de los iconoclastas elevó al trono una nueva dinastía. Se había concertado el casamiento de Irene con Carlomag-



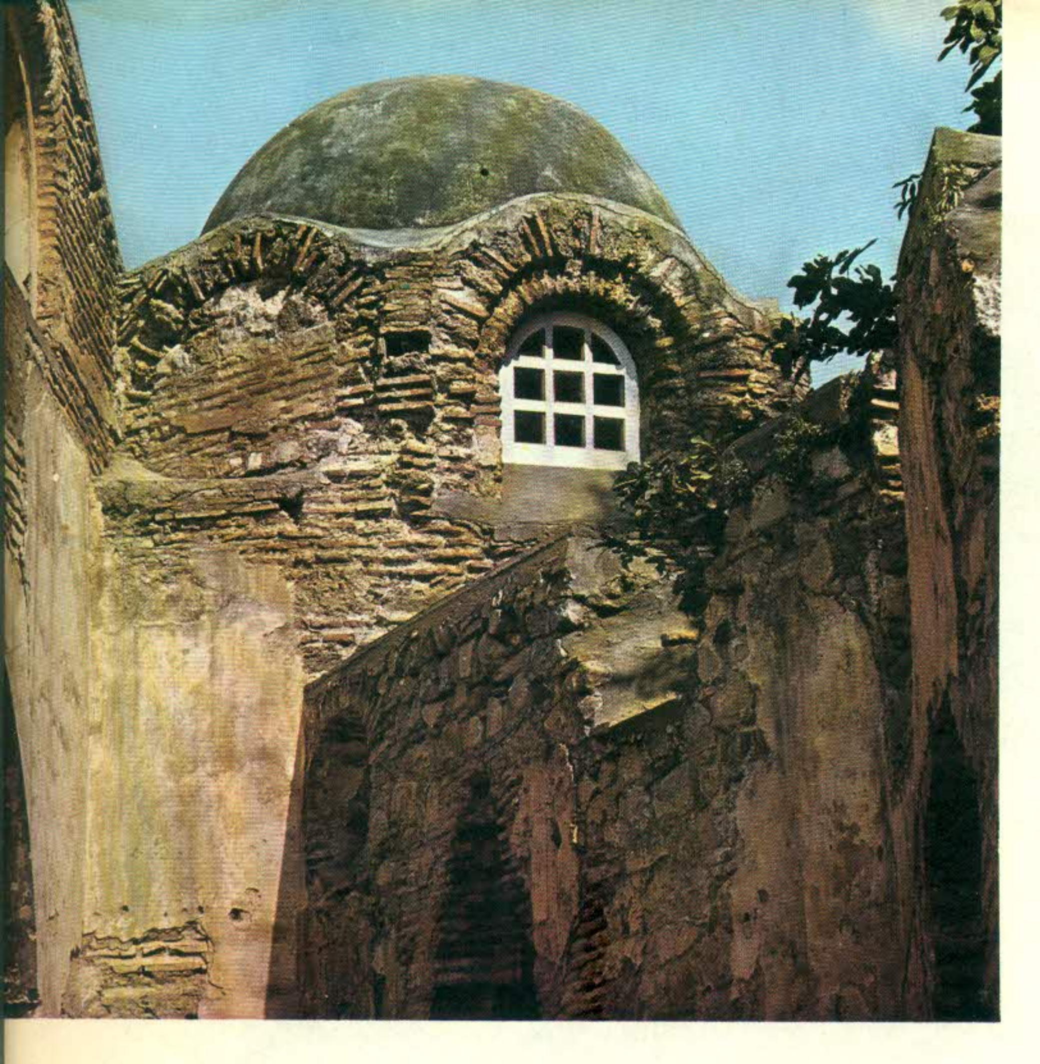
Buque bizantino del siglo XI, según miniatura de un manuscrito conservado en la Biblioteca Nacional de París.

no, quien hubiera terminado la disputa, pero Irene fue depuesta y acabó sus días en el destierro.

La nueva dinastía, entronizada en la persona de Nicéforo I, no satisfizo a ninguno de los dos bandos en que se habían dividido la Iglesia y el pueblo de Bizancio; así es que, pocos años después, el 813, un general del ejército de Anatolia, de origen armenio, entró en Constantinopla "para velar por la seguridad del estado y defender el Imperio cristiano". León V el Armenio creía sinceramente que los cristianos eran vencidos, en sus guerras con los paganos, "porque se habían prosternado delante de las imágenes". Consecuente con esta idea, hizo desempolvar del archivo las decisiones del concilio de Constantinopla del 753 para aplicarlas con todo rigor. Los monjes protestaron otra vez, usando los mismos argumentos de medio siglo antes: "Las



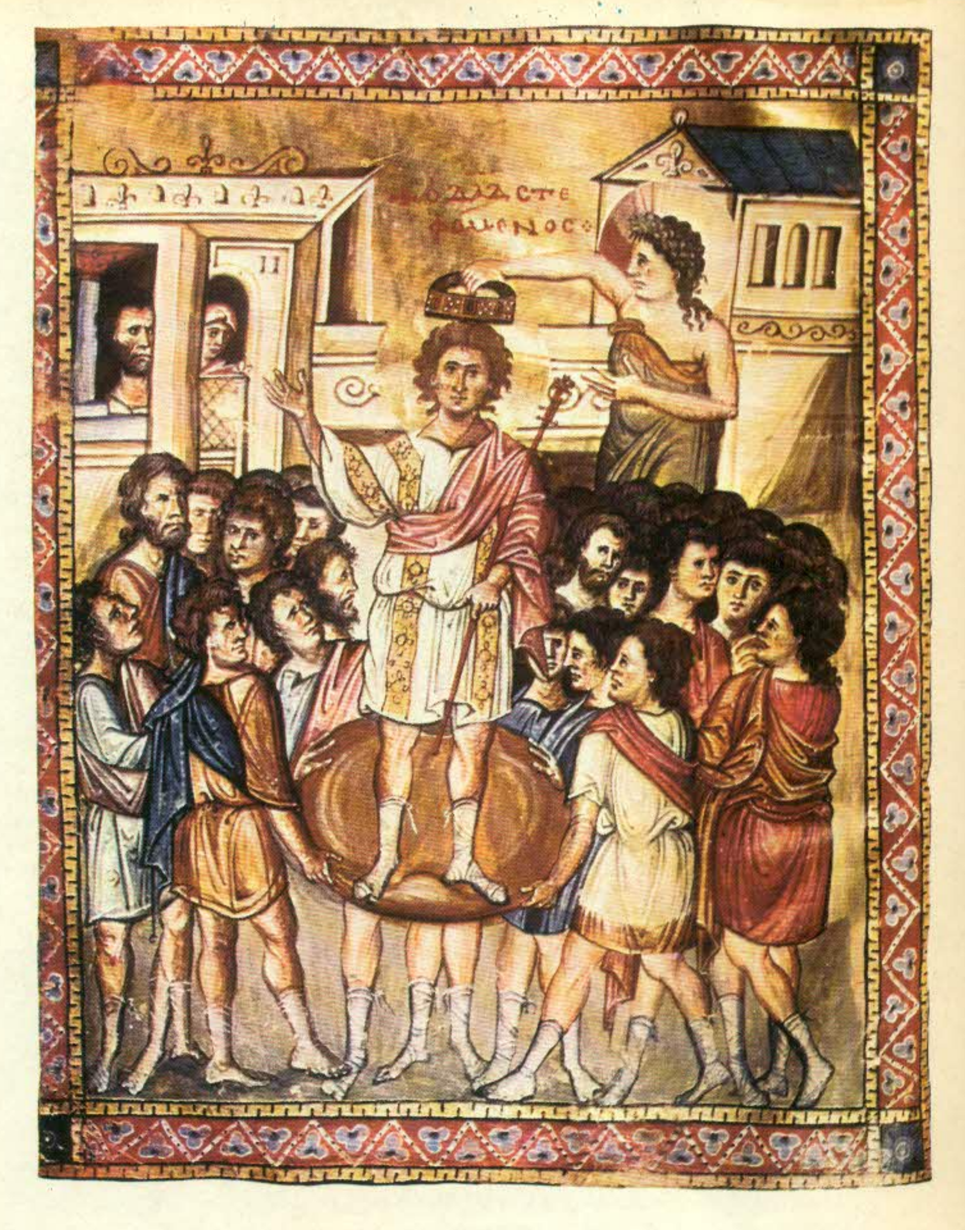
Constantino VI preside el VII Concilio Ecuménico, celebrado en Nicea (miniatura del presbítero Anirio; Biblioteca Vaticana). Nieto de Constantino V, era menor de edad a la muerte de su padre, por lo cual ejerció la regencia la emperatriz Irene, decidida defensora de los iconos, quien luchó contra su propio hijo y lo mandó cegar para alzarse con el mando absoluto en el Imperio. Al fin, un general, Nicéforo, ocupó Constantinopla, se hizo emperador y desterró a Irene a la isla de Lesbos.



cosas eclesiásticas son ajenas a la administración secular... El apóstol San Pablo habla de profetas, evangelistas y otras dignidades de la Iglesia, pero no menciona al emperador". León V contestó recordando las palabras de Jesús, que hay que adorar en espíritu y en verdad..., pero también fue víctima de su "celo". El día de Navidad del año 820, mientras el emperador estaba cantando himnos, mezclado entre los coristas de la capilla imperial, sus enemigos le derribaron sin vida, de un solo golpe, al pie del altar.

Uno de los conjurados, Miguel el Tartamudo, ocupó el trono, tratando de contentar a todo el mundo con una gran tolerancia. A pesar de su "liberalismo", hizo públicas manifestaciones de no querer rendir culto a las imágenes; sus convicciones debían de ser muy arraigadas, pues escribió a Luis el Piadoso para que intercediera ante el papa a fin de conseguir que éste le ayudara, desde Occidente, a combatir el culto de las imágenes. El emperador bizantino sabía que la querella había repercutido en la Iglesia latina y que algunos obispos italianos y españoles, acaso también por la proximidad del Islam, se habían manifestado iconoclastas. Pero no puede decirse que esta herejía, o disputa, hiciera peligrar la unidad de la Iglesia roma-

Dos vistas de la iglesia de la Hagia Sofía de Nicea, donde se celebró el Concilio ecuménico VII (787), que condenó la iconoclastia como herejía. Pero su importancia fue aún mayor al proporcionar a los partidarios de los iconos una arma que facilitó sus posteriores luchas contra los iconoclastas.



Miguel I Rangabé coronado por el patriarca Nicéforo y ambos elevados sobre el pavés, rodeados de senadores y soldados (Biblioteca Nacional, París). Este emperador ocupó el trono bizantino tras las muertes de Nicéforo I (811-813) y su hijo Staurakios. Fue partidario del culto de las imágenes.

na; el Occidente había recibido de Roma el sentido corpóreo de las cosas divinas, mientras que el Oriente, más filosófico, creía suficientes las puras ideas. Por esto la querella de las imágenes, mientras en el occidente latino fue una pasajera nube de verano, en Constantinopla duró más de un siglo.

El hijo de Miguel el Tartamudo, llamado Teófilo, fue también iconoclasta, pero a su muerte, al quedar de regente la emperatriz Teodora, se restableció la ortodoxia, y las imágenes más veneradas fueron llevadas en procesión desde la iglesia de las Blaquernas hasta Santa Sofía. Era el primer domingo de cuaresma (843); por la noche la emperatriz dio un banquete, y en la mesa ocuparon lugar preferente los que habían luchado en favor de las imágenes.

Pese a esta "retractación", el Occidente y



Arado del campo mediante bueyes, según una miniatura bizantina del siglo XI (Biblioteca Nacional, París).

LA ICONOCLASTIA, ¿HEREJIA O PARTIDO?

En los tiempos de León III Isáurico no resultaba posible lograr una total delimitación de los elementos religiosos y políticos que componían el desarrollo vital de la sociedad bizantina, al menos en el sentido que en los tiempos modernos han venido a distinguirse las ciencias sociales y políticas de las diversas interpretaciones religiosas de la historia.

Todavía no hacía demasiados siglos que el cristianismo había luchado por conservar su original novedad respecto de las demás religiones existentes, pero sin poder evitar la representación del secular papel que a la religión le correspondía en el mundo grecorromano. De Constantino y Teodosio a León III, en alianza con Carlomagno, junto a la nueva situación aparecida con el Islam, nacido con la total unión de religión y política, el cristianismo, que logró salvar al menos su independencia jerárquica frente a las pretensiones del emperador, conoció multitud de secesiones religiosas, que inevitablemente habían de moverse en la ambivalente dualidad de los dos principios de autoridad. Los iconoclastas son un buen ejemplo exponente de aquellas complejas situaciones, ejemplo de lo política que fue a veces la religión, hasta el punto de que los elementos religiosos implicados en la cuestión poseyesen escaso valor.

En ocasiones, la cuestión de la iconoclastia se expone con demasiados prejuicios modernos, provenientes de posteriores conflictos religiosos, como puede ser la Reforma protestante y la contrarreforma romano-tridentina, cuando, sin embargo, la situación coyuntural de uno y otro momentos históricos son harto distantes y diferentes. Por ello el pleito de las imágenes resulta a veces presentado con excesiva unilateralidad desde el punto de vista de los conflictos religiosos o precismáticos. Es innegable que los iconoclastas formaban, al menos en principio, un grupo religioso capaz de merecer la condenación eclesiástica, pero ya no resulta tan fácil la afirmación aplicada a León III cuando sus imperativos político-sociales le llevaron a tomar partido a favor de los iconoclastas en la difícil coyuntura política debida a que una armada árabe atravesó los Dardanelos para asediar a Constantinopla. De modo que lo que inicialmente comenzó siendo una postura religiosa, al ser considerada en su propio contexto sociopolítico pueda entenderse como una poderosa fuerza política o, en otro contexto, como una definitiva transformación en la evolución del arte bizantino.

Para comprender el fenómeno iconoclasta hay que reconocer que el cristianismo desde sus orígenes había sido reacio a reducir lo numinoso a una representación plástica. El peligro y horror de caer en cualquier manifestación idolátrica o pagana los apartó del uso de las imágenes. Además, centrando el cristianismo a la región del Asia Menor ("...impregnado de ideas iconoclastas...", E. J. Martin) y teniendo en cuenta el foco que era de querellas y controversias religiosas, la representación iconográfica podría servir de punto de apoyo a un Nestorio que exaltaba lo humano de Jesucristo o, en un intento de síntesis humano-divina, de Eutiques. Desde el punto de vista proselitista, tampoco convenía desarrollar el culto a las imágenes frente a un conjunto de judíos, paulicianos y maniqueos, a quienes combatir e intentar convertir. Incluso, política y religiosamente, la relación con los musulmanes pudo tener una marcada influencia: lo mismo que su concepción religiosa del *djihad* pudo influir en la concepción militante del cristianismo, así también pudieron infiltrarse ideas que atribuyesen las rápidas victorias de los musulmanes a la ausencia de imágenes en su religión. Esta compleja visión bien pudo influir en algunas mentes del tiempo, para abstenerse del uso de imágenes. Al fin y al cabo, sólo desde el siglo V empezaron a verse representaciones iconográficas de Jesucristo.



A partir de entonces es necesario valorar precisamente el papel representado por los monjes en Oriente y por el centro de atracción que representaban sus monasterios a muy diversos niveles. En Oriente, aunque los monjes no llegaron a suponer el importante papel de los monjes occidentales como vehículos de cultura clásica, ya que allí no hubo ruptura en el proceso de su tradición, sin embargo tenían enorme influencia sobre el pueblo. Surgidos del favor imperial, exentos de impuestos en sus grandes propiedades, eran además foco de peregrinación para la fe popular, a veces rayana en la superstición, que acudía a venerar alguna imagen o reliquia famosa por sus milagros.

En el difícil momento en que subió al poder, León III, impuesto por las tropas como emperador, lo que más necesitaba era reforzar el ejército tras el período de anarquía militar en el que los árabes asediaron el Imperio y arrebataron nuevas provincias al Asia Menor. Pero mantener un ejército y unos mercenarios dispuestos a defender los intereses del Imperio era algo nada fácil y muy costoso después de los esfuerzos habidos en siglos anteriores. Además, consciente de la preponderancia moral que suponían los monjes en el pueblo, necesitaba apoyo político para hacer más efectiva su fuerza militar. Y ambas cosas las encontró en uno de los grupos religiosos más poderosos en su país de origen: los iconoclastas.

Naturalmente, la mejor manera de desconectar al pueblo del influjo de los monjes y evitar un peligro que podía impedir sus realizaciones políticas era eliminar para el monacato su más poderoso y efectivo medio de propaganda. Además, de esta manera León III se oponía igualmente contra las estructuras eclesiásticas, que con su inmunidad tributaria y la detracción de contingentes humanos para el ejército y demás aparato estatal, dada la atracción que suponía la vida monástica, constituían el mayor impedimento para la instauración de un poder militarista totalmente centralizado para hacer frente a los musulmanes.

Los iconoclastas triunfaron. La ruptura con Roma y Occidente —el cual se iba a unificar bajo Carlomagno— se hizo inevitable. Para muchos, por otro lado, con el triunfo iconoclasta la religión se purificaba de tendencias politeístas e idolátricas. Su victoria suponía un golpe contra la Iglesia y el clero institucionalizado. Desde antiguo no habían faltado corrientes que acusaban a la Iglesia "romanizada" de adoptar un culto ritualizado y una institucionalización de influencia "pagana", que no se ajustaba a los ideales primitivos evangélicos. Así la lucha contra las imágenes supuso un símbolo de unión de las diversas tendencias heterodoxas según la ortodo-

xia romano-bizantina. Círculos reformistas, de tono distinguido e ilustrado, defendieron la causa de León III. Y, aunque parezca paradójico, rompió con Roma, pero venció al Islam, retrasando sus impulsos conquistadores, que permitieron a Oriente y Occidente aprestarse para poder enfrentarse a él.

La cuestión religiosa quedó envuelta en una perspectiva política de mayor envergadura y trascendencia histórica. No en vano algunos historiadores destacan a León III, dedicándole sublimes elogios. Junto a su intervención, eficaz políticamente, definitiva para la cultura europea, resulta sorprendente la actitud interesada de una Iglesia bizantina, de una Iglesia romana, que, para colmo, se habían de separar cismáticamente, cuando a unos y otros les interesaba defender su fe contra el Islam. Pero, como repetidas veces ocurrirá posteriormente, la embriaguez de ansias universalistas impidió ver la realidad de los concretos hechos políticos, cuyo lenguaje no puede dejar de oírse e imponerse en la única verdad de la Historia.

Para concluir y como ejemplo del equilibrio frente a los conflictos políticos religiosos, pueden leerse las formulaciones del concilio de Nicea (787), en defensa de las imágenes:

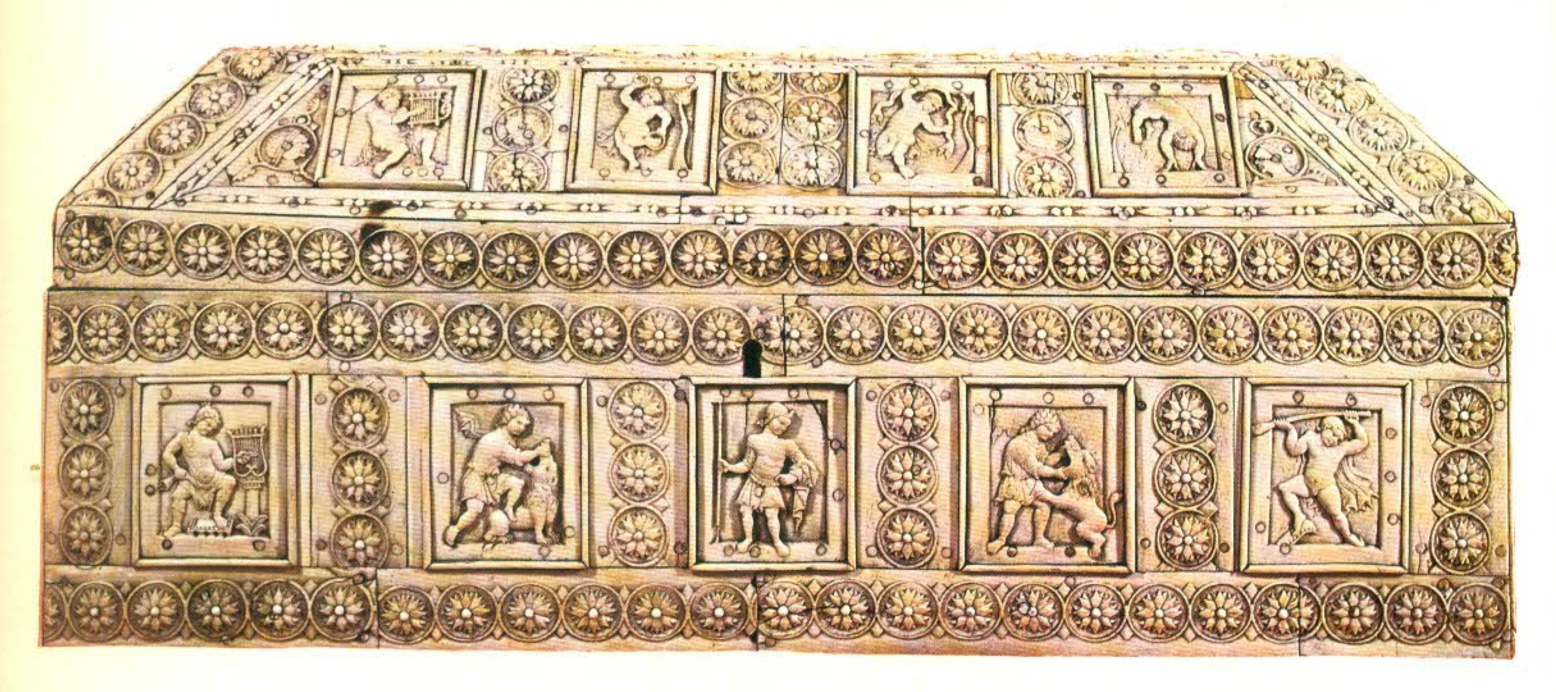
"Por tanto, siguiendo la senda real y las tradiciones inspiradas por Dios a la Iglesia católica..., definimos con toda certidumbre y cuidado que, como la imagen de la preciosa y vivificante Cruz, también las imágenes venerables y sagradas, tanto representadas por medio de la pintura como en mosaico y otros materiales, deben estar expuestas en las santas iglesias de Dios, en los cálices sagrados, en las vestimentas, en los tapices y en las pinturas, tanto en las casas como en las calles, o sea, la imagen de Nuestro Dios y Salvador, Jesucristo, de nuestra Inmaculada Virgen, la Theotokos, de los honorables ángeles, de todos los santos y de toda la gente piadosa. Porque cuanto más a menudo la gente las ve representadas artísticamente, tanto más fácilmente los hombres se elevan a la memoria de sus prototipos y los anhelan más; y todas ellas deberán ser objeto de un saludo y honorable reverencia, no, claro está, del culto verdadero de fe que sólo la Divina Naturaleza puede recibir; a éstas... sólo se pueden ofrecer incienso y velas, porque el honor que se rinde a la imagen se transmite a quien representa la imagen, y el que reverencia la imagen, reverencia en ella al sujeto representado".

el papa continuaron mirando con recelo a la Iglesia de Constantinopla; ésta tenía problemas, querellas y disputas que no podían causar sino perjuicios al resto de la cristiandad; pretendía, además, ser *autocéfala*, y, por fin, en el punto concreto de la procedencia del Espíritu Santo, del Padre y del Hijo, tenía su fórmula teológica, distinta de la de los latinos. Por espacio de casi dos siglos la Iglesia de Constantinopla se mantuvo oficialmente dentro de la legalidad y procuró conservarse fiel a la Iglesia romana. Legados y embajadas trataron de cambiar la situación, convirtiendo las relaciones, de puramente oficiales, en cordiales de verdad. Por fin, el 15 de julio de 1054 la ruptura se hizo completa: los legados del papa depositaron una bula de excomunión sobre el altar mayor de Santa Sofía y abandonaron Constantinopla. Desde aquel día, la Iglesia griega ha vivido aparte de la latina, y las iglesias de Sicilia y de la Italia meridional, que antes dependían de Constantinopla, se hicieron sufragáneas de la romana.

Pero lo que Constantinopla perdió en Occidente, lo ganó de sobra, en su expansión por el Norte, con la conversión de los eslavos. Éstos eran los descendientes de los antiguos sármatas, que iban abandonando su vida nómada, estableciéndose en ciudades y formando naciones. Los llamados eslavones, o eslavos del Sur, habíanse instalado en las tierras a lo largo del Adriático que habían sido las antiguas provincias romanas de la



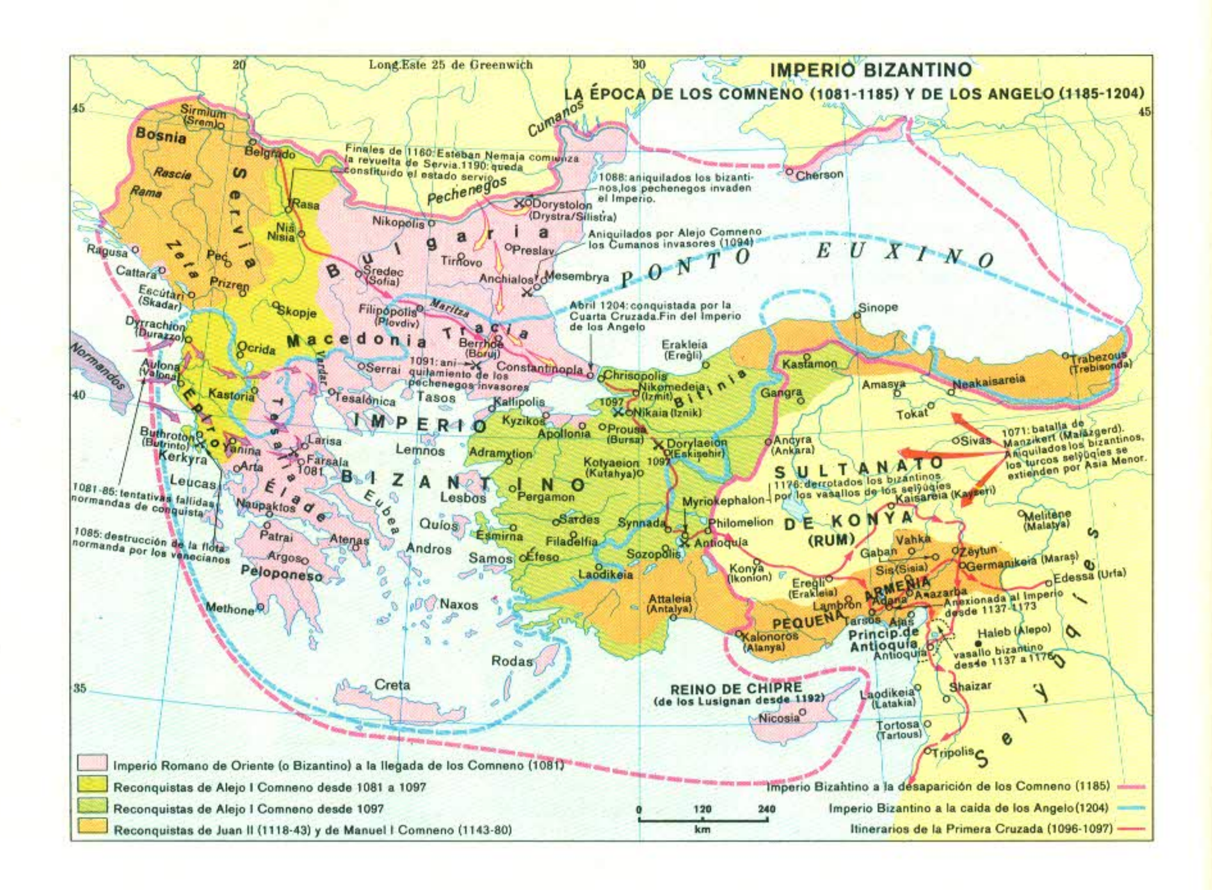
Proclamación de León V el Armenio como emperador (miniatura del manuscrito de Juan Skilitzes; Biblioteca Nacional, Madrid). El sucesor del emperador Miguel I tuvo que hacer frente a potentes ataques de los búlgaros.



Cofrecillo bizantino de marfil del siglo X o principios del XI (Museo Nacional, Florencia). Este tipo de cofrecillos es notable por las representaciones paganas que lo decoran.

Panonia y la Iliria. Su núcleo principal eran los búlgaros, tenaces guerreros que algunas veces llegaron a hostilizar los suburbios de Bizancio. Estos eslavos del Sur fueron convertidos, a últimos del siglo IX, por los dos santos hermanos Cirilo y Metodio. Aunque de familia griega, habían nacido en Salónica, donde había muchos eslavones, y pudieron aprender desde la cuna el lenguaje de las gentes que más tarde convirtieron al cristianismo. De otro modo, casi no se explicaría su genial capacidad para interpretar los sonidos extraños de las lenguas eslavas, que exigieron hasta la invención de algunas letras nuevas. Cirilo y Metodio se educaron en Constantinopla, se hicieron monjes en Asia Menor y fueron hasta Bagdad, para discutir con los sufíes el misterio de la Trinidad. Después visitaron el sur de Rusia, donde descubrieron los restos de San Clemente y los llevaron a Roma.

Allí el papa les animó, aprobando y



bendiciendo las traducciones que habían empezado a hacer en lengua eslava de los Evangelios y las epístolas de San Pablo; más tarde tradujeron también los Salmos y el Libro de los Macabeos. El dialecto por ellos usado fue el de los eslavos de Macedonia y Bulgaria, llamado esloveno, que ha quedado como el lenguaje sagrado de toda la Rusia. El uso de la lengua eslava en la liturgia ocasionó muchas preocupaciones a estos grandes apóstoles, y más tarde fue una de las causas de la separación de las iglesias eslavas de la Iglesia de Roma, pues aunque Cirilo y Metodio partieron para su misión final enviados por el papa, en realidad eran monjes bizantinos y, al traducir las fórmulas de la liturgia, casi inconscientemente caerían en las singularidades de la Iglesia griega. Esto fue hábilmente explotado, y pese a la aprobación del papa sobre el uso litúrgico del eslavo, Metodio, que sobrevivió a su hermano, experimentó por este hecho grandes dificultades. El resultado es que hoy sólo algunos eslavos de Bohemia y Croacia son católicos; todos los demás han seguido los destinos, nada envidiables, de la Iglesia griega de Constantinopla.

Mientras tanto, los eslavos del sur de Rusia y de Ucrania iban también estableciéndose en ciudades. Les estimulaba a organizarse la presencia de colonias de varegos, o escandinavos, a lo largo de la ruta de las caravanas que regularmente iban del Báltico al mar Negro y hasta a Constantinopla. Los varegos, al principio, iban en compañías armadas,

Iglesia de San Juan Bautista del monasterio de Studion, en Constantinopla. Teodoro, abad de este monasterio, opuso una tenaz resistencia a la política iconoclasta de León V.





El emperador Miguel II y el patriarca Nicéforo (miniatura de la crónica de Skilitzes; Biblioteca Nacional, Madrid). Su actuación en la querella iconoclasta parece haber sido más de contemporización, de eclecticismo entre ambos bandos, aunque acaso íntimamente fuese contrario al culto de las imágenes.

para protegerse de los ataques de los nómadas de la estepa; eran, en realidad, grupos de guerreros *vikingos,* que buscaban la doble ganancia del pillaje y del comercio. Llevaban a Constantinopla pieles y ámbar, y además esclavos que habían hecho por el camino; regresaban con tejidos, joyas y monedas. Poco a poco los varegos establecieron a lo largo de la ruta sus colonias. Así parece que se formaron los primeros centros de población del sur de Rusia; lo positivo es que encontramos ya las dos grandes ciudades de Novgorod y Kiev, a mediados del siglo IX, con príncipes que envían embajadas y cobran sus tributos.

El primer príncipe ruso que mencionan las historias es el famoso Oleg, de Kiev, que se atrevió ya a emprender una expedición militar contra Constantinopla; ésta acabó con

Escenas de la vida campestre que decoran un manuscrito de las "Homilías" de San Gregorio Nacianceno (Biblioteca Nacional, París).

Pena de flagelación impuesta a un religioso en el reinado de Miguel II (miniatura de la crónica de Skilitzes; Biblioteca Nacional, Madrid). Una prueba de la posición de Miguel II sobre el problema de los iconos fue que, cuando un enviado del papa le entregó una misiva en que éste le pedía que restableciera el culto de las imágenes, el emperador ordenó flagelar al emisario y que después fuera encerrado en una cueva.

un tratado por el que los bizantinos se comprometieron a pagar un tributo o pensión a Oleg para que permaneciese tranquilo. Empero, los plenipotenciarios que firman el documento, el año 911, en nombre de Oleg, son varegos o, por lo menos, llevan todavía nombres escandinavos.

En realidad, la historia rusa empieza con Igor, sucesor de Oleg en Kiev, quien pronto reanudó los ataques a los bizantinos. El año 914, aprovechándose de que la flota de Bizancio estaba empleada contra los sarracenos, Igor y sus eslavos desembarcaron en Bitinia, del Asia Menor, y llegaron hasta el Bósforo. A la muerte de Igor, gobernó por algún tiempo los estados del príncipe de Kiev su viuda Olga, que era ya cristiana. Debió de ser bautizada por un misionero cuyo nombre nadie nos ha conservado, pero consta que hizo un viaje a Constantinopla en el año 957. El hijo de Olga e Igor tenía carácter aventurero, era animoso, y pensaba lle-



El emperador Teófilo (miniatura de la crónica de Skilitzes; Biblioteca Nacional, Madrid). El sucesor de Miguel II fue el último iconoclasta. A su muerte, gobernó su esposa Teodora, que restauró definitivamente el culto de las imágenes.

LA CUARTA CRUZADA: CRISTIANOS CONTRA CRISTIANOS

Uno de los resultados de las tres primeras cruzadas, en su complejo proceso y desarrollo, fue la clarificación de las actitudes e intereses más diversos de quienes habían decidido colaborar en dicha empresa. Aquellos primeros fanatismos religiosos, aquellas primeras movilizaciones multitudinarias creadas por la fe, muy pronto se vieron modificadas o alteradas por nuevas orientaciones que imponía el desarrollo de los hechos. La realidad de una Europa en expansión no podía dejar de ser notoria. Es cierto que, ineludiblemente, la fe religiosa, las creencias del pueblo tampoco estaban ausentes, pues esa Europa se había levantado sobre un imperio desaparecido en realidad, pero añorado en espíritu, a hombros del papado, siendo además el peligro supuesto por otra religión lo que exigió aunar las más diversas fuerzas e intereses. Pero indudablemente también el peligro musulmán era un peligro no más religioso que económico y político.

De esta manera puede comprobarse como en el transcurso de cada cruzada se hacía más importante el papel representado por los elementos comerciales genoveses, pisanos o venecianos. Lo mismo que militarmente los francos, sobre todo con la tercera cruzada, se llegaron a imponer de manera decisiva. Aunque respecto de la sede de Jerusalén hubieron de dejarla para Saladino, según la paz de compromiso que hubieron de adoptar, los francos tuvieron la costa palestina, incluido el puerto de Jerusalén, Jaffa y, además, la posibilidad de ir en peregrinación a visitar el Santo Sepulcro. He aquí cómo los diversos intereses encontraban fórmulas para su recíproca tolerancia. Una muestra más de cómo las pretensiones religiosas se iban adaptando a la realidad de los hechos económico-militares.

Durante la tercera cruzada fue difícil la situación de la corona real de Jerusalén. En la disputa por ella entre el ex rey Guido de Lusignan, apoyado por Ricardo Corazón de León, y Conrado de Monferrato, señor de Tiro, que contaba con el apoyo de Felipe Augusto, salió ganando este último, ya que los barones palestinos no perdonaban a Guido de Lusignan el desastre de Hattin y, además, estaba casado con la última heredera de la dinastía de Jerusalén. Muerto por asesinato, le sucedió Enrique II de Champagne, cruzado francés puesto también por los barones palestinos. A su muerte, los barones decidieron dar la corona al rey de Chipre, Amaury de Lusignan, hermano del despreciado Guido de Lusignan y verdadero fundador del estado insular de Chipre. De esta manera se unieron las dos coronas, dedicándose más a la búsqueda de una tregua o alianza con los musulmanes, en concreto con Malik al- Adil, hermano y principal sucesor de Saladino.

Pero en Occidente no se abandonaba la idea de reconquistar totalmente Jerusalén. Nueva señal de cómo cada vez se veían más diferentemente las cosas desde Occidente que desde el diario esfuerzo e interés de los cruzados establecidos en la Siria franca.

De nuevo los hechos y circunstancias de carácter no precisamente religioso vinieron a imponerse sobre las primeras intenciones del papado, hasta el punto de que una cruzada que había de ser guerra santa de carácter totalmente antimusulmán vino a convertirse en un ataque dirigido contra un estado cristiano, el Imperio bizantino. Esta cuarta expedición de cruzados no debería llamarse "cruzada", pues, en todo caso, se unen elementos contradictorios al tratarse de una "cruzada contra cristianos". Pues, ciertamente, los bizantinos eran cismáticos, pero cristianos. Y aunque este conflicto no haya de ser valorado con presupuestos de tipo ecuménico moderno, resulta inexplicable que los cristianos de Europa, que como tales iniciaban una expedición a Tierra Santa, acometiesen a los bizantinos cismáticos, cuando su jefe espiritual, Inocencio III, los había movilizado para ir contra los musulmanes, "infieles" para el católico-romano.

En realidad, este cambio de orientación operado en la cuarta cruzada no resulta tan extraño si, a diferencia de la visión determinada que se tenía de Bizancio en Europa —no siempre coincidente entre los diversos magnates europeos—, se tiene en cuenta que los francos ya desde su primera llegada a Asia sintieron la competencia con los bizantinos, y su recíproca animosidad creció de cruzada en cruzada. Animosidad que los cruzados pudieron ir revistiendo de sentido religioso contra los bizantinos cismáticos..., pero que, tal vez, en la realidad no distaría mucho de los particularistas intereses venecianos. Al fin y al cabo, no era extraña en Europa la idea de conquistar Bizancio. De hecho, desde el principio de las cruzadas se pudieron observar signos de esa voluntad conquistadora. Los soldados de Godofredo de Bouillon, realizando serias escaramuzas ante los muros de Constantinopla (1097); Bohemundo I, asediando Durazzo, el principal puerto griego del Adriático, porque como príncipe de Antioquía encontró oposición de parte de los bizantinos (1107); reyes de Sicilia como el normando Roger II o Guillermo II, enviando tropas al pillaje, etc., pueden ser ejemplos de viejos deseos conquistadores sobre Constantinopla. Finalmente, caben ser destacados los emperadores Conrado III y Federico Barbarroja, quienes no abandonaban la idea de asaltar Constantinopla. Y en Enrique IV, sucesor de Federico Barbarroja y, además, de los reyes normandos de Sicilia, sucedido por su hermano Felipe de Suabia, pueden encontrarse los inspiradores de la nueva orientación dada a la cuarta cruzada. Así, respaldada en una cruzada, la tradicional tentación de Occidente por imponerse sobre Bizancio vino a hacerse realidad.

Y apareció en la escena histórica el Imperio latino de Constantinopla. Mientras Europa iba consolidando su evolución propia y diferenciada del duradero Imperio bizantino, los europeos se hicieron dueños de ese permanente reducto de cultura grecorromana que era el Imperio bizantino, pese a los esfuerzos en sentido contrario realizados por Inocencio III. Esto, que puede significar una excusa para el papado y una justificación para el sentido general de las cruzadas, al resaltar el sentido netamente religioso de rescatar Jerusalén y el Santo Sepulcro, en manos de infieles musulmanes, puede representar también que a Inocencio III y sus aspiraciones teocráticas, en cuanto representante de la institución del papado, se le iba imponiendo más la realidad política de una Europa que se iba configurando según esquemas totalmente nuevos, no precisamente fundados en la tradición política que hasta entonces representaba el papado: como antes había ocurrido con Gregorio VII y luego ocurriría con Bonifacio VIII. Tres papas exponentes típicos de las aspiraciones teocráticas y universalistas del papado, quienes, aunque no perdieron, al menos en apariencia, su elevado prestigio y poderío moral, sin duda, debido a la ausencia de fuertes unidades nacionales, tampoco pudieron ver sucumbir el poder secular en sus aspiraciones por obra y gracia del Imperio. Con más seguridad los reinos nacionales serían los que empezarían a prescindir del papado, al tiempo que sabían utilizar el papel político de la Iglesia.

El Imperio latino de Constantinopla no representaba, sin embargo, esas particulares voluntades imperialistas, aunque representó realmente una conquista; pero realizada en un contexto político-religioso y en una compleja situación internacional, que harían de lo más efímera su existencia imperial. Sin embargo, resistió lo suficiente como para testimoniar que las instituciones políticas existentes eran débiles, que los ideales imperiales de un papado, de una Italia impotente o de Alemania eran irrealizables y que, por el contrario, el imperialismo económico de las repúblicas marítimas, los venecianos en ese momento, se impondría con una eficacia y consistencia mayores.

En su resplandor pasajero, el Imperio latino de Constantinopla lo debe todo a Enrique de Hainaut, el único personaje verdaderamente superior que poseyó el Imperio. Hasta entonces los latinos habían tratado de asegurar sus dominios, bajo el gobierno del conde de Flandes Balduino IX, emperador Balduino I, participando de una situación favorable, sobre todo tras batir a Teodoro Lascaris en Poimanenon

y después en Adramyti (1205), pero la situación se les convirtió en desfavorable al enfrentarse al zar búlgaro Johannitza, quien había soñado relacionarse con el mundo latino (es notorio que se hiciera coronar por un legado del papa Inocencio III, en 1204). Sin embargo, las relaciones con Balduino I no fueron conciliadoras, y los búlgaros infligieron a los francos una completa derrota en Adrianópolis. Balduino I murió en el cautiverio.

Mientras reinó Enrique de Hainaut, el Imperio latino logró un cierto equilibrio, incluso atraerse a los eclesiásticos griegos que se oponían a la jerarquía eclesiástica romana. Pero, a partir de su muerte (1216), la declinación del Imperio fue rápida. Pedro de Courtenay, Roberto de Courtenay, Balduino II, no pudieron enfrentar la fuerte coalición de los griegos de Nicea con los búlgaros. Así cayó el Imperio latino. Los griegos reconquistaron Constantinopla. Primera reconquista, a la que seguirán poco a poco todas las demás colonias europeas a manos de musulmanes, griegos y turcos. "Nunca una colonización fue tan completamente barrida."

La carencia de efectivos personales, la "oligantropía" existente desde la primera cruzada, la falta de una superioridad cultural, la ausencia de algo viable como sustitución de la secular unidad bizantina, condenó desde el principio los afanes imperialistas de los europeos. Sin embargo, algo se consiguió por encima de los intereses y esfuerzos particulares, más o menos animados religiosamente. La fe escasamente logró una precaria y provisional conquista del Santo Sepulcro, la expansión europea se vio privada de algunos millones de hombres en su ya escasa población (apenas cincuenta millones de habitantes), pero, al menos, se fijó el espacio occidental en sus márgenes meridionales, las más importantes fronteras de Europa hasta los grandes descubrimientos marítimos de los siglos XV y XVI, y Europa poseyó definitivamente el Mediterráneo, su gran fuente de riquezas.

Lo peor, por el contrario, fue lo mal aprendida que resultó la lección por el espíritu europeo, que no perdió la idea de cruzada. Los siglos XV y XVI, los "solitarios de la cruzada" del siglo XVII, el XIX y el XX... presentan todavía ejemplos vivísimos de aquella mística obsesiva, que se sirve de una religión en su mal entendido e interpretado proceso humano e histórico, cuando, sin embargo, ella nació con las máximas garantías de historicidad en la persona viviente de un Dios hecho hombre, totalmente abierto a los horizontes escatológicos de la humanidad, despreciando los intereses mezquinos y particularistas de obstinados espíritus que no saben seguir el irreversible progreso de la historia humana.

J. M.ª P.

var su capital más al Sur, lo que hubiera sido un desastre para el futuro estado ruso. Se dice que, por temor de las burlas de sus compañeros, los varegos de la escolta real, se mantuvo pagano. En cambio, su hijo, nieto de Olga e Igor, es el santo Vladimiro, que, al convertirse, hizo bautizar a la fuerza a todos sus súbditos. Al principio, era Vladimiro rabioso pagano; también su superstición era la de los varegos, o escandinavos, que componían su guardia. Levantó varios ídolos en las colinas que rodean a Kiev, vivía con cinco esposas y centenares de concubinas. Pero el año 988, el gran emperador de Constantinopla, Basilio II, encontrándose en gran aprieto, pidió a Vladimiro que le ayudara con seis mil guerreros para dominar una insurrección. Vladimiro consintió en enviarle este ejército si Basilio le prometía a su vez concederle a su hermana, la princesa Ana, por esposa. Basilio accedió a esta demanda sólo con la condición de que Vladimiro debía abjurar sus errores y prometer bautizarse. Este pacto fue cumplido, no sin cierta repugnancia de Basilio, que consideraba aquel matrimonio de su hermana más como un sacrificio religioso que como una maniobra política.

Ana desembarcó en la península de Crimea, antigua colonia griega, entonces provincia bizantina, que su hermano le había señalado como dote. Ana llevaba, además, un séquito de obispos misioneros y damas de compañía, que casaron con otros príncipes eslavos, obligándoles a refinar sus costumbres. La Iglesia latina hizo algún esfuerzo para que la recién formada Iglesia eslava reconociera la autoridad del papa, pero los magnates rusos nunca quisieron olvidar que debían su transformación social y religiosa a la Iglesia de Bizancio.

En tiempo de Basilio II empieza también la prosperidad de Venecia. Protegida por sus lagunas, en las islas de arena accesibles sólo por canales había crecido una población casi del todo dedicada al comercio marítimo. Basilio mantuvo siempre buenas relaciones con

León VI el Filósofo, coronado por la Virgen, en un marfil del siglo IX (Museos del Estado, Berlín).



IMPERIO BIZANTINO
EL IMPERIO LATINO DE ORIENTE
1204-61

Imperio Bizantino conquistado por la IV Cruzada (1204) y nominalmente repartido entre:
Balduino I de Flandes, emperador latino
Bonifacio de Monferrato, vasallo imperial
República de Venecia
Situación efectiva de los dominios:
Balduino — Bonifacio — Venecia
Bizantinos de Nicea — Bizantinos del Epiro
Reconquistas: de los bizantinos de Nicea; de los bizantinos del Epiro
Imperio Búlgaro en su máxima extensión (1230-35)

Long. Este 25 de Greenwich



El emperador León VI dicta órdenes contra Focio y Santabarenos (miniatura de la crónica de Skilitzes; Biblioteca Nacional, Madrid). El nuevo emperador sufrió un atentado, perpetrado por Teodoro Santabarenos, personaje muy amigo de Focio, por lo cual éste fue desposeído de la silla patriarcal de Constantinopla y exiliado a Armenia, donde moriría. La lucha entre el papado y Focio venía desarrollándose desde el reinado de Miguel III. Aunque León VI le depuso una vez más, las diferencias entre la Iglesia occidental y la oriental no harían más que aumentar.

la familia del dux Urseolo y concedió grandes privilegios a los venecianos que iban a comprar y vender a Constantinopla. Los venecianos pagaban no por la calidad y cantidad de la mercancía, sino una tarifa igual de quince sueldos por cada buque, grande o pequeño, que llegaba a un puerto griego; esto les estimulaba a construir barcos de gran tonelaje, y por ello la marina veneciana fue pronto la más importante del Mediterráneo.

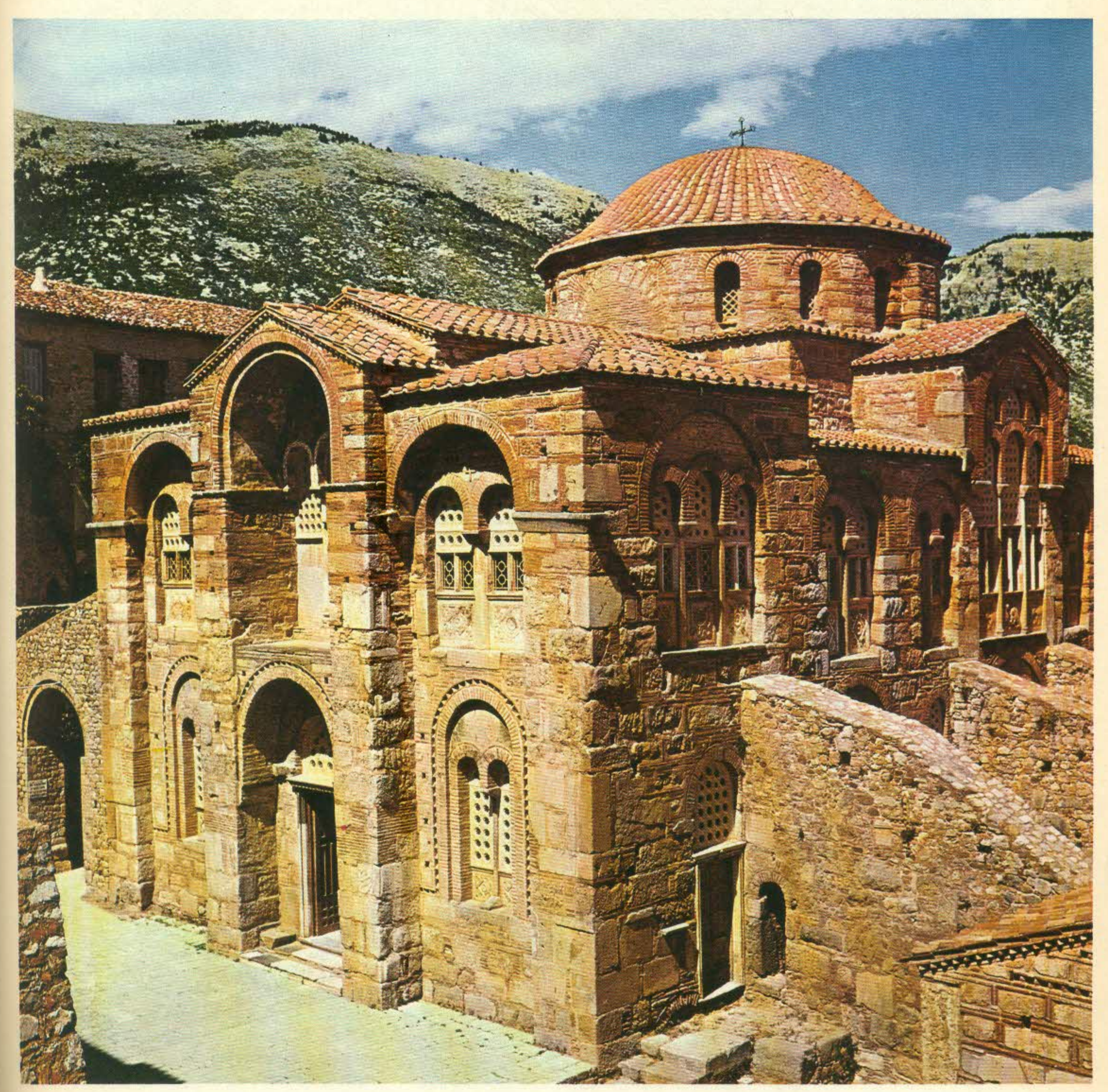
En esa época, a fines del primer milenio, el Imperio bizantino había llegado también a un razonable concierto con los árabes. El hijo de Basilio II consintió que se pudieran recitar plegarias por el sultán de Egipto en la mezquita de Constantinopla y que ésta tuviera un almuecín, a cambio de que el emperador bizantino pudiese restaurar el templo del Santo Sepulcro, de Jerusalén.

Cuando los cruzados llegaron a Constantinopla, el Imperio bizantino se encontraba, pues, rodeado de aliados que le respetaban y de enemigos que le temían. Ya hemos explicado cómo, consciente de su fuerza y de sus derechos, el emperador Alejo pudo obtener de los jefes de la expedición que le prestaran homenaje. Iban a establecer señoríos en las tierras que conquistarían de los sarracenos; estaba, pues, dentro de la mentalidad de la época que tenía que haber un emperador, de quien todos serían feudatarios; éste no podía ser el emperador germánico, porque Siria y Palestina habían estado siempre

sujetas a la administración oriental; no podía ser el papa, por más que lo había deseado; el único que podía recibir el homenaje imperial era, pues, el Augusto de Constantinopla. Y, en efecto, uno tras otro, los cruzados lo reconocieron como superior jerárquico, a pesar de haber sido excomulgado por Roma. Claro que esta dependencia fue sólo pura fórmula y a cambio de auxilios que les prometió el emperador, jefe de los cismáticos.

Durante casi un siglo pasaron por Constantinopla las grandes bandadas de guerreros y aventureros de la primera, segunda y tercera cruzadas, sin hacer al Imperio bizantino ni grave daño ni gran beneficio. Pero la actuación de la cuarta cruzada ya fue diferente; los "latinos" asaltaron Constantinopla, la saqueron e instalaron en ella como emperador a uno de los suyos. Aunque la iniciativa partiera del papa, la cuarta cruzada fue empresa de unos cuantos nobles franceses que se habían reunido en un castillo con motivo de un torneo (1199), a los cuales se unie-

El monasterio de Hosios Lukas, construido a mediados del siglo XI. La vida monástica en el Imperio bizantino tuvo un esplendor extraordinario y hasta los emperadores (como, por ejemplo, Nicéforo Focas) hubieron de dictar normas para que no aumentaran las posesiones de los monasterios.



LA DESAPARICION DEL IMPERIO BIZANTINO

1057	Isaac Comneno funda la dinastía de los Comnenos.
1071	Romano Diógenes no logra detener el avance de los turcos seldjúcidas en Asia Menor.
1096	Alejo Comneno pacta con los cruzados: los territorios que se conquisten pasarán a depender de Bizancio.
1118-1143	Juan II consolida el dominio bizantino en los Balcanes frente a los pechenegos.
1176	Fracasa la alianza con los latinos para luchar contra los seldjúcidas.
1183-1185	Una sublevación antioccidental lleva al poder a Andrónico.
1203-1204	Saqueo de Constantinopla por los cruzados y división del Imperio en varios principados latinos.
1261	Miguel Paleólogo, emperador del estado griego de Nicea, conquista Constantinopla, capital histórica de Bizancio, y ostenta el título de emperador de Bizancio.
1274	Unión con la Iglesia romana, condición previa para una alianza militar con los principados latinos contra los seldjúcidas.
1329	Los otomanos conquistan Nicea.
1362	Andrinópolis es conquistada por los otomanos, tribu seldjúcida; empieza la conquista de los Balcanes.
1401	Constantinopla es sitiada por los otomanos.
1402	Apertura de una crisis en el estado otomano a consecuencia de las derrotas en Asia Menor ante Tamerlán.
1434-1444	Formación de una cruzada occidental en ayuda de Bizancio.
1453	Caída de Constantinopla.

ron otros italianos y alemanes del bando gibelino. Decidida la cruzada, seis delegados de los principales jefes pasaron a Venecia para contratar los transportes. Entre ellos iba el mariscal de la Champagne, Godofredo de Villehardouin, quien escribió un relato de la expedición, en que se consignan las palabras de los jefes en los consejos y se describen las terribles acciones en que tomó parte. El que dirigió las negociaciones por parte de los venecianos era un dux octogenario y ciego, Enrique Dandolo, que ha pasado a la historia como ejemplo singular de audacia y energía.

El negocio entre los futuros cruzados y Venecia fue concertado en estos términos: los cruzados habrían de pagar a la república 85.000 marcos de plata, y los venecianos debían tener una flota preparada el día de San Juan del año 1201 para transportar a Oriente 4.500 caballos y 9.000 hombres de a pie. El mantenimiento de todos durante el viaje corría de cuenta de los venecianos, quienes debían contribuir también a la expedición con una armada de 50 galeras de combate para proteger el convoy.

Los venecianos cumplieron el contrato:



Coronación de Romano II y su esposa Eudoxia (Biblioteca Nacional, París). Durante el corto reinado de este emperador, un enérgico y capaz general, Nicéforo Focas, que sería además su sucesor, ocupó la isla de Creta (con lo que eliminó un peligroso núcleo de piratas musulmanes) y se apoderó temporalmente de Alepo.



Cáliz bizantino del siglo X, con extraordinarios esmaltes, guardado en el tesoro de la basílica de San Marcos de Venecia.

buques y provisiones estaban dispuestos en la fecha señalada, y había establos para los caballos y albergues para el ejército mientras tuvieran que esperar en las islas de las lagunas. En cambio, los cruzados sólo pudieron reunir 50.000 marcos, pero Dandolo halló la solución, ofreciéndose a emprender el viaje si los cruzados le ayudaban a reconquistar, por el camino, la ciudad de Zara (Dalmacia), que, perteneciendo a los venecianos, había sido ocupada por los húngaros.

Después de muchas negociaciones, los cruzados no tuvieron más remedio que aceptar la propuesta de Dandolo; partieron de Venecia el 10 de noviembre, y dos días después Zara era tomada y destruida por los venecianos. El papa, que trataba de atraerse a los recién convertidos húngaros, no pudo menos de protestar al ver que las energías de los cruzados se empleaban en destruir una ciudad cristiana. Pero los cruzados tenían otras preocupaciones más graves que la de contentar al papa: el problema era si debían ir directamente a Palestina o atacar primero a Egipto. Por fin determinaron no hacer ni una cosa ni otra: porque, después de la toma de Zara, habían recibido un mensaje que les decidió a marchar sobre Constantinopla, para intervenir en las luchas entre la familia imperial de los Angelos. El pretendiente destronado ofrecía pagar a los venecianos la suma de 35.000 marcos que aún les debían los cruzados si, a cambio de ello, le ayudaban a recuperar la corona. Además prometía que, después de ser restaurado, contribuiría con un ejército de 10.000 hombres a la prosecución de la cruzada, mantendría 500 caballeros constantemente para la defensa del Santo Sepulcro y restablecería la autoridad del papa sobre la Iglesia bizantina.

Con estas ofertas y lo deseosos que estaban los venecianos de aumentar su influencia en Oriente, los cruzados partieron de Corfú con rumbo a Constantinopla. Llevaban consigo a su aliado, y llegaron a la vista de la gran ciudad en junio de 1203. He aquí la impresión que produjo a los latinos: "¡Cómo miraban a Constantinopla aquellos que

Vista general del monasterio de la Gran Laura, en el monte Athos, cuya iglesia se construyó a principios del siglo XI. Durante los reinados de Nicéforo Focas y Juan Tzimiscés, el monte Athos conoció una época de esplendor. Hacia el año 1000 parece que los distintos monasterios de este monte albergaban a más de tres mil monjes.

Exterior de la iglesia de Santa Sofía de Kiev, la primera iglesia que edificaron los rusos (1037) después del matrimonio de su rey Vladimiro con la princesa Ana, hermana del emperador Basilio II, y su conversión al cristianismo. El ruso ayudaría con sus soldados a que el bizantino se liberara de sus inmediatos enemigos.



Cristo coronando a un príncipe ruso y a su esposa (miniatura del "Psalterium Egberti"; Museo de Cividale del Friul).

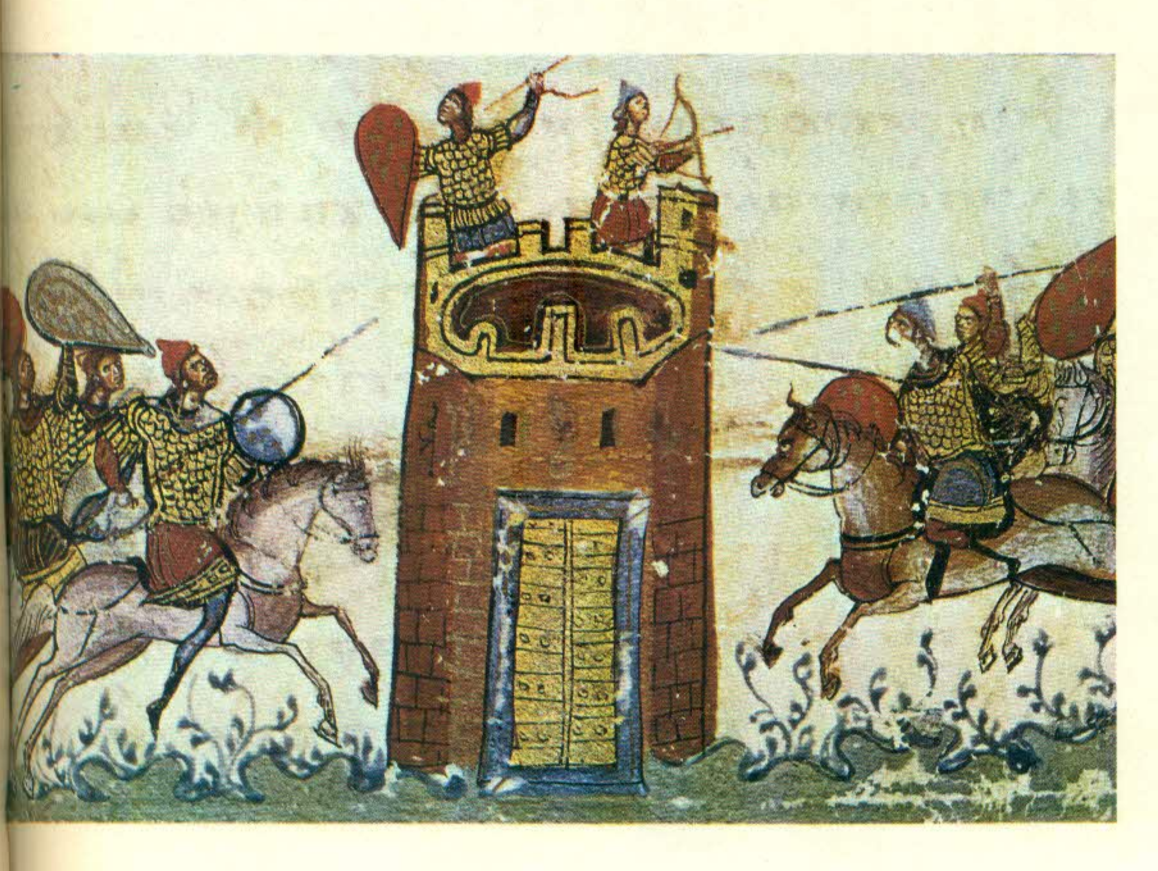


nunca la habían visto! Nunca soñaron que hubiese una ciudad semejante en el mundo, tan rica, con tan altas torres y murallas, tantos palacios y grandes iglesias...". Los cruzados forzaron las cadenas que defendían el puerto y entraron en el Cuerno de Oro el 17 de julio. El primero en escalar la muralla fue el ciego y octogenario Dandolo. En agosto, su protegido era coronado en la iglesia de Santa Sofía, en presencia de los principales jefes de los cruzados. Pero pronto empezaron las querellas entre bizantinos y latinos; el nuevo emperador experimentaba dificultades para cumplir sus compromisos, y los cruzados, esperando el dinero y los soldados prometidos, permanecían en Constantinopla, haciéndose cada día más molestos.

Los venecianos no hacían nada para restablecer la cordialidad; después de varios motines y levantamientos de los griegos, que miraban con malos ojos aquella promiscuidad del nuevo emperador con los latinos, se vio claro que la única solución era establecer un Imperio latino en Oriente. Venecianos y franceses convinieron de antemano cómo se repartirían el botín de Constantinopla; hecho esto, los jefes de los cruzados se apoderaron del palacio imperial y a sangre fría dieron autorización a la soldadesca para que empezara el pillaje. Duró tres días. Escandalizado el papa al tener noticia de lo ocurrido, condenó la "hazaña" en estos términos: "Los de-

Basilio II Bulgaróctonos (matador de búlgaros), en miniatura del "Salterio Imperial" (Biblioteca Marciana, Venecia). El gobierno de Basilio coincidió con uno de los periódicos resurgimientos del Imperio. El emperador consiguió aumentar en cierta medida los territorios de Asia Menor y recogió en parte la autoridad que había tenido en Italia del Sur. En cuanto a sus enemigos del Norte, los búlgaros, habían ocupado amplias zonas de los Balcanes dirigidos por su rey Samuel. Pero cuando, tras una batalla, este rey contempló a 14.000 búlgaros a quienes Basilio II había mandado cegar y mandar a su patria, Samuel murió de la impresión. Sin su rey, los búlgaros fueron sometidos y su territorio transformado en provincia bizantina.

fensores de Cristo han gozado bañándose en sangre cristiana. No han respetado edad ni sexo. Han cometido adulterio, fornicación e incesto a la luz del día. Ni matronas ni vírgenes consagradas al Señor se han librado de su brutalidad. No sólo han robado y despilfarrado los tesoros del Imperio y de los particulares, sino que se han atrevido a poner sus manos sobre los bienes de la Iglesia...". Los cadáveres de los antiguos emperadores bizantinos fueron desenterrados y escarnecidos. Muchas obras de la gran época del arte griego desaparecieron en esta ocasión; el Hércules de Lisipo, la Juno del tem-



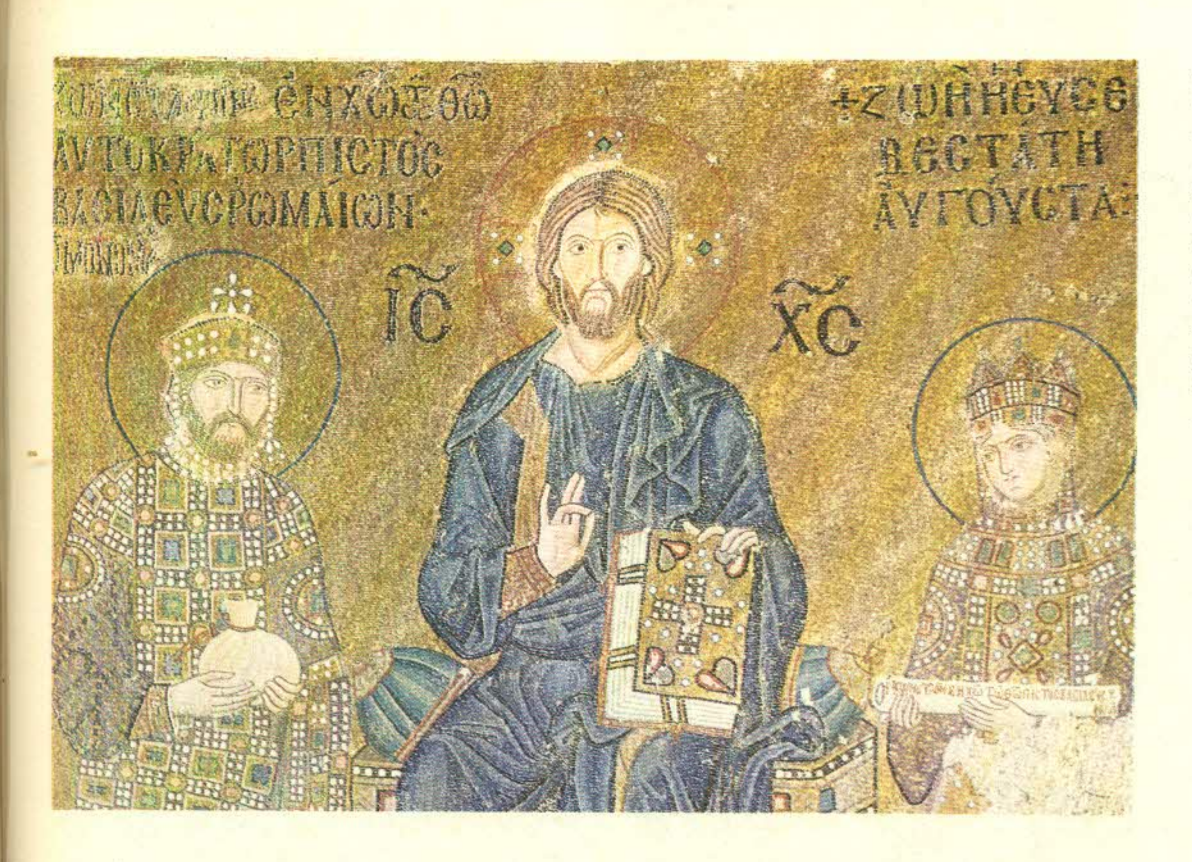
Escena de asedio de una ciudad por la caballería (miniatura de un Evangeliario bizantino del siglo XI). En la lucha secular que Bizancio mantuvo en un extremo de Europa, la época de la dinastía macedónica se caracterizó por la heroica defensa contra eslavos, árabes y turcos (Biblioteca Nacional, París).

Matrimonio de Zoé con Romano III, asesinato de este último y posterior boda de Zoé con Miguel IV (miniaturas de la crónica de Skilitzes; Biblioteca Nacional, Madrid). Zoé fue una de las personalidades más curiosas del Imperio bizantino. Hija de Constantino VIII, casó, a la muerte de su padre, con un anciano senador, Romano, al que hizo emperador y a quien quizás hizo matar; volvió a casarse con Miguel de Paflagonia y también lo hizo nombrar emperador. A éste le sucedió Miguel V y, depuesto, volvió el poder a manos de Zoé, que lo compartió con su hermana Teodora, hasta que volvió a contraer matrimonio.









Jesucristo entre Constantino IX Monómaco y su esposa Zoé (mosaico del siglo XI en Santa Sofía, Constantinopla). La emperatriz Zoé casó de nuevo con Constantino, al que elevó al solio imperial y que le sobrevivió. A pesar de sus deseos de entendimiento con Roma, en su reinado se produjo la decisiva separación y excomunión de ambas Iglesias.

plo de Samos y centenares de estatuas clásicas que habían encontrado su refugio en Bizancio fueron destruidas por los cruzados sin consideración a su antigüedad y belleza. Nicetas, un historiador bizantino, dice que los musulmanes hubieran sido más humanos con Bizancio que los caballeros de la Cruz. Todavía hoy los escritores cultos del Islam se complacen en comparar la toma de Jerusalén por el califa Omar, entrando en la ciudad acompañado del patriarca, con el saqueo de Constantinopla dirigido por Dandolo y sus cruzados.

Villehardouin, en su relato de testigo ocular, dice que el botín fue tan grande que nadie lo hubiera podido contar. A pesar de que los venecianos se hicieron con la parte del león, todavía les correspondieron a los latinos cuatrocientos mil marcos de plata. En mayo del año 1204, Balduino, conde de Flandes, fue coronado emperador, con la pompa tradicional de los bizantinos. Después vino el reparto de la tierra: los venecianos se ad-



Nicéforo III Boniates entre el arcángel San Miguel y San Juan Crisóstomo (miniatura de unas "Homilías" de San Juan Crisóstomo; Biblioteca Nacional, París). Este emperador se apoyó en el elemento popular para ocupar el trono (1078-1081) en el turbulento período que siguió a la muerte de Basilio II.

Juan II Comneno, representado en un mosaico de Santa Sofía. Dentro de la dinastía que reconstruyó el Imperio y recibió el alud de los cruzados, Juan II (1118-1183) descuella como valiente soldado que reforzó el poderío de Bizancio.



judicaron el Epiro, el Peloponeso, el archipiélago jónico y Gallípoli. Hasta de Constantinopla, la capital, quisieron tres octavas partes, incluyendo el barrio donde estaba Santa Sofía y poniendo por patriarca a uno de los suyos, llamado Tomás Morosini.

Uno de los jefes de los cruzados, Bonifacio de Montferrato, se quedó con la Tesalia y Macedonia. Enrique de Flandes fue nombrado señor de Adramitum; Hugo de San Pol, señor de Demótica; Luis de Blois, duque de Nicea, *et sic de caeteris*... El territorio real se reducía a una zona de tierra a lo largo de los estrechos y algunas islas importantes, Lesbos, Chíos, Samos y Cos. Al conjunto se le llamó Imperio de Romania y se le dio una organización feudal análoga a la que habían establecido los primeros cruzados un siglo antes en Jerusalén. Los *Assises de Romania,* o código político del nuevo Imperio, es otro modelo de lo que sería la sociedad ideal para los latinos de principios del siglo XIII. El emperador, elegido por los barones, en su dominio real no era más que otro de éstos, y cada uno en sus tierras era dueño absoluto. El emperador no podía hacer más que coordinar la política exterior; para solventar sus diferencias con los barones debía acudir a un alto tribunal de Justicia, compuesto de latinos y venecianos. Los recursos de un monarca como el emperador latino de Romania debían de ser muy precarios y su situación, desde luego, se haría harto difícil, pues los venecianos no pagaban ninguna clase de impuestos.

Las brutalidades cometidas en el saqueo de Constantinopla y la audacia con que se repartieron el Imperio levantaron contra los cruzados el sentimiento patriótico de los griegos, despertándoles la conciencia de la propia nacionalidad. Dos descendientes de la familia real se rebelaron, uno en el Asia Menor y otro en el Epiro, y formaron cada uno un principado, al que podían agregarse los descontentos que habitaban en otras regiones.

Para que el ataque a los latinos tuviera más probabilidades de éxito, el rebelde bizantino del Epiro se alió con el rey de los búlgaros, un bárbaro eslavo que se llamaba a sí mismo *Romanóctonos,* o matador de ro-



Toma de Constantinopla por los miembros de la cuarta cruzada, según representación de un mosaico de la iglesia de San Juan Evangelista de Ravena. Esta cruzada tuvo unos principios eminentemente económicos y políticos, por lo cual su actuación se separó de manera notable del marco en que habían actuado las anteriores.



Entrada de los cruzados en Constantinopla, por Delacroix (Museo del Louvre, París). El golpe asestado por los cruzados al Imperio bizantino con la toma de su capital y la formación del Imperio latino fue tal, que nunca más conseguiría reponerse del todo. En el saqueo desaparecieron muchísimas obras de arte, pero otras, llevadas en especial a Venecia, se salvaron de la destrucción posterior de los turcos.

manos. Quería éste desquitarse de las degollinas de búlgaros que había hecho Basilio II dos siglos antes. Griegos y búlgaros avanzaron hacia Constantinopla, encontrándose con los latinos en el campo de batalla tradicional de Adrianópolis. La lucha fue un desastre completo; el emperador Balduino fue hecho prisionero y tuvo que ser rescatado; el viejo Dandolo, con grandes peligros, dirigió la retirada del ejército hasta Constantinopla. El anciano dux murió de tantas fatigas pocos días después.

Sin embargo, no fue el pretendiente bizantino del Epiro quien recogió la corona del emperador latino de Constantinopla. El que se aprovechó de la descomposición del Imperio de Romania fue el otro pretendiente, que atacaba por el lado del Asia. Se había hecho coronar emperador en Nicea y contaba con la alianza de los genoveses, los eternos enemigos de los venecianos. A cambio de sustituir a los venecianos en la posición privilegiada que tenían en Constantinopla, los genoveses hicieron traición a sus hermanos de Occidente y ayudaron a Miguel Paleólogo a asaltar Constantinopla. El imperio latino había durado poco más de cincuenta años; en julio de 1261, al entrar en la ciudad Miguel Paleólogo por una puerta, el emperador Balduino II salía por la otra, acompañado de su patriarca latino y sus protectores, o protegidos, los venecianos.

De todos modos, el daño que los latinos habían hecho al Imperio era ya irreparable. Aquellos cincuenta años de feudalismo y de guerras incesantes habían destruido la organización secular que tenía sus raíces en la de la vieja Roma. La nueva dinastía inaugurada por Miguel Paleólogo no pudo hacer más que contemplar, en la mayor impotencia, cómo cualquier aventurero se erigía en señor de una isla o una comarca. Venecianos, genoveses, franceses, florentinos, navarros y catalanes, todos quisieron un pedazo del manto imperial. Ya desde aquel momento, Bizancio fue sólo una débil valla para resistir las acometidas del Islam, y los turcos acabarían lo que tan eficazmente habían empezado los cruzados.

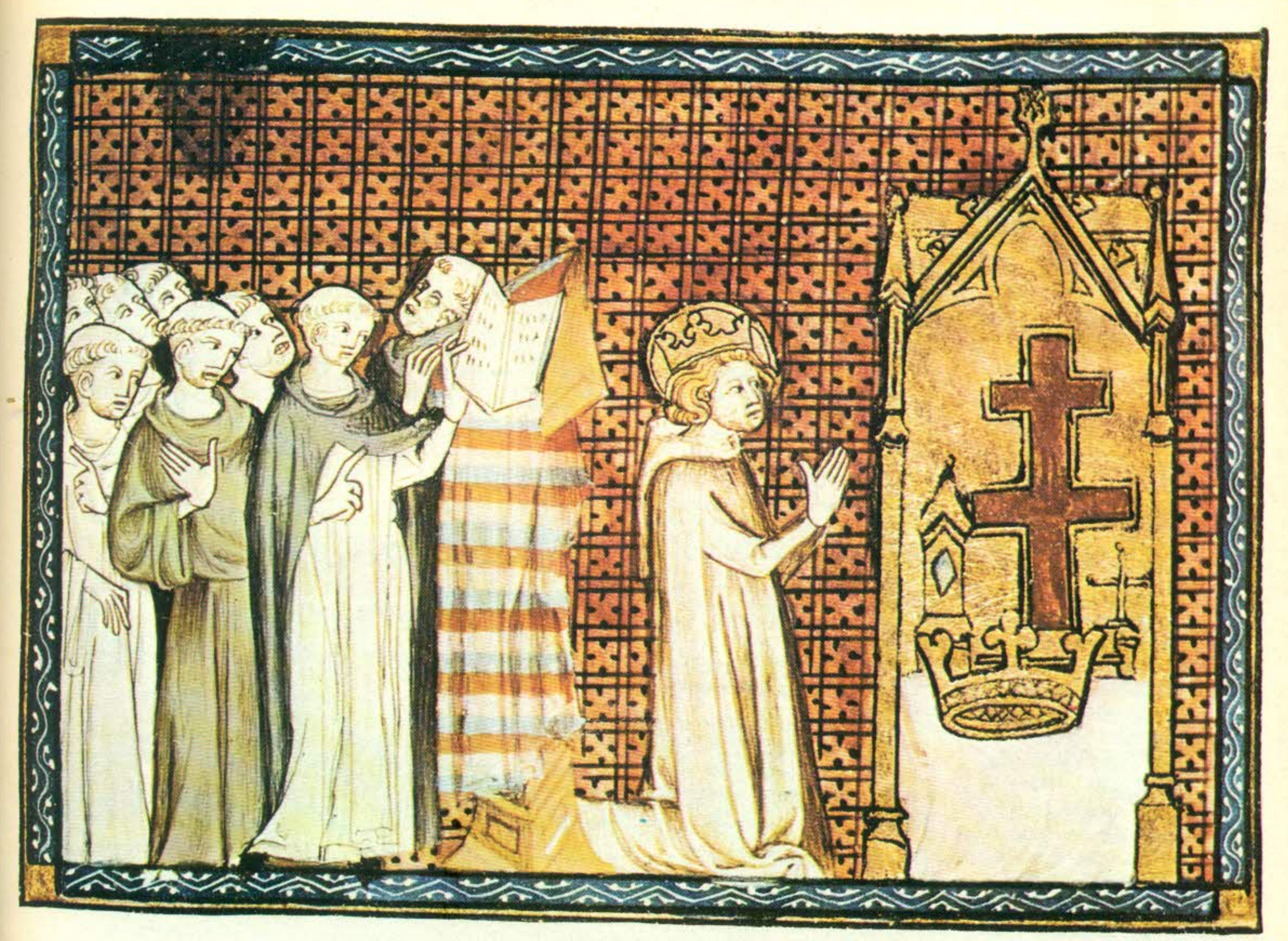
Cabe ahora preguntar qué debe la cultura a Bizancio. Los eruditos bizantinos conservaron algo de la ciencia y literatura griegas, y de sus reliquias se aprovecharon los helenistas del Renacimiento.

BIBLIOGRAFIA

Grabar, A.	*Iconoclasme byzantin,* París, 1958.
Grousset, R.	*Histoire des Croisades et du royaume franc de Jérusalem,* París, 1934-1935. *Les Croisades,* París, 1964.
Hauser, A.	*Historia social de la literatura y el arte,* Madrid, 1964.
Martin, E. J.	*A History of the Iconoclastic Controversy,* Londres, 1930.
Ostrogorsky, G.	*Histoire de l'État byzantin,* París, 1956. *Las condiciones de la vida agrícola en el Imperio bizantino,* en "Historia económica de Europa", dirigida por J. H. Clapham y E. Power, Madrid, 1948.
Pernoud, R.	*Les Croisades,* París, 1960.
Read, H.	*Arte y sociedad,* Barcelona, 1970.
Richard, J.	*Le royaume latin de Jérusalem,* París, 1953.
Runciman, S.	*Historia de las Cruzadas,* Madrid, 1956-1958.
Vasiliev, A. A.	*Historia del Imperio bizantino,* Barcelona, 1946.



Soldados occidentales de la cuarta cruzada representados en un mosaico de la iglesia de San Juan Evangelista de Ravena.



Luis IX de Francia venera las reliquias de Nuestro Señor Jesucristo (miniatura de la Biblioteca Nacional de París). El santo rey de Francia es figura señera de la monarquía de los Capetos, tanto por sus actividades nacionales (aumento del poder real) como internacionales (aumento del prestigio de Francia entre las naciones europeas).

Desarrollo y consolidación de la monarquía francesa

por SANTIAGO SOBREQUÉS VIDAL

A lo largo de las tres primeras centurias del segundo milenio, mientras el pontificado y el Imperio se debaten en sus luchas por el *Dominium mundi,* las monarquías occidentales que escapan a la autoridad imperial alcanzan un notable desarrollo económico y político que es la base de su ulterior constitución en los grandes estados modernos. Tal evolución coincide, y es a la vez causa y consecuencia, con fenómenos históricos de suma importancia, estrechamente ligados entre sí en una relación mutua de causa a efecto. Tales, la eclosión e institucionalización del feudalismo, primero, y más tarde las primeras manifestaciones de su descomposición como resultado de los progresos de la economía y

EL RENACIMIENTO DE LA MONARQUIA: LA MONARQUIA FRANCESA DESDE FELIPE I HASTA FELIPE II AUGUSTO (1060-1223)

En una primera fase, tres aspectos pueden señalarse en la evolución de la monarquía francesa, ya que no en la política consciente de sus reyes.

LA VALORIZACION DEL DOMINIO REAL

Los reyes, como otros señores feudales, tienden a redondear su patrimonio, a someter a su última instancia a los pequeños señoríos interpuestos entre ellos y sus súbditos, a pacificar y organizar la explotación productiva de los territorios que forman su dominio.

→ El rey se convierte en uno de los grandes señores feudales de Francia.

EL REY, PROTECTOR DE LA IGLESIA

Del recuerdo de las funciones eclesiásticas ejercidas por los monarcas carolingios y del carácter sagrado de su persona se deduce el derecho de patronazgo sobre toda la Iglesia de Francia: nombramiento de los obispos, recaudación de los derechos de las sedes vacantes, especial protección de las fundaciones monásticas, entre las cuales Cluny será un centro de propaganda monárquica.

→ Alianza natural entre el rey y la Iglesia.

DEL FEUDALISMO A LA MONARQUIA FEUDAL

El poder real, definiéndose como distinto del feudalismo, logra integrarse en él como tal. Es decir, el rey, que está dentro del sistema como señor feudal, entra ahora como monarca. El movimiento interno del sistema ha obligado tanto al rey como a otros grandes señores feudales a convertirse en soberanos indiscutidos de todos los señores de sus territorios.

→ El rey es, en última instancia, el soberano feudal de todos los franceses.

Luis VI el Gordo entra en Orleáns (miniatura del incunable "Crónicas de Francia"; Biblioteca Nacional, Turín). El gobierno de este rey, apoyado sobre todo en su consejero Suger, abad de Saint-Denis, fue el más célebre de los primeros Capetos. Luis VI, "el rey que no duerme", luchó contra los barones bandoleros de Orléans e Ile-de-France y consiguió pacificar y aumentar el dominio real.



de las clases urbanas, consecuencia a su vez del incremento demográfico y de la intensificación de los contactos con el Oriente como resultado de las cruzadas; la recepción del derecho romano justinianeo con la afirmación de la eminencia de la autoridad real; el fracaso de las ideas universalistas del pontificado y del Imperio y, en fin, las transformaciones de la espiritualidad y la culminación de la cultura medieval, que alcanza su cenit en el siglo XIII.

Cuatro grandes monarquías se afirman particularmente en Occidente durante este período de unos trescientos cincuenta años (entre 1000 y 1350, más o menos), a saber: Inglaterra, Francia, Castilla y la singular comunidad política conocida con el nombre impropio de "Corona de Aragón". Sin embargo, por circunstancias en cuyo estudio convendría profundizar más, en dos de ellas, Inglaterra y la "Corona de Aragón", la institucionalización política evolucionó en un sentido que puede ser calificado, sin preocupaciones anacrónicas excesivas, de preconstitucionalismo, mientras que en las dos restantes el robustecimiento del poder real alcanzó caracteres de mayor vigor, perfilándose ya en ellas las modernas monarquías

autoritarias. Francia constituye el modelo más perfecto de este último tipo de evolución política, coincidente con su eclosión territorial.

Aunque los primeros representantes de la nueva dinastía de los Capetos, duques de París, entronizada en 987, no fueron más que otros tantos señores feudales cuyos dominios no eran ni los más ricos ni los mayores de la Galia, existió a su favor un cúmulo de circunstancias que explica la rápida consolidación de su autoridad como reyes y los progresos territoriales de la monarquía "francesa". Sus dominios patrimoniales, aun siendo relativamente pequeños, eran ricos y poblados y se hallaban admirablemente situados en el centro de la antigua Neustria, en la única región del país que se llamaba *Francia* (o *Isla de Francia*), cruzados por grandes rutas comerciales que convergían en Saint-Denis, donde se celebraba una de las ferias más importantes de la época, y contaban con la ciudad que había sido la capital de la monarquía merovingia, París, destronada por los

LAS AMBICIONES MEDITERRANEAS DE CARLOS DE ANJOU

Aun prescindiendo de la extraordinaria ambición personal del hermano de San Luis, la posesión de Sicilia y la Italia meridional, por una parte, y por otra su condición de soberano de Provenza, debían impulsarle como a sus antecesores normandos y Staufens hacia una política mediterránea de altos vuelos. Es preciso considerar la gran importancia mercantil del puerto de Marsella y el intenso tráfico marítimo de todas las épocas entre Sicilia y el norte de África, especialmente el vecino reino de Túnez. Tales intereses económicos debían llevar forzosamente a Carlos de Anjou, aun en medio de las complicaciones de la política italiana, a intentar la realización de un vasto programa de dominación mediterránea.

En 1261, Miguel Paleólogo expulsó a los latinos o francos de Constantinopla, resucitando así el Imperio griego. Carlos de Anjou se sintió llamado a desempeñar el papel de restaurador del agonizante Imperio latino. En efecto, en 1267 puso pie en los Balcanes y firmó con el emperador Balduino un tratado por el que obtenía, a cambio de su apoyo contra los Paleólogos, la soberanía de Corfú, Acaya y varias ciudades costeras de Albania; una de sus hijas debería casar con el heredero de Balduino, Felipe de Courtenay, estipulándose que, en caso de no existir sucesión de este matrimonio, el propio Carlos de Anjou heredaría el título imperial.

Gracias a una hábil e intensa actividad diplomática, el monarca angevino asegurose la alianza de Hungría, Serbia y Venecia. Era tan manifiesta la amenaza para el renaciente Imperio griego, que Miguel Paleólogo buscó la protección del papa, ofreciéndole la sumisión de la Iglesia oriental (1274). Gregorio X y su sucesor Nicolás III, ilusionados con esta idea, frenaron los proyectos de invasión de Carlos de Anjou, quien tuvo que suspenderlos hasta mejor ocasión. Ésta se presentó en 1281 al ser elegido un papa francés, Martín IV; la Santa Sede, ya desengañada del sueño de sumisión de la Iglesia griega, puso luz verde a los planes del rey de Sicilia. Éste pudo dedicarse entonces a preparar con febril actividad la magna expedición contra Bizancio, pero la rebelión de Palermo en la Pascua de 1282 (Vísperas Sicilianas) y la inmediata intervención del monarca de la Corona de Aragón, Pedro el Grande, hizo dar a la política europea un giro radical, arruinando los vastos proyectos hegemónicos del hermano de Luis el Santo.

Pero las ambiciones de Carlos de Anjou apuntaban todavía más lejos. El Imperio latino no sería para él más que una plataforma para la reconquista de la Tierra Santa y la consecución del Imperio de Jerusalén, de la gloriosa corona del Santo Sepulcro. Los principados cristianos de Siria parecían próximos a caer ante la gran ofensiva del sultán mameluco de Egipto, Baibars. La pérdida de los puertos sirios, etapa crucial de las rutas comerciales de las grandes mercancías de Oriente, las especias, la seda, los perfumes y maderas preciosas, el algodón, el azúcar, etc., habría sido un golpe gravísimo para la economía de la Europa occidental. Dos monarcas cristianos, Luis el Santo y Jaime I de Aragón, se habían cruzado para salvar los restos de la cristiandad en Oriente. Pero una tempestad acabó con la cruzada del catalán, mientras que el francés, todavía más infortunado, perdía la vida en Túnez, donde había hecho escala, ilusionado ante la perspectiva de obtener la conversión y alianza del rey tunecino (1270).

Ante tales fracasos, la hábil diplomacia de Carlos de Anjou se orientó hacia la obtención de una tregua con el temible Baibars, mientras adquiría de María de Antioquía por mil onzas de oro y una renta vitalicia de cuatro mil sus derechos a la sucesión del Imperio de Jerusalén, en contradicción con los de Hugo III de Chipre. En 1277 la escuadra de Carlos de Anjou ocupó Acre y todos los príncipes cristianos de Siria reconocieron su soberanía. La muerte de Baibars y los apuros de su sucesor Kalaún contra los mongoles ofrecían una ocasión propicia al monarca angevino, quien, imitando a Federico II Staufen, aspiraba a obtener del apurado sultán la devolución de los Santos Lugares a cambio de su apoyo contra los mongoles. Una tregua firmada en 1281 con el sultán mameluco parecía ser el primer paso hacia sus magnos proyectos, cuando las Vísperas Sicilianas, ocurridas a los pocos meses, vinieron a ponerles punto final.

La tercera dirección de la política mediterránea de Carlos de Anjou apuntó hacia Túnez, donde sus antecesores normandos y Staufens habían ejercido durante largas etapas un auténtico protectorado. Sin embargo, sus planes de dominación tunecina tuvieron que demorarse ante las ilusiones de su hermano, el piadoso monarca francés, quien, convencido de la próxima conversión del rey de Túnez, al- Mostansir, dirigió hacia allí la cruzada, obligando a participar en ella a Carlos de Anjou. Pronto la muerte de Luis el Santo y la inexperiencia de su sucesor Felipe III convirtieron al rey de Sicilia en el amo de la situación. El mismo año 1270 impuso al tunecino una fuerte indemnización de guerra, un tributo anual de veinticuatro mil onzas de oro, un tratado comercial draconiano y la expulsión de los refugiados sicilianos y alemanes del régimen anterior que pululaban en Túnez. Tales medidas eran una amenaza para el comercio catalán, que tenía en Túnez una de sus bases más sólidas, y el hijo de cuyo soberano, el futuro Pedro el Grande, era el marido de Constanza Staufen, a la que los enemigos de Carlos de Anjou consideraban la legítima reina de Sicilia y Nápoles.

La subida al trono catalano-aragonés del marido de Constanza Staufen (1276) y la muerte de al- Mostansir (1277), con los graves problemas sucesorios que se plantearon en Túnez, dieron pie al nuevo soberano de Barcelona (refugio de todos los enemigos de Carlos de Anjou) para intervenir en el reino africano. Su conquista podía ser una excelente plataforma para saltar a Sicilia y, por otra parte, la dominación de Sicilia era indispensable para asegurar la libertad de la ruta comercial catalana del norte de África. En fin, el 30 de marzo de 1282 estallaba en Palermo la rebelión siciliana y el 28 de junio la escuadra catalana de Pedro el Grande desembarcaba en tierra de Túnez (Alcoll). La suerte de la dominación siciliana de Carlos de Anjou estaba echada.

S. S. V.

Vaso de pórfido que se supone fue transformado en águila por encargo de Suger, abad de Saint-Denis y consejero de los reyes Luis VI y Luis VII (Museo del Louvre, París).



Basílica de Saint-Denis, mandada erigir en 1122 por el abad Suger, que contiene la mayoría de las sepulturas de los monarcas franceses. Luis VII asistió a su consagración.



carolingios en beneficio de Aquisgrán. Los Capetos dejaron de ser reyes "de los francos" para convertirse en reyes "de Francia", su país, cuyo nombre se iría extendiendo con el tiempo a toda la Galia, y París, la capital de los Capetos, sería la capital de Francia.

Durante varias generaciones la nueva dinastía tuvo la fortuna biológica de la fecundidad y la longevidad; siempre contó con herederos mayores de edad aptos para la práctica feliz de la asociación en el trono, ahorrándose así las funestas cuestiones sucesorias y de minorías. Desde la muerte del fundador, Hugo, en 996, hasta la entronización de Felipe Augusto en 1180, es decir, durante casi doscientos años, no se sucedieron más que cinco monarcas, con un promedio de treinta y siete años de reinado. Por otra parte, rodeados sus dominios por otros feudos poderosos –Troyes, Champaña, Flandes, Normandía–, sus soberanos quedaron al abrigo de las ambiciones del Imperio y de otros enemigos exteriores, y a la vez les impidieron lanzarse a aventuras lejanas. Su propia mediocridad aseguró su éxito. Finalmente, no les faltó el apoyo de la Iglesia, con la que se mostró particularmente respetuoso el hijo de Hugo, Roberto II (996-1031), bajo cuyo sobrenombre de "el Piadoso" se ocultó un espíritu realista y tenaz que aseguró las primeras anexiones: Dreux, Melun y la Borgoña ducal. El tercer representante, Enrique I (1031-1060), tuvo que defenderse con las uñas de los barones de su propio patrimonio, que hicieron peligrar la obra de sus mayores. Sin embargo, el título real no fue jamás contestado y a su amparo pudo Felipe I, hijo y sucesor del anterior, durante su reinado de casi medio siglo (1060-1108), practicar una política sin escrúpulos que escandalizó a sus propios contemporáneos, pero que aseguró la anexión sucesiva del Gatinais, Corbie, el Vexin, Bourges y Dun.

Más tarde, el tándem Luis VI el Gordo (1108-1137), monarca enérgico, y Suger, su eminente consejero, se emplearon a fondo para limpiar la Isla de Francia del bandidaje de pequeños feudales de la calaña de Hugo de Puisset y Tomás de Marles, atrayéndose así la simpatía de la Iglesia y de la ya relativamente importante burguesía urbana. Pero en sus intentos de hacer efectiva la autoridad real sobre los grandes feudatarios de la antigua Galia (Normandía, Flandes, etc.), Luis VI fue menos afortunado. Su hijo y sucesor Luis VII, joven de diecisiete años, impulsivo y audaz, desoyó los consejos del prudente Suger y cometió errores notables como su alistamiento en la segunda cruzada y su permanencia en Palestina, mientras en el noroeste de Francia se formaba la gran potencia de los Plantagenet (Normandía, Maine,

Anjou); pero su principal error fue la anulación de su matrimonio con Leonor de Aquitania, cuyas segundas nupcias con Enrique Plantagenet (1152) dieron lugar a la constitución de un poderoso bloque occidental desde el canal de la Mancha a los Pirineos, y la división de Francia durante siglos en la Francia de los Plantagenet, muy pronto (1154) reyes de Inglaterra, y la Francia de los Capetos. Pero pese a estos aspectos negativos del largo reinado de Luis VII (1137-1180), la evolución política interna siguió su marcha, como más o menos en todas partes, en provecho de la autoridad real, independientemente de la capacidad o incapacidad del soberano.

No en vano ha sido llamado el sucesor de Luis VII, Felipe II Augusto (1180-1223), "el mejor obrero de la unidad francesa en la Edad Media", conocido, junto con San Luis, con el nombre de grandes Capetos. Astuto político, trabajador infatigable, supo resolver a favor de la monarquía de París la inextricable situación creada por el mecanismo de las relaciones feudales y aprovechar las dificultades de sus grandes rivales de Inglaterra (sucesivamente Enrique II, Ricardo Corazón de León y Juan Sin Tierra) y de Ale-



Luis VII de Francia y Conrado III de Hohenstaufen, emperador de Alemania, en el sitio de Damasco (miniatura del siglo XIII; Biblioteca Nacional, París). Al regresar de Palestina, Luis repudió a su esposa Leonor de Aquitania, que casó entonces con Enrique II Plantagenet, que llegó a rey de Inglaterra y unió Aquitania a sus posesiones francesas.



Felipe II Augusto en una de sus campañas guerreras (miniatura de Fouquet; Biblioteca Nacional, París). La actividad de este rey francés consolidó grandemente la monarquía francesa, a la que unió Artois, Amiens, Normandía, Maine, Anjou y Turena.

Felipe II de Francia en la batalla de Bouvines (miniatura de la "Crónica" de Villani; Biblioteca Vaticana). Al atacar el rey de Francia al conde de Flandes se formó una coalición de las fuerzas inglesas, flamencas y alemanas del emperador Otón IV, a las que Felipe Augusto derrotó en esta batalla.



mania (los emperadores Enrique VI y Otón IV). Por sus posesiones en la Francia occidental, eran los reyes ingleses vasallos del de Francia; multitud de señores feudales eran a la vez vasallos del rey de Francia, del de Inglaterra o del emperador de Alemania; a menudo los intereses comerciales de los países estaban en flagrante contradicción con los vínculos políticos. Felipe Augusto supo cortar semejante nudo gordiano aun a riesgo de atravesar por situaciones de manifiesto peligro, como en 1197. Pero cinco años más tarde de esta crisis, en 1202, su posición era suficientemente sólida como para citar ante su tribunal de París a "su vasallo" el rey inglés Juan Sin Tierra para responder de un atropello cometido contra un caballero del Poitou, y ante la presupuesta negativa del inglés a acudir al tribunal de "su señor", dictar sentencia desposeyéndolo de sus feudos poitevinos. Así se inició una nueva guerra de doce años, cuyo desenlace fue el aplastamiento de la gran coalición anti-Capeto (Inglaterra, el emperador Otón IV de Alemania, Flandes y otros numerosos feudatarios) en Bouvines por el ejército del rey de Francia (1214).

Bouvines es uno de los hechos bélicos más notables de la historia de Occidente porque aseguró la viabilidad de la monarquía de Francia y porque fue un auténtico triunfo "nacional" francés, logrado gracias a la alianza de la realeza con las ciudades, cuya potencia económica era ya capaz de inclinar la balanza política, y que Felipe Augusto aseguró mediante la concesión de múltiples franquicias municipales. Así lo comprendió el pueblo francés con fino instinto: los campesinos alfombraron con ramas y flores el camino de regreso del rey y los estudiantes de

Sello de Felipe II Augusto (Archivos Nacionales, París).







Dinero de vellón de Pedro II el Católico, rey de Aragón, que había asistido a la batalla de las Navas de Tolosa contra los árabes y que luchó después contra los cruzados de Simón de Montfort en defensa de sus vasallos del sur de Francia. Pedro II murió en la batalla de Muret. Con este hecho se ponía fin al predominio de la casa condal catalana al otro lado de los Pirineos.

la ya célebre universidad de París celebraron festejos durante varios días. Normandía, Anjou, Maine, Turena y otras tierras del Poitou y Saintonge, casi toda la Francia angloangevina, pasó a la soberanía directa del rey de Francia. Esto aparte, por compra o herencia, Felipe Augusto incorporó, antes o después de Bouvines, el Artois y el Valois, Evreux (1200) y multitud de feudos menores (Clermont, Montargis, Meulan, Alençon, Issoudun, Beaumont del Oise y otros). A su muerte, los dominios del rey de Francia eran, por primera vez, superiores a los de sus vasallos.

No es casual que Felipe Augusto adoptara la intitulación de rey de Francia en lugar de la de rey de los francos usada hasta entonces. En efecto, empezaba a existir un verdadero rey de Francia y ello no sólo desde el mero punto de vista territorial, sino también en el institucional: el antiguo Consejo real, continuación de las antiguas asambleas germanas, se desdobló en consejos técnicos, embrión de los futuros ministerios, mientras que las provincias eran excelentemente administradas por bailes regios que supieron explotar inteligentemente sus recursos. La administración central, emancipada de la tutela eclesiástica de los tiempos de Suger, adquirió ya decididamente un carácter estatal. Por otra parte, por la bula *Per venerabilem* el papado reconoció la independencia del reino de Francia respecto al Imperio.

El impulso dado por Felipe Augusto permitió a su hijo y sucesor Luis VIII durante su corto reinado (1223-1226) la incorporación del Poitou, Saintonge y Aunis. Pero lo más importante de este breve reinado fue el inicio de la política anexionista por parte de la monarquía capeta del mediodía de la Galia, las tierras de la lengua de Oc, que no se llamaban todavía Francia, verdadero mundo aparte de la Galia del Norte, con una mentalidad, una lengua y una civilización distintas, y con una órbita política que giraba alrededor de otros focos, particularmente el de los soberanos de Barcelona, reyes de Aragón. Felipe Augusto había rehusado prudentemente el papel de ejecutor de la sentencia papal de desposesión de los condes de Tolosa y demás pequeños soberanos del Midi (Carcasona, Béziers, Narbona, Foix, Montpellier, etc.), excomulgados por su apoyo a la

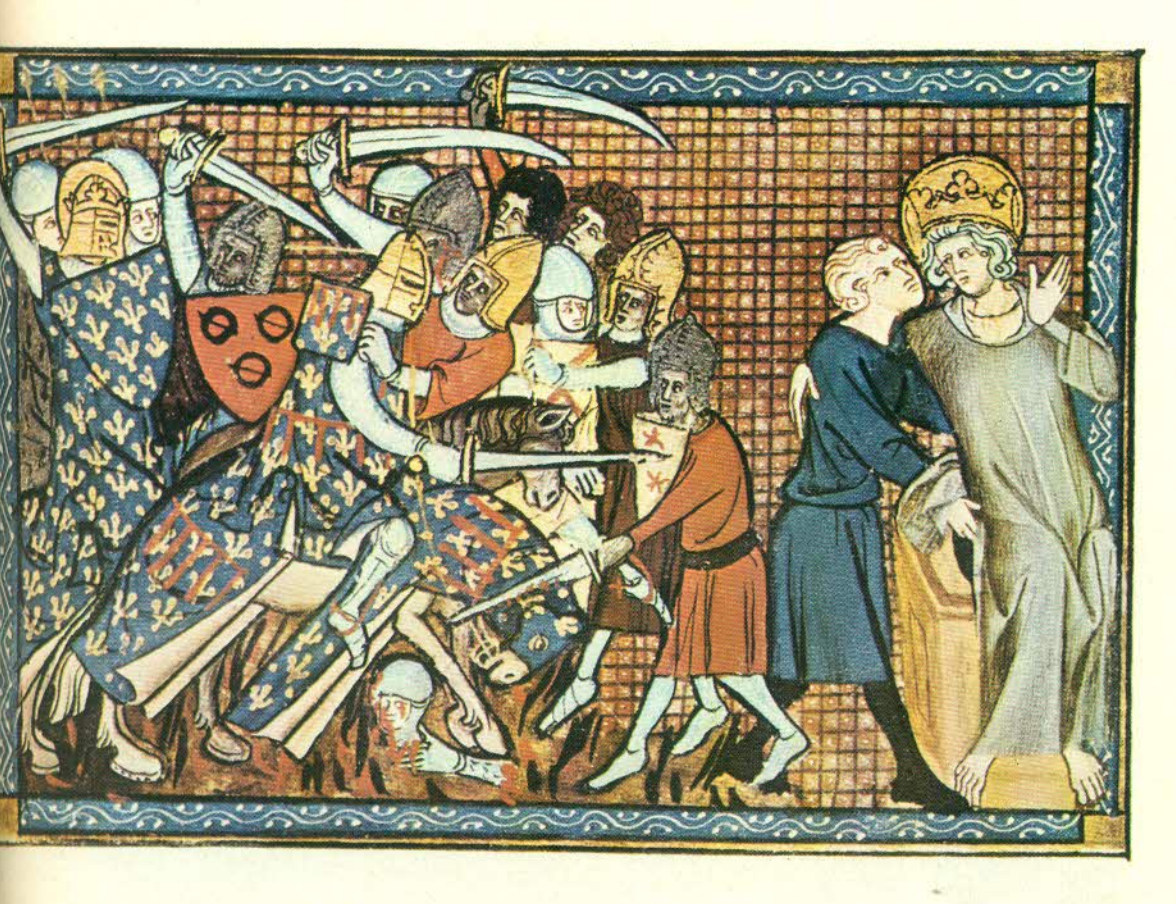
Representación de la batalla de Muret en un manuscrito de la "Cançó de Croada" (Biblioteca Nacional, París). El incontenible avance de la monarquía francesa avasalló a los grandes señores del sur de Francia, tomando como pretexto la herejía albigense.



herejía albigense. Pero de hecho habían sido sus vasallos franceses, bajo el mando de uno de ellos, el duro Simón de Montfort, quienes habían constituido los contingentes esenciales de la cruzada papal. Después de la muerte de Montfort, sólo el rey de Francia era capaz de asumir el papel de paladín de la causa papal, que así vendría a identificarse con la causa de Francia. Pero Luis VIII falleció cuando se disponía a emprender la expugnación de Tolosa, y su sucesor Luis IX era un niño. El conde Raimundo VII de Tolosa pudo, pues, conservar su condado, pero tuvo que aceptar la condición de casar a su heredera con el joven Alfonso de Poitiers, hermano de Luis IX (tratado de París, 1229), asegurando de esta forma la próxima anexión de Tolosa al patrimonio de los Capetos y en definitiva a la monarquía de Francia, mientras los vizcondados de Carcasona y Narbona eran directamente incorporados a la corona francesa.

Murallas de la "Cité" de Carcasona, reconstruidas por Viollet-le-Duc. Este vizcondado, después de la lucha contra los albigenses, fue incorporado directamente a la corona francesa.





San Luis en combate (miniatura de un manuscrito conservado en la Biblioteca Nacional de París). Durante su mayoría de edad, Luis IX hubo de hacer frente a dos crisis creadas por Teobaldo de Champaña y Hugo de Lusignan.

Bajo tan prometedores auspicios se inició el reinado de Luis IX el Santo (1126-1170), cuya madre y regente, Blanca de Castilla, supo mantener a raya a la nobleza feudal, que esperaba hallar en la minoría del monarca ocasión propicia para recuperar su poderío. Pero aun después de su llegada a la mayor edad, el joven soberano tuvo que hacer frente a dos graves crisis creadas, respectivamente, en 1236 por Teobaldo, conde de Champaña y rey de Navarra, y en 1243 por Hugo de Lusignan, conde de la Marche, ambos con amplios apoyos exteriores. La superación de estas crisis puso de manifiesto el grado de madurez adquirido por la monarquía francesa en el interior y su prestigio en el exterior, hasta el punto de convertirse en potencia hegemónica de un Occidente huérfano de las dos grandes monarquías universales del pontificado y el Imperio (este último especialmente a partir de la muerte del emperador Federico II, en 1250). Al prestigio de Francia contribuyó el prestigio personal, moral y religioso, de un monarca que sería canonizado muy pocos años después de su muerte, en 1297. La cruzada que dirigió contra Egipto (1248-1254) fue desastrosa (el propio monarca quedó cautivo), pero le valió una gran popularidad entre las masas humildes, las únicas capas sociales entre las que sobrevivía el espíritu místico de la cruzada.

La política exterior de Luis el Santo estuvo presidida por la idea de la paz, pero no hasta el punto de llevar su desinterés al extremo de sacrificar esencialmente los intereses de Francia. Si en el tratado de Corbeil (1258) con la Corona de Aragón renunció a toda pretensión sobre Cataluña, no hizo más que renunciar a una soberanía puramente teórica, que había perdido toda efectividad desde 987; pero el soberano catalán Jaime I renunció a cambio de algo muy actual y que había sido efectivo hasta escasos decenios antes, como era la esfera de influencia política catalana en el Languedoc. Y si en el tratado de París (1359) con Inglaterra, Luis IX devolvió a su cuñado Enrique III, después de haberle vencido en Saintes, la Guyena y las diócesis de Cahors, Périgueux y Limoges, desde luego a título de vasallaje, el inglés renunció definitivamente a toda pretensión sobre el resto de la gran herencia angevina arrebatada por Felipe Augusto. Se ha dicho que esta generosidad del rey santo fue la causa remota de la guerra de los Cien Años, pero



Escultura de comienzos del siglo XIV que representa a Luis IX (Museo de Cluny, París). La categoría moral que alcanzó este rey se pone de manifiesto en su papel de árbitro de Occidente, falto éste de las grandes monarquías que eran el pontificado y el Imperio.

Luis IX de Francia parte para la VII Cruzada desde el puerto de Aiguesmortes (Biblioteca Nacional, París). San Luis dirigió esta cruzada contra Egipto, pero sus resultados fueron tan desastrosos, que el propio rey quedó cautivo.





lo indiscutible es que puso fin a otra guerra secular y que aseguró la paz por espacio de un siglo.

La obra de religación territorial siguió su marcha progresiva (condado de Blois, Chartres y Sancerre, vizcondado de Chateaudun, Mâcon, Mortain, Clermont en Beauvaisis, etcétera), a despecho de las copiosas dotes territoriales creadas por el rey santo a favor de sus hermanos: el Artois para Roberto (1237); Anjou y Maine para Carlos (1241); Poitou y Auvernia para Alfonso (1246). De todas formas, estos príncipes no hicieron más que prolongar la acción real en sus dominios y fueron por sus matrimonios un factor muy positivo de unión. El matrimonio de Carlos de Anjou con la heredera de Provenza (1245) fue la base de la futura (bien que todavía remota) anexión de este país a Francia, mientras que la muerte en 1249 de Raimundo VII de Tolosa daba este territorio a su yerno Alfonso de Poitiers, es decir, a los Capetos. Por

Miniatura con episodios de la vida de San Luis IX, rey de Francia, que ilustra la obra "La flor de la historia", de Jean Mansel (Biblioteca Real, Bruselas). En estas miniaturas se narra la llegada a Francia de la corona de espinas de Nuestro Señor Jesucristo, enviada a San Luis por el emperador de Constantinopla a cambio de un subsidio pecuniario.

Restos del castillo de los cruzados en Biblos (Líbano). Tras haber satisfecho su rescate, Luis IX de Francia se dirigió a lo que quedaba de los Estados Cruzados, pero no consiguió que su prestigio pudiera imponerse y establecer la paz interior.



Captura y rescate de Luis IX de Francia en la VII Cruzada (Biblioteca Nacional, París). Después del desastre de Damieta, San Luis fue hecho prisionero en la batalla de Mansurah; después de pagar un cuantioso rescate, se dirigió a Tierra Santa.

otra parte, Roberto y Alfonso morirían sin sucesión y sus dominios reverterían pronto a la corona.

Gran pacificador, árbitro de Occidente, San Luis fue erigido en juez por diversos príncipes extranjeros, que confiaron la solución de sus litigios al espíritu de justicia y rectitud del soberano de Francia. Su muerte a consecuencia del tifus contraído en Túnez (1270), mientras dirigía la última de las grandes cruzadas europeas (más desastrosa aún que la de 1248), acabó de aureolar su figura y justificar su futura y relativamente próxima canonización.

No menos importante fue el reinado del rey santo en el orden institucional. Su preocupación por la justicia tuvo resultados tan positivos para el perfeccionamiento de la máquina estatal como la creación de un cuerpo de inspectores reales para vigilar la gestión de los bailes provinciales; los informes de es-

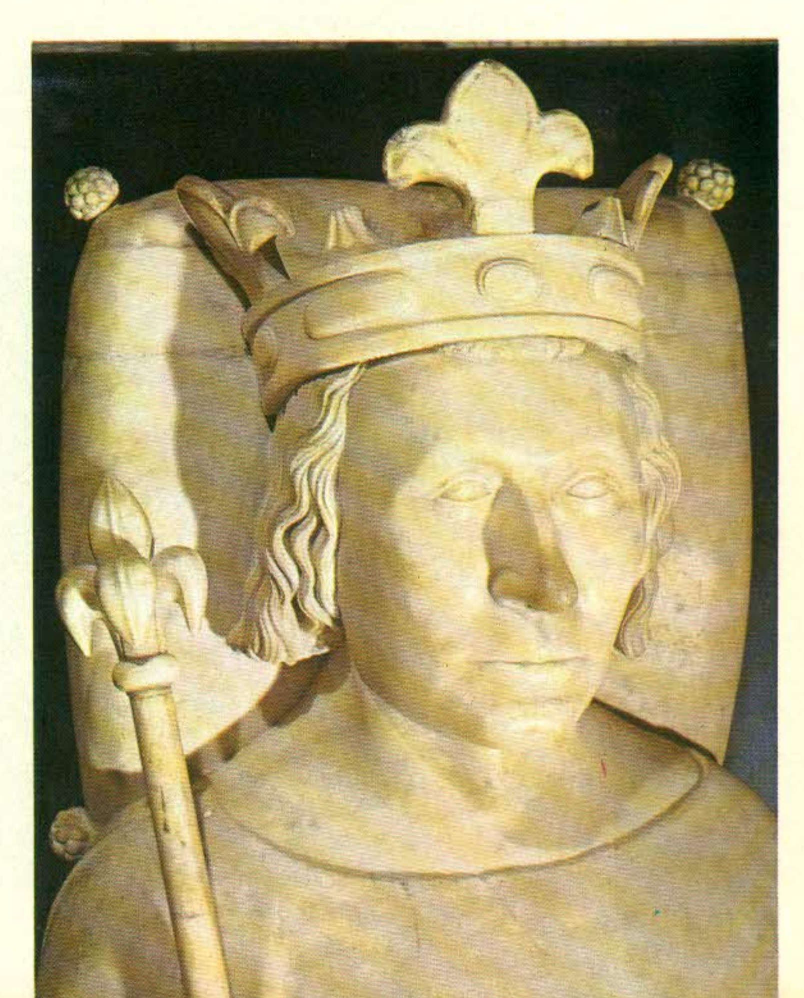
tos funcionarios fueron la base de muchas de las *Ordenanzas* reales (1247, 1254, 1256, etcétera) que tanto contribuyeron a la organización y pacificación del país. La abolición de los duelos judiciales, la interdicción de las guerras privadas y, sobre todo, la Ordenanza de 1263, regulando las acuñaciones de moneda real, fueron grandes golpes contra el feudalismo. Pero lo más notable en el aspecto institucional de este reinado fue la creación, en el seno de la curia real, de dos comisiones permanentes integradas por simples caballeros y clérigos, verdaderos técnicos, en sustitución de los grandes magnates. La primera de estas comisiones, especializada en la administración de justicia, fue el germen del Parlamento, y la segunda, con competencia financiera y sede en el Temple, lo fue de la Cámara de Cuentas. La distinción entre los servicios generales de la monarquía y los de la casa *(hotel)* personal del rey empezó a operarse claramente en este reinado.

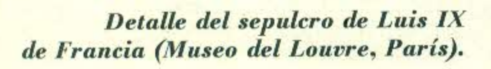


La Sainte-Chapelle, o capilla erigida por Luis IX en París para contener las reliquias de la Pasión. Fue su arquitecto Pierre de Montreuil y en ella las paredes se han sustituido por maravillosas vidrieras.

Partida de San Luis a la Cruzada (miniatura de la "Crónica" de Villani; Biblioteca Vaticana). La VIII Cruzada, dirigida contra Túnez, fue aún más desastrosa que la anterior, pues allí murió su hijo, el legado pontificio y el propio rey.

El prestigio de la monarquía francesa durante el reinado de San Luis se manifestó en la decisión del pontificado (Urbano IV, Clemente IV, papas franceses) de erigir al hermano del rey santo, Carlos de Anjou, rey de Provenza, en su paladín en la lucha contra los Staufen del sur de Italia. Investido del trono de Nápoles y Sicilia, Carlos de Anjou liquidó duramente la resistencia de los últimos Staufen (Manfredo, Conradino) e implantó en el mediodía de Italia una administración de tipo francés, muy rigurosa. Pero durante el reinado del hijo y sucesor de San Luis, Felipe III el Atrevido (1270-1285), la inesperada aparición de un nuevo campeón del decaído gibelinismo italiano en la perso-





Detalle del sepulcro de Luis IX de Francia (Museo del Louvre, París).

LA EVOLUCION POLITICA DEL SIGLO XIII

A principios del siglo XIII es todavía visible en Europa una tendencia a la unidad política bajo uno de los dos poderes universales: el papa o el emperador.

¿BAJO EL EMPERADOR?

Un nuevo Imperio romano.

Es lo que propugna el partido gibelino.

¿BAJO EL PAPADO?

Una Europa cristiana.

Es la alternativa defendida por los güelfos.

La posibilidad imperial se cierra hacia 1250 con el fracaso de Federico II frente al pontificado. Fracaso que el largo interregno que siguió a su muerte –durante veinticinco años no hubo emperador– y la orientación exclusivamente alemana de sus sucesores convierten en irreversible.

Si el pontificado y el Imperio aparecen a final de siglo como dos entidades anacrónicas, superadas por la evolución política, su desaparición como ideales no es inmediata. Los pensadores políticos siguen siendo en cierta manera güelfos y gibelinos.

Pero el papado, que ha logrado subordinar el poder imperial a sus intereses, no acierta a hacer entrar en su dependencia a los monarcas europeos. Muchos estados se han apresurado a hacerse feudatarios de la Santa Sede, actitud que es más una medida de prudencia política para protegerse de las pretensiones del emperador o de vecinos más poderosos que una garantía de sujeción a la política pontificia.

Los defensores del poder civil –un Dante, un Marsilio de Padua o Guillermo de Ockam– siguen considerando necesaria una instancia universalista, superior a los príncipes, única garantía de paz internacional.

Un grupo de teólogos extremistas defienden la reducción de todos los poderes civiles al poder espiritual y superior del papa.

El futuro de Europa son los estados nacionales –Francia, Inglaterra, Castilla, Aragón–, que en el siglo XIII empiezan a definir, frente a sus enemigos exteriores e interiores, una esfera propia de poder. Mas para los pensadores contemporáneos es difícil percibir claramente, a través de un mosaico de estados, principados y países la tendencia a la permanencia que algunos de ellos encierran y el carácter radicalmente nuevo de esta cristalización territorial.

na de Pedro el Grande, rey de la Corona de Aragón, esposo de Constanza Staufen, quien expulsó a los franceses de Sicilia (1282), arrastró a la monarquía francesa a una peligrosa aventura en la que su prestigio sufrió un serio menoscabo. En efecto, Felipe III, cuyo reinado se inauguró con la reversión a la corona de la copiosa herencia (Poitou, Auvernia, Tolosa) de su tío Alfonso de Poitiers, muerto sin sucesión (1271), se dejó arrastrar por las presiones de Martín IV, otro papa francés, y aceptó para su segundo hijo Carlos de Valois el trono de la Corona de Aragón, del que había sido desposeído (sobre el papel) el excomulgado monarca catalán. Erigido en ejecutor de la sentencia papal, Felipe el Atrevido, con su hijo Carlos de Valois, al frente de un brillante ejército de cruzados, emprendió la conquista de Cataluña, que acabó desastrosamente y costó la vida al propio soberano francés, víctima de la peste contraída durante el sitio de Gerona (1285).



Los testigos del juicio para la canonización de Luis IX de Francia deponen ante el papa Bonifacio VIII (Biblioteca Nacional, París).



Acto de la entrega a Carlos de Anjou, hermano de Luis IX de Francia y rey de Provenza, de la investidura del reino de Nápoles y Sicilia como feudo pontificio por el papa Clemente IV (fresco de la Tour Ferrade, en Pernes-les-Fontaines).

El fracaso ultrapirenaico de Felipe el Atrevido no afectó la solidez de la monarquía de los últimos Capetos directos. Ésta alcanzó su plenitud, lo mismo en el orden territorial que en el institucional, al mismo tiempo que su independización de la tutela papal, durante el reinado de Felipe IV el Hermoso (1285-1314), hijo y sucesor del Atrevido. ¡Enigmática figura la de este nieto de San Luis, frío, impasible e impenetrable como una estatua! ¿Fue un débil, un mediocre, dominado por sus ministros? ¿O fue él quien los escogió adrede como instrumentos idóneos para la realización de su ideal cesarista? El hecho fue que existió una absoluta

LA CUESTION DEL MEDIODIA EN FRANCIA

Todavía en la segunda mitad del siglo XII, el sur de la Galia nada tenía de común con Francia. Ni siquiera el nombre; nadie llamaba aún "franceses" a los habitantes de Aquitania, el Languedoc, la Provenza o la Guyena inglesa; Francia era únicamente el reino de los Capetos.

Países de fuerte tradición romana, asiento del reino godo de Tolosa y más tarde de la Aquitania carolingia, constantemente rebelde a los soberanos de Aquisgrán, el Midi era un mundo totalmente aparte de Francia. Bajo la égida de los condes de Tolosa, las regiones de la lengua de oc eran la sede de una brillante civilización, de la que la poesía trovadoresca constituía su testimonio más patente. Políticamente, los pequeños señoríos languedocianos (Béziers, Carcasona, Narbona, Montpellier) y pirenaicos (Foix, Cominges, Bigorra, Bearn) gravitaban más o menos directamente en la órbita de los soberanos de Barcelona, pronto reyes de Aragón, cuya influencia era asimismo notoria en Provenza. Sin embargo, la oposición de Tolosa hizo fracasar la consolidación de un imperio pirenaico gobernado desde Barcelona. Inconscientemente, los soberanos de Tolosa laboraron en pro de la futura anexión de su país a Francia. Huyendo de Barcelona, cayeron en París.

La difusión de la doctrina cátara en el Midi no hizo, en realidad, más que traducir en el plano religioso unas diferencias de mentalidad preexistentes. En aquella sociedad, de un nivel de vida más elevado y de una mayor libertad de costumbres que en la Francia del centro y del norte, el clero se distinguía por su relajación. Imperaban la simonía y el nicolaísmo; la reforma gregoriana había sido olvidada. "No son prelados, sino pilatos" *(non praelati sed pilati)*, decía de ellos Jacques de Vitry. El descrédito de la Iglesia oficial favoreció por contraste la propagación de las doctrinas de los cátaros o puros, inspiradas en el antiguo maniqueísmo. Preconizando la vuelta a la primitiva pobreza evangélica, negando los sacramentos y toda jerarquía eclesiástica, contestando el derecho de propiedad y la violencia, el catarismo tenía un vasto alcance social.

El éxito de su difusión entre la burguesía e incluso entre la nobleza amenazaba romper la unidad de la Iglesia. Tolosa y Albi (de ahí el nombre de albigenses) eran los principales focos del catarismo. Raimundo VI de Tolosa, Ramón-Roger de Béziers y otros muchos soberanos languedocianos o pirenaicos eran decididos protectores de los herejes, si es que no profesaban clandestinamente el catarismo. Fracasada la campaña de Domingo de Guzmán contra las predicaciones de los perfectos cátaros, la controversia cedió el paso a la violencia. En 1208, el asesinato del legado papal Pedro de Castelnau dio ocasión al enérgico pontífice Inocencio III para jugar cartas fuertes. Excomulgados Raimundo VI y muchos otros señores filocátaros, el papa predicó cruzada contra los herejes. La empresa ofrecía óptimas oportunidades de gloria y fortuna a la nobleza francesa y tuvo un éxito extraordinario. Un pequeño señor de la Isla de Francia, Simón de Montfort, ambicioso y duro pero eficaz, dirigió la campaña, que fue una auténtica guerra de exterminio, llevada a cabo con extraordinaria ferocidad. En veinte mil se cifra el número de víctimas del saqueo de Béziers, de las cuales siete mil se habían refugiado en una iglesia.

Ante la inminencia del ataque de los cruzados, Raimundo VI reconoció la soberanía del rey de Aragón, Pedro el Católico. Era demasiado tarde para salvar el Languedoc. Junto a los muros de Tolosa, la derrota de Muret (1213), con la muerte del temerario y leal soberano catalán, selló la suerte del Midi.

Cierto que el hijo de Raimundo VI, Raimundo VII, recuperó Tolosa en 1218, pero sólo pudo conservar sus estados aceptando casar a su heredera Juana con el hermano de Luis el Santo, Alfonso de Poitiers, y renunciando a las tierras del Bajo Languedoc (Narbona, Carcasona), que pasaron a la corona de Francia (tratado de París, 1229). Cuatro lustros más tarde, muerto Raimundo VII, Tolosa pasó a Alfonso de Poitiers, y de éste, al morir sin sucesión en 1271, a la corona de Francia. En 1244 los últimos albigenses (varios centenares de hombres, mujeres, niños y ancianos), refugiados en el castillo de Montsegur (Ariège), prefirieron morir en la hoguera antes que abjurar. Las horribles llamas de Montsegur parecieron iluminar trágicamente el final de la independencia de las tierras de oc.

S. S. V.

Iglesia llamada de las Vísperas Sicilianas, en Palermo, donde brotó la chispa del levantamiento contra los Anjou y a favor de Pedro III el Grande, de Aragón.

identificación entre el soberano y los legistas, Marigny, Flotte, Plessian y, sobre todo, Nogaret, formado en las universidades del Languedoc, donde prosperaban las enseñanzas del derecho romano, cuyas máximas estatistas pueden simbolizarse en el precepto *"Quod principi placuit, legis habet vigorem"* (La voluntad del rey es la ley). Para el logro de sus objetivos, el monarca y los legistas aplicaron una política tenaz y sin escrúpulos morales, que ofreció un vivo contraste con la ética cristiana de Luis el Santo.

Por de pronto, la marcha hacia la unidad territorial logró progresos notables. Ya desde el momento de su elevación al trono, Felipe IV vinculó la Champaña y algunos territorios pirenaicos (Soule, Bigorra) pertenecientes a su mujer, Juana de Champaña, reina de Navarra. En 1286 compró el condado de Chartres, y en 1303 adquirió Angulema, La Marche y Lusignan. Consumó asimismo la incorporación del Vivarais, de Lyon y de Valenciennes. Francia se acercaba a las fronteras naturales de la Galia –Atlántico, Pirineos, Mediterráneo, Alpes, Jura, Rin–, formulada por primera vez por Nogaret en un memorándum relativo al valle de Arán (territorio que, sin embargo, no pudo anexionar el rey francés). Espíritu realista, Felipe IV renunció a la aventura ultrapirenaica de su antecesor



Estatua yacente de Felipe III el Atrevido, de Francia, obra de Pierre de Chelles (abadía de Saint-Denis, París). La política de este rey continuó la de San Luis, incluso en su enemistad contra la corona de Aragón.

EL DERECHO ROMANO Y LA MONARQUIA DEL SIGLO XIII

Si la unificación de una sociedad colectiva dentro de un territorio determinado con una potencia soberana define el estado moderno, la nota más evidente del estado romano del Bajo Imperio, tal como aparecía a los hombres que en el siglo XII releían sus leyes, es la soberanía única y exclusiva de una sola persona, el emperador.

"En la compilación de Justiniano encontraron la imagen de una monarquía absoluta y administrativa de la que la libertad estaba ausente, pero en la que reinan el orden y la justicia; encontraron la plena soberanía en la persona del emperador, que era el único que hacía las leyes y que mediante ellas mandaba sobre todos los legistas, y se intentó hacer pasar ese ideal a la vida real y reconstruir el poder del emperador en provecho del rey."

En la larga historia que lleva del eclipse del estado con el feudalismo a la plenitud del estado moderno con las monarquías absolutas de los siglos XVI-XVII, al siglo XIII corresponde el redescubrimiento de la soberanía del monarca.

No es que la noción de estado romano encierre un contenido uniforme de Augusto a Diocleciano y que tal contenido sea transmitido puro por los legistas a sus contemporáneos. El emperador ha sido sucesivamente "Princeps", el primero de los magistrados y "Dominus", pero ha sobrevivido la concepción del poder como servicio público: el emperador gobierna por el bien de la comunidad.

Ha coexistido la noción romana de servicio público y la concepción asiática de la realeza como propiedad, pero el estado aparece como un dato impuesto a la comunidad, a manera de un postulado jurídico del que provienen todos los derechos.

Los legistas descubren antes el poder que emana del estado que el estado mismo. Pero ese poder se les revela completamente diferente del poder feudal. El señor feudal obtiene su poder pactando con su vasallo: "Tú harás esto porque me lo has prometido". El emperador romano ordenaba de otra manera: "Tú harás esto porque yo soy tu soberano".

¿Qué implicaba esta nueva autoridad? Entre polémicas y discusiones, los legistas reivindican unánimes dos facultades: a) el rey legisla para todo el reino, y b) el rey puede recaudar impuestos en todo el reino cuando sea necesario para el bien común.

Se tardará en enunciar las últimas consecuencias de estas premisas.

El poder no es una propiedad privada, es público y, como tal, inalienable e imprescriptible. Todo poder es un servicio a la comunidad. Es representativo –realiza una voluntad general– y sirve al bien común –es el único que provee todas las necesidades–.

LA TEORIA LLEVADA A LA PRACTICA

Aplicada al Imperio en los siglos XI-XII con Federico Barbarroja y Federico II. Aplicada a los reyes porque "el rey es un emperador en su reino" en el siglo XIII.

(paz de Tarascón, 1291), lanzándose, en cambio, con ímpetu a la conquista de la Guyena inglesa y de Flandes. Pero la caballería francesa fue derrotada aparatosamente por la infantería flamenca (la *canaille)* en Courtrai (1302), la batalla "de las espuelas de oro", y Felipe tuvo que renunciar a sus sueños y guardar a duras penas algunas plazas de lengua francesa, como Lille y Douai.

Courtrai demostró la ineficacia de la caballería feudal y la necesidad, por parte de la corona, de poseer ejército suyo financiado con sus propios medios. Pero los recursos de una monarquía feudal eran notoriamente insuficientes. Era preciso arbitrar nuevos ingresos. Fabricar moneda alterando su valor, viejo truco al que, por supuesto, recurrió el monarca con harta frecuencia, era, además de impopular, ilusorio. Los precios, impla-



El milagro de las moscas (iglesia de San Félix, Gerona). Al invadir Cataluña, Felipe el Atrevido llegó hasta Gerona, ciudad que ocupó. Pero en su campamento se declaró la peste, que se atribuyó a la picadura de unas moscas que salieron del féretro de San Narciso, patrón de la ciudad, al ser profanado por los soldados franceses.

Carlos el Cojo, hijo de Carlos de Anjou y príncipe de Salerno, hecho prisionero por Roger de Lauria (miniatura de la "Crónica" de Villani; Biblioteca Vaticana). El dominio del mar por parte de Pedro III el Grande, de Aragón, junto con la epidemia de peste fueron las causas que motivaron la retirada de Felipe el Atrevido de tierras catalanas.

cablemente, volvían a ajustarse a la realidad; lo que la corona ganaba de momento, lo perdía más tarde al tener que cobrar en la misma mala moneda. Las monarquías de la época no estaban todavía maduras para el establecimiento de un régimen de impuestos ordinarios regulares. En caso de crisis, el monarca podía solicitar ayuda (la "ayuda" feudal) de sus vasallos –la nobleza, las ciudades, la Iglesia– mediante acuerdos con ellos. Felipe el Hermoso trató de convertir este recurso extraordinario en ordinario, alegando una crisis constante. Al mismo tiempo quiso también convertir la "ayuda militar" en un recurso regular y exigir casi cada año el rescate del servicio con dinero. Obtuvo también cantidades de los siervos fomentando la liberación de la servidumbre (lo que ya habían iniciado sus antecesores). Además creó en sus dominios directos un impuesto sobre las ventas, el *maletote,* que produjo más disgusto que beneficio.

La Iglesia estaba exenta de la ayuda financiera; a cambio, pagaba el diezmo a la Santa Sede. Aunque el papa podía renunciar al diezmo a favor de un monarca abrumado



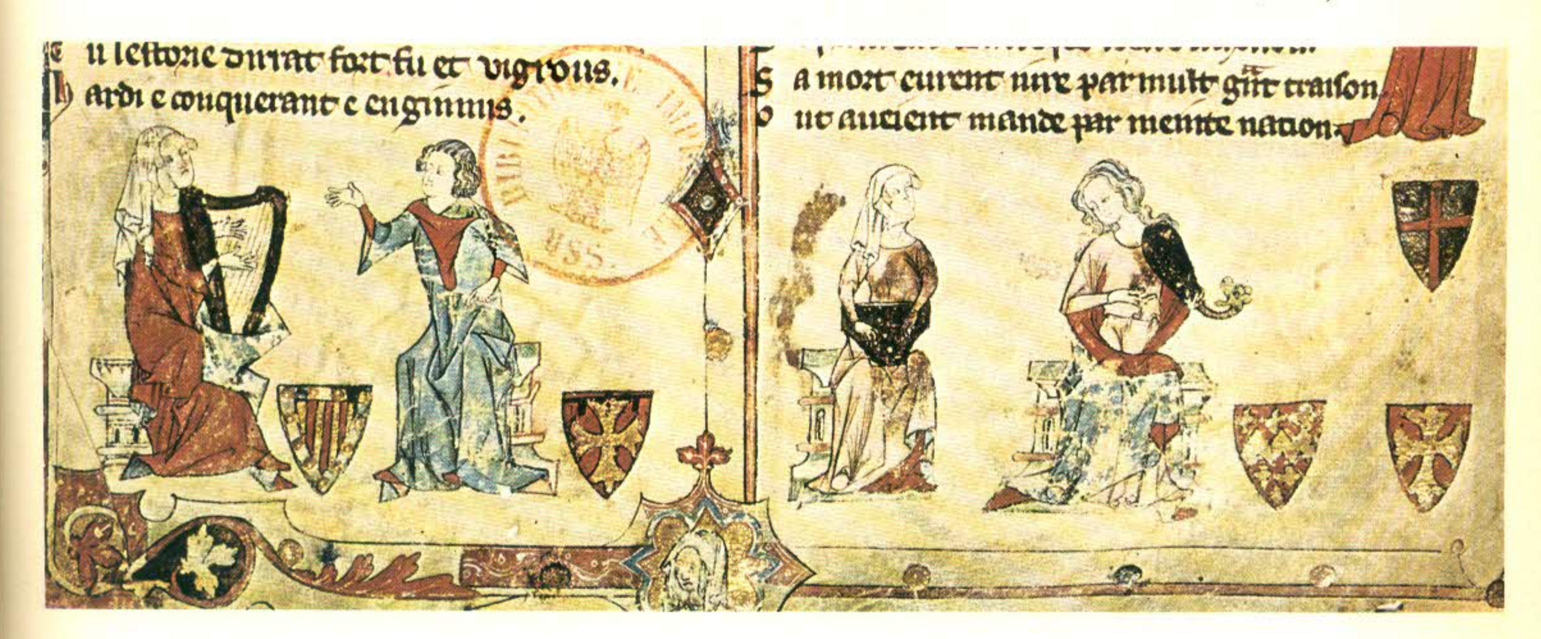
Felipe IV el Hermoso (detalle de la estatua yacente en la abadía de Saint-Denis, París).

por necesidades financieras (sobre todo si éstas eran debidas al sostenimiento de una causa de interés para la Iglesia), de hecho el diezmo suponía una evacuación constante y notable del oro del país hacia Roma. Evitar esta sangría, obtener el dinero de la Iglesia sin tener que recurrir al papa, llevó al rey y a sus legistas al violento conflicto con el papa Bonifacio VIII, en el que, por parte de ambos poderes, fueron invocados viejos principios de la antigua lucha de las Investiduras y en cuyo transcurso se manifestaron la intransigencia y obstinación del anciano pontífice, por una parte, y la brutalidad y falta de escrúpulos del rey y sus ministros, por otra. El conflicto culminó con el triste episodio de Anagni, donde Nogaret, secundado por la facción romana de los Colonnas, adversa al papa, forzó al pontífice a la convocatoria de un concilio que había de destituirle. Bonifacio VIII enloqueció y murió al cabo de un mes (1303), y sus débiles sucesores se doblaron ante el poder de la monarquía de Francia. Benedicto XI absolvió al rey, y su sucesor Clemente V (un francés, arzobispo de Burdeos) fijó su residencia en Aviñón (1305), dando comienzo a la etapa conocida por "la cautividad de Babilonia". En 1311 absolvió al mismo Nogaret. Un año antes, forzado por el rey, el papa forzó a su vez al concilio de Vienne a autorizar el proceso de los Templarios, otro episodio típico de la política estatista y financiera de Felipe el Hermoso y de sus métodos expeditivos.

Las enormes riquezas de la Orden del Temple despertaban la codicia de los monarcas y atraían contra ella la animosidad de los pueblos. Fue también Nogaret quien inculcó al rey la idea de secuestrar los bienes de la



Armadura de Felipe IV el Hermoso, de Francia (Palacio Ducal, Venecia). La derrota de su caballería en Flandes planteó la necesidad de que la corona poseyera un ejército propio.



Músicos del siglo XIV tocando diferentes instrumentos (miniatura de la "Gesta de Aleixandre"; Biblioteca Nacional, París).

Orden (1307), acusándola de graves vicios (sólo ciertos en mínima parte), y la de obtener del sumiso Clemente V y de otro concilio francés su abolición, junto con la autorización para instruir contra sus jerarquías un inicuo proceso que acabó mandando a la hoguera a cincuenta y seis caballeros (1314). La corona de Francia se benefició de la mayor parte de los copiosos bienes de la Orden, y el ejemplo fue seguido, desde luego, por los demás monarcas de Occidente, si bien –dice con ironía Robert S. López– "tuvieron la delicadeza de no mandarlos [a sus miembros] a la hoguera".

Sin embargo, la actuación de Felipe IV respecto a Roma y al Temple fue popular en Francia. El clero francés estuvo a su lado en el conflicto de los diezmos y el pueblo aplaudió la expoliación de los Templarios. Y es que el sentimiento nacional había evolucionado lo suficiente para anteponer el interés del país a toda otra consideración. El monarca cuidó de procurarse el apoyo previo de sus súbditos convocando en repetidas ocasiones el *Concilium generale* y dando cabida en él a los representantes de las ciudades (1301, 1302, 1308). En 1314 solicitó de la asamblea un subsidio extraordinario. Así nacieron, a imitación de otros países, los Estados Generales, con facultades financieras como el Parlamento inglés o las Cortes de los reinos ibéricos, institución que tuvo un origen tardío en Francia, precisamente el país en el que había de alcanzar siglos más tarde un desarrollo tan trascendental.

Sin embargo, las exacciones acabaron por exasperar al pueblo, que añoraba los tiempos de "Monseñor San Luis". A la muerte del rey se produjo una inmediata reacción. Durante el breve reinado de su hijo Luis X el Terco (1314-1316) levantáronse ligas feudales, detrás de las cuales estaba Carlos de Valois, tío del monarca. Durante los seis años del reinado de Felipe V el Largo (1316-1322), hermano del anterior, se perfeccionaron los Estados Generales, ya que el monarca tuvo que apoyarse en ellos para que reconocieran su elevación al trono (puesto que Luis X tenía una hija). Lo mismo sucedió en el reinado del tercer hijo de Felipe IV, Carlos IV el Hermoso (1322-1328), que sucedió a su hermano a pesar de que también éste tenía hijas; así se legalizó de hecho el apartamiento de las mujeres en la sucesión al trono francés, al mismo tiempo que la monarquía de Francia parecía convertirse en constitucional como la de Inglaterra o la de la Corona de Aragón. Al morir Carlos IV sin sucesión masculina (1328), se extinguió la línea directa de los Capetos, iniciada en 987. La corona fue

Iglesia del monasterio de Eunate, en Navarra (aquí abajo) y claustro de la iglesia de San Juan de Duero, en Soria (página de enfrente, abajo), que pertenecieron a los templarios. El ataque y destrucción de esta Orden parecen estar íntimamente relacionados con el problema financiero de Francia. La poca energía de los papas franceses ayudó a disolverla y los demás estados occidentales se apresuraron a beneficiarse de ello, ocupando sus posesiones.



atribuida a Felipe VI de Valois, hijo de Carlos de Valois y primo hermano de los tres últimos soberanos. Ello contra los posibles derechos de Eduardo III de Inglaterra, único nieto varón de Felipe el Hermoso, aunque por línea femenina. He aquí planteado el conflicto sucesorio que conduciría a la funesta guerra de los Cien Años.

Desde 987 a 1328 –unos tres siglos y medio–, el pequeño patrimonio de Hugo Capeto se había convertido en Francia. Fuera de ella quedaban sólo la Guyena inglesa, la Borgoña condal (Franco Condado) y el ducado de Lorena, que formaban parte del Imperio, y los pequeños señoríos del Bearn (de Navarra), Montpellier (de Cataluña) y Aviñón (de los papas). Aunque de hecho también Bretaña, Provenza y Flandes eran feudos independientes, la monarquía francesa era la más poblada del occidente cristiano. El país era próspero y rico. Los papas residían dentro de sus fronteras. Un escritor, Pierre du Bois, podía redactar un tratado preconizando una unión de naciones cristianas presidida por el rey de Francia, una nueva visión del Imperio europeo, aunque bajo la hegemonía francesa.

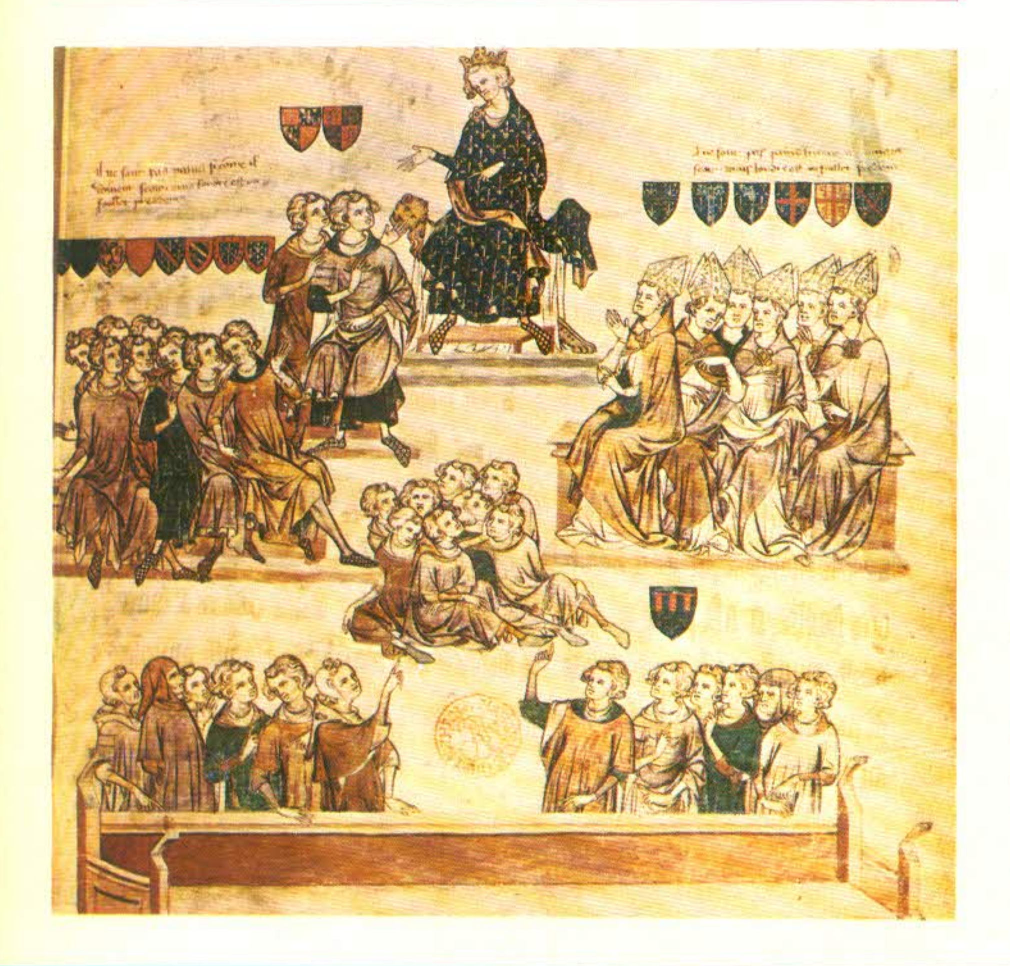
Pero la formación de la unidad de Francia debería sufrir todavía una larga y durísima prueba.



Bonifacio VIII (Colección Gioviana, Florencia). Felipe IV se negó a que se pagaran los diezmos a Roma. La discusión que ello motivó pareció renovar la lucha de las Investiduras. En Anagni, el representante del rey francés se apoderó de la persona del pontífice, pero aunque éste fue liberado por los habitantes de aquella población, enloqueció y murió a poco.

BIBLIOGRAFIA

Bainville, J.	*Historia de Francia* (3.ª ed.), Barcelona, 1944.
Benoist, Ch.	*La monarquía francesa,* Madrid, 1945.
Calmette, J.	*Le monde féodal* (colección "Clío"), París, 1951.
Halphen, L.	*L'essor de l'Europe (XIe-XIIIe siècles),* tomo VI de la colección "Peuples et Civilisations", París, 1932.
Hampe, K.	*La alta Edad Media Occidental,* vol. III de la "Historia Universal" dirigida por W. Goetz, Madrid, 1946.
Lavisse, E., y Rambaud, A.	*Histoire générale du IVe s. à nos jours,* tomo II, París, 1893-1900.
López, R. S.	*El nacimiento de Europa,* Barcelona, 1965.
Lot, F.	*Naissance de la France,* París, 1948.
Perroy, E.	*La Edad Media* (2.ª ed.), vol. III de "Historia General de las Civilizaciones", Barcelona, 1965.
Petit-Dutaillis, Ch.	*Le monde féodal en France et en Anglaterre,* París, 1933.
Pirenne, H.	*Del Islam al Renacimiento,* vol. IV de la "Historia Universal" del mismo autor, Barcelona, 1953.
Pirenne, H., y otros	*La fin du moyen age,* vol. VII de la colección "Peuples et Civilisations", París, 1931.
Schneider, F.	*El nacimiento de los estados nacionales,* vol. IV de la "Historia Universal" dirigida por W. Goetz, Madrid, 1946.



Felipe VI de Valois preside una reunión de los Estados Generales (Biblioteca Nacional, París). Con Felipe VI, primo hermano de los últimos Capetos, se entroniza en Francia la dinastía de los Valois, en contra de los derechos, si bien por línea femenina, de Eduardo III de Inglaterra, con lo cual queda planteada la guerra de los Cien Años. Por otra parte, la incorporación de los representantes de las ciudades al "Concilium generale", en época de Felipe IV el Hermoso, transformó este organismo en los Estados Generales.



Castillo de Falaise (Calvados, Francia), en el que nació Guillermo el Conquistador. Después de 1066, Guillermo sería rey de Inglaterra y duque de Normandía.

El sistema constitucional en Inglaterra. Desaparición del Imperio como realidad

por SANTIAGO SOBREQUÉS VIDAL

La conquista de Inglaterra por Guillermo de Normandía (1066) no sólo cerró para siempre la etapa de las invasiones en la isla, sino que además puso los cimientos de la primera monarquía nacional que existió en Occidente. Una monarquía fuertemente centralizada que, por un complejo de circunstancias, evolucionó prematuramente hacia un constitucionalismo que contrastó con la evolución política de otras monarquías, especialmente la de los Capetos franceses. Pocas batallas han sido tan decisivas como la de Hastings, tan bellamente interpretada en la célebre tapicería de Bayeux.

La pequeñez del país y la facilidad de comunicaciones permitieron una conquista rápida y total. Arruinada por la derrota la poderosa aristocracia anglosajona de los *ealdormen,* Guillermo el Conquistador pudo trasplantar a la isla las instituciones favorables al establecimiento de una monarquía robusta, implantando el feudalismo normando,

Moneda de Guillermo el Conquistador, rey de Inglaterra (Museo Británico, Londres).



Fachada de la abadía de Las Damas, en Caen, fundación de Matilde, esposa de Guillermo el Conquistador.

que había superado ya su etapa anárquica. Y ello sobre la base de lo mucho de positivo que existía en las instituciones anglosajonas. El rey distribuyó los feudos entre unos centenares de guerreros normandos adictos, fuertemente sujetos por el juramento *lige,* es decir, de fidelidad eminente al rey (sin intermediarios). De la herencia anglosajona recogió la existencia de un verdadero ejército nacional, el *fyrd;* la de un impuesto, el *danegeld,* de carácter general, que se anticipaba en siglos al que podrían percibir otros monarcas europeos, y una excelente organización comarcal, los condados o *shires,* con sus *sheriffs* y sus tribunales ordinarios.

El país entero pudo ser administrado como un dominio privado. Todos los poseedores de bienes, normandos o anglosajones, nobles o plebeyos, fueron censatarios de la corona. Y en 1086 la pequeñez del país permitió la elaboración de un catastro completo, el *Domesday,* en el que, según un contemporáneo, "no hubo buey, ni vaca ni cerdo que no fuese inventariado". El *Domesday Book,* actualizado después varias veces por los sucesores del Conquistador, es un documento precioso para los historiadores (aunque no haya llegado completo hasta nosotros), pero no lo fue menos para los monarcas ingleses para conocer la riqueza del país y poder acomodar a ella un régimen fiscal más justo y real. Asimismo recogió Guillermo I de las instituciones anglosajonas el Consejo General o *Curia regis,* con un funcionamiento regular y dividido en comisiones especiales como la de Cuentas o del *Echiquier* (del nombre del curioso tablero de que se servían para las cuentas), que en Francia no existió hasta la época de San Luis. También las relaciones con el clero fueron estructuradas de nuevo cuño a base de un concordato con la Santa Sede, que aseguraba al monarca una autoridad mucho más potente que en el resto de la cristiandad.

A la muerte del Conquistador (1087), Inglaterra y Normandía se separaron. La corona inglesa correspondió al segundo hijo, Guillermo II el Rojo (1087-1100), príncipe violento, que comprometió la obra de su padre y que murió asesinado. Normandía, considerada como el patrimonio más importante, correspondió al primogénito, Roberto Courteheuse, pero el tercer hijo del Conquistador, Enrique I Beauclerc, que había sucedido a Guillermo II en Inglaterra, aprovechó la ausencia de Roberto en la cruzada para usurparle el trono normando, uniendo de nuevo Inglaterra y Normandía e iniciando las luchas en el continente que a la larga habían de ser fatales para la monarquía inglesa. Con Enrique I (1100-1135) se produjo el primer choque con la Iglesia inglesa, representada por San Anselmo, arzobispo de

Los famosos arqueros normandos, cuya intervención fue decisiva en la batalla de Hastings (detalle del tapiz de Bayeux). Esta batalla cimentó la primera monarquía nacional y centralizada que existió en Occidente.



Cantorbery, que se resolvió por el *Concordato de Londres* (1107), a base de asegurar al soberano la investidura de lo temporal, reservando para Roma lo espiritual. El concordato de Londres fue, por tanto, una verdadera anticipación de la solución que iba a prevalecer poco más tarde en Worms.

La muerte sin sucesión varonil de Enrique Beauclerc dio lugar a un nuevo episodio bélico en el continente. Su hija Matilde, esposa de Godofredo Plantagenet, conde de Anjou, no fue aceptada en Inglaterra. Un sobrino de Enrique I, Esteban de Blois (Esteban I, 1135-1154), se coronó en Westminster, separando nuevamente Inglaterra de Normandía. La lucha contra los Plantagenet obligó al rey Esteban a transigir con la aristocracia laica y eclesiástica inglesa, otorgándole concesiones que limitaron la autoridad real. Además, Esteban tuvo que reconocer como sucesor al hijo de sus competidores, Enrique, quien efectivamente fue proclamado rey a la muerte de Esteban. Así se inició en Inglaterra la dinastía de los Plantagenet o Anjou.

Esta nueva dinastía, señora de una gran parte del suelo frances, consumó la unión de Inglaterra y el oeste de Francia, es decir, consagró la existencia de una monarquía anglofrancesa, uno de los hechos más notables de la historia del occidente medieval. Los primeros Plantagenet fueron mucho más angevinos, esto es, franceses, que ingleses. El nuevo monarca, Enrique II (1154-1189), atleta pelirrojo, culto, refinado y sensual, salvó la obra de Guillermo el Conquistador. Trabajador infatigable, gran administrador y diplomático astuto, su oportunísimo matrimonio con Leonor de Aquitania (1154), repudiada por Luis VII de Francia, hízole dueño de todo el oeste de la Galia, desde los Pirineos al canal de la Mancha, y de una buena parte del centro de Francia (Auvernia); desde luego, los dominios del rey de Inglaterra



Sello que representa a San Anselmo de Cantorbery, cuyas disputas con Enrique I por motivos de investiduras se solucionaron por el concordato de Londres (Museo Británico, Londres).

Asesinato de Thomas Becket (miniatura del siglo XIII; Museo Británico, Londres), arzobispo de Cantorbery, que antes había sido canciller de Enrique II, por adictos de éste. Enrique II chocó con el rey de Francia, con sus súbditos y con los miembros de su propia familia por su carácter autoritario.

en Francia eran bastante más extensos que los del rey de París. Más que de un estado anglofrancés, tratábase de una monarquía francesa de la que Inglaterra era una especie de apéndice ultramarino. Enrique II hablaba en francés, comprendía el provenzal y el italiano y leía en latín, pero ignoraba el inglés.

Y, sin embargo, realizó una gran obra institucional en Inglaterra al robustecer la autoridad real, extender sobre todo los tribunales reales, perfeccionar el *Echiquier,* sustituir a los *sheriffs* nobles por técnicos de extracción burguesa, reorganizar el *fyrd* (ejército) y, en fin, afirmar en todas partes la autoridad real, decaída en los reinados anteriores, sobre la de los nobles. Pero su autoritarismo (*Constituciones de Clarendon,* 1164) chocó violentamente con la Iglesia, representada por el enérgico arzobispo de Cantorbery Tomás Becket, su antiguo canciller, cuyo asesinato a manos de adictos del rey (1170) comprometió gravemente el prestigio del soberano ante la cristiandad, obligándole a una humillante penitencia. Los numerosos enemigos de Enrique II, especialmente el rey de Francia, aprovecharon la ocasión para desacreditar al Plantagenet (canonización de Tomás Becket), quien vio levantarse contra él a sus propios hijos y a la reina, aliados con facciones nobiliarias descontentas del autoritarismo del monarca.

Enrique II trató de extender su soberanía



Godofredo Plantagenet, conde de Anjou, representado en una placa de esmalte (Museo de Le Mans). Casado con Matilde, hija de Enrique I, no pudo verse reconocido como rey de Inglaterra a la muerte de su suegro, pero sí consiguió que lo fuera su hijo Enrique II, con quien se instauró la familia de los Plantagenet.



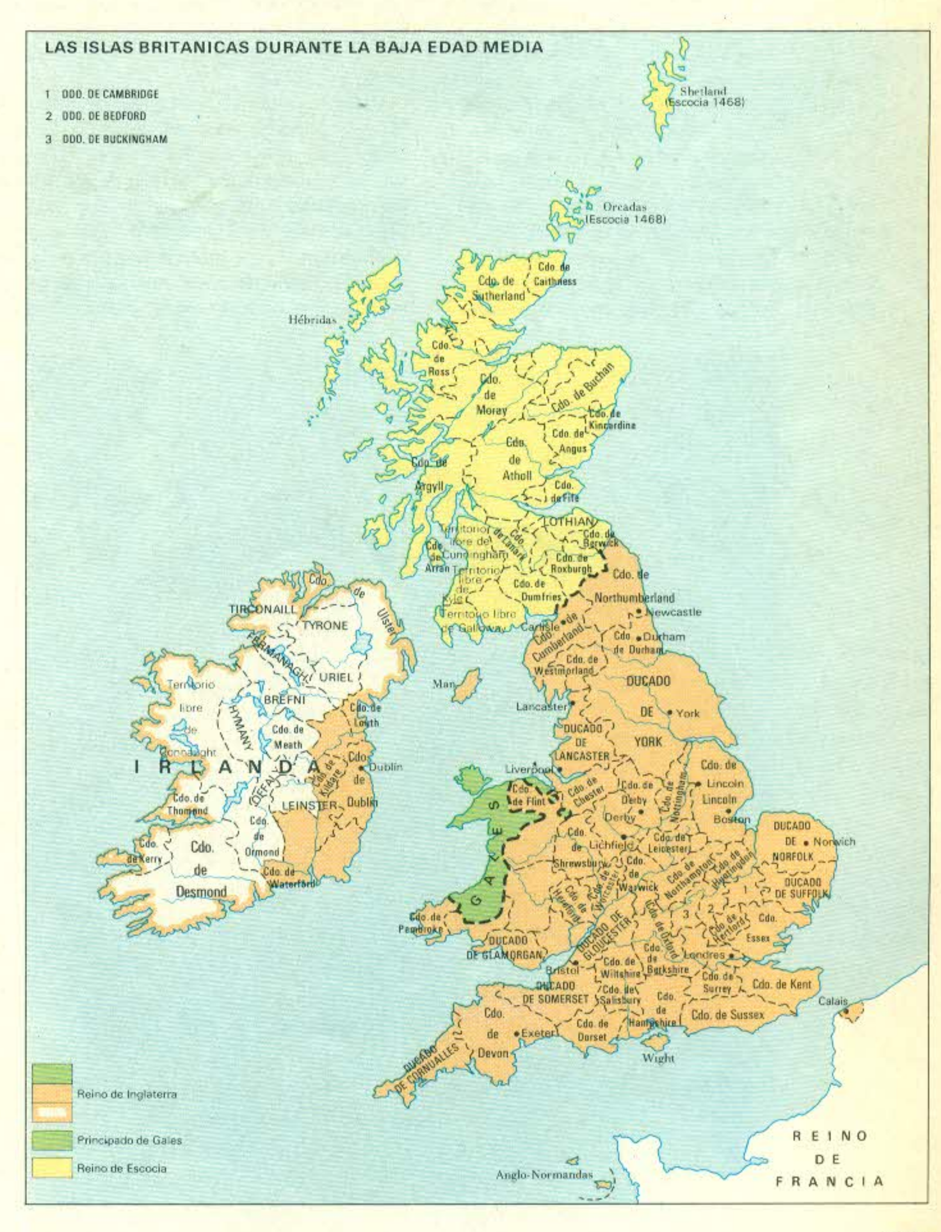
El rey Ricardo Corazón de León parte a la Cruzada (detalle del tapiz de la serie conmemorativa del noningentésimo aniversario de la batalla de Hastings). El absentismo del rey por su participación en la Cruzada (aumentado además por su prisión a manos del duque de Austria) coadyuvará a la instauración del sistema constitucional en el país.

a sus vecinos de las islas: Gales, Escocia e Irlanda. Consiguió que los reyes de Gales y Escocia reconocieran su señorío superior, pero tal soberanía no pasó de ser puramente nominal. En cuanto a Irlanda, sus proyectos de invasión de la isla, aupados por un papa inglés, Adriano IV, que no toleraba el secular espíritu independentista del clero irlandés, fracasaron por completo.

Pese a ser Enrique Plantagenet uno de los soberanos más ricos de Occidente, los gastos copiosos de sus constantes luchas en el continente, eterna sangría para la Inglaterra medieval. acabaron por comprometer gravemente el tesoro regio. Sus sucesores, menos dotados, se encargarían de acabar de agotarlo.

En efecto, su hijo y sucesor Ricardo I, llamado Corazón de León por su bravura personal (1189-1199), fue un brillante caballero que alcanzó fama legendaria en la tercera cruzada, pero un gobernante harto mediocre. Sus luchas contra los Capetos, enfrentándole a un rival de la talla de Felipe Augusto, fueron poco afortunadas y, aprovechando el descontento del país y las ausencias del monarca (cautivo un tiempo de Leopoldo de Austria), su propio hermano Juan se coronó rey. Ricardo recuperó la corona a su regreso, pero al poco tiempo murió en un oscuro hecho de armas en el Lemosín, víctima de su impenitente temeridad.

Los orígenes del constitucionalismo inglés se sitúan tras la muerte sin sucesión de Ricardo I, que colocó en el trono, o en los tronos, de Inglaterra, Anjou, Poitou, etc., a su hermano Juan, llamado Juan Sin Tierra o también Juan Espada Blanca por sus pérdidas territoriales y su inanidad bélica (1199-1216). Intrigante y mediocre, codicioso y falto de escrúpulos, Juan fue juguete de la diplomacia de "su señor" Felipe Augusto, quien aprovechó sus violencias y su desprestigio para desposeerle de sus feudos franceses, después de haberle citado ante su tribunal para responder de un atropello cometido por el Plantagenet (1202). La ejecución de la sentencia de desposesión fue muy rápida. Juan no fue defendido por sus propios súb-



ENRIQUE II Y TOMAS BECKET

El conflicto entre Enrique II de Inglaterra y el arzobispo de Cantorbery es el episodio más dramático de la pugna entre los ideales hegemónicos de la Iglesia y el estado en la Edad Media.

Apenas subido al trono, Enrique II Plantagenet, joven de veintiún años, aplicóse con una laboriosidad y energía insólitas a la restauración del país y al restablecimiento de la autoridad real, tan decaída durante el anterior reinado del rey Esteban. En esta labor de reconstitución del tesoro y el patrimonio regios, de restablecimiento del orden y la seguridad mediante el licenciamiento de los mercenarios extranjeros, la destrucción de fortalezas nobiliarias y la puesta en cultivo de muchas tierras abandonadas, encontró el monarca un colaborador excepcional en Tomás Becket. Hijo de un rico comerciante de Londres, Becket, tan tenaz y laborioso como el rey, joven de su misma edad y absolutamente identificado con sus ideas, se ganó la confianza y la amistad del monarca, que le elevó a la cancillería del reino. En 1162 Enrique II creyó recompensar los servicios de su amigo y canciller promoviéndolo al arzobispado de Cantorbery. Fatal decisión, ya que la misma energía desplegada por el canciller al servicio del prestigio de la monarquía púsola ahora en defensa de los privilegios de la Iglesia.

Para el monarca, la Iglesia debía plegarse ante la autoridad real en la misma medida que los demás estamentos privilegiados. Para Becket, la sumisión de la Iglesia al estado era fuente de males irreparables. Temperamentos fuertes ambos e igualmente intransigentes, el choque entre el rey y el primado de Inglaterra no tardó en estallar con extremada violencia. Antes de un año de su elevación al arzobispado, la oposición de Becket a que los clérigos acusados de delitos comunes fuesen sometidos a los tribunales reales provocó la ira del soberano, quien acabó por promulgar (1164) las llamadas *Constituciones de Clarendon,* que entrañaban la supresión de las inmunidades eclesiásticas en materia de jurisdicción. Becket, sintiéndose personalmente amenazado, huyó a Francia, donde pasó seis años, durante los cuales continuó oponiéndose tenazmente a los designios de su soberano mediante una infatigable propaganda de escritos en los que se invocaban principios del derecho civil y canónico. Fue una encarnizada polémica, llevada a extremos de gran violencia verbal, a la que consiguió poner fin en 1170 el papa Alejandro III, temeroso de que el monarca inglés se aliara con su enemigo el emperador de Alemania. El papa logró una reconciliación entre ambos rivales y Becket regresó a su patria, donde el rey le repuso en la silla arzobispal, de la que le había antes exonerado.

Pero la reconciliación no era sincera. Rey y prelado seguían aferrados a sus principios; el menor incidente podía hacer rebrotar el conflicto; la paz entre ambos (en realidad, era una simple tregua) no podía durar. Y no duró. Para ser exactos, precisaremos que apenas llegó a durar un mes. En noviembre del mismo año 1170, cuando, en ocasión de la coronación del primogénito de la corona, Enrique II encomendó la ceremonia al obispo de York, Becket se indignó por tal desconsideración y excomulgó al monarca. En un acceso de cólera, Enrique II dejó escapar una frase imprudente: "¿Es que no habrá nadie capaz de librarme de este clérigo importuno?". Cuatro caballeros devotos del monarca, interpretando estas palabras como una orden, asesinaron al prelado al pie del altar mayor de la catedral de Cantorbery (29 diciembre de 1170).

El crimen levantó una ola de indignación en Europa, hábilmente explotada por los numerosos enemigos del rey inglés, especialmente Luis VII de Francia. Roma proclamó a Tomás Becket mártir de la fe y procedió a su canonización. Enrique II, amenazado de una ruptura total con la Iglesia, condenó públicamente el atentado y visitó como penitente la tumba de su víctima, ofreciendo el vasallaje de Inglaterra e Irlanda a la Santa Sede. Pero lo más importante es que tuvo que anular las Constituciones de Clarendon y reconocer la inmunidad eclesiástica ante la justicia civil. Sin embargo, en 1175 Enrique II consiguió del legado pontificio el reconocimiento tácito de determinadas excepciones, como la de delitos de los clérigos en bosques reales; una brecha abierta para futuras injerencias del poder real. De hecho, la posición de la monarquía frente a la Iglesia en Inglaterra quedó robustecida a pesar de la tremenda crisis del conflicto de Santo Tomás Becket.

S. S. V.



ditos y en menos de cuatro años (1202-1206) Normandía, Anjou, Maine y buena parte del Poitou fueron conquistadas por Felipe Augusto. Para colmo de males, Juan fue excomulgado por el papa Inocencio III (1209) a raíz de la provisión de la sede primada de Cantorbery. Más tarde, habiendo reanudado la guerra, aliado con su sobrino el emperador Otón IV y una gran coalición de señores de Flandes y Alemania, fue derrotado decisivamente en Bouvines (1214), batalla cuya trascendencia ha sido ya señalada.

Pero Bouvines no fue solamente decisiva para la historia de Francia. Juan Sin Tierra, temeroso de ser desposeído incluso de la corona inglesa, creyó conjurar el peligro declarándose vasallo del papa. Tal decisión hirió el orgullo nacional de sus súbditos ingleses,

Sello de Ricardo Corazón de León (Museo Británico, Londres).

Construcción de un edificio en Inglaterra a principios del siglo XIII (detalle del Salterio de Cantorbery; Biblioteca Nacional, París).



ya harto descontentos de los fracasos y las exacciones tributarias del soberano. En 1215 un grupo de nobles, prelados y representantes de las ciudades, reunidos con el monarca en Runnymede, obligáronle a aceptar la llamada *Carta Magna,* documento por el que el rey reconocía los privilegios de la nobleza y el clero, las libertades de las ciudades y la obligación de someter la exacción de las ayudas financieras extraordinarias *(ecuages)* a la aprobación de un Consejo del reino con representación de los tres estamentos.

La Carta Magna consagraba privilegios ya existentes, iguales a los de otros países de Occidente; muchos soberanos habían tenido que aceptar en circunstancias adversas compromisos semejantes; el pacto entre el señor y el vasallo era la esencia del feudalismo. Pero las limitaciones que la Carta establecía al arbitrio real eran un freno al despotismo, y las oportunidades de colaboración en el gobierno que ofrecía a los súbditos serían el punto de partida de una evolución que, al amparo de un complejo de circunstancias especiales, conduciría al constitucionalismo.

Juan Sin Tierra murió al poco tiempo (1216) y durante al largo reinado de su hijo Enrique III (1216-1272) la evolución política hacia el constitucionalismo hizo progresos decisivos. El *Tratado de París* (1229) con Luis el Santo, ya reseñado, permitió a la corona inglesa recuperar una parte de sus dominios franceses (desde luego, asegurado su vasallaje respecto al rey de Francia) y abrió un período de medio siglo de paz entre ambas monarquías. Pero Enrique III tuvo que sostener una dura pugna política con sus barones ingleses, que, dirigidos por Simón de Montfort, conde de Leicester, cuñado del rey e hijo del vencedor de los albigenses, querían asegurar las conquistas logradas en 1215. El Consejo real, llamado Parlamento desde 1239, fue institucionalizado: el rey debería convocarlo tres veces al año y de su seno sal-



Captura de Ricardo Corazón de León a su regreso de la Tercera Cruzada (miniatura de un manuscrito de la Universidad de Berna). La larga ausencia del rey permitió las maquinaciones de su hermano Juan Sin Tierra para hacerse con el trono de Inglaterra.



Juan Sin Tierra firma la "Carta Magna" (detalle del tapiz de la serie conmemorativa del noningentésimo aniversario de la batalla de Hastings).

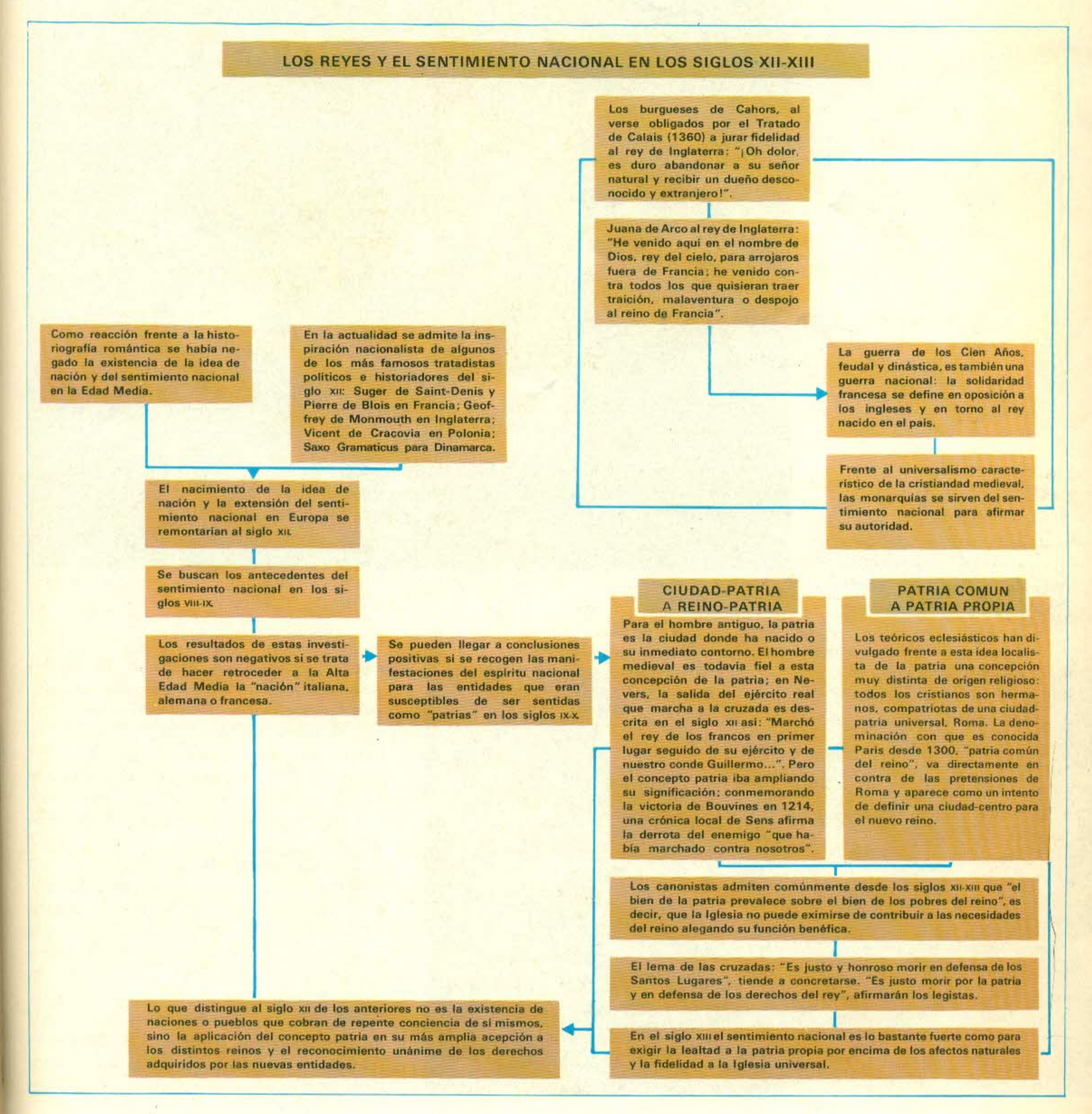
dría elegido el Consejo real asesor del monarca en el gobierno *(Estatutos de Oxford,* 1258). Aunque más tarde el rey consiguió dominar la situación (1264), vencido nuevamente por los barones tuvo que confirmar la Carta y los Estatutos (1265), consolidándose así un incipiente régimen parlamentario, destinado a un extraordinario porvenir.

Eduardo I (1272-1307), hijo y sucesor de Enrique III, acabó con la independencia de Gales (1182) y luchó duramente con los escoceses, cuyo vasallaje pretendía convertir en algo efectivo y real. El monarca murió en el campo de batalla combatiendo contra Roberto Bruce, de Escocia (1307), pero su largo reinado de treinta y cinco años fue muy no-

Fragmento del texto de la "Carta Magna" (Museo Británico, Londres). Concedida a la fuerza por Juan Sin Tierra, la "Carta Magna" reconocía los privilegios de la nobleza y el clero y las libertades de las ciudades.

table en el orden institucional. En 1295 y 1297, el constitucionalismo dio otro paso importante al ser proclamado el principio de que el impuesto debería ser consentido por el país, representado por sus diputados parlamentarios "elegidos". En realidad, Inglaterra se convirtió durante este reinado en el verdadero centro de gravedad de la monarquía anglofrancesa, que pasó a ser, de angevina, inglesa. La gran labor legislativa de este primer monarca nacional inglés, el primero que llevó un nombre –Eduardo– inglés, reorganizando la justicia *(Estatuto de Westminster,* 1285), las finanzas y la administración, sentó las bases de la nación inglesa, a la vez que consolidó el parlamentarismo.

La solidez del régimen parlamentario se manifestó durante el reinado de Eduardo II (1307-1327), monarca incapaz, dominado por su esposa Isabel, hija de Felipe IV el Her-



Silla de la coronación, en la abadía de Westminster, que contiene la piedra escocesa llamada de la coronación; fue mandada construir en 1300-1301 por Eduardo I de Inglaterra, y en ella se han coronado todos los reyes ingleses a partir de Eduardo II.

Soldados ingleses de principios del siglo XIII (miniatura del Salterio de Cantorbery; Biblioteca Nacional, París).



moso, que acabó por destronar a su marido y hacerle asesinar (1327). Las instituciones inglesas, empero, resistieron estos años de crisis e hicieron posible el triunfo del golpe de estado del joven Eduardo III, hijo de Eduardo II e Isabel, quien alejó a su madre y se coronó rey a los dieciocho años, asumiendo con mano firme las riendas del gobierno (1330).

Dos años antes había subido al trono francés Felipe VI de Valois. Eduardo III, único nieto varón de Felipe el Hermoso, podía reivindicar la corona de Francia, alegando que las mujeres podían transmitir derechos sucesorios. Pero, espíritu frío y realista, esperó pacientemente unos años, durante los cuales se preparó concienzudamente para la empresa. Creó una flota, reorganizó el ejército y lo dotó de un nuevo y eficaz armamento: la ballesta de tres disparos, una incipiente artille-

Infantería de mediados del siglo XII, según fragmento escultórico conservado en el Museo Cívico de Milán.



ría y el cuchillo galés (especie de bayoneta). En 1337 envió a su embajador, el obispo de Lincoln, a París reclamando solemnemente de Felipe de Valois la corona francesa. Era el preludio de la guerra de los Cien Años.

La lucha secular por el *Dominium mundi* entre el pontificado y el Imperio, que caracterizó la historia de Occidente durante los siglos XI y XII, agotó a ambas potencias. La muerte de Federico II Staufen (1250) abrió en Alemania el largo y triste período conocido con el nombre de "Gran interregno". Cinco lustros (1250-1273) sin monarca efectivo, veintitrés años de anarquía y luchas intestinas, dieron al traste con el prestigio de la

SOBRE LOS ORIGENES DEL PARLAMENTARISMO INGLES

La temprana estructuración del constitucionalismo inglés ha llamado poderosamente la atención de historiadores, pensadores y juristas. Por de pronto, contra la charlatanería romántica y patriotera, la historiografía moderna renuncia unánimemente a la ilusión de admitir un ideal constitucionalista consciente. No existe declaración alguna de principios en la *Carta Magna*. Fue una reacción natural de defensa contra el despotismo de un monarca desequilibrado, como la que se hubiera producido, y de hecho se produjo en algunos, en otros países. De Juan Sin Tierra se podría decir que ha resistido heroicamente todos los intentos de rehabilitación. Sus alternativas de brutalidad y depresión, sus vicios y caprichos, sus atropellos y felonías, su falta de noción de la fe jurada, su ineptitud y, en fin, sus fracasos le califican claramente como un psicópata ciclotímico. Sin Juan Sin Tierra, y sin su absurdo conflicto con la Iglesia y luego su malhadado vasallaje respecto a la Santa Sede, de 1213, no habría existido Carta Magna. Ya Chesterton dijo que la Carta Magna, más que un paso adelante en el camino de la democracia, fue un paso atrás en el del despotismo. Tampoco fue, más tarde, el conde de Leicester, aquel Simón de Montfort, hijo y homónimo del matador de albigenses, un entusiasta de la teoría constitucional, una especie de lord liberal, sino un representante de la nobleza que aprovechó las dificultades de Enrique III para defender los privilegios de su estamento.

El parlamentarismo recibió su empuje definitivo durante el reinado de Eduardo I, precisamente uno de los reyes más autoritarios de la Inglaterra medieval; un hecho paradójico que no ha dejado de intrigar a los historiadores. Ya Guizot remarcó la importancia de las necesidades fiscales de los monarcas en el nacimiento de los parlamentos, y más tarde (1882) el alemán Gneist atribuyó la actitud filoparlamentaria de Eduardo a su deseo de convertir en recursos regulares consentidos los arbitrarios e irregulares. En cambio, Reiss destacó que Eduardo no renunció jamás al impuesto arbitrario y atribuyó mayor importancia a la intención del soberano de controlar la administración canalizando en asambleas regulares las "quejas" de los súbditos contra la actuación de los *sheriffs*. Para Stubbs fueron decisivas para los orígenes del parlamentarismo inglés las normas feudales y los antiguos tribunales de condados y de centenas. Más recientemente, Jollife ha visto la consolidación del Parlamento en la necesidad de asegurar el servicio de "peticiones". Los autores de la edición francesa de la clásica obra de Stubbs, Lefebvre y Petit-Dutaillis se inclinan por la opinión de Pasquet, según la cual el propósito de Eduardo I fue hacer del parlamento un órgano de gobierno, entendiendo que robustecía el poder real. "Transformar a sus vasallos en súbditos y las ayudas financieras en impuestos", he aquí su idea, y para lograrla nada mejor que convocar a los diputados de las comunas.

En efecto, en ninguno de los parlamentos convocados por Eduardo I no sólo no se registró oposición alguna, sino que el monarca obtuvo gajes positivos para reforzar su autoridad. El parlamento de Westminster de 1275 aceptó un conjunto de pesadas tasas sobre la exportación de lanas y pieles; el de Gloucester de 1278 asintió a la promulgación de un estatuto que establecía la revisión de todas las enajenaciones reales efectuadas sin título aceptable, arma tan formidable en manos del monarca, que el mismo rey tuvo que moderarla en la práctica. El parlamento de Westminster de 1279 aprobó el "Estatuto de las manos muertas", que prohibía la enajenación de tierras reales a favor de los religiosos, porque eran incapaces de asegurar el servicio. Así se explica que un soberano imbuido del romanismo que preconiza una pléyade de juristas de la talla de Francisco Accursio, hijo del gran Accursio de Bolonia, fuese el institucionalizador del parlamentarismo. Una evolución que puede considerarse llegada a su eclosión cuando en el llamado "Parlamento modelo" de 1295 se introducen definitivamente los diputados elegidos por las ciudades y se reconoce que todo acusado debe ser juzgado por sus pares y que cualquier impuesto debe ser consentido por los contribuyentes. Sin duda que ni Eduardo ni su gran canciller y consejero Robert Burnell entendían hacer otra cosa que resolver dificultades temporales y reforzar la administración, sin poder prever el magnífico desarrollo que el tiempo reservaba a la institución parlamentaria, del mismo modo que ni Felipe el Hermoso ni sus juristas pudieron prever más tarde el porvenir que el destino reservaba a los Estados Generales de 1302.

S. S. V.

Tumba del emperador Federico II Staufen en la catedral de Palermo. A la muerte de este emperador se produciría el "Gran Interregno", que significaría para el Imperio estar veintitrés años sin soberano efectivo.

Alfonso X el Sabio, rey de Castilla, con los atributos de emperador (miniatura de la Biblioteca Nacional, Madrid). El rey castellano, sobrino del difunto Federico II, fue uno de los que presentaron su candidatura al Imperio. La lejanía y las revueltas en su propio reino, acompañado todo ello de cierta indecisión, quizás impidieron que Alfonso X pudiera ser elegido.



autoridad imperial, detentada de modo puramente nominal por soberanos-fantasma; lo que salió del Gran interregno (la restauración del Imperio bajo Rodolfo de Habsburgo) fue algo muy distinto del Imperio europeo de los siglos anteriores.

Conrado IV, el hijo de Federico II, vio disputada su autoridad por el emperador güelfo Guillermo de Holanda, levantado por el papa Inocencio IV. A la muerte de ambos rivales (1254, el gibelino Conrado; 1256, el güelfo Guillermo), otros dos príncipes, ambos extranjeros, Ricardo de Cornualles, hermano del rey inglés Enrique III, y Alfonso X el Sabio, de Castilla, hijo de una hermana de Federico II, presentaron su candidatura a la corona imperial.

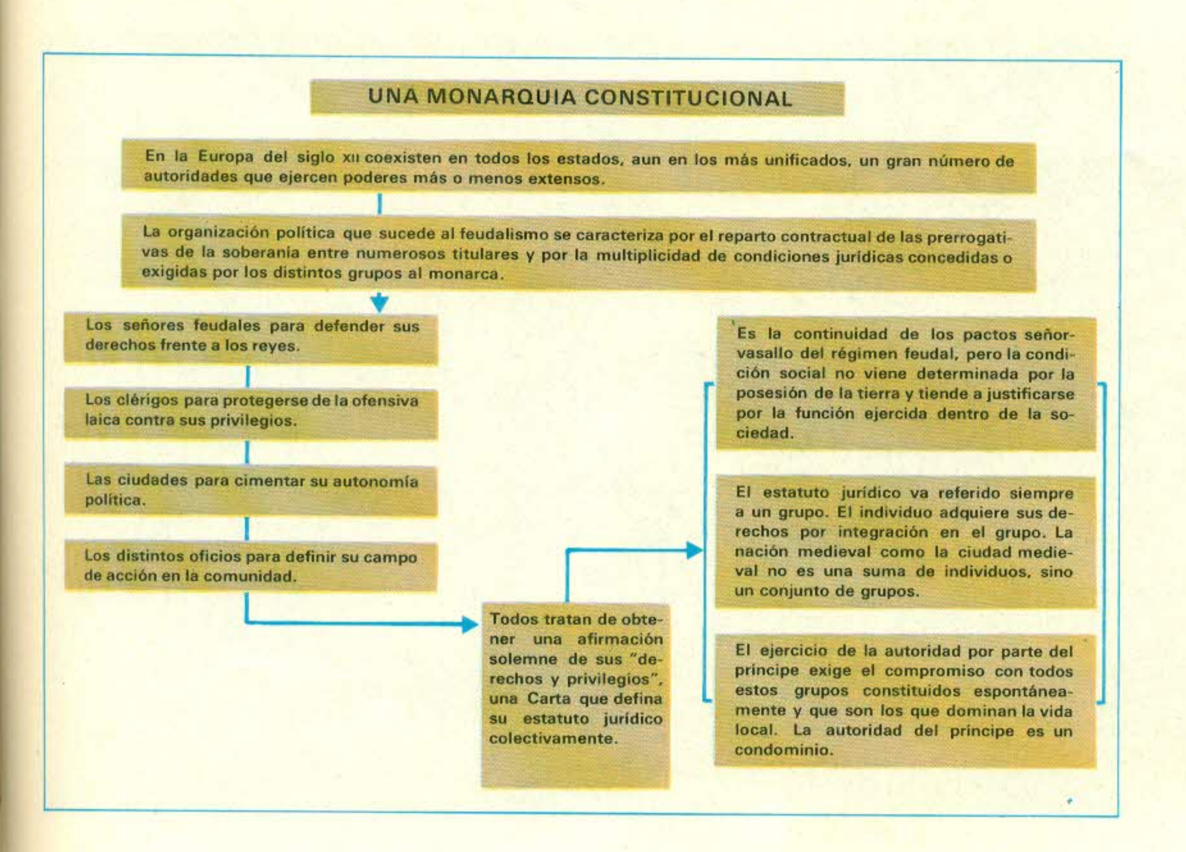
La costumbre había acabado por reducir a un corto número de electores, siete, la facultad de elegir emperador, pero ni el castellano ni el inglés consiguieron reunir jamás



Estatua funeraria de Ottokar Przemysl II de Bohemia, en la catedral de Praga, a costa del cual Rodolfo de Habsburgo consiguió formarse un buen lote patrimonial.

la mayoría necesaria. Alfonso no llegó a poner jamás los pies en Alemania y Ricardo no pasó de esporádicas apariciones en el valle del Rin. El país se habituó a carecer de emperador, en beneficio de los príncipes locales; incluso las ciudades libres se adaptaron a la situación, creando poderosas ligas regionales. La anarquía, contrastando con un fuerte empuje demográfico y económico, dejaba inermes las fronteras orientales de la cristiandad. El pontificado deseaba el restablecimiento del Imperio, aunque, desde luego, de un imperio que no abrigara pretensiones sobre Italia y se mostrara sumiso a la obediencia de Roma. Por esto fue el mismo papa, Gregorio X, quien patrocinó en 1270 la candidatura de un oscuro señor austríaco, Rodolfo de Habsburgo, cuya insignificancia logró los votos de los electores en 1273.

Hábil político y buen guerrero, Rodolfo consiguió tallarse un considerable lote patrimonial –Austria, Estiria y Carniola–, arrebatado a Ottokar Przemysl II de Bohemia, vencido y muerto en Dürnkrut (1278), y puso



Enrique VII de Luxemburgo, por Tino di Camaino (Camposanto de Pisa). Este emperador resucitó de nuevo las pretensiones sobre Italia, pero tampoco consiguió establecerse allí.



fin a la anarquía política de Alemania, procurando mostrarse respetuoso con los príncipes y desentendiéndose en absoluto de toda aspiración en Italia (incluso sus cancillerías abandonaron el uso del latín, adoptando la lengua alemana). En realidad, el Imperio restaurado no pasaba de ser un imperio estrictamente alemán (y aun con hartas limitaciones), sin la menor aspiración universalista. Pero aun así y todo, los progresos de la autoridad de Rodolfo alarmaron a los príncipes, quienes a su muerte no eligieron a su hijo Alberto, sino a Adolfo de Nassau (1291). Solamente cuando este último se mostró más peligroso que los Habsburgos, los príncipes prestaron su apoyo a Alberto, quien pudo desembarazarse de su rival en Gelsheim (1298). Sin embargo, a la muerte de Alberto, en 1308, los electores eligieron emperador al representante de una nueva casa, la de Luxemburgo, en la persona de Enrique VII (1308-1313), quien, por cierto, renovó las viejas pretensiones imperiales sobre Italia, aunque sin el menor resultado. A su muerte, nuevo interregno y nueva guerra civil entre dos candidatos: Luis de Baviera y Federico de Austria.

Durante el siglo XIV, el Imperio dejó de ser una realidad ya no solamente como imperio europeo, sino incluso como imperio alemán. Las instituciones comunes: el Tribunal del Imperio, la Dieta del Imperio y el Consejo de los Siete Electores, eran puras

El emperador Carlos IV y los siete electores, en un dibujo del siglo XIV. Carlos de Luxemburgo fue el emperador que institucionalizó la separación del Imperio del pontificado por la célebre "Bula de Oro" (1356).



Carlos IV como rey de Bohemia (catedral de Praga). Su actuación como rey de Bohemia fue excepcional, pues ya en la "Bula de Oro" garantizó al monarca de este país como elector del Imperio. Obtuvo la elevación a arzobispado del obispado de Praga y también fundó la universidad de la misma ciudad, la primera de la Europa central.

entelequias. La verdadera autoridad estaba en manos de los príncipes laicos o eclesiásticos y de los gobiernos municipales; por lo general, estos últimos desarrollaron una administración mucho más eficiente que la de los príncipes, mientras que en las fronteras del Báltico los caballeros de la Orden Teutónica realizaron una colonización agraria muy progresiva y desarrollaron un activo comercio, bajo un gobierno de férrea estructura militar.

Luis de Baviera, Luis IV (1314-1347), resucitó el anacrónico gibelinismo Staufen en Italia aprovechando la estancia de los papas en Aviñón; sus aspiraciones acabaron desastrosamente. A su muerte, los electores dieron sus votos nuevamente a la casa de Luxemburgo en la persona de Carlos IV (1347-1378), príncipe de formación francesa, que institucionalizó la separación del Imperio y el pontificado, consumando el triunfo del espíritu nacionalista germano. En efecto, la célebre *Bula de Oro* (1356) consagró la división política de Alemania, el principio, vigente hasta ahora por costumbre, de la elección de los Siete y la limitación de la consagración papal al Rey de Romanos designado por los electores; es decir, correspondía al papa consagrar emperador, pero sólo al Rey de Romanos elegido por los príncipes.

Bajo los inmediatos sucesores de Carlos IV, su hijo Wenceslao (1378-1400) y Ruperto de Baviera (1400-1410), acabó de po-





nerse de relieve la absoluta inoperancia de la autoridad imperial. La decadencia era tan manifiesta que Wenceslao ni tan sólo pudo impedir la separación de los cantones suizos tras las derrotas de Sempach y Naefels (1388). En 1410, la dignidad imperial volvió a la casa de Habsburgo, apartada del trono alemán desde un siglo antes (1308). El nuevo emperador, Segismundo (1410-1437), era un monarca mucho más poderoso que sus antecesores, ya que a sus dominios patrimoniales austríacos unió, por su matrimonio, la corona de Hungría. Sin embargo, aunque puso el peso de su prestigio al servicio de la solución del gran Cisma de Occidente, ello no añadió un ápice a su autoridad en Alemania. Menos aún lo consiguieron sus sucesores Alberto II, que apenas llegó a reinar un año (1438-1439), y Federico III (1439-1493), ambos Habsburgos, quienes acabaron de desentenderse de Alemania, atentos sólo al engran-

Bacinete alemán de asalto (Exposición de armaduras, Milán).

Interior de la catedral de Praga, la ciudad predilecta de Carlos IV.

decimiento de su casa mediante una oportunista política matrimonial.

Federico III, soberano tímido y vacilante, aunque inteligente, casó a su hijo Maximiliano con María de Borgoña, la más rica heredera de Occidente (1477); así pudo hacer grabar en su vajilla la divisa AEIOU, que lo mismo en latín *(Austria Est Imperare Orbi Universo)* que en alemán *(Alles Erdreich Ist Oesterreich Unterthan)* expresaba su orgullosa confianza en el glorioso destino de su casa. Sin embargo, durante su reinado, de más de medio siglo, el Imperio se mostró totalmente incapaz de asumir la defensa de Europa contra el arrollador avance turco por el valle del Danubio después de la caída de Constantinopla (1453). Aun en sus propios dominios patrimoniales, Federico III no pudo evitar la separación de Hungría y Bohemia ni la invasión de sus estados hasta los mismos barrios orientales de Viena por las huestes del bravo caudillo húngaro Matías Corvino (1485), quien apostilló irónicamente los sueños de grandeza de los Habsburgos con el célebre dístico: "Deja que otros hagan la guerra; tú, Austria feliz, cásate, que lo que a otros les da Marte, a ti te lo da Venus" *(Bella gerant alii, tu, felix Austria, nube. / Nam quae Mars aliis, dat tibi regna Venus)*.

Así, al finalizar el medioevo, el Imperio no era más que un nombre y los auténticos soberanos de Alemania seguían siendo los grandes príncipes (Brandeburgo, Sajonia, Baviera, Palatinado, etc.), los grandes obispos (Maguncia, Tréveris, Colonia, etc.) y las grandes repúblicas municipales (Hamburgo, Brema, Lübeck, etc.), enriquecidas por las actividades económicas.

Agasajo de Carlos VI de Francia al emperador Carlos IV de Luxemburgo y a su hijo Wenceslao (miniatura de las "Crónicas de Francia"; Biblioteca Nacional, París). Bajo el reinado de Wenceslao acabó de ponerse de manifiesto la inoperancia de la autoridad imperial.



Tumba de Federico III en la catedral de San Esteban de Viena (obra de Gerhaert de Leiden). Derrotado por los turcos e incapaz de evitar la separación de Hungría y Bohemia, quizá su mayor mérito consistiera en casar a su hijo Maximiliano con María de Borgoña.

BIBLIOGRAFIA

Calmette, J.	*Le monde féodal,* vol. de la colección "Clío", París, 1951.
Cambridge	*Medieval History,* tomo VI.
Geschichte	*der führender Völker,* tomo XI.
Goetz, W.	*Alemania, del siglo XIII al XV,* vol. IV de la "Historia Universal" dirigida por W. Goetz, Madrid, 1946.
Halphen, L.	*L'essor de l'Europe (XIe-XIIIe siècles),* vol. VI de la colección "Peuples et Civilisations", París, 1932.
Hampe, K.	*La alta Edad Media Occidental,* vol. III de la "Historia Universal" dirigida por W. Goetz, Madrid, 1946.
Jollife, W.	*Some factors in the beginning of Parliament,* Londres, 1940.
López, R. S.	*El nacimiento de Europa,* Barcelona, 1965.
Maurois, A.	*Historia de Inglaterra* (4.ª ed.), Barcelona, 1944.
Pasquet, J.	*Essai sur les origines de la Chambre des Communes,* París, 1916.
Perroy, E.	*La Edad Media* (2.ª ed.), vol. III de "Historia General de las Civilizaciones", Barcelona, 1965.
Petit-Dutaillis, Ch.	*Le monde féodal en France et en Anglaterre,* París, 1933.
Pirenne, J.	*Del Islam al Renacimiento,* vol. IV de la "Historia Universal" del mismo autor, Barcelona, 1953.
Pirenne, J., y otros	*La fin du moyen âge,* vol. VII de "Peuples et Civilisations", París, 1931.
Schneider, F.	*El nacimiento de los estados nacionales,* en el vol. IV de la "Historia Universal" dirigida por W. Goetz, Madrid, 1946.
Stubbs, W.	*Constitutional history of England,* Londres, 1907-1927.



Caballería del siglo XII, representada en un bajo relieve de la basílica de San Juan in Borgo, hoy en el Museo Cívico de Pavía.



Coronación de Carlos V de Francia y su esposa Juana de Borbón (miniatura de las "Crónicas de Francia"; Biblioteca Nacional, París). El llamado "rey astuto" era muy diferente de sus antecesores: sus manos semiparalizadas lo distanciaban del campo de batalla y su espíritu prudente, acompañado por una mediana inteligencia, se oponía a la actuación de los reyes caballerescos. Su reinado significó un gran alivio para Francia.

Guerra de los Cien Años

por SANTIAGO SOBREQUÉS VIDAL

La Edad Media europea se cerró con un fatídico broche de sangre: el inacabable conflicto que enfrentó a las monarquías francesa e inglesa desde mediados del siglo XIV hasta mediados del XV, la guerra de los Cien Años.

Aunque aparentemente se trató de un conflicto dinástico: la pugna entre Capetos y Plantagenet por la corona de Francia, en realidad lo que se dirimió fue la posibilidad de formación de una gran monarquía franco-inglesa, la cual, de haberse consolidado, habría sido, por su extensión, población y recursos económicos, la potencia hegemónica del mundo occidental. Pero no se consolidó; el nacionalismo veló por sus fueros y a la postre el canal de la Mancha aseguró su papel de separador de las dos nacionalidades de Francia e Inglaterra.

En el fondo, la guerra de los Cien Años fue la última etapa de la gran pugna franco-inglesa iniciada ya en los tiempos de Enrique II Plantagenet, a mediados del siglo XII, y cuyo primer período, que algunos historiadores llaman la *Gran Guerra de Occidente,* se desarrolló con intermitencias hasta la paz de París en 1259. De forma que, vista a través de este prisma, podría decirse que la guerra de los Cien Años fue el segundo gran capítulo de la guerra de los Trescientos Años, si bien separados ambos períodos bélicos por una prolongada tregua de tres cuartos de siglo (desde 1259 hasta 1337). Por otra parte, la guerra de los Cien Años, al igual que la Gran Guerra de Occidente, no consistió en un siglo de lucha continua, sino en un rosario de etapas bélicas separadas por largas treguas y períodos de paz.

En realidad, la cuestión sucesoria planteada a la muerte sin sucesión masculina del



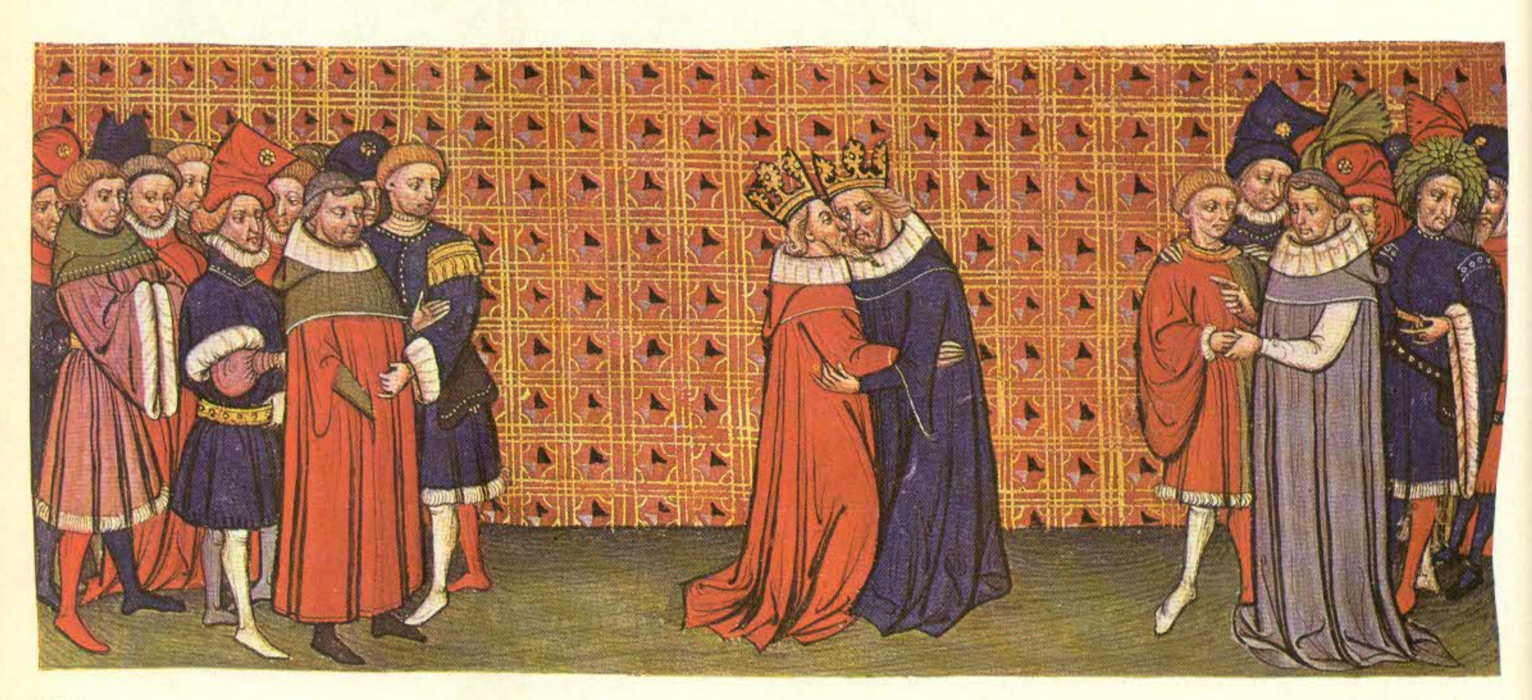
Sello de Felipe VI de Francia (Archivos Nacionales, París). El primer Valois francés tuvo unos comienzos de reinado muy movidos, en los cuales se creó la enemistad de los flamencos y del conde Roberto de Artois, quien, refugiado en Londres, no cesó de presionar a Eduardo III para que reivindicara la corona de Francia.

último de los hijos (Carlos IV) de Felipe IV el Hermoso en 1328 es un hecho secundario como causa del conflicto. Lo importante fue la permanencia de dominios de los reyes ingleses en el suelo de Francia, pese a los sustanciales recortes sufridos en tiempos de Felipe Augusto y Luis el Santo y las consecuencias de todo orden, y muy especialmente en el económico, derivadas de tal situación. Así, la conservación de la Guyena representaba para Inglaterra, tan pobre en viñas, el aprovisionamiento cómodo y abundante de los vinos bordeleses. Pero mayor importancia revestía aún la cuestión de Flandes, cuyas prósperas industrias textiles se surtían casi exclusivamente de las lanas inglesas. Tales vínculos económicos entre Flandes e Inglaterra hallábanse en flagrante contradicción con la situación política, ya que el conde de Flandes era vasallo del rey de Francia. En caso de conflicto podía el conde prohibir o gravar la importación de las lanas inglesas y causar un grave quebranto a la economía inglesa, aunque al precio de arruinar también su propia industria. O, viceversa, podía el soberano inglés suspender la exportación arruinando la industria flamenca, aunque también a riesgo de ocasionar un gran perjuicio a la economía de su propio país.

La rica y numerosa burguesía flamenca se inclinaba naturalmente hacia Inglaterra, en cuya amistad veía asegurado el suministro de materia prima próxima y barata, a la vez que un notable mercado adquisitivo de sus telas (ya que no abundaban en Inglaterra las industrias textiles, que eran, en cambio, numerosas en Francia). Los reyes ingleses habían apoyado las frecuentes rebeliones de los burgueses de Flandes contra su conde (así, recientemente la de Brujas contra el conde Luis de Nevers en 1328, ahogada en sangre en Cassel gracias a la intervención del rey de Francia).

Por esto fue en Flandes donde se inició la guerra, y cuando en 1337 Eduardo III reclamó solemnemente la corona de Francia, pocos meses antes el conde de Flandes había ordenado la detención de todos los ingleses residentes en el país y Eduardo había respondido suspendiendo la exportación de lanas, lo que provocó el cierre de muchos talleres flamencos y un levantamiento general, dirigido por Gante, al grito de *¡Libertad y trabajo!* El conde Luis de Nevers tuvo que huir

Entrevista de Eduardo III de Inglaterra y Felipe VI de Francia (miniatura de las "Crónicas de Francia"; Biblioteca Nacional, París). Aquellos principios ensoberbecieron al rey francés hasta tal punto, que pretendió mandar una cruzada, para la cual preparó una armada en Marsella, y exigió que su primo Eduardo III le prestara vasallaje.



a Francia y la burguesía flamenca, bajo la dirección de un jefe excepcional, Jaime van Artevelde, estructuró el país en una especie de confederación de repúblicas municipales bajo la protección del monarca inglés, reconocido como rey de Francia. En febrero de 1340, Eduardo III desembarcó en Flandes y en junio su escuadra barrió la flota francesa en el puerto de La Esclusa, asegurando el libre tráfico por el canal. Los paños flamencos fueron eximidos de tasas de entrada en los puertos ingleses.

Esencialmente, la guerra de los Cien Años puede considerarse dividida en dos largos períodos bélicos, separados por una etapa de forzada inactividad a causa de profundas crisis en ambas monarquías. Y cada uno de aquellos dos grandes períodos bélicos se subdivide curiosamente en dos subperíodos similares: uno de ofensiva inglesa y otro de reacción francesa.

Pese a la derrota de La Esclusa, el conde de Flandes, con el apoyo de la nobleza territorial flamenca y, desde luego, de Felipe VI de Francia, aprovechó el antagonismo entre



Felipe VI de Francia recibe el homenaje de Eduardo III de Inglaterra (Biblioteca Nacional, París). Al negarse Eduardo a pactar la paz con los escoceses, como pretendía Felipe VI, éste quiso castigar al rey inglés y ordenó que la armada de Marsella pasara a Normandía.

Vista parcial de Crécy, en cuyas inmediaciones se dio la primera batalla de la guerra de los Cien Años, en que los arqueros ingleses dieron cuenta de la caballería francesa.

Los burgueses de Calais, en una miniatura del siglo XV (Biblioteca Nacional, París) y en la versión del escultor Rodin (jardines del Parlamento Británico, Londres). Tras la batalla de Crécy, Eduardo III sitió la ciudad de Calais. Seis burgueses, vestidos tan sólo con una simple camisa y con el dogal al cuello, se entregaron ellos y las llaves de la ciudad a la benevolencia de Eduardo III. Éste quiso matarlos, pero salvaron sus vidas por intercesión de la reina.



la pequeña burguesía gremial y el patriciado de las grandes urbes flamencas para restablecer la situación. Dificultades económicas impidieron a Eduardo III sostener eficazmente a Artevelde, quien acabó por morir asesinado en un motín (1345). Gobernante frío, sin nervios, realista en extremo (su máxima era "las cosas son como son" *–it is that is it–*), Eduardo III no se movía por impulsos. Hasta el verano de 1346 no se creyó preparado para desembarcar en el suelo francés.

Aunque la posesión de la Guyena le proporcionaba una cabeza de puente en el país, era demasiado excéntrica para facilitar un rápido acceso al corazón de Francia. Eligió un camino mucho más corto y desembarcó en el Cotentin (no lejos del lugar donde siglos más tarde desembarcarían los aliados, con Eisenhower), saqueó Caen y llegó rápidamente hasta los alrededores de París, desguarnecida por el ejército francés, que se había dirigido hacia el Sur, atraído por una hábil maniobra de amago de invasión inglesa desde la Guyena. Sin embargo, era imposible, dados los medios bélicos de la época, tomar por la fuerza de las armas una capital como París. Por el momento, el verdadero objetivo de Eduardo era Flandes, de modo que se desvió hacia el Norte, cruzó el Somme junto a Abbeville, y en Crécy, en el camino de Dunquerque, ocupó excelentes posiciones en es-

pera de la caballería francesa que venía a su alcance. Las impetuosas pero alocadas cargas del brillante ejército francés se estrellaron ante los sólidos atrincheramientos de la artillería y la ballestería inglesas, que sembraron el desconcierto y la muerte en las filas de los atacantes. Crécy (26 agosto 1346) fue una calamitosa derrota francesa, que permitió a Eduardo III sitiar a Calais y obtener su capitulación en 1347. Inglaterra conservaría la plaza durante siglos.

Sin embargo, el fracaso del levantamiento de Flandes y la falta del apoyo que esperaba del emperador de Alemania obligaron al cauteloso Eduardo a acceder a una tregua (tregua de Calais, 1347), que había de durar siete años, durante cuyo transcurso falleció el frívolo y superficial Felipe VI (1350), sucediéndole su hijo Juan el Bueno. Era éste un príncipe valeroso pero mediocre, que estuvo dominado por su yerno el rey de Navarra Carlos d'Evreux (conocido generalmente por Carlos el Malo). En 1349, el nuevo conde de Flandes Luis de Mâle, sucesor de su abuelo Luis de Nevers, fallecido en 1346, pudo tomar Gante y recuperar definitivamente el trono de su país.

Reanudada la guerra en 1354, el príncipe



Juan II el Bueno, rey de Francia, en pintura atribuida a Girard de Orleáns (Museo del Louvre, París). Este rey acumuló quizá más torpezas que Felipe VI, pero su política se vio entorpecida por las ambiciones de su yerno, el rey de Navarra Carlos, llamado el Malo.

El rey francés Juan el Bueno y la Orden de la Estrella (Biblioteca Nacional, París). En el ambiente de la época, a pesar de los malos resultados que estaba dando, flotaba aún la aureola de la caballería. Así, Juan el Bueno fundó esta Orden, que estaría formada por "jinetes de valor y nobleza bien probados". Eduardo III de Inglaterra, por su parte, creó la de la Jarretera.

Banquete de mediados del siglo XIV. Obsérvese que mientras los criados sirven arrodillados, unos músicos amenizan la comida (Biblioteca Nacional, París).

de Gales Eduardo, llamado el Príncipe Negro por el color de su armadura, militar de grandes dotes, asoló desde Burdeos el sur de Francia hasta el Languedoc y, dirigiéndose luego hacia el Norte, destrozó en Poitiers (19 septiembre 1356) al ejército de Juan el Bueno, quien, para colmo de desgracia, cayó prisionero y fue conducido a Londres, donde viviría en un dorado cautiverio. Poitiers, como antes Crécy, representó el fracaso de la anacrónica caballería feudal, a la que seguía aferrada la caballeresca y frívola monarquía de los Valois, frente a las masas de infantería pesada provista de armamento moderno y eficaz del ejército del práctico y realista Eduardo III.

La ausencia del monarca cautivo y la poca edad de su heredero Carlos abrieron para la monarquía francesa un período crítico entre 1356 y 1360, durante el cual Francia ensayó, sin éxito, un sistema parlamentario, experimentó una revolución política burguesa y otra social campesina, mucho más sangrienta, y finalmente sufrió la dictadura de Carlos el Malo.

Convocados para acordar subsidios los Estados Generales, una gran personalidad, Esteban Marcel, preboste de los mercaderes de París, intentó llevar a la burguesía a un lugar preeminente en la dirección de la monarquía y convertir los Estados Generales en una verdadera asamblea política al estilo del Parlamento inglés o las Cortes de los estados



Espada de las fuerzas de Infantería (Museo del Ejército, París).



Juan el Bueno llevado al cautiverio (Biblioteca Nacional, París). En la batalla de Poitiers, el rey francés cayó prisionero de los ingleses y fue conducido a Londres. Su ausencia fue terrible para Francia, pues su hijo Carlos encontró dificultades para ser reconocido como regente y la burguesía de París intentó ocupar la dirección del país; este movimiento pasó a las masas campesinas y la "Jacquerie" fue una revuelta señorial que saqueó e incendió castillos.

de la Corona de Aragón. En efecto, los Estados Generales votaron la elección de una comisión encargada de exigir responsabilidades por los fracasos militares y consiguieron del joven regente, el príncipe Carlos, la promulgación de la *Gran Ordenanza de 1357*, que instituía amplias reformas administrativas que, de todas formas, afectaban muy poco la solidez de la autoridad real. Pero seguidamente disolviéronse los Estados Generales dócilmente, malográndose, por falta de preparación política, una ocasión de estructurar la monarquía francesa en un régimen constitucional.

Fracasados, pues, los Estados Generales, Marcel intentó encauzar las aspiraciones políticas de la burguesía a través de sólidos gobiernos municipales a imagen de las poderosas comunas flamencas de Artevelde. Excepcional líder político, Marcel estructuró la burguesía parisiense no sólo como fuerza política, sino también como una disciplinada fuerza militar, dotándola incluso de un emblema de unión: la caperuza rojiazul (colores que, unidos al blanco de la monarquía, serían el origen de los colores nacionales franceses). El movimiento burgués trascendió a algunas otras ciudades, pero no pasó de ser esencialmente un movimiento parisiense, y éste fue uno de los principales motivos de su fracaso. En febrero de 1358, los *chaperons* invadieron el palacio del regente, asesinaron a los mariscales de Champagne y Normandía, consejeros del regente y reputados responsables de las derrotas, e impusieron al joven heredero Carlos la caperuza rojiazul.

Simultáneamente se desencadenó en el Beauvaisis y en la comarca de Compiègne, con extensiones esporádicas en la Champagne y la Picardía, un levantamiento campesino cuya extensión y gravedad han sido exagerados. Las masas campesinas, los *jacques* (los cualesquiera), se lanzaron por espacio de veinte días (mayo-junio 1358) a una violenta revuelta antiseñorial, con su triste secuela de saqueos e incendios de castillos, violencias y asesinatos, y la brutal represión señorial subsiguiente, dirigida por Carlos el Malo. El movimiento de la *jacquerie,* falto de unidad, de jefes y de programa concreto, fue, pues, fácilmente reprimido y produjo el resultado imprevisto de situar a Carlos el Malo, reputado como el paladín del orden, en el primer plano político.

Así, tres personalidades, representando cada una de ellas fuerzas considerables del país, iban a disputarse la dirección de los destinos de Francia, huérfana de monarca. De un lado, Marcel con la burguesía parisiense y su ideología parlamentaria; del otro, el intrigante monarca navarro, con el prestigio del restablecimiento de la autoridad y el

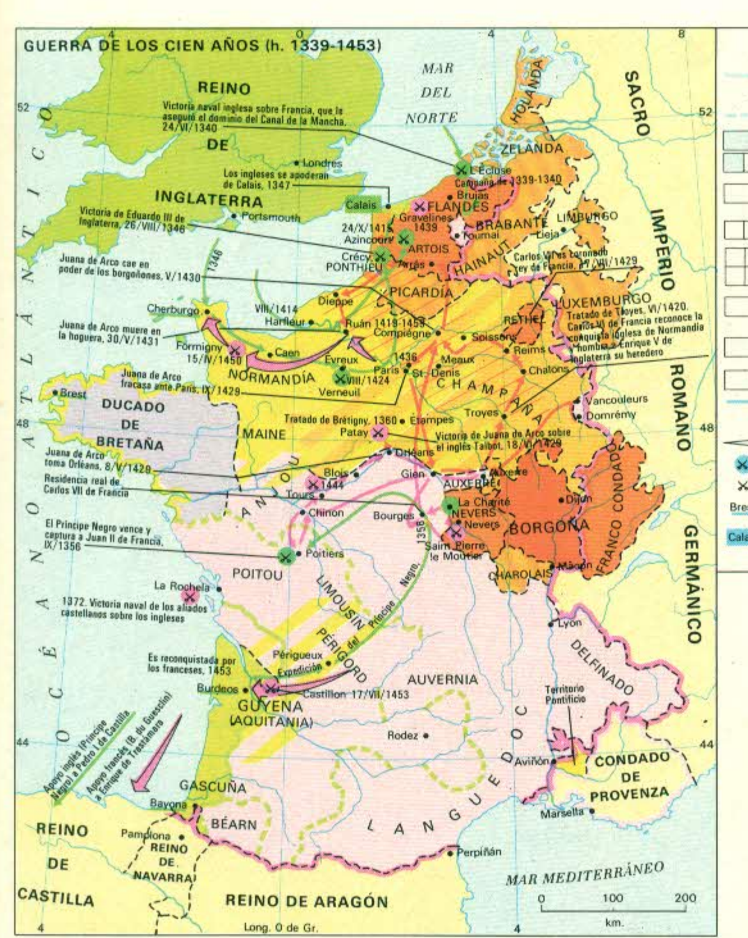
Carlos II de Navarra, el Malo, ante Juan II de Francia, el Bueno (miniatura de las "Crónicas de Francia"; Biblioteca Nacional, París). El rey de Navarra sofocó con rapidez el movimiento de la "Jacquerie" y pudo así aparecer como el paladín del orden.



Reverso de un dinero de oro llamado "franc-à-pied" (Gabinete de Medallas; Biblioteca Nacional, París).

soporte de la pequeña nobleza territorial, y entre ambos el joven regente Carlos, hasta ahora figura insignificante, anulada al parecer por la personalidad de Marcel y Carlos d'Evreux. En realidad, el regente, aparentemente el más débil, contaba con la simpatía de las grandes masas del país, sinceramente monárquicas, que identificaban la realeza con el patriotismo y la resistencia contra el invasor inglés. Este factor y los recursos de su inteligencia y habilidad (que le valdrían, una vez rey, el sobrenombre de Carlos V el Astuto) diéronle la victoria final contra sus rivales.

Marcel cometió el doble error de confiar en la sinceridad constitucional del regente y de conferir a Carlos el Malo, para granjearse su apoyo, la capitanía de París. El regente huyó de la capital hacia Compiègne y convocó los Estados de Champagne, que le concedieron sin regateos los subsidios solicitados. En París, la impopularidad de Carlos el Malo, cuyos contactos con los ingleses (con el fin de conservar sus feudos patrimoniales normandos de la casa de Evreux) eran harto conocidos, minó considerablemente el prestigio de Esteban Marcel, quien acabó asesinado por un realista fanático (julio 1358). Allanado el camino, el regente pudo regresar a París y dedicar su atención a la defensa contra Eduardo III, que asolaba la Borgoña. Siempre realista, Eduardo comprendió que la situación había cambiado y aceptó la paz de Bretigny (1360), por la que renunciaba a sus aspiraciones al trono francés a cambio de un enorme lote territorial (Agenés, Quercy, Roerga, Gascuña, Bigorra, en el mediodía, y Ponthieu, Guines y Calais en el Norte) que, unido al que ya poseía (Guyena, Lemosin, Périgord, Angulema y Saintonge), le conver-









Florín, real y "franc-à-pied", monedas del siglo XIV (Biblioteca Nacional, París).

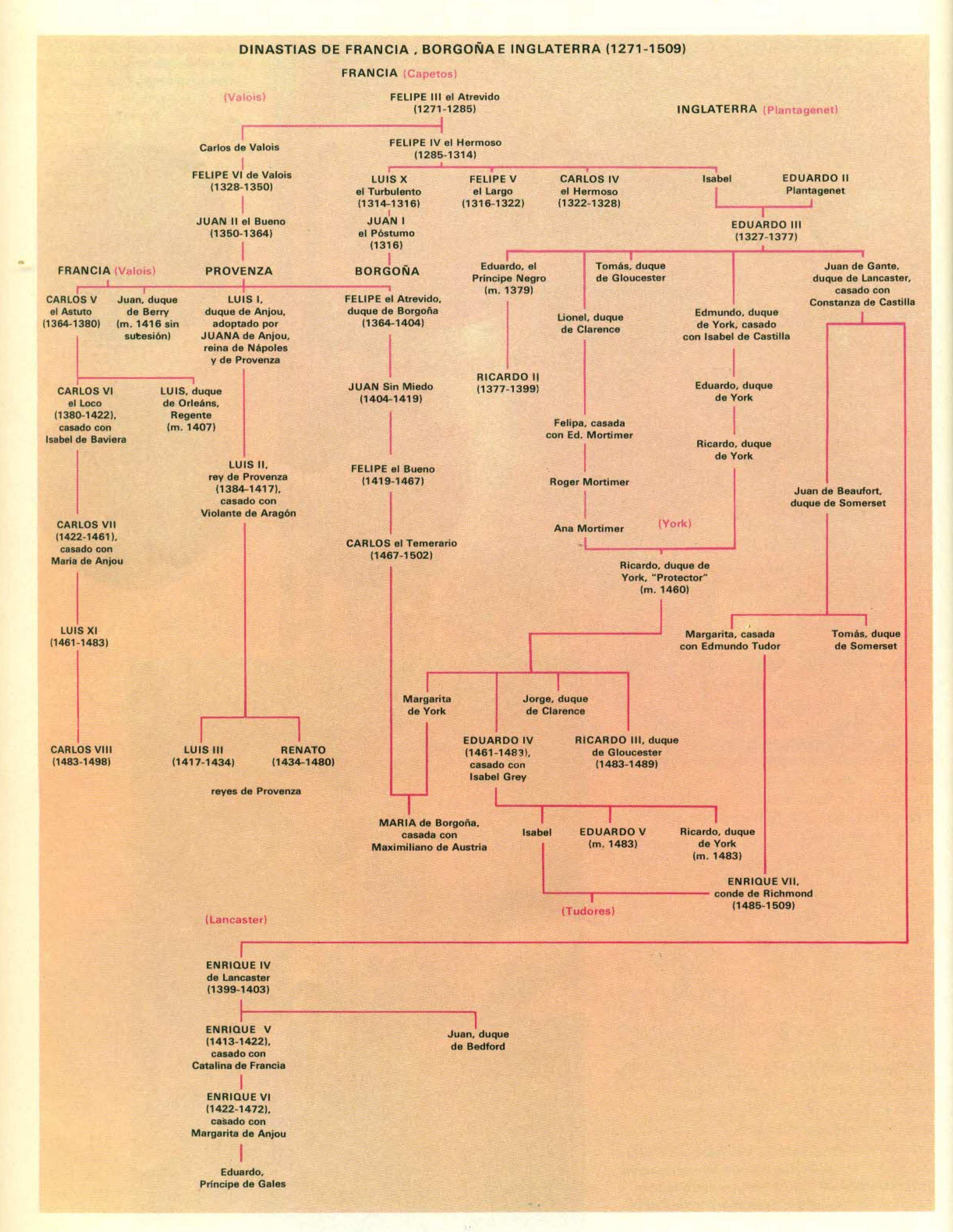
tía en soberano de media Francia. Se restablecía prácticamente la situación anterior a los tiempos de Felipe Augusto, pero Francia necesitaba una cura de reposo para restablecerse de sus dolencias.

Con la paz pudo regresar Juan II el Bueno de su tranquilo cautiverio, pero no gozaría mucho tiempo de su recuperada corona, pues fallecía en 1364. El regente devenía Carlos V, rey de Francia.

El nuevo monarca, que había demostrado su habilidad resolviendo la crisis anterior, poseía una lúcida inteligencia y una admirable tenacidad. Enfermizo y enclenque, su morigeración, serenidad y espíritu metódico asemejábanle más a Luis el Santo que a sus mediocres antecesores Valois. Aleccionado por la experiencia, Carlos V sacó del ensayo parlamentario, aun repudiándolo, la enseñanza de que el monarca debía ser, más que el dueño, el gerente de la nación. Supo rodearse de consejeros capaces (Raúl de Presle,



Entrada de Carlos V en París, poco después de su coronación (miniatura de las "Crónicas de Francia"; Biblioteca Nacional, París).


DINASTIAS DE FRANCIA , BORGOÑA E INGLATERRA (1271-1509)
FRANCIA (Capetos)
(Valois)
FELIPE III el Atrevido (1271-1285)
INGLATERRA (Plantagenet)
Carlos de Valois
FELIPE IV el Hermoso (1285-1314)
FELIPE VI de Valois (1328-1350)
LUIS X el Turbulento (1314-1316)
FELIPE V el Largo (1316-1322)
CARLOS IV el Hermoso (1322-1328)
Isabel
EDUARDO II Plantagenet
JUAN II el Bueno (1350-1364)
JUAN I el Póstumo (1316)
EDUARDO III (1327-1377)
FRANCIA (Valois)
PROVENZA
BORGOÑA
Eduardo, el Príncipe Negro (m. 1379)
Tomás, duque de Gloucester
Juan de Gante, duque de Lancaster, casado con Constanza de Castilla
CARLOS V el Astuto (1364-1380)
Juan, duque de Berry (m. 1416 sin sucesión)
LUIS I, duque de Anjou, adoptado por JUANA de Anjou, reina de Nápoles y de Provenza
FELIPE el Atrevido, duque de Borgoña (1364-1404)
Lionel, duque de Clarence
Edmundo, duque de York, casado con Isabel de Castilla
CARLOS VI el Loco (1380-1422), casado con Isabel de Baviera
LUIS, duque de Orleáns, Regente (m. 1407)
JUAN Sin Miedo (1404-1419)
RICARDO II (1377-1399)
Eduardo, duque de York
Felipa, casada con Ed. Mortimer
Ricardo, duque de York
LUIS II, rey de Provenza (1384-1417), casado con Violante de Aragón
FELIPE el Bueno (1419-1467)
Roger Mortimer
Juan de Beaufort, duque de Somerset
CARLOS VII (1422-1461), casado con María de Anjou
Ana Mortimer
(York)
CARLOS el Temerario (1467-1502)
Ricardo, duque de York, "Protector" (m. 1460)
LUIS XI (1461-1483)
Margarita, casada con Edmundo Tudor
Tomás, duque de Somerset
Margarita de York
Jorge, duque de Clarence
CARLOS VIII (1483-1498)
LUIS III (1417-1434)
RENATO (1434-1480)
reyes de Provenza
EDUARDO IV (1461-1483), casado con Isabel Grey
RICARDO III, duque de Gloucester (1483-1489)
MARIA de Borgoña, casada con Maximiliano de Austria
Isabel
EDUARDO V (m. 1483)
Ricardo, duque de York (m. 1483)
ENRIQUE VII, conde de Richmond (1485-1509)
(Tudores)
(Lancaster)
ENRIQUE IV de Lancaster (1399-1403)
ENRIQUE V (1413-1422), casado con Catalina de Francia
Juan, duque de Bedford
ENRIQUE VI (1422-1472), casado con Margarita de Anjou
Eduardo, Príncipe de Gales

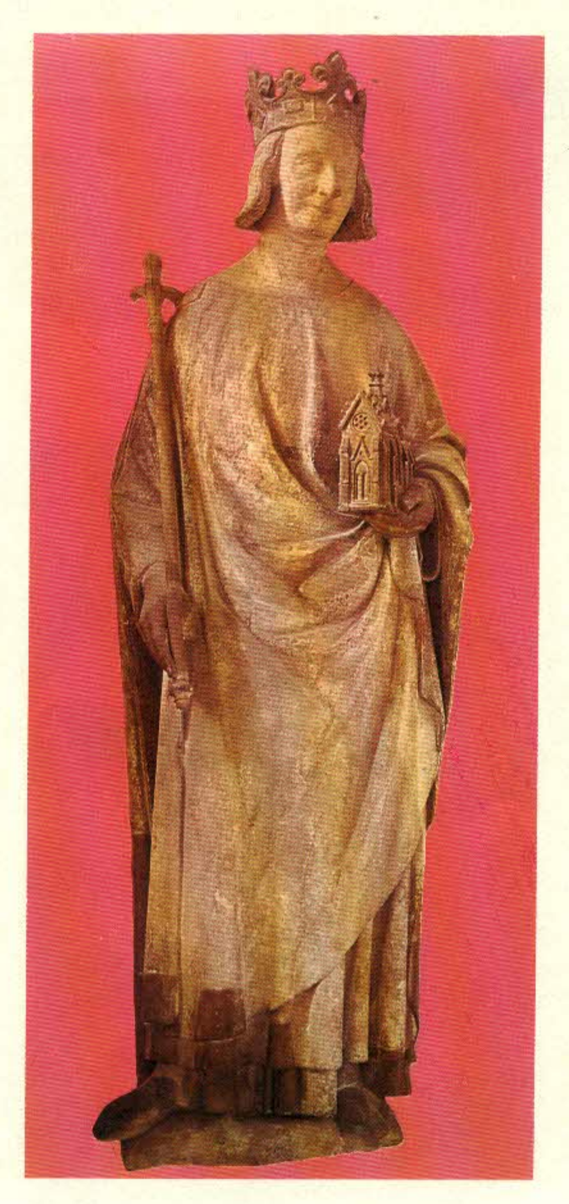
el sabio Nicolás Oresme, el canciller y escritor Felipe de Mezières), llamados los *políticos,* para quienes el gobierno era una verdadera ciencia con sólida base económica. Una excelente administración restableció el país de las heridas de la guerra. En el aspecto bélico, otro acierto de Carlos el Astuto fue confiar el mando de los ejércitos (la condestablía de Francia) a Bertrand du Guesclin, sencillo caballero gascón dotado de gran experiencia y cualidades militares, que aprovechó la paz con los ingleses para liquidar cuentas con Carlos el Malo. Derrotado en diversas acciones, el rey navarro tuvo que aceptar el tratado de Aviñón (1365), renunciando a sus feudos normandos a favor de la corona de Francia.

La duración y envergadura de la guerra había obligado a los contendientes a la recluta de abundantes milicias mercenarias, las *compañías,* integradas por gentes de muy diversa procedencia. La paz de Bretigny y el tratado de Aviñón hacían de tales compañías, ya innecesarias, algo sumamente gravoso para el erario y peligroso para la paz pública. Es elocuente el hecho de que el nombre de los miembros de las compañías, *brigands,* derivado de una pieza de su armamento, la *brigandine,* se hiciera sinónima de bandido. Carlos V encontró una excelente oportunidad para alejar de Francia a las compañías en la guerra civil castellana entre Pedro el Cruel y Enrique de Trastámara. Du Guesclin pasó al frente de las compañías, que en Castilla se llamaron *blancas,* al servicio de Enrique de Trastámara, aliado de Carlos V, mientras el Príncipe Negro, al frente de las *compañías negras,* pasaba al servicio de Pedro el Cruel (1365). La victoria final de Enrique y su entronización (Enrique II) valió al rey de Francia un buen aliado para el futuro de la guerra.

En 1367, Carlos V creyó llegado el momento de reanudar la guerra, con el fin de recuperar las posesiones perdidas por la paz de Bretigny. El Parlamento de París denunció casuísticamente el tratado y pronto se volvió al estado bélico. Las operaciones militares, reanudadas en 1370, se desarrollaron de forma muy distinta a las de la primera fase de la guerra. Las compañías de Du Guesclin, ya terminada la guerra de España, llevaron la iniciativa mediante una táctica muy distinta de la de la caballería nobiliaria de Felipe VI y Juan el Bueno. Rehuyendo las grandes acciones con el ejército del Príncipe Negro, Du Guesclin acosó al adversario con una guerrilla implacable, dejando que se agotara en sitios de plazas fuertes. La táctica dio un resultado excelente: los ingleses luchaban en una tierra hostil y fueron cediendo terreno, hasta el punto de que después de cinco años de guerra, en 1375, sólo conservaban en Francia las plazas de Calais, Bayona y Burdeos.

Al año siguiente murió el Príncipe Negro y unos meses más tarde el propio Eduardo III (1377), después de un largo y densísimo reinado. La guerra parecía llegar a su desenlace, muy favorable para los Valois, cuando una nueva crisis en ambos países impuso un largo paréntesis a las operaciones bélicas. En 1380 moría también Carlos V de Francia en plena flor de la vida, y casi al mismo tiempo fallecía el capitán Du Guesclin. El nuevo rey de Francia, Carlos VI, era un niño de menguadas facultades.

Un largo período crítico de casi cuatro décadas de duración (1376-1415), reflejo de



Carlos V. Escultura procedente de la iglesia de los Celestinos de París (Louvre).



Cetro de Carlos V de Francia (Museo del Louvre, París).

LOS ESTADOS GENERALES Y LA GUERRA DE LOS CIEN AÑOS

1347 Los Estados Generales se niegan a votar subsidios para la guerra en tanto la dirección de ésta no se encomiende a militares competentes.

1356 En circunstancias críticas –el rey de Francia es prisionero de los ingleses–, los Estados Generales, reunidos para votar nuevos impuestos, aceptan e imponen al delfín Carlos el programa reformista de Etienne Marcel, jefe del Tercer Estado.

El programa de Etienne Marcel:
a) Una comisión nombrada por los Estados controlará la recaudación y la utilización de los nuevos impuestos.
b) Diputados de los Estados formarán parte del Consejo Real que asesora al delfín.
c) Los Estados Generales se reunirán periódicamente.

1358 Etienne Marcel intenta sumar fuerzas a su revolución parlamentaria: las "comunas" de todo el reino, la "jacquerie" campesina, la facción aristocrática de Carlos de Navarra.

1359 El delfín Carlos convoca los Estados Generales, que, desbordados por el radicalismo de Marcel, apoyarán ahora la política del delfín sin inconvenientes. Los Estados se niegan a ratificar el Tratado de Londres, firmado por el rey, y conceden nuevos subsidios para continuar la guerra.

1363 Los Estados sostienen la política del delfín: oposición al llamado Tratado de los Rehenes y nuevos tributos.

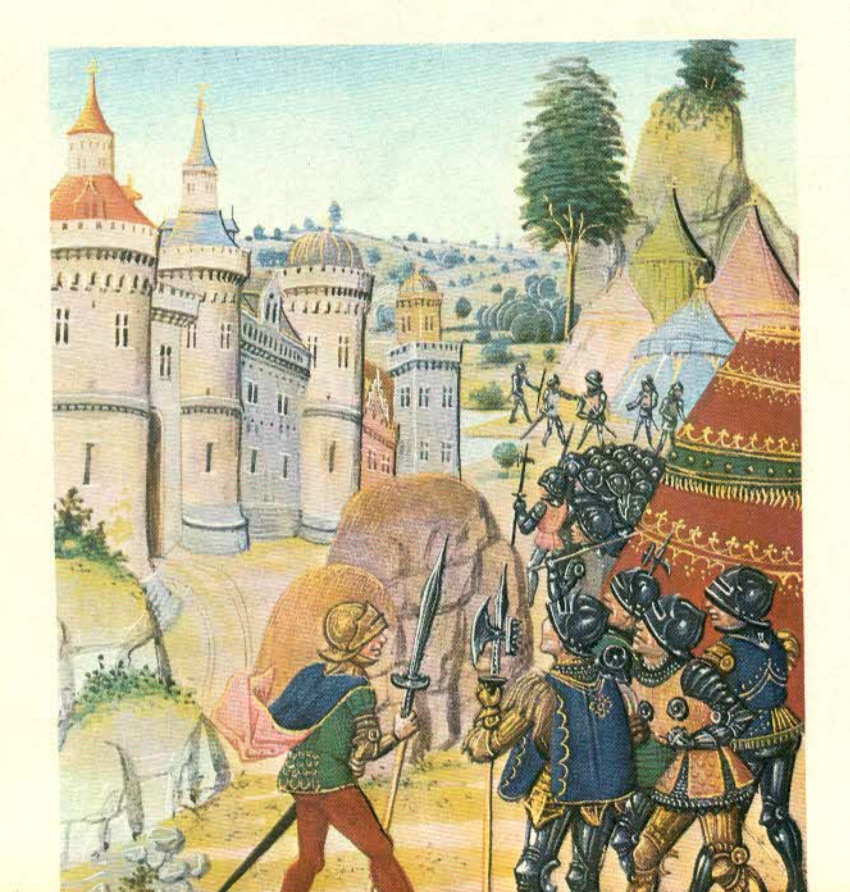
1411 Los Estados se pronuncian por el partido borgoñón y la candidatura inglesa a la corona de Francia, a cambio de la aceptación de las reformas contenidas en la "Ordonance cabochienne".

La "Ordonance cabochienne" recoge los principios que habían inspirado a Etienne Marcel y se pronuncia en favor de una monarquía constitucional y parlamentaria.

1420 Los Estados Generales aprueban el Tratado de Troyes.

1428 En Chinon, el delfín Carlos VII reúne unos Estados Generales que representan a los vasallos que les son todavía fieles, pero no puede obtener de ellos la concesión de impuestos para continuar la guerra contra Inglaterra.

Sitio de Brest por las tropas de Bertrand du Guesclin (miniatura de las "Crónicas de Francia"; Biblioteca Nacional, París).



la gran crisis europea coetánea, se abatió con un paralelismo sorprendente en las dos nacionalidades en pugna de uno y otro lado del canal. Si en Francia un monarca de doce años, Carlos VI, sucedió al prudente y sagaz Carlos V (1380), en Inglaterra la muerte del sesudo Eduardo III (1377) puso la corona en las sienes de otro muchacho: Ricardo II, nieto del gran Eduardo (hijo del Príncipe Negro). Mientras en ambos países el gobierno estaba en manos de regentes (los llamados "tíos del rey" en Francia, es decir, los duques de Anjou, Borgoña y Berry; los duques de Clarence, Gloucester, York y Lancaster, en Inglaterra), una gran revuelta social, mucho más grave que la *jacquerie* francesa, estallaba en Inglaterra (1381).

Más grave que la *jacquerie,* aunque mucho menos sangrienta, por cuanto comprendía capas sociales más amplias (menestralía, pequeño clero) y porque las masas populares demostraron, aparte una notable fuerza militar, cierta organización y un programa concreto, con influencias del movimiento religioso coetáneo de los lolardos de Wicleff.

Fragmento del testamento de Carlos V de Francia (Archivos Nacionales, París). La muerte del rey francés había sido precedida por las de Eduardo III y el hijo de éste, el Príncipe Negro. La corona de Francia recaía en un niño de doce años. Todo indicaba que las condiciones iban a variar.

Dirigidas por jefes audaces como el tejero Gualterio (Walter Tyler), las masas llegaron a abrirse paso hasta Londres y dominar un tiempo la situación, hasta que la burguesía y la aristocracia (el Parlamento) consiguieron sofocar el movimiento.

Paralelamente, en Francia se desató una ola de demagogia y turbulencias. Bandas de miserables, vagabundos y bandidos, triste secuela de la guerra y las pestes reiteradas durante la segunda mitad de esta centuria, tales como los *tuchins* de Auvernia y el Languedoc, los *chaperons blancs* de Normandía o los *maillotins* de París, asolaron el país y fueron implacablemente reprimidas. En 1389, el nuevo regente Luis de Orleáns, hermano del rey, con el apoyo de los antiguos colaboradores

Bautismo del delfín Carlos, el futuro Carlos VI de Francia (miniatura de las "Crónicas de Francia"; Biblioteca Nacional, París). Al heredar la corona a los doce años se hizo imprescindible el gobierno de un regente.

Encuentro de Wat Tyler y John Ball (miniatura de las "Crónicas" de Froissart; Museo Británico, Londres). En el reinado de Ricardo II se produjo en Inglaterra una revolución, quizá más importante que la de la "Jacquerie" en Francia. Coincidieron en ella, por una parte, las predicaciones de John Ball, seguidor de Wicleff, y el movimiento capitaneado por Wat Tyler, producido por la penuria ocasionada por la guerra de los Cien Años.

de Carlos V (los *marmousets*), desplazó a sus parientes y gobernó solo en nombre del rey incapaz. Pese a la calificación despectiva que merecieron al pueblo (*marmout,* es decir, ogros o figuras grotescas de las aldabas), los administradores de Luis de Orleáns realizaron un esfuerzo notable para ordenar un país deshecho. Esfuerzo vano, es cierto, porque la corte, bajo la égida de la reina madre Isabel de Baviera, dilapidó el tiempo y el dinero entregándose a frenéticas mascaradas y fiestas "de salvajes", mientras la débil mente del desgraciado Carlos VI acababa de oscurecerse.

En Inglaterra, ante las veleidades de gobierno personal de Ricardo II, ya llegado a la mayoría de edad, una revolución parlamentaria desposeyó al incapaz monarca y dio la corona a su primo Enrique de Lancaster (Enrique IV). Era la primera usurpación con éxito de la historia inglesa y no dejaría de tener imitadores. El primer monarca Lancaster intentó también reorganizar el país, pero murió prematuramente en 1412, mientras en Francia la locura intermitente del soberano excluía la posibilidad de una regencia oficial permanente y daba pie a las disputas entre los "tíos". La muerte de uno de ellos, el poderoso Felipe el Atrevido, duque de Borgoña, en 1404, dio a la pugna una mayor acritud. Su hijo, el nuevo duque Juan Sin Miedo, se desembarazó por el asesinato de Luis de Orleáns (1407), y los partidarios de éste se reagruparon alrededor de su consuegro Bernardo de Armagnac, gran señor del Mediodía; entre *armagnacs* y *borgoñones* se desató una lucha sin cuartel.

Mientras tanto, en París se produjo una





nueva ola de demagogia dirigida por el carnicero Caboche y sus *cabochiens,* que contaban con la protección del duque de Borgoña. La burguesía de la capital, asustada por los excesos de la revolución, se pasó al bando armagnac, y Juan Sin Miedo no vio otro medio para recuperar sus posiciones políticas que el de aliarse a los ingleses (1414). La alianza angloborgoñona, factor gravísimo para la monarquía francesa, permitió a los ingleses desembarcar en Francia y encender nuevamente la guerra, prácticamente interrumpida desde 1376.

Enrique V de Inglaterra, el segundo monarca Lancaster, príncipe voluntarioso, astuto y brutal, muy popular por su bella estampa física y sus hazañas militares, desembarcó en Normandía, tomó Ruán y, gracias a la neutralidad (en realidad, alianza secreta) borgoñona, pudo derrotar cumplidamente a la caballería del condestable Bernardo de Armagnac en Azincourt (octubre 1415), victoria inglesa digna de compararse con los triunfos de Crécy y Poitiers. A su amparo, Juan Sin Miedo volvió a dominar París, manteniendo bajo su custodia al infeliz Carlos VI el Loco. Pero los armagnac se agruparon alrededor del príncipe heredero, el delfín Carlos, mientras el pueblo francés era presa de una angustiosa desorientación.

Ricardo II (miniatura de las "Crónicas de Francia"; Biblioteca Nacional, París). El reinado del sucesor de Eduardo III se caracterizó por la oposición entre el rey y el parlamento, por lo cual su participación en la guerra contra Francia fue escasa.



Ricardo II de Inglaterra entrega al duque de Lancaster los atributos de la realeza (miniatura de las "Crónicas de Francia"; Biblioteca Nacional, París). Una revolución parlamentaria derrocó a Ricardo II y elevó al duque de Lancaster, que reinó como Enrique IV.

La alianza del duque de Borgoña y el rey de Inglaterra era ya de dominio público. En Montereau, en ocasión de una entrevista entre el delfín y Juan Sin Miedo, un fanático partidario del primero, el caballero Tanneguy du Châtel, hendió de un hachazo el cráneo del borgoñón (1419). Este asesinato, réplica del de Luis de Orleáns doce años antes, acabó de ahondar el abismo, porque el nuevo duque de Borgoña, Juan el Bueno, acabó de echarse en brazos de los ingleses, y Enrique V se convirtió de hecho en el amo de Francia. De hecho y de derecho, porque la frivolidad de la reina madre Isabel daba motivos para la duda acerca de la paternidad, y por consiguiente de la legitimidad, del delfín. Dudas que la misma reina pareció consagrar jurídicamente aceptando el tratado de Troyes (1420), por el que se reconocía como heredero del trono de Francia a Enrique V de Lancaster, previo matrimonio con Catalina de Valois, hija de Carlos VI e Isabel.

EL CONDADO DE FLANDES EN LA GUERRA DE LOS CIEN AÑOS

1335 Flandes es gobernado por Luis de Nevers, fiel vasallo de la corona de Francia.

1336 Eduardo III prohíbe la exportación de lanas inglesas a Flandes.

1339 Paralización de la industria textil. La crisis social provoca un levantamiento contra Luis de Nevers. Jaime van Artevelde, rico comerciante, acaudilla la rebelión popular. Obreros, empresarios y comerciantes de tejidos se inclinan por la alianza con Inglaterra y reconocen a Eduardo III como rey de Francia.

1342-1345 El papa lanza el entredicho contra los flamencos sublevados contra su señor legítimo. Francia apoya al partido condal. Artevelde no resuelve los graves problemas económicos del condado y su gobierno se hunde en la tiranía. Flandes se separa de la alianza inglesa.

1367 Luis de Mâle, sucesor de Luis de Nevers, se aproxima a Inglaterra: se negocia el matrimonio de su hija Margarita con un hijo de Eduardo III. Carlos V deshará esta tentativa y logrará la mano de Margarita –que supone Flandes, Artois, el condado de Borgoña– para su hermano Felipe, duque de Borgoña.

1380 Luis de Mâle, fiel a la alianza inglesa todavía, debe hacer frente a una sublevación general de las ciudades flamencas dirigida por los gremios de tejedores. El conde pide ayuda a su yerno Felipe y al rey de Francia.

1382 Felipe el Atrevido, al frente de un ejército franco-borgoñón, vence en Roosbeke a las milicias de las ciudades sublevadas. Un ejército inglés colabora en la pacificación de Flandes.

1383 Felipe el Atrevido sucede a Luis de Mâle: política de entendimiento con Inglaterra, cuyas exportaciones se han revelado vitales para la industria flamenca.

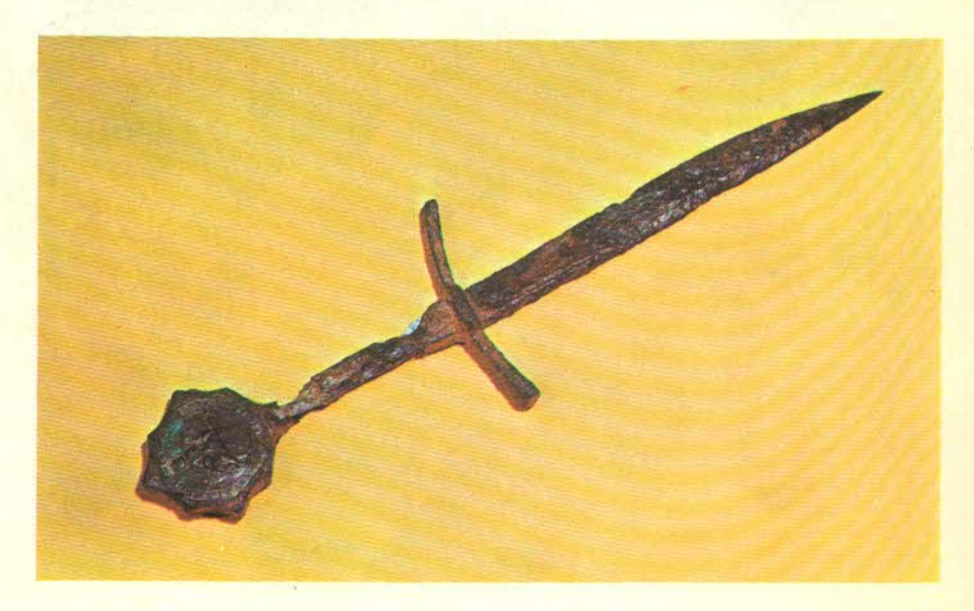
1392-1419 Los duques de Borgoña y condes de Flandes, aliados a los ingleses, luchan contra los Armagnac por la hegemonía política en el estado francés.

1420 El Tratado de Troyes reconoce la autonomía política del conglomerado formado por el condado de Flandes y el ducado de Borgoña.

Carlos VI de Francia (Biblioteca Nacional, París). El reinado de este rey se vio alterado por la anormalidad de la locura cíclica de Carlos, que impedía la regencia y facilitaba las pugnas entre los grandes señores.

El tratado de Troyes, aceptado por la universidad y el Parlamento de París, y por los Estados Generales, excluía, pues, al delfín Carlos de la sucesión y entregaba Francia, atada de pies y manos, al monarca inglés. Nunca la gran monarquía franco-inglesa estuvo tan cerca de su realización. Sin embargo, la muerte casi simultánea de Enrique V y de Carlos VI (1422) planteó una nueva coyuntura. El novel monarca inglés, Enrique VI, hijo de Enrique V, rey también de Francia (Enrique II) según el tratado de Troyes, era un niño.

La situación era angustiosa para una Francia arruinada por la guerra que se desarrollaba en su propio territorio y dividida entre dos obediencias: la del niño Enrique II (VI de Inglaterra), bajo la regencia de su tío el du-



Daga de tipo borgoñón (Museo del Ejército, París).



Muerte del duque Luis de Orleáns a manos de los partidarios de Juan Sin Miedo, duque de Borgoña (miniatura de la "Crónica" de Enguerran de Monstralet; Biblioteca Nacional, París). La locura del rey Carlos VI contribuyó a que los diversos bandos que luchaban en Francia se fueran centrando alrededor de dos personalidades: Luis de Orleáns (cuyo consuegro, Bernardo de Armagnac, recogerá su herencia) y el duque de Borgoña Felipe el Atrevido, a quien sucede su hijo Juan Sin Miedo.

que de Bedford, instalado en París, y la del delfín, ahora ya Carlos VII para sus partidarios, que tenía su corte en Bourges. Ingleses y borgoñones aliados dominaban la mayor parte del país: los primeros en el Oeste, desde Normandía a Guyena y además la Picardía, la Champagne y la Isla de Francia, y los segundos en Borgoña, Flandes, Artois y el Franco Condado; el duque de Bretaña y el conde de Foix eran sus aliados.

Carlos VII, el "rey de Bourges", como le llamaban en sorna sus enemigos, era obedecido en el centro del país (en el Berry, Anjou, Turena, Poitou y Orleáns) y en el Sudeste (Delfinado, Auvernia, Lyon y el Languedoc); le era fiel también el enclave de La Rochela, y contaba con la firme alianza del rey de Provenza, su primo Luis de Anjou. A las miserias de la guerra se unía una profunda turbación de los espíritus, pareja a la que simultáneamente imperaba sobre las conciencias con motivo del cisma de Occidente. ¿Quién era el legítimo rey de Francia: Carlos o Enrique? Las dudas llegaban hasta el ánimo del propio Carlos VII, quien se mostraba tímido y vacilante, juguete de una camarilla de cortesanos sin escrúpulos.

Pero el sentimiento nacionalista, la conciencia de pertenecer a una comunidad nacional, por encima de los lazos personales de obediencia a un soberano, era ya algo muy vivo en la Europa del siglo XV. Y este sentimiento se manifestaba en Francia, lo mismo en las regiones ocupadas por los ingleses, pero que habían pertenecido largo tiempo a la monarquía Capeto, que en las que seguían fieles al rey de Bourges. El nacionalismo se identificaba con la monarquía de los descendientes de Luis el Santo y era indudablemente mucho más vivo entre las masas populares que entre la aristocracia.

La *grand pitié du royaume,* la pena o conmiseración que inspiraban las desgracias del país, era una expresión familiar entre las gentes, tanto como la esperanza de una fuerte reacción, que las almas piadosas cifraban en la ayuda de la providencia. Francia había sido castigada por Dios por sus pecados, pero el Señor no permitiría la ruina y la muerte de las buenas gentes del país de Carlomagno, martillo de paganos, y de San Luis, el asceta coronado. He aquí un tema que inspiraría con frecuencia las homilías de los párrocos rurales; por lo menos, consta que las escuchaban de ese tono los sencillos campesinos de la aldea de Domremy, en el Barrois, en los confines entre la Champagne y la Lorena, donde vivía la niña Juana de Arco, y es lógico suponer que ello no sería excepcional.

Sin este nacionalismo de las masas, impregnado de la religiosidad propia de la época, no se explicarían los éxitos de la Doncella de Orleáns, personificación de un sentimiento colectivo, polarizado en un momento psicológico alrededor de la mística ardiente de una pobre muchacha campesina. Ni se explicaría que tales sentimientos hubiesen podido brotar en la mente de una aldeana analfabeta, en un insignificante villorrio alejado de los grandes centros urbanos.

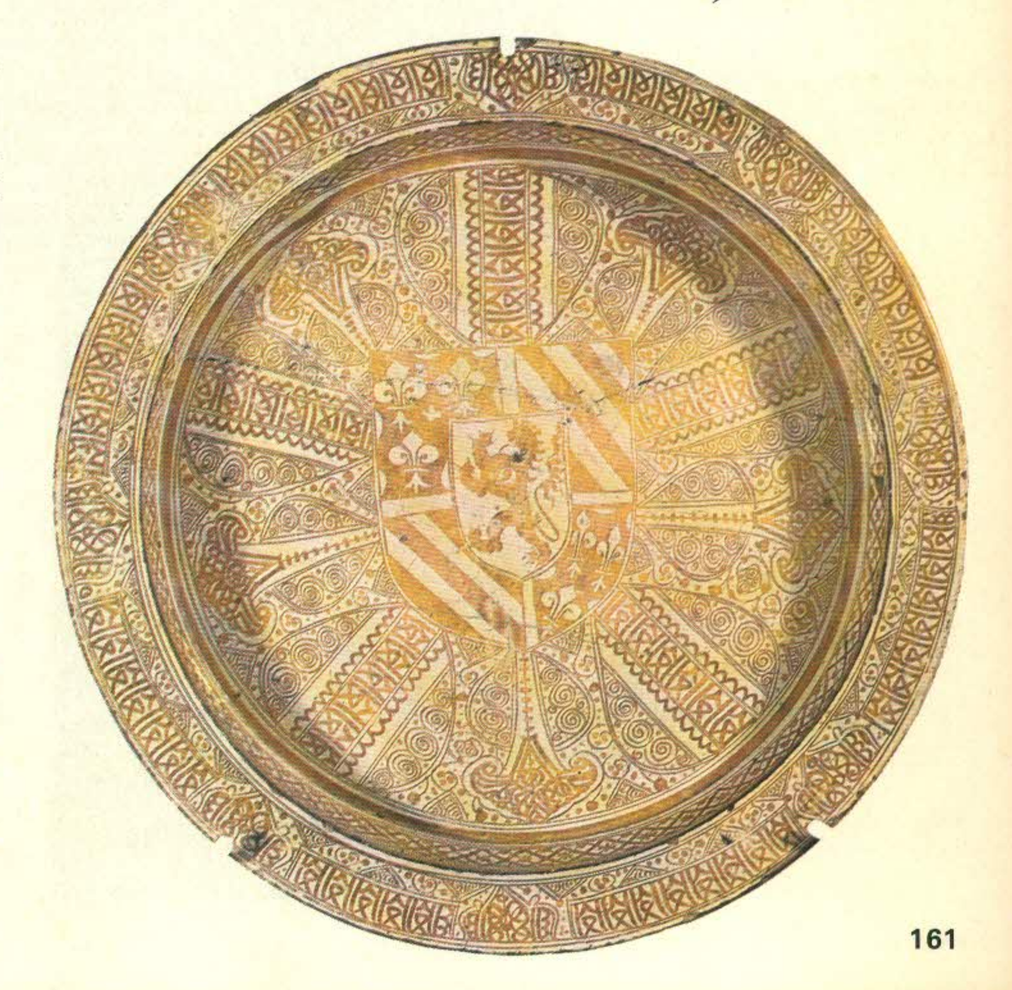
La voluntad de resistencia y reacción había producido ya algunos pequeños éxitos militares de las armas de Carlos VII (Pontorson, la Gravelle, La Rochela, Montargis) en los años de la infancia de Juana de Arco, los cuales, abultados por la imaginación popular, habían tenido la virtud de reavivar las

Juan Sin Miedo, duque de Borgoña, recibe el "Libro de las Maravillas" de manos de Jean Hayton (Biblioteca Nacional, París). El ducado de Borgoña, "estado relámpago", intentará bascular entre Francia, el Imperio e Inglaterra, y acabará enfrentando a los reinos unificados de Francia y España.

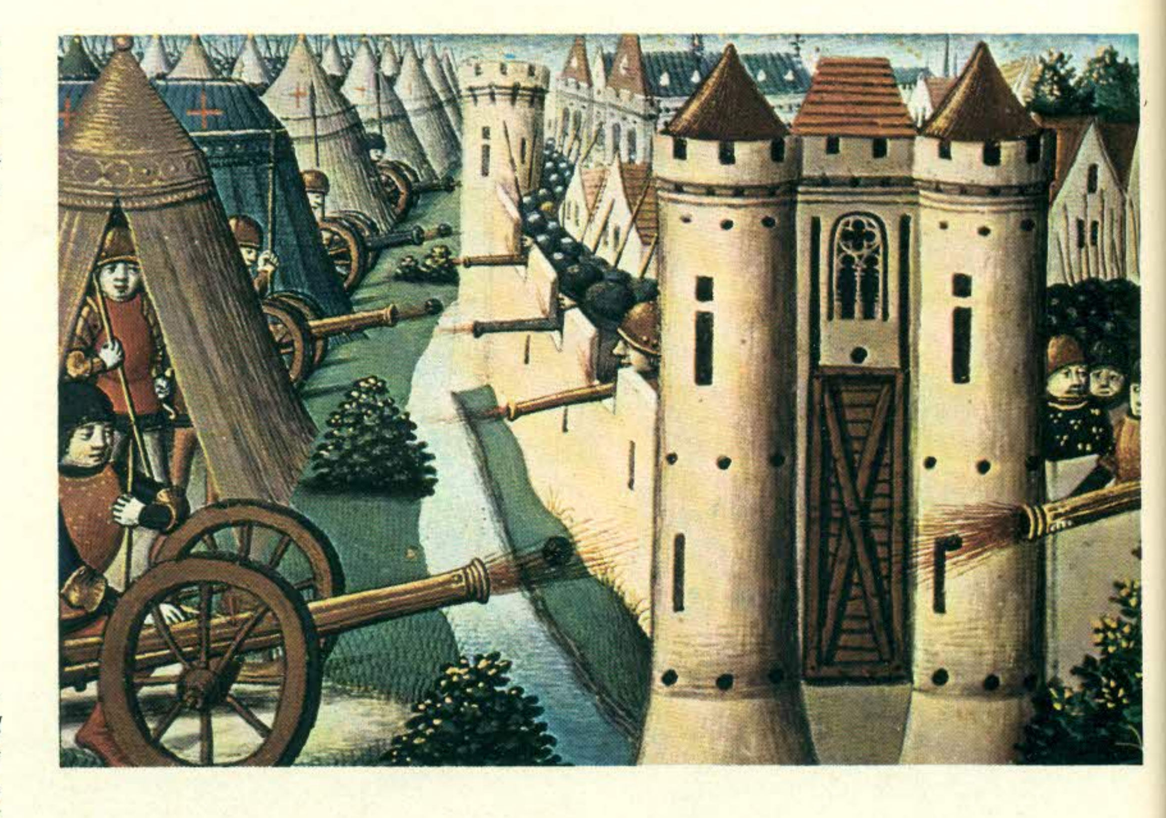
esperanzas. Y también algunos éxitos diplomáticos, como la defección de la alianza inglesa del duque Juan de Bretaña y de su hermano el conde de Richemont, investido por Carlos VII de la condestablía de Francia, así como también, en el Sur, la defección del conde Juan de Foix y de su hermano Mateo de Comminges, pasados igualmente al bando del rey de Bourges. La disputa entre los duques de Gloucester y de Borgoña, en el lado inglés, por la posesión del Hainaut era otro hecho esperanzador para los franceses leales a Carlos VII.

Bajo la dirección del regente Juan de Bedford, excelente militar, las armas inglesas, después de la gran victoria de Verneuil (1424), concentraban su actividad en la conquista de la plaza de Orleáns, cuya posesión les hubiese permitido la cómoda comunicación entre los dos grandes bloques territoriales al norte y al sur del Loira, afectos a su obediencia. En 1427, Salisbury, lugarteniente de Bedford, puso sitio a la plaza, que, bien defendida por el bravo capitán Juan Dunois, resistió heroicamente durante dos años los repetidos asaltos de Salisbury y de su sucesor Talbot. Esta resistencia a ultranza se explica porque el se-

Plato de cerámica de Manises, de hacia 1450, con el escudo de los duques de Borgoña (Museo Lázaro Galdiano, Madrid).



Toma de Ruán por los ingleses de Enrique V al comienzo del segundo período de la guerra de los Cien Años (miniatura de un manuscrito de la Biblioteca Nacional de París).



Aspecto de la batalla de Azincourt (miniatura inglesa del siglo XV; Victoria and Albert Museum, Londres). En ella, las tropas de Enrique V de Inglaterra derrotaron a las de Carlos VI de Francia. En el campo de batalla murió lo mejor de la nobleza francesa y fueron hechos prisioneros los duques de Orleáns y Borbón. Durante cinco años, los ingleses se fueron extendiendo por Francia y en 1420, por el tratado de Troyes, Enrique V de Inglaterra pasaba a ser de hecho rey de Francia.



ñor de la ciudad, Carlos de Orleáns, había caído prisionero de los ingleses en Azincourt y, según las normas de la caballería, se consideraba una alevosía atacar los dominios de un señor cautivo, pero de hecho la resistencia de la ciudad se convirtió en el símbolo de la resistencia de Francia. En la primavera de 1429, después del fracaso de una tentativa de aprovisionamiento en Rouvry (la "jornada de los arenques"), la plaza, diezmada por el hambre, parecía próxima a la capitulación. En este momento de angustia es cuando aparece la figura de la *pucelle,* la Doncella de Orleáns.

Nacida en 1412 en el seno de una humilde y numerosa, aunque no miserable, familia campesina, Juana no había recibido instrucción alguna. Su infancia no se distinguió de la corriente entre los niños de su clase; era una niña hacendosa y obediente que vivió como todos el ambiente de angustia y de esperanza que se respiraba en todos los rincones del país. A partir de los trece años empezó a tener visiones y a oír lo que ella llamó "sus voces": las de San Miguel, Santa Catalina y Santa Margarita, que le ordenaban en nombre de Dios partir para Francia (el Barrois, en la Lorena, feudo del Imperio, no se consideraba todavía Francia), levantar el sitio de Orleáns y consagrar al rey Carlos en Reims como lugarteniente del Rey de los Cielos, supremo soberano de Francia.

Con la firme convicción de cumplir la irresistible voluntad divina, Juana, a los dieciséis años, logró vencer la natural resistencia de sus familiares y establecer contactos con las autoridades militares más próximas (el capitán Baudricourt en Vaucouleurs, y más tarde con el propio duque Carlos de Lorena), quienes acabaron por recomendarla al monarca.

Con un caballo y armas facilitados por las humildes gentes de Vaucouleurs y una pe-

Carlos de Orleáns, prisionero en la Torre de Londres (Museo Británico, Londres). Caído en poder del enemigo en la batalla de Azincourt, este príncipe y poeta francés fue trasladado a Inglaterra y encerrado en la Torre de Londres.

queña escolta de seis hombres (hermanos y parientes de Juana), la doncella consiguió llegar a Chinon, donde se encontraba el rey, a quien había escrito desde el camino informándole de su misión y solicitando una entrevista secreta. La entrevista, de la que nada se sabe en concreto, tuvo lugar en marzo de 1429 y se da por supuesto que el "secreto" consistió en revelar al rey, en nombre de Dios, su legitimidad, de la que él mismo dudaba. Era una solución mística para una cuestión humanamente insoluble, una solución de gran valor para la mentalidad de su época, que derribaba la base legal del tratado de Troyes y que coincidía con los deseos y los intereses de los franceses que permanecían leales al rey Valois.

Inmediatamente, Juana dirigió al rey Lancaster, a Bedford y a sus lugartenientes la célebre carta conminándoles a levantar el sitio de Orleáns y a ceder al rey Carlos, en nombre del Rey del Cielo, la corona de Francia. Una comisión eclesiástica constituida en Poitiers emitió un informe favorable, y Juana fue investida del mando más o menos teórico de una fuerte expedición de socorro, reclutada a base de un supremo esfuerzo económico por parte del monarca (lo que prueba hasta qué punto había sido afectado por el optimismo de la Doncella). La llegada de esta expedición a Orleáns, con la noticia de sus singulares circunstancias, galvanizó a los defensores y desmoralizó a los sitiadores. La expedición rompió el cerco y entró en la



Real de oro de mediados del siglo XIV (Biblioteca Nacional, París).



Carlos VII de Francia y sus consejeros (Biblioteca Nacional, París). Tras la muerte casi consecutiva de Enrique V de Inglaterra y Carlos VI de Francia, las coronas de estos dos países recayeron, según el tratado de Troyes, en el hijo del primero, Enrique VI, un niño, mientras el hijo del rey francés era considerado por muchos como el verdadero rey de Francia, Carlos VII.

plaza (27 abril 1429). Diez días más tarde, Talbot levantaba el sitio. La liberación de Orleáns, profetizada por la *pucelle,* fue considerada como la prueba del carácter divino de su misión. Carlos VII dirigió una circular a las ciudades del país haciéndose eco del prodigio.

Faltaba, sin embargo, la segunda parte: la consagración de Carlos en Reims, requisito indispensable para su reconocimiento como monarca. Entre Orleáns y Reims se interponían vastas regiones dominadas por los angloborgoñones. Pero el impulso estaba lanzado: los ejércitos franceses del duque de Alençon y del mariscal de La Hire desembarazaron fácilmente el camino. En Patay (19 junio 1429), digna réplica de Verneuil o Azincourt, La Hire destrozó un ejército inglés, capturando al propio Talbot y a todo su estado mayor. El 17 de julio, Carlos VII era solemnemente consagrado en Reims y Juana declaraba al arzobispo de Chartres que había terminado su misión. Pero, presionada sin duda por sus compañeros de armas o contagiada ella misma por el entusiasmo general, decidió continuar al servicio del rey hasta la liberación de París, un error que pagaría con la vida.

La operación de París, dirigida por Alençon y Clermont, fue un fracaso (8 septiembre); la propia Doncella fue herida en un muslo. Carlos VII, bajo la influencia de su nuevo consejero La Tremouille, parecía volver a su inactividad y desoía los consejos de Juana, que preconizaba la continuación de la campaña, a fin de aprovechar el mo-

mento de entusiasmo y optimismo. Hostigando por su cuenta al adversario al frente de pequeños destacamentos, fue capturada en Compiègne (mayo 1430) por los borgoñones, quienes –después de confusas transacciones, de las que fue principal agente el obispo de Beauvais, Cauchon, devoto de Isabel de Baviera y de Bedford– acabaron por vender a la Doncella a los ingleses por diez mil escudos. Conducida a Ruán, inicióse un largo proceso inquisitorial ante un tribunal presidido por el propio Cauchon, cuyo objetivo político era el de obtener de la Doncella una abjuración de sus visiones sobre las que se cimentaba la legitimidad de Carlos VII.

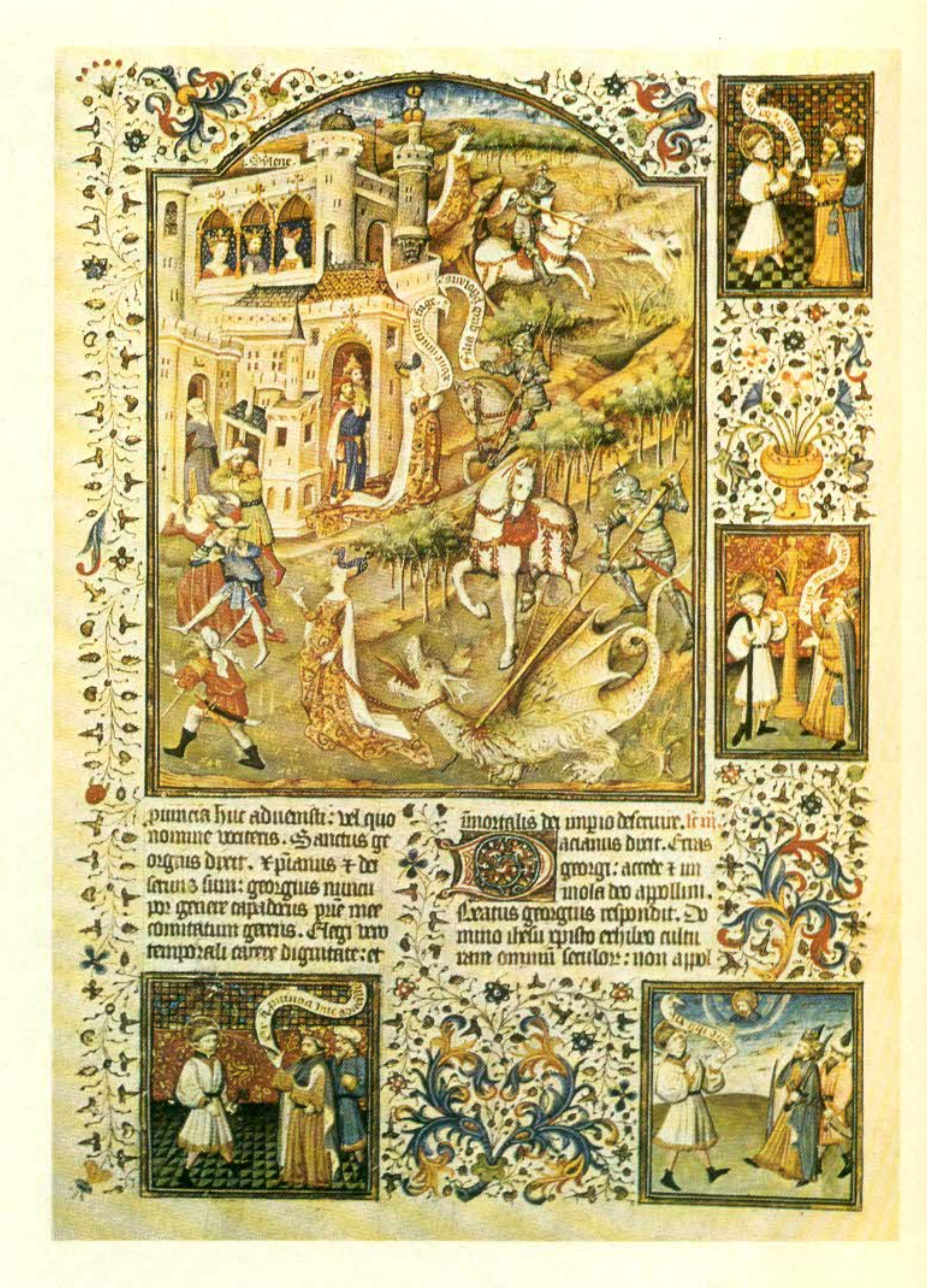
La universidad de París, sometida a los ingleses y celosa de los eclesiásticos de la comisión de Poitiers, que había admitido la posibilidad del carácter sobrenatural de la misión de Juana de Arco, pronuncióse contra su autenticidad. Tras largos meses de interrogatorios y coacciones, Juana acabó por firmar una capciosa declaración, cuyo alcance difícilmente pudo comprender, "sometiéndose a la Iglesia". Pero al día siguiente, comprendiendo lo que significaba su pretendida abjuración, negó su valor, reafirmando que no podía oponerse a la voluntad de Dios. Declarada "hereje, relapsa, apóstata e idólatra", fue entregada al brazo secular y expiró en la hoguera en Ruán (30 mayo 1431) protestando hasta el último momento de su inocencia. Sus cenizas fueron echadas al Sena.

El martirio de Juana de Arco fue, aparte otras consideraciones, un grave error de sus ejecutores. Como ella misma había profetizado, sería mucho más peligrosa para los ingleses muerta que viva. En efecto, su muerte por negarse a abjurar fue a los ojos del pueblo francés la prueba suprema de la verdad de su misión.

Carlos VII, que nada había hecho para salvar a la Doncella, volvió, después de la muerte de su intrigante consejero La Tremouille (1433), a su anterior actividad. Pronto el duque de Borgoña, Juan el Bueno, cuya reconciliación con el rey de Francia había sido uno de los ideales de Juana de Arco, sea influido por el impacto de la hoguera de Ruán o por cálculo, intuyendo un mal final para la causa inglesa, buscó una aproximación con Carlos VII, que desembocó en el tratado de Arrás (1435), por el que, a cambio de la condena por parte del rey del crimen de Montereau, la cesión de Auxerre, Boulogne y las plazas del Somme, y la dispensa del homenaje de fidelidad a título vitalicio, Borgoña volvía a la amistad del rey Valois.

A partir del tratado de Arrás, la situación de los ingleses en Francia, faltos de la preciosa alianza de Borgoña, fue volviéndose cada vez más crítica. Seis días antes de Arrás había muerto Bedford, la mejor espada de los Lancaster en Francia. Sus sucesores, los duques de Gloucester y Beaufort, los nuevos regentes de Enrique VI, ya mayor de edad, pero cada vez de menores facultades mentales (recordemos que era nieto, por línea materna, de Carlos el Loco), andaban en plena discordia.

La mayor parte de las regiones ocupadas por los ingleses se agitaban contra su dominación, alentadas por las incursiones frecuentes de Dunois, Richemont y otros capitanes de Carlos VII, entre ellos su heredero el delfín Luis (futuro Luis XI). Dieppe se sublevó en 1436 y en abril del mismo año Richemont logró entrar en París, aunque, en realidad,



La leyenda de San Jorge representada en un breviario que perteneció al duque de Bedford, regente de Enrique VI de Inglaterra (Biblioteca Nacional, París).

LA GUERRA DE LAS DOS ROSAS

Los fracasos de las operaciones militares en Francia y la incapacidad de Enrique VI, juguete en manos de la reina Margarita de Anjou, mujer dominante y obstinada, desacreditaron la dinastía Lancaster, llegada al trono por una usurpación. Si en 1397 el Parlamento había sancionado el destronamiento de un rey incapaz, Ricardo II, y su sustitución por Enrique IV de Lancaster, ¿por qué no podía ahora ser destituido Enrique VI para remplazarle por otro monarca más capaz? Al fin y al cabo, ¿no tenía mejores derechos al trono Ricardo de York, descendiente de un hijo de Eduardo III mayor que el antepasado de Enrique VI? Un grupo de familias poderosas, dirigidas por el conde de Warwick (un Neville, descendiente también de Eduardo III), proclamaron a Ricardo de York "protector", mientras otros poderosos clanes (Somerset, Clifford, Percy) se agruparon alrededor de Margarita de Anjou, en defensa de los derechos de su hijo, el niño Eduardo de Lancaster. Entre ambos bandos desatóse una lucha implacable que ensangrentó la historia inglesa durante largos años. Por el emblema escogido por cada una de las dos facciones: la *rosa blanca* de los York y la *rosa roja* de los Lancaster, esta triste contienda ha sido designada con el nombre de guerra de las Dos Rosas.

El "protector" Ricardo de York pereció en uno de los encuentros con sus rivales (Wakefield, 1460), pero al poco tiempo los York, vencedores en Towton (1461), elevaron al trono al hijo del protector con el nombre de Eduardo IV. El infortunado Enrique VI fue encerrado en la Torre de Londres y la reina Margarita huyó del país. Pero de momento, mientras Eduardo IV fue menor de edad, el verdadero rey fue Warwick.

Llegado a la mayoría, Eduardo IV no se resignó a un papel secundario. Su boda con Isabel Grey y el favor que dispensó a los parientes de su esposa (los Woodville), disgustaron a Warwick, quien, en un sorprendente golpe de teatro, se pasó al bando de la Rosa roja. Aliado con Margarita de Anjou y con el rey Luis XI de Francia, Warwick sacó a Enrique VI de su encierro y le devolvió la corona que él mismo le había quitado, mientras Eduardo IV huía a Holanda.

La restauración de los Lancaster no duró más que unos meses, puesto que Eduardo IV, protegido por su cuñado el duque de Borgoña Carlos el Temerario, pudo regresar a Inglaterra y, después de derrotar a Warwick en Barnet (1471), donde el célebre *kingmaker* (hacedor de reyes) perdió la vida, y a Margarita en Tewksbury, recuperó la corona. El infeliz Enrique VI desapareció misteriosamente. No sería el último "desaparecido".

Eduardo IV, tras haberse desembarazado de los principales jefes de la Rosa roja, resucitó sus pretensiones a la corona francesa y, aliado con el duque de Borgoña, desembarcó en Francia y por un momento Europa pudo creer que renacía la guerra de los Cien Años. Pero Eduardo IV, práctico y *bon vivant*, creyó más conveniente vender a Luis XI sus derechos a la corona de San Luis y firmó el tratado de Picquigny (1475), cuyo alcance ya ha sido referido en el texto.

Eduardo IV sólo pudo reinar dejando gobernar al Parlamento y a su muerte (1483) se reprodujo la guerra civil. Su hijo Eduardo V, niño de doce años, reinó sólo unos meses. Víctima de la ambición de su tío Ricardo, duque de Gloucester, fue encerrado en la Torre de Londres con su hermano Ricardo, mientras la reina viuda Isabel huía enloquecida (1483). Los dos niños reales "desaparecieron" también para siempre. Ricardo de Gloucester, declarando a sus sobrinos bastardos, se proclamó rey (Ricardo III) con la bendición de un Parlamento adicto.

Tampoco Ricardo III gozó mucho tiempo de su usurpación (y probablemente también de sus crímenes). Su principal instigador, Buckingham, se volvió contra él y le opuso Enrique Tudor, duque de Richmond, descendiente de los Lancaster por línea femenina, pero casado con Isabel de York, la única hija superviviente de Eduardo IV. El último capítulo bélico de la guerra de las Dos Rosas terminó con la victoria de Enrique en Bosworth (agosto 1485). Ricardo quedó en el campo de batalla, después de haberse defendido con bravura (se ha dicho que pereció porque no pudo hallar un caballo para escapar, por lo que se le atribuye la célebre frase: "¡Mi reino por un caballo!"). Richmond, triunfante, se proclamó rey (Enrique VII), inaugurando la casa Tudor, que presidiría la historia de Inglaterra por espacio de más de un siglo.

S. S. V.

fueron los propios parisienses quienes tomaron la plaza al expulsar a la guarnición inglesa. Carlos VII, cada vez más animoso, influido por su entusiasta amante Inés Sorel, proseguía una implacable guerrilla que agotó a los ingleses, aunque también al Tesoro francés. El cansancio general hizo posible la tregua de Tours (abril 1444), gestionada por el papa, que interrumpió las operaciones durante cinco años.

Pero la tregua de Tours no desembocó en tratado de paz alguno. En 1449, un ataque inglés contra el nuevo duque de Bretaña, Francisco, que se inclinaba por la alianza francesa, dio motivos a Carlos VII para romper la tregua. El objetivo de la nueva campaña fue la liberación de Normandía, cuya población se agitaba contra el dominio inglés y reclamaba el auxilio del rey de Francia. La campaña de Normandía fue muy rápida: en octubre de 1449 capituló Ruán y en agosto de 1450 Cherburgo, tras la victoria francesa de Formigny (abril). En Ruán, Carlos VII, en posesión de la documentación del proceso de Juana de Arco, dispuso su revisión. La sentencia, dictada en 1456, declaró anulada la de 1431 por irregularidades de fondo y forma, y proclamó la rehabilitación de la Doncella de Orleáns. Su canonización, sin embargo, tendría que esperar cerca de quinientos años (hasta después de la primera Guerra Mundial, 1920).

Únicamente la Guyena permanecía fiel a Enrique VI, pero su conquista fue mucho más difícil que la de Normandía. Región secularmente dominada por los reyes de Inglaterra, su población no se sentía "francesa". Bayona capituló en agosto de 1451, pero Burdeos, bien defendida por Talbot, aunque expugnada en junio del mismo año, fue reconquistada por los ingleses en octubre de 1452 y no cayó definitivamente en manos francesas hasta octubre de 1453, tras la muerte del gran capitán inglés en la batalla de Castillon. En esta última fecha, los ingleses no conservaban en todo el vasto territorio de Francia

LA GUERRA EN UN SEGUNDO PLANO: LAS LARGAS TREGUAS DE 1388 A 1411

En el año 1388 se firma una tregua de un año y se inician las negociaciones para la paz.

La decisión ha sido tomada por el Consejo de los Barones de Inglaterra, considerado por los historiadores el partido de la guerra en Inglaterra.

En Francia es la primera decisión de un nuevo gobierno –Carlos VI se ha emancipado de la tutela de sus tíos–, que se declara pacifista para poder atajar la crisis interna. Es un golpe de estado en contra de los grandes príncipes franceses belicistas.

El 18 de junio de 1389, la tregua se alarga tres años.

La continuidad de la tregua obedece ahora por parte de Inglaterra a una nueva política: la política personal de Ricardo II, que intenta recobrar la autonomía monárquica frente al Consejo de los Barones. El monarca inglés no puede distraer sus fuerzas en el exterior. El partido de la paz llega al poder en Inglaterra, mientras el partido de la guerra pasa a la oposición, según los historiadores.

Es imposible llegar a fijar los términos de un acuerdo de paz.

La paz se habría salvado en aquel momento por la voluntad personal de Ricardo II.

El monarca inglés se alía personalmente con el soberano francés: matrimonio de Ricardo II con la hija de Carlos VI. Firma de una tregua de veintisiete años entre Francia e Inglaterra.

En Francia en 1392 un ataque de locura desplaza del poder al rey y a su Consejo Privado y lo sustituye por la regencia, de hecho, de los grandes príncipes familiares del monarca: Felipe de Borgoña, Luis de Borbón y Luis de Orleáns. La modificación de la situación política y las tendencias belicistas del nuevo gobierno traen una ruptura de las hostilidades.

En 1400, Enrique de Lancaster destrona a Ricardo II. El pretendiente había logrado el apoyo del Consejo de los Barones, comprometiéndose a respetar sus prerrogativas y a reanudar la guerra con Francia.

En 1400, los regentes de Francia y el rey Enrique IV prolongan las treguas entre sus respectivos países.

En 1404 se vuelve a firmar la continuidad de las treguas. En 1405-1407, ofensivas aisladas francesas, sin declarar la ruptura de la tregua.

Los príncipes franceses están divididos acerca de la política a seguir con Inglaterra: Luis de Orleáns considera que debe aprovecharse la situación comprometida de Enrique IV, mientras el duque de Borgoña se mantiene neutral.

Dificultades de Enrique IV para afianzarse en el trono.

Desde 1407, guerra civil en Francia entre los Armagnac y los partidarios del duque de Borgoña.

Enrique IV intentará obtener un tratado de paz favorable a Inglaterra.

Hasta 1414 no se reanuda la guerra, motivada por una radicalización de las exigencias del sucesor de Enrique IV, Enrique V, que aspira, según algunos, a la corona de Francia desde el principio; a la reconquista de extensos territorios franceses –todo el dominio feudal de los Plantagenet–, según otros.

más que Calais, en territorio del duque de Borgoña y, por tanto, inatacable para Carlos VII.

Las turbulencias ocurridas muy pronto en Inglaterra dificultaron durante mucho tiempo cualquier reacción inglesa. De hecho, la guerra de los Cien Años había llegado a su final. Pero como éste no había sido consagrado por ningún tratado, el estado bélico entre las monarquías francesa e inglesa continuó subsistente durante largos años, durante cuyo transcurso no dejarían de producirse algunos esporádicos rebrotes bélicos.

Durante largo tiempo, el peligro de invasión inglesa siguió amenazando a Francia. Pese a la guerra civil que se desencadenó en Inglaterra entre las casas de York y Lancaster (guerra de las Dos Rosas), los representantes de ambas ramas siguieron considerándose reyes de Francia. Incluso hubo un momento en que la invasión llegó a ser una realidad; hasta llegó a reproducirse la para Francia fatídica alianza de Borgoña con la



Juana de Arco se dirige a Reims a coronar a Carlos VII (miniatura de un manuscrito conservado en el Museo Dobrée, Nantes). La "Doncella de Orleáns" personificó el sentimiento colectivo de nacionalidad, que ya se había manifestado en algunos pequeños éxitos militares.

En la página de enfrente, episodio conocido como "la jornada de los arenques", en que un convoy, dirigido por Carlos de Borbón y cargado de arenques ahumados para la alimentación de los soldados durante la cuaresma, fue desbaratado por los ingleses (Biblioteca Nacional, París).

monarquía inglesa o, por lo menos, con una de sus dos ramas: la casa de York.

En 1475, reinando ya el sucesor de Carlos VII, Luis XI –conocido por su astucia y habilidad diplomática como la "Araña Universal"–, el rey inglés Eduardo IV de York, de acuerdo con su cuñado Carlos el Temerario, de Borgoña, cruzó el canal y desembarcó en Calais al frente de un brillante ejército, llegando hasta San Quintín, donde no encontró la cooperación que esperaba por parte del condestable de Saint-Pol, que el Temerario creía ganado a su causa, ni la adhesión de la población que se le había prometido.

Luis XI, tras lanzar sus ejércitos contra la Borgoña para inmovilizar al Temerario, aprovechó la desilusión del inglés y sus apuros económicos, acosado, como estaba, en su país por los partidarios de los Lancaster, para ofrecerle un buen puñado de dinero a cambio de su amistad y renuncia al trono de Francia. En Picquigny, sobre el Somme, Luis y Eduardo se entrevistaron y, ante la indignación del duque de Borgoña, afirmaron su amistad y sellaron las cláusulas del acuerdo: Eduardo IV recibía setenta y cinco mil escudos y una renta vitalicia de cincuenta mil por su renuncia a la corona francesa y a toda pretensión sobre territorio francés. El tratado de Picquigny (agosto 1475) era el broche jurídico de una guerra que de hecho había terminado veinticinco años antes.

Un tan largo conflicto no podía dejar de marcar profunda huella, ya no solamente en la historia de los países afectados, sino en todo el occidente europeo y aun en el oriente. En efecto, se ha señalado que sin la guerra de los Cien Años el occidente cristiano hubiera podido detener la ofensiva turca en los Balcanes y evitar la caída de Constantinopla. De todas formas es aventurado adentrarse en el terreno de lo que hubiera podido ser. Es mejor limitarse al campo de lo que fue. Y lo que fue es pródigo en toda suerte de consecuencias, lo mismo en el terreno político que en el económico-social. En el primero, lo más notable fue la consolidación de la Casa de Borgoña, factor de incalculables consecuencias para la historia europea posterior, y la larga época de turbulencias en Inglaterra conocida con el poético

Miniatura que representa el sitio de Orleáns por las fuerzas inglesas (Biblioteca Nacional, París). Tras resistir durante dos años la acometida inglesa, Juana de Arco logró entrar en la ciudad con refuerzos; diez días después levantaban el sitio los ingleses.



nombre de guerra de las Dos Rosas, pero que, en realidad, tuvo tan poco de poesía como exceso de malicia y crueldad. Pero esta guerra civil, tan aciaga para Inglaterra, puso a Francia a cubierto de nuevas invasiones inglesas y aseguró la paz definitiva, como acabamos de ver.

En el orden interno, la guerra reforzó en Francia el autoritarismo monárquico. Sin la guerra, ¿habría prosperado el ensayo parlamentario de Esteban Marcel? Nos encontramos nuevamente ante lo que hubiera podido ser. El hecho es que no ocurrió y que las reformas centralizantes y militares de Carlos VII, junto con el prestigio de la monarquía, que había conseguido realizar la liberación del suelo patrio, vigorizaron la autoridad real. Los Estados Generales continuaron siendo un órgano exclusivamente financiero y aun en este aspecto nunca tuvieron una gran importancia.

En cambio, en Inglaterra la guerra, sobre todo la guerra civil subsiguiente, y el desprestigio de la monarquía reforzaron el parlamentarismo. Igualmente desprestigiada, además de arruinada y diezmada, la alta no-



LA FORTUNA DE LA CASA DE BORGOÑA

Una de las consecuencias políticas más notables de la guerra de los Cien Años fue la consolidación de la Casa de Borgoña. La línea de los antiguos señores feudales de Borgoña se extinguió en 1361 al morir, víctima de la peste, su último representante, Felipe de Rouvres. Borgoña revertió a la corona francesa en la persona del rey Juan II el Bueno. Pero este imprevisor monarca, de feudal y caballeresca mentalidad, enajenó nuevamente Borgoña al concederla a su segundo hijo, Felipe, para premiar su bravura en la batalla de Poitiers. Felipe de Borgoña (Felipe el Atrevido) fue un gran político; su matrimonio en 1369 con Margarita, heredera de Flandes, hija del duque Luis de Mâle, uniría Flandes y Borgoña. He aquí uno de los hechos fundamentales de la historia política europea bajomedieval.

Felipe el Atrevido estuvo muy unido a su hermano el rey Carlos V el Astuto en la lucha contra los ingleses. Carlos V bendijo la boda de su hermano, en la que vio la extensión de la influencia francesa a Flandes y el afianzamiento de la adhesión de este país a la corona de Francia. Difícilmente podía prever que el engrandecimiento de Borgoña sería fuente inagotable de males para la monarquía francesa.

Después de la muerte de Carlos V (1380), Felipe el Atrevido fue uno de los "tíos del rey", es decir, uno de los regentes de su joven sobrino Carlos VI el Loco. La libre disposición de los recursos de Francia le permitió realizar la campaña de Flandes de 1382 contra los comuneros flamencos y restablecer en el trono de este país a su suegro Luis de Mâle, tras la victoria de Roosbeke y el incendio de Courtrai. Asimismo la colaboración francesa en la guerra de Güeldre, en apoyo de Juana de Luxemburgo, le valió de la agradecida duquesa el Limburgo y el Brabante, primer paso del engrandecimiento de Flandes hacia el Norte (1385). Felipe el Atrevido murió viejo en 1404 y su memoria la inmortaliza el cincel de Claus Sluter en la cartuja de Champmol.

Su hijo y sucesor, Juan Sin Miedo (1404-1419), continuó aprovechándose de la colaboración francesa para sus luchas en Alemania. En 1407, el asesinato de su primo Luis de Orleáns le convirtió en el dueño de Francia, en pugna con los *armagnacs,* pero su intento de captarse las masas populares parisienses (protección al movimiento de Caboche) acabó por enajenarle las simpatías de la burguesía y la universidad de París, que se pasaron al bando armagnac. Fue entonces (1414) cuando el duque de Borgoña se alió secretamente con los ingleses, quienes, gracias a la convenida inactividad del duque, pudieron desembarcar en Francia y obtener el gran triunfo de Azincourt (1415). Juan Sin Miedo volvió a ser el dueño de París y de la voluntad del monarca, pero su juego no tardó en ser descubierto. Sus rivales armagnacs se reagruparon alrededor del delfín (futuro Carlos VII) y siguió la lucha entre ambas facciones, hasta que en 1419 la vida de Juan Sin Miedo acabó en Montereau de un hachazo en el cráneo de manos de un caballero devoto del delfín.

La tragedia de Montereau acabó de echar a Borgoña en brazos de los ingleses. El nuevo duque Felipe el Bueno (1419-1467), hábil político, continuó engrandeciendo a Flandes y obtuvo sucesivamente, por la diplomacia o por el dinero, el condado de Namur (1421), Hainaut, Holanda y Zelanda (1428), Brabante y Limburgo (1430), Luxemburgo (1432) y, en fin, el protectorado de los obispados de Lieja, Cambray y Utrecht, conjunto de dominios que empezó a designarse con el nombre de Países Bajos. En cuanto a la guerra, cuando, gracias a la reacción personificada por Juana de Arco, adquirió un giro desfavorable para los ingleses, buscó una aproximación con Carlos VII, que desembocó en el tratado de Arrás (1435), del que sacó la tajada de las ciudades del Somme, Auxerre y Bolonia y, sobre todo, la dispensa del homenaje al rey de Francia, que le convertía en un verdadero monarca. Es posible que influyera en la decisión del duque el impacto de la Doncella de Orleáns, de cuya muerte podía sentirse responsable.

Aun sin adoptar el título real, el duque de Borgoña era uno de los soberanos más ricos y poderosos de Europa. La corte de Dijon era una de las más fastuosas y cultas de Occidente, y sus estados de Flandes y Borgoña fueron la sede de un notabilísimo movimiento cultural y artístico. Sólo por su prestancia física, dice el cronista Chastellain, Juan el Bueno parecía un emperador. En 1447, con motivo de su boda con Isabel de Portugal, creó la célebre Orden del Toisón de Oro. En fin, cuando en el memorable "banquete del faisán", en Lille (1453), se cruzó para combatir a los turcos, el mundo pudo creer por un momento haber encontrado el paladín del rescate de Constantinopla.

Al morir Juan el Bueno en 1467, después de un tan largo y glorioso reinado, sucedióle su hijo Carlos el Temerario (1467-1477), una de las máximas personalidades políticas de su tiempo. Laborioso y de una ambición sin límites, su férrea energía parecía traducirse en su rostro en el prognatismo que heredarían (el prognatismo, no la energía) algunos de sus descendientes españoles. Pero le faltaba la sangre fría, el cálculo y la habilidad de su padre, cualidades que, en cambio, le sobraban a su rival, el rey de Francia Luis XI, la "Araña Universal".

El francés supo enredar al gran duque de Occidente en los hilos sutiles de su diplomacia, si bien no pudo completar su obra de captar la herencia borgoñona mediante el casamiento de su hijo el delfín (futuro Carlos VIII) con la heredera, María, de Carlos el Temerario. Cuando éste murió oscuramente en Nancy, combatiendo contra el duque de Lorena (1477), María de Borgoña huyó a Alemania, donde casaría con el emperador Maximiliano de Habsburgo. Así la mayor parte del gran lote territorial de Borgoña-Flandes pasó a la Casa de Austria. El matrimonio del heredero de Maximiliano, Felipe el Hermoso, con la heredera de los Reyes Católicos españoles, uniría, en la persona de su hijo Carlos, los destinos de Flandes-Borgoña con los de España.

S. S. V.



bleza, los reyes no podían encontrar apoyo más que en la pequeña nobleza y la burguesía, es decir, las clases parlamentarias. Eduardo IV sólo pudo reinar dejando gobernar al Parlamento.

La guerra de los Cien Años incidió fatalmente con la ola depresiva general en Europa, a causa de la despoblación y el descenso de la producción originados por las terribles pestes de la segunda mitad del siglo XIV. Particularmente en Francia, que tuvo que soportar la guerra en su propio suelo durante tan largas etapas, el conflicto produjo efectos fatales, más que las propias operaciones militares, que en sí mismas no eran excesivamente mortíferas ni destructoras, aun siéndolo mucho más que las de las guerras caballerescas anteriores, por los excesos y brutalidades de las tropas mercenarias y el bandidaje endémico de militares y no militares. La estrategia de los capitanes de Carlos V (Du Guesclin y demás jefes de "compañías"), abandonando el campo y atrincherándose en plazas fuertes, contra las que se agotaban los ingleses, tuvo efectos devastadores para la campiña francesa.

El alza de los precios, a causa del descenso de la producción, y las cargas fiscales, cada vez más opresivas para el sostenimiento de los gastos militares, volvieron más exigentes a los señores territoriales respecto a sus vasallos campesinos, quienes, por otra parte, vivían constantemente bajo el temor de las bandas de *brigands,* de mendigos armados y de toda suerte de salteadores. Esta exasperación produjo la *jacquerie* y otros movimientos sociales ya referidos. En Inglaterra, a cubierto de las destrucciones de la guerra, pero igualmente afectada por las cargas de su sostenimiento, fueron estas últimas, la *poll-tax* especialmente, que pesaba sobre la población del campo, las que lanzaron a las masas de Wat Tyler a la revuelta de 1381.

En Francia, los "políticos" de Carlos V intentaron arbitrar remedios para las dolencias de la economía del país. Pero, faltos de una visión general, imposible de alcanzar en su época, sus medidas no produjeron más que resultados pasajeros y locales. La economía francesa se rehízo por sí misma con el tiempo, la paz y el trabajo. Las tierras abandonadas volvieron a ser cultivadas, los talleres reanudaron su labor y se reanimaron los negocios. Ya en tiempos de Carlos VII, un gran hombre de empresa, Jacques Coeur, dio un gran impulso al comercio internacional, que habría de continuar en los años posteriores.

En Inglaterra, la guerra arruinó las exportaciones laneras a Flandes. De treinta y dos mil sacos anuales exportados en tiempos de Eduardo III, se descendió a diecinueve mil en 1392, trece mil en 1412 y sólo ocho mil al final de la guerra. Las industrias flamencas buscaron otros mercados y los encontraron, especialmente en las lanas merinas castellanas. Tal fue la causa del sorprendente enriquecimiento de Castilla y del desarrollo de su marina cantábrica, lo cual explica su alianza constante con Francia y su rivalidad con Inglaterra. De todas formas, la industria textil flamenca decayó visiblemente y las grandes ciudades de Flandes tuvieron que buscar en el comercio una compensación. En cambio, en Inglaterra las dificultades de exportación de sus lanas y la competencia castellana produjeron el resultado de desarrollar su industria textil, destinada a un desenvolvimiento extraordinario. Al amparo de una decidida política proteccionista por parte de los monarcas York, surgieron en todas partes talleres textiles, distinguiéndose especialmente los tejidos de Norfolk o las lanas peinadas de Woorstead, objeto de exportación. Los puertos ingleses empezaron a desarrollar una actividad que preludiaba la posterior potencia marítima del país.



Fachada de la catedral de Reims y monumento a Juana de Arco. Cuando, el 17 de julio de 1429, Carlos VII era consagrado solemnemente rey de Francia, Juana declaró que su misión había terminado.

BIBLIOGRAFIA

Armitage, J.	*John of Gaunt, king of Castile and Leon, duke of Aquitane and Lancaster,* Westminster, 1940.
Bagué, E.	*Froissart,* Barcelona, 1939.
Calmette, J.	*L'élaboration du monde moderne,* París, 1934.
Heers, J.	*Occidente durante los siglos* XIV *y* XV. *Aspectos económicos y sociales,* Barcelona, 1968.
Pirenne, J.	*Período de grandes crisis y guerra de los Cien Años,* en "Historia Universal", del mismo autor, Barcelona, 1968.
Pirenne, H.; Renaudet, A.; Perroy, E.; Handelsman, M., y Halphen, L.	*La fin du moyen âge* (2 vols.), en la col. "Peuples et Civilisations", París, 1931.
Reglá, J.	*Navarra. Reinados de Carlos II el Malo y Carlos III el Noble,* vol. XIV de la "Historia de España" dirigida por Menéndez Pidal, Madrid, 1966.
Russell, P. E.	*The English Intervention in Spain and Portugal in the time of Edward III and Richard II,* Oxford, 1955.
Schneider, F.	*El nacimiento de los estados nacionales,* vol. IV de la "Historia Universal" de Walter Goetz, Madrid, 1946.
Suárez Fernández, L.	*Castilla (1350-1406),* en el vol. XIV de la "Historia de España" dirigida por Menéndez Pidal, Madrid, 1966. *Navegación y comercio en el golfo de Vizcaya,* Madrid, 1959. *Intervención de Castilla en la guerra de los Cien Años; Juan I, rey de Castilla (1379-1390),* Madrid, 1955.
Valdeón Baruque, J.	*Enrique II de Castilla: la guerra civil y la consolidación del régimen (1366-1371),* Valladolid, 1966.



Salida de los soldados franceses durante el sitio de Compiègne (Biblioteca Nacional, París). En una de estas salidas, Juana de Arco fue hecha prisionera por los borgoñones, quienes acabaron por venderla a los ingleses, iniciándose así sus famosos proceso y ejecución.



Palacio residencial de los papas en Aviñón. Fijada la estancia papal en esta ciudad en el año 1309 por Clemente V, uno de sus sucesores, Clemente VI, inició la erección del imponente edificio.

Crisis de la Iglesia en los siglos XIV y XV

por ANSCARI M. MUNDÓ MARCET

La Iglesia –institución que se define como humano-divina– ha sufrido varias crisis a lo largo de su existencia. Todas ellas han tenido su origen en un desequilibrio entre su misión divina y humana a la vez. Las crisis más peligrosas no han sido tanto aquellas en las que ha preponderado su inclinación hacia el dominio temporal –frecuente en su historia– como las producidas en las conciencias de los cristianos al darse cuenta de una contradictoria dualidad peligrosa en toda sociedad: el divorcio entre los principios proclamados y sus actos reales. Siendo la Iglesia una institución peculiarísima, que vive inmersa en la sociedad humana, con los condicionamientos que cada época trae consigo, no es extraño que la jerarquía eclesiástica en todos sus grados –que por un error en auge constante fue considerada como "la Iglesia" por antonomasia– haya cedido ante el atractivo del ejercicio del poder temporal so capa de proteger intereses espirituales. A veces esos intereses eran simples beneficios que aseguraban unas prerrogativas económicas y de



Bonifacio VIII, según escultura existente en la catedral de Maguncia. La oposición a Felipe IV de Francia desencadenó la tormenta que finalizaría en el cisma de Occidente.

dominio que permitían a la jerarquía vivir en una situación holgada, que se conjugaba con el deseo, lícito en sí mismo, de hacerse respetar.

La reacción contra estos abusos viene del Espíritu, que sopla donde quiere, prueba de la vitalidad del cuerpo entero de la Iglesia.

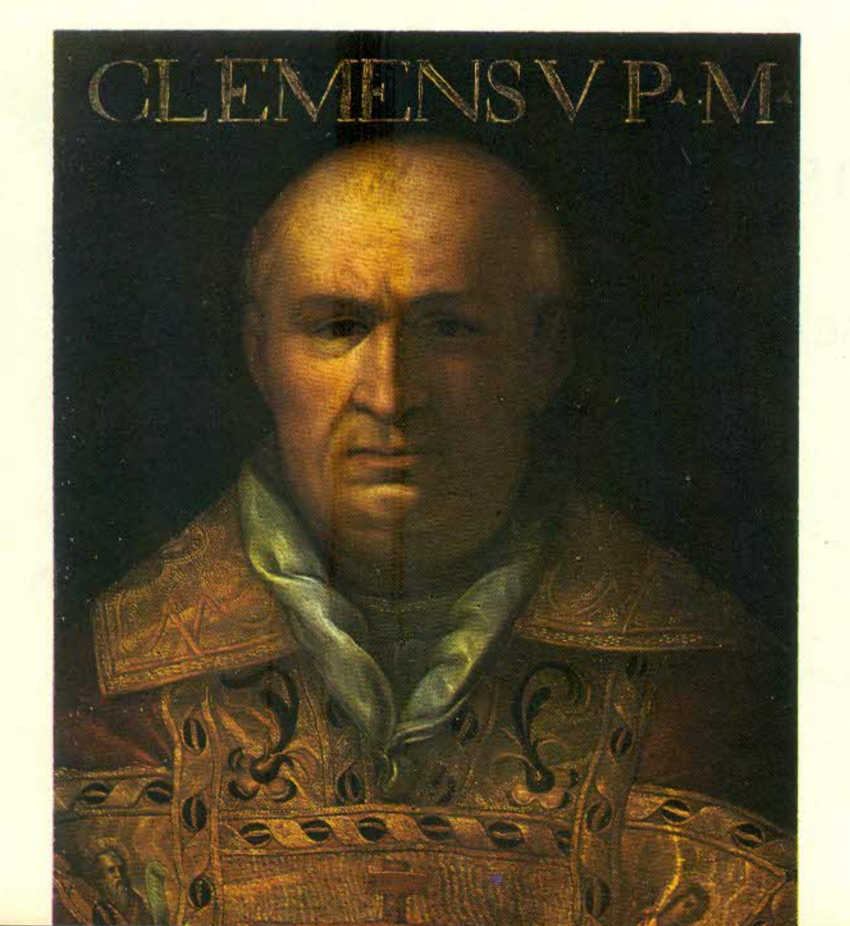
En los momentos de lucidez, las voces proféticas de la Iglesia han proclamado siempre la vuelta a los principios del Evangelio, reclamando la conformidad de los actos del cuerpo eclesial con dichos principios. Si estas voces no acertaron en ciertos momentos o se desviaron de la doctrina oficial, no siempre la culpa fue suya: la jerarquía a veces no supo escuchar estas voces o las rechazó, con grave perjuicio de la Iglesia entera.

La gran crisis de los siglos XIV y XV, con sus altibajos, es un ejemplo característico de la trayectoria expuesta, con toda la complejidad y dificultades que la limitación humana es capaz de crear, a pesar de la buena voluntad por parte de todos cuantos intentaron buscarle soluciones adecuadas.

Es difícil para el historiador decidir cuál de dos factores ideológicos influye de un modo decisivo en el otro. Sin embargo, el absolutismo de Felipe IV el Hermoso, rey de Francia, teorizado por los romanistas de su corte, que no admitía ningún poder exterior a su voluntad, se enfrentó con la doctrina teocrática de Bonifacio VIII, que afirmaba el derecho pontificio sobre todos los hombres, incluso los soberanos. Para ello promulgaba la bula *Unam Sanctam* (1302), que desató la tormenta entre los dos poderes, puesto que la acompañó poco después con la excomunión del rey. El canciller de Felipe IV, Guillermo de Nogaret, aconsejó al rey la acción directa contra el papa. Con la calumnia, Nogaret indispuso los ánimos, al mismo tiempo que con sus tropas se presentó en la residencia papal de Anagni, forzó la guardia del castillo y en una escena violenta y humillante ultrajó al pontífice y se apoderó de su persona. Libre al día siguiente con la ayuda de tropas romanas amigas, Bonifacio VIII no resistió la afrenta; al cabo de tres días moría en Roma (11 de octubre de 1303). Con Bonifacio VIII terminaba de hecho la teocracia papal característica de la Edad Media.

El predominio de Francia en los destinos del gobierno de la Iglesia se impuso en seguida. El arzobispo de Burdeos, Bertrand de Got, fue elegido papa en 1305, con el nombre de Clemente V, entre una terna de cardenales franceses presentada al fin por los partidarios de Bonifacio VIII y que contaba con el beneplácito de Felipe el Hermoso. El precio de este compromiso fue de grávidas consecuencias para el pontificado. Puesto a salvo el tesoro pontificio en Asís, Clemente V, sin embargo, después de coronado en Lyon y a pesar de su intención de ir a Roma, demoró su estancia en distintas ciudades francesas. En 1309 la fijaba definitivamente en Aviñón.

Los estados de Europa se enriquecían por un comercio internacional en auge constante. A los antiguos medios de producción, que se mantenían a pesar del declive de la pirámide feudal, se añadían nuevos sistemas fiscales. A pesar de la condena de la usura por parte de la Iglesia, el préstamo a interés abusivo siguió aumentando y su mecánica se en-



Clemente V, según retrato idealizado de la Colección Gioviana, de Florencia. De origen francés, aunque pensó establecerse en Roma, acabó por fijar su residencia en Aviñón. Su debilidad ante las intromisiones del rey de Francia fue manifiesta.

cauzó según normas impuestas por el capital incipiente, interesado en regularizarlas. La fuente básica de ingresos de la Santa Sede había sido desde tiempos anteriores el *censo* pagado por los territorios del estado pontificio y los tributos satisfechos por las muchas abadías de Europa acogidas a la inmunidad papal, así como el *censo* pingüe tributado por los reinos vasallos de la Santa Sede, entre ellos el de Cataluña-Aragón y el de Nápoles.

Los pontífices, privados por sus mismas leyes de obtener abiertamente los provechos de la usura, buscaron otras fuentes de ingresos. Cualquier concesión hecha por la curia romana es objeto de transacción pecuniaria. Esta tendencia, manifestada desde un siglo atrás, llega a su culmen con los papas de Aviñón. Todo se vende, todo se paga con dinero. El concepto de acto simoniaco se desvanece ante una casuística curial a la que la Santa Sede cierra los ojos. Desde las dispensas por "defecto de natalidad", que impedía ejercer cualquier cargo eclesiástico, hasta los permisos de cualquier clase; desde los beneficios eclesiásticos menores a los más altos puestos de la jerarquía. Por parte de la curia romana se reclamaba dinero para el nombramiento de un cargo y, en su caso, para la reserva del mismo; por su posesión se exigía un tributo más o menos sustancioso según la importancia de aquél. La curia se quedaba con las rentas de los beneficios vacantes y las *anatas*, o sea una parte de las mismas rentas durante el primer año de su concesión.

Por parte de los clérigos peticionarios se pretendía las más veces no el "beneficio" como ministerio al servicio de una iglesia, sino el provecho económico que producía por sus



San Luis de Anjou a los pies de Bonifacio VIII, por Ambrogio Lorenzetti (iglesia de San Francisco, Siena).



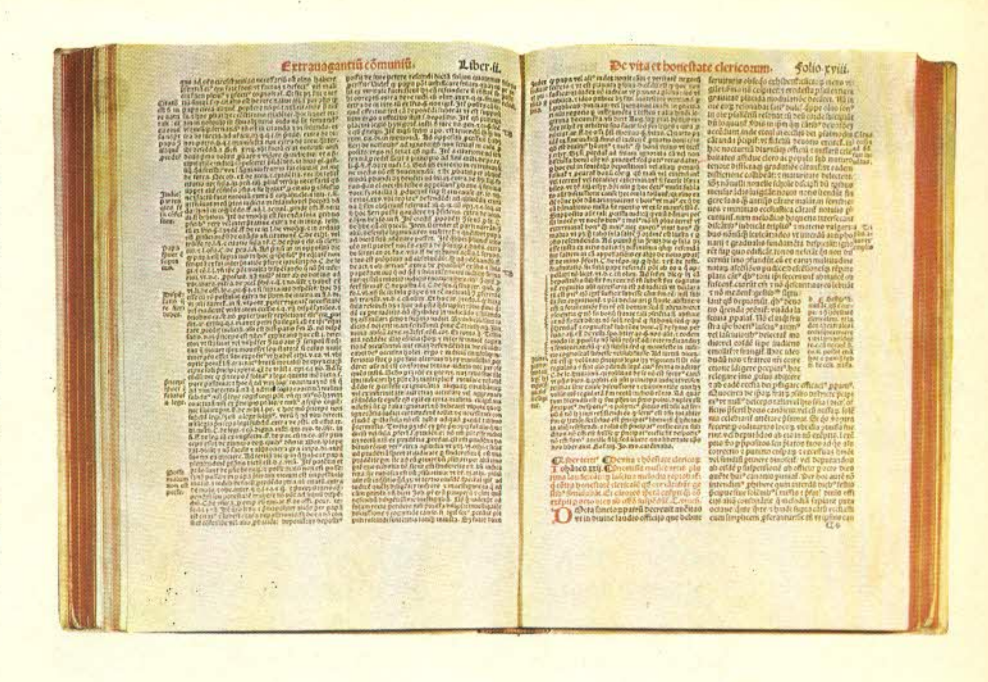
Vista parcial del castillo de Ponferrada (León), fortaleza de los caballeros del Temple. La acusación contra los templarios, basada en motivos económicos, provocó gran escándalo en los estados europeos, pero ello no evitó que los reyes se aprovecharan de la condena para incorporarse sus bienes.

pingües rentas. El abuso inmediato era la acumulación de varios "beneficios" en una misma persona. La curia romana no exigía la residencia; bastaba la delegación en un vicario que, mal pagado, ejercía de hecho el ministerio. El pluriempleo sin la debida responsabilidad, como puede apreciarse, es un mal atávico en las sociedades en descomposición. En el caso de la Iglesia, el mal se agravó con la reserva obtenida de la Santa Sede de muchos de estos beneficios en favor de los sobrinos o familiares (nepotismo), cuando no de los hijos, de los grandes dignatarios eclesiásticos. Para paliar el mal efecto de los beneficios acumulados en propiedad aparece la fórmula jurídica de la *comenda,* por la cual un gran dignatario percibía las rentas de una abadía sin ninguna obligación de residencia e incluso no debía ni pertenecer a la Orden religiosa correspondiente.

Hubo protestas serias ante el incremento de tales abusos, como la del obispo Guillermo Durand en el concilio de Vienne de 1311, pero fueron ahogadas por el mismo pontífice Clemente V y sucesores. Se concibe fácilmente la deformación fatal del verdadero espíritu eclesiástico, la relajación de costumbres y la desorientación total de la base del pueblo cristiano.

Una de las Órdenes militares más famosas de Occidente, la del Temple, durante sus doscientos años de existencia había acumulado ingentes riquezas. Sus procedimientos para obtenerlas no parecen haber sido intachables. Sus bienes, esparcidos por toda Europa, especialmente en Francia, eran bienes de la Iglesia y por lo mismo disfrutaban de inmunidad fiscal. Felipe el Hermoso, que los codiciaba para rehacer sus arcas, jugó una carta fuerte. Hizo convocar un concilio ge-

neral en Vienne del Delfinado en 1311 para obtener de Clemente V que condenara a Bonifacio VIII y declarara su ilegitimidad. Ante la negativa del concilio de incoar un proceso afrentoso para la Iglesia, Felipe IV obtuvo del débil Clemente V el permiso para procesar y condenar a los templarios (1311). Confiscados sus bienes no sólo en Francia, sino en otros estados europeos, el gran maestre de la Orden, Jacques de Molay, moría en la hoguera (1314) bajo acusaciones en buena parte injustas. El escándalo fue mayúsculo. Jaime II de Cataluña-Aragón obró con cautelosa prudencia: hechos los inventarios de los bienes que los templarios poseían en sus estados, dotó con ellos la recién fundada Orden de Montesa (1317).


Extravagantiū cōmuniū. Liber .ii.

De vita et honestate clericorum. Folio xviii.

Dos páginas del libro que contiene las "Extravagantes" de Juan XXII, en que se trata de la vida que deben llevar los clérigos (Biblioteca Central, Barcelona). La actividad de este papa fue muy amplia, y así, además de llenar las arcas pontificias, intervino de modo más bien ineficaz en la política alemana.

Sepulcro de Roberto de Anjou en la catedral de Nápoles. Los deseos de Juan XXII de restablecer la superioridad pontificia hicieron que nombrara vicario imperial para Italia al rey Roberto de Nápoles, que era enemigo del Imperio.

Sello del emperador Carlos IV (Museos del Estado, Berlín). Los príncipes alemanes aprovecharon las circunstancias que planteaba al papado la guerra de los Cien Años para sustraerse a la intervención papal en la elección imperial. Carlos IV, por la "Bula de Oro", descartaba la acción del pontificado en la elección del nuevo emperador.



El rey de Francia y el primer papa de Aviñón morían el mismo año de 1314. La larga sede vacante de dos años terminó con la elección de Juan XXII, obispo de Aviñón, jurista consumado y teólogo experto. La debilidad de los dos efímeros sucesores de Felipe IV permitió a Juan XXII desarrollar una política eclesiástica de envergadura mucho mayor que la de su predecesor. Administrador perspicaz, llenó las arcas de la Iglesia hasta el extremo de ser considerado, con manifiesta exageración del gran Petrarca, como el soberano más rico de Europa. Los métodos de enriquecimiento antes descritos fueron potenciados al máximo. Su control escrupuloso llevó la centralización eclesiástica hasta el extremo.

El interés político se desplazó entonces hacia el Imperio, donde una doble elección enfrentó a los dos pretendientes de Baviera y de Austria. Fue solicitado el arbitraje papal de Juan XXII, quien sin duda vio en ello la ocasión de recuperar uno de los atributos de la suprema autoridad temporal perdida: ser juez de soberanos. Aunque debido a la victoria por las armas de Luis de Baviera sobre su contrincante no tuvo efecto el arbitraje papal, Juan XXII pudo nombrar entre tanto un vicario imperial para Italia. Este fue el rey Roberto de Nápoles, amigo suyo pero enemigo del Imperio.

Las represalias de Luis de Baviera fueron inmediatas: un concilio reunido por el emperador excomulgó al pontífice; la corte imperial acogió a los ideólogos enemigos del primado pontificio: Guillermo de Ockam, el célebre filósofo inglés; los maestros de la universidad de París Marsilio de Padua y Juan de Jandun y hasta el ministro general de los franciscanos, Miguel de Cesena, en lucha por mantener el espíritu original de pobreza dentro de su Orden.

La agitación ideológica llevó a una tirantez que hizo perder el control entre los interlocutores. Juan XXII excomulgó al emperador y puso todo el Imperio alemán bajo interdicto. Luis de Baviera descendió hasta Roma; se hizo coronar emperador por el cardenal Sciarra Colonna, antiguo enemigo acérrimo del papa, y eligió un primer antipapa italiano, Nicolás V (1328). Primer cisma del siglo, fugaz e inoperante, que terminó con la pronta salida de Roma del emperador y la consiguiente sujeción del papa imperial a Juan XXII en Aviñón.

Con el nuevo papa Benedicto XII (1334-1342), un piadoso monje cisterciense francés, pareció por un momento que iba a empezar una reforma en el seno de la Iglesia. Se esforzó en reorganizar y reformar a los religiosos, con resultados poco duraderos en profundidad.

Su sucesor, Pierre Roger, que tomó el nombre de Clemente VI (1342-1352), se vio de nuevo envuelto en las redes del curialismo centralista. Con menos destreza que Juan XXII, aumentó las fuentes de ingresos y los impuestos exorbitantes. Decidido a quedarse en Aviñón, compró la ciudad a Juana de Anjou, condesa de Provenza y reina de Nápoles. Emprendió la construcción del enorme palacio de los papas, en el que instaló la biblioteca, notable por su riqueza en textos profanos y raros. Desarrolló una corte fastuosa, a la que atrajo alguno de los primeros humanistas italianos.

LA BULA "UNAM SANCTAM" (1302)

Este documento del pontífice Bonifacio VIII resume enérgicamente las tesis teocráticas en el mismo momento en que la teocracia era rechazada por el rey de Francia, Felipe IV:

"Debemos creer con una fe ardiente en la Iglesia, una, santa, católica y apostólica, y tenerla por tal. Por nuestra parte, Nos creemos en ello firmemente y confesamos que, fuera de ella, no hay en absoluto salvación ni perdón de los pecados... Ella, que representa el cuerpo místico de Cristo, cuya cabeza es Cristo, Cristo Dios, y en la que no hay más que un señor, una fe y un bautismo... Así, la Iglesia, una y única, no forma más que un solo cuerpo. No tiene dos cabezas, al modo de un monstruo, sino una sola, a saber, Cristo, y su vicario Pedro y, por lo tanto, el sucesor de Pedro... La potencia de éste comprende dos espadas, la espiritual y la temporal, así como la enseñanza de los textos evangélicos... El que no otorga la espada temporal a Pedro comprende mal la palabra del Señor: 'Vuelve tu espada a la vaina'. Una y otra espadas, la temporal y la espiritual, pertenecen al poder eclesiástico; la segunda es utilizada por el sacerdote, la primera por los reyes y los caballeros, con permiso del sacerdote. Es preciso, pues, que una espada esté subordinada a la otra y que la autoridad temporal esté sometida a la espiritual. Porque el Apóstol ha escrito: 'No hay poder sino por Dios, y lo que existe bajo el orden divino es de Dios', y las cosas no estarían establecidas según el orden divino si una espada no estuviera sujeta a la otra... Según testimonia la realidad, el poder espiritual instituye al poder terrestre, y lo juzga, si no es bueno... El poder espiritual, aunque se da a un hombre y es ejercido por un hombre, no es humano. Es un poder divino dado a Pedro por boca de Dios mismo y, por lo tanto, a sus sucesores... Así pues, cualquiera que resiste a este poder, resiste al orden establecido por Dios y cae en el riesgo de imaginar, como Manes, dos principios, cosa que juzgamos falsa y herética".

M. A. L. Q.

Los problemas políticos se complicaron. Sus pretensiones fiscales exageradas y su poca destreza diplomática provocaron el descontento general. Los ingleses, que empezaban victoriosos la guerra de los Cien Años, le reprochaban su posición profrancesa. Los príncipes alemanes, ante la persistencia del interdicto, se desentendieron de un papa francés, rechazo que cristalizó poco después en la Bula de Oro del emperador Carlos IV (1356), por la que sustraía totalmente la intervención del papa en la elección imperial. La enmarañada situación de Italia y de los Estados Pontificios con la proclamación de la dictadura del notario romano Cola di Rienzo (1347) complicaba cualquier intervención papal. La peste negra empezaba a hacer estragos en varios países de Europa. Parecía un castigo del cielo, y así fue creído por la mayoría del pueblo sencillo. Clemente VI tuvo la idea de proclamar entonces el jubileo papal para 1350, a celebrar cada cincuenta años. Pero sus vagos deseos de personarse en Roma no se realizaron. Masas ingentes de fieles, sin embargo, acudieron a la Ciudad Eterna con el deseo de purificación interior por el sacrificio de la romería y la plegaria suplicante que apartara de la Iglesia tantas calamidades.

El período de los papas de Aviñón ha pasado a la historia como un exilio, un cautiverio de Babilonia, una cárcel para la Iglesia. Este juicio debería ser matizado. En realidad, Roma había dejado de ser el centro geográfico de la cristiandad católica. Los musulmanes le habían amputado África, el Próximo Oriente y tenían aún raíces en la península ibérica.

El cisma de Cerulario, provocado por la intemperancia de los inexpertos legados papales a mediados del siglo XI, cercenaba los extensísimos territorios del Imperio bizantinó y parte del mundo eslavo. Poco importaban las sombras de un Imperio latino fundado a raíz de las cruzadas del siglo XII ni las recientes conquistas de franceses y sobre todo catalanes con el restablecimiento de la jerarquía católica en Grecia. El comercio veneciano y los consulados catalanes se ocuparon sólo de modo esporádico de los aspectos religiosos de sus súbditos en el Oriente Próximo. El arzobispado de Pekín, fundado por Giovanni de Montecorvino, y la conversión de la guardia imperial china al catolicismo no dejaron de ser anécdotas sin más peso específico que el de la presencia de enlaces político-comerciales entre el fabuloso imperio amarillo y Europa.

Roma quedaba en la periferia. La corte pontificia buscó un refugio en territorio semineutral, como era Aviñón en Provenza, que mantenía el equilibrio entre Francia, el Imperio germánico y los Anjou de Nápoles. En la realidad, este refugio se convirtió en algo más que un protectorado del rey francés, harto despótico en más de una ocasión.

Ahora, la vuelta de los papas a Roma se había hecho imposible. Los duros enfrentamientos entre Orsinis y Colonnas, entre güelfos y gibelinos, desembocaron en el desorden anárquico y desprestigio total de los gobernantes. Tras los episodios de Cola di Rienzo y del cardenal Gil de Albornoz (véase tomo VII, capítulo primero, de esta obra), la acción política y guerrera de este último, con sus efectos pacificadores y de justicia, dejó expedito el terreno para el tan deseado retorno del papa a su sede propia.

Si ante los ojos de los defensores del primado pontificio la capitulación electoral impuesta por los cardenales a su colega Etienne Aubert antes de ser designado papa con el nombre de Inocencio VI (1352) les pareció una monstruosa innovación democrática en



Procesión celebrada con motivo del fin de la peste en Roma (miniatura de Pol de Limbourg y Jean de Colombe en el "Libro de Horas" del duque de Berry). A la guerra de los Cien Años, los problemas de Alemania, la "cautividad de Babilonia", etc., vino a sumarse una terrible epidemia de peste negra.

EL PAPADO DE AVIÑON, UNA POTENCIA ECONOMICA
(según Y. RENOUARD)

El volumen de los ingresos de los pontífices de Aviñón es equiparable al de las grandes monarquías europeas del momento.

Segundo decenio del siglo XIV:	
Juan XXII	228.000 florines
Eduardo II	546.000 florines
Carlos IV	590.000 florines

Hacia 1350:	
Clemente VI	180.000 florines
Eduardo III	700.000 florines
Felipe V	1.500.000 florines

Por su procedencia y destino, las rentas papales son distintas de las de cualquier otro soberano europeo.

Los ingresos papales proceden de toda la cristiandad: sólo el 4 % de las recaudaciones pontificias proceden de Aviñón y sus alrededores.

Una gran parte de los fondos se invierten fuera de Aviñón y aun fuera de Francia: el 63'7 %, con Juan XXII; el 63'2, con Urbano V, y el 85 %, con Gregorio XI.

"La vida normal del papado en el siglo XIV comporta la transferencia de más de la mitad de sus ingresos ordinarios desde todos los puntos de la cristiandad a Aviñón y la transmisión de más de la mitad de las sumas que gastan cada año de Aviñón a los otros centros de la cristiandad" (Y. RENOUARD).

Aviñón, un centro ordenador y redistribuidor de capitales.

Las grandes compañías comerciales italianas y francesas se instalan en Aviñón, como auxiliares de la curia, para las grandes transferencias de capitales y los cambios monetarios que la fiscalidad pontificia suscita. Las técnicas financieras y bancarias experimentan un gran avance a la sombra protectora del papado.



Cruz-relicario donada por Urbano V al emperador Carlos IV de Alemania (catedral de Praga). Urbano V se trasladó a Roma a ruegos de Santa Brígida, pero regresó a Aviñón ante los disgustos que le proporcionaban sus súbditos.

la tradición eclesiástica, para la mayoría de los fieles la sujeción del papa a Francia y la ausencia de su ciudad de Roma era un escándalo mucho mayor

Quizás el deseo de Petrarca de ver otra vez allí al sumo pontífice pudo parecer movido más por un tradicionalismo patriótico que por motivos religiosos. Dígase otro tanto del deseo manifiestamente político expresado por el emperador germánico Carlos IV. De lo que no cabe duda es que dos mujeres de santidad envidiable y temple a toda prueba osaron sucesivamente increpar a los papas en nombre de la opinión pública. La sueca Brígida, peregrina varias veces a la Ciudad Eterna, no cejó hasta convencer al piadoso Urbano V para que volviera a Roma (1367). Hízolo el pontífice, no sin graves disgustos que le depararon algunos de sus súbditos, insurrectos contra el poder pontificio. Ello movió al papa enfermo a volver a su refugio de Aviñón, en donde moría a poco de su llegada en diciembre de 1370.

La crisis de la Iglesia jerárquica, con su falta de conciencia de pertenecer a un cuerpo que reclamaba cabeza, se patentizó en toda su acuidad. ¿Qué podía esperarse de unos papas indecisos y de la consiguiente insumisión de unos súbditos que apenas podían ver en ellos su jefe visible en este mundo?

Otro papa francés, Gregorio XI, sucedía en el gobierno de la Iglesia; quizá diríase mejor en el de los Estados Pontificios, puesto que su primera acción fue el intento de

someterlos por la fuerza, mientras él permanecía en su refugio de Aviñón. Su principal enemigo en Italia era la república de Florencia. Contra ella envió al cardenal Roberto de Ginebra al mando de tropas bretonas a sueldo. No pudiendo reducir a los rebeldes, Gregorio XI puso el interdicto a la república (1376).

Surge entre tanto en la escena otra mujer de poco más de veinte años, Catalina Benincasa, de Siena, cuya intrepidez haría palidecer a los líderes universitarios más activos. Terciaria dominica, viviendo fuera del convento, con intuición de mística e inteligencia enormemente cultivada por el estudio, quedó defraudada por el retorno de Urbano V a Aviñón. Su plan era convencer al nuevo papa para que volviese a Roma. Sin arredrarse ante las enormes dificultades, después de cuatro años de reflexión, empieza sus gestiones y sus viajes en 1374.

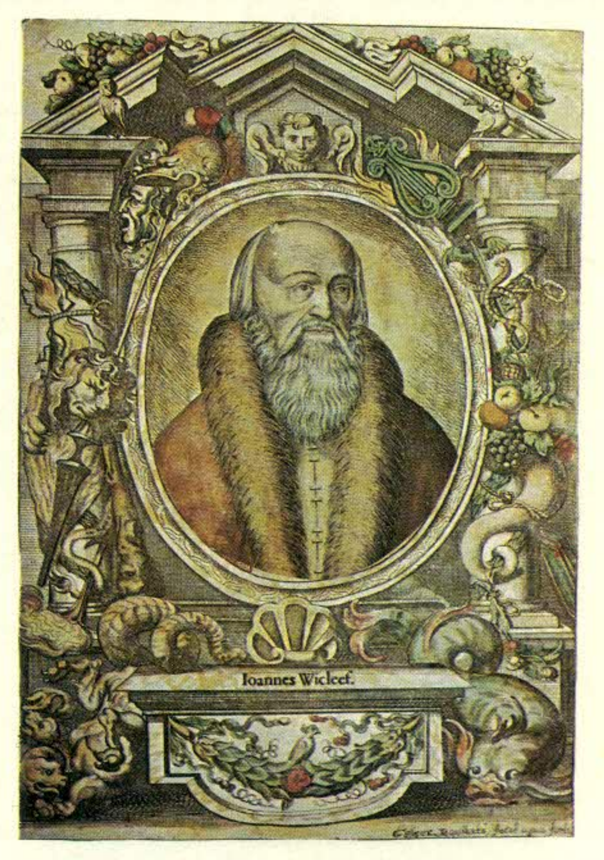
Obtiene de Lucca y Pisa que no se unan a la Liga antipontificia promovida por Florencia. Se persona en esta ciudad para allanar su encono contra Gregorio XI, pero tiene que huir para salvar su propia vida ante un motín popular. Con súplicas y escritos convence a Gregorio XI. Este salió finalmente de Aviñón en septiembre del mismo 1376; llegó por mar a Génova, en donde le esperaba Catalina. La sorda lucha de los cardenales que se oponen al retorno es vencida por la humildad y persuasiva súplica de la joven intrépida, que le acompañó a Roma, adonde llegó Gregorio XI en enero de 1377. El miedo ante los peligros de la guerra le hizo concebir otra fuga a Aviñón, pero murió en Roma a fines de marzo de 1378.

La curia pontificia, junto con varios cardenales, quedó en Aviñón. Sólo dieciséis de ellos se hallaban en Roma. El conclave para la elección del nuevo pontífice se desarrolló entre los gritos amenazadores del pueblo romano y el miedo de los cardenales, que con prisa eligieron al arzobispo de Bari, Bartolomé Prignani, que no era cardenal, y que tomó el nombre de Urbano VI; al cabo de poco recibía por carta la obediencia de los cardenales residentes en Aviñón.

Pero Urbano VI cometió la imprudencia de enemistarse con varios de sus mismos electores, que asustados ante la poca cordura mental del nuevo papa se dieron a la fuga hasta Anagni. Desde allí lanzaron un manifiesto a los príncipes de la cristiandad en el que declaraban inválida la elección de Urbano VI, forzada por las amenazas de muerte del pueblo romano. Entre los más cultos y respetados de los cardenales disidentes estaba el aragonés Pedro de Luna. Su opinión fue decisiva. Reunidos en la ciudad de Fondi, eligieron al conocido Roberto de Gine-



Estigmatización de Santa Catalina de Siena, por Domenico Beccafumi (Pinacoteca de Siena). La acción porfiada y persuasiva de esta santa obligó al papa Gregorio XI a trasladarse a Roma.



John Wicleff (grabado debido a Gaspar Bouttats; Museo de Arte Moderno, sección de grabados, Barcelona). Este heresiarca inglés rechazó la primacía del papa; los "lollards", sus seguidores, tendieron más bien a la revolución social.





Bonifacio IX, escultura en San Pablo Extramuros, Roma. Si bien supo conseguir que lo obedeciera toda Italia, también se granjeó la enemistad de los napolitanos.

bra, que tomó el nombre de Clemente VII (20 de septiembre de 1378), quien pronto volvió a Aviñón.

La cristiandad entera estaba desorientada. El desconcierto penetró hasta los estratos más profundos de la sociedad. La voz desesperada de Catalina de Siena clamaba en el desierto de los egoísmos políticos contrapuestos. Sus cartas a los cardenales disidentes, que no eran óbice para mandar reprimendas a su pontífice romano, fueron desoídas. Desde este momento los príncipes juegan a mostrarse obedientes al pontífice que más favorece sus intereses. Si en una primera etapa Nápoles y Francia, a las que pronto se unieron los reinos hispánicos de Cataluña-Aragón, Castilla y Portugal, Saboya, Escocia y algunos príncipes alemanes, se pusieron de parte del papa de Aviñón, los emperadores germánicos, el resto de Italia, Inglaterra, Hungría y los escandinavos permanecieron obedientes a Urbano VI.

Resulta engorroso detallar los continuos cambios posteriores de obediencia; porque más de un soberano optó por la neutralidad, incitado por el espejismo de la sabia opinión de los teólogos de la universidad de París. Lo mismo sucedió con varias Órdenes religiosas, que tuvieron santos varones partidarios de una u otra obediencia.



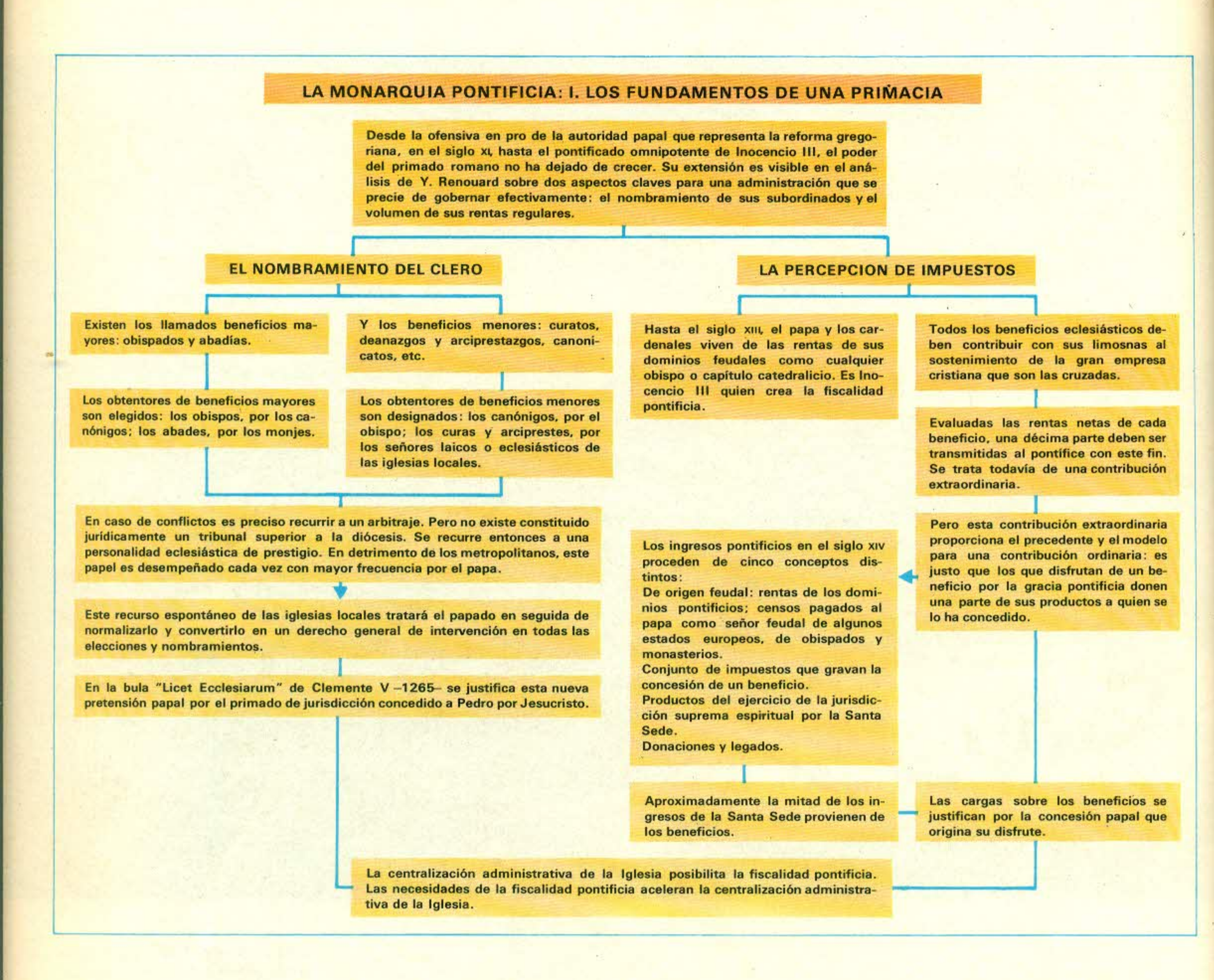
Vista general de Peñíscola, último refugio de Benedicto XIII, el papa Luna.

Se ha dicho desconcierto, sí, entre el pueblo cristiano ante la duda sobre cuál de los dos era el papa verdadero. Pero este mismo pueblo no perdió nunca el sentido de pertenecer a un solo cuerpo eclesial, con quien se sentía en íntima comunión. La crisis ocasionada por el desprestigio total del pontificado produjo reacciones saludables. Los espíritus, algo cansados ya de una dialéctica escolástica estéril, tienden hacia una mística de experiencia más vital. Los religiosos empiezan a ensayar por su cuenta movimientos de reforma interna. Las personalidades que se lanzan a romper estructuras opresoras, tomando como punto de referencia la Biblia, al no encontrar apoyo en la jerarquía, se desvían a veces de la doctrina, y en ocasiones sólo de las prácticas tradicionales.

En el primer caso se encontraba John Wicleff, acusado de levantar al pueblo contra la propiedad eclesiástica y en 1378 condenado, entre otros extremos, por rechazar el primado pontificio de resultas del cisma recién estallado. Sus secuaces, los llamados *lollards,* con menos ideas religiosas, tendieron más hacia la revolución social.

Lo acaecido con Jan Hus fue más deplorable aún para el prestigio de la Iglesia jerárquica, como se verá. A veces se tacha de histeria colectiva los entusiasmos revolucionarios producidos por predicadores populares de la época. Algo hubo de ello tratándose de masas por lo general de campesinos o artesanos incultos. Sin duda la dureza del juicio puede asimismo ser desviada hacia los detentadores del poder, que, sin ser demasiado conscientes de su bienestar egoísta, acosaron hasta la exasperación a los súbditos hasta entonces sumisos por falta de líderes y de ideas motrices.

Mientras sólo dos papas se mantienen fuertes durante cuarenta años en Aviñón (1378-1417), los pontífices residentes en Roma durante el mismo período fueron cuatro, a cual más desafortunado. Urbano VI, siguiendo una política descabellada, exco-



mulga a Juana de Nápoles y sucesivamente a Carlos de Durazzo, capitán de la cruzada pontificia contra la reina, su prima. Urbano, abandonado por sus mismos cardenales, muere sin ser llorado (1389). Elegido Bonifacio IX, recupera la obediencia de casi toda Italia, pero pierde en pocos años la de los poderosos napolitanos. A un papa fugaz, Inocencio VII, sucede el más prestigioso veneciano, Gregorio XII (1406-1417).

El camino seguido en Aviñón por los papas Clemente VII y por su sucesor Benedicto XIII (1394-1423), papa Luna, no fue tampoco fácil. Este último tuvo que huir, después de cuatro años de asedio de tropas francesas, de la ciudad pontificia (1403) para encontrar refugio primero en Perpignan y luego, más estable, en el castillo de Peñíscola, bajo la tutela de los reyes de Aragón, por lo demás no siempre incondicionales de su compatriota. Es verdad que Martín I el Humano le visitó en Aviñón, le ayudó a mantenerse allí con tropas catalanas y protegió su fuga y su ida a Italia para asistir al concilio de Pisa. Pero Benedicto XIII se alienó la voluntad de los catalanes al entremeterse con exceso en el compromiso de Caspe (1412). De hecho, la nueva dinastía castellana abandonó a su suerte al papa Luna.

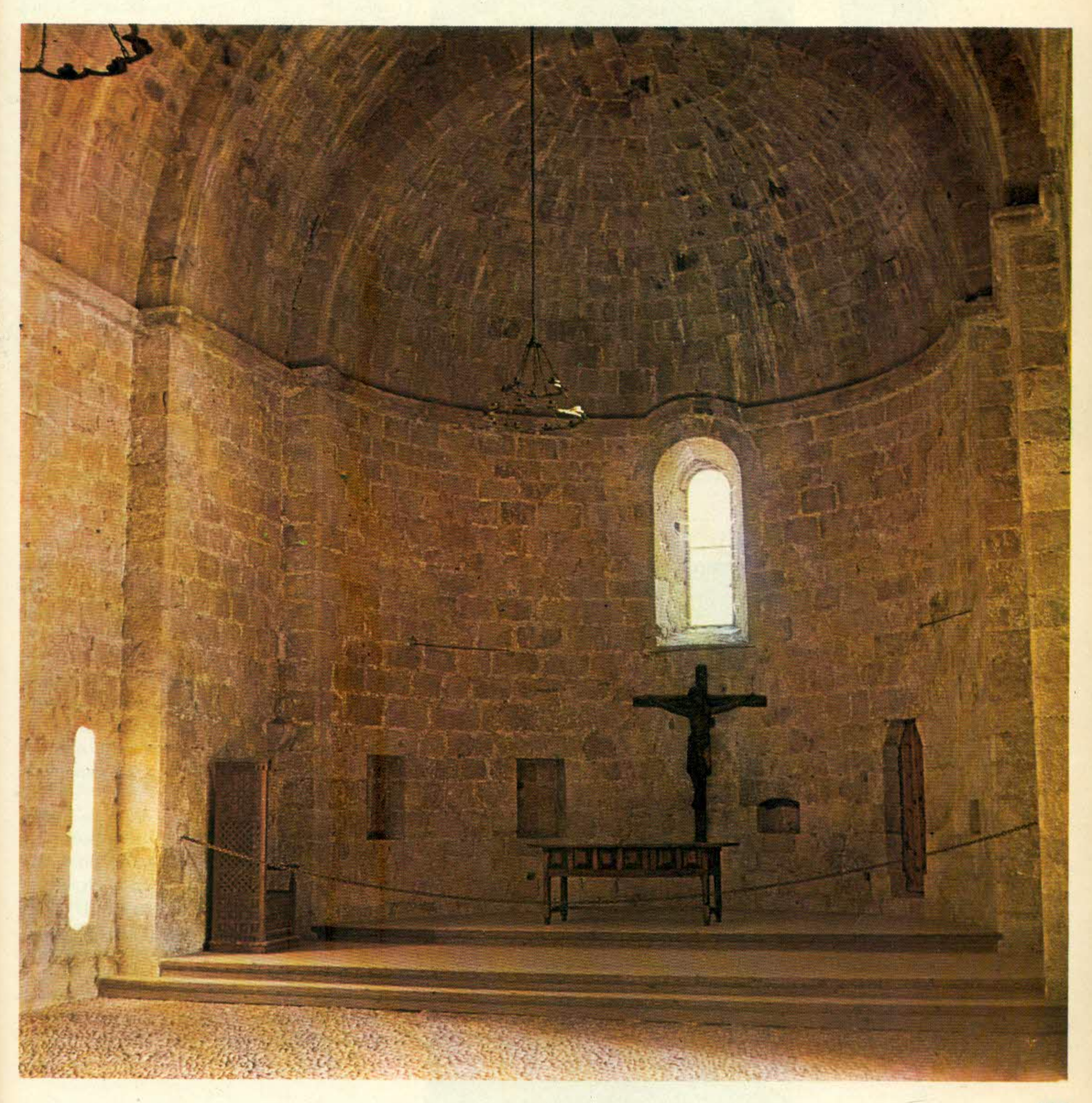
Obediencia, sustracción de la misma y paso a la obra, neutralidad expectante: de nada servían sino para aumentar el caos. Poco a poco, y encalzadas casi siempre por la prestigiosa universidad de París, fueron planteadas varias soluciones: la renuncia voluntaria de uno o de ambos papas o "vía de cesión", rechazada de antemano por lo enraizado de las convicciones respectivas. A lo sumo hubo intentos de acercamiento personal para buscar una concordia o "vía de compromiso"; legados de ambos prepararon una entrevista en Marsella (1407), pero los dos pontífices no se atrevieron a enfrentarse. No se vio más remedio que la "vía del concilio".

La idea empezó como una simple propuesta de nombrar los mismos papas un tribunal supremo, a cuyo veredicto se someterían. Ante la negativa de ambos, la cristiandad dudó de su buena fe.

La mayoría de los cardenales y príncipes de ambas obediencias resolvieron reunir un concilio en Pisa (1409). Allí no se trataba aún de poner en práctica la supremacía conciliar, sino que partiendo del hecho supuesto de la contumacia herética de Gregorio XII y de Benedicto XIII, perturbadores de la unidad de la Iglesia, habrían dejado de ser papas. En consecuencia, fue elegido un griego, Pietro Filargo de Candía, con el nombre de Alejandro V, sucedido al año siguiente por el cardenal Cossa, Juan XXIII. Acaeció entonces lo temido: la Iglesia tenía tres papas a la vez, ya que ni el romano ni el de Aviñón reconocieron el concilio de Pisa.

La situación parecía realmente desesperada. La visión serena de conjunto sólo veía en

Capilla del castillo del papa Luna en Peñíscola.





Báculo esmaltado que perteneció a Benedicto XIII (Museo Arqueológico, Madrid).

LA MONARQUIA PONTIFICIA: II. LOS TRES PODERES

Desde el siglo IV, es decir, desde el momento en que, superadas las persecuciones, la Iglesia aparece como tal, existe un problema planteado: ¿cómo dar una forma unitaria y coherente al dogma y a la práctica cristianos, al gobierno de la cristiandad en una palabra, a partir de la diversidad que supone la suma de comunidades episcopales que es la Iglesia de los primeros siglos?

El problema no recibirá durante la Edad Media una solución de derecho, pero desde el siglo XIII la cuestión de la constitución de la Iglesia no puede discutirse desde cero porque existe una situación de hecho a considerar: la evidencia del poder papel.

DOS DATOS YA CONSTATADOS

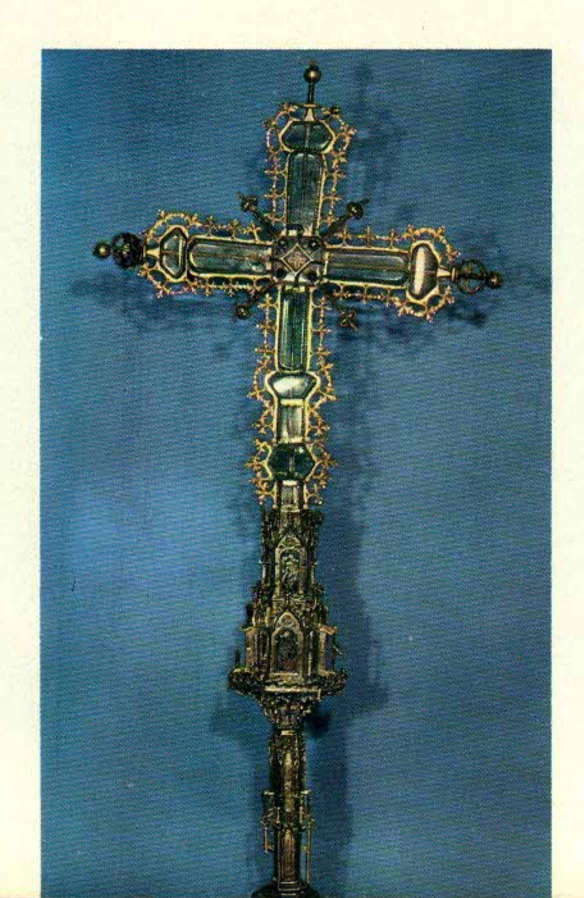
El papa posee unos medios de acción financieros muy por encima de las disponibilidades de cualquier obispado o monasterio.

El papa controla parte de los nombramientos eclesiásticos.

SE PUEDEN AÑADIR OTRAS CONSTATACIONES

El papa aparece como único legislador de la Iglesia.	El papa, juez supremo.	El papa gobierna la Iglesia.
1150 Decreto de Graciano. 1134 Decretales de Gregorio IX. 1298 Libro VI de Bonifacio VIII. 1311 Clementinas promulgadas por Clemente V. El Derecho Canónico está constituido a principios del siglo XIV y su jurisdicción abarca a toda la Iglesia.	1153 Las causas de canonización son reservadas a la Santa Sede. 1215 Sólo la Santa Sede puede dictaminar sobre la autenticidad de las reliquias y autorizar las Órdenes religiosas. Finales del XIII: desde cualquier tribunal eclesiástico se puede apelar al papa.	1215 Sólo él puede erigir nuevas diócesis. 1234 Los obispos deben rendir periódicamente visita. Finales del XIII: no son consagrados obispos los candidatos que no han obtenido la bendición papal.

El papado tiene su propia solución para la constitución de la Iglesia: el papa monarca debe cerrar con su poder absoluto una estructura jerárquica formada por los presbíteros, los párrocos, los canónigos y los obispos.



Cruz papal de Benedicto XIII en la iglesia parroquial de Peñíscola.

el horizonte eclesial tres sombras humanas sin prestigio que lo oscurecían: a un anciano de noventa años, Gregorio XII, papa de Roma, lleno de experiencia y resignación, refugiado en Rímini, y a un obstinado en sus derechos. Benedicto XIII, papa de Aviñón, recién llegado a Perpignan, en donde celebró un concilio de su obediencia que le ratificó en sus posiciones. Por último quedaba Juan XXIII, el papa de Pisa, fiado en demasía en el apoyo imperial.

En efecto, el nuevo emperador de Alemania, Segismundo, consciente de su soberanía preeminente, indujo a Juan XXIII a que convocara un nuevo concilio, a cuya decisión se someterían los tres papas. Juan XXIII esperaba obtener la mayoría de los votos que concedieran a Alejandro V los prelados reunidos antes en Pisa.

El nuevo concilio se reunió en Constanza. Allí llegaron juntos el emperador y el papa, su favorecido (1414). Mientras, los representantes de los distintos reinos europeos

llegados al concilio escogieron una nueva táctica: ya que nada les ligaba en principio a ninguno de los tres papas, se reunieron en "naciones", a semejanza de los grupos establecidos dentro de las grandes universidades internacionales de la época. Ello comportaba que no sólo los prelados tendrían voz y voto en las decisiones, sino también los príncipes, los teólogos y los canonistas. Estos dos últimos grupos estaban encabezados por dos figuras de gran prestigio: Jean Gerson, el teólogo canciller de París, y el cardenal Pierre d'Ailly, buen canonista. Ambos expusieron la teoría según la cual el concilio estaba por encima del papa y no podía ser disuelto por éste. El conciliarismo, con fundamentos teológicos más o menos adecuados, estaba en marcha y no dejó de dar coletazos durante largas décadas. Sin embargo, los asistentes al concilio no cayeron en la tentación de nombrar en seguida al que hubiera sido un cuarto papa.

Juan XXIII, viendo el mal cariz que tomaban sus asuntos, se dio a la fuga; pero alcanzado por los imperiales y devuelto a Constanza, no tuvo más remedio que someterse y renunciar al papado (1415).

Gregorio XII, más precavido, y sin duda deseoso de facilitar la unidad, dio su reconocimiento al concilio como universal y ofreció su dimisión espontánea. Murió como simple cardenal en 1417.

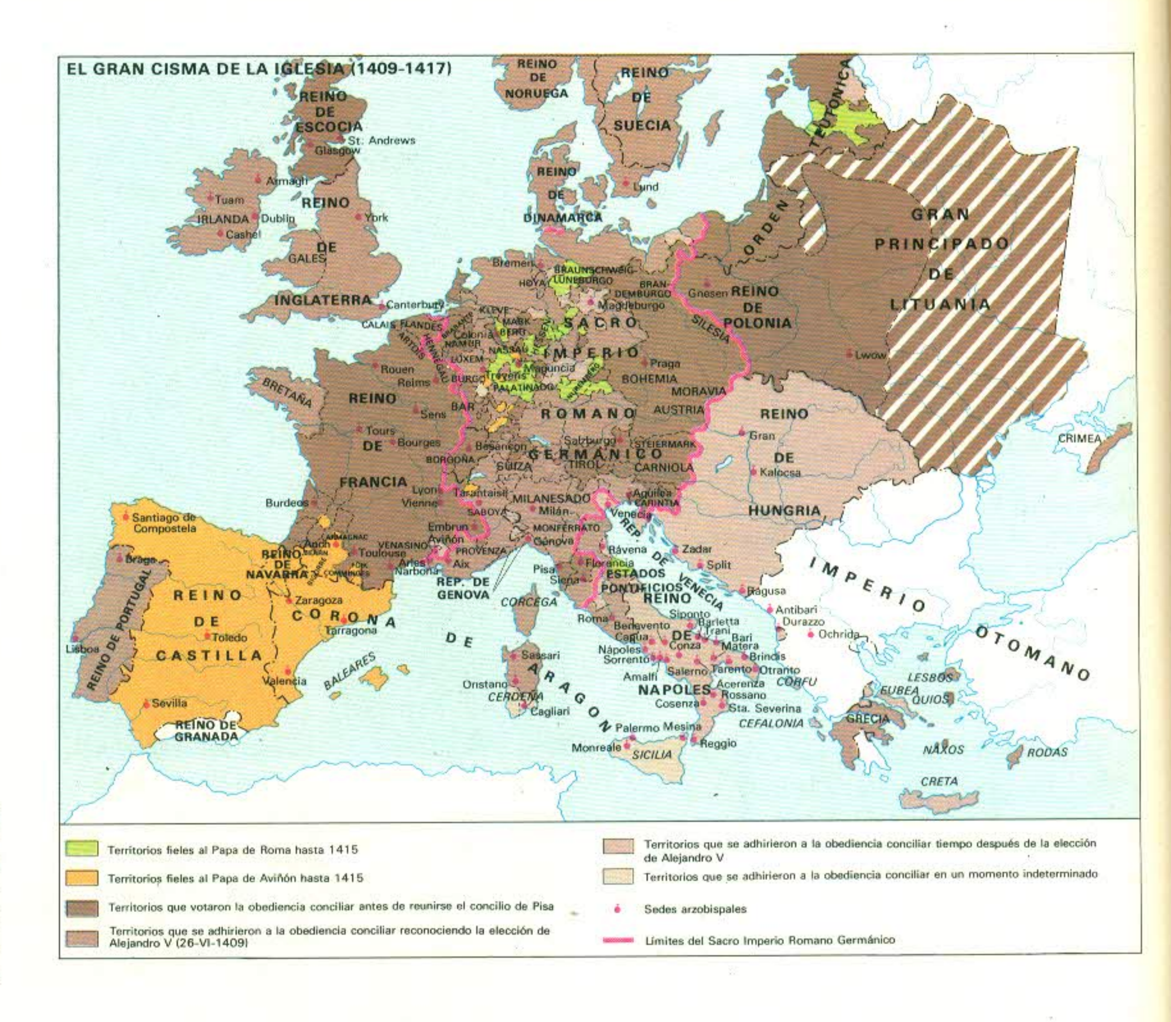
Imposible convencer a Benedicto XIII. El emperador Segismundo se personó en Perpignan (1415) para persuadir al papa a que renunciara. Allí mismo se hallaba el rey de Aragón, Fernando I, que, olvidando que debía su corona al papa Luna, ahora le sustraía su obediencia. Ambos soberanos fracasaron en su intento. El concilio de Constanza depuso a Benedicto XIII; éste excomulgó al concilio y a su propio rey y se encerró en el castillo de Peñíscola. Allí conservó su aparente dignidad ofendida, favorecido por intereses políticos del nuevo rey Alfonso V el Magnánimo.

Triste destino el de este papa aragonés, quien, a pesar de su integridad moral, antepuso con terquedad sus derechos personales, no del todo indiscutibles, al bien de la Igle-



Cáliz del papa Luna (iglesia parroquial de Peñíscola).

Inicial de la "Cosmología" de Tolomeo, en que se representa a Jacobo Angelo ofreciendo el manuscrito a Alejandro V (Biblioteca del monasterio de El Escorial). Alejandro V fue elegido en el concilio de Pisa, ya que se consideró a Gregorio XII y Benedicto XIII afectos de contumacia herética. El resultado práctico fue que hubo tres papas en lugar de dos.





Monumento funerario a Juan XXIII, por Donatello (baptisterio de San Juan Bautista, Florencia). El tercer papa de la Iglesia fundó en el emperador sus esperanzas de quedar como único tras el concilio de Constanza.

sia y a la paz de las conciencias de sus miembros. Al morir en 1423, los pocos cardenales que le rodeaban eligieron a otro aragonés, Gil Sanxis Munyós, con el nombre de Clemente VIII.

Durante dos años el concilio gobernó la Iglesia, imbuidos como estaban sus participantes de la legitimidad de la doctrina conciliarista.

Las "naciones" representadas en Constanza, cansadas ya de tanta espera, al reunírseles la de los reinos hispánicos en 1417, vieron el camino expedito para la elección de un nuevo pontífice. Los veintitrés cardenales asistentes, más treinta representantes de las "naciones", convinieron en la persona de Odón Colonna, un notable romano, sagaz y prudente, decidido y pacífico a la vez, que tomó el nombre de Martín V (noviembre de 1417).

Su traslado inmediato a Roma mostró una clara voluntad de desprenderse de tutelas ajenas. Y lo que es más aún, de mostrar que tomaba sus distancias con respecto a los mismos promotores del concilio.

Aunque, personado de nuevo en Constanza, sancionó varios decretos del sínodo sobre reforma eclesiástica (por lo que éste es considerado entre los ecuménicos), sin em-

bargo rechazó los que reconocían la preeminencia del concilio sobre toda la Iglesia, incluido el papa, con lo que el conciliarismo perdió la consideración que parecía merecer. Martín V creyó más eficaz decretar la reunión periódica de los sínodos generales. Los tiempos no estaban maduros para semejante innovación en el sistema de gobierno de la Iglesia. Han debido pasar cinco largos siglos antes de que el concilio Vaticano II reconociera las ventajas de semejantes asambleas episcopales periódicas en torno al pontífice. Sin embargo, Martín V quiso poner en práctica su idea al convocar en Basilea un nuevo concilio en 1431. Pero murió antes de ver los tristes resultados del mismo y el cisma de Félix V (1439-1451).

El nuevo papa inició, como se ha dicho, reformas, quizá no lo bastante profundas como para ser duraderas. Pero era clara su voluntad de frenar los abusos de la curia romana en materia pecuniaria. También fomentó, con su sucesor Eugenio IV, la reforma de las Órdenes religiosas.

Ya de inmediato quiso solucionar la posición anómala del que fuera Juan XXIII; púsole en libertad y nombrólo cardenal de Frascati. Tuvo paciencia con Benedicto XIII



Medalla del papa Martín V (Gabinete Numismático de Cataluña, Barcelona).

Coronación de Martín V como papa en el concilio de Constanza (Rosgarten Museum, Constanza). Martín V tuvo que luchar contra la teoría que consideraba superior el concilio al papa.

LOS PAPAS DESDE 1300 A 1450

En Roma

Bonifacio VIII (1294-1303).
Benedicto XI (1303-1304).

En Francia y Aviñón

Clemente V (1305-1314).
Sede vacante (1314-1316).
Juan XXII (1316-1334).
Benedicto XII (1334-1342).
Clemente VI (1342-1352).
Inocencio VI (1352-1362).

Cisma imperial en Roma

Nicolás V (1328-1330).

En Aviñón y Roma

Urbano V (1362-1378).
Gregorio XI (1370-1378).

CISMA DE OCCIDENTE. PAPAS:

De Roma

Urbano VI (1378-1389).
Bonifacio IX (1389-1404).
Inocencio VII (1404-1406).
Gregorio XII (1406-1415, m. 1417).

De Aviñón

Clemente VII (1378-1394).
Benedicto XIII (1394-1423) (Aviñón, Perpignan, Peñíscola).
Clemente VIII (1423-1429) (Peñíscola).

De Pisa

Alejandro V (1409-1410).
Juan XXIII (1410-1415, m. 1419).

INTERREGNO CONCILIAR DE CONSTANZA (1415-1417)
UNION DE LA IGLESIA

En Constanza y Roma

Martín V (1417-1431).

En Roma, Basilea y Florencia

Eugenio IV (1431-1447).

Cisma de Basilea

Félix V (1439-1451).

En Roma

Nicolás V (1447-1455).

(muerto en 1423) y con su sucesor Clemente VIII, el cual renunció a un título sin consistencia, se sometió a Martín V y aceptó del papa romano el obispado de Mallorca (1429).

A Martín V se deben los primeros "concordatos" con las "naciones", único remedio entonces posible para separar competencias y evitar intromisiones mutuas de poderes hasta entonces tan gravemente entremezclados.

Con el concilio de Constanza y sus soluciones casi imprevisibles terminaba la crisis por antonomasia de la Iglesia, puesto que el cisma de Occidente, el clímax de esta crisis, quedaba resuelto. Hubo un respiro general; nobleza laica, jerarquía eclesiástica, el estamento religioso y sobre todo el pueblo sencillo recobraban la calma, por lo menos en apariencia.

Quizá se dio demasiada importancia al hecho externo de poseer de nuevo una sola cabeza visible la Iglesia, sin darse cuenta de que la crisis interna de los espíritus permanecía latente y, más grave aún, los problemas sociales quedaban prácticamente intactos. Si la Iglesia como institución había remozado su aspecto externo, no había resuelto los problemas profundos planteados por la crisis sociorreligiosa.

Ello se vio claro en el conflicto creado en Bohemia. Jan Hus, el clérigo checo de mayor prestigio popular, rector de la universidad de Praga, fue condenado ya en 1410 y lo era de nuevo en 1415 por el concilio de Constanza, quien lo entregó a la hoguera. Seguidor inteligente de ciertas ideas reformistas de Wicleff, fue el precursor de otras expuestas un siglo más tarde por Lutero.

Después del concilio Vaticano II la jerarquía eclesiástica ha reconocido el error cometido entonces de ajusticiar a quien predicaba contra la venta abusiva de las indulgencias y reclamaba el "cáliz de los legos", es decir, el derecho de los laicos a comulgar bajo las dos especies. Como en todos los tiempos ha ocurrido, la condena injusta de un líder popular lo transforma en héroe nacional. Así ha sido siempre de peligrosa la extralimitación del poder coercitivo de las autoridades, sean éstas civiles o religiosas.

Para terminar como empezábamos, siempre ha habido crisis en la Iglesia. La que siguió a la época del cisma, con la relajación moral que no dejó inmunes ni a los papas del Renacimiento, pertenece a la edad moderna.

Quienes al margen de la Iglesia contemplen su pervivencia multisecular a pesar de los innegables defectos de sus miembros e instituciones, podrán reconocer en ella ese "algo-más-allá" y ese "algo-más-profundo" que la vivifica con vigor perenne.

Vista parcial de la ciudad de Constanza, en la que se celebró el concilio que terminó con el cisma de la Iglesia en Occidente.



BIBLIOGRAFIA

Delaruelle, E.; Labande, E. R., y Ourliac, P.	*L'Église au temps du Grand Schisme et de la crise conciliaire (1378-1448),* vol. XIV de "Histoire de l'Église depuis les origines jusqu'à nos jours", de A. Fliche, V. Martin y sus cols., París, 1962-1964 (2 vols).
Fort i Cogul, E.	*Una destacada intervenció catalana en el Cisma d'Occident,* Barcelona, 1961.
Le Goff, J.	*Hérésies et sociétés dans l'Europe pré-industrielle, 11ᵉ-18ᵉ siècles,* París-La Haya, 1968.
Maillet, H.	*L'Église et la répresion sanglante de l'hérésie,* Lieja-París, 1909.
Metz, R.	*Historia de los Concilios,* Barcelona, 1971.
Mollat, G.	*Les papes d'Avignon,* París, 1920.
Morris, W. D.	*The Christian Origins of Medieval Heresy,* Londres, 1949.
Puig y Puig, S.	*Pedro de Luna, último papa de Aviñón (1387-1430),* Barcelona, 1920.
Roman, G.	*Le procès des Templiers. Essai de critique juridique,* Montpellier, 1943.
Seidlmayer, M.	*Die Anfänge des Grossen abendländischen Schismas,* Münster im Westfalen, 1940.
Suárez Fernández, L.	*Castilla, el cisma y la crisis conciliar (1378-1440),* Madrid, 1953.
Vooght, P. de	*L'hérésie de Jean Huss,* Lovaina, 1960.



El papa Martín V rodeado de fieles. El autor de esta pintura, Lorenzo di Bicci, nos presenta aquí al nuevo papa en una de las múltiples actividades que desarrolló en Florencia durante los dos años aproximadamente en que residió en dicha ciudad antes de poder entrar en Roma.



Miniatura de la "Crónica" de Skilitzes que representa la embajada enviada por Vladimiro, príncipe de Kiev, a Basilio II en demanda de la mano de su hermana (Biblioteca Nacional, Madrid). Vladimiro y su pueblo se convirtieron en masa al cristianismo ortodoxo de Constantinopla.

Los pueblos del norte y del este de Europa

por PEDRO MOLAS

Más allá de los límites del mundo germano, doblemente alejados de la influencia cultural y religiosa de la cristiandad latina, los pueblos ribereños del Báltico, eslavos y escandinavos, experimentaron, en torno al año 1000, un doble proceso de cristianización y de formación de núcleos estatales que, en buena parte, han llegado hasta nuestros días.

Entre los siglos VI y X, los pueblos eslavos –pueblos de llano y de bosques– se expansionaron por la Europa central y oriental, y entraron en contacto con germanos y normandos. Estos últimos dinamizaron las tribus de la tierra de Rus, en torno al gran eje mercantil que unía el Báltico con Constantinopla, la ciudad de los emperadores. Uno tras otro, los jefes de las llanuras del Dniéper –Rurik, Oleg, Igor, Sviatoslav– intentaron, infructuosamente, conquistar la fabulosa ciudad. La guerra y el comercio pusieron a los pueblos rusos en contacto con la religión y la civilización bizantinas, presentes en el litoral de Crimea.

Lentamente, a lo largo del siglo X, los grupos dirigentes de los países rusos abrazaron el cristianismo, la religión de Constantinopla. En el año 987, el jefe Vladimir se bautizó y casó con una princesa bizantina, fortaleciendo los lazos de todo tipo que unían a su pueblo con Bizancio. Al propio tiempo, Vladimir unificaba los distintos territorios y establecía el centro de sus dominios en Kiev, en lugar de la ciudad nórdica de Novgorod. La cristianización de las masas se realizó



Decoración musivaria del templo de Santa Sofía de Kiev, primera iglesia construida tras la conversión de Vladimiro. Aunque Kiev dejó de ser un gran estado, sí continuó ostentando la primacía cultural sobre las demás ciudades rusas.

manu militari, como en la mayoría de pueblos no latinos. "Bautizó con el hierro y con el fuego", decía de Vladimir el Grande un adagio de Novgorod. En los confines con pueblos musulmanes del Volga y del Kama el proceso de cristianización fue lento y superficial, pero a largo plazo la "ortodoxia" se convirtió en un elemento esencial de la mentalidad rusa.

La primitiva comunidad rusa se configuró más como una civilización que como una unidad política. Es cierto que Vladimir el Grande (978-1015) y su hijo Yaroslav el Sabio (1019-1054) crearon el estado de Kiev. Yaroslav promulgó la primera codificación de leyes, una mezcla de elementos bizantinos y de costumbres eslavas. El estado de Kiev se convirtió en una gran potencia de la Europa oriental.

Sin embargo, a la muerte de Yaroslav las "tierras rusas" se diversificaron políticamente en una serie de principados regidos por los descendientes de Rurik. El gran príncipe de Kiev, con su "trono de oro", sólo ostentaba una preeminencia de honor. A pesar de los tratados de reconciliación, de las asambleas de príncipes y de la hegemonía establecida *de facto* por algunos de ellos en el siglo XII, el sistema político, vagamente federal, provocaba la guerra civil y la decadencia del estado. Cada príncipe se encontraba limitado por los consejos de nobles (boyardos) y por las asambleas municipales *(vechté),* de forma que sus atribuciones se reducían a las de juez y comandante de guerra.

Kiev conservaba una primacía cultural. Era "la madre de todas las ciudades rusas". Su obispo era "metropolitano de todas las Rusias", países diversos que hablaban una sola lengua (derivada del protoeslavo y anterior a la diferenciación de ruso, ucraniano y bielorruso), y tenían una civilización común, fuertemente influida por Bizancio (Santa Sofía de Kiev). También la economía se orientaba hacia el Sur, siguiendo la "ruta de los griegos".

Esta situación cambió en el siglo XII, con la colonización de las tierras del Norte, del Alto Volga, tierra de bosques y verdadera marca fronteriza contra los paganos. Allí surgió el principado de Rostov y Susdal, situado en la ruta comercial que unía el Báltico con los musulmanes del Volga. En 1169, un príncipe de Rostov, Andrés Bogoliubsky, tomó Kiev y asumió el título de Gran Príncipe. Quedaba consagrada la hegemonía de las tierras del Norte y la decadencia de Kiev, que fue saqueada por los mongoles en 1240.

Entre germanos y rusos, el pueblo eslavo de las llanuras –los polacos– experimentó en el siglo X el doble proceso de cristianización y formación del estado que caracteriza a la Europa oriental. La predicación del cristianismo se inició a través del reino de Bohemia, también eslavo. En el año 966, el caudillo polaco Mieszko se convirtió al cristianismo y en 968 se erigió el primer obispado.

El principal problema para Mieszko y sus sucesores consistía en abrazar el cristianismo y recibir la civilización occidental sin perder su independencia política y sin caer bajo el dominio del Imperio germánico, que consideraba el ámbito eslavo como tierra de expansión propia. La independencia religiosa se logró con la creación de un arzobispado, directamente sometido al papa (año 1000). Boleslao I el Valiente, "gran príncipe" de Polonia (992-1015), consolidó la independencia política, estableciendo su predominio sobre todos los eslavos de influencia germánica y en el año 1024 fue proclamado rey.

Tras este primer apogeo, el estado polaco conoció una serie de alternativas que lo anularon como fuerza internacional: reacciones de elementos paganos, presión germánica, que obligó a los gobernantes a renunciar temporalmente al título real y a reconocer el vasallaje del Imperio, etc. Como en Rusia, el conjunto de tierras polacas era gobernado por todos los príncipes de la dinastía de los Piast: el mayor de ellos residía en la ciudad de Cracovia (siglo XII).

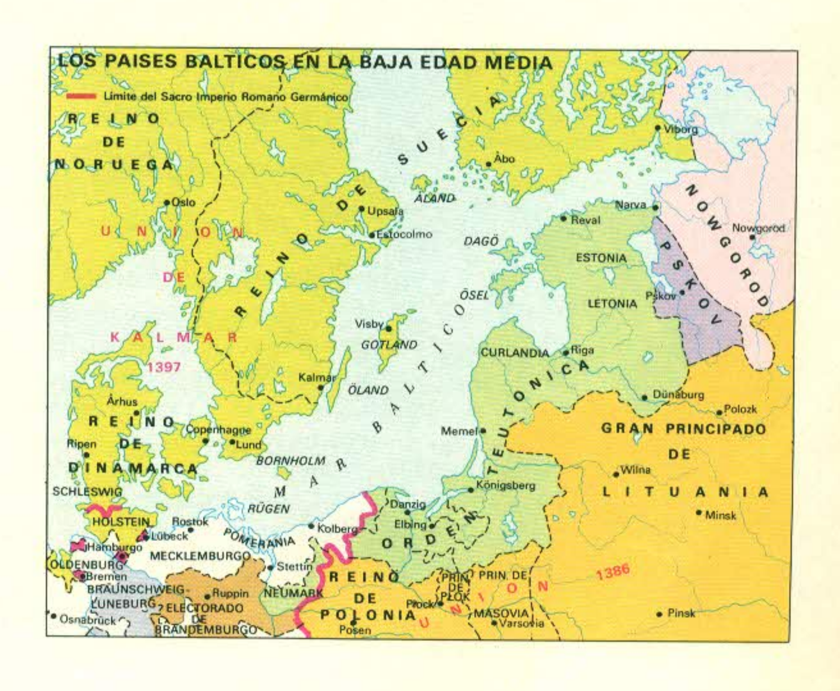
La historia polaca de los siglos XI a XII es un tejido de guerras civiles, destronamien-

Dos acciones guerreras del príncipe ruso Sviatoslav, en una miniatura de la "Crónica de Manasés" (Biblioteca Vaticana).

tos, divisiones. Bajo la superficie de los acontecimientos políticos se perfilaba la definitiva organización de la Iglesia, la introducción de Órdenes religiosas, la formación de una nobleza privilegiada que limitaba y controlaba –según los casos– la autoridad del rey. Los epítetos grotescos de los monarcas –Ladislao Piernas Flacas, Boleslao Boca Torcida– muestran el escaso respeto que inspiraba la persona real.

Los pueblos escandinavos atravesaron un proceso similar al de los eslavos. Durante el siglo X, daneses, noruegos y suecos comenzaron a ser regidos por sendos príncipes que la leyenda suponía descendientes de Odín: Gorm el Viejo en Dinamarca, Harald el Rojo en Noruega, Eric el Victorioso, "rey de Upsala", en Suecia, etc.

Paralelamente, el cristianismo llegaba a las tierras del Norte. Hacia 850 se construyó



RUSIA, DEL PRINCIPE IGOR A ALEJANDRO NEVSKY

Los dos citados personajes históricos han pasado, por distintos conceptos, a engrosar las filas de la leyenda y de la cultura rusas y universal. ¿Quién no conoce las "Danzas del príncipe Igor", de Rimsky-Korsakov, o el film de Eisenstein sobre la figura de Alejandro Nevsky? Ambos magnates simbolizan algunas etapas fundamentales de la historia rusa.

Igor, príncipe de Novgorod-Seversk, no debe su fama a éxitos militares y políticos, sino al cantar de gesta que narraba su campaña desgraciada contra los polovtsianos (1185), su cautiverio y su fuga, seguida de una exhortación a los príncipes rusos para que se unieran en la lucha contra los nómadas paganos de las estepas. Se trata, en cierto modo, de una obra de propaganda, característica de la Rusia del Sur a fines del siglo XII.

Novgorod-Seversk era un pequeño principado, de los formados al disgregarse el gran dominio de Kiev. El mundo de los aliados y amigos de Igor se extiende por la Rusia del Sur y del centro: Kiev, Pereyaslav, tierras amenazadas por los nómadas. Los únicos principados del Sur que quedaban a salvo eran los de Volinia y de Halicz o Galitzia, la "tierra roja" o Rusia Roja, zona ampliamente disputada por rusos y polacos, en la que floreció en el siglo XIII un efímero "reino de Rutenia".

El mundo de Igor muestra las continuas luchas internas entre los príncipes del linaje de Rurik por las divisiones de las herencias, por el dominio de Kiev, el paso de unos principados a otros, las discordias que impedían coordinar una acción común contra los polovtsianos.

En tiempos de Igor, la hegemonía sobre las tierras rusas ya había pasado de Kiev a las tierras nórdicas de Susdal, donde se realizaba una colonización de tipo forestal, en un medio físico distinto de la llanura del Sur. La anarquía principesca y la amenaza nómada favorecieron la inmigración hacia el Alto Volga, a pesar de las dificultades naturales y climáticas. Entre los colonos había campesinos y artesanos, militares y eclesiásticos. Durante el siglo XII se fundaron numerosas ciudades, monasterios, pero los colonizadores vivían esencialmente en aldeas aisladas. A la cabeza del movimiento colonizador figuraban los príncipes, grandes propietarios, pero sometidos a los mismos problemas de reparto de la herencia que sus parientes del Sur. Trataban de compensar la exigüidad de sus dominios con una mayor explotación de sus riquezas. Para atraer mano de obra especializada concedían privilegios a los inmigrantes, campesinos libres a los que se reconocía el derecho de traslado.

La estructura sociopolítica del Norte no se basaba en la ciudad ni en la asamblea comunal, sino en el contrato personal con el príncipe. Sólo unos pocos dignatarios (la Duma) tenían el derecho de asesorar al soberano.

El más importante de los estados del Alto Volga era el de Rostov, cuyos dirigentes, Jorge de las Manos Largas y su hijo Andrés Bogoliuvsky, arrebataron a Kiev el título de Gran Principado. Andrés estableció su capital en Vladimir, en el centro de sus estados, una ciudad nueva en que su autoridad no chocaba con asambleas populares ni con grupos nobiliarios. Estableció un obispo metropolitano en la ciudad y consagró la hegemonía de su principado, que fue también un importante centro cultural. El predominio de Rostov fue quebrantado por los mongoles, pero el territorio se recuperó bajo el dominio de Alejandro Nevsky, para originar, a principios del siglo XIV, el principado de Moscú.

Junto con Kiev y Rostov, el tercer polo de la vida rusa en el siglo XII era la ciudad de Novgorod. Sus ricos mercaderes deseaban un príncipe que fuera su jefe militar, pero que no tuviera poder político: no podía poseer bienes inmuebles en la ciudad, ni nombrar funcionarios, ni legislar ni firmar tratados. La asamblea elegía a los príncipes y podía destituirlos. En estas condiciones, los conflictos entre la ciudad y sus príncipes eran constantes. El más famoso de los príncipes de Novgorod fue Alejandro Nevsky, también gran príncipe de Vladimir, en cuya persona se unen las dos grandes ciudades del Norte.

Novgorod la Grande debió a Alejandro Yaroslavich Nevsky su salvación frente a dos poderosas amenazas procedentes del Occidente. Los suecos y los caballeros portaespadas no hacían grandes distinciones entre los paganos fineses y estonianos y los rusos ortodoxos. En 1240, Alejandro destruyó una expedición sueca en la confluencia de los ríos Ijora y Neva, ganando el sobrenombre de Nevsky. En 1242, en la batalla de la Piedra del Cuerco, librada sobre la superficie helada del lago de Pskov, detuvo un ataque de los caballeros teutónicos. Tras esta famosa "batalla de los hielos", la ciudad mercantil quedó libre de la amenaza occidental, lo que no fue obstáculo para que continuaran las disensiones con su príncipe.

En 1246, Alejandro heredó el gran principado de Vladimir y, en consecuencia, el vencedor de alemanes y suecos tuvo que pedir la confirmación de su cargo al kan de la Horda de Oro. Nevsky era consciente de la debilidad rusa ante los mongoles y prefirió contemporizar con ellos antes que exponerse a un desastre. Tuvo que realizar un largo viaje a través del Asia, siguiendo la ruta de las caravanas y de los correos mongoles, hasta la ciudad de Karakorum.

Como Gran Príncipe de Vladimir, Alejandro Nevsky procuró conservar la paz entre los rusos y mantener la independencia de Novgorod de la esfera de influencia mongola. Su última gestión consistió en evitar una expedición de castigo contra varios territorios que se negaban a pagar sus impuestos a la Horda. Se trasladó personalmente a Sarai y, a fuerza de súplicas, diplomacia y ricos presentes, obtuvo no sólo el perdón de los rebeldes, sino que los principados rusos no fueran obligados a proporcionar tropas al kan. Cuando regresaba por el Volga a Vladimir, murió. El metropolitano anunció su desaparición a los fieles diciendo: "Se ha apagado el sol de la tierra rusa". Nevsky no sólo fue un héroe nacional, sino un santo de la Iglesia ortodoxa.

P. M.

la primera iglesia escandinava. Los daneses fueron evangelizados por el clero alemán de Hamburgo y de Bremen (San Anscario), que fundó obispados desde 948. El rey Harald Diente Azul se bautizó en 966. Los noruegos fueron influidos por misioneros anglosajones de Northumbria: los reyes Olaf Trygveson (995-1000) y Olaf el Santo (1015-1028) fortalecieron el nuevo culto, a veces con violencia. El primer rey cristiano de Suecia –Olaf III, unificador del país– fue bautizado en el año 1008. En general, la cristianización fue muy lenta, tuvo que enfrentarse a numerosas reacciones paganas y no supuso la desaparición del antiguo mundo cultural escandinavo. Islandia aceptó el cristianismo en el siglo XI. La obra evangelizadora culminó en el siglo XII con la creación del arzobispado de Upsala, la vieja capital del paganismo sueco.

Junto con la cristianización, los principales problemas de la historia escandinava de los siglos X y XI fueron la unificación política

y la expansión exterior. En especial, Noruega oscilaba entre el fraccionamiento político y el dominio de los reyes daneses Svend Barba Doble (1000) y Knut el Grande (1028). Sólo en la segunda mitad del siglo XI quedó asegurada la monarquía noruega.

Los pueblos escandinavos crearon varios imperios marítimos, como correspondía a los sucesores de los normandos. En la primera mitad del siglo XII, Knut el Grande fue el rey de los daneses, de los ingleses (1017) y de los noruegos. Esta talasocracia nórdica, que supuso la integración del mundo cristiano en la cristiandad occidental, no sobrevivió a su creador (1035): sus hijos fueron reyes de Noruega, de Inglaterra y de Dinamarca. A la hegemonía danesa sucedió la formación del imperio noruego del Atlántico: fracasada la conquista de Inglaterra (1066), su dominio se asentó en las islas Feroe, Hébridas, Orcadas, Shetland y Man.

Durante el siglo XII, daneses y suecos –éstos, más aislados de Occidente, se orientaban tradicionalmente hacia los eslavos– iniciaron su expansión por el mar interior báltico, siguiendo la "ruta de los varegos" hacia Rusia. En este proceso, los escandinavos actuaban como representantes de la civilización cristiana contra los "últimos paganos". Lentamente, los suecos conquistaron los pueblos fineses (siglos XII-XIV) y dieron al país su organización política y social, introdujeron el cristianismo y la lengua sueca y amenazaron la república mercantil rusa de Novgorod en la llamada "gran guerra de Carelia".

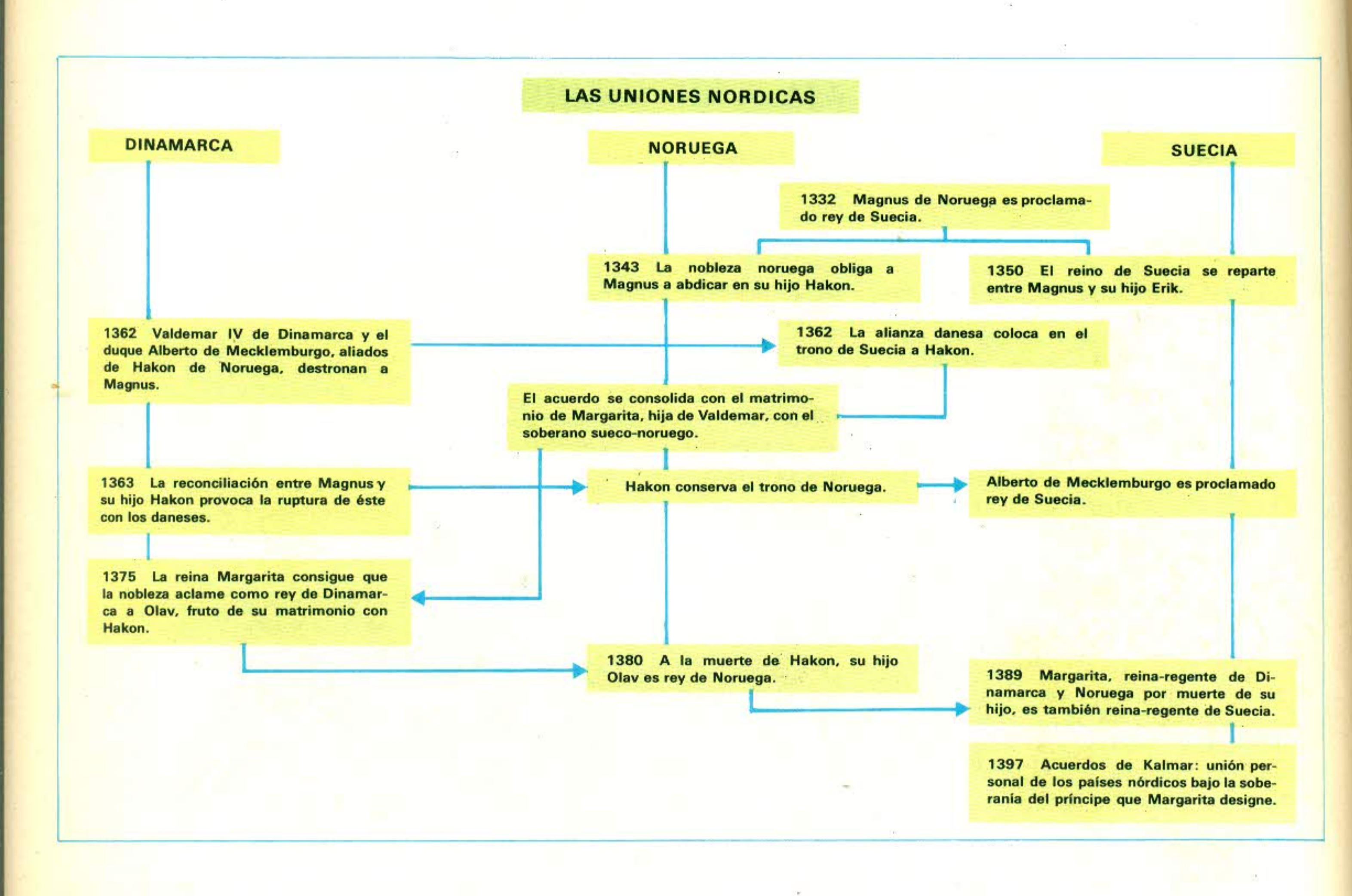
La expansión de los daneses fue más compleja y matizada: se trataba de disputar el dominio político y económico de los pueblos bálticos al empuje de las ciudades alemanas. En principio (siglo XII), la ventaja correspondió a los daneses. Valdemar I el Grande (1157) sometió a los wendos, ocupó las islas de Wölin y la ciudad de Rügen, y fundó las ciudades de Copenhague y Danzig. Su sucesor, Knut VI, asumió el título de "rey de daneses y eslavos". Dueños del litoral sur del Báltico y de sus islas, los daneses emprendieron la colonización de la actual Estonia y fundaron la ciudad de Tällinn o Reval. Con todo, la política expansionista de Valdemar II el Victorioso terminó en un fracaso (1227). No pudo dominar a las ciudades alemanas del Norte (Hamburgo, Lübeck), al paso que sus dominios "estonianos" pasaban, de hecho, al control de nuevos pobladores alemanes, burgueses y nobles.

Quizás el fracaso de la expansión escandinava radicase en su grave inestabilidad interna. Dinamarca conoció guerras civiles entre la nobleza laica y eclesiástica –como la "guerra de los obispos"– hasta el advenimiento de Valdemar el Grande. En Suecia se registraron luchas entre dinastías rivales, mientras el centro de gravedad del país se trasladaba de Upsala a las regiones del Sur (Gotland). El sistema de reyes conjuntos originó en Noruega una serie de guerras civiles entre pretendientes, mientras tenía lugar un enfrentamiento entre los monarcas y la Iglesia. Sólo a fines del siglo XIII logró superarse la etapa de fraccionamiento político.

Las estructuras sociales y políticas de los pueblos escandinavos presentaban notables diferencias con las del occidente de Europa. No se desarrolló el feudalismo, la servidumbre ni el movimiento de fundación de ciudades. La sociedad se dividía en esclavos y hom-

El príncipe Jaropolk y su esposa, a los pies de San Pedro (miniatura del "Salterio de Egberto"; Museo Arqueológico de Cividale). A la muerte de este descendiente de Vladimiro (1139), el estado de Kiev perdió definitivamente su unidad.





bres libres. Los últimos formaban la asamblea judicial y política, llamada *thing*. El monarca era, sobre todo, jefe militar y juez. Las asambleas limitaban su poder político. Disponía de una tropa de "fieles". Sus ingresos se reducían a sus propios dominios privados y algunos derechos públicos, como el de acuñar moneda.

El ritmo evolutivo no era el mismo para las tres monarquías escandinavas. En realidad, a partir de su cristianización, Suecia vivía más aislada que en la época *viking*, por haberse debilitado el comercio con Rusia y con Bizancio. No puede decirse lo mismo de daneses y de noruegos, pueblos claramente marineros, más integrados en una economía atlántica.

A pesar del doble proceso de colonización y cristianización, todavía a fines del siglo XII el ámbito báltico albergaba pueblos carentes de organización estatal y además paganos. San Adalberto de Praga, el obispo evangelizador de Polonia, había hallado la muerte a sus manos (997). El paganismo era ley entre los pueblos fineses, estonianos, letones, lituanos, prusianos, una franja no cristiana que separaba los escandinavos y los rusos ortodoxos. Entre los ríos Elba y Oder vivía una serie de pueblos eslavos, en parte cristianizados, sometidos a la tutela alemana: eran los vendos, los polabos, los sorabos, los lusacianos, los pomeranios, los abodritas. Sufrían la presión germano-católica desde los días de Carlomagno. Existía en las tierras del Báltico un vacío de poder y quedaba planteada la lucha por su dominio. ¿Cuál de los tres núcleos cristianos –alemanes, escandinavos, rusos– lograría evangelizar y dominar la franja pagana del Báltico? El grupo que lo consiguiera sería la potencia predominante del mar interior en los siglos futuros.

Finalizado el doble proceso de cristianización y consolidación estatal, la historia de los pueblos bálticos se vio afectada, durante los siglos XIII y XIV, por la aparición de nuevas fuerzas que, en distinto grado, eran extrañas a sus riberas. Mientras la presión germana alcanzaba la hegemonía, convirtiéndose Alemania en un país asomado al Báltico, los eslavos orientales, es decir, los rusos, sufrían el duro dominio de los mongoles.

De mediados del siglo XII arranca el gran impulso colonizador –la marcha hacia el Este– de los alemanes sobre tierras eslavas. Señores feudales, misioneros, campesinos, artesanos y mineros eran los integrantes de



Barbacana gótica de Cracovia. En el siglo* XII*, las tierras polacas eran gobernadas por príncipes de la dinastía de los Piast, el más importante de los cuales residía en Cracovia.

la "marca" germánica que modificó profundamente la vida de los pueblos eslavos. Los llamados genéricamente "vendos" se convirtieron al cristianismo, sus príncipes se sometieron al emperador y a los señores alemanes, y los pueblos se germanizaron, haciendo retroceder la frontera del eslavismo hasta el Oder. Sobre los reinos ya formados de Bohemia y Polonia, la penetración podía ser de índole económica y cultural, pero no política. En cambio, la franja litoral pagana ofrecía una buena zona de expansión.

Se ha dicho que los príncipes alemanes dirigieron contra los eslavos más o menos paganos una nueva "cruzada", cuyos efectos han durado hasta 1945 y aún perviven en el problema de la línea Oder-Neisse. Cabe destacar que el *Drang nach Osten* no fue un movimiento meramente militar y guerrero. El colono alemán que se trasladaba a zonas forestales "subdesarrolladas" era esencialmente un "hombre de trabajo". Realizó una gigantesca obra de roturación, al tiempo que, con la fundación de ciudades, estimulaba el comercio y explotaba las riquezas mineras del territorio.

Los propios soberanos eslavos independientes favorecieron el establecimiento de inmigrantes alemanes en sus territorios, concediéndoles privilegios y franquicias de autogobierno: las ciudades alemanas se regían por su propio derecho fundacional. El derecho germánico fue adoptado incluso por las poblaciones eslavas del este de Polonia, Ucrania y Rusia Blanca.

La colonización alemana, que en la segunda mitad del siglo XII se había afianzado entre el Elba y el Oder, se orientó en el siglo XIII hacia el propio litoral báltico. Allí fue menester luchar contra la influencia danesa, que, a la postre, fue vencida. En 1158 se fundó Lübeck; entre 1200 y 1250 se colonizó Mecklemburgo, fundándose las ciudades de Rostock, Wismar y Stralsund. El comercio báltico pasaba de manos de los eslavos y escandinavos al de los mercaderes alemanes, agrupados en "hansas".

Durante el siglo XIII la colonización alemana adquirió un carácter peculiar al unir a la explotación rural y a la fundación de centros mercantiles el establecimiento de una poderosa base territorial de índole militar, encaminada a lograr la cristianización violenta de los últimos paganos. Esta nueva institución –la Orden Teutónica– aseguró la hegemonía alemana en el Báltico, constituyendo una amenaza no sólo para los paganos, sino para los reinos eslavos cristianos –rusos y



Olaf II el Santo, rey de Noruega (Museo Nórdico, Estocolmo), contribuyó al fortalecimiento de la religión católica en su país, predicada por misioneros anglosajones.

polacos– a quienes cerraba el acceso al mar. Asimismo, el éxito de la Orden significa la imposibilidad de un imperio danés, basado en los mismos principios, y efectivamente el imperio de los Valdemar, fundamentado en el control de los puertos litorales y del territorio estoniano, desapareció lentamente.

Fue un alemán, Alberto de Bremen, nombrado obispo de Livonia, quien a la cabeza de un ejército de cruzados fundó la ciudad de Riga (1201) y creó la Orden de los *Fratres Militiae Christi* o Caballeros Portaespadas para luchar contra los paganos, rivalizando con los daneses. Más adelante, un príncipe polaco invitó a los Caballeros Teutónicos –Orden fundada en Palestina– a establecerse en sus dominios para luchar contra los borusios o prusianos. Los Portaespadas fueron vencidos por los paganos lituanos en 1236 y se unieron con los Teutónicos. A costa de genocidios y rebeliones, el territorio prusiano fue sometido, y en 1308 la Orden fijó su capital en la ciudad-fortaleza de Marienburg. El litoral báltico quedaba a la vez cristianizado y germanizado, así como los territorios de Livonia y Curlandia, si bien el pueblo lituano, conjunto de tribus bárbaras que habitaban los bosques y tierras pantanosas entre el Niemen y el Dwina, continuaba adherido al paganismo.

Aunque las cruzadas de la Orden siempre habían contado con la colaboración de los soberanos eslavos –los reyes de Polonia, de Hungría–, el nuevo poder se expansionaba también a costa del territorio polaco –Pomerelia, en 1309– tanto como en la "tierra inculta" pagana. El Gran Maestre de la Orden era un verdadero soberano, elegido por un capítulo general y auxiliado por los comendadores y los maestres provinciales. En Curlandia, el poder de la Orden se extendió a costa de la jurisdicción temporal del obispo de Riga. Asimismo, los caballeros dirigieron "cruzadas" contra las ricas ciudades ortodoxas rusas, como Novgorod, defendida por el príncipe Alejandro Nevsky en 1241. En definitiva, la expansión alemana había paralizado completamente el intento danés. Los dominios daneses de Estonia, debilitados por un alzamiento campesino en 1343, pasaron a la obediencia de la Orden. Los alemanes dominaban a la vez, económica y militarmente, toda la costa sur del Báltico, desde Lübeck a Reval, amenazando a la vez a eslavos y escandinavos.

Mientras la breve hegemonía danesa se desmoronaba, al compás del auge del comercio alemán, Suecia contaba con una amplia zona de expansión en la actual Finlandia, tierra pagana poco explotada. También aquí la expansión económica y militar revistió la forma de "cruzada" contra los paganos, que eran al mismo tiempo piratas que obstaculizaban el comercio de la isla de Gotland con el rico emporio ruso de Novgorod. Naturalmente, los propios rusos, e incluso los daneses, consideraban la posibilidad de una expansión en Finlandia. Según la tradición, el rey Eric el Santo (m. en 1160) organizó la primera cruzada finlandesa, pero la conquista del país fue lenta y difícil. Se mezclaba con la hostilidad hacia Novgorod. En 1240, un intento sueco contra la ciudad fue detenido por el príncipe Alejandro Nevsky. En la segunda mitad del siglo XIII, un nuevo caudillo sueco, Birger Folkungar, emprendió una conquista sistemática: Finlandia se convirtió en un ducado, vinculado a Suecia y gobernado por suecos.

Mientras suecos y daneses se orientaban hacia el mar interior, los noruegos continuaban considerando el Atlántico como su zona de expansión, siguiendo las directrices de la época vikinga. Muchos reyes noruegos fueron esencialmente "reyes del mar", que siguieron luchando para mantener un imperio marítimo e insular, dirigido hacia las Islas Británicas. Las relaciones religiosas y mercantiles entre noruegos e ingleses fueron muy intensas durante los siglos XI a XIII: Noruega exportaba pescado e importaba cereales. También menudearon las expediciones militares, que conservaron en la esfera danesa los archipiélagos de Orcadas, Shetland, Feroe y Hébridas. Irlanda y Escocia seguían amenazadas. Sólo en 1266 (paz de Perth) se renunció a la isla de Man y a las Hébridas, y en 1468 a las Orcadas y Shetland. Hacia 1260, el ámbito noruego se orientó hacia el Norte; la pérdida de los archipiélagos escoceses se vio contrapesada por la unión de Islandia y de Groenlandia, unión que respetaba la legislación existente y que se concretaba en un impuesto a pagar al rey (el "Viejo Pacto"). Había sido la necesidad económica la principal motivación de un acuerdo basado, por lo demás, en la comunidad cultural y étnica. Islandia necesitaba perentoriamente importaciones de cereales, madera y productos manufacturados, que pagaba con exportaciones de sus recursos pesqueros y agropecuarios; en consecuencia, una de las condiciones del "Viejo Pacto" era la obligación del rey de enviar anualmente seis navíos de comercio a la isla, la cual ha mantenido su unión política con las monarquías escandinavas hasta 1944.

Hacia mediados del siglo XIII, los estados escandinavos parecen haber superado la anterior fase de anarquía, pero tal mejora sólo fue aparente. En Dinamarca, la prepotencia de los obispos y las dificultades financieras menoscabaron el poder del monarca. En 1282, el rey se obligó a convocar anualmente el Danehof, asamblea de barones, prelados y altos dignatarios, con atribuciones legislativas. Este hecho, que los historiadores equiparan con la Carta Magna inglesa, no impidió nuevas luchas civiles entre corona, nobleza y clero, las intromisiones exteriores y los interregnos.

En Noruega, Magnus el Legislador y Haakon IV (siglo XIII), a la par que fortalecían el imperio de ultramar, restauraron la unidad interior, establecieron un sistema legal común al reino, pero favorecieron los cuadros feudales y permitieron la introducción del predominio mercantil alemán. Nuevas guerras internas jalonan el tránsito del siglo XIII al XIV; por fin, la monarquía noruega alcanzó cierta estabilidad institucional en el siglo XIV.



El rey Knut el Grande y su esposa, representados en una miniatura del siglo XII (Museo Británico, Londres). Este verdadero vikingo reunió las coronas de Dinamarca, Noruega e Inglaterra, pero su imperio se deshizo a su muerte.

En Suecia reinaba desde 1250 la dinastía de los Folkungar, que fundaron Estocolmo e impulsaron el desarrollo económico. La explotación de las minas de cobre favoreció la riqueza del país, reflejada en las grandes construcciones religiosas. La minería se hallaba ligada con el impacto extranjero, esencialmente alemán, que se infiltraba en la economía escandinava. Los reyes suecos no supieron imponerse a la naciente aristocracia ni impedir que extensas regiones del Sur –Escania y Gotland– pasaran a manos de Dinamarca.

La historia de Polonia en el siglo XIII ofrece un panorama menos brillante. El país, presionado por los alemanes y dividido por su



propio sistema político, intentaba restablecer la unidad. Los intentos de restauración eran difíciles y chocaban no sólo contra los alemanes, sino con las intervenciones de los reyes de Bohemia e incluso de Hungría, deseosos de extender su poder al norte de los Cárpatos. El proceso de unificación fue iniciado a fines del siglo XIII, pero sólo en el XIV Ladislao III el Pequeño, sostenido por la pequeña nobleza contra la burguesía de origen alemán, logró restaurar la unidad polaca, tras resignarse a la pérdida de distintos territorios a manos de los colonos alemanes, de la Orden Teutónica o de la corona de Bohemia.

En Polonia coincidió con la presión secular germana la breve pero terrible incursión del poder mongol, que, tras aniquilar el orden de la "primera Rusia", alcanzaba los países del centro de Europa.

El dominio mongol constituyó un elemento clave de la historia rusa, por cuanto contribuyó a fortalecer los elementos asiáticos y a sustituir el sistema político de asambleas por la autocracia del soberano. En realidad, el mundo ruso formaba una zona fronteriza con pueblos no cristianos: algunos de ellos eran mercaderes civilizados, como los kázaros del mar Negro y los llamados búlgaros del Volga y del Kama; otros

La románica catedral de Lund se construyó entre 1080 y 1145 en la ciudad fundada por Knut el Grande (1035).

CAMPO Y CIUDAD EN ESCANDINAVIA

Todos los países del Báltico ofrecen, con variantes, una evolución socioeconómica y política caracterizada por la ausencia de un feudalismo típico y el carácter tardío y germanizante de la economía urbana. En la Baja Edad Media, la situación primitiva de un campesinado libre se modificó por el desarrollo de la nobleza.

A partir del siglo XIII, la aristocracia rural se diferenció de la masa de hombres libres, al paso que los reyes concedían feudos revocables y con menores atribuciones que los alemanes o franceses. Más aún, durante los siglos XIV y XV la aristocracia se feudalizó y el campesinado perdió la libertad política y económica de que había gozado en la etapa anterior. Se produjeron alzamientos campesinos contra el proceso de feudalización y contra los nuevos impuestos, que equivalían, según los casos, "al valor de una vaca", "al alimento de un mes", etc. Hubo disturbios en Jutlandia, en los alrededores de Oslo, donde los campesinos atacaron la feria, y en Finlandia, donde se proclamó un "rey de los campesinos". Paralelamente, los nobles, a través de un consejo de señores, acentuaban su control sobre el estado, imponiendo condiciones al rey antes de elegirle y proclamarle.

Bajo este régimen señorial, y a pesar de la depresión económica general, continuaron las roturaciones agrícolas en la Europa del Norte: desecación de marismas, desbrozamiento de landas y bosques en la Alemania oriental, roturación de los bosques de Finlandia –una de las grandes empresas agrícolas de la época–, de las tierras de Botnia y de la Suecia central, para alimentar los recién creados núcleos mineros.

En los países del Norte se produjo una renovación de los cultivos tradicionales. Suecia y el sur de Noruega producían grandes cantidades de centeno y cebada, para evitar la compra de cerveza al extranjero. En Dinamarca, la cría del ganado –bovino y caballar– se convirtió en uno de los principales recursos del país. En el siglo XV se organizaron grandes mercados de bueyes, engarzados en el comercio internacional.

El desarrollo de las ciudades escandinavas siguió el modelo alemán en buena parte, porque muchos de sus habitantes lo eran: todavía en 1600, el 30 % de los artesanos de Estocolmo eran alemanes. La impronta alemana sobre las ciudades escandinavas fue muy grande. Lübeck siguió influyendo en la economía escandinava durante el siglo XVI.

Los hanseáticos contribuyeron a crear importantes ferias internacionales, como las del pescado, que tenían lugar cada año, de septiembre a octubre, en el entonces territorio danés de Escania. Se reunía una verdadera ciudad estacional de campamentos y barracones de madera. Se calcula que existían más de 10.000 personas: escandinavos y ribereños del mar del Norte. Las ferias dependían oficialmente del rey de Dinamarca, pero los ciudadanos de Lübeck, cabeza de la Hansa, disponían de un establecimiento especial dotado de almacenes, talleres de tonelería y salazones.

Ciñéndonos más particularmente a la economía sueca, vemos que se caracterizaba en la Alta Edad Media por su débil comercio exterior, la extraordinaria importancia de la agricultura y cierta autarquía doméstica. Se calcula que el 52 % de las tierras pertenecía a pequeños propietarios que pagaban impuestos; la corona solamente disponía del 5 %, pues había cedido numerosas propiedades tanto a la Iglesia (21 %) como a la nobleza (20 %).

En el siglo XIII, los comienzos de la explotación minerometalúrgica (cobre, hierro, plata) alteraron la estructura económica del país. El impacto extranjero produjo el desarrollo de las ciudades y del sistema artesanal de los gremios. En adelante, las regiones mineras de Suecia –Dalercalia, Orebrö– fueron el centro de todos los movimientos de independencia nacional contra el dominio de los daneses.

P. M.

eran nómadas, como los pechenegos y los polovstianos, contra los cuales los príncipes del sur de Rusia –entre ellos el famoso príncipe Igor– mantuvieron una continua lucha, plena de alternativas, a lo largo del siglo XII.

La prodigiosa expedición de los mongoles alcanzó de lleno el mundo ruso, ya debilitado por sus tensiones internas y por la lucha contra los nómadas. Una primera expedición de reconocimiento se tradujo en la derrota de cinco príncipes del sur de Rusia (batalla de Kalka, 1223) y de los mismos polovstianos. La conquista de Rusia por los mongoles tuvo lugar en muy breve espacio de tiempo: los búlgaros del Kama fueron sometidos en 1236, y sucesivamente pudieron ser tomadas y saqueadas Riazan, Vladimir, Susdal, Rostov, Yaroslalo y por último Kiev (1240). Ambas Rusias, la de Kiev y la de Susdal, quedaron asoladas y aniquiladas. Sólo la república mercantil de Novgorod se salvó, gracias a un deshielo prematuro. Desde Rusia, los mongoles invadieron Polonia, Hungría y Bulgaria, venciendo cualquier resistencia y asolando el país, y regresaron al Volga.

Los vencedores se establecieron en el Medio y Bajo Volga. Su jefe, Baty-Kan, fijó su residencia en Sarai y creó una entidad política independiente, en la práctica, del Gran Kan. Fue la Horda de Oro, el estado mongol de Rusia, que duró dos siglos (de 1260 a 1480). Los mongoles tenían como territorio propio el valle del Volga y las estepas del Sur hasta Crimea, donde entraron en contacto con los comerciantes occidentales: pisanos y genoveses. El resto de Rusia, regido por príncipes propios, se consideraba vasallo de la Horda.

Tras su primera etapa destructora, el imperio mongol adoptó unas formas administrativas relativamente eficaces, con finalidades fiscales. Realizaron censos de población con objetivos tributarios y desarrollaron el sistema de correos, que funcionaba con cierta exactitud y regularidad. Muchas palabras rusas relativas a la Hacienda tienen raíz tártara. Los príncipes rusos no fueron desposeídos de la soberanía formal, pero en cada estado un lugarteniente del kan (el *baskak*) aseguraba el cumplimiento de la voluntad del soberano mongol, en especial en materia de impuestos. Los príncipes debían

EL REINO DE BULGARIA (700-1018)

Principios s. VIII Tras derrotar al ejército bizantino, algunas tribus búlgaras penetran en el nordeste de la península balcánica y se establecen definitivamente en territorios poblados por eslavos, entre el Danubio y los Balcanes. Bizancio reconoce la autonomía del conglomerado búlgaro-eslavo.

H. el 750 Hostilidades entre Bulgaria y Bizancio; guerra de secesión en Bulgaria: las masas eslavas se alzan contra la dominación política y económica de la aristocracia búlgara. La subida al poder de Teletz, representante del partido búlgaro intransigente, provoca la emigración de parte de las tribus eslavas, que encuentran refugio en Bizancio.

763-796 El ejército bizantino derrota a los búlgaros en Anchialos. La decadencia del reino búlgaro se precipita bajo el protectorado interesado de Bizancio, que anima las discordias entre las distintas facciones. Sólo la crisis intestina de Bizancio con los emperadores iconoclastas y la hábil política del kan de los búlgaros, Cardam, que aprovecha el momento para reanudar las hostilidades, salvan a Bulgaria.

802-814 Favorecido por las circunstancias –Carlomagno ha destruido el reino rival de los ávaros–, Crum, sucesor de Cardam, resiste victoriosamente la ofensiva bizantina y derrota a un ejército mandado por el mismo emperador, que morirá en la campaña.

818-856 Política de conquistas hacia el Oeste: ataques contra Croacia (818, 829), Servia (840-843) y Macedonia (847). Una nueva división interna amenaza al reino búlgaro: el kan Malamir inicia las persecuciones contra los eslavos cristianos; la nobleza búlgara pagana (831-836) se alzará contra el kan Boris, que, aliado de francos y bizantinos, se convierte al cristianismo. La oposición religiosa (856) cubre ahora la vieja rivalidad social entre eslavos y búlgaros.

856 La elección del país evangelizador define la política exterior del kan Boris; tras una tentativa de crear una Iglesia búlgara autónoma, obediente a Roma y protegida por los francos, el kan se inclina por la evangelización en el marco de la ortodoxia griega y bajo la protección del estado bizantino. La cristianización resuelve a favor de los eslavos y del partido filobizantino el enfrentamiento secular entre los dos componentes étnicos del reino: los búlgaros y los eslavos.

894-896 Simeón, segundo hijo de Boris, sofoca la rebelión de la nobleza búlgara, que había depuesto y asesinado al kan Vladimir, su hermano. Por motivos comerciales, Simeón declara la guerra a Bizancio. Los húngaros, cuya alianza han conseguido los bizantinos, invaden el norte de Bulgaria. Simeón logrará rechazar a los húngaros e imponer un tratado de paz a Bizancio, que queda obligada a pagarle un tributo anual.

913-927 El "zar" Simeón se declara candidato a la corona imperial de Bizancio; durante catorce años el territorio bizantino es saqueado y la capital, Constantinopla, sitiada por el kan, que aspira a ser reconocido como emperador por los magistrados y el pueblo de Constantinopla. La política de concesiones del regente, el patriarca Nicolás; las campañas militares de la emperatriz Zoé y la diplomacia hábil del nuevo emperador, Román Lecapeno, aplazarán una y otra vez el éxito de las pretensiones de Simeón.

927-1014 La potencia búlgara se hunde bajo los sucesores de Simeón, desconcertados por la diplomacia bizantina, los ataques de Sviatoslav, Gran Príncipe de Kiev, y las ansias independistas de algunos territorios como Servia o la Bulgaria oriental, anexionada ésta a Bizancio finalmente.

1014-1018 Una cruzada nacionalista contra los rusos y los bizantinos, acaudillada por el kan Samuel desde la Bulgaria occidental, último reducto del estado búlgaro, acabará trágicamente: el emperador bizantino Basilio II obtiene una sangrienta victoria en el monte Belasica sobre el ejército búlgaro (1014); saqueada y casi exterminados sus habitantes, la Bulgaria occidental es anexionada a Bizancio (1018).

solicitar la confirmación de su cargo y, en ocasiones, trasladarse a Sarai para rendir homenaje.

Sarai se convirtió en un gran mercado internacional que mantenía excelentes relaciones con los comerciantes italianos que, como Marco Polo, lo atravesaban para dirigirse, por la ruta de las caravanas, a las tierras del Gran Kan de la China. Aunque los kanes se convirtieron al islamismo, respetaron las creencias de sus súbditos así como los bienes de la Iglesia ortodoxa e incluso eximieron de impuestos al clero. La consecuencia fue que los rusos no desearan nunca la ayuda de una "cruzada" occidental para liberarse. A sus ojos, los católicos romanos, que habían saqueado Constantinopla en 1204 y que atacaban la tierra rusa –suecos, alemanes, polacos y húngaros–, eran "herejes", perseguidores de la verdadera fe ortodoxa, peores que los mongoles tolerantes.

Las consecuencias del dominio mongol fueron profundas y duraderas: provocaron la orientalización de Rusia, el recrudecimiento de la servidumbre, la irrupción de nuevas formas de crueldad en los castigos, un empeoramiento de la condición social de la mujer. Incluso puede señalarse la diversificación

de la primitiva lengua rusa en tres nuevos idiomas: el gran ruso, propio del principado de Vladimir; el pequeño ruso o ucraniano, en las tierras de Kiev, y el ruso blanco, en territorios de influencia lituana.

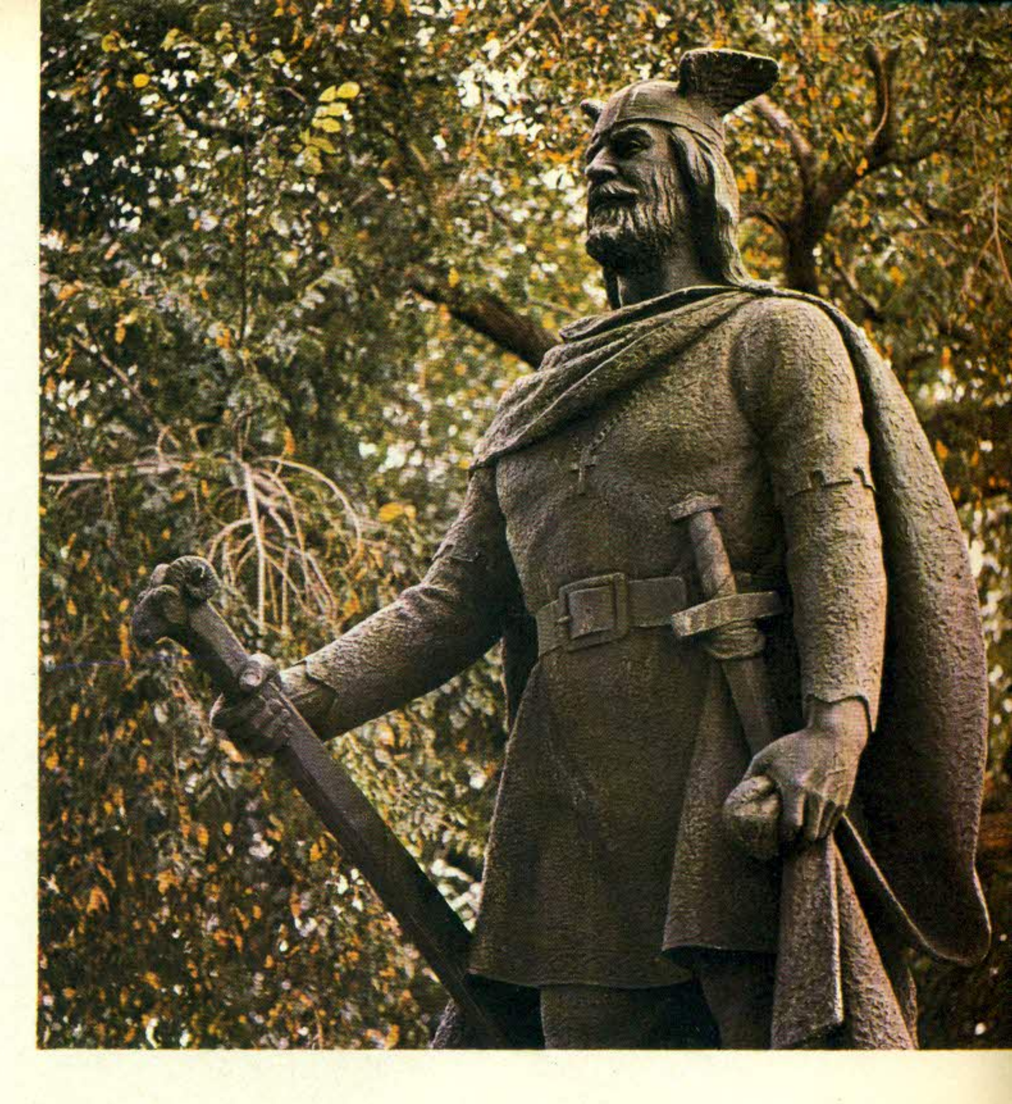
Los dirigentes de los principados rusos se adaptaron a la mentalidad política de los mongoles y se acostumbraron a la interrupción de las relaciones con Occidente. El principado de Moscú unificó bajo su dirección el conjunto de tierras de la Horda de Oro, utilizando un sistema político mucho más parecido al absolutismo de los kanes que a las asambleas populares de la Rusia de Kiev.

Los príncipes de Moscú se convirtieron en representantes de los kanes ante los demás príncipes rusos y arrebataron a los de Vladimir el título de Gran Príncipe. A partir del siglo XIV, la Horda entró en un proceso de desintegración: se separaron los kanes de Crimea (la Horda Nogay), cuyo dominio perduró hasta el siglo XVIII; a fines del XIV, Sarai fue saqueada por Tamerlán y la decadencia se consumó en 1480, fecha en que los mongoles dejaron de ejercer soberanía, siquiera nominal, sobre los rusos y la Horda se dividió en los dos kanatos de Kazán y de Astrakán, absorbidos por Moscovia en el siglo XVI.

Sólo una parte de la Vieja Rusia había quedado relativamente al abrigo de la injerencia mongola: la gran república mercantil de Novgorod, la cuna del estado ruso de Rurik. Novgorod era el enlace de Rusia con todo el comercio del Báltico. La ciudad se había acostumbrado a gobernarse por sí misma. La autoridad fundamental recaía en la asamblea, con poderes legislativos y políticos: ella designaba un primer magistrado electo, el *posadnik,* y en ocasiones elegía como jefe militar algún príncipe, cuya autoridad en tiempos de paz era casi nula. El más importante fue Alejandro Nevsky. La ciudad de Pskov, a orillas del lago Ilmen, formaba una república de extensión más reducida, pero similar a Novgorod.

La riqueza de ambas ciudades radicaba en el comercio. Novgorod exportaba pieles, madera, miel, tejidos de Oriente y de Bizancio, y recibía paños, vino, especias, trigo y plata. Su situación, a orillas de un río navegable, la favorecía en extremo. La expansión de la ciudad abarcó toda la Rusia del Norte, región rica en caza, pieles y madera. Allí, los novgorodienses establecieron factorías que más adelante fueron ciudades. Llegaron hasta el mar Blanco (Murmansk) y los restos del reino finés de la Gran Permia, metrópoli comercial del Alto Kama.

Novgorod era una de las principales bases del comercio alemán del Báltico. Los comerciantes de la isla de Visby establecieron una factoría que llegó a ser modélica. Puesto que Novgorod carecía de flota, el comercio exterior estuvo en manos de extranjeros: comerciantes de Lübeck y de la poderosísima Liga Hanseática.

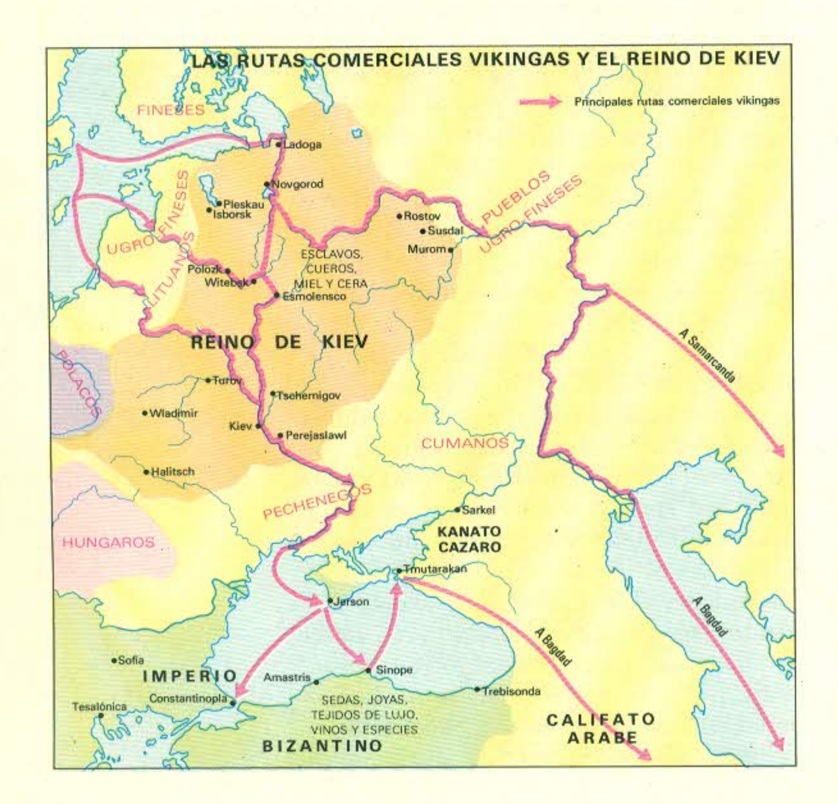


Monumento erigido en Saint Paul (Minnesota) a Leif Erikson, que habría llegado a América en el siglo XI.

El principal rasgo del espacio norteuropeo en la Edad Media consistió, precisamente, en el apogeo de la presencia alemana, cuya hegemonía originó, por reacción, la unión de los pueblos escandinavos y eslavos, en orden a defenderse y rechazar la amenaza económica y política representada por los pilares de la expansión germana: la Hansa de los mercaderes y la Orden de los caballeros teutónicos.

Las hansas eran asociaciones de mercaderes con finalidades religiosas, de auxilio mutuo y de defensa. Las fraternidades o hermandades de comerciantes alemanes en el extranjero contribuyeron a formar la unidad económica del Báltico. La más famosa de las hansas se originó en Wisby, en la isla de Gotland, en 1161. Posteriormente fueron las ciudades las que se asociaban, incluso con fines políticos. Así lo hicieron, en el siglo XIII, las ciudades alemanas del antiguo país de los wendos, dirigidas por Lübeck, gran puerto de embarque para el comercio con Prusia y Livonia. La Hansa germánica adquirió su organización definitiva a mediados del siglo XIV: contaba con más de doscientas ciu-

Ilustración de un manuscrito del siglo XII que representa un episodio de la vida de San Guthlac (Museo Británico, Londres) y en la que pueden apreciarse las armas y la indumentaria de los soldados de la época.



dades asociadas y tenía factorías desde Londres y Brujas hasta Novgorod.

La Hansa controlaba la economía escandinava y polaca, puesto que dominaba los intercambios de productos necesarios para economías complementarias. Los mercados exteriores, internacionales, se hallaban en manos de los comerciantes alemanes, que exportaban los productos naturales del Báltico e importaban tejidos y especias procedentes de Inglaterra y de Flandes.

Dominando la exportación de trigo polaco, tan necesario a los países escandinavos deficitarios, y la sal alemana de Lüneburg, imprescindible para la salazón de pescados, los alemanes ejercían un control absoluto sobre la economía de la gran península del Norte. La exportación de la producción agrícola y ganadera danesa, del cobre, del hierro y de la madera suecos y del pescado noruego dependían de su actividad. Los alemanes iniciaron su penetración en la ciudad-mercado noruega de Bergen desde el si-

glo XII. En 1250 se firmó el primer tratado entre el rey de Noruega y Lübeck. Esta ciudad abastecía a Noruega de trigo y logró suplantar a los demás competidores alemanes e ingleses. Los alemanes controlaban el comercio internacional e interior, organizaron gremios y estimularon la pesquería.

La Hansa se había organizado como una red de ciudades, factorías y establecimientos. La factoría de Bergen parece haber sido una de las más completas, tan sólo superada por la de Novgorod. Consistía en una verdadera ciudad amurallada, con depósitos de mercancías, iglesias y casas particulares. En otras ciudades la segregación no era tan rigurosa y los alemanes se mezclaban con los mercaderes del país. Junto a los comerciantes, existió una importante emigración de artesanos alemanes que desarrollaron el trabajo industrial.

Ha podido escribirse que en los planos económico, cultural y artístico, Escandinavia formaba una provincia hanseática. El bajo alemán era no sólo el idioma empleado en el comercio, sino en la cancillería danesa. Sin embargo, se producía un lento proceso de nacionalización de la burguesía alemana inmigrada.

El poderío de la Hansa tenía que enfrentarse a dos enemigos: los piratas y el rey de Dinamarca, que controlaba los estrechos del Sund, paso vital entre el Báltico y el mar del Norte. En este combate, la Hansa salió vencedora en 1370 (paz de Stralsund) y en 1435: sus ciudades quedaron exentas del pago de la aduana del Sund. Más difícil fue acabar con los piratas, que saquearon Visby en 1392. En la lucha contra los piratas, la Hansa contó con la ayuda de la Orden Teutónica.

Esta institución alcanzó su apogeo en la segunda mitad del siglo XIV. Una colonización planificada dio lugar a la fundación de más de cuatrocientas poblaciones en la llamada "tierra inculta" o "país salvaje". Las ciudades formaban parte de la Hansa, y la propia Orden se preocupaba del gran comercio de la madera, los cereales y el ámbar. Las dos grandes fortalezas de Marienburg y Königsberg eran, al mismo tiempo, plazas comerciales importantes. Danzig exportaba madera de los bosques polacos y prusianos. Los grandes maestres Winrich de Kniprode y Ulrich de Jungingen llevaron la Orden a su apogeo, prosiguieron la "cruzada" contra los lituanos y adquirieron nuevos territorios: la Samogitia pagana en 1383, la Nueva Marca cristiana en 1404.

La poderosa presión germánica estimuló una unión de los estados escandinavos –Dinamarca, Suecia y Noruega– para defender su independencia. El proceso de unión fue lento y precario. En 1322, Magnus Ericson fue rey de Noruega y Suecia, pero los dos reinos se separaron pronto. El impulso hacia una integración más duradera provino de Dinamarca, cuyo rey Valdemar IV Atterdag fue el enemigo infortunado de la Hansa. Su hija, Margarita de Valdemar, artífice de la unificación, heredera del trono danés y esposa del rey de Noruega Haakon VI, se convirtió en regente de Dinamarca (1376) y de Noruega (1380), en nombre de su hijo Olaf IV. Apoyada por parte de la nobleza sueca, destronó al rey Alberto de Mecklemburgo (batalla de Lonköping, 1389) y fue reconocida soberana de los tres reinos escandinavos, aunque el castillo de Estocolmo resistió durante seis años, defendido por los poderosos piratas del Báltico.



San Adalberto de Praga (relieve en la iglesia de San Bartolomeo in Isola, Roma). De ilustre familia bohema, residió varios años en Roma y fue enviado a evangelizar Polonia, donde murió a manos de los paganos.

HUNGAROS Y ESLAVOS EN LA EUROPA ORIENTAL

La evolución histórica de la Europa danubiana y balcánica participa de alguna forma de los fenómenos expuestos para Rusia y el Báltico. Así pues, aun cuando aquellos territorios se encuentran más ligados con la historia del Imperio germánico o de Bizancio, procuraremos sintetizar algunos puntos de su desarrollo.

Nos hallamos ante un mundo fundamentalmente eslavo, con la exclusión del pueblo magiar y de algunos otros nómadas eslavizados. Los más cercanos a Alemania, los checos, se convirtieron al cristianismo a principios del siglo X. Con anterioridad, los santos Cirilo y Metodio habían evangelizado el reino de la Gran Moravia (siglo IX), destruido en el año 906 por los magiares. Wenceslao I (Vaclav) fue el duque santo, primer príncipe cristiano de Bohemia y patrono del pueblo checo. El reino o ducado de Bohemia luchó en vano para sustraerse al dominio hegemónico del Imperio. Tuvo que reconocerse feudo suyo, a cambio del establecimiento de una monarquía hereditaria en los descendientes de Wenceslao. La influencia alemana se fortaleció con el *Drang nach Osten*. El propio rey de Bohemia, Ottokar II (siglo XIII) llamó a los colonos alemanes, fundó más de sesenta ciudades libres y aspiró a la corona imperial, al tiempo que se convertía en señor de numerosos ducados alemanes de Austria, hasta que fue vencido por el emperador Rodolfo I y murió luchando contra él (1278).

En Hungría, el doble proceso de cristianización y creación del estado se debe a los príncipes de la estirpe de Arpad y singularmente a San Esteban, el primer rey (año 1001) que, a semejanza de Polonia, puso su reino bajo la tutela directa del papa, quitando todo pretexto a una posible intervención germánica. Los sucesores de Esteban I debilitaron las fuerzas del reino en guerras civiles, ocasionadas también por la ambigua situación del país, sometido a la doble influencia alemana y bizantina, así como a periódicos contactos con pueblos nómadas de las estepas rusas.

El siglo XIII fue fundamental para la historia de Hungría. La meteórica invasión de los mongoles (1241) asoló el país, destruyó sus principales ciudades y recrudeció los hábitos nómadas. Fue más importante la consolidación del poder de la nobleza por la Bula de Oro (1222), que durante cuatro siglos fue ley fundamental del país: permitía a los nobles no pagar impuestos, no servir al rey en expediciones fuera del reino y sublevarse contra el monarca que incumpliera las leyes.

A fines del siglo XIII y primeros años del XIV, las tres grandes monarquías de la Europa del Este –Polonia, Bohemia, Hungría– se enfrentaron con un problema similar: la extinción de las dinastías reinantes que gobernaban el país desde sus orígenes políticos. La desaparición de los Piast en Polonia, de la dinastía checa de Presmysl y de los Arpad de Hungría creó un vacío de poder que, en el caso de los países danubianos, se cubrió con dinastías extranjeras, rápidamente "nacionalizadas", los Anjou en Hungría y los Luxemburgo en Bohemia, las cuales representan el apogeo político de los respectivos estados.

Bajo la dinastía de los Luxemburgo, el reino de Bohemia aumentó su extensión y su cohesión. El rey Carlos obtuvo la corona imperial (1355), concedió a Bohemia el rango de electorado y fundó la universidad de Praga, importante centro de cultura en la Europa oriental. Hizo de Praga una ciudad monumental, residencia del emperador.

A la muerte de Carlos IV, los dominios de los Luxemburgo conocieron una etapa crítica. No sólo por el carácter débil y cruel del rey Wenceslao, sino, sobre todo, por una reacción nacional checa contra el predominio constante de los alemanes, que habían hecho de Praga su universidad y cuyo idioma se convirtió en el oficial del reino. El movimiento husita fue, a la par que un hecho religioso relacionado con la crisis de la Iglesia bajomedieval, una expresión del nacionalismo checo, que marcó profundamente la evolución posterior del país. En el transcurso de la misma crisis se esbozó, por vez primera, la posibilidad de una unión de tres estados danubianos –Bohemia, Hungría y los dominios alemanes de la casa de Austria–, esquema político que fracasó por razones dinásticas, pero también por recelo antigermano, prevaleciendo la idea de una asociación con el reino eslavo de Polonia, vencedor del germanismo.

El reino de Hungría durante los siglos XIV y XV siguió una política expansiva: intentos de unión con Polonia, hegemonía política sobre las tierras rumanas o sobre los eslavos de los Balcanes, para formar una cadena de estados vasallos. Luis I de Anjou pudo constituir un Imperio desde el Báltico al Adriático, de breve duración y comprometido por la fuerza interior de la nobleza. Por último, se impuso la orientación danubiana, que llevaba a la unión con Bohemia o con Austria. Segismundo de Luxemburgo (1387-1437), al unir en su persona las coronas de Hungría, de Bohemia y del Imperio, prefiguró el futuro estado de los Habsburgos. Los intentos de esta dinastía, duques de Austria, para hacerse con la corona de San Esteban fracasaron por miedo al dominio germánico, triunfando bien la posibilidad de una monarquía nacional (con Matías Hunyadi) o bien la unión con Bohemia, bajo las directrices de un príncipe polaco que respetara los privilegios sociales y políticos de la nobleza.

El caso de Hungría en la Baja Edad Media revestía una especial peculiaridad, por la presencia de un factor inexistente en el caso de Bohemia o de Polonia: el peligro turco, al que el rey de Hungría debía hacer frente. Derrotado en Nicópolis (1396), el rey de Hungría se convirtió en bastión de la cristiandad, sobre todo tras la caída de los estados eslavos intermedios. El último acto del drama fue la conquista de Hungría por los turcos a partir de 1526.

Bajo el reinado de los Anjou y sus sucesores, la nobleza húngara logró mejorar sus posiciones, y a fines del siglo XV había logrado imponer a los campesinos libres la prohibición de abandonar la tierra que trabajaban. La consolidación de



la servidumbre campesina y del poder político de la pequeña nobleza hidalga –como en Polonia– formaba uno de los elementos esenciales de la estructura estatal de Hungría a fines de la Edad Media.

La historia de los pueblos de los Balcanes se resiste a una sistematización esquemática. Tenemos en primer lugar a los eslovenos, sometidos al dominio germánico. Ellos, junto con los croatas, permanecían fieles a la Iglesia romana, mientras los demás eslavos balcánicos habían sido cristianizados por Bizancio, a cuya órbita cultural pertenecían. El reino de Croacia desapareció en 1091, quedando unido, bajo forma autónoma, a la Sacra Corona de Hungría.

En la Alta Edad Media, el principal estado balcánico fue el reino o imperio de los búlgaros; cristianizados en el siglo IX, desarrollaron una civilización original y, a lo largo del siglo XV, constituyeron una tremenda amenaza para Bizancio: la posibilidad de un imperio eslavobizantino regido por Bulgaria. Sometidos en el siglo XI, los búlgaros recobraron su independencia en el XII: el segundo reino búlgaro tuvo una existencia difícil, en lucha con sus vecinos, y desapareció en 1396, conquistado por los turcos. A lo largo de este proceso se produjo la fusión entre los primitivos búlgaros nómadas y la población eslava, con predominio de la segunda.

Los servios aparecieron como fuerza política al unificarse sus distintas tribus (siglo XII). En el siglo XIII, San Saba creó la Iglesia nacional servia, de rito ortodoxo, y en 1217 se proclamó el primer rey. En el siglo XIV, la sociedad servia evolucionó hacia modelos occidentales de carácter señorial. Esteban Duschan, coronado "emperador de los servios y de los griegos" (1346), representó el apogeo de la dinastía, mientras que la batalla de Kosovo (1389) puede considerarse como el Guadalete servio y el prólogo de la incorporación de este pueblo dentro del Imperio turco, hasta el siglo XIX.

Entre las estepas del sur de Rusia, habitadas por nómadas paganos, y el reino de Hungría tuvo lugar la formación del pueblo rumano, cuya plasmación política fue lenta y difícil, sometido a la influencia magiar y dividido, por último, en dos principados: Valaquia y Moldavia. La unidad política de los rumanos sólo se ha producido en el siglo XX.

P. M.

La unificación escandinava, fruto de una comunidad económica, social y cultural, se hallaba ante serios problemas. La unión entre los reinos era meramente personal y desde 1387, muerto Olaf IV, el soberano era una mujer sin descendencia. La enérgica Margarita, asesorada por un grupo de consejeros daneses, intentó solucionar el problema constitucional haciendo proclamar heredero a su sobrino Erik de Pomerania y reuniendo una asamblea conjunta de los tres reinos, que aprobó un programa político común. Fue la Unión de Kalmar (1397): los países escandinavos debían permanecer unidos para siempre, aunque conservarían sus propias instituciones.

La unión fue inestable. La procedencia de los reyes (alemanes) y de la mayoría de sus consejeros (germano-daneses) motivó la oposición de Suecia, que durante buena parte del siglo XV vivió en régimen de práctica independencia, gobernada por reyes o regentes elegidos por el país. Además, la Unión no logró anular totalmente el predominio de la Hansa. La orientación proinglesa y holandesa de Erik de Pomerania, el intento de aumentar los derechos de aduanas del Sund, provocaron una guerra que terminó en derrota (1435). La Hansa podía bloquear Suecia, paralizando las exportaciones de hierro. Tras una larga serie de guerras civiles, los suecos, que se consideraban víctimas de la unión, se separaron definitivamente en 1523.

Mientras la presión de la Hansa conducía a la Unión escandinava, la de la Orden Teutónica llevaba al nacimiento del estado polaco-lituano, una entidad política destinada a una mayor duración. Polonia había recobrado en el siglo XIV su estabilidad interna. Casimiro el Grande (1333-1370) liquidó las cuestiones pendientes con la Orden y el reino de Bohemia, estableció su capital en Cracovia, donde fundó una universidad, a semejanza de la de Praga (1364), y protegió a los mercaderes judíos, griegos y armenios, que suplían la falta de una burguesía nacional.

Para hacer frente a la amenaza alemana, los polacos buscaron la unión con el reino de Hungría y se expansionaron hacia el Este, hacia las tierras de Galitzia y Volinia, en dirección a Kiev. La unión personal con Hungría (1370-1382) resultó desastrosa, por falta de intereses comunes. La única alternativa consistía en la unión con los paganos de Lituania, igualmente amenazados por la expansión teutónica.

Los lituanos vivían en los bosques y los pantanos del Dwina y del Memel. Unificados políticamente a mediados del siglo XIII, los príncipes lituanos fundaron ciudades y fortalezas y anexionaron una serie de principados de Rusia occidental. En 1350, el estado mixto ruso-lituano se extendía desde el Báltico hasta el Dniéper, con su capital en Vilna. Los lituanos oscilaban, pues, hacia una unificación de los principados rusos que hubiera desbancado la hegemonía de Moscú, pero la resistencia de este principado hizo que el estado lituano –del Báltico al mar Negro– se inclinara, para hacer frente a los teutónicos, hacia la solución polaca.

A fines del siglo XIV, los lituanos eran los "últimos paganos", pero habían adoptado ya el armamento occidental. No tardaron en adoptar su religión. En 1385 tuvo lugar el matrimonio de la reina de Polonia, Hedwi-



Puerta gótica de Lübeck, la ciudad alemana fundada en el año 1158 durante el avance germánico sobre el litoral báltico. Después sería un miembro muy activo de la Liga Hanseática.

ge, con el príncipe lituano Jagiello o Jagellón, que se bautizó y adoptó el nombre de Ladislao. Aunque Lituania no aceptó el cristianismo de una forma inmediata ni se unió definitivamente a Polonia –conservó sus jefes propios durante más de un siglo–, se había formado un bloque territorial inmenso, capaz de hacer frente con éxito a los caballeros de la Orden.

La batalla de Grünewald o Tannenberg (1430) señaló la hora de la decadencia de la Orden Teutónica. Fue un terrible desastre, en el que perdieron la vida el Gran Maestre, casi todo el capítulo de la Orden y diez mil caballeros. La subsiguiente paz de Thorn cedía a Polonia-Lituania el estratégico país de Samogitia, que separaba las tierras de Prusia y de Curlandia. La iniciativa había pasado a los eslavos, que consolidaron sus adquisiciones tras la batalla del lago Melno (1422) y sostuvieron las reivindicaciones de las ciudades y nobleza de Prusia contra el dominio de la Orden (Liga prusiana). La alternativa de guerras y paces culminó en la toma de Marienburg, sede de la Orden, por los polacos y en la segunda paz de Thorn (1466): los caballeros no sólo cedían la Pomerania oriental, la llamada Prusia real o polaca –con las ciudades de Thorn, Marienburg, Danzig y Elbing–; sino que se declara-



Miniatura persa del siglo XIV que representa el ejército mongol (de un manuscrito conservado en la universidad de Edimburgo). La invasión mongola halló unos estados rusos debilitados por sus luchas intestinas. Establecidos en el curso medio y bajo del Volga, constituyeron la Horda de Oro, estado que perduró hasta 1480.

ban vasallos del rey de Polonia, convertido en un poderoso soberano.

El bloque polaco-lituano se consolidó en el siglo XV, aunque a veces ambos pueblos tuvieran distintos soberanos. Lituania fue un gran ducado, bajo la soberanía del rey de Polonia. El principal grupo político del reino era la nobleza, cuyos componentes recibieron considerables privilegios colectivos, centrados en dos puntos: el poder legislativo y político de las asambleas nobiliarias (Dietas) y el creciente estado de servidumbre de los campesinos.

Los Jagellones polacos dirigieron una gran política de expansión de signo netamente antigermánico. Fueron solicitados por los husitas de Bohemia, pero no quisieron abrazar una causa heterodoxa. Obtuvieron el trono de Hungría (1440-1444) y llegaron a dirigir una cruzada balcánica contra los turcos. A principios del siglo XVI, la familia Jagellón reinaba desde las costas del Báltico hasta Belgrado y desde los montes de Bohemia hasta el Dniéper. Vencido el impulso germánico, la Unión polaco-lituana se mantuvo para hacer frente a la presencia turca en los confines del Sur y, sobre todo, para contrarrestar la intervención del principado de Moscú.

A raíz del dominio mongol, las antiguas "tierras rusas" vivían divididas en diferentes ámbitos políticos: rusos blancos y ucranianos de Kiev, englobados en el dominio litua-

La opulencia de la ciudad de Novgorod durante varios siglos se puso de manifiesto al final de la Edad Media en su gran escuela de pintura, de la que es muestra esta tabla de "San Jorge y el dragón" (Galería Tretiakov, Moscú).

SOBRE LA FORMACION DEL ESTADO RUSO MEDIEVAL: LA FUNCION DE LAS FEDERACIONES Y ESTADOS NOMADAS
(según I. BOBA, 1967)

Existe entre los historiadores de la Rusia medieval una larga polémica sobre el papel respectivo de la minoría normanda y las poblaciones eslavas en la cristalización del estado ruso.

Desde el año 800 de nuestra era, los vikingos remontan el Vístula, el Memel y el Duna y alcanzan el curso del Dniéper y el Volga, siguiendo los cuales llegarán al mar Negro y al mar Caspio.

Entre el 800 y el 850, suecos y fineses –"varegos", "rusos"– fundan establecimientos permanentes en la región del lago Ladoga y en torno a Kiev. Desde ellos dominan a las tribus eslavas, que deben pagarles tributos y abastecerles de aquellos objetos y productos que son la base del comercio normando con Oriente próximo.

Entre los años 860-880, el sueco Rurik somete todas las colonias varegas del Norte a la soberanía de Novgorod, mientras una reagrupación semejante se constituye en el Sur bajo los príncipes de Kiev.

Hacia el año 880, Oleg, príncipe de Novgorod, sucesor de Rurik, conquista Kiev.

I. Boba destaca, manteniéndose al margen de esta pugna, la función cubierta por los pueblos nómadas –kázaros, protomagiares, protohúngaros, pechenegos– al acelerar o retardar este proceso.

EN EL NORTE

En los años 853-854, los eslavos de Novgorod reclaman la ayuda de un clan de guerreros daneses –"druzhina" o "rus"– para luchar contra los varegos –extranjeros–, que los han expulsado de sus territorios el año anterior.

En el año 856, Rurik es jefe de los rusos, es decir, de una asociación de guerreros en la que se encuentran daneses y eslavos. La palabra "ruso" pierde progresivamente su sentido étnico.

Los rusos de Novgorod someten a las tribus eslavas de los alrededores, a las que obligan a pagar tributos, permitiéndoles conservar cierta autonomía.

EN EL SUR

La relación vikingos-Bizancio-Oriente lejano pasa forzosamente por el Imperio kázaro. En el siglo IX, el Dniéper es todavía una vía de comunicación poco practicable. El Volga, eje del Imperio kázaro, es la ruta comercial más utilizada.

La zona Volga-Dniéper se encuentra bajo el protectorado de los kázaros. Es el kan Kii quien ha fundado Kiev, centro comercial de intercambios entre los polanos, la tribu eslava asentada en la región, y los kázaros.

Hacia el 850, el Imperio kázaro, factor de estabilidad de la zona, es destruido por oleadas de nómadas asiáticos: los protohúngaros y los protomagiares, que ocupan los territorios entre el Dniéper y el Volga. En el año 881, la presión de los pechenegos sobre los protohúngaros acentúa la inestabilidad de la zona. La comunicación con Bizancio se torna insegura.

Para mantener libre la ruta del Dniéper, Oleg conquistará Kiev.

Para defenderla, se impone a las tribus eslavas una sólida organización militar y se busca la alianza de Bizancio.

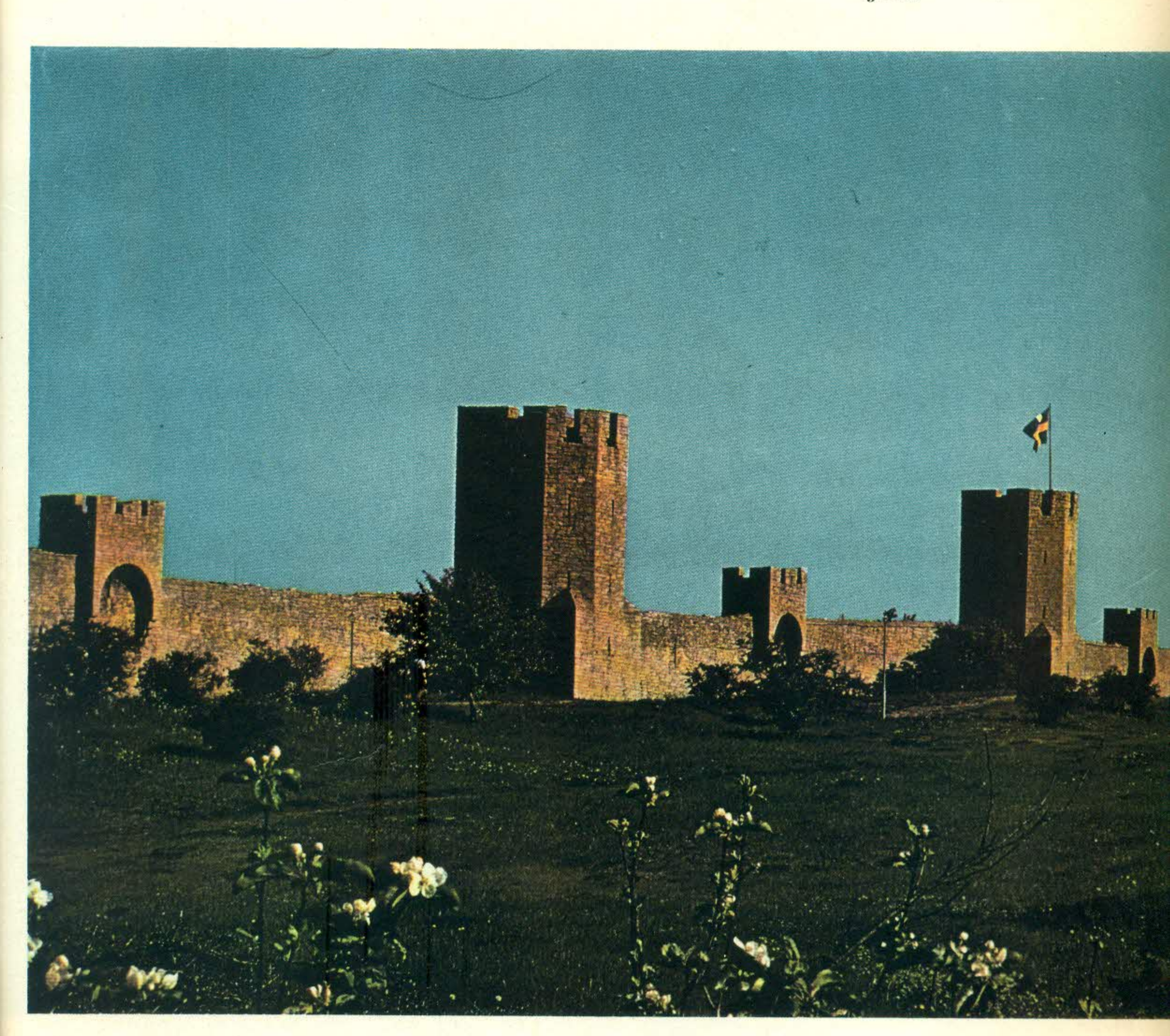
Antiguas granjas islandesas en Arboer. Mientras Dinamarca y Suecia se dedicaron a colonizar las costas del Báltico, Noruega se dirigió a las islas del Atlántico, Islandia y Groenlandia, cuya unión a su corona se establecía por el simple impuesto que sus habitantes pagaban al rey.

no; en el Noroeste, "Monseñor Novgorod la Grande"; por último, en el centro, un grupo de principados desgajados del de Rostov-Susdal: Tver, Perelaslav, Riazan y Moscú, en el corazón de la "Mesopotamia rusa".

Las tierras situadas entre el Volga y el Oka se hallaban relativamente protegidas de los lituanos y de los mongoles por bosques, lagos y pantanos. Su densidad de población era elevada. La vida religiosa y el arte se desarrollaban con vigor. Como los monasterios occidentales, los rusos unían a su labor religiosa y cultural el desarrollo del trabajo agrícola.

Los príncipes de Moscú –pequeña parte de la herencia de Alejandro Nevsky– lograron unificar en el curso de dos siglos todos los estados rusos cristianos, probablemente sin obedecer a ningún plan predeterminado. Su mayor habilidad consistió en actuar como representantes del kan de la Horda de Oro frente a los demás príncipes. Una serie de luchas fratricidas permitieron a Jorge Danilovitch, Iván Kalita y Simeón el Soberbio (siglo XIV) arrebatar la dignidad de Gran Príncipe a los soberanos de Tver y de Vladimir, así como asentar en Moscú al obispo metropolitano. En la segunda mitad del siglo XIV, Dimitri Domskoi se consideró suficientemente fuerte para combatir la influencia lituana que se enseñoreaba de Kiev y las tierras occidentales. También dirigió una

Murallas medievales de la ciudad de Visby, en la isla de Gotland. Esta factoría alcanzó suma importancia por dirigir de manera casi exclusiva el comercio exterior de Novgorod.



victoriosa cruzada, de éxito dudoso, contra los mongoles: la victoria de Kulikovo (1380) fue contrarrestada por el saqueo de Moscú (1382). En la primera mitad del siglo XV alternaron las guerras civiles y las anexiones territoriales. La conquista de Constantinopla por los turcos hizo del príncipe de Moscú el principal gobernante de religión ortodoxa, defensor de la "verdadera fe", frente a los mongoles musulmanes y los polacos católicos. La Iglesia ortodoxa se identificaba con el estado moscovita, el cual podía considerar "irredentos" a los ortodoxos que vivieran bajo otras obediencias políticas.

Iván III el Grande (Iván Veliky, 1462-1505) convirtió el principado de Moscú en una potencia internacional. Unificó los principados rusos y en 1480 anexionó la república mercantil de Novgorod. Como culminación de una campaña de intervenciones, la asamblea popular fue disuelta, abolido el cargo de primer magistrado, destruida la campana que llamaba al pueblo a las armas. El obispo fue deportado, los bienes de unas ocho mil familias fueron dados a moscovitas. Ciento cincuenta burgueses fueron ejecutados, y así la monarquía moscovita, de raigambre tártara, venció al primitivo sistema ruso de la asamblea popular.

Por lo demás, Iván acabó con la sumi-

La actual ciudad noruega de Bergen se asienta sobre una de las mejores factorías organizadas por la Liga Hanseática para el comercio del trigo y la pesca.



sión, cada vez más teórica, a la Horda de Oro (1476) y dirigió una política antilituana. Iván III podía considerarse "señor de todas las Rusias", aunque la total unificación fue realizada por su hijo Basilio III.

Rusia, que no había conocido el feudalismo occidental ni el régimen corporativo urbano, evolucionaba hacia una economía de tipo señorial. La comunidad de campesinos libres, antes mayoritaria, disminuía ante la formación de grandes propiedades eclesiásticas y nobiliarias, de la Iglesia y de los boyardos. El príncipe de Moscovia cedía tierras –la "tierra negra"– a sus servidores y funcionarios (nobleza de servicio), los cuales no actuaban de manera distinta a los nobles de sangre. Unos y otros deseaban coartar la libre emigración campesina.

Bajo Iván III, los contactos con otros países se intensificaron. Artistas italianos trabajaron en el Kremlin, adaptándose a la tradición artística rusa. Basilio III recibió del emperador Maximiliano I una corona como "emperador y señor de todas las Rusias". Pero el mismo estado rompía cuando lo deseaba las relaciones exteriores. La Iglesia rusa se declaró autónoma, para no depender de Constantinopla, reconciliada momentáneamente con Roma (1439), ni de Kiev, dominio de los lituanos. Y el mismo Iván III no vaciló en expulsar de Novgorod a los mercaderes de la Hansa y cerrar su factoría.



Relicario de San Segismundo, ofrecido en 1370 a la catedral de Plock por el rey Casimiro el Grande, monarca polaco que consiguió un renacimiento de su país al lograr mayor estabilidad interna y resolver los problemas pendientes con la Orden teutónica y con Bohemia.



Carlos Roberto de Anjou (1307-1342), rey de Hungría (Biblioteca Nacional, Viena). Para defenderse de los alemanes, los polacos buscaron la unión con Hungría, pero, por falta de intereses comunes, tal unión fue desastrosa.

BIBLIOGRAFIA

Brachfeld, F.	*Historia de Hungría,* Barcelona, 1957.
Brian-Chaninov, M.	*Historia de Rusia,* Barcelona, 1944.
The Cambridge	*History of Poland,* Cambridge, 1950.
Dollinger, Ph.	*La Hanse, XIIe-XVIIe siècles,* París, 1964.
Ferdinandy, M. de	*Historia de Hungría,* Madrid, 1967.
Gille, B.	*Histoire économique et sociale de la Russie,* París, 1949.
Grekov, B., e Iakobovski, A.	*L'Horde d'Or et la Russie,* París, 1961.
Heckscher, E. F.	*An Economic History of Sweden,* Harvard, 1963.
Jeannin, P.	*Breve historia de los países escandinavos,* Buenos Aires, 1966.
Kruus, H.	*Histoire de l'Estonie,* París, 1935.
Lusciensky, M.	*Historia de Polonia,* Barcelona, 1945.
Moscow, H.	*Rusia bajo los zares,* Barcelona, 1964.
Musset, L.	*Les peuples scandinaves au Moyen Âge,* París, 1947.
Portal, R.	*Les Slaves. Peuples et Nations,* París, 1965.
Prejevalinsky, O. de	*Cantar de la campaña de Igor,* Madrid, 1941.
Sobieski, W.	*Histoire de Pologne,* París, 1934.
Tapie, V.-L.	*Monarchies et peuples du Danube,* París, 1969.
Voltes Bou, P.	*Historia de los Balcanes,* Barcelona, 1957.



Ottokar I Przemysl, rey de Bohemia (m. en 1230) que, por haber ayudado a Felipe de Suabia en la guerra de sucesión al trono de Alemania, recibió en 1198 la dignidad real hereditaria (catedral de Praga).



Uno de los últimos abbasidas de Bagdad, según interpretación de una miniatura persa de influencia mongola (Universidad de Edimburgo). Los califas de Bagdad llamaron en su auxilio a los turcos selyúcidas, que acabaron ocupando el poder, pero su supremacía duró poco.

Los mongoles

El califato abbasida de Bagdad había durado unos quinientos años sin cambios dinásticos. Los califas se creían, o se proclamaban, sucesores del profeta. Pero a mitad del siglo XI se verificó un gran cambio por la intervención de los sultanes turcos selyúcidas, que ejercían una autoridad casi absoluta como visires. Eran mahometanos más sinceros que los califas, quienes conservaban el título, aunque sin deseos de hacer valer su prestigio de jefes del Islam. Se ha comparado su situación a la de Francia en tiempos de los últimos reyes merovingios, sometidos a la tutela de los mayordomos de palacio.

Los turcos no eran de raza árabe ni semita, sino de origen turanio. El más antiguo antepasado del que vamos a tratar era un *beg*, o caudillo, llamado Togrul, y su abuelo Selyuc fue el que dio nombre a toda su gente. Los turcos selyúcidas habían llegado del Asia central y estaban acampados en los alrededores de Samarkanda, donde se hicieron mahometanos. Desde allí extendieron sus conquistas por Armenia, Persia y hasta parte de la India.

Mientras tanto, el califa de Bagdad estaba sometido a la despótica disciplina de una familia árabe pura, pero autoritaria, y no pudiendo tolerar más aquel hecho se dirigió al jefe de los selyúcidas y le pidió su protección. Togrul llegó a Bagdad con ochenta mil turcos selyúcidas, expulsó a los despóticos consejeros y envió en seguida un mensaje al califa en que le ofrecía su sumisión a él y al Corán. Su hija casó con el califa y Togrul tomó el título de sultán. A su muerte recogió la herencia y el cargo su sobrino Alp-Arslán, que significa "corazón de león". Su hijo Malik Shah fue el más grande sultán selyúcida, admirablemente secundado por la eficiencia de su ministro Nizam al- Mulk.

Nizam actuó como ministro de los sultanes Alp-Arslán y Malik, pudiendo restablecer el prestigio del califato del tiempo de Harún al- Rachid. Organizó la administración, construyó puentes y caravasares, dio seguridad a las rutas comerciales, protegió a poetas y filósofos, a quienes atrajo a Bagdad, edificó mezquitas y sobre todo muristanes o enfermerías. A la edad de setenta y cinco años, y basándose en su experiencia, escribió su libro, que es clásico todavía en todos los países del Islam. El *Siyasat namé* o *Arte de gobernar* está escrito en buena prosa persa. Insiste en mantener el estado dentro de la doctrina coránica. El pueblo ha de obedecer al monarca, pero éste debe evitar la bebida, castigar a los funcionarios corrompidos y dos veces por semana, en audiencia pública, escuchar las quejas de los que han sido vejados



por la administración. Nizam era humano y tolerante, pero deploraba que cristianos, judíos y chiitas (partidarios de la divinidad de Alí) no aceptaran con fervor el Corán.

Nizam al- Mulk, lo mismo que Alp-Arslán, fue asesinado por un ismaelita de la secta de los "asesinos". Éstos tenían en Alamut, en las montañas del norte de Persia, un castillo inexpugnable. Su método de hacer prosélitos consistía en acoger a los pobres y darles a beber el hachís, que les procuraba sueños en los que se les hacía creer que habían gozado del paraíso y que para deleitarse con la misma visión tenían que obedecer a un jefe desconocido que los europeos llamaron el Viejo de la Montaña. Estos mismos "asesinos" que destruían los puntales de la civilización islámica fueron la pesadilla de los cruzados que entonces se defendían en Palestina. Nunca podían estar seguros de que un criado o amigo musulmán no fuera un enviado del Viejo de la Montaña y que bajo apariencia de sumisión llevara el puñal envenenado de Alamut, el Nido de Águila, de los asesinos.

La violenta muerte de Alp-Arslán y Nizam al- Mulk dejó el califato como decapitado, pero por fortuna un capitán kurdo de Mossul restableció la autoridad del sultanato. Se llamaba Zengui, y él y su hijo conquistaron de nuevo Siria y Mesopotamia, estableciendo la capital en Damasco. Pero más importante fue el envío de Salah ed-Din, que conocemos por Saladino, a poner orden en

Mongoles cocinando ante sus tiendas (Biblioteca Nacional, París). A hordas de este tipo supo organizar Gengis-Khan y convertir en una fuerza expansiva extraordinaria.



Gengis-Khan rodeado de ministros y servidores (miniatura del siglo XIV; Biblioteca Nacional, París). Gengis-Khan se propuso conquistar el mundo a la cabeza de sus tribus mongolas, aunque tuviera que emplear para ello métodos de gran crueldad.

Egipto, entonces caído en el mayor exceso, religioso y político, con los últimos descendientes de Alí y Fátima. Tales fueron los servicios que prestó Saladino en Egipto, que en Damasco le concedieron el título de gran visir. Pero Saladino se proclamó sultán, y al morir el de Damasco se apoderó de estos estados.

Pero la obra de los selyúcidas iba a verse interrumpida por un movimiento de pueblos que se estaba fraguando en el interior de Asia.

A menudo se nos presenta el Asia como un continente pasivo, capaz de altas filosofías, aunque inexorablemente condenado a sufrir la tutela de la vecina Europa, con sus

ASIA BAJO LOS MONGOLES

1207	La aristocracia mongol proclama a Temudjin, "Chingiz-Khan", príncipe del universo.
1209	Primera ofensiva en territorio chino: ataque a los Si-Hia (China del Noroeste).
1210	Ataque al reino de los Kin (capital, Pekín).
1215	Toma de Pekín. El pueblo Kin se repliega sobre Ho-Nan.
	Empieza la conquista de Corea.
1218	La conquista del oeste de Asia: campañas contra los Qara-jitai, mongoles sinizados (Turquestán).
1220	Anexión del reino de Jwarizm, turcos islamizados (Transoxiana, Afganistán e Irán).
1221	Gengis-Khan avanza hasta el Indo, de donde se retira.
1222	Expediciones de saqueo en las regiones del mar Caspio y Rusia meridional.
1231	Nueva ofensiva contra China: campañas en Ho-Nan.
1234	Destrucción del reino de los Kin.
1241	Expedición contra la India: toma de Lahore.
1258	Caída del califato abbasí: conquista de Bagdad.
1259	Corea reconoce la soberanía mongol.
1268	Hacia la definitiva conquista de China: ataque al reino de los Song.
1274	Un tifón dispersa la flota mongol, que se dirigía contra Japón.
1279	Los mongoles fundan la dinastía de los Yuan en China.
1282	Los mongoles someten dos reinos indochinos: Annam y Tchampa.
	Segundo intento fallido de conquistar el Japón.
1348-1355	Sublevaciones populares en China contra los invasores mongoles.
1356-1370	Los coreanos obligan a evacuar el país a las guarniciones mongolas.
1368	Temur, el último emperador Yuan, abandona Pekín. Fundación de la dinastía nacional Ming.



Duelo de las mujeres ante la muerte de su señor (miniatura persa del siglo XIII; Bodleian Library, Oxford). Según Gengis-Khan, lo que le producía mayor placer era destrozar a sus enemigos y oír los lamentos de sus mujeres desoladas.

gentes blancas, al parecer las únicas capacitadas para organizarse y gobernar. Pero en el transcurso de esta historia ya hemos visto al Asia verter varias veces sobre Europa sus multitudes inmensas, primero con el alud de los hunos, que hizo emigrar a los pueblos germánicos hacia Occidente; después con los finlandeses, magiares y turcos, que son todavía asiáticos y conservan en Europa jirones de las tierras que conquistaron sus abuelos.

De ninguno de estos movimientos de pueblos orientales, sin embargo, tenemos tanta información como del que representan las conquistas de Gengis-Khan (o Gengis Jan). Y lo que sorprende en las campañas de éste es que, contrariamente a la leyenda de incapacidad para las cosas prácticas, general a toda el Asia, los mongoles de Gengis-Khan se movieron con un orden y una disciplina que no se encuentran en la Europa de su tiempo ni acaso en la de hoy.

El Asia moviliza a sus gentes en pocos años, los pueblos más diversos marchan reunidos a donde les conduce un conquistador y a veces llegan a establecerse en remotas regiones, sin acordarse del lugar de origen. Esto se vio claro con las conquistas de los mongoles; todavía hoy una república tártara

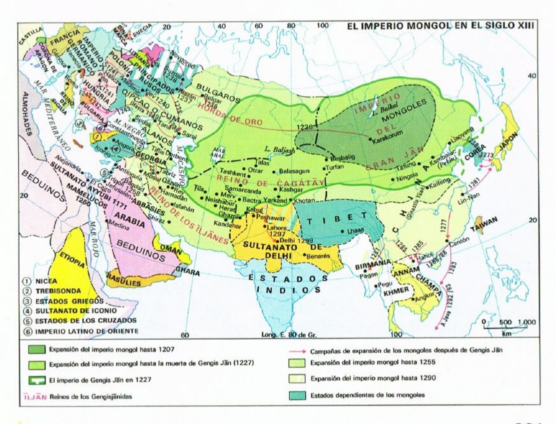


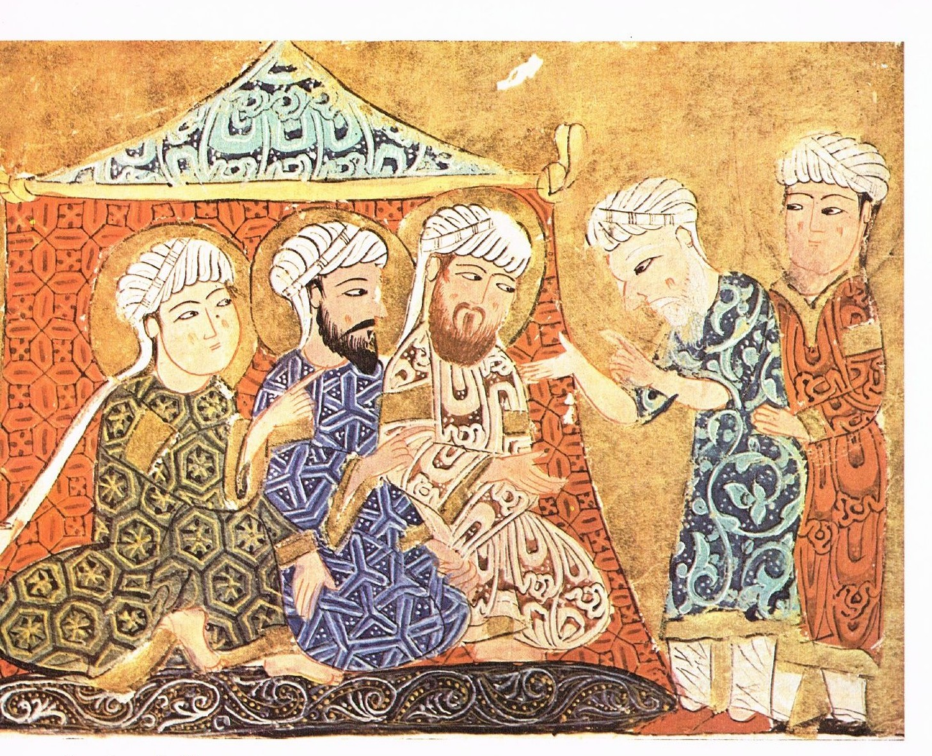
Comida mongola (Biblioteca Nacional, París). Aunque después se habituaron a los placeres de la mesa, la vida de los mongoles por estepas y desiertos había sido de extrema frugalidad.

de la Unión de los Soviets, con su capital en Kazán, es un grupo de mongoles en el corazón de Rusia.

Por lo que toca a Gengis-Khan, nadie podía prever, al comenzar el siglo XIII, que los tiempos estaban otra vez maduros para el Asia. El padre de Gengis-Khan era jefe de una confederación de tribus mongolas que entre todas reunían unas treinta mil familias. Apacentaban sus rebaños, cazaban y robaban cuanto podían, y en el invierno su principal alimento era la leche ordeñada durante el verano, mantenida a medio fermentar en odres de cuero. Sus vestidos eran de burdo fieltro, hecho de crines y de pelo de yac.

A la muerte de su padre, Gengis-Khan, que era un niño de trece años, tuvo que imponer su autoridad luchando contra sus propios súbditos, que seguían a un impostor. Desde el año 1167, en que murió su padre, hasta el 1190, en que por fin todos los mongoles reconocieron su autoridad, pasó Gen-





Peregrinos a La Meca en su tienda de campaña (Bodleian Library, Oxford). Se cuenta que Gengis-Khan, al enterarse de que los musulmanes habían de peregrinar a La Meca, afirmó que el poder divino no estaba en un solo lugar, sino en todo el mundo.

gis-Khan más de veinte años combatiendo con las demás gentes turanias del desierto. Su capital era la misteriosa ciudad de Karakorum, cuyas ruinas todavía existen, enterradas en dunas de arena negra. Cuando Gengis-Khan se vio obedecido por todos los turanios, desde el norte de Siberia hasta el Tíbet, convocó un *kuraltai,* o asamblea de jefes, y les propuso su régimen de gobierno en estos términos: "Aquellos que compartan mi fortuna, y cuya lealtad sea transparente como el cristal, quiero que sean llamados mongoles, y su poder superará a todo lo que vive". Con estas palabras, Gengis-Khan clasificó como mongoles a una grande variedad de pueblos; todos eran de la misma raza, pero durante siglos habían vivido formando grupos separados, muy a menudo en guerra unos con otros. Desde aquel día todos serían mongoles; admitidos como hermanos, con los mismos derechos, al servicio de un gran kan, y éste les ofrecía nada menos que el dominio sobre toda la humanidad.

Antiguos *tabúes,* o supersticiones peculiares de algunos turanios, fueron suprimidos. Se permitiría desde entonces comer la sangre de animales y las entrañas. En cambio, ya no se matarían las bestias por degüello, sino abriéndoles el pecho y arrancando el corazón con la mano. Los hombres cuidarían sólo de cazar y pelear, siendo las mujeres las que venderían, comprarían y custodiarían los bienes personales. Por esto, los que en tiempo de guerra no acudiesen al llamamiento del gran kan, "tendrían el mismo fin de la piedra que cae en el agua, o de la flecha que se pierde entre las cañas". Las ideas políticas de Gengis-Khan eran de una enorme simplicidad: no debía haber más que un emperador para todos los hombres. Por tanto, to-

De la renombrada crueldad mongola son prueba estos prisioneros hervidos por orden de Gengis-Khan (Biblioteca Nacional, París).

dos los pretendientes al Imperio debían sufrir pena de muerte. Los emperadores serían elegidos por los jefes de las hordas, reunidos en consejo o *kuraltai*. Ningún jefe podía hacer las paces con un monarca o pueblo que no se hubiera sometido con anterioridad al gran kan.

La organización civil de los mongoles no pasó de ser una fraternidad en la que todos tenían los mismos derechos. Por esto les estaba prohibido luchar unos con otros, y un mongol tampoco podía ser esclavo de otro mongol. Los robos de caballos y el adulterio eran castigados con pena capital; para otras ofensas menos graves el castigo eran los azotes. No había necesidad de pagar tributos; las conquistas proveerían siempre de recursos para fabricar flechas y preparar nuevas campañas. "Al empezar la movilización, los



Agdai es investido del poder supremo (miniatura del siglo XIV; Biblioteca Nacional, París). El hijo y sucesor de Gengis-Khan luchó contra los chinos, en el Irán y en Europa, donde sus vanguardias llegaron hasta las inmediaciones de Viena.

RUSIA BAJO LOS MONGOLES

LA DECADENCIA DEL ESTADO DE KIEV

La muerte de Jaroslav el Sabio (1054) inicia la decadencia del estado de Kiev. Sus hijos se reparten entre sí los cinco grandes principados de Kiev, Chernigov, Peryaslav, Smolensko y Volhynia. Pero una ley de sucesión que obliga a volver a repartir todos los territorios a la muerte de cada uno de los príncipes, ya que toda la descendencia de Jaroslav es solidariamente soberana del conjunto de los principados, es la causa permanente de querellas y enfrentamientos armados.

Las incursiones de los polovtsi en la Rusia meridional contribuyen a la decadencia del comercio con Bizancio y a la pérdida de importancia de Kiev como centro económico. El comercio, ahora muy activo con Alemania y los países bálticos, integra en una área económica distinta a los principados y ciudades del norte de Rusia, antes bajo la influencia meridional.

Un mosaico de principados independientes y belicosos, continuamente enfrentados entre sí, ha sustituido en el sur de Rusia al antiguo estado unificado de Kiev, mientras la crisis económica, después de un siglo de devastaciones de los nómadas y guerras civiles, agudiza la miseria campesina hasta un extremo insostenible.

En estas condiciones, la solidaridad cultural y religiosa de los rusos no basta para organizar la defensa común contra los mongoles.

1221-1222 Los mongoles atacan a los cumanos, cuyo ejército, a pesar de los refuerzos enviados por los príncipes rusos de Kiev, Chernegov y Halitch, es completamente destruido cerca del mar de Azov.

1240 Nueva ofensiva de los mongoles: todos los principados del Alto Volga quedan sometidos al kanato de la Horda de Oro.

Los mongoles permiten a los principados rusos conservar su autonomía a cambio de la aceptación de la "protección" de la Horda de Oro. Sólo el Gran Príncipe de Kiev es designado por el kan y debe jurarle fidelidad. Los mongoles recaudan tributos e impuestos diversos en todos los principados, que deben además proporcionarles contingentes de tropas y trabajadores agrícolas.

Alejandro Nevski, el héroe de la independencia rusa frente a los suecos y los caballeros teutónicos, es Gran Príncipe gracias a la benevolencia del kan Batu (1249). Sólo la política expansionista de Iván III, que se proclamará "zar de todas las Rusias", acabará con el dominio mongol en la Rusia meridional (1462-1505).

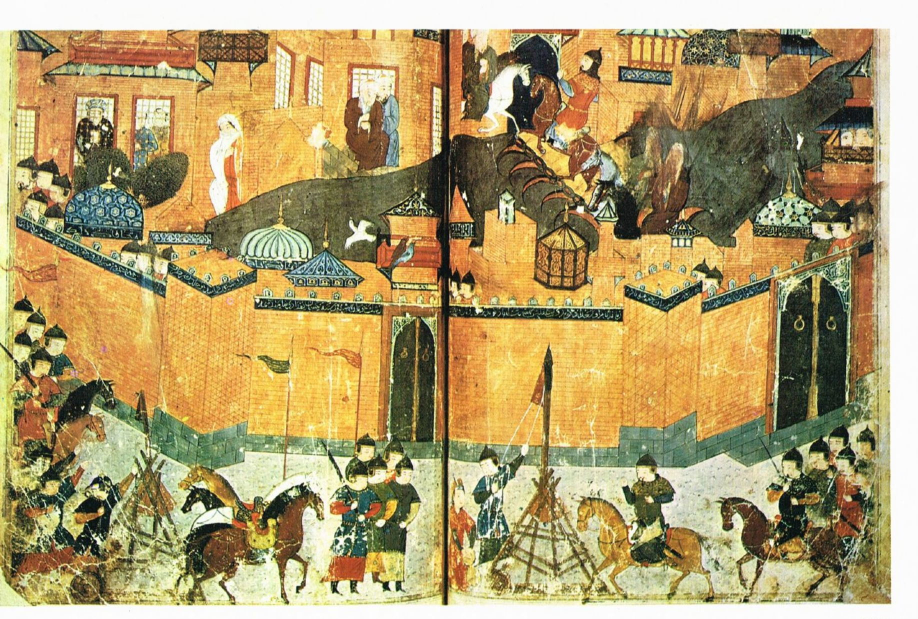
mongoles recibían armas de sus jefes y debían conservarlas en buen estado, para que pudiesen éstos inspeccionarlas antes de entrar en acción." El ejército estaba dividido en unidades de diez combatientes o decenas. Los diez debían actuar siempre juntos para pelear, saquear y procurarse forrajes. Cada diez decenas iban mandadas por un jefe, con un kan por cada diez centenas, y las hordas, que eran los grupos de diez mil, estaban dirigidas por los lugartenientes del gran kan, llamados *orkones.* Todo el ejército iba a caballo; para campañas en lugares distantes, cada combatiente llevaba dos o tres corceles de repuesto. El procurarse un número suficiente de caballos y armas debía ser la preocupación más grave del gran kan, y a menudo exigía años antes de empezar el movimiento.

Las hordas no llevaban bagajes de ninguna clase; vivían sobre el país, comiendo de lo que encontraban, y en sus largas marchas por el desierto se sostenían con sangre de caballo. Tres cosas sorprendían al enemigo: la resistencia de los mongoles, su celeridad de movimientos y, sobre todo, su crueldad con los vencidos. El saqueo estaba legalizado por la *Yassa,* o ley de Gengis-Khan, que prohibía, bajo pena de muerte, comenzar el saqueo sin permiso del jefe; "pero después cada mongol tenía los mismos derechos y podía guardar su botín personal, pagando no más

que un diezmo al emperador". Lo que hacía más terribles a los mongoles era que, además de su crueldad natural como turanios, no tenían aquel respeto a la fe jurada que suele ser la primera virtud de las gentes primitivas. Muy a menudo eran sacrificados sin piedad embajadores y pueblos enteros que se habían entregado a discreción. Un día Gengis-Khan preguntó a uno de sus capitanes qué era lo que podría darle mayor placer. "Cazar con halcón en la estepa –contestóle–, un día claro, jinete en un buen caballo que me lleve a todo galope. –No –replicó el gran kan–, el mayor placer para un guerrero es aplastar a los enemigos con los pies, quitarles sus caballos y riquezas y oír los lamentos de sus mujeres desoladas." Ya se advierte en estas palabras la escuela en que se había formado Gengis-Khan. Por esto, ahora, ya casi un quincuagenario, iría al combate con sus hordas para imponer a las gentes un solo emperador, aunque fuese preciso destruir millares de ciudades y millones de vidas. ¿No valía más un desierto como el de Gobi, que ocupaban los mongoles, que todo el laberinto de naciones en que estaba dividido el mundo, con sus capitales rodeadas de jardines, en las que no había más que dolor, esclavitud y miseria?

La primera conquista de Gengis-Khan fue la China. El desierto de los mongoles llegaba hasta la Gran Muralla. Los emperadores chinos consideraban a los bárbaros de la estepa como aliados suyos: llamaban a Gengis-Khan "el comandante contra los rebeldes", esto es, el policía, y esperaban de él un tributo, como pagaron sus antecesores. Al coronarse un nuevo emperador de la China, Wai-Wang, sus ministros enviaron una embajada a Gengis-Khan para reclamarle la debida obediencia. El gran mongol recibió a los embajadores, en Karakorum, con la mayor descortesía. Su respuesta fue: "Nuestras tierras están ahora en orden y podemos visitar vuestro país. Decidle a vuestro emperador que no nos importa que nos considere como amigo o como enemigo. Si quiere ser nuestro amigo, le dejaremos gobernar sus dominios bajo nuestra superior autoridad, pero si prefiere la guerra, pelearemos hasta que él o yo seamos destruidos".

Tras esta embajada, los mongoles empe-



Sitio de una ciudad por los mongoles (Biblioteca Nacional, París).



Hulagú parte de Karakorum para someter el Occidente (miniatura persa; Biblioteca Nacional, París). Este caudillo mongol destruyó el castillo de Alamut, reducto de la secta de los "asesinos", y Bagdad, la capital del islamismo.

zaron a fabricar dardos y a reunir caballos; en 1208 cruzaron la Gran Muralla unos trescientos mil jinetes. La guerra duró varios años; por lo general, lo que daba más trabajo era conquistar las viejas ciudades chinas, rodeadas de torres y murallas. El asalto de cada una iba acompañado de saqueo y destrucción. Las hordas se retiraban al desierto cada invierno y en la primavera regresaban para continuar sus depredaciones. Aterrados por la brutalidad de los mongoles, algunos generales y mandarines se pasaron al servicio de Gengis-Khan. Desde este momento, las hordas tuvieron gentes capaces de calcular y escribir y además ingenieros para construir máquinas de guerra con que poder batir las ciudades. Los chinos conocían ya el uso de la pólvora y también del fuego griego, que era una mezcla incendiaria que no se apagaba con el agua: todo ello sirvió después para las campañas contra Persia y Mesopotamia.

Gengis-Khan no permaneció en la China después de su conquista, sino que dejó a uno de sus *orkones* establecido en Pekín y preparó la invasión de los reinos mahometanos del Oeste. Las hordas debían reunirse el 1219 y la expedición comenzaría en otoño, cuando ya los caballos y ganados estuviesen bien cebados por los ricos pastos de la estepa durante el verano. El gran kan comprendía que iba a encontrar en el Islam una vitalidad y una resistencia que no había poseído la China con su milenaria civilización. "Es necesario –dijo– que los jefes de decena sean tan vigilantes y obedientes como el jefe de diez mil. Si alguno deja de cumplir con su deber, morirá, lo mismo que sus mujeres e hijos." Aleccionados por los consejeros chinos, los mongoles empezaron a pensar en las vías de comunicación y en las postas que iban a establecer de un extremo a otro de su vasto Imperio. "Las mujeres no deben combatir –dijo Gengis-Khan–, pero pueden ayudarnos

dando albergue a los correos que nos traigan las noticias." Por un momento, el kan pareció dolerse de tener que abandonar sus desiertos. "¡Qué lugar para sepultura de un viejo cansado!", exclamó en cierta ocasión, contemplando un grupo de pinos que se encontraba junto al camino.

Tras una marcha penosísima a través de las montañas, por fin las hordas de los mongoles llegaron a las tierras del Asia central, que entonces eran el centro de la cultura del Islam. En aquellos oasis del valle del Oxus y del Yaxartes habían nacido muchos de los físicos, filósofos y poetas de la corte de Bagdad. Otra vez se hallaron los mongoles con ciudades amuralladas, pero, como decía Gengis-Khan, "la fuerza de una pared no es ni mayor ni menor que la de los hombres que la defienden". Las hordas llevaban además ingenieros chinos que sabían construir terraplenes y catapultas. La primera gran ciudad mahometana que tomaron los mongoles fue Bokhara. Era un emporio de riqueza y cultura, pero el gran kan no permaneció en ella sino pocas horas. Se dice que entró en la mezquita y desde el púlpito predicó a los creyentes este extraño sermón: "Hemos cortado la hierba; dad de comer a los caballos". Al enterarse de que la religión del país exigía la peregrinación a La Meca, dijo: "El poder de los cielos no está sólo en un lugar, sino en los cuatro ángulos de la Tierra".

La religión de Gengis-Khan estaba reducida a un monoteísmo sin restricciones. Sus leyes dicen: "Hay un solo Dios, creador del Cielo y de la Tierra, que nos concede la vida o la muerte, riquezas o miseria, y tiene sobre todo un poder absoluto". Es de creer que esta sencilla doctrina la hubiese aprendido Gengis-Khan de los monjes nestorianos que,

LAS COMUNICACIONES EN EL IMPERIO MONGOL

Después de las violentas campañas de Gengis-Khan y de sus inmediatos sucesores, que de hecho sometieron toda la estepa euroasiática, China y buena parte del Próximo Oriente al yugo de los nómadas, llegó una época de gran paz y seguridad en el interior del nuevo imperio. Y éste asimiló con una rapidez extraordinaria todo cuanto de bueno tenían los distintos pueblos sometidos, en especial el chino y el persa. A pesar de la autonomía, por no decir independencia, con que los príncipes de la familia imperial gobernaban las distintas provincias, se mantenía muy vivo el sentimiento de la unidad de origen y de la preeminencia del Gran Señor, y dentro de las fronteras del Imperio existía un inmenso espacio económico-cultural, por donde, con una rapidez extraordinaria, circulaban mercancías e ideas.

Las primeras fueron objeto, ya en la época, de la atención del viajero veneciano Marco Polo (1254-1324). Éste en sus memorias, que hoy conocemos con el nombre de *Il Milione*, explica, por ejemplo, la facilidad de desplazamientos por tierra y por mar. "Sabed –dice– que de Cambalú salen numerosos correos: unos se dirigen a unas provincias, otros a otras. Todos conocen su ruta. Los mensajeros que salen de Cambalú saben que cada veinticinco millas encontrarán una casa de postas y que en cada una de ellas hay siempre preparados de trescientos a cuatrocientos caballos ensillados, a disposición suya. Cuando se trata de lugares deshabitados, las casas de postas están algo más separadas entre sí, distando de treinta y cinco a cuarenta millas unas de otras. En conjunto, son unos doscientos mil caballos los que, en los dominios del Gran Señor, están siempre dispuestos a partir. Entre una y otra posta hay alquerías escalonadas cada tres millas, en las cuales hay mensajeros dispuestos a salir corriendo, trasladando órdenes de una a otra. Llevan un cinturón de campanillas que al correr tintinean y avisan con antelación al relevo que debe sustituirle. Por este procedimiento el Gran Señor recibe, en un día y una noche, noticias de lo que ocurre hasta a diez jornadas de distancia... Los correos a caballo pueden recorrer hasta doscientas o doscientas cincuenta millas."

Por mar, los barcos del Gran Señor navegaban sin dificultad entre las costas de China y las del golfo Pérsico. Marco Polo dice que eran "naves de una madera llamada abeto y de pino. Tienen una cubierta, encima de la cual hay en la mayoría de ellas sesenta camarotes y en cada uno cabe cómodamente un comerciante. Tienen un timón y cuatro palos, pero pueden izarse dos más supletorios. Los tablones están clavados unos encima de otros, formando una doble pared. No se impregnan con pez, sino con una mezcla de varios productos que es tan buena como aquélla. Estos buques tienen una dotación de doscientos marineros, pues son tan grandes que transportan entre cinco y seis mil espuertas de pimienta. Navegan con remos, cada uno de los cuales requiere cuatro marineros. Estos navíos son auxiliados por barcos menores capaces de cargar hasta mil espuertas de pimienta. Los manejan, remando, cuarenta marinos y, a veces, ayudan a remolcar al gran navío. Éste lleva además diez botes para pescar. Los barcos menores también tienen botes. Al cabo de un año de navegación, la recubren con nuevos tablones y así proceden hasta que alcanza a tener un séxtuple casco".

La facilidad de las comunicaciones dio un gran impulso al comercio, que nunca fue frenado por la falta de numerario –Marco Polo, mercader, se dio cabal cuenta de ello– gracias a la utilización del papel moneda: "En la ciudad de Cambalú se encuentra el Banco del Gran Señor. Está organizado de tal modo que puede decirse que el Gran Señor posee a la perfección el arte de la alquimia. Para ello manda recoger la corteza del árbol de la morera, que es el árbol cuyas hojas sirven de alimento a los gusanos de seda. Sacan la capa interior, más delgada, que separa la corteza del árbol propiamente dicho, y fabrican papel como el de algodón. Es de color negro. Una vez preparado, se corta en trozos pequeños, que valen unos cuantos céntimos, y en otros mayores que pueden alcanzar el valor de diez monedas de oro. Todos los billetes llevan estampado el sello del Gran Señor y han fabricado tantos que podrían comprarse todos los tesoros del mundo. Manda hacer los pagos con estos billetes y los envía a todas las provincias y reinos de la tierra que domina. Nadie puede negarse a admitirlos, bajo pena de vida. Puedo añadir que las gentes y reinos que están bajo su dominio pagan en esta moneda toda suerte de mercancías: perlas, oro, plata, piedras preciosas, etc. Los mercaderes la cambian por perlas, oro u otras mercancías. El Gran Señor ordena con frecuencia que todo aquel que tenga oro, plata, perlas o piedras preciosas o cualquier otra cosa de valor, que lo entregue inmediatamente al Banco, y allí le dan en cambio papel moneda. Cuando a alguien se le rompe o se le gasta alguno de estos billetes, va al Banco, en donde se le da otro nuevo mediante el pago de un tres por ciento".

J. V.



Hulagú en su corte de Persia (Biblioteca Nacional, París). El hermano de Mangú llegó en sus campañas hasta Alepo y Damasco.

escapando a las persecuciones bizantinas, llegaron hasta la China. Es también probable que la leyenda del preste Juan de las Indias se refiera a una comunidad nestoriana consagrada a San Juan y establecida en la frontera de Gobi y la China. Pese a sus convicciones, Gengis-Khan hacía alarde de una gran tolerancia religiosa. "Jefes de todas las sectas, predicadores, monjes, personas que viven retiradas rezando, cantores de las mezquitas, curanderos, y los que lavan los cadáveres, estaban exentos del público servicio", que para los mongoles quería decir el servicio militar.

Después de Bokhara cayeron Samarkanda, Tashkent y Balk. Los mongoles persiguieron al príncipe heredero de este gran imperio mahometano del Asia central hasta la India, donde se refugió en casa de su suegro, en Delhi. Otras grandes masas de la horda marcharon a través de Persia, rodearon el mar Caspio y llegaron hasta el corazón de Rusia.

A poco de haber regresado del Oeste, Gengis-Khan todavía entró en la China para sofocar una rebelión. Allí encontró la muerte, el año 1227; murió de enfermedad, acaso de fatiga, recomendando que transportaran el cadáver a su desierto natal, donde procederían a enterrarlo a la sombra de un árbol.

El *kuraltai* de los notables mongoles aclamó a Agdai, hijo segundo de Gengis-Khan como emperador; éste siguió viviendo en Karakorum y enviando sus hordas en todas direcciones. Un gran ejército partió a conquistar Corea, otro hacia el sur de la China y el Tonkín, y otro hacia Europa. Esta última hor-

da iba dirigida por Batu, su sobrino Ogdai y un veterano general de Gengis-Khan llamado Sabutai. Éste había invadido Rusia pocos años antes.

La horda que marchó hacia Europa partió de Karakorum el 1236. En 1240 había llegado ya, arrasando cuanto podía amenazar su avance o retirada, hasta el Dniéper. Novgorod libróse por milagro: un deshielo prematuro impidió a los jinetes mongoles acercarse a sus murallas; pero Kiev, la ciudad metropolitana y capital política de la naciente Rusia, fue completamente destruida.

En 1241 la horda derrotaba al rey de Hungría, tomaba Pest y cruzaba el Danubio para llegar hasta Ragusa, en el Adriático. Pocas semanas después derrotaba al duque de Silesia en la batalla de Liegnitz, y parecía querer seguir el camino de Atila. La invasión de los mongoles encontró a Europa desprevenida; nadie podía imaginar lo que sucedería dentro de pocos años. Se cuenta que la madre de San Luis deploraba que su hijo hubiese nacido en aquellos tiempos nefastos. Un cronista dice que los pescadores del Báltico no osaban exportar pescado a Inglate-

Aspecto de la fortaleza de Alepo. Cuando Hulagú se disponía, desde Alepo y Damasco, a conquistar el Asia próxima, la muerte de Mangú lo hizo volver a China.





Escudo de un mameluco (Museo de Historia, Viena). Cuando Hulagú tuvo que regresar a China, el sultán mameluco de El Cairo aprovechó el hecho para reconquistar aquellas regiones.

rra, temiendo ver aparecer a los mongoles en alta mar. Pero nadie se preocupó de organizar la defensa contra el enemigo común; el papa predicó una cruzada contra aquellos "nuevos ministros del Tártaro", que no tuvo mayor efecto por lo que respecta a la Historia que el de bautizar de tártaros a los mongoles.

Afortunadamente, la noticia de la muerte de Agdai llegó cuando los mongoles estaban preparándose para atacar la Europa occiden-

LOS MONGOLES COMO TRANSMISORES DE LAS CIENCIAS Y TECNICAS ORIENTALES

La transmisión de las ideas dentro del inmenso espacio territorial que representaba el Imperio mongol no es tan fácil de documentar como la de las mercancías. Sin embargo, es en esta época, en pleno siglo XIII, cuando multitud de técnicas de origen chino alcanzan Europa. Y entre todas ellas descuella la aparición de la brújula y de la carta cuadrada plana.

La brújula parece haber sido utilizada ya en el siglo X-XI en los mares orientales de Asia. Los chinos, que fueron los primeros en conocer las propiedades del imán, creen que fue inventada en el extranjero. Chu-Yu (hacia 1100) dice que fue empleada por primera vez en el mar de la China por un buque que se dirigía de Sumatra a Cantón. Dado que este último puerto era término de la línea regular de navegación que desde mucho antes unía el golfo Pérsico con China, hay que suponer que los árabes debieron de conocer su uso, pero que lo mantuvieron en secreto, con el fin de evitar la concurrencia de gentes extrañas en sus vías comerciales. Debió de ser así, puesto que los textos árabes no mencionan la brújula hasta después de que los mongoles hicieran su aparición en el Próximo Oriente, y a partir de entonces se utilizó ya en el Mediterráneo y permitió trazar las primeras cartas náuticas de este mar.

Antes, evidentemente, esas cartas existían ya en el Índico –testimonio de Marco Polo– y habían nacido como consecuencia del interés mostrado por los soberanos chinos por conocer la extensión de los territorios que poseían. El problema fue resuelto por el geógrafo Chu-Ssu Pen, superponiendo al mapa de los mismos una cuadrícula, a escala determinada, que por simple contaje permitía saber el numero de millas cuadradas que ocupaban los dominios de su señor. Pero las costas más frecuentadas de China en aquella época estaban situadas a una latitud inferior a los 30º Norte y, en consecuencia, la cuadrícula que se superponía encima de los mares venía a equivaler, "aproximadamente", a la que resultaría de haber empleado la proyección de Mercator, entonces desconocida, y, por consiguiente, permitía obtener una línea de rumbo que se aproximaba sensiblemente a la loxodrómica.

Este tipo de mapas fue igualmente utilizado en la Persia de los iljanes y los testimonios gráficos que conservamos de los mismos permiten ver que son muy anteriores a los atisbos de Paolo del Pozzo Toscanelli (m. en 1482) y del propio don Enrique el Navegante (m. en 1460). Pero el trasplante de esta técnica a Occidente (realizado antes de 1270) tuvo graves inconvenientes para los marinos, ya que, conforme se avanza hacia el Norte (y las costas meridionales de Europa occidental están más allá de los 30º antes citados), la diferencia de las escalas de latitudes de la carta cuadrada plana y la de la proyección de Mercator crece de modo desmesurado, hasta el punto de hacer ineficiente a la primera como auxiliar de la navegación.

Es curioso notar que de Extremo Oriente llegaron a Europa, tras una peregrinación más o menos larga y que a veces alcanzó duraciones de varios siglos, muchas técnicas del más alto interés industrial o militar, pero no científico. La ciencia china tradicional ha permanecido prácticamente desconocida por Occidente hasta casi nuestros días. La transmisión de técnicas se realizó, las más veces, mediante artesanos orientales que fortuitamente fueron vendidos como esclavos en los mercados europeos. Así sabemos que en la segunda mitad del siglo XIV fueron subastados en Florencia unos trescientos tártaros; que en el ejército castellano de la misma época figuraban algunos individuos de esa raza, etc. Es más: durante la paz mongólica colaboraron –conocemos los nombres– sabios chinos con persas y andaluces de Granada, y resultado de su trabajo en equipo fueron varios estudios calendéricos y astronómicos que no aportaban demasiadas novedades a lo que era conocido con anterioridad.

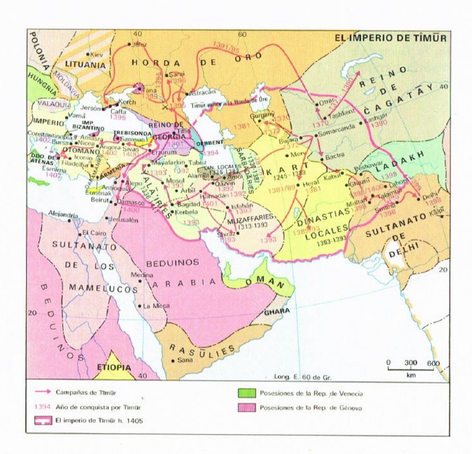
Unos cuantos ejemplos permiten ver en seguida la calidad de esas aportaciones orientales, que a veces tardaron siglos en alcanzar a Europa y no siempre fueron empleadas de modo inmediato: la carretilla de albañil tardó de nueve a diez siglos en emplearse; los arreos para animales de tiro, de seis a ocho; maquinaria para hilar seda, de tres a trece; la ballesta como arma individual, trece; la artillería y cohetería como instrumentos de guerra, de cuatro a seis (es curioso notar que inicialmente ni los árabes ni los europeos supieron distinguir lingüísticamente entre el fuego griego y los nuevos artefactos); las cometas y juguetes voladores que hoy utilizan los niños de todo el mundo tardaron unos catorce siglos; los puentes colgantes, de diez a trece; las esclusas de los canales, de siete a diecisiete; el codaste, cuatro, y la porcelana, de once a trece.

J. V.

Campamento mongol representado en una miniatura persa conservada en la Biblioteca Nacional de París.

tal. Como, según una ley de Gengis-Khan, el nuevo emperador tenía que ser elegido en un *kuraltai* donde se hallaran presentes todos los príncipes y generales, Batu y Sabutai tuvieron que regresar a Karakorum, y con ellos retrocedió también la horda; pero se conservó la frontera del Dniéper, término del imperio mongol, que comprendía así desde el meridiano 30, al este de Greenwich, hasta el 130, extensión superior a un cuadrante del globo terrestre.

El *kuraltai* de 1246, por las intrigas de la viuda de Agdai, eligió a su tercer hijo Kuyuk. Durante su gobierno, que duró dos años, Kuyuk no se movió de Karakorum, pero los mongoles continuaron avanzando hacia Mesopotamia. Kuyuk empezó a exigir contribuciones de todos sus súbditos, encargando de





Sitio de un fuerte por los mongoles (Biblioteca Nacional, París). Como típicos hijos de la estepa, la fuerza de los mongoles residió siempre en su caballería.

su cobro a un mahometano llamado Abderramán.

A la muerte de Kuyuk, después de un período de desórdenes, fue elegido emperador un nieto de Gengis-Khan, llamado Mangú. Éste envió a su hermano Hulagú, al frente de una horda formidable, a Mesopotamia, región que limpió luego de amigos y enemigos. Por de pronto, acabó con la secta de los "asesinos", destruyendo su castillo de Alamut, con lo que hizo un gran servicio a mahometanos y cristianos. Pero, sobre todo, la gran hazaña de Hulagú fue la destrucción de Bagdad, sede del califato, y desde los días de Mansur y Harún al- Rachid, verdadera capital del islamismo. Bagdad fue tomada por asalto y saqueada en febrero del año 1258. La destrucción fue tan completa, que por algún tiempo el lugar de su emplazamiento quedó convertido en un desierto. Perecieron más de ochocientas mil personas y al califa se le condenó a morir de hambre, encerrado en un aposento con sus joyas y tesoros.

Hulagú llegó hasta Alepo y Damasco, y meditaba ya la conquista de Jerusalén cuando recibió la noticia de la muerte de Mangú. Otro hermano de éste, llamado Kublai, había entrado en China y, con sus triunfos, tenía derechos iguales y aun superiores a los de Hulagú. Kublai fue, por tanto, elegido emperador; sin embargo, Hulagú continuó gobernando a los mongoles del Oeste, con una independencia solamente nominal de Kublai-Khan. Se asegura que, en tiempo de éste, el imperio mongol consiguió sus fronteras más dilatadas; Kublai no residía ya en Karakorum, sino en una ciudad nueva que había hecho construir cerca de la actual Pekín, que llamaba Khan-Balig, siendo la misma que Marco Polo dio a conocer con el nombre de Kambalú.

Las cortes de Hulagú en Persia y de Kublai en China representan un gran progreso respecto de la corte nómada de Gengis-Khan o Agdai. A diferencia de sus antecesores, Kublai creía más fácil poseer un país bien go-

bernado que una tierra desolada por el saqueo de las hordas. La descripción que tenemos de la corte de Kublai-Khan hecha por Marco Polo parece una utopía apenas comparable con las soñadas por la moderna civilización. Los fogosos jinetes del desierto se habían convertido en ordenados policías, los tributos se cobraban con regularidad y los ingresos se empleaban sabiamente, se plantaban árboles y se construían caminos y canales. El crédito del emperador era tan sólido que permitía, por primera vez, el uso del papel moneda. Para esta obra de gobierno los mongoles valiéronse naturalmente de los antiguos funcionarios persas y chinos. Ya hemos dicho que Gengis-Khan se había valido de chinos, y Kuyuk de mahometanos, para organizar los servicios públicos. Pero nadie tan capaz y bien preparado como Marco Polo, un mercader veneciano que llegó con su padre y un hermano de éste a la corte de Kublai. El gran kan túvole pronto en gran



Guarnición de vaina de sable, manifestación de arte mongol en metal del siglo XIII (Museo Guimet, París).

EL NUEVO IMPERIO MONGOL DE TAMERLAN Y EL EQUILIBRIO POLITICO DE LA EUROPA ORIENTAL

A principios del siglo XIV, el principado de Otmán se extiende a orillas del mar de Mármara, uno más entre otros estados turcomanos.

En 1354, los otomanos, que se habían instalado en Tracia con el consentimiento de Bizancio, toman Gallípoli e inician la conquista de Tracia.

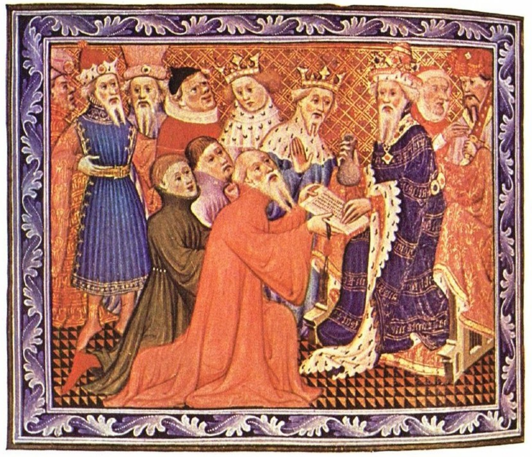
En 1366, el sultán Murad traslada su capital a Andrinópolis, termina la conquista de Tracia y Macedonia y sitia Constantinopla. Los otomanos atacan posteriormente Servia.

En 1389, la batalla de Kosovo significa la anexión definitiva del reino de Servia y el comienzo de una campaña victoriosa contra los reinos cristianos de los Balcanes.

En 1396, una cruzada húngaro-borgoñona enviada en socorro de la resistencia búlgara fracasa completamente en Nicópolis. Los otomanos, que han sometido a todos los principados turcomanos del Asia Menor, estrechan el cerco del Imperio bizantino, reducido casi a Constantinopla.

Tamerlán invade el Asia Menor y derrota en Ankara al soberano otomano (1402). Los principados turcomanos recobran su independencia y el estado otomano se fracciona, separándose las posesiones balcánicas de las asiáticas.

La ofensiva de Tamerlán retrasa en cincuenta años la conquista por los turcos de la Europa oriental. La decadencia de los reinos balcánicos que no se rebelaron contra los osmanlíes, a pesar de las dificultades y querellas intestinas de éstos, y la inercia de los soberanos europeos permitieron la rápida recuperación del estado de Otmán.



estima y utilizó sus servicios como embajador y ministro. El hecho de que los Polo llegaran sin dificultad hasta la capital de China indica ya lo seguros que se hallaban los caminos del Asia a fines del siglo XIII. Desde el Volga hasta el mar Pacífico, los Polo no hallaron más dificultades que las naturales del desierto, que no podían remediar ni los representantes de Hulagú ni los de Kublai-Khan.

El joven Marco Polo residió varios años en China, aprendió las lenguas del país y viajó en misiones que le confiaba el gran kan. Por fin regresó a su patria, Venecia, creyendo disfrutar allí de sus riquezas y vivir de los recuerdos; pero, a poco, tuvo la desgracia de salir con una armada veneciana y fue hecho prisionero de los genoveses. El que había recibido honores de los bárbaros acabó en la cárcel de Génova, que era una república cristiana. Allí, en su calabozo, antes de morir, dictó Marco Polo sus memorias a otro prisionero francés, quien las escribió en su pro-

Marco Polo y sus compañeros ante Kublai Khan (Bodleian Library, Oxford). El veneciano Marco Polo llegó en su viaje hasta China y a su regreso a Europa contó lo que había visto en la corte de los mongoles.

Mezquita de Shah-Sindeh, en Samarkanda, con la típica cúpula de las construcciones mongolas.

Interpretación occidental de la caza con halcón y onza practicada por los mongoles (miniatura del "Libro de las Maravillas"; Biblioteca Nacional, París).

pia lengua. Del francés fueron traducidas al latín y al italiano, y después a todas las lenguas. Como el libro no tenía título, se llamó *Il Milione,* o "las mil cosas que tenía por contar Ser Marco Polo de Venecia". Se advierte que está escrito de prisa y sin orden, como no podía menos de dictarlo un malhumorado cautivo que tenía que sufrir todavía más después de sus fatigosas correrías por la mitad del planeta. De todos modos, *Il Milione* pareció una quimera a los occidentales; aquel gran emperador de todos los hombres, con su capital en Kambalú, ya no era el conquistador salvaje que había amenazado a Europa, sino un magnánimo gobernante, casi de-



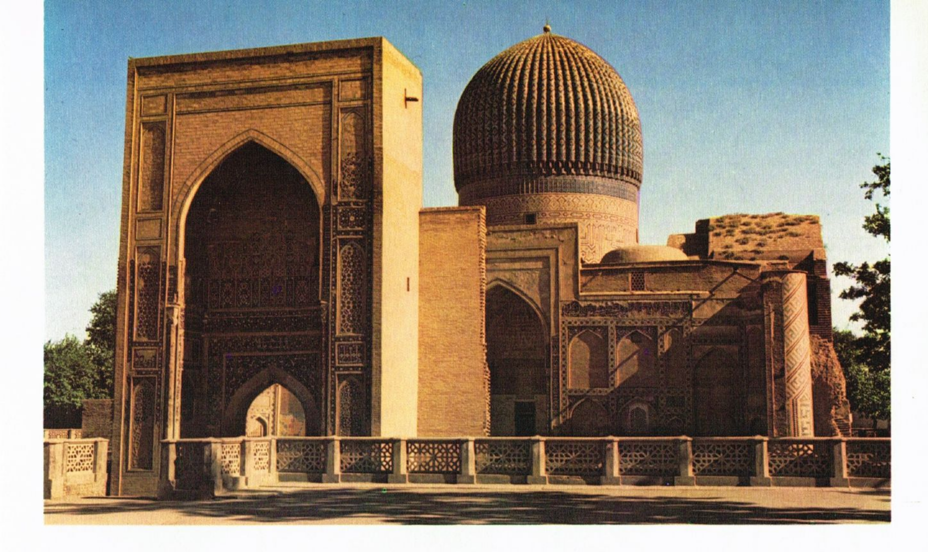
El sultán otomano Bayaceto I llevado a presencia de Tamerlán (miniatura del siglo XV; Museo Británico, Londres). El último gran jefe de los mongoles alargó la agonía de Constantinopla, al apresar al sultán de los turcos otomanos, Bayaceto I, y aflojar así la presión que éstos ejercían sobre los restos del Imperio bizantino.

Cortejo en la corte de los mongoles (Biblioteca Nacional, París). Al aumentar el sedentarismo de las tribus mongolas, los súbditos del kan fueron adoptando las costumbres de los pueblos sobre los que dominaban. En esta miniatura ya vemos (extremo superior derecho) a las mujeres con la cara tapada al estilo musulmán.



seable para los que aún soñaban con la restauración del Imperio en Occidente.

Tanto Kublai como Hulagú conservaron celosamente el puro monoteísmo de los primitivos mongoles, y esto hizo pensar a espíritus generosos y bien informados, como Raimundo Lulio, que el porvenir del mundo dependía de la conversión de los mongoles. Con ellos se podía acabar con el Islam; sin ellos, las empresas de los cruzados resultarían fútiles, y si ellos se convertían al islamismo, el peligro para los cristianos sería mucho mayor que cuando invadieron a Europa como incrédulos. Por su parte, los mongoles mostraban deseos de conocer el cristianismo, pedían misioneros y trataban con el mayor respeto a los ignorantes monjes nestorianos que se habían infiltrado hasta la China. Pero la cristiandad, a fines del siglo XIII, sufría no poco a consecuencia de las discordias y rencillas que de continuo se suscitaban entre el pontificado y los poderes temporales, y no supo aprovechar la ocasión que se le ofrecía. A falta de algo mejor, los mongoles de la China y del Tíbet se hicieron budistas, y los de Persia y Mesopotamia, mahometanos.



Tumba de Tamerlán en Samarkanda, llamada Gur Emir. Éste fue el último gran conquistador mongol y recorrió de nuevo toda Asia, desde Bagdad a China.

El imperio mongol se mantuvo en China hasta el año 1368, en que una formidable sublevación, dirigida por un monje budista, estableció la nueva dinastía de los Mings. Pero casi por aquellos días nacía, cerca de Samarkanda, el famoso Timurlenk, o Tamerlán, que debía continuar las glorias de los mongoles del grupo occidental. Tamerlán creíase pariente de Gengis-Khan, aunque no podía probar su directa descendencia. La actuación de ambos es también análoga. Tamerlán corrió graves peligros en los años de su juventud; fue perseguido, se escapó por milagro en trágicas correrías por el desierto y, por fin, su bravura y gran tenacidad lograron que se viese reconocido como jefe de todos los mongoles del Oeste. No era un salvaje como Gengis-Khan, pues había recibido una regular educación, sabía leer y escribir, y se había hecho musulmán, aunque no tenía reparo en sacrificar a sus correligionarios si se negaban a obedecerle.

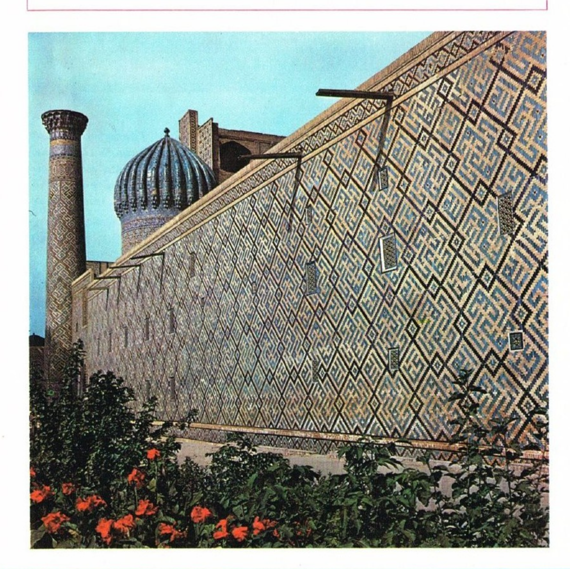
La primera campaña de Tamerlán fue hacia el Norte, pues convenía hacer una manifestación de fuerza en el Asia central para evitar la desintegración de los mongoles. Después de este ataque emprendió la conquista de la India. Sus *orkones,* o generales, le siguieron de mala gana, porque conocían las dificultades de la cordillera, los grandes ríos, las ciudades muradas, los ejércitos con elefantes. Timur entró en Delhi (1398) y la destruyó con la ferocidad propia de los mongoles.

Resulta extraño que entonces no permaneciera en la India y Babar tuviese que reconquistarla pocos años después. Parece que las razas tienen necesidad de acostumbrarse a la idea de poseer un nuevo país, hasta que pueden legítimamente considerarlo como suyo. A su regreso de la India, Timur marchó contra Bagdad, que empezaba a rehacerse de la destrucción de Hulagú, y el castigo fue también severísimo, aunque exceptuó de la destrucción a los hospitales, mezquitas y escuelas. La última campaña de Tamerlán tuvo por objeto reducir a los mongoles, o tártaros, como ya los llamaban, de las regiones del Volga y el Ural. Marchando a través del Asia Menor, hubo de chocar con los turcos, que habían establecido su nueva capital en Angora, los cuales fueron derrotados y su sultán encerrado en una jaula de hierro.

Murió Tamerlán el año 1405, cuando había emprendido, a la cabeza de su ejército, la reconquista de China. Tenía setenta años; locura parece cruzar el Asia a esa edad para llevar a cabo empresa semejante. Nuestra mentalidad occidental no puede comprender estos casi monstruosos casos de energía. Clavijo, un embajador de Enrique III de Castilla, que visitó dos veces a Tamerlán, nos ha dejado un relato de la corte de Samarkanda que puede compararse muy bien con la descripción que de Kambalú había hecho años antes Marco Polo.

BIBLIOGRAFIA

Cahen, C.	*History of the crusades,* Filadelfia, 1955.
Grousset, R.	*Le conquérant du monde: Gengis Khan,* París, 1944.
Needham, J.	*Science and civilization in China,* Cambridge, 1961 y sigs.
Polo, M.	*Il Milione,* Verona, 1954.
Prawdin, M.	*Gengis-Kan, el conquistador de Asia,* Barcelona, 1962.
Soranzo, G.	*Il Papato, l'Europa cristiana e i tartari,* Milán, 1930.
Spuler, B.	*Die Mongolen in Iran. Politik, Verwaltung und Kultur der Ilchanzeit, 1220-1350,* Leipzig, 1939. *Die Mongolenzeit,* Berlín, 1953. *Les mongols dans l'Histoire,* París, 1961.
Vernadsky, G.	*The Mongols and Russia,* New Haven, 1953.



Muralla exterior de la madrasa de Ulug-Beg, en Samarkanda. Construida por el príncipe de este nombre, sobrino de Tamerlán, es uno de los edificios más interesantes, tanto por su construcción como por su decoración, de la ciudad de Tamerlán. En ella residió una famosísima escuela de matemáticas y astronomía.



Cazador esquimal del desierto helado del Canadá. Este tipo humano corresponde a la cuarta oleada de población americana y es una prolongación de los habitantes de las regiones árticas de Siberia, acaso un brote lejano del tronco occidental magdaleniense.

Orígenes y enigmas del poblamiento americano

por LUIS PERICOT

Si existe un estudio fascinante en la etnología o antropología cultural, lo es, sin duda, el de las culturas americanas anteriores al descubrimiento. El etnólogo se siente atraído por el misterio de ese mundo inmenso que es el doble continente americano, con sus casi 15.000 km de Norte a Sur, rodeado hoy de agua que lo aísla del resto de las tierras emergidas y que por caminos peculiares se pobló y creó innumerables formas propias de cultura antes de ser dominado por el impulso incontenible de los europeos. Entre ellos, en evidente primera línea, los españoles –que acababan de salir de ocho siglos de dura Reconquista– se lanzan a las más arriesgadas empresas.

Epopeya por parte de unos indígenas que, aunque aceptemos que recibieron la luz



Glaciar del Canadá. Los fenómenos de glaciarismo en América se han estudiado tanto como en Europa y se ha llegado a la conclusión de que en ambos continentes han sido cuatro, con nombres diferentes en el Nuevo y el Viejo Mundo.

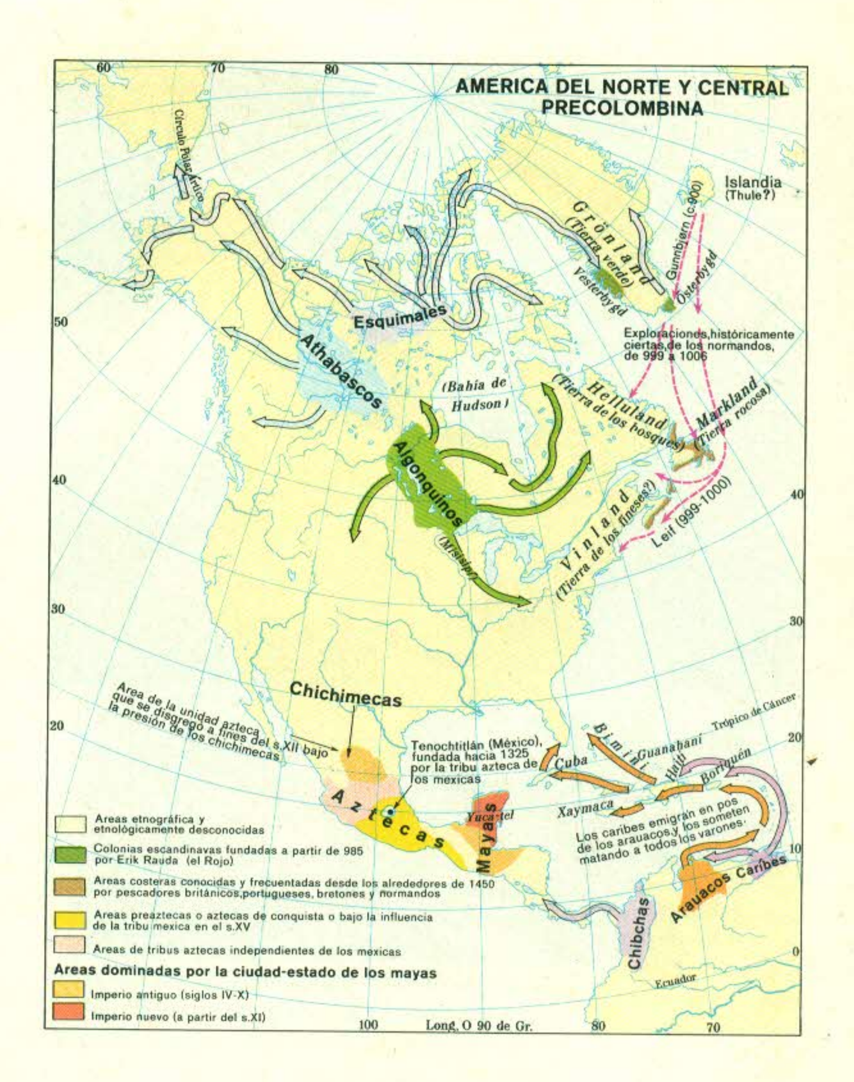
de grandes pueblos históricos del borde oriental del continente asiático, lucharon con ambientes hostiles y lograron descubrir y levantar toda suerte de maravillas con un ingenio constructivo que aún nos causa asombro. Epopeya también para esos cortos grupos de aventureros, hispanos en su primera y más importante proyección, que no se arredraban ante ninguno de los terribles peligros que las selvas, los volcanes, las altas cordilleras y los propios indígenas representaban para ellos.

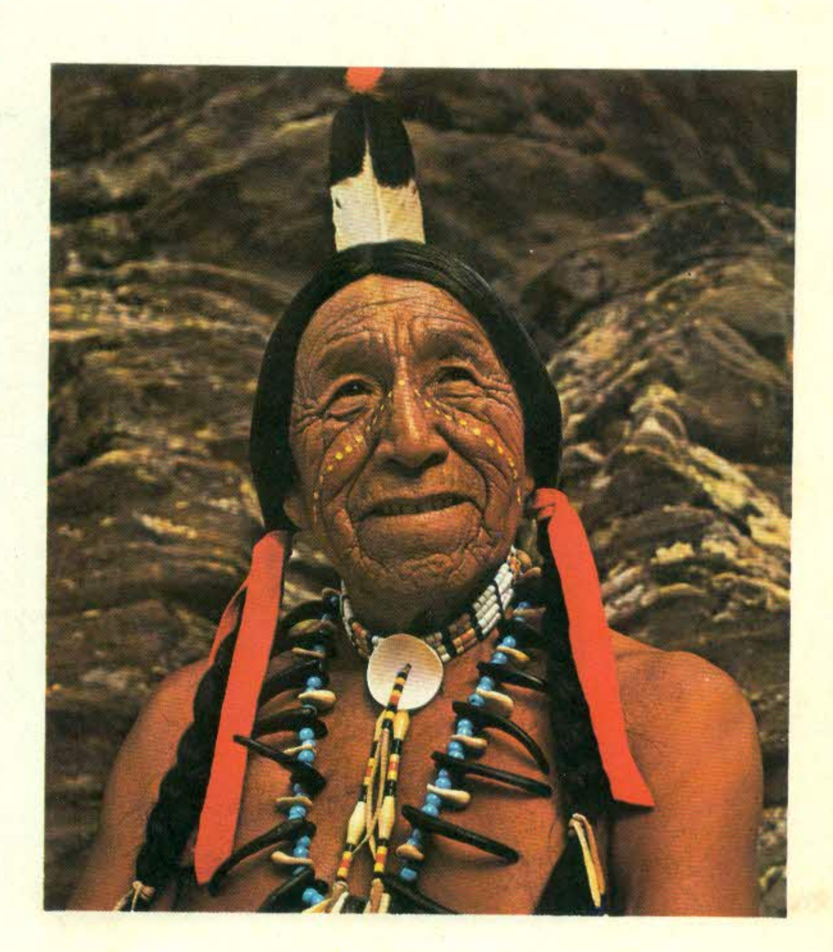
¿Cómo se poblaría ese inmenso continente? ¿Qué cronología hay que dar a las sucesivas fases de poblamiento y de desarrollo cultural? Estas y mil preguntas más pasan por nuestras mentes y justifican una abundantísima bibliografía, desbocada con frecuencia y tan sólo frenada y encauzada en los últimos tiempos en que ya la acumulación de datos seguros permite elaborar síntesis satisfactorias. En las páginas que siguen trataremos de dar una visión lo más al día posible del desarrollo de las múltiples culturas

indígenas de América desde los tiempos que suponemos más remotos hasta la llegada de los españoles, proceso que, en el estado actual de nuestro conocimiento, supone unos 28.000 años, o sea unas 940 generaciones, lo que parece muy corto si nos enfrentamos con las múltiples evoluciones y cambios, de ámbito más o menos amplio, con que nos encontraremos a lo largo de nuestro relato.

Digamos para empezar que, a las preguntas que nos hemos hecho, han contestado los sabios o simplemente los eruditos y curiosos con las fantasías más diversas y pintorescas. No hay posibilidad que no haya sido analizada y defendida, hasta el punto que creemos imposible en nuestra época inventar una nueva hipótesis que no haya sido ya sostenida con los argumentos más extraordinarios. En este sentido, el estudio de las sucesivas teorías emitidas para explicar el origen y movimientos resulta un buen ejercicio metodológico. No nos extrañemos de que para un gran número de aficionados fueran las perdidas tribus de Israel las que poblaron América, ni de que tal doctrina sea artículo de fe para una secta tan activa como la de los mormones, ni de que un autor español del siglo XVII argumentara que alguna fuerza hace el que la *n* de "indio" puesta al revés hace "iudio". Aún hace pocos años, un profesor norteamericano ha querido ver en las pinturas de la cueva paleolítica del Castillo, en la provincia de Santander, la imagen de unas embarcaciones iguales a las usadas por los desaparecidos beotucos de Terranova y en las que las gentes del magdaleniense europeo habrían emigrado a Norteamérica. La imaginación de tales autores no se ha detenido ni ante la idea de una humanidad atlántica ni ante lo sugestivo de imaginar a los mayas civilizando el valle del Nilo, ni ante su hipótesis contraria, la de que los mayas eran hijos del Sol, esto es, del Ra de los egipcios. Para demostrar ideas tan atrevidas, o más que las que hemos indicado, no han faltado quienes se jugaron la vida embarcando en una tosca balsa de tipo peruano o en unos haces de juncos de tipo egipcio, recorriendo así miles de kilómetros por el Pacífico o por el Atlántico.

Cierto es que al lado de tantas fantasías hubo mentes dotadas de clarividencia, como el jesuita español P. Acosta, que ya en el siglo XVI explicaba la llegada de los ameri-





Indio sioux de Dakota del Sur. Este tipo humano corresponde a la tercera oleada de pobladores que, por el estrecho de Bering, llegó a América procedente de Asia.



Puntas correspondientes al paleolítico americano. Las tres de la derecha son del tipo Sandía, que cronológicamente pertenece por lo menos al año 10000 a. de J. C. La de la izquierda corresponde al tipo Clovis, cuya presencia se ha señalado hasta en Ecuador. Hoy se sostiene que estas puntas las empleaban los cazadores del mamut.

canos por el estrecho de Bering, de manera muy semejante a como se explica en la actualidad. Y es que en la fase actual de la americanística se ha progresado enormemente y podemos estar convencidos de que los apasionantes problemas de los orígenes están en vías de aclararse de manera definitiva. La base para llegar a tal resultado ha sido la intensificación de las excavaciones, el estudio desapasionado de los numerosos materiales recogidos y, de manera muy especial, los nuevos métodos de trabajo, entre los cuales destaca el análisis radiactivo, en sus diferentes aplicaciones, que nos ha dado en los últimos veinte años un esquema cronológico para todo el mundo. La prehistoria ha alcanzado así madurez ecuménica y los procesos de difusión se han confirmado y matizado. Ya no es posible, como se hizo con tanta insistencia por sabios como Hrdlička, negar antigüedad remota a los cazadores de bisontes, caballos y mamuts, cuyos vestigios aparecen en los llanos norteamericanos.

Pero los problemas continúan, pues muchos detalles no son debidamente conocidos aún. Sí es seguro que existe un paleolítico americano. Parece tratarse de un paleolítico superior. Pero bastantes autores pretenden una antigüedad mayor para el hombre americano y no retroceden ante las más extremas hipótesis, incluso la de admitir la presencia en Norteamérica de industrias de la *pebble culture,* del paleolítico inferior. Vamos a examinarlos.

Un fenómeno general, propio del cuaternario, llama en seguida nuestra atención. Se trata del glaciarismo, que ha sido muy bien estudiado en el Nuevo Mundo. En Norteamérica se han señalado cuatro glaciaciones, al igual que se hizo en Europa. Han recibido, desde la más vieja a la más moderna, las denominaciones de Nebraska, Kansas, Illinois y Wisconsin. También estas glaciaciones americanas contaron con fases diversas de avance y retroceso, siendo el cuadro completo de una gran complejidad. En su fase de máxima extensión, los glaciares ocuparon Groenlandia, donde en la actualidad queda todavía un fuerte casquete glaciar, Canadá y Estados Unidos hasta la latitud de San Luis.

Por su contemporaneidad con las culturas de la primera fase de la gran caza son interesantes los avances y retrocesos de la cuarta glaciación. El estadio de Iowa, hacia el 25000 a. de J. C., sería el equivalente del Würm medio, más o menos la fase correspondiente al gravetiense. A ella seguirían varias etapas de recrudecimiento del frío, que reciben los nombres de Tazewell, Cary, Walders-Mankato y Cochrane, y que equivalen a las europeas llamadas del Vístula, Pomerania, Gotiglaciar y Finiglaciar. Pero no es posible ocultar algunas reservas todavía respec-

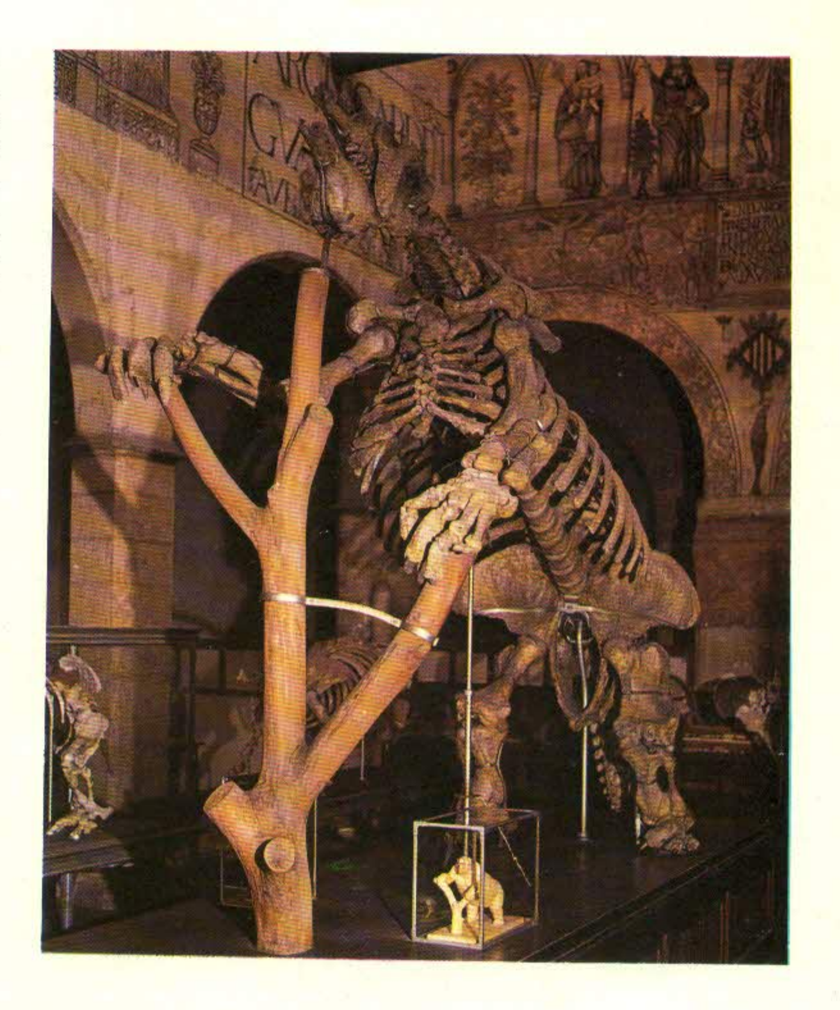


Útiles del paleolítico americano (período arqueolítico, más de 12.000 años de antigüedad) hallados en México (Museo Nacional de Antropología, México).

to de las glaciaciones admitidas y sus fases. En cuanto al problema de si las fases glaciares europeas fueron o no contemporáneas y simultáneas con las americanas o si, por el contrario, fueron alternas, parece resuelto en el primer sentido, ya que de otro modo no se explicaría la simultaneidad mundial en las modificaciones del nivel de las aguas marinas.

En Centroamérica y Sudamérica, la acción de los glaciares tuvo ámbitos más reducidos, a pesar de lo cual en los Andes meridionales se han señalado vestigios de cuatro glaciaciones a las que se ha dado los nombres de Vallimanca, Colorado, Diamante y Atuel. Incluso una fase, la de Mogotes, sería anterior y podría corresponder a la fase europea del Danubio.

Lo interesante en las glaciaciones americanas es que, en las etapas de desarrollo de los hielos, el nivel de las aguas marinas fue muy inferior, hasta centenares de metros, respecto del nivel actual. Con ello, el estrecho de Bering, que por sus dimensiones reducidas y por las islitas que en él surgen ofrece paso fácil, se convertía en un istmo, de centenares de kilómetros, resguardado en su cara meridional de las corrientes frías llegadas del Norte. Por este istmo las tribus



Esqueleto de megaterio ("Megatherium americanum" Cuv.), procedente de Samborombón, Argentina (Museo Paleontológico, Valencia).



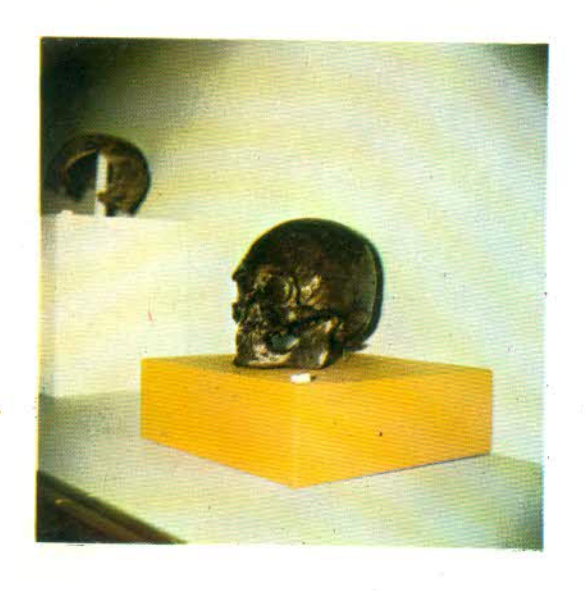
Tres variantes de las puntas halladas en Folsom y que de ahí reciben su nombre. Su mayor auge parece corresponder al IX milenio a. de Jesucristo y pertenecerían a hombres que cazaban bisontes exclusivamente.

EL PALEOLITICO EN AMERICA DEL NORTE				
Directores de las primeras misiones arqueológicas y fecha de la excavación	Sitios arqueológicos	Datación aproximada	Extensión	Características principales de las distintas industrias
J. D. Figgins, 1926 Frank H. H. Roberts, 1934 E. B. Howard, 1932-33	Folsom (Nuevo México) Lindenmeier (Colorado) Clovis (Nuevo México)	13.000-10.000 a. de J.C.	Llanuras norteamericanas al este del Mississippi, desde el Canadá hasta la frontera mexicana	Horizonte Folsom. Industria caracterizada por la llamada punta Folsom, de base cóncava con trabajo de talla por percusión secundaria. Asociada con restos de bisontes. No identificados ni habitaciones permanentes ni el tipo humano relacionado con esta industria. Modo de vida nómada. Caza y recolección de alimentos.
Frank C. Hibben, 1935	Sandía Cave (Alburquerque)	16.000-13.000 a. de J.C.	Llanuras meridionales de Estados Unidos	Horizonte Sandía. Es muy discutida su relación con la industria Folsom. En la cueva de Sandía Cave se hallaron cuatro niveles o estratos: prehispánico, horizonte Folsom, capa de barro estéril, horizonte Sandía. Una punta de forma lanceolada, asociada a restos de mamuts, caballos, camellos y mastodontes, caracteriza esta fase.
B. Cunmings	Cochise (Arizona)	10.000-7.000 a. de J.C.	Norte de México, Nuevo México, Texas, California	Horizonte Cochise. Una capa estéril de sedimentos separa en los distintos yacimientos el nivel correspondiente a Folsom de los sucesivos. Las muelas de piedra son muy abundantes en los sitios del horizonte Cochise, que se divide en tres fases sucesivas: Sulphur Springs, Chiricahua y San Pedro. Asociados a esta industria se encuentran por primera vez restos humanos de tipo dolicocéfalo.
Dr. Harrington, 1943	Gypsum Cave	7.000-6.000 a. de J.C.	No se conocen otros sitios arqueológicos	Las puntas alargadas son un tipo frecuente en la cueva de Gypsum Cave, muy difícil de datar y con un material muy pobre.
A. E. Robinson, 1954	Múltiples yacimientos clasificados en siete fases: Basket-Makers I Basket-Makers II Basket-Makers III Indios Pueblos I Indios Pueblos II Indios Pueblos III Indios Pueblos IV	4.000 a. de J.C.	Sur de Estados Unidos	Los Basket-Makers son la primera civilización histórica de América. Dolicocéfalos como el hombre de Cochise, su modo de vida no difiere del característico en las primeras culturas paleolíticas: nomadismo, caza, recolección. Los indios Pueblos, cuya cultura deriva de la de los Basket-Makers, sometidos a la influencia de las civilizaciones más adelantadas del Sur, son pueblos sedentarios de agricultores con una elevada organización social y religiosa.

cazadoras que se movían por los inmensos espacios siberianos persiguiendo la caza fueron introduciéndose en América del Norte, en un lento movimiento que pudo aprovechar un pasillo que durante la última glaciación formaron los hielos norteamericanos, permitiendo la llegada de los inmigrantes a las extensas praderas donde la caza era abundante. En unos pocos miles de años la oleada alcanzaría el istmo que une las dos mitades del Nuevo Mundo y no pararía hasta el extremo sur de América.

Tal es la contestación que parece más plausible a la pregunta de cómo se pobló América, aunque dejemos una puerta abierta a otras zonas de llegada de distintos elementos, los arribados voluntaria o forzosamente a través del Pacífico y –¿por qué no?– del Atlántico. El camino de los hielos por el Atlántico norte, en el paleolítico final, o el del continente antártico, que también se han aducido, no creemos que deban aceptarse. Pero nos falta ahora hallar respuesta a las preguntas: ¿quiénes? ¿Cuándo?

A la primera pregunta contestaremos que lógicamente habrán penetrado en América





A la izquierda: El cráneo de Tepexpan, al que se atribuye la antigüedad de unos 9.000 años. Es uno de los pocos restos humanos que se consideran auténticos. Al lado: Útiles de piedra del llamado cenolítico inferior (12.000-7.000 años) hallados en México (Museo Nacional de Antropología, México) y usados en la caza de los grandes mamíferos.

diversos grupos humanos arrancados de los troncos de población asiáticos. Los primeros serían pobres recolectores y cazadores con industria correspondiente al paleolítico superior y de los cuales quedaron restos aislados en las zonas costeras. En Asia corresponden a estas primeras poblaciones americanas los pueblos prepolinesios y premongoles, que han dejado numerosos vestigios en los archipiélagos y zona costera del Asia oriental. A ellos seguirían los pueblos de caza intensa y que coinciden muy bien con las gentes del paleolítico superior europeo, con un instrumental semejante y una vida también de gran parecido. Más recientemente aún entra otra oleada, cuyas tribus se asentaron luego en su mayor parte en Norteamérica o por el camino hacia las tierras centrales del continente, de gentes braquicéfalas y con rasgos mongoloides, también llegadas de tierras asiáticas. Por último, las gentes árticas de Siberia, acaso lejano brote del tronco occidental magdaleniense, constituyen la cuarta y última gran oleada, la que ha dejado un grupo tan homogéneo e interesante como es el de la población esquimal.

A la pregunta: ¿cuándo?, podremos contestar tras analizar los datos que han ido acumulándose. Están lejos ya aquellas teorías que se esforzaban en demostrar fechas recientes, de unos pocos miles de años, para el poblamiento del Nuevo Mundo. A partir del reconocimiento de la contemporaneidad del hombre con animales de especies desaparecidas, para el cual fue básico el hallazgo de Folsom en 1926, nadie ha podido negar por lo menos una fecha de 10.000 a 15.000 años de antigüedad para el primer poblamiento. A base de algunos análisis por el método del carbono 14 se ha llegado a admitir una antigüedad de 40.000 años para el hombre americano. Hoy existe cierta posición de prudencia y, dejando una puerta abierta para fechas más elevadas, nos contentamos con la seguridad de que tribus de cazadores o de pescadores y recolectores se movían en el Nuevo Mundo hace alrededor de 30.000 años (hombre de Otavalo). Téngase en cuenta que de la situación de las lenguas americanas, divididas en extremo, se deduce que ha sido preciso mucho tiempo para que tal fenómeno se produjera, dando a la vez extrema división y cierta uni-

Útiles de piedra procedentes de Vizcachaní (Museo de Prehistoria de la Diputación de Valencia), industria a la que se suele conceder una antigüedad de 9.000 años antes de nuestra era.



dad de rasgos fundamentales. Los estudios lingüísticos modernos (glotocronología, estructuralismo, etc.) han permitido a algunos autores suponer una remota etapa de unidad. Fácil es comprender que para los últimos llegados, los esquimales, apenas podemos aceptar una fecha que sea anterior a los cinco mil años antes del momento presente.

Elementos de unidad y al mismo tiempo de dispersión se obtienen también si analizamos los rasgos antropológicos y los etnográficos. No conocemos ningún resto humano que hubiera pertenecido a razas desaparecidas, la de Neandertal, por ejemplo. Algunos rasgos comunes en la antropología americana se han señalado ya desde los primeros cronistas españoles, en el color de la piel, por ejemplo, y en mil y un detalles morfológicos. Ahora, con los nuevos métodos de estudio, si nos fijamos en los factores sanguíneos, han podido señalarse elementos de unidad y de aislamiento frente a otros grupos humanos, mongoles o polinesios, por ejemplo. Digamos, por último, que, a pesar de haberse defendido por algunos autores la presencia en América de negros y pigmeos, lo más prudente es no aceptarla. En cambio, nos parece innegable la presencia de elementos caucasoides, que pueden



Detalle de las defensas del mamut de Iztapan; se observan los colmillos hacia abajo, lo que parece indicar que los cazadores le dieron la vuelta para aprovechar mejor la carne. Se le encontró una flecha incrustada en una costilla.



Puntas correspondientes al complejo cultural de Ayampitin, procedentes de Vizcachaní (Bolivia) y conservadas en el Museo de Prehistoria de la Diputación de Valencia.



Diorama que representa la cacería del mamut de Tepexpan, según los datos que se hallaron en una exploración arqueológica (Museo Nacional de Antropología de México). Estos enormes animales eran acorralados en una zona pantanosa y una vez allí se los atacaba mediante lanzas y piedras.

Puntas de sílex procedentes de Río Negro, Argentina (Museo de Prehistoria de la Diputación de Valencia).

haber llegado con grupos emparentados con los protopolinesios o a través de los cazadores siberianos, a los que no es difícil enlazar con poblaciones europeas occidentales.

Por lo que se refiere a los hallazgos correspondientes a la etapa paleolítica, aunque los americanistas huyen cuanto es posible de usar para su prehistoria un vocabulario que siga el patrón europeo, creemos que lo más expresivo es usar el vocablo que la ciencia prehistórica mundial acepta. Por esta razón llamaremos a esta etapa, simplemente, paleolítica. Hoy se busca con afán todo lo de esta etapa y así se han obtenido fechas remotas, superiores a los 30.000 años para los yacimientos de Lewisville, en Texas; 22.000 para una tosca industria del hueso de Tule Springs, fechas que alcanzan de 20.000 hasta 55.000 años para la industria de *choppers* y lascas de varios lugares de San Diego (La Jolla, Isla de Santa Rosa, Texas Street, etcétera).

Pisamos terreno más firme cuando nos enfrentamos con las estaciones con industria de puntas de retoque bifacial, solutroides diríamos en lenguaje de nuestro paleolítico superior. La puntas llamadas del tipo de Sandía son las más antiguas y es seguro que son, por lo menos, del 10000 a. de J.C.



PLANTAS DE ORIGEN AMERICANO

Son a miles las especies vegetales americanas que en algún lugar del inmenso continente han sido alguna vez cultivadas. Entre ellas las hay de toda suerte: alimenticias, textiles, tintorias, excitantes, medicinales, etc. Vamos a dar un resumen de las más importantes en el siguiente cuadro (tomado de Clark Wissler):

Nombre	Área de cultivo
Agave (*Agave americana* L.)	De México a Chile
Aguacate o palto (*Persea gratissima* Gearnt)	América central y Antillas
Aguaturma o tupinambo (*Helianthus tuberosus* L.)	Valle del Mississippi
Algodón (*Gossypyum barbadense* L.)	América tropical
Anacardo (*Anacardium occidentale* L.)	América tropical
Ananá (*Ananas sativus* Schult)	México y América central
Arruruz (*Maranta arundinacea* L.)	América tropical
Batata (*Ipomoea batatas* Poir.)	América templada
Cacahuete (*Arachis hypogoea* L.)	Perú y Brasil
Cacao (*Theobroma cacao* L.)	América tropical
Caimito (*Chrysophilum caimito* L.)	Antillas y Panamá
Calabaza (*Cucurbita pepo* L.)	Zona templada de Norteamérica
(*Cucurbita pepo* var. *ovifera* L.)	Igual que el maíz
(*Cucurbita maxima* Duchesne)	América tropical
Coca (*Erythroxylum coca* Lamark)	Perú y Bolivia
Chirimoyo (*Anona cherimolia,* Miller)	Brasil y Perú
Guayaba (*Psidium guajava* L.)	América tropical
Higo chumbo (*Opuntia ficus-indica* Mill)	México
Judías (*Phaseolus vulgaris* L.)	Igual que el maíz
(*Phaseolus lunatus* L., var. *macrocarpus* Benth)	Igual que el maíz
Madia (*Madia sativa,* Molina)	Chile
Maíz (*Zea mays* L.)	De Chile central a Canadá
Manioc o mandioca (*Manihot utilissima,* Pohl.)	América central y Sudamérica hasta Río de la Plata
Mate o té del Paraguay (*Ilex paraguariensis* St. Hil. e *Ilex conocarpa* Reiss)	Paraguay y Brasil occidental
Mijo (*Echinochloa crusgalli* L.)	México y Estados Unidos meridionales
Oca (*Oxalis tuberosa* Molina)	Chile y Bolivia
(*Oxalis crenata* Jacq.)	Chile y Bolivia
Papayo (*Carica papaya* L.)	Antillas y Centroamérica
Patata (*Solanum tuberosum* L.)	Chile y Perú
Pimiento chile (*Capsicum annuum* L. y *C. frutescens* L.)	América tropical
Quina (*Cinchona calisaya,* Wedd.)	Bolivia y Perú
(*Cinchona officinalis* L.) y otras especies	Bolivia y Perú
Quinoa (*Chenopodium quinoa* Willd.)	Colombia y Perú
Tabaco (*Nicotiana tabacum* L. y otras especies)	Toda América, menos las zonas extremas
Tomate (*Lycopersicum esculentum* Mill)	Perú

L. P.

En la variante Clovis apunta ya un peculiar retoque que produce en la base una especie de "aflautado". Éste va a perfeccionarse en el tipo Folsom, que en el IX milenio a. de Jesucristo es ya una punta muy regular con la base cóncava, lo que produce dos espigas laterales, y con aflautado basal. Se acompaña con raspadores, buriles o cuchillos, formando el llamado complejo Lindenmeier, que ocupa desde el Canadá hasta México. Las puntas Clovis se extienden por el Sur hasta Guatemala y la zona andina, pues se han señalado en el Inga (Ecuador). Lo más prudente, pues, es considerar los hallazgos, que algunos quieren hacer protolíticos, como aportación de tipos retrasados que han perdurado entre los toscos cazadores y recolectores que forman la primera capa de población americana. La evolución la marca el hecho de que las puntas Sandía y Clovis servían para cazadores de mamuts, mientras las puntas Folsom las utilizan quienes cazan sobre todo bisontes.

En México se sigue muy bien el progreso de tales cazadores paleolíticos. Incluso tenemos aquí interesantes restos antropológicos, que también se han señalado en los Estados Unidos (hombre de Minnesota, entre otros restos). Son el cráneo de Tepexpan, de una antigüedad de unos 9.000 años a. de J. C., con restos de elefantes cazados por el hombre en conexión con piezas talladas en Santa Isabel Ixtapan y en otros lugares del antiguo lago de Texcoco. Y, más recientemente, el cráneo humano señalado por Lorenzo en Tlapacoya, con utillaje de hojas y una cronología entre 20.000 y 18.000 años a. de J. C.

Muchos otros hallazgos importantes para esta primera época se han realizado en México. Recordemos los del lago Chapola en Baja California, cuevas de Coahuila y Tamaulipas ("foco Diablo"), etc. Con hallazgos mal definidos seguimos el camino hacia la América meridional. En Venezuela son importantes los yacimientos de Muaco y Taima (Coro), con mastodonte, megaterio y caballo y tosca industria pétrea de alrededor del 12000 a. de J. C. Gran resonancia tuvieron los hallazgos de Cruxent en el Jobo, con grandes puntas de retoque bifacial, también en territorio venezolano. Sigue este conjunto, al que se puede dar una antigüedad media de unos 10.000 años a. de J. C., por Colombia. En el Ecuador conocemos los yacimientos de El Inga, cercano a Quito, y la Quebrada de Chalain (Punin, Riobamba), con un cráneo humano. En el norte del Perú, Cardich excavó el importante yacimiento de Lauricocha, que se remonta al VII milenio a. de J. C. y constituye un foco de expansión de estas industrias de puntas hacia el Sur. También ha producido restos antropológicos.

Los países meridionales del continente se investigan ahora intensamente. La industria de Cerro Chivateros, entre Lima y Ancón, con sus bifaces y lascas de aspecto levalloisiense se remonta hasta 12.000 años a. de Jesucristo, relacionándose con las yacimientos de Chuquí, en el desierto de Atacama. Industria muy arcaica también, con *choppers,* señala la vecina localidad de Ghatchí. Alrededor del IX milenio a. de J. C. señalaríamos a Vizcachaní, en Bolivia, lo mismo que en Jahuaico, cerca de Cochabamba, donde incluso se ha señalado un cráneo neandertaloide. En la ruta meridional señalemos Ampajango, en la Puna argentina, y Catalán Chico, en el Uruguay. Por último,



Puntas de flecha de retoque bifacial, de base cóncava y pedunculadas, procedentes de Bahía Blanca, Argentina (Museo Etnológico, Barcelona).

industrias estudiadas por Menghin en el nordeste de la Argentina: tandiliense, altoparanense, oliviense.

Estas toscas industrias llegan ya, en el IX milenio a. de J. C., a las regiones meridionales del continente. Surgen las variantes llamadas riogalleguense y toldense. Y así alcanzamos el país fueguino, con las cuevas Eberhard, Fell y Palli Aike, aunque estos yacimientos son difíciles de datar. En la misma zona, la isla de Englefield ha dado una industria muy compleja, con piezas de hueso, incluso arpones, en fecha que se puede pensar es anterior al 7000 a. de J. C.

Todas esas industrias, más o menos arcaicas, sirven de base a una etapa que podríamos llamar, usando la nomenclatura europea, epipaleolítica o mesolítica. De ella se conocen innumerables conjuntos y yacimientos que en buena parte prolongan las técnicas de los cazadores y recolectores paleolíticos en los milenios que siguen al VIII antes de J. C. En estos milenios se difunde, con grandes variantes, el tipo de punta robusta con retoques bifaciales, al igual que ocurría en Norteamérica. Uno de los yacimientos más fecundos es el ya citado de El Jobo, en Venezuela. Otro toma el nombre del lugar de Ayampitín, en el norte de la Argentina. Pero la masa de datos que aparecen continuamente como novedad en América, dada la intensidad de la rebusca en todos los territorios del Nuevo Mundo, no permite traer aquí lo que sería una lista de yacimientos sin estructurar todavía.

Queremos sólo fijar nuestra atención en un aspecto que tiene el interés de acercarnos a la mentalidad y, por tanto, al espíritu de los americanos primitivos. Se trata del arte rupestre, tanto pintura como grabado. La pintura presenta claras reminiscencias del Viejo Mundo, como ocurre con las manos pintadas de las cuevas argentinas.

Aun con los hallazgos antropológicos de antigüedad asegurada que hemos citado en párrafos anteriores es evidente que poseemos datos ciertamente escasos y repartidos por un territorio demasiado inmenso para intentar una síntesis. Hace ya más de un siglo que se destacó la llamada raza paleoamericana establecida a base de los hallazgos de Lagoa Santa, en el Brasil. Esas primeras poblaciones serían de grupos premongólidos y hasta preeurópidos. Tras muchas dudas



Puntas de flecha lanceoladas y poligonales, de base cóncava y retoque bifacial, halladas en Bahía Blanca, Argentina (Museo Etnológico, Barcelona).

y polémicas, los nuevos hallazgos de restos antropológicos que hemos citado parecen reforzar la antigüedad e importancia de la raza paleoamericana, o variante lágida según las clasificaciones modernas.

En los milenios VII-III e incluso más tarde numerosos grupos más o menos aislados siguieron con sus toscas industrias de nivel protolítico o paleolítico. En algunos casos supieron evolucionar y en comarcas favorables iban a sentar las bases de las que surgirían las altas culturas de la América nuclear. Entre las variantes culturales que surgen se hallan las de los habitantes costeros, pescadores y recolectores, que nos han dejado los grandes amontonamientos de conchas, resto de sus comidas, los *shell-mounds* de Norteamérica y los sambaquis del Brasil, entre muchas otras variantes.

No es fácil seguir la marcha de lo que podemos llamar mesolítico en América. Quisiéramos ir descubriendo las muestras del progreso que determinadas regiones del Nuevo Mundo realizaron en una compleja evolución. En América del Norte, la exploración ha sido más intensa y se han realizado grandes avances. Mientras en Alaska excavaciones como las de Iyatayet, en Cabo Denbigh, remontan lo protoesquimal hasta 5.000 años a. de J. C., en la crucial región del Sudoeste se han logrado magníficas estratigrafías en que se pasa del paleolítico al neolítico. Tal ocurre en la cueva de la Ventana. O bien se han logrado, con el estudio metó-

Mazorca de maíz. Esta gramínea fue el alimento esencial del pueblo americano y desempeñó en el Nuevo Continente el mismo papel que el trigo en el Viejo. Se discute su origen, pero la tendencia a considerarlo autóctono casi nadie la pone en duda.

dico de varios yacimientos de la misma comarca, series utilísimas. Tal ocurre con las diversas fases de la cultura de Cochise, que se prosigue durante varios miles de años desde el 6000 a. de J. C., a través de las fases de Sulphur Springs, Chiricahua y San Pedro, ésta ya neolítica.

California muestra pronto afición a la recolección y a la cestería, lo que da nombre a una etapa y a un pueblo del Sudoeste, el de los cesteros. Esta etapa intermedia ya conoce las hachas de piedra pulida y los morteros de piedra y está difundida por la zona costera atlántica, mientras en el Sudoeste se desarrollan las culturas llamadas Amargosa, Balcones y Maravillas (Texas). Todo ello sigue hacia México con las cuevas de las regiones de Tamaulipas y Coahuila, las culturas de Lerma y de Nogales y la de Chalco. Poco a poco vemos desarrollarse formas de vida sedentarias en los milenios VI a III antes de Jesucristo.

Más al Sur nos faltan esquemas seguros y los datos son insuficientes. Desde el Ecuador a Chile se da una serie de complejos arqueológicos de esta época, como Ancon, Pisagua, Taltal y otros hasta la Tierra del Fuego. Los concheros, a los que hicimos ya referencia, corresponden en buena parte a esta época. A ésta la podemos llamar formativa, guardando el nombre de arcaica para la que prepara el gran florecimiento de las altas culturas. Es la metalurgia, muy tardía, la que crea en buena parte la base para un salto en el progreso. También la agricultura, a pesar de los 6.000 años a. de J. C. que se han querido dar en su primera fase en la *Danger cave* de Utah, se difunde tardíamente. Todavía en Tamaulipas, donde en el III milenio empezó la agricultura con maíz, calabaza y fríjol, en su primera fase (La Perra) sólo el 4 % de la alimentación se obtuvo del cultivo, el 10 % de la caza y el 86 % de la recolección.

El paso al neolítico y el desarrollo de la agricultura es uno de los aspectos poco conocidos en la evolución de las culturas americanas, en las que queda aún sin resolver el enigma del origen e incluso de la cronología de las primeras especies cultivadas.

El primer problema que se nos plantea es el de averiguar si la agricultura se inventó en América independientemente de la agricultura del Viejo Mundo o, si por el con-



Metate (molino de mano) de piedra muy tendido y abierto, correspondiente al período protoneolítico (Museo Nacional de Antropología, México).

INDUSTRIAS DEL PALEOLITICO INFERIOR EN SUDAMERICA

Situación geográfica/Tipos de industria	Industrias de guijarros	Industrias de lascas	Industrias de bifaces
Venezuela	Complejo Camare-Manzanillo: 14.000-12.000 a. de J.C. También: Taima-Taima (Venezuela) y Garzón (Colombia).		Complejo Las Lagunas: 10.000 a. de J.C. Industria de bifaces.
Costa pacífica desde Ecuador hasta el norte de Chile.	Complejo Chivateros: Zona Roja - Chuqui - Oquendo - Exacto: 12.000-10.000 a. de J.C. Industria de guijarros, lajillas, buriles.		Horizonte andino de bifaces: 10.000-7.500 a. de J.C.
Argentina	Industria de Mal Paso: 12.000 a. de J.C. Industria de guijarros y grandes lascas. Industria de Barrancas: 12.000 a. de J.C. Guijarros de trabajo bifacial y grandes raspadores.		
Patagonia	Industria riogalleguense: 10.000-7.000 a. de J.C. Guijarros, lascas, trabajos sobre hueso.		



Mandioca, planta cuyo punto de difusión debe situarse en la región amazónica.

trario, fue fruto de una influencia transmarina, concretamente asiática. Una tercera vía podría ser la de la transmisión de la idea del cultivo, idea que pudo ser llevada por un náufrago o aventurero o circular paso a paso de tribu en tribu. Ello se explica en un ambiente de pueblo recolector que supone una atenta contemplación y ricos conocimientos sobre los ciclos de vegetación espontánea y el valor de las especies vegetales. Yo me inclinaría, en el momento presente, por este último camino.

En conjunto, no encuentro necesario idear una nueva nomenclatura para esta etapa, y la que usamos en Europa, la de neolíti-

INDUSTRIAS DEL PALEOLITICO SUPERIOR EN AMERICA DEL SUR

I. Horizonte El Inga-Los Toldos. La cultura cazadora Llano, extendida hacia el 10.000 a. de J.C. por el este y nordeste de Estados Unidos, se difundirá posteriormente por el sudoeste de aquel país, Mesoamérica y América del Sur.	Estancia Los Toldos (Argentina). O. Menghin, 1951-52, 9.000 a. de J.C.	Cuevas de Fell y Palli Aiké (Chile). J. Bird, 1943, 9.000-7.000 a. de J.C.	El Inga (Ecuador). R. Bell y W. Mayer Oakes, 1960-61, 9.000-7.000 a. de J.C.	Tagua Tagua (Chile central). J. Montane, 1968-69, ?		
II. Horizonte de puntas foliáceas. Relacionada con las culturas de cazadores del centro y norte de México, del sur, centro y noroeste de Estados Unidos y sudoeste de Canadá; complejos Lerma, Plano y Old Cordilleran.	Río Pedregal o el Jobo (Venezuela). J. M. Cruxent, 1956, h. 8.000 a. de J.C.		Zona de la Sierra de Aguilar (Argentina). Jorge Fernández, 1968-69, 8.000 a. de J.C.	Ampajango (Argentina). A Rex González, 1952, ?	Pampa de Olalu (Argentina). A. Rex González y O. Menghin, 1950.	Cueva de Inti-Huasi (Argentina). A. Rex González, 1951-52, 6.000 a. de J.C.
		Viscachani, terraza baja (Bolivia). Ibarra Grasso, 1965, ?	Tulan, Puripica, Tambillo (Chile). Orellana, 1963, 7.000-6.000 a. de J.C.			
	Quishqui Puncu (Perú). T. Lynch, 1967, 7.600 a. de J.C.	Lauricocha (Perú). A. Cardich, 1958, 7.600 a. de J.C.	Zona de Ancón (Perú). Lanning, 1967, 8.000 a. de J.C.	Toquepala (Perú). H. Buse, 1963, 7.600 a. de J.C.	Tarata (Perú). R. Ravines, 1967. 6.200 a. de J.C.	Huanaqueros (Perú). M. Neyra Avendaño, 1968-69, 6.000 a. de J.C.
III. Lagoa Santa.	Lagoa Santa (Brasil). W. Hurt, 1960, 8.000 a. de J.C.					
IV. Grupos epipaleolíticos tempranos de la Patagonia. Similitudes con las culturas circumpolares árticas, aunque el contacto parece improbable.	Bahía de Solano (Patagonia). O. Menghin, 1951, 9.000 a. de J.C.	Islas Englefeld (Patagonia). Emperaire-Laming, 1961, 8.000 a. de J.C.				

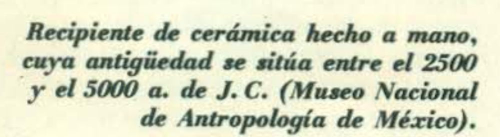
Los distintos horizontes no se suceden cronológicamente.

Para cada uno de los sitios arqueológicos citados se dan los siguientes datos: a) Nombre de la excavación. b) País en que se halla c) Arqueólogo director de los trabajos. d) Fecha en que éstos se realizaron. e) Datación atribuida al nivel más antiguo.

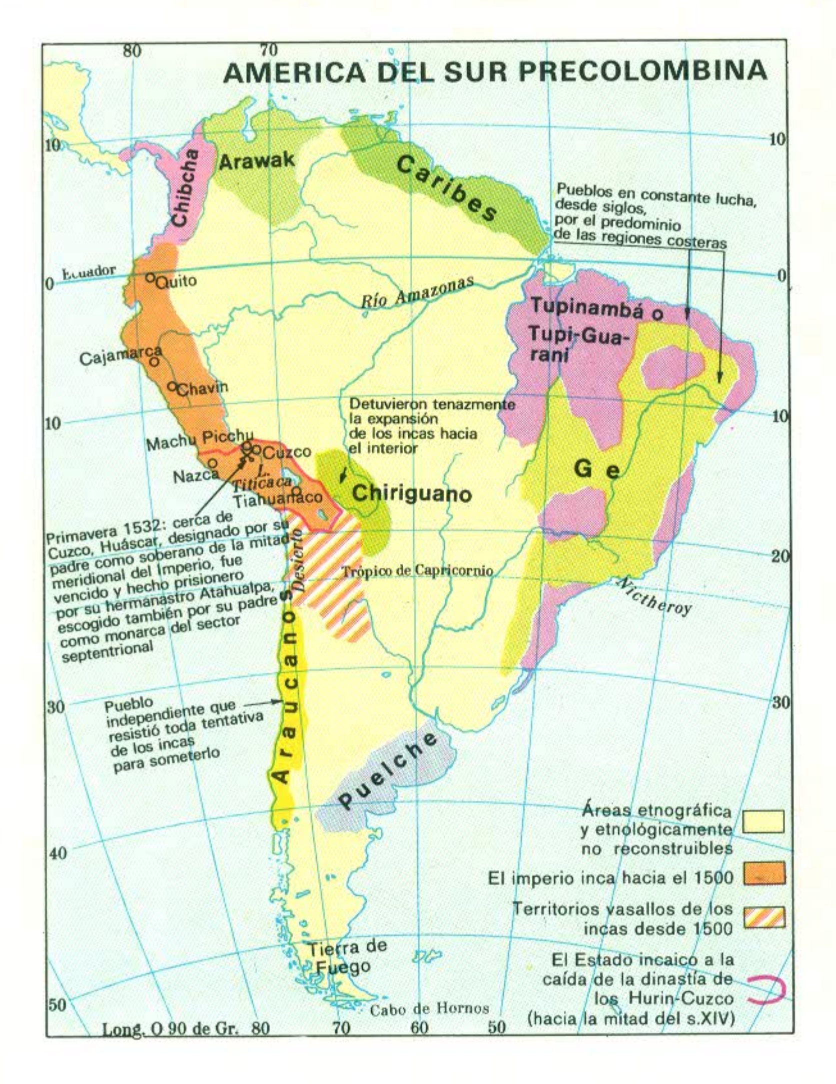
Vasija modelada a mano y pintada, de técnica de tradición neolítica y decoración geométrica realizada por el pueblo Shipibo, de la cuenca del Ucayali (Museo Etnológico, Barcelona).

co, nombre convencional sin duda, nos satisface. Con la desaparición de la gran caza, debida a los cambios climáticos que favorecen el desarrollo de la recolección, desaparecen los animales en los que se basaba la economía del indígena y toda la vida se trastorna. En México y Estados Unidos es donde esta transformación se puede observar mejor o, por lo menos, donde mayor número de datos se han conseguido. Las excavaciones recientes en la Sierra de Tamaulipas y en otras comarcas de esta extensa zona, en especial las dirigidas por Mac Neish, nos han mostrado como paso a paso la técnica agrí-





Recipiente de cerámica hecho a mano, cuya antigüedad se sitúa entre el 2500 y el 5000 a. de J. C. (Museo Nacional de Antropología de México).



cola y la utilidad de las especies vegetales crecían lentamente. El propio autor ha establecido una estratigrafía muy útil en la cueva de Coxcatlán y en la zona de Tehuacán (Puebla).

Aquí la planta fundamental, que ocupa un papel semejante al que tiene en el Viejo Mundo el trigo, en sus diversas variedades, es el maíz. Mucho se ha discutido sobre el mismo y aún ha habido quien cree al maíz americano descendiente de un maíz silvestre que se ha señalado en Indochina. Pero la mayoría de autores creen que el maíz es planta indígena de América y concretamente de México. En la meseta mexicana existen especies silvestres emparentadas con el maíz. De una de ellas, que ofrecía una mazorca pequeña como una fresa, por selección e hibridación se consiguieron maíces de mayor tamaño. Alrededor del 5000 a. de J. C. podría pensarse en un cultivo de especies como el fríjol, la calabaza y el maíz. Pero tan sólo unos miles de años después, hacia el 1000 a. de J.C., el maíz constituye la base principal de la alimentación. Sin embargo, cada día se multiplican las fechas del carbono 14, en que se asegura el cultivo de maíz hasta en el VII milenio a. de J. C. En los yacimientos mexicanos, al lado de estos datos se recogen otros elementos propios del neolítico. Tales son los fríjoles, el amaranto, la calabaza, el pimiento chile. Y a su lado las puntas de flecha de formas diversas, derivación de las que servían a los cazadores paleolíticos, los molinos de mano y morteros, etc.

En otra zona de América del Sur, en la región amazónica, es donde debe buscarse el foco irradiador del cultivo de plantas tan importantes como la mandioca, o yuca, el boniato y la batata. Esta última es la única planta americana de la que parece existir la seguridad de que pasó el Pacífico de Este a Oeste antes de Colón. El caso de la calabaza *lagenaria,* del coco y del algodón plantea también hondos problemas.

La zona costera del Perú ha constituido otra zona de gran trascendencia en el proceso agrícola. En los valles de los ríos que vienen de la Sierra puede seguirse el progreso del cultivo. En el valle del Virú, en Huaca Prieta, en Guañape, etc., se puede remontar al tercer milenio el cultivo realizado por pescadores recolectores. En el segundo milenio observamos la aparición de la cerámica. Hacia el 700 a. de J.C. empieza el llamado período de Cupisnique, en el que se introducen nuevas especies junto al maíz y la calabaza. En este último momento se puede aceptar ya la presencia de un animal doméstico, casi el único de importancia para el transporte que América conoció, la llama. Y pronto se alcanza un mayor desarrollo con la metalurgia y las grandes construcciones, precursoras de las altas culturas andinas.

La cerámica es un elemento que aparece paralelamente con la agricultura, pero se comprende la posibilidad de una agricultura sin cerámica, esto es, de un neolítico precerámico. Su existencia en algunos casos está demostrada, y en particular en América. También cabe el caso contrario. Los arqueólogos americanos nos han proporcionado cantidades asombrosas de cerámicas, que han sido bien estudiadas y sistematizadas y que en su conjunto forman un mundo tan complejo como el de las cerámicas prehistóricas de Asia y de Europa. Rasgo común de las cerámicas americanas es el de estar hechas a mano, por desconocimiento de la rueda y del torno. La decoración es tan rica y variada como puede serlo cualquiera otra familia cerámica y no desdice de la perfección y variedad de las formas a pesar de estar hecha a mano. Lo más frecuente en su decoración es la incisión. Abunda más que en Europa la decoración plástica, campo en que la zona andina y México sobre todo han logrado maravillas. No menos rica es la pin-



Hachas y macana estrellada de piedra pulimentada pertenecientes a la cultura palta del Ecuador. El hacha situada junto a la macana es un interesantísimo ejemplar de mineral de hierro (oligisto) pulimentado (Museo Etnológico, Barcelona).

tura. Como en todas partes, la cerámica es lo que más abunda en los yacimientos, y en muchas ocasiones cuanto dispone el investigador para establecer sus teorías son montañas de cacharros rotos.

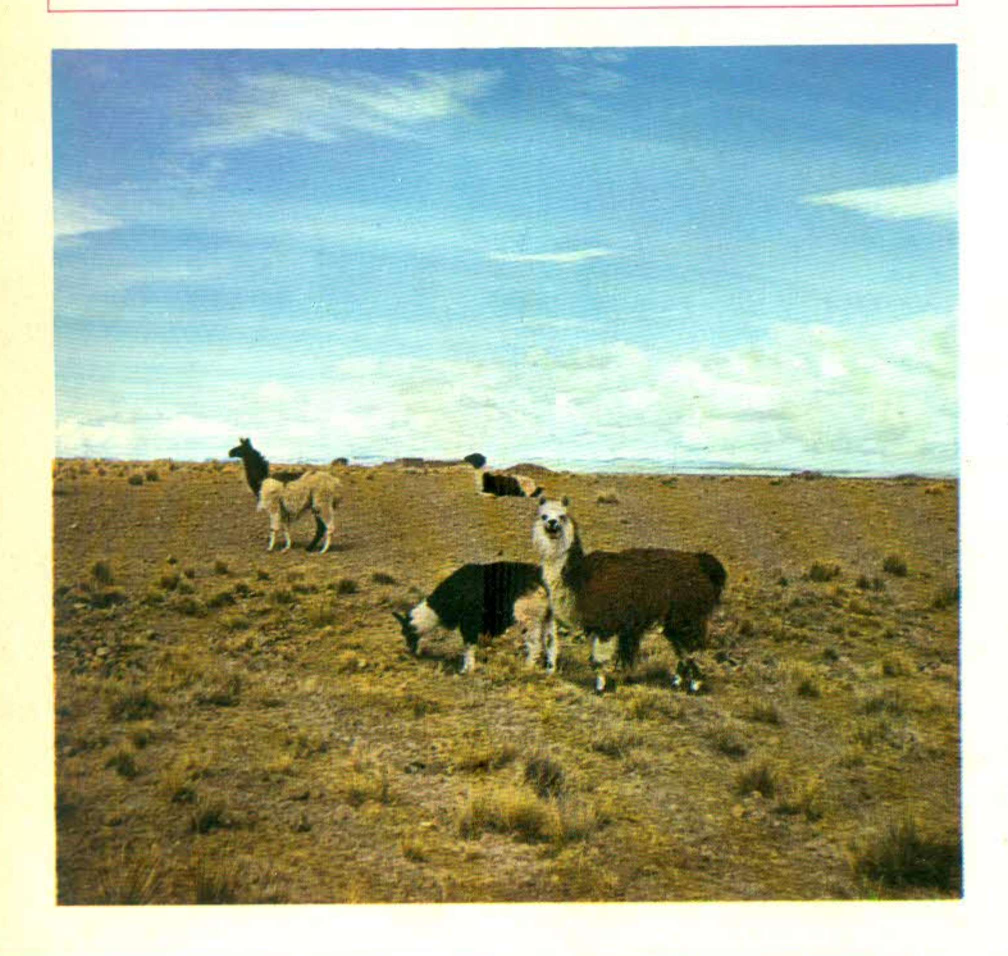
Otro elemento claramente neolítico es el tejido, técnica derivada de la cestería, que, como ya hemos dicho, fue una de las especialidades de numerosos grupos de indígenas americanos. América sobresalió en el arte del tejido a pesar de lo rudimentario de los telares empleados e incluso de sus técnicas de hilado. Ya haremos resaltar algunas de las cualidades de estos tejidos cuando hablemos de las altas culturas de los territorios andinos, que son los que mejores productos nos han dado a conocer, en parte por las condiciones climáticas de sequedad que hacen que las telas se hayan conservado perfectamente en las necrópolis de la franja pacífica, vastos yacimientos inagotables casi, como el cementerio de Paracas, no lejos de Lima.

CIVILIZACIONES ARCAICAS EN MEXICO Y SUDAMERICA

1200 a. de J. C.	*Primeras manifestaciones de la civilización de Chavín* (Perú): cerámica, tejidos.
900 a. de J. C.	*Civilización de Tlatilco* (México): cerámica, agricultura muy desarrollada.
500 a. de J. C.	*Excavaciones de Cuicuilco,* en México: ruinas de grandes construcciones de piedra.
	Civilización olmeca o de La Venta (México, estado de Veracruz): ruinas de ciudades con grandes templos y tumbas, esculturas megalíticas, cerámica.
200 a. de J. C.	*Monte Albán I* (México, estado de Oaxaca): ¿zapotecas? Esculturas megalíticas.
	Extensión de la civilización de Chavín por todo el Perú.
100 d. de J. C.	*Monte Albán II.*
	Apogeo de la civilización de Chavín: grandes templos, orfebrería.
	Civilización de Paracas (Perú): Paracas-cavernas y Paracas-necrópolis: cerámica con figuras grabadas, gran variedad de tejidos de lana y algodón. Tejidos de lujo, con figuras bordadas en los ajuares funerarios.
	Civilización de San Agustín (Colombia): técnicas líticas, tumbas megalíticas, estatuas monumentales de piedra.

BIBLIOGRAFIA

Alcina, J.	*Manual de arqueología americana,* Madrid, 1965.
Bosch Gimpera, P.	*L'Amérique avant Christophe Colomb,* París, 1967. *L'America precolombina,* vol. VII de la "Nuova Storia Universale dei Popoli e della Civiltà", Turín, 1970.
Canals Frau, S.	*Prehistoria de América,* Buenos Aires, 1960.
Comas, J.	*Bibliografía selectiva de las culturas indígenas de América,* México, 1953.
Covarrubias, M.	*El Águila, el Jaguar y la Serpiente,* México, 1961.
De Terra, H.	*The Tepexpan Man,* Nueva York, 1949.
Jenning, J. D., y Norbeck, E.	*Prehistoric Man in the New World,* Chicago, 1964.
Martínez del Río, P.	*Los orígenes americanos,* México, 1952.
Pericot, L.	*América indígena* (2.ª ed.), Barcelona, 1962.
Rivet, P.	*Les origines de l'homme américain,* París, 1955.
Schobinger, J.	*Prehistoria de Sudamérica,* Barcelona, 1969.
Trimborn, H.	*Das Alte Amerika,* en "Grosse Kulturen der Frühzeit", 1959.
Varagnac, A.	*L'homme avant l'écriture,* París, 1959.
Willey, E. R.	*An Introduction to American Archaeology,* vol. I: *Nord and Middle America;* vol. II: *South America,* Nueva Jersey, 1970.
Wormington, M. H.	*Origins,* México, 1953.



Llamas en el altiplano boliviano. En la zona costera del Perú se acepta que hacia el 700 a. de J. C. conviviera con el hombre la llama, casi el único animal doméstico con trascendencia para el transporte en América.



Pirámide del Sol, en Teotihuacán. Este misterioso centro cultural de la altiplanicie mexicana tuvo una existencia milenaria, pues surgió hacia el siglo IV a. de J. C. y desapareció hacia el año 650 d. de J. C. Importantísimo centro religioso, en él se construyeron, además de otros edificios, las célebres pirámides del Sol y de la Luna.

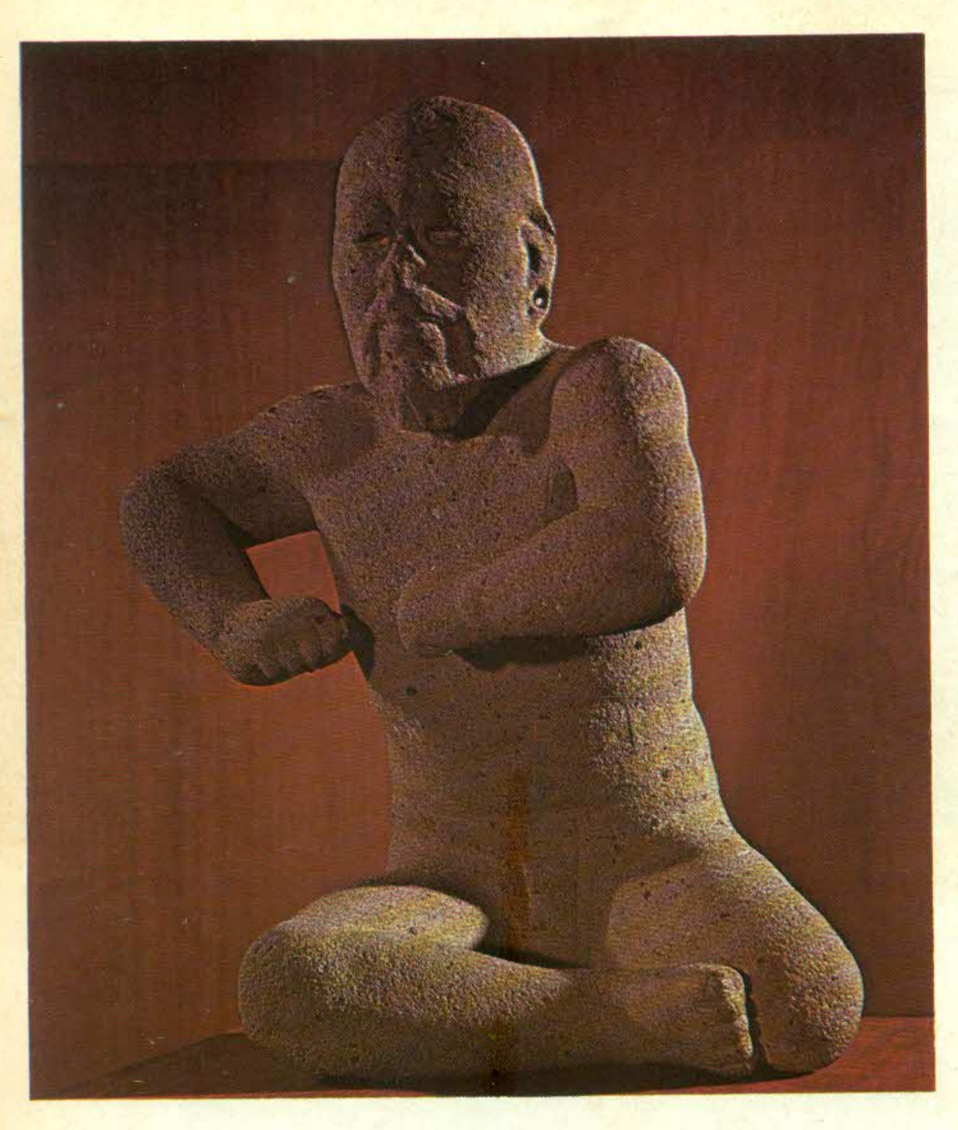
Las altas culturas centroamericanas

por LUIS PERICOT

Hemos descrito en el capítulo anterior cómo los grupos originales de invasores de América lograron, tras un esfuerzo ingente, poblar el doble continente. Impulsados por su interna capacidad y por ideas recibidas de fuera, traídas en forma aislada o por la presión de nuevos grupos humanos que venían a sumarse a la colosal empresa de crear un Nuevo Mundo, aunque lo hicieran sin darse cuenta del futuro extraordinario de lo que estaban gestando, lograron realizar los progresos que hemos presentado en forma sucinta.

Sobre esta base, que presentaba ya sus matices y desigualdades, algunas comarcas americanas lograron sobresalir y crearon grandes imperios, con manifestaciones culturales extraordinarias que pueden competir con lo que en el Viejo Mundo se creó en lo que llamamos Próximo Oriente. Estas altas culturas americanas se hallaban, sin duda, en camino de una innegable modernidad –estados organizados, metalurgia, escritura– cuando la llegada de los españoles cortó su desarrollo natural, interrumpiendo así una evolución que es imposible imaginar hasta dónde y por qué caminos habría progresado.

Centroamérica y las tierras andinas septentrionales y centrales son los focos donde tales progresos pueden ser estudiados durante los dos milenios aproximadamente que parece abarcar el ciclo de ese avance cultural. La meseta mexicana, el Yucatán y sus tierras vecinas meridionales y la alta meseta perua-no-boliviana van a ser los escenarios de los más sorprendentes progresos. A su lado, y



Luchador olmeca (Museo Nacional de Antropología, México). A los llamados olmecas se atribuye el preclásico medio de las altas culturas centroamericanas. En sus diversos tipos de escultura, los rasgos mongoloides son acentuados.

en buena parte como precursores suyos, observaremos interesantes provincias culturales: toltecas en México central; olmecas y otros grupos vecinos más al Sur, en el mismo país; culturas de la Costa y de la Sierra en el Ecuador y litoral peruano; culturas chibchas en Colombia, etc.

Todos estos grupos presentan una evolución semejante. Tras las etapas que llamamos formativas y arcaicas, conocen un proceso de gran desarrollo cultural que forma lo que podemos llamar etapa clásica y que termina más o menos alrededor del año 800. A partir del año 1000 surge un renacimiento que vuelve a crear grandes estados. Pero en contraste con el sentido teocrático que tuvieron los de la primera etapa, dominan las formas militaristas en imperios conquistadores.

Otro rasgo que se da en esas altas culturas americanas es el de que poseemos ya sus tradiciones, que quedaron escritas en parte tras la conquista española, y verdaderos textos escritos en los incipientes sistemas de escritura que los indígenas llegaron a conocer. Asombra el detalle y la precisión con que tales recuerdos y tradiciones han sido conservados en la memoria de descendientes de las dinastías indígenas. Naturalmente, mucho se destruyó en los azares de la conquista y la interpretación de los datos no es fácil. La arqueología, muy rica en estas regiones, ofrece también una ayuda de gran eficacia. Combinando sus datos con la tradición histórica, podemos, a partir de esta fase cultural, reconstruir con probabilidad de acierto el pasado de los pueblos que los españoles sometieron en una epopeya que parecía imposible. Muchos problemas se nos presentarán, sin embargo, cuyo enigma no ha podido aún ser desvelado.

El más sugestivo de tales enigmas es el que se nos plantea al preguntarnos si estas altas culturas, obra de pueblos que en relativo poco tiempo han pasado de una vida rudimentaria a un grado envidiable de organización y técnica, han sido impulsadas o no por influencias de pueblos civilizados contemporáneos. Podríamos pensar, como algunos han hecho, en la influencia egipcia o en la fenicia y mediterránea en general. Mejor nos parece aceptar la influencia asiática, desde la China y el sudeste del continente. La llegada de un grupo o de unos pocos individuos, aunque fuera un solo náufrago, puede haber sido decisiva en algún caso. Que ello era posible no puede dudarse después de las travesías de Heyerdahl y otros no menos osados navegantes, y sobre todo cuando arqueólogos tan concienzudos como Betty Meggers y Clifford Evans han demostrado la presencia de pescadores japoneses con cerámicas del estilo de Jomon, que corresponde al neolítico nipón, y que habían alcanzado las costas ecuatorianas. Que además de tal posibilidad existen paralelos convincentes, creo que es innegable. Los tipos artísticos, la decoración de objetos de arte mueble, el calendario y sus relaciones con el sistema teológico y centenares de otros sencillos elementos que adoptan la misma forma imprimen a las altas culturas de América un aire asiático, en parte señalando a la civilización china, en parte señalando a la del sudeste de Asia e incluso al mundo oceánico, que encuentra su más próximo paralelo en la composición étnica de los indígenas americanos.

Quedan, naturalmente, aparte las posibles conexiones atlánticas y queda sobre todo la explicación pormenorizada de los mil y un contactos y conexiones posibles, no sólo en el sentido hacia América, sino también en las posibilidades desde ella hacia Oceanía y las tierras asiáticas. Sin renunciar, por ejemplo, a las lejanas procedencias de la idea de la pirámide o las pinturas de manos en el arte rupestre patagónico, para hacer escueta re-

LAS CIVILIZACIONES DEL MAIZ

El cultivo del maíz es originario de América. En las excavaciones de Tehuacán, en el sur de México, se han encontrado semillas de maíz cuya antigüedad se remonta al séptimo u octavo milenio.

El maíz es la alimentación básica de los pueblos precolombinos.

Su cultivo alcanza rendimientos muy elevados: 70 u 80 granos por uno en la zona seca de México, 150 por 1 en Michoacán y hasta 800 por 1 en Querétaro.

Requiere poca dedicación por parte del campesino: sólo 50 días de trabajo al año.

Excedente permanente de mano de obra.

Gracias a ello, las civilizaciones americanas clásicas, con unos conocimientos técnicos muy inferiores a las antiguas civilizaciones orientales –babilonios, egipcios, chinos–, alcanzaron un nivel material, intelectual y político comparable al de aquéllas.

Pero el maíz es un alimento incompleto, cuyas carencias vitamínicas no suplen suficientemente los tubérculos y las legumbres, muy corrientes también en la dieta indígena. Subalimentado siempre, el indio americano es muy vulnerable a toda clase de enfermedades y epidemias.

ferencia a dos temas de polémica etnológica entre los miles que cabe plantear.

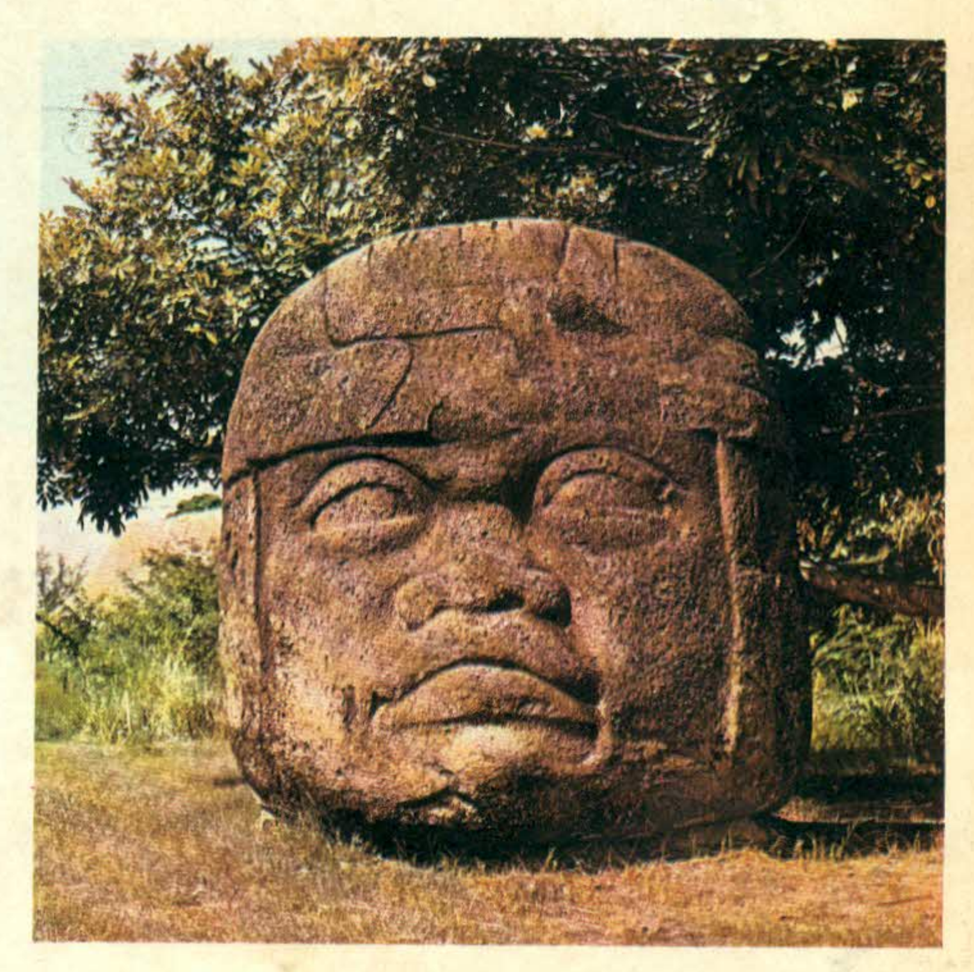
Uno de los núcleos capitales es el situado en la meseta mexicana, cuya base étnica procede directamente de las tierras septentrionales en lento avance hacia el Sur. Si para los aztecas, los últimos llegados, podemos precisar fechas y parentescos, no ocurre lo propio con los pueblos mexicanos que llegaron antes. Quisiéramos saber qué se esconde tras nombres que vemos usados constantemente (olmecas, chichimecas, toltecas y otros), que tal vez corresponden a tribus concretas o acaso tengan un sentido legendario sin equivalente etnográfico verdadero.

Ya explicamos cómo sobre la base de los pueblos cazadores y recolectores del paleolítico una serie de etapas fueron colocando los progresivos escalones que conducen a la civilización. Algunas de estas fases, formativas o arcaicas, han sido atribuidas por algunos a los otomíes. Zacatenco y Ticomán figuran entre los nombres de las fases mejor conocidas.

El horizonte preclásico se puede seguir en lo que se ha llamado Mesoamérica (centro y sur de América, con Yucatán, Guatemala y tierras vecinas en Salvador y Honduras) desde principios del segundo milenio antes de Jesucristo hasta el comienzo de nuestra era. Se puede dividir en tres períodos, situándose el tercero, el más moderno, desde el 600 a. de J.C. hasta las cercanías de la era. Hoy parece claro que en conjunto la etapa preclásica en esta zona corresponde a la enigmática y discutida cultura olmeca. Su importancia es muy grande en numerosos aspectos, no siendo el menos interesante sus posibles relaciones con la zona andina y sus numerosos rasgos sinoides. Su centro de expansión no es conocido con certeza, pero se suele fijar en los estados mexicanos de Oaxaca y Guerrero, extendiéndose por el litoral del golfo (Tabasco, Veracruz) y hasta Guatemala.

La etapa antigua (2000 a 1200 a. de J.C. aproximadamente) ofrece yacimientos tan conocidos como El Arbolillo y Zacatenco en el valle de México y sobre todo en la fase primera de La Venta (Tabasco) y en el Petén y Charcas. Del 1200 al 600 a. de J.C. se sitúa el preclásico medio, durante el cual la cultura olmeca nos aparece en yacimientos como Tres Zapotes (Veracruz) y La Venta, influyendo en otro gran conjunto, Monte Albán (Oaxaca), una de las agrupaciones monumenta-

La cultura olmeca de la costa del golfo de México se caracteriza por la creación de cabezas de extraordinarias dimensiones (Parque Arqueológico de Las Ventas, Villa Hermosa).





Pirámide de la Luna, en Teotihuacán. Se han establecido diversas épocas para los mil años que duró Teotihuacán, y la construcción de las pirámides corresponde a la primera de ellas. La entrada a esta pirámide está orientada hacia el Sur, al contrario de lo que ocurre con la del Sol.

les más impresionantes de la rica arqueología mexicana. Tlatilco y Tlapacoya, en el valle de México, pertenecen a esta fase. La última de las citadas posee las primeras construcciones piramidales y la primera es rica en figuritas de barro cocido, en las cuales ha querido verse la representación de tipos antropológicos muy diversos.

La etapa final del preclásico (600 a fin del siglo I a. de J.C.) es ya de un franco y rápido progreso. En el valle de México destaquemos Cuicuilco y Ticomán y sobre todo el comienzo de Teotihuacán, el más preciado conjunto, que vivirá largos siglos para ser el santuario más famoso del valle de México. La cultura olmeca influye en la maya con las fases locales de Chicanel y Miraflores (Kaminaljuyú).

Éste es el momento del gran apogeo de centros religiosos como La Venta o Monte Albán. Hallamos plataformas con columnas, con ofrendas, estelas esculpidas, estatuillas de tierra cocida con rasgos étnicos que parecen mongoloides, australoides e incluso negroi-

des, figuritas de jade. En Monte Albán hay estelas con danzarines y estucos decorativos con signos de escritura y otros que parecen símbolos de un calendario semejantes a los hallados en La Venta. Un claro paralelo con el arte cerámico chino se nos ofrece en Monte Albán I, en los vasos polipodos. En La Venta aparece la pirámide y en Cuicuilco tenemos pirámides primitivas de planta oval. La cerámica pintada adquiere en esta etapa un gran desarrollo. Nos aparecería así, en este conjunto, el paso de las comunidades campesinas a la vida urbana y a la teocracia. La correspondencia con Chavín, en la cultura peruana, es de gran interés.

Desde los comienzos de la era hasta el siglo X se desarrolla la época clásica, que puede dividirse también en tres períodos. En ella brillan grandes centros de la vida intensamente religiosa del país y naturalmente ello favorece la actividad artística y, aunque desconocemos los nombres de sus grandes artistas, esto no impide que los admiremos. Teotihuacán, Cholula, con sus inmensas pirámides; Tajín, con su pirámide que recuerda las del sudeste de Asia; Monte Albán, Xochicalco y tantas otras son las localidades que rebosan en monumentos de todo género.

En los últimos siglos de esta época la decadencia se hace visible, sin que se conozcan con seguridad las causas de la misma. Tal vez se deban a la sequía y a los cambios climáticos en general, pero a estas causas se pueden agregar revueltas sociales y ataques de los pueblos vecinos. Las invasiones de los pueblos del Norte, concretamente los chichimecas, de los que tenemos ya noticias concretas e incluso nombres de personajes, pudieron ser la causa principal de la decadencia. Tales "bárbaros del Norte" hablaban lenguas nahuas en su mayor parte.

Héroe de este pueblo es Mixcoatl, que se ha comparado con Gengis-Khan y que es tenido por fundador del Imperio tolteca. Ocupó el valle de Acolman-Teotihuacán, venciendo a las tribus nahuas llegadas con anterioridad, además de someter a mazauas y otomíes. Hijo suyo sería el gran héroe mítico y reformador Quetzalcoatl *(Serpiente emplumada)*, y al que se cree fundador de la ciudad de Tula. Le encontraremos más tarde como héroe civilizador, a fines del siglo X, en el Yucatán, adonde emigra e infunde nueva vida en una segunda etapa del Imperio maya. Otra versión que afirma su origen tolteca lo hace autor de un cambio religioso en el que asciende un nuevo dios, Tezcatlipoca. El Imperio tolteca se disuelve a mediados del siglo XII con la destrucción de Tula. Ya por entonces la metalurgia había adquirido notable desarrollo.

Desde fines del siglo XII hasta mediados del XIV se desarrolla otra etapa caracterizada por la continuada acción de los chichimecas. Al frente de ellos, Xolotl destruye el Imperio tolteca y funda la dinastía de Tenayuca. Se inicia entonces una guerra prácticamente ininterrumpida entre las ciudades del fértil llano de México. Entre estas ciudades destacan Colhuacán, Atzapotzalco, Texcoco, Chalco, etc. En las comarcas de Puebla y Oaxaca han adquirido importancia los mixtecas. En el siglo XIII se suceden nuevas inmigraciones en que intervienen tecpanecas, acolhuas y los otomíes ya citados.

Los aztecas, nahuatl o mexica, que habían de quedar como el símbolo del México indígena, llegan en fecha tan tardía como el siglo XIV. Sus tradiciones nos dicen de forma bien clara que venían del Norte, de un país legendario que tenía por nombre Atzlán y que debe situarse hacia el noroeste de Norteamérica. No es, pues, raro que su lengua haya mostrado pertenecer a la misma familia que la lengua del grupo shoshon, que ocupa la meseta occidental norteamericana. Por los recuerdos del pueblo azteca que han llegado hasta nosotros se han identificado lugares de su recorrido como el río Colorado, el río Gila, Casas Grandes, entre otros. Vinieron a parar a la región de Michoacán, donde los recuerdos se hacen más abundantes y precisos.

Con la llegada de los aztecas al valle de México empieza la última etapa, la más brillante por lo menos en el aspecto de domi-



Diversos útiles de obsidiana procedentes de Teotihuacán (Museo Etnológico, Barcelona). El desarrollo de esta cultura corresponde al período llamado preclásico superior o formativo.

EL CALENDARIO AZTECA

El calendario azteca es muy perfecto y deriva claramente de los calendarios indígenas que los aztecas encontraron en el país y esto explica las relaciones con el sistema maya. Ya dijimos que todos estos sistemas de calendario en suelo americano proceden de formas asiáticas orientales, por caminos y en época que no es fácil precisar por ahora. Aun con estas limitaciones, asombra el que en ese campo se llegara a tal perfección, que supone largas épocas de preparación y los medios de recordar los fenómenos celestes para organizar un sistema tan complejo.

Para los aztecas, el año se dividía en 18 meses de 20 días, con los que, agregando cinco días complementarios, componían el año de 365 días. Junto al anterior sistema se conocía el llamado *tonalamatl,* que acaso fuera el vestigio de un año lunar anterior en que los períodos eran 13, de 20 días cada uno, en total 260 días. No parece que en el ,sistema usado se agregase cada cuatro años un día complementario como en nuestro calendario juliano. Pero además conocían otros ciclos más amplios. El ciclo de Venus tenía 584 días y existía el de 4 años solares, el de 52 años y el de 104. Cada día del mes tenía su signo propio, su número de 1 a 13, y se colocaba bajo la advocación de uno de los nueve señores de la noche. Los meses se designaban con un nombre que correspondía al de la fiesta de su último día, teniendo cada día un nombre por el lugar que ocupaba en el *tonalamatl* y en el ciclo de Venus. Sólo cada 52 años solares coincidían las denominaciones del año solar y del *tonalamatl,* y cada 104 las de los tres ciclos. Sistema difícil de interpretar, pero perfecto.

El período de 52 años se inauguraba con el rito mágico de la obtención del fuego nuevo encima del cuerpo de un sacrificado. El día primero del año parece que era el primer día del mes *toxcalt,* que en 1521 coincidió con nuestro 3 de mayo. Cada mes tenía sus atribuciones y divinidades protectoras y, naturalmente, sus sacrificios peculiares.

L. P.



Chalchiuhtlicue, diosa del agua, en representación del arte teotihuacano.

nio político y de organización de un imperio y que además conocemos bastante bien gracias a las tradiciones conservadas todavía en el momento de la conquista. Esas tradiciones nos dan los nombres de los monarcas de las varias ciudades que figuran en la lucha que entablan por la hegemonía y que acaba con el triunfo de los últimos llegados, los aztecas de Tenochtitlán. Esta última ciudad, junto con Colhuacán, Texcoco, Atzapotzalco y Cholula, sintetizan esta interesante historia. La primera de ellas mantuvo su hegemonía en el valle de México durante tres siglos, mientras Texcoco era un centro cultural donde alrededor del 1300 se introdujo el culto de Tezcatlipoca y el monarca Quinatzin dio un impulso a su nación formando una dinastía poderosa en la que predominaba la lengua nahuatl. Era la época en que los tenochcas o aztecas iban abriéndose paso hacia el Sur.

A mediados del siglo XIV, los acontecimientos van a precipitarse. Se inicia la expansión de los tecpanecas de Atzapotzalco, quienes, al mando de Tezozomoc, dominan Texcoco y el decadente Colhuacán. Poco después del 1427, Maxtla sucede a su padre Tezozomoc. Junto a los lagos mexicanos han surgido nuevos centros urbanos: Tlatelolco, Tlacopán y sobre todo Tenochtitlán, levantada en las tierras pantanosas del lago por los aztecas tenochcas recién llegados.

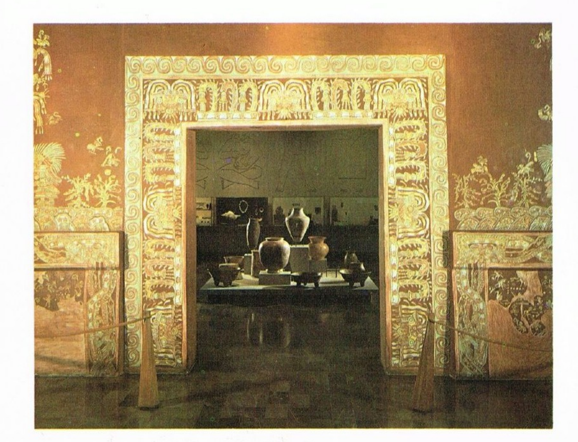
En este momento surge la fuerza extraordinaria de esta última ciudad, que había de tener tan gran futuro. Los tecpanecas los habían dejado pasar para establecerse en Chapultepec. Practicaban el rapto de mujeres, por lo que fueron castigados por el rey Huitzilhuitl, huyendo entonces parte de ellos a



Recintos destinados a los sacerdotes, construidos al pie de la pirámide de la Luna, en Teotihuacán.

refugiarse en los islotes del lago de México. Ayudaron a Coxcox, cacique de Coyoacán, en su lucha con Xochimilco, y en premio a su valor Coxcox dio su hija como esposa al jefe tenochca. Pero los tenochcas eran crueles y sacrificaron a la joven en una ceremonia a la que invitaron a su padre y en que un sacerdote se recubría con la piel de la víctima. El padre se vengó y la Tenochtitlán del lago, que había sido fundada en 1325, en la misma época en que se fundaba otra ciudad con elementos levantiscos, Tlatelolco, sirvió de refugio a los elementos más belicosos. Un jefe acolhua, Acamapichtli, reina en Tenochtitlán y lucha contra Tenayuca y Colhuacán. Le sucede Huitzilhilhuitl II, yerno de Tezozomoc, que logra vencer a Texcoco, seguido por Chimalpopoca, que fue asesinado por Maxtla.

Con el nuevo jefe de Tenochtitlán, Ixcoatl, cuyo reinado empieza en el año 1428, el papel de Tenochtitlán alcanza un lugar preponderante. El monarca azteca, aliado con Texcoco y Tlacopán, vence a los tecpanecas. La independencia que consigue es definitiva. Aparte sus victorias militares, su gobierno



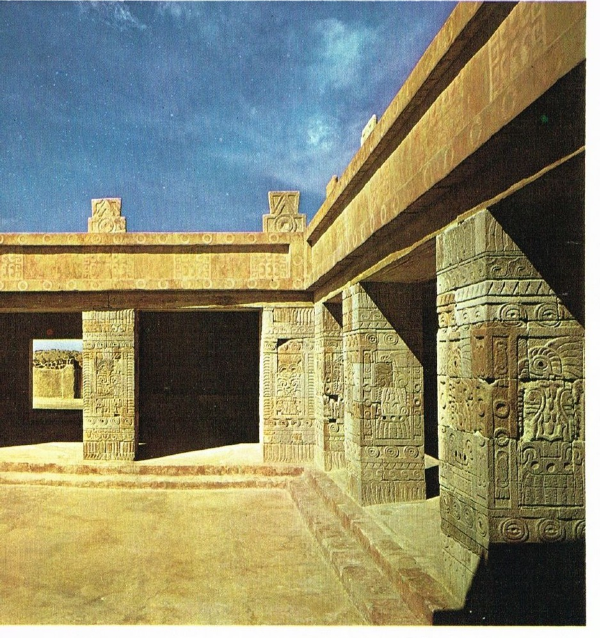
Puerta y pared pintadas en el estilo propio de Teotihuacán (Museo Nacional de Antropología, México).

dejó profunda huella por su protección al culto y la construcción de templos. Por medio de terraplenes se unieron las islas sobre las que se asentaba la ciudad con tierra firme. Entre sus aliados sobresale un famoso rey de Texcoco, Netzahualcoyotl. Tenochtitlán extiende su dominio sobre chalcas y xochimilcas.

A la muerte de Ixcoatl, le sucede en 1440 Moctezuma I, el Iracundo. Venció a los chalcas y extendió su dominio hacia el Este y el Sur. Sigue la alianza con Texcoco, mientras Tlacopán desaparece de la escena política. Se le deben numerosas obras en la capital, entre ellas un acueducto. Nuevos cultos se introducen y crece la afición al sacrificio de prisioneros.

El nuevo monarca, Axayacatl, a partir de 1469 siguió la política conquistadora, alcanzando los territorios de Oaxaca y Tehuantepec, pero fue derrotado por los tarascos. Sometió la importante ciudad de Tlatelolco, que compartía con Tenochtitlán el culto al dios de la guerra Huitzilopochtli. Durante su reinado se labró la famosa pieza arqueológica llamada "Calendario azteca", en el que muchos autores ven un símbolo del universo tal como lo imaginaban los aztecas. El progreso científico de la época puede simbolizarse a su vez en la figura del rey de Texcoco, Netzahualcoyotl, gran astrónomo y al mismo tiempo hábil administrador, que murió por entonces. Fue sucedido por su hijo Netzahualpitli, casado con una princesa azteca, hermana de Moctezuma II, lo que prueba los lazos que se establecían entre los diversos estados mexicanos.

Más breve fue el reinado de Tizoc, hermano de Axayacatl. Tizoc reconstruyó el templo de Huitzilopochtli. Pero fue a su hermano Ahuitzol, quien le sucedió en 1486, al que le correspondió la tarea de inaugurarlo. Gracias a las afortunadas campañas militares de la época, se dispuso de miles de víctimas para ser sacrificadas con tal motivo. Puestos



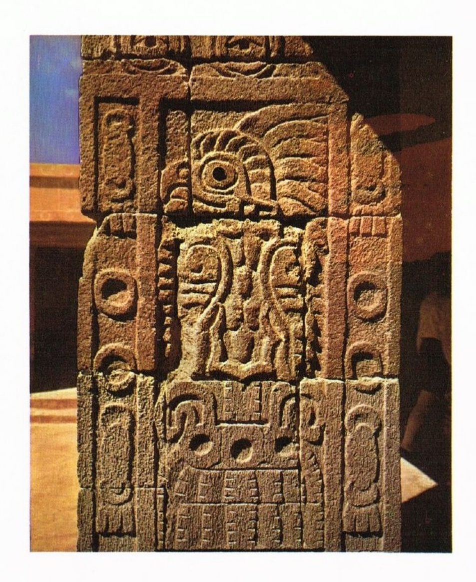
Patio del palacio de Quetzalpapalotl (Quetzal-mariposa), rodeado de columnas de piedra tallada y decorada con figuras en todas sus caras y que estuvieron policromadas. Este palacio pudo reconstruirse casi íntegramente y es muestra de una de las mansiones de la aristocracia de Tiahuanaco.

	México del Noroeste (Estados de Colima, Nayarit y Jalisco)	México Central (Estados de México, Puebla, Hidalgo y Tlaxcala)	Zona del Golfo (Estado de Veracruz)	Yucatán (Estados de Yucatán, Campeche y Chiapas)	Guatemala, Honduras y Salvador	México del Sur (Estados de Oaxaca y Guerrero)
Comienzos de la civilización clásica						
200 d. de J.C.		Teotihuacán II Teotihuacán III Grandes construcciones religiosas: templos y pirámides Estatuaria monumental Pinturas al fresco Cerámica policroma, decorada con motivos religiosos Técnicas líticas				Zapotecas: Monte Albán II Influencia olmeca Estatuillas funerarias
300 d. de J.C.	Primeras culturas de Colima, Nayarit y Jalisco Estatuillas de barro de hombres y animales sin ningún carácter religioso	Destrucción de Teotihuacán III		Inicios de la civilización maya Técnicas líticas, desconocimiento del metal	Expansión maya	
500 d. de J.C.			Totonacas: civilización de Tajín. También civilización clásica de Veracruz Técnicas líticas muy avanzadas	Apogeo de la civilización maya		Apogeo zapoteca: Monte Albán III, Monte Albán IV Urnas-retrato, al parecer de uso funerario Tumbas decoradas con frescos Grandes templos
900 d. de J.C.		Toltecas ¿Creadores de la civilización de Teotihuacán? ¿Sucesores de la civilización de Teotihuacán? Emigrantes procedentes del Norte, conocedores de los metales Estado teocrático; clanes guerreros Nuevo estilo arquitectónico Gran influjo cultural sobre los aztecas		Emigración maya hacia el Norte		
1250 d. de J.C.		Emigración de los toltecas hacia el Sur		Expansión tolteca		
		Tribus nómadas procedentes del Norte invaden el centro de México; la tribu nahua de los aztecas, con una sólida organización militar, se impondrá a todas las demás				
1430 d. de J.C.		La civilización mixteca en Puebla e Hidalgo				Civilización mixteca Varios grupos étnicos Manuscritos miniados Cerámica de lujo
		Constitución de la Confederación azteca: conquista de México				
Conquista por los españoles						

CIVILIZACIONES CLASICAS EN MEXICO

en fila los prisioneros, el rey y luego los altos dignatarios les iban arrancando el corazón. También se le deben notables obras públicas en la capital. Mayores esfuerzos le exigieron tlascaltecas y cholultecas, que no se avenían a ser dominados por los sanguinarios monarcas aztecas.

Le sucedió en 1503 un sobrino suyo que llevaba el nombre de Moctezuma II y el apodo de Xocoyotzin *(El más joven)*. Una serie



Detalle de uno de los relieves que adornan las columnas del patio del palacio de Quetzal-mariposa, en Teotihuacán.

de años azarosos parecía presagiar desgracias y aun el fin del mundo, que los mexicanos temían siempre. La fiesta del fuego nuevo, de gran importancia en la vida de esas tribus y que era una reminiscencia lejana de un problema capital para las primeras sociedades humanas, se celebró por última vez en 1507. Tuvo que luchar este monarca con los rebeldes tlascaltecas y con Texcoco para vengar la muerte de su hermana.

Llegaron ya pronto noticias de blancos extranjeros que recorrían las costas en extrañas embarcaciones, noticias que se interpretaban de acuerdo con las viejas creencias y supersticiones que hablaban del fin del mundo o de dominaciones de héroes lejanos. En 1517 Grijalva llegaba a la región de Veracruz y en 1519 Hernán Cortés iniciaba la conquista de México. A la muerte de Moctezuma le sucedió Cacama y a éste Cuahutemoc (Guatemozín), que defendió sin éxito Tenochtitlán y fue ejecutado cuatro años después.

Para valorar el esfuerzo cultural mexicano en su conjunto nos haría falta conocer la historia de las restantes tribus mexicanas. En las páginas que siguen, al describir los principales rasgos de la cultura mexicana, entraremos en más detalles, sobre todo, de la vida de los aztecas, los mejor conocidos.

Mucho mayor interés que la lucha secular entre unas y otras tribus de Centroamérica, con los pintorescos y sangrientos incidentes entre sus caudillos, lo ofrece la descripción de sus modos de vida, su economía, su organización, su religión, su arte, sus conocimientos científicos. Los datos obtenidos por la investigación arqueológica y por el estudio de las tradiciones conservadas por los cronistas españoles próximos a la conquista nos permiten formar una idea bastante aproximada de cuáles eran su vida y sus costumbres en los más diversos aspectos y cuál el ambiente vital en el que se movían.

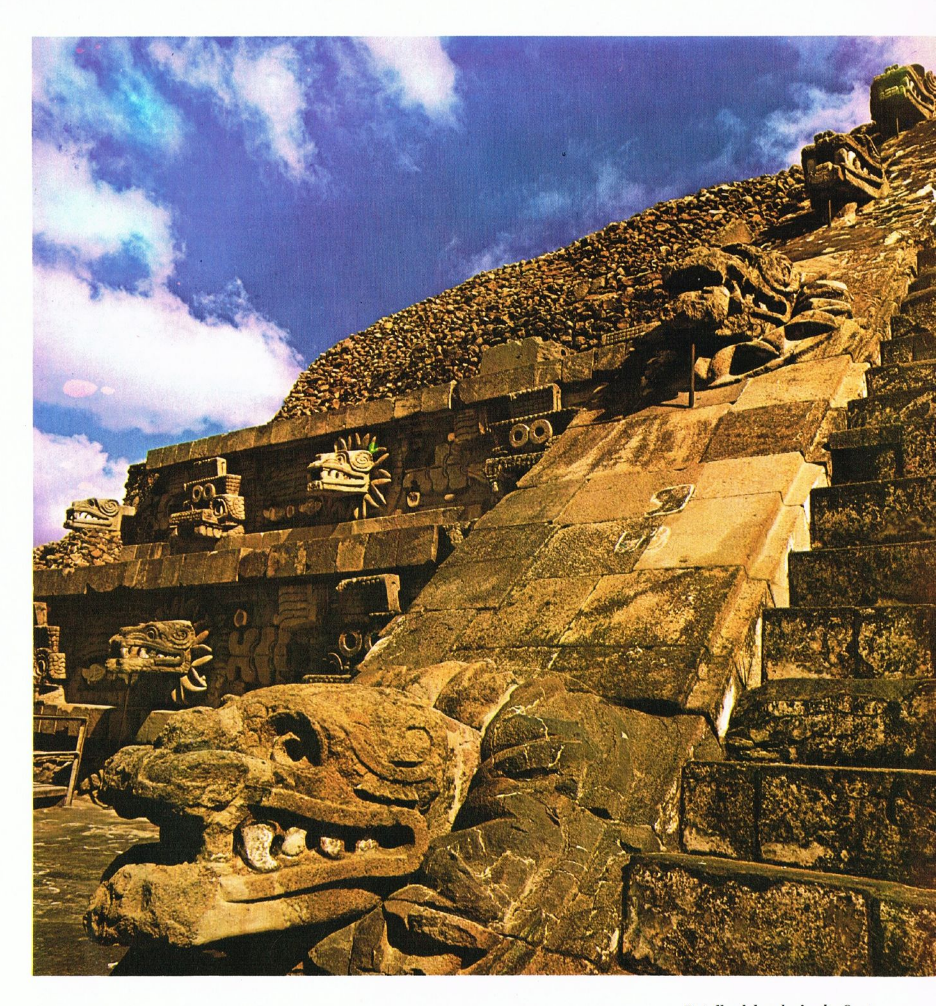
En seguida nos aparece la cultura azteca como una cultura urbana en la que la ciudad desempeñaba un importante papel, como ocurría con los conquistadores españoles. También entre ellos una gran plaza era el centro urbano y en ella se levantaba el *teocalli* o templo, así como los restantes edificios públicos. En ella convergían calles rectas y estrechas. La capital, Tenochtitlán, obedecía al mismo plano, pero contaba con calles más anchas, puentes y plazas. Algunas ciudades estaban fortificadas.

Dentro de la ciudad se daba con frecuencia el tipo de casa de piedra, de planta rectangular y cubierta de ramas, con cubierta plana o a doble vertiente. Más modesta era la casa semejante hecha con adobes o la choza oval de postes o cañas, revestida de barro y con techo de hojas de palma, que era propia de la zona costera. Una tinaja de barro servía de granero y la casa contaba a veces con temazcal o baño de vapor.

Existía una gran diferencia entre el traje de las gentes sencillas y el de las clases poderosas, que se acusaba mucho más todavía en los ornamentos. El traje simple para los hombres solía consistir en un paño entre piernas y una manta anudada sobre el hombro izquierdo, con lo que los brazos quedaban libres. No solían cubrirse la cabeza y se calzaban con sandalias de piel o de agave. Las mujeres usaban una saya y una especie de camisa corta, que llegaba hasta la rodilla, el llamado *huipilli*, con diversos peinados. Las damas importantes usaban un paño pectoral



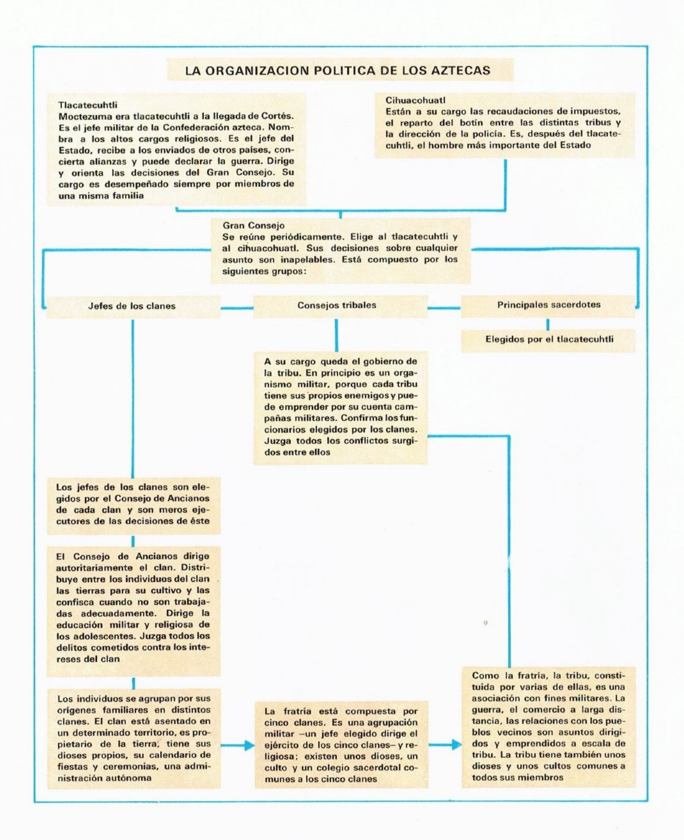
Exvoto funerario procedente de Teotihuacán (Museo Etnológico, Barcelona).



Detalle del palacio de Quetzalcoatl, en Teotihuacán, a cuyo segundo período corresponde y cuya fachada está decorada con cabezas de grandes serpientes emplumadas y conchas, que recuerdan el tema central de su religión: el agua.

cuadrado. Los tejidos corrientes se hacían de fibras de agave o de algodón. Los señores usaban telas más complicadas y tejidos más ricos, incluso con la técnica del batik. Ricos adornos completaban los trajes de ceremonia, adornados con aplicaciones, gracias a las cuales se adivinaba el rango del que los usaba. La manta o *tilmatli* se decoraba con los atributos tribales.

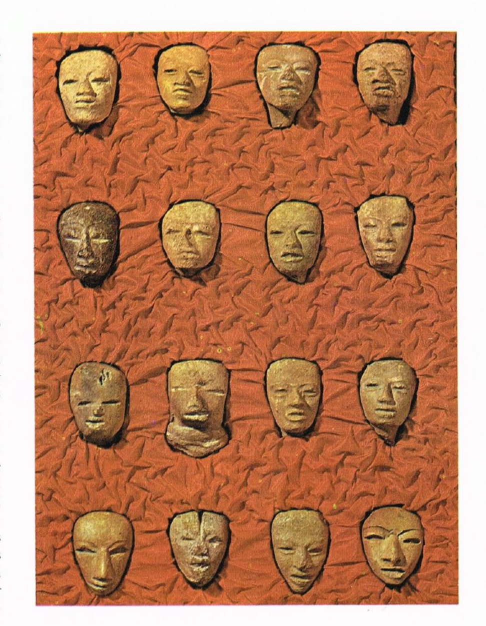
A todo superaba en magnificencia y coste el trabajo de plumas. Los señores colocaban debidamente apoyados sobre sus cabezas im-



ponentes dispositivos, más voluminosos que sus propias personas, que reproducían figuras animales. Los sacerdotes imitaban en sus trajes y adornos a los dioses a quienes servían. Orejas, labios y tabique de la nariz se ornaban con varillas o anillos atravesados. Plata, oro y cobre dorado se usaban como metales preciosos, a los que se sumaban placas, colgantes, cadenas, placas pectorales, collares, brazaletes, diademas de piedras preciosas, conchas, turquesas y jade, tan buscado. El monarca llevaba una diadema triangular y en mosaico de turquesa. Los mercaderes, que adquieren en esta época una gran importancia, tenían como símbolos un manojo de plumas o un bastón de bambú. Es curioso que usaran también como adorno la obsidiana y la resina fósil, el ámbar. No menos extraordinaria es la aplicación de piezas metálicas insertadas en los dientes. Ciertas tribus eran especialistas en determinados adornos: así, los zapotecas, en el trabajo del cobre; los mixtecas, en el del oro; los huaxtecas, en las conchas; los olmecas, en la piedra, lo que supone un intenso tráfico comercial. Con el pulimento de la obsidiana se fabricaban espejos.

La afición al adorno llegaba a la ornamentación corporal, pintándose símbolos adecuados a la categoría de la persona. Para ello se empleaban las llamadas pintaderas, piezas de cerámica con las que se aplicaba la

Cabecitas de terracota del tipo llamado "retrato", posiblemente usadas como exvoto u ofrenda (Museo Etnológico, Barcelona). Corresponden al período tercero de la cultura teotihuacana o clásico de la secuencia general.



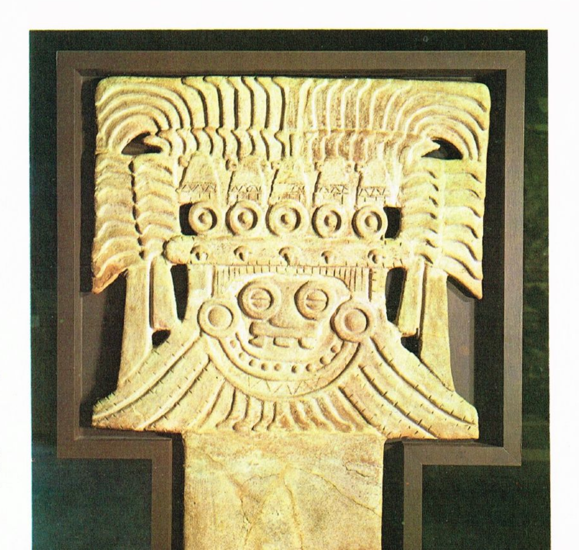
pintura. Es curioso que se conozcan pintaderas con fines parecidos en diversos lugares del Viejo Mundo, siendo abundantes en Canarias, lo que no deja de plantear un difícil problema.

La economía mexicana se basaba en el maíz. Excepto los jefes, sacerdotes y funcionarios, todos los hombres trabajaban como agricultores. La labor era de azada, con irrigación de los pequeños campos y abono con estiércol humano. El maíz se utilizaba de muy diversas maneras, sobre todo en los panes o tortas a base de la harina lograda en los metates, aromatizándolo con diversos productos. Del tallo se obtenía un producto azucarado, y de sus granos verdes, una especie de líquido con el que se hacían buñuelos. El fruto del magüey, fermentado, producía el pulque u *octli,* altamente embriagador. Si pensamos en el *peyotl* y el tabaco, nos daremos cuenta de la importancia de tales productos excitantes, o drogas, de los que se conocían muchos más. Pero tendremos que reconocer su inventiva y cuánto les debemos si recordamos el chocolate, que preparaban con cacao y vainilla.

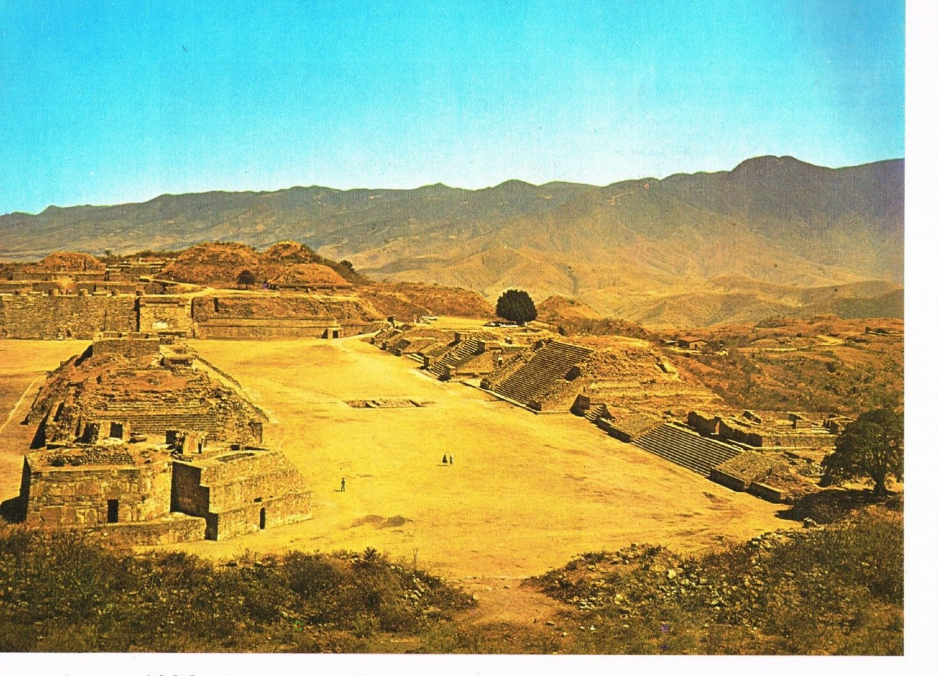
Aparte la caza y la pesca, la agricultura era la de roza, con azadas o hachas de piedra, preparando la milpa para que el maíz se cultive en ella hasta un par de años. Otras veces se preparaba por medio del incendio, con el consiguiente abono mediante las cenizas. La caza se acompañaba del sacrificio de los gozques o pequeños perros, que constituían uno de los pocos animales domesticados por los centroamericanos. Otro era el pavo. También se explotaba la miel.

Se practicaba la irrigación donde era posible y en las regiones lacustres se cultivaba sobre jardines flotantes, las llamadas *chinampas.*

En otras técnicas hicieron grandes progresos y se hallaban en el camino de importantes logros. La metalurgia, como ya vimos, era reciente. El metal más usado era el cobre, que se trabajaba por el método primitivo, como si fuera una piedra, a martillo, o



Almena de barro teotihuacana en que se representa a Tlaloc, el dios de la lluvia (Museo Nacional de Antropología, México).



Aspecto parcial de las ruinas de Monte Albán, centro religioso que, al igual que otros puntos, adquirió gran importancia al final del período preclásico.

se fundía para fabricar hachas, lanzas, puñales y campanillas. Conocían la aleación con el estaño o el plomo. La orfebrería ha perdido muchísimas obras maestras por la codicia de los europeos, pero aún se conserva crecido número de piezas, figuritas animales, ornamentos, etc.

Hemos hablado ya de su perfección en la labra de la piedra. Aparte las viejas tradiciones que llevan a la factura de los insuperables cuchillos ceremoniales para sacrificios, la piedra, obsidiana, cristal de roca, turquesa, etc., servían para fabricar vasijas y toda clase de mosaicos.

Como ceramistas es difícil encontrar quien los iguale. Vasijas y platos de formas muy variadas llevan pinturas o grabados, con motivos geométricos o con incrustaciones de formas animales y humanas. De barro cocido eran innumerables figuritas, cuyo número es inagotable, pues servían como ofrenda en los santuarios.

No menos hábiles eran en el tejido, a pesar de lo rudimentario de sus telares. Agave, algodón y pelo de conejo figuran entre las materias textiles. Se usaba la policromía tiñendo los hilos con productos diversos, entre los que destaca el color rojo vivo de la cochinilla o kermes. Disponían las plumas, de las que las aves americanas ofrecían riquísimas posibilidades de color, entretejidas sobre una red, y así obtenían preciosos mosaicos de plumas en capas o tocados para sus jefes y sus dioses.

Sus armas eran las propulsoras: el arco, la honda, la cerbatana. El *maquaitl* o macana estaba formado por una pieza larga y estrecha, de madera, en cuyos bordes se incrustaban puntas de obsidiana. Armas defensivas eran a su vez los escudos redondos y corazas de algodón.

Los medios de transporte, con la falta de animales de tiro o carga y la ausencia de buenas vías, eran muy precarios. Pero también en este aspecto la época azteca vio grandes progresos. Los pochteca o mercaderes realizaban su comercio hasta regiones alejadas y servían incluso de red de espionaje para los monarcas aztecas. El transporte tenía que realizarse llevando los bultos sobre la espalda

NUEVAS TEORIAS
SOBRE LA HISTORIA PRIMITIVA DE MEXICO

Estudiar las modificaciones del medio ambiente, los distintos modos de implantación de los grupos humanos y su evolución demográfica, los cambios culturales y técnicos, y todo ello como punto de partida para describir y explicar las formas de organización e integración social que se han sucedido en el valle de Tehuacán durante casi doce mil años, desde la prehistoria hasta la conquista española, tal es, en síntesis, el programa cubierto por un equipo de investigadores norteamericanos financiados por la R. S. Peabody Foundation for Archaelogy. Un balance y una primera interpretación de los resultados obtenidos han sido publicados en el último número de la revista francesa de historia "Annales" (noviembre-diciembre de 1971). Por la amplitud de sus conclusiones, el artículo replantea de manera explícita toda la historia primitiva de México.

La base material de la investigación parece muy sólida. Durante cinco años de permanencia en el valle de Tehuacán, durante los cuales no se han regateado medios ni esfuerzos, los distintos especialistas –ecólogos, geógrafos, naturalistas y arqueólogos– han podido acumular y analizar 700.000 objetos diversos y más de 200.000 restos botánicos y zoológicos, producto de la exploración arqueológica de 2.400 km² y la excavación de cuatrocientos cincuenta sitios, doce de ellos estratigráficamente.

Como se habían propuesto, sus autores no han querido limitar sus consideraciones a aquellos puntos para los que directamente sus investigaciones ofrecían datos seguros y abundantes, como las variaciones climáticas, la flora y la fauna, el equipo material y técnico de las distintas culturas, sino que, pasando más allá, han querido trazar una historia global, a la vez natural y humana, del valle de Tehuacán. Opción ambiciosa y razonable, pero cuyos límites no deben desconocerse: a medida que nos alejamos del contexto arqueológico, la verosimilitud de las observaciones se debilita paulatinamente, para acabar, al entrar en la demografía y la sociología, en el delicado terreno de lo puramente hipotético.

Nos quedamos maravillados al saber que entre el 5000 y el 3400 a. de J. C. la densidad del valle de Tehuacán era de 155 habitantes por cada 100 km², pero en este caso la cifra exacta no traduce sino la fragilidad de los cálculos. Para establecer esta densidad se ha partido de un axioma tan sencillo como discutible –a cada habitante corresponden 50 m² de restos arqueológicos– y se han realizado operaciones muy simples y claras –división de la superficie hallada para cada fase por el número total de años de ocupación; división del área-año resultante por el canon de restos fijados para cada habitante–, pero cuyos factores parecen muy difíciles de establecer con relativa exactitud. En todo momento se presentan estas estimaciones demográficas como hipótesis, pero ello no es óbice para que los datos demográficos sean utilizados como base para lanzar y apoyar las distintas explicaciones sociológicas. Como es corriente en este tipo de estudios, la reconstrucción sociológica suele apoyarse en la etnología comparada. A partir de la semejanza entre los niveles cultural, técnico y demográfico de la cultura estudiada con una cultura primitiva actual, se considera que la superestructura social y religiosa de esta última nos da una imagen válida de la de aquella otra.

En los actuales estados de Oaxaca y Puebla, entre dos elevadas cordilleras, la Sierra Madre Oriental y la Sierra Mixteca, se encuentra el valle de Tehuacán. Región de agudos contrastes ecológicos, las precipitaciones son, en general, escasas, lo que determina ciertamente la existencia de una vegetación xerófila y una fauna casi desértica.

En esta región poco hospitalaria, el hombre aparece por primera vez hacia el año 10000 a. de J. C. (fase Ajuereado, 10000-7000 a. de J. C.). Son grupos reducidos, dos o tres familias en este primer período, diez o doce en el período posterior (fase El Riego, 7000 a 5000 antes de J. C.). Nómadas, recorren todo el valle, aprovechando en cada estación los recursos alimenticios que les brindan sus distintas zonas. Hacia el 5000 a. de J. C. (fase Coxcatlán, 5000-3400 a. de J. C.), los campamentos temporales de estos hombres parecen localizarse con preferencia en los sitios más húmedos del valle, como si empezaran a buscarse conscientemente las zonas más favorables a una hidroagricultura –cultivos en campos inundados–, cuyos primeros vestigios aparecen ahora. La base de su alimentación es la caza y la recolección de frutos silvestres; la densidad es muy baja, 6,25 habitantes por 100 km². Tres rasgos definen las culturas primitivas con este nivel material: la territorialidad, la patrilocalidad y la exogamia. La autoridad existe, aunque limitada a ocasiones excepcionales: cacerías colectivas, prácticas rituales.

En las fases inmediatas (Abejas, del 3400-2500 a. de J. C.; Purron, del 2300 a 1500 a. de J. C.), la agricultura se extiende a las terrazas de los valles y a lo largo de los ríos que los recorren. Por primera vez aparecen establecimientos permanentes, aldeas de chozas de barro y paja semisubterráneas. Es una sociedad cuya subsistencia depende totalmente de la recolección y la agricultura, forma de transición para la que las sociedades primitivas actuales no ofrecen ningún modelo.

Con Ajalpán (1500-850 a. de J. C.), tres modificaciones sustanciales y estrechamente relacionadas entre sí se producen: *a*) concentración de la población en el borde de los ríos; los productos agrícolas constituyen el 43 % de la alimentación global. *b*) Sedentarización; de los trece sitios arqueológicos explorados, once son aldeas. *c*) Notable aumento de la población; 42,62 habitantes por 100 km², es decir, unos 1.023 habitantes en todo el valle, casi el triple de las fases anteriores. Los poblados están constituidos por la agrupación de distintos clanes matrilineales que adoran símbolos femeninos de la fecundidad.

En los años siguientes (Santa María, 850-150 a. de J. C.; Palo Blanco, 150 a. de J. C.-700 d. de J. C.), la evolución se acelera. La generalización de la agricultura de regadío, primero limitada a la orilla de los ríos, extendiéndose y conquistando luego las zonas menos favorecidas del valle, explica el crecimiento espectacular de la población (165 habitantes por 100 km² en la fase Santa María; 1.110 durante Palo Blanco).

Los tipos de establecimiento se tornan complejos: el pueblo, con un montículo o espacio central, a manera de plaza, con funciones administrativas, económicas o ceremoniales; la villa, que se diferencia del pueblo por poseer dos o tres áreas centrales. Junto a las viviendas, rectangulares con una o varias habitaciones, construidas en piedra, encontramos construcciones de uso colectivo: pirámides truncadas revestidas de piedra, estadios para el juego de la pelota, canales de regadío y caminos de tierra. Todo parece indicar una organización social que ha sobrepasado los estrechos límites del clan para cristalizar en una forma superior: la tribu con sus divinidades particulares, unas ceremonias colectivas y una incipiente división del trabajo (agricultores, alfareros, peones dedicados a la obtención de la sal o a las grandes obras públicas, comerciantes y sacerdotes). Una sociedad de clases en la que las pequeñas chozas de la periferia de las villas y las sepulturas humildes se asocian a la población agrícola, mientras las viviendas de piedra del centro y las sepulturas con múltiples ofrendas pertenecen, sin duda, a los distintos especialistas.

Con Venta Salada, 700-1500 d. de J. C., y sus grandes ciudades fortificadas, cuyo nombre conocemos por los códices españoles, Teotitlán, Coxcatlán, Calipán, Zapotitlán, Chilac, estamos ya en época histórica: es el estado teocrático de Teotitlán, señorío autónomo, aliado de los aztecas.

M. L. G.



sostenidos por una faja frontal, cuando acudían a las abundantes ferias que en Centroamérica se celebraban. La navegación no se desarrolló apenas en esta región. Pero en las rutas terrestres se encontraban puentes y sabemos de mapas rudimentarios. Gran dificultad suponía la falta de una verdadera moneda, que naturalmente América no llegó a conocer. Para suplirla, el comercio se realizaba por el rudimentario sistema del trueque o tomando como valores granos de cacao, cuentas de oro, armas, útiles, adornos, polvo de oro, retazos de metal en forma de T. Se reunían los granos de cacao en número de cuatrocientos para formar un *zontli,* y con veinte de ellos, un *xiquipilli.*

Estudiar la organización social y política de los aztecas ofrece el interés de examinar el momento de cambio de una sociedad primitiva a una sociedad que requiere por su extensión y ambiciones unos medios poderosos: ejército, jefes militares, incluso espías en los países vecinos, para lo que servían los mercaderes. Por esta razón encontramos en

Urna perteneciente a la época de Monte Albán II, que representa a un dios con el yelmo de ave de pico ancho (Museo Nacional de Antropología, México).

Urna con representación del Dios 5F, hallada en Loma Larga y perteneciente a un período de transición en que a la cultura propia de Monte Albán se superponen fuertes influencias teotihuacanas (Museo Nacional de Antropología, México).

ellos formas arcaicas al lado de las impuestas por las nuevas necesidades políticas. Las viejas formas tribales, en cambio, van reduciendo su papel y hubieran acabado por extinguirse si no se hubiese interrumpido su evolución con la conquista española. El antiguo clan totémico, con su exogamia y régimen de patriarcado, es sustituido por el predominio de la familia y también por el de los gremios artesanos. El clan, al que se pertenece por filiación, se ve sustituido por el *calpuli*, que tiene carácter territorial. Prueba de ello es que mientras habían existido siete clanes dentro de la tribu mexicana, ahora aquellos *calpulis* serán veinte, cada uno con su nombre, sus símbolos y sus cultos peculiares. La fratría era equivalente al barrio y, por tanto, se situaba entre la tribu y el clan, siendo su número de cuatro y combinando un sentido religioso y una función militar.

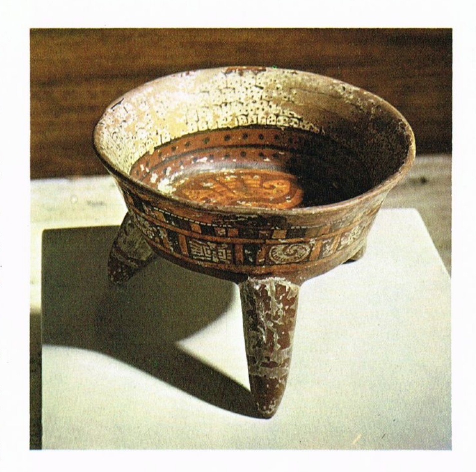
El *calpuli* tenía a su frente un consejo que elegía al *calpolec*, que desempeñaba importantes funciones, ya que no sólo administraba la justicia, sino que repartía las tierras del clan para su cultivo. Funciones de policía y penales, al mismo tiempo que cuidaba de la educación militar de la juventud, tenía el *tiacuah*. El *calpolec* repartía las tierras para su cultivo a los cabezas de familia, separando las dedicadas a los jefes y a los templos. El cultivo de las tierras asignadas era obligatorio, y su abandono, duramente castigado.

Cada clan elegía un miembro del consejo tribal *(tlatocan)*, que cada doce días se reunía en el *tecpan*, con facultades omnímodas. A sus reuniones podían asistir grandes dignatarios. Los dos dignatarios supremos eran los dos jefes de la tribu, uno civil y otro militar, elegidos con carácter vitalicio dentro de un clan fijo. El civil era llamado *Cihuacohuatl* (serpiente hembra) y era juez supremo, ejecutor de las decisiones del consejo y recogía los tributos. El militar era llamado *Tlacatecuhtli* (jefe de hombres) y al unir la fuerza militar con el poder religioso era la primera figura en el estado en evolución. Por ello fue tomado por los españoles como el monarca de México.

Y, en realidad, cuando los españoles llegaron, México se había convertido prácticamente en una monarquía hereditaria. El primer jefe, que recibía, además del título de Tlacatecuhtli, el de *Huetlatoani* (el gran hablador), poseía poderes de verdadero déspota y había que acercársele con la mirada baja. Recibía grandes tributos de los países sometidos y a su alrededor encontraba en los nobles sus consejeros *(tlatocan)*. Aparte sus dos mujeres oficiales, contaba con un harén de ciento cincuenta esposas secundarias.

La vía hacia el Imperio había trastornado también la primitiva igualdad social, que ya no se adaptaba tampoco a la vida urbana que iba predominando. A los quince años empezaba la vida militar, de la cual sólo estaban exceptuados los que se dedicaban al sacerdocio, cuya vida incluía muchos sacrificios penosos. La situación de los mercaderes, con sus riquezas, creó otra clase social que, al igual que la de los burócratas, tendía a hacerse hereditaria. Así se va acentuando la separación entre pueblo y esclavos, por un lado, y las clases altas, sacerdotes, militares y mercaderes, por otra.

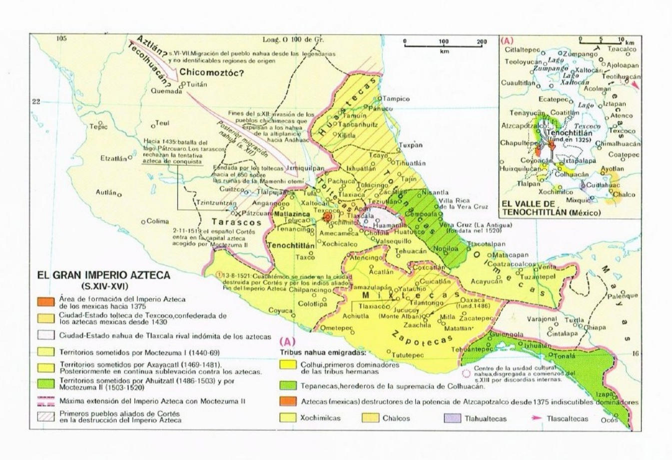
Era obligatorio casarse, y quien no lo hacía podía caer en esclavitud, al igual que el que no cultivaba las tierras que le correspon-



Cerámica trípode de tradición de Monte Albán I (Museo Nacional de Antropología, México), en la que se ve un claro paralelo con el arte cerámico chino.

Reproducción de la pirámide de Tajín, con sus curiosísimos nichos, en un mural de Diego Rivera en el Palacio Nacional de México. Su construcción corresponde ya a la época clásica.





dían. El hijo mayor heredaba la situación del padre, pero debía cuidar de sus hermanos menores. La esclavitud desempeñaba un gran papel, y aunque podía el esclavo ser liberado en determinadas ocasiones, y eran libres los hijos de caídos en esclavitud, era frecuente que se buscasen esclavos mediante campañas militares para obtener víctimas en los cruentos sacrificios que su religión imponía. La monogamia era obligatoria y el divorcio limitado a ciertos casos. El derecho era de transmisión oral. El derecho penal era muy duro.

En realidad, lo que llamamos Imperio azteca era una federación de tres ciudades, Tenochtitlán, Texcoco y Tlacopán, aunque los aztecas de Tenochtitlán tenían la hegemonía en el estado, que iba evolucionando también hacia un verdadero imperio centralizado. Pero era evidente que la falta de vías de comunicación y de animales útiles para el transporte impedía las campañas militares a regiones algo alejadas.

Sus dioses en parte eran transformaciones de concepciones totemistas primitivas y evolucionadas al contacto con los pueblos encontrados y sometidos. El carácter mágico de la mayoría de ritos es evidente y con frecuencia han conducido a lo que se llama nagualismo, creencia en espíritus protectores individuales. Entre los mitos que se nos han conservado destaca el de la creación, que supone la existencia de cuatro soles sucesivos, o sea cuatro creaciones que fracasaron, terminando en tremendas catástrofes que convirtieron a los hombres en peces, diversos animales y monos. Por fin, la quinta creación, gracias al sacrificio de varias divinidades, tuvo éxito y se logró el hombre.

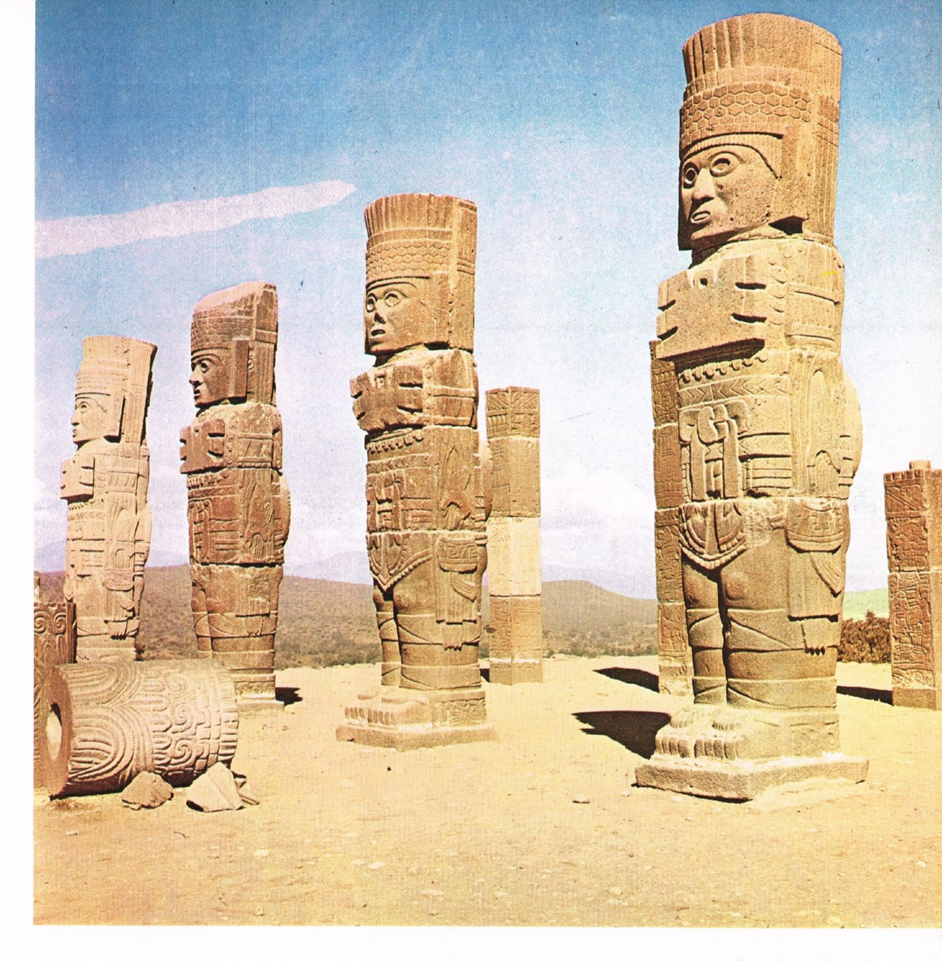
Fiestas y celebraciones religiosas eran constantes. Pero el rasgo dominante de la religión centroamericana y concretamente la azteca es el sacrificio humano, en el que ningún otro pueblo de la tierra logró tan alto grado de especialización y refinamiento. Los dioses mexicanos nos aparecen como sedientos de sangre, lo que obligaba a toda clase de sacrificios para tenerlos satisfechos. No es extraño, pues, que los propios sacerdotes tuvieran que mutilarse o herirse y dar también su sangre para aplacar a sus divinidades. Además habían de practicar oraciones, ayunos, purificaciones, danzas, etc., canto de himnos, danzas fálicas entre otras, etc.

El sacrificio corriente era el que se realizaba en lo alto del *teocalli* y en él el sacerdote abría el pecho a la víctima con un cuchillo de sílex para sacarle el corazón, que se dejaba en un recipiente, el *cuauxicali,* y el cuerpo se arrojaba desde lo alto del templo. No era infrecuente el canibalismo con los cuerpos de las víctimas. Pero el sacrificio podía adoptar muchas otras formas. Así, se podía despellejar a la víctima y colocarse el sacerdote la piel obtenida, como ocurría en el culto a Xipe-Topec. O bien la víctima había de luchar con uno o varios guerreros atada a una gran piedra. O se le mataba a flechazos, lo que constituía un rito de fecundidad.

Tlaloc requería el sacrificio de niños, mientras otros dioses pedían jóvenes o vírgenes. Tetzcatlipoca era más complicado,



Recipiente cerámico mixteca en forma de calavera, procedente de la región de Oaxaca. Su extensión por esta zona y por Puebla debió de realizarse en el siglo X, aunque su predominio definitivo no se estableciera hasta mucho más tarde.



Los "atlantes" de Tula, la ciudad fundada por Quetzalcoatl y manifestación de la cultura tolteca, cuya aparición contribuye de manera decisiva a la decadencia del período clásico.

pues había que ofrecerle a un joven que durante un año había sido venerado como si fuese el dios mismo y al que se sacrificaba el día de la fiesta de mayo, en que el sol pasaba por el cenit de la capital. En algunas ocasiones se sacrificaban animales. Se nos ha conservado el dato de que la consagración del gran templo a Huitzilopochtli por Ahuitzol exigió setenta mil víctimas. No es extraño, pues, que los sacrificadores formasen la capa superior del sacerdocio, aunque no faltaban los chamanes, médicos y brujos, los músicos y los adivinos. Se cree que pasaban de cinco mil los sacerdotes que vivían en Tenochtitlán.

Las prácticas funerarias eran también peculiares, haciéndose grandes diferencias entre las distintas clases de muerte. Los guerreros muertos en combate o en la piedra de sacrificios y las mujeres muertas de parto iban a la zona privilegiada del cielo donde los grandes escogidos, en la nobleza y sacerdo-

Vasija mixteca con un colibrí en el borde (Museo Nacional de Antropología, México).

cio, tenían los puestos mejores. Otros dioses cuidaban de sus adeptos, y así el dios de la lluvia recogía para el cielo a las víctimas del rayo o ahogados. Los muertos de la categoría primera se incineraban en medio de cantos y danzas. Los difuntos corrientes se incineraban y se guardaban las cenizas en una caja de piedra. Los muertos vulgares se inhumaban.

El arte se hallaba en estrecha relación con las necesidades religiosas. A causa de ello, la arquitectura había de tener una importancia excepcional. Además ha sido el arte que más obras nos ha dejado y entre ellas algunas, como las pirámides, plantean curiosos problemas de origen e influencia. El *teocalli* era la manifestación más señalada de lo que pudieron hacer aquellas gentes con medios rudimentarios desde el punto de vista arquitectónico. Recuérdese que los mexicanos, como el resto de los americanos, no conocieron la bóveda o el arco verdaderos, utilizando sólo la aproximación de hiladas para cubrir sus superficies. Esto producía una arquitectura adintelada, con la que hicieron maravillas.

Detalle de una página del códice de Bernardino de Sahagún (Real Academia de la Historia, Madrid), en que aparecen representados los reyes aztecas desde Acampichtli a Moctezuma I.



Inicóme capitulo ytechtlatoa intlatocayutl.

Inic. i. parrapho ypan mitoa ynotlatocatque ynmexico yntenochtitlan yoã ynacolhuacan.

Mexico tlatoque inquipeualti tlatocayutl, veve acamapichtli: auh inictlatocat epoalxiuitl yoan matlacxiuitl, amotlei pan mochiuh: yehica cayuncuican motecuitlali, ynmoltzalã ynacatzalã, yc mitoaya.

Auh inquivaltoquili inicome tlatoani mochiuh, iniquac omic acamapichtli; ytoca Vitziliuitl, intlatocat cempoalxiuitl oce: amo tleipan mochiuh iniqc tlatocat.

Auh inic ei tlatoani mochiuh mexico, iniquac omicque inmomenti ynacamapichtli ioã vitziliuitl: quiualtoquili teeca mochiuh, initoca chimalpopucatzin: auh intlatocat cãmatlacxiuitl, auh ipan omopeui yyayuutl, y yeintech nexicolo technochca:

Auh inomomiquili chimalpopucatzin niman ic ualmotlatocatlali ynitzcoatzĩ, tenauhca mochiuh: ynipan tlatocayutl: auh yehoatl ypan mochiuh yn yayuutl yehoatl quinpeuh intepaneca: auh in tlatocat itzcoatzin caltolxiuitl yc ipan tzinpeuh yn yayuutl inic nouian tepeuhque.

Auh inomic itzcoatzin niman valmotlali in Motecuçomatzin veue iluicaminatzin: auh intlatocat cempoalxiuitli vncaštolli: inipan mochiuh yehoatl in mitoa nece tochhuiloc. i. ypan mochiuh mayanaliztli incexiuhtonali ce tochtli.

Auh inomic veue Motecuçomatzin niman ic ualmotlali y Axayacatzin impan tlatocayutl: auh inic tlatocat matlacxiuitl, ioan nauhxiuitl: auh

La forma de la pirámide pudo llegar desde lejano país, el Egipto, y a través de miles de años de intervalo. Quienes seguimos prefiriendo el difusionismo a la explicación por la invención aislada, estamos dispuestos a aceptar que entre las pirámides de Centroamérica y las egipcias hay un lazo remoto. Algunas de las centroamericanas, como la del Tajín, parecen directamente salidas de las del sudeste asiático y éstas pueden más fácilmente ponerse en relación con las del valle del Nilo. El argumento usado para desmentir esta hipótesis suele ser el que las pirámides egipcias son tumbas y las mexicanas son sólo plataformas para las ceremonias públicas, los sacrificios por ejemplo. Pero ello no nos parece un obstáculo convincente. Y además, el hallazgo, hace pocos años, de un solemne enterramiento de un gran personaje, cuya tumba contenía grandes riquezas, en la pirámide de las Inscripciones, de Palenque, permite suponer que también aquí las pirámides –al fin y al cabo, enormes y artificiales túmulos– podían tener la misma función que las del valle del Nilo.

El *teocalli* mexicano tomaba la forma piramidal escalonada, por estar construido en sucesivas plataformas, entre las que se circulaba por medio de escaleras, siempre más empinadas que lo normal en las de otros continentes. La terraza superior podía tener un pequeño templo o pabellón donde el sacrificio o la ceremonia resultaba bien visible. Es natural que los conquistadores destruyeran las pirámides de la capital, aunque ello





El llamado calendario azteca, en realidad una piedra votiva en honor del Sol, y a su lado una restauración de los colores originales (Museo Nacional de Antropología, México). "De un bloque de basalto olivino de más de 24 toneladas, en realidad sólo se aprovechó una parte, ya que todo el resto quedó sin tallar. Tal vez se haya desprendido un fragmento, lo que no permitió llevar a cabo completamente la idea original. Pero el frente está completo. Al centro tiene la cara del sol. Inmediatamente aparecen dos garras de águila, emblema del astro, y que son las manos del dios rompiendo corazones y cuatro cuadretes que simbolizan a los cuatro soles anteriores. Es decir, que se trata del Quinto Sol. Cada uno de los soles anteriores está asociado a un punto cardinal. Cuatro puntos numerales completan el nombre del sol y su jeroglífico: 4 olin (4 temblor), que es la fecha cuando se morirá el sol que nos alumbra. El círculo siguiente contiene los veinte jeroglíficos de los días del calendario, y más afuera se ven, en forma de grandes A, los rayos del sol, el calor y la luz, así como símbolos de turquesa o jade, es decir, de todo lo precioso. Finalmente, dos enormes serpientes de fuego, la *xiuhcóatl* de Huitzilopochtli, tienen las colas en la parte alta y las cabezas abajo. Entre las colas está el jeroglífico 13 acatl, día en que nació el sol. De las fauces abiertas de las serpientes de fuego salen las caras de dos dioses: Xiuhtecuhtli y Tonatiuh. Se trata, por tanto, del sol mismo y de sus atributos, según la cosmogonía indígena" (Ignacio Bernal).

sea lamentable. Simbolizaban el poder de los pueblos vencidos, aunque sabemos que el *teocalli* principal de la ciudad de Teotihuacán medía un centenar de metros de lado de la base, con cinco plataformas y treinta metros de altura. Otras pirámides famosas son las llamadas del Sol y la Luna en Teotihuacán, de quince metros de altura, a las que acompañaban otros edificios. La de Tenayuca, cerca de la capital, ofrecía detalles curiosos de ornamentación. Las de Cholula, también cerca de la capital, eran las mayores, pues una de ellas, formada por ciento ochenta millones de adobes, tenía sesenta y tres metros de altura, dos mil cuatrocientos de perímetro en la base y un volumen de un millón ochocientos mil metros cúbicos. En su cima se levantaba un templo a Tlaloc. La de Tajín, en la costa totonaca, era notable por sus innumerables nichos.

Nos imponen los varios edificios de Monte Albán y Mitla, en la región de Oaxaca, los edificios que mejor o peor conservados se levantan en Tula, Chalco, Malinalco, Calitxtlahuaca, Atlinchán, Texcoco, Huexotla, Tepotzlán y tantos otros lugares. En Xochicalco encontramos edificios con galerías subterrá-



De Coatlicue, diosa de la Tierra y madre de Huitzilopochtli, dios supremo de los aztecas, realizaron los artistas de Tenochtitlán esta majestuosa representación, en que lo terrorífico se compagina admirablemente con lo elegante y sugestivo (Museo Nacional de Antropología, México). Los aztecas de Tenochtitlán escribirían la última página de la civilización centroamericana autóctona.

Reproducción del penacho real de Moctezuma II (Museo Nacional de Antropología, México), el último emperador azteca independiente.

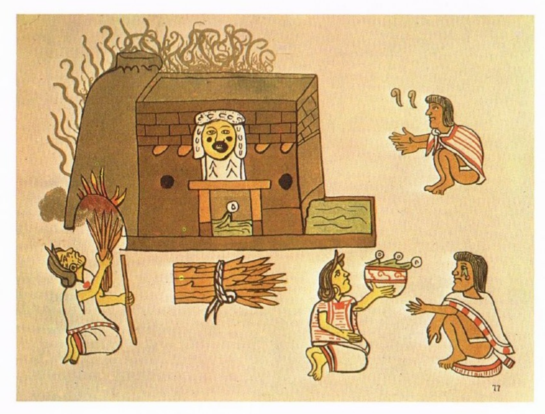


neas, terrazas, pirámides y un templo de granito cubierto de relieves sobre doble plataforma de veinte metros de lado.

Escultura y pintura aztecas son interesantes, aunque nos den con frecuencia figuras monstruosas. En la evolución que muestran observamos el progreso que agiliza las formas. Al servicio del culto se hallaban estas artes, como en general las artes industriales.

Como muestra del camino que los pueblos centroamericanos habían recorrido en la conquista de un sistema de escritura tenemos los llamados códices aztecas y varios documentos de las tierras mexicanas. Sin embargo, es claro que no alcanzaron estos pueblos el grado de progreso que observaremos entre los mayas. Se escribía en tiras largas y estrechas de piel de ciervo o de una especie de papel hecho con la corteza de un ficus o de fibras de agave recubiertas de una capa caliza, primero grabado y luego pintado. Muchos son posteriores a la conquista y se refieren a tribus no aztecas. El misterio de la escritura americana no permite todavía estar seguros de su traducción, aunque no parece descabellado pensar que su contenido es mitológico, en relación con el calendario, o bien tienen carácter histórico, con listas de tribus por ejemplo. Tenemos además textos posteriores en papel, con catecismo u oraciones para los indígenas. También en relieve sobre piedra poseemos cortos textos o signos diversos. En todo caso, las figuras de la escritura azteca son jeroglifos con interpretación convencional de las figuras, sin apenas progreso hacia el fonetismo. El carácter es llamado iconomático, en que el escriba tiene libertad para representar la misma idea o sonido con signos diversos, lo que explica la dificultad de interpretar tales textos. Siendo la numeración usada la vigesimal, encontramos signos para la unidad (un circulito),

Temazcal o baño de vapor azteca, representado en el folio 77 del Códice Magliabecchi (Biblioteca Nazionale Centrale, Florencia).



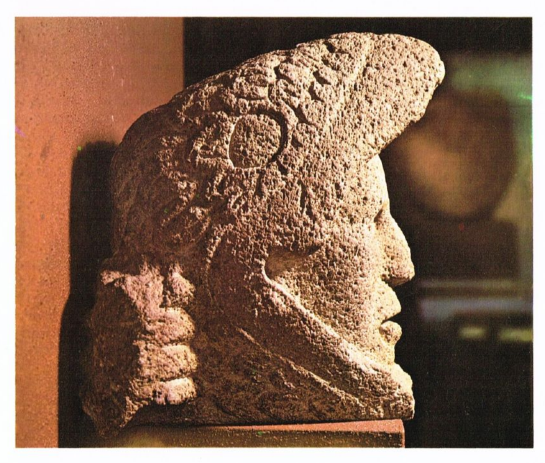


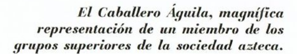


Aquí arriba, personaje azteca representado en el códice de Bernardino de Sahagún (Real Academia de la Historia, Madrid), cuya manta o "tilmatli" ostenta los atributos tribales. A la derecha, sistema de transporte azteca (Códice Azcatitlano; Biblioteca Nacional, París), en que los bultos se llevaban a la espalda sujetos por una faja aplicada a la frente.

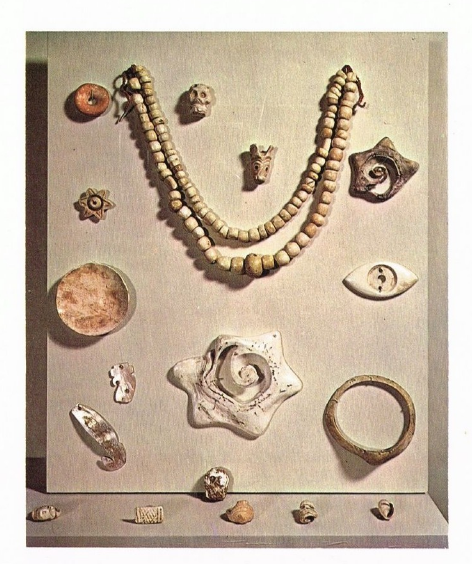
para cinco (una raya) y para veinte, cuatrocientos, ocho mil (banderita, pluma, bolsa).

Muchos otros aspectos cabría considerar aún en el complejo mundo de la civilización centroamericana. En lo que podríamos llamar su ciencia sobresalía la astronomía, base de su perfecto calendario. Otro aspecto curioso era el de la medicina, que naturalmente estaba profundamente ligada a la religión, ya que las enfermedades eran tenidas como castigo divino a los pecados humanos. La medicina se practicaba en el templo, bajo la protección de determinadas divinidades, incluso con intervenciones quirúrgicas. Especial aprecio tenían las comadronas. Numerosas eran las plantas medicinales conocidas y los remedios vegetales usados, como los populares ricino y el jugo del agave. El ayuno y los baños de vapor eran corrientes.





El Caballero Águila, magnífica representación de un miembro de los grupos superiores de la sociedad azteca.



Conjunto de adornos de concha correspondientes a la cultura huasteca (Museo Nacional de Antropología, México).

Personaje azteca en traje de ceremonia (Códice de Bernardino de Sahagún; Real Academia de la Historia, Madrid).



Por último, también estaban ligados a la vida religiosa la música y el canto. Los cultos se acompañaban con cantos que estimulaban el trabajo y las marchas, o con danzas y pantomimas. Los instrumentos musicales más divulgados eran los tambores, los silbatos y flautas de caña, madera, hueso o barro cocido, carracas, cascabeles, ocarina, trompa de concha, calabaza, tortuga, timbales, etc., mientras los instrumentos de cuerda se desconocían. El *mitote,* danza desenfrenada en círculos concéntricos, era muy típica. Como ejercicio ritual conocemos el llamado volador, que aún hemos visto realizar en Papautla, en país totonaca.

Estamos, en resumen, en una etapa de evolución cultural que avanzaba con cierta rapidez hacia niveles superiores y que sin duda habría logrado, con las aportaciones extrañas, notables realizaciones. Ésta sería una conclusión optimista. Frente a ella cabe una visión menos idealizada y esperanzadora. La que tiene en cuenta los elementos negativos de las culturas mexicanas, por ejemplo la despiadada crueldad que sus cultos sanguinarios denotaban, junto con una cosmogonía que incitaba al pesimismo, con sus sucesivas creaciones terminadas en terribles catástrofes, lo que llevaba consigo un fatalismo que parecía opuesto al progreso. Podríamos aducir también aquí los grandes vacíos de la cultura americana en general, la rueda y el transporte, por ejemplo. Tales vacíos habían de frenar cualquier impulso progresivo y no presagiaban una evolución pacífica. Pero nadie puede ya asegurar cuál hubiera sido la marcha de este mundo si hubiese seguido actuando en libertad.

Frente a los aztecas o a otros grupos étnicos mexicanos, los mayas presentan una gran unidad. Ocupaban toda una faja central en Centroamérica, desde el Pacífico al Atlántico (golfo de México y mar Caribe), dominando las regiones mexicanas de Chiapas y Yucatán, Guatemala y la parte occidental de Honduras. Eran vecinos de olmecas, mixtecas y zapotecas. Su tipo físico es característico y su lengua, de gran riqueza, es hablada todavía por gran número de indígenas.

Su historia está llena de enigmas que nos atraen, pues resulta imposible dejar de considerar a los mayas como los americanos que se elevaron a un superior grado de cultura. Gracias a su floreciente ciencia astronómica y a su escritura conocemos su cronología, que se expresa en una cuenta de días. Así, poseemos documentos muy antiguos. La fecha más alta la proporciona una estela de Tres Zapotes del 31 a. de J.C., a la que siguen una estatua de jade de San Andrés Tuxtla del 162 de la era y una placa que se conserva en Leyden, hallada en la costa norte de Guatemala, del 320. Uaxactún, en el Petén, sería la ciudad más antigua que conocemos en el país.

Curioso es el caso de los huaxtecas, una tribu maya que se halla en la costa al norte de Veracruz. Puede haber llegado en una migración hacia el Sur o, al revés, hacia el Norte. Los autores prefieren la primera explicación, según la cual podría ser el residuo dejado por los mayas que viajaban desde Norteamérica y, en alguna hipótesis arriesgada, desde la región de los Grandes Lagos. No menos difícil es decidir sobre contactos y prioridades respecto de sus vecinos en México, olmecas y toltecas.

Se han ofrecido varios sistemas cronológicos para enmarcar la historia maya en cuanto la conocemos. Para Morley, un período premaya se extendería desde el 3000 a. de J.C. hasta el 317 de nuestra era. Seguiría el primer imperio maya, del 317 al 987. Desde esta última fecha hasta 1697 discurre el segundo imperio maya y la decadencia y final. Cada una de estas épocas comprende a su vez tres períodos sucesivos. Otra sistematización más sencilla sería la de atribuir la fase formativa (con los períodos Mamon y Chicanel) al pri-



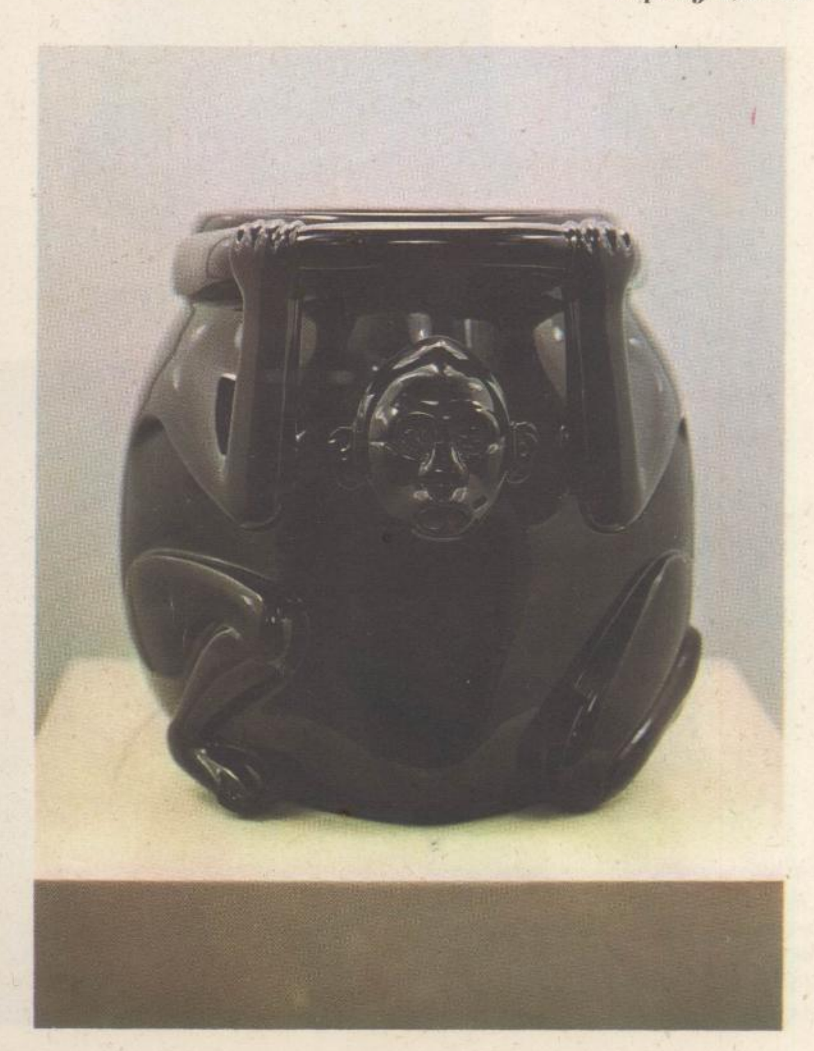
Hongos alucinatorios empleados por los aztecas (folio 90 del Códice Magliabecchi; Biblioteca Nazionale Centrale, Florencia), quienes eran muy aficionados a los excitantes o drogas.

Vasija azteca de obsidiana decorada con la figura de un mono (Museo Nacional de Antropología, México).

mer milenio antes de Jesucristo y los novecientos años primeros del primer milenio a la época clásica o imperio viejo. Del 987 al 1204 correspondería la etapa tolteca de renacimiento o época de la Liga de Mayapán; del 1204 al 1441, la época del dominio cocoma, y del 1441 al 1546, la descomposición en pequeños estados.

Tal vez los mayas se hallaban en los siglos anteriores a nuestra era indiferenciados en el México central, donde llegarían al río Usumacintla, foco de su dispersión ulterior, junto al foco de la enigmática cultura olmeca. Sean cualesquiera las hipótesis que se mantengan sobre esa complicada reconstrucción del pasado maya, no se puede negar que es en la región del Petén donde aparecen los primeros destellos seguros de la acción de los mayas. Ya en el período premaya se conocía la escritura. La etapa premaya se conoce en Guatemala por las fases de Las Charcas, Miraflores y Kaminaljuyú. Se juntaría aquí la acción de los pueblos paya-lencas y huaves con las tribus mayas mame, quiché y pocoman.

La época del viejo imperio se puede dividir en tres períodos: 317-633, 633-731 y 731-987. Los vestigios arqueológicos abundan. Son famosas las primeras ciudades, Tikal y Uaxactún, a las que seguirán, en el período medio, las de Copán, Piedras Negras y Palenque. Los estilos cerámicos Tzakol y



Cerámica azteca de hacia el año 1300, de decoración geométrica (colección particular, París).



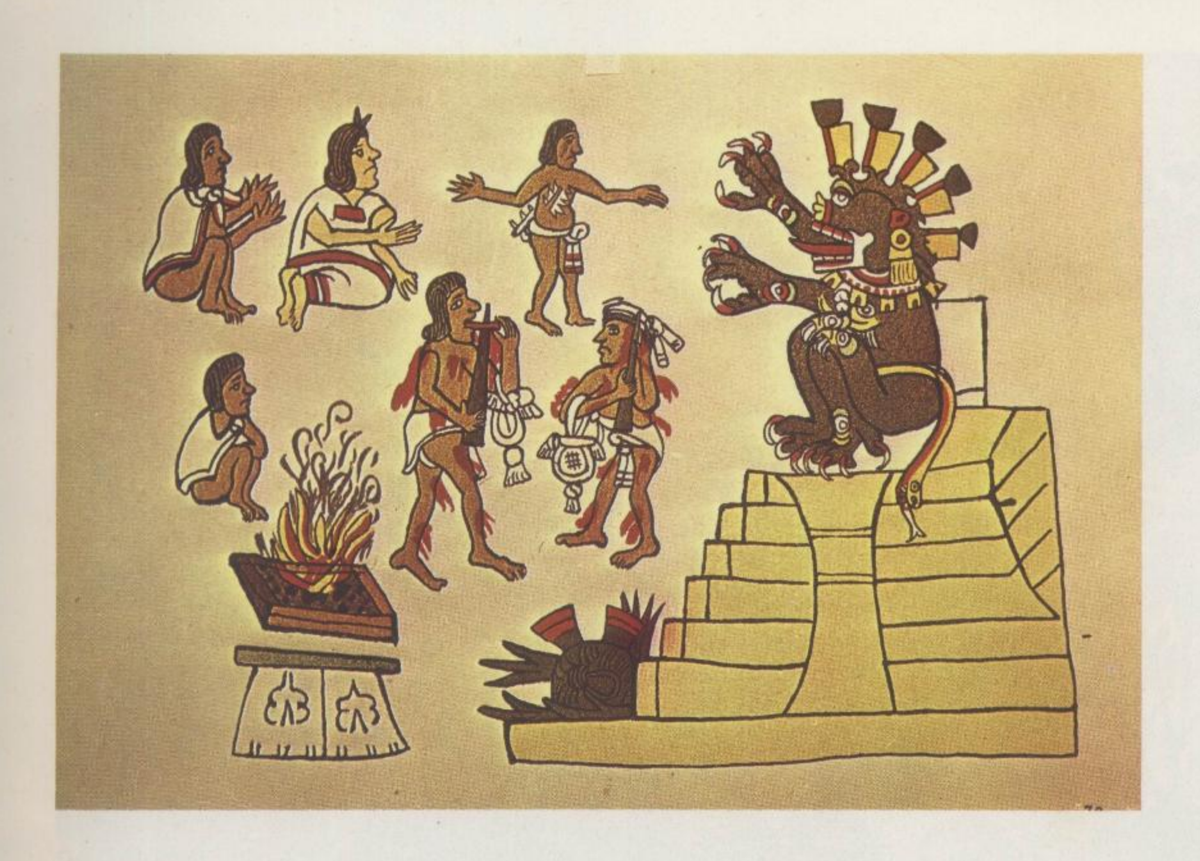
Tepehú suceden a los llamados Mamon y Chicanel. La expansión maya se acentúa en varias direcciones. El último de los períodos señalados es el culminante, por lo menos en astronomía y matemáticas, aparte el desarrollo de la arquitectura. La región central del territorio maya, desde Chiapas hasta Honduras, constituye el foco más importante. Zendales, chortis, zotziles y choles eran sus tribus más importantes.

Las causas de la decadencia y ruina que tienen lugar durante el siglo X han sido muy discutidas y no se puede dar el problema por resuelto. Se ha pensado que la decadencia de esos centros, que lleva a una crisis aguda con gran disminución de la actividad artística y que termina con el abandono de los centros urbanos, se deba al empobrecimiento de la tierra, tan mal aprovechada con el sistema de las rozas por el que se preparaban los maizales. Se ha pensado también en epidemias devastadoras, en cambios climáticos y terremotos, en invasiones mal conocidas o simplemente en discordias internas. Probablemente actuó este último factor combinado con circunstancias económicas y climáticas, sobre todo por la incapacidad de la agricultura maya.

Desde hacía unos siglos (del V al IX) se producía una emigración lenta desde los focos centrales citados hacia el Yucatán, tal como nos lo relatan los libros llamados de "Chilam Balam". Allí se fundó la ciudad de Chichen-Itzá por la tribu de los itzaes, que a fines del siglo VII se retiraron a Campeche. Una nueva oleada migratoria hacia el Norte se observa en el siglo X, cuando las viejas



Cuchillo de calcedonia con incrustaciones de turquesa (cultura mixteca-azteca) empleado para los sacrificios en que se extraía el corazón (Museo Británico, Londres).



Mutilaciones rituales de los aztecas (Códice Magliabecchi; Biblioteca Nazionale Centrale, Florencia). La religión azteca fue extraordinariamente sanguinaria y los dioses, no satisfechos con el sacrificio de esclavos y prisioneros, exigían que hasta los sacerdotes se mutilaran e hirieran para aplacar la ira divina con su propia sangre.

Extracción del corazón en un sacrificio humano a los dioses aztecas (Códice Matritense de Sahagún; Biblioteca del Palacio Real, Madrid).



ciudades se hallan en franca decadencia. La zona septentrional es el foco del llamado imperio nuevo, cuya fecha inicial se sitúa en el 987 y cuyo final hacen llegar algunos autores hasta el 1697. Esta larga etapa a su vez puede dividirse en período de la Liga de Mayapán (987-1194), mexicano (1194-1441) y decadencia o desintegración (1441-1697).

Un hecho trascendental se produce y da un sello propio a la etapa de formación del imperio nuevo. Es la emigración de grupos toltecas y a su frente el caudillo Quetzalcoatl *(Serpiente emplumada)*, que llegan de sus centros en la meseta mexicana por causas que desconocemos y que producen el renacimiento maya. Cuculcán, que no es sino el nombre maya del héroe tolteca divinizado Quetzalcoatl, funda Mayapán, que intentaba reunir la calidad de centro religioso al mismo tiempo que político. Una dinastía, la de los cocomos, se inicia.

Inmediatamente después llegó al Yucatán otro grupo rival del anterior, el de los tutulxiu, mayanizado y procedente de México. Ahcuitoc-Xiu sería el fundador de Uxmal, a escasa distancia de Mayapán. Otra ciudad fundada por los xiu es la de Maní. Uxma, verdadera ciudad santa de los xiu, era la metrópoli religiosa y sus jefes no se llamaban reyes, sino gobernadores de la ciudad santa. Uxmal se enriqueció y alcanzó un prestigio extraordinario e hizo notar la influencia mexicana en esta etapa de la vida maya, incluso en su religión. El apogeo de la arquitectura



Plantas medicinales utilizadas por los aztecas para combatir la fatiga de los gobernantes (Codex Badianus, en la Biblioteca Vaticana).

maya lo muestra el llamado Palacio del Gobernador, en dicha ciudad, que para muchos arqueólogos es el edificio indígena más bello de América.

Una complicada serie de conflictos que acaban de arruinar todas las posibilidades de supervivencia de los estados mayas del Yucatán se inicia con la fundación de la llamada Liga de Mayapán, que unía las ciudades de Mayapán, Uxmal y Chichen-Itzá. El jefe cocomo de Mayapán, Hunac Ceel, requiere el auxilio de mercenarios mexicanos de Xicalanco, gracias a cuya ayuda Chichen-Itzá y Mayapán tiranizan el país. En 1446, las restantes ciudades, al mando de los xiu, se sublevan y Mayapán es saqueada, acabando su dinastía. Los hechos ocurrieron así. Los xiu de Maní y de Uxmal lucharon contra Cocomo XII de Mayapán, quien recuperó su capital con el auxilio de Moctezuma I. Su sucesor, Nacot Cocomo (Cocomo XIII), fue sorprendido por la rebelión de los xiu y muerto con todos sus hijos, menos uno. Pero el conflicto sigue entre los vencedores y el imperio va extinguiéndose; se abandonan las viejas ciudades, que pronto la selva tropical recubriría hasta el olvido total. Los itzaes emigran al Petén y fundan la capital, Ta-Itzá. Los de Mayapán emigran a Ticoch. Los tutul-xiu se refugian en Maní y el príncipe superviviente de la matanza de los cocomos se establece en Tibulón.

En 1511 algunos náufragos españoles alcanzan el país maya y en 1517 llega la expedición de Francisco Hernández de Córdoba. El rey Moochan Xiu, heredero de las viejas dinastías, reinaba en Maní y los xiu se mostraron amistosos con los españoles. Éstos se retiran en 1531, abandonando Chichen-Itzá ante las dificultades que la conquista supone. En 1536, Nachicocomo venga la matanza de 1446 dando muerte a todos los jefes xiu. Tras nuevas expediciones, en especial la de Montejo, y la fundación de Mérida en 1541 se logró, tras muchas dificultades y sublevaciones, el dominio del Yucatán. Los xiu seguían siendo amigos de los españoles y por ello conocieron todavía una etapa de prosperidad. No se puede, sin embargo, hablar de la conquista definitiva del Yucatán por los españoles hasta el año 1697, fecha muy tardía, en que Martín de Ursúa derrota a los itzaes. Tal es el resumen de la lamentable historia política de un pueblo que tan altos merecimientos ganó en la vida cultural de América, faltándole la unidad que le habría permitido acaso subsistir bajo la amistad hispana.

Tenemos, sin duda, mayor número de datos para la cultura azteca que para la maya. Muchas veces los detalles de vida y organización se confunden entre ambas. Tampoco podemos dar un veredicto seguro respecto a cuál de las dos se hallaba en mejores condiciones para el progreso. Sin embargo, aparecen con grandes similitudes y contactos, pero con algunas notas de superioridad de lo maya sobre la cultura de la meseta mexicana. Tal superioridad puede concretarse en la escritura, la astronomía y un relativo pacifismo

Tambor azteca de madera tallada, uno de los instrumentos musicales más corrientes en las danzas de aquel pueblo.



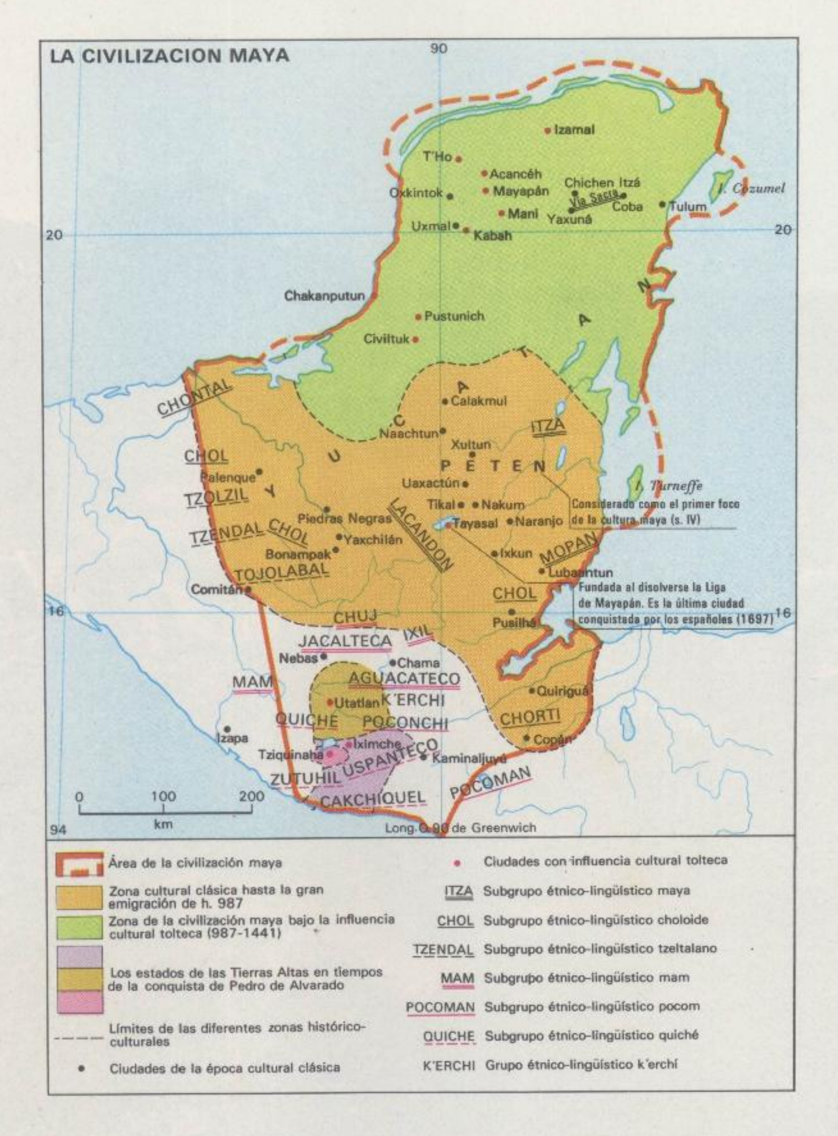


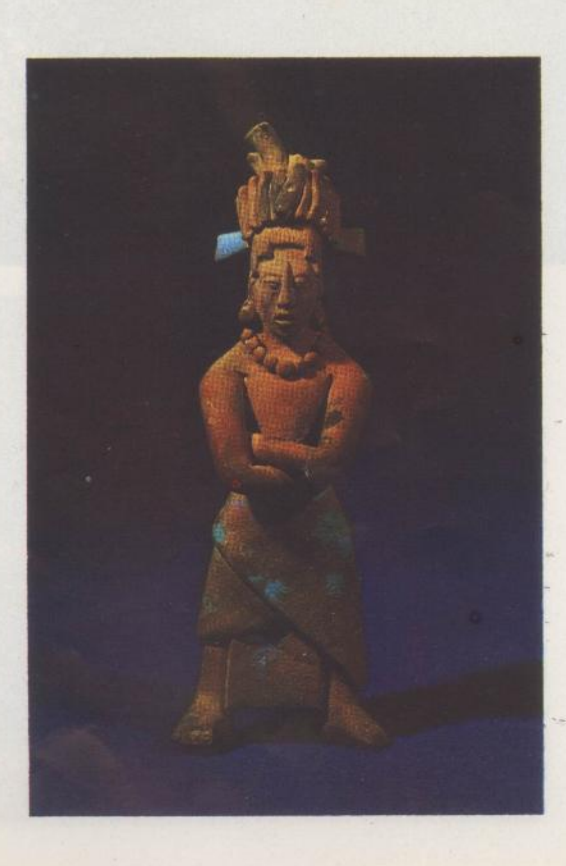
Pirámide de Tikal (Guatemala), una de las primeras manifestaciones del arte maya.

que se manifiesta también en el hecho de su mitigada crueldad en los ritos religiosos. En conjunto, las tribus mayas, que tienen una rama emparentada en los huaxtecas del golfo, ocupan el Yucatán y territorios vecinos de México, la totalidad de Guatemala y algunas comarcas vecinas del Salvador.

Analicemos sus elementos culturales, buscando hacer notar las diferencias con la vida de los mexicanos de la meseta, que en tantos aspectos habían de ser iguales por las semejanzas de ambiente y por los contactos, emigraciones e influencias que entre ambas zonas se producían.

El traje era muy sencillo y parecido al mexicano, basado en un sencillo taparrabos para los hombres y en una camisa *(yupte)* para las mujeres. Unos y otras usaban una manta sujeta en los hombros. Disponían los cabellos en trenzas y pintaban y tatuaban el cuerpo, untándose las mujeres con perfumes; limaban sus dientes o incrustaban en ellos piedras preciosas y oro, con pendientes en las orejas y varillas o anillos en la nariz. La casa era una choza rectangular, hecha con cuatro postes y paredes de tablas, techo de hojas de palma y la puerta en la fachada de mayor longitud. Podía hacerse más rica y só-





Figurilla maya procedente del sudeste de México. Los mayas ocuparon la faja central del istmo, desde el Pacífico al golfo de México y el Caribe, y ejercieron su dominio en las regiones mexicanas de Chiapas y Yucatán, Guatemala y la parte occidental de Honduras. Su historia está llena de enigmas.

lida, de piedra y cubierta a doble vertiente.

La base alimenticia era proporcionada por el cultivo, primordialmente del maíz. Aficionados a la miel, criaban abejas. Los mayas difundieron el cacao, árbol del que aprovechaban la sombra. Con su fruto aprendieron a preparar el chocolate, que tan gran éxito había de alcanzar en el Viejo Mundo. Papel semejante desempeñaron en la difusión del uso del tabaco, y para convencerse de ello no hay sino recordar que *zicar* es palabra maya de donde procede la palabra cigarro.

Los metates para la molienda del grano abundan en sus ruinas. Usaban depósitos o recipientes subterráneos para conservar el agua. El uso de la hamaca parece ser tardío, siendo costumbre indígena el uso de camas de madera. La cerámica maya figura entre la mejor del continente. Llegaron a conocer algún precedente del torno y pintaban las vasijas con brillantes colores, mientras las calabazas usadas como recipientes eran decoradas con el vivo color de las cochinillas. No eran menos hábiles que sus vecinos en el arte del tejido, a base del algodón y de la fibra de agave. La naturaleza les ofrecía en el rico plumaje de sus aves el medio de obtener extraordinarios tejidos de plumas. La orfebrería estaba muy avanzada y la metalurgia del bronce era bien conocida. Sus medios de transporte, rudimentarios, no impedían un activo comercio, mientras el transporte por mar, en canoas, alcanzaba la isla de Cuba.

Para sus guerras bastaban el arco con dardos y jabalinas, además del hacha de combate de cobre. Sabían fortificar bien sus ciudades.

Al igual que señalamos para los aztecas, la base de su organización social era el clan totémico, exogámico y patriarcal. Pero también aquí se mostraba una evolución en el sentido de convertirse en una localización familiar, con lo que la familia sustituye en parte por lo menos al clan como célula básica de la sociedad. El padre *(yum)* rige la familia y su hijo mayor le hereda. Casa y tierra alrededor constituyen el patrimonio de la familia, que se gobierna con normas muy rígidas. El matrimonio se efectúa por compra y el adulterio era severamente castigado. El jefe de clan era llamado *halachninic,* bajo el cual se hallan varios funcionarios. El clan disponía asimismo de caudillos militares. La tribu tenía dos jefes, uno de los cuales, el *nacon,* era elegido por medio de grandes ceremonias y estaba obligado a continencia durante tres años. Los jóvenes residían aparte, dedicados a los ejercicios físicos.

Aunque no conocemos la religión maya con el detalle que desearíamos, nos damos cuenta de los paralelos y las diferencias que existían entre ella y la religión azteca, mucho

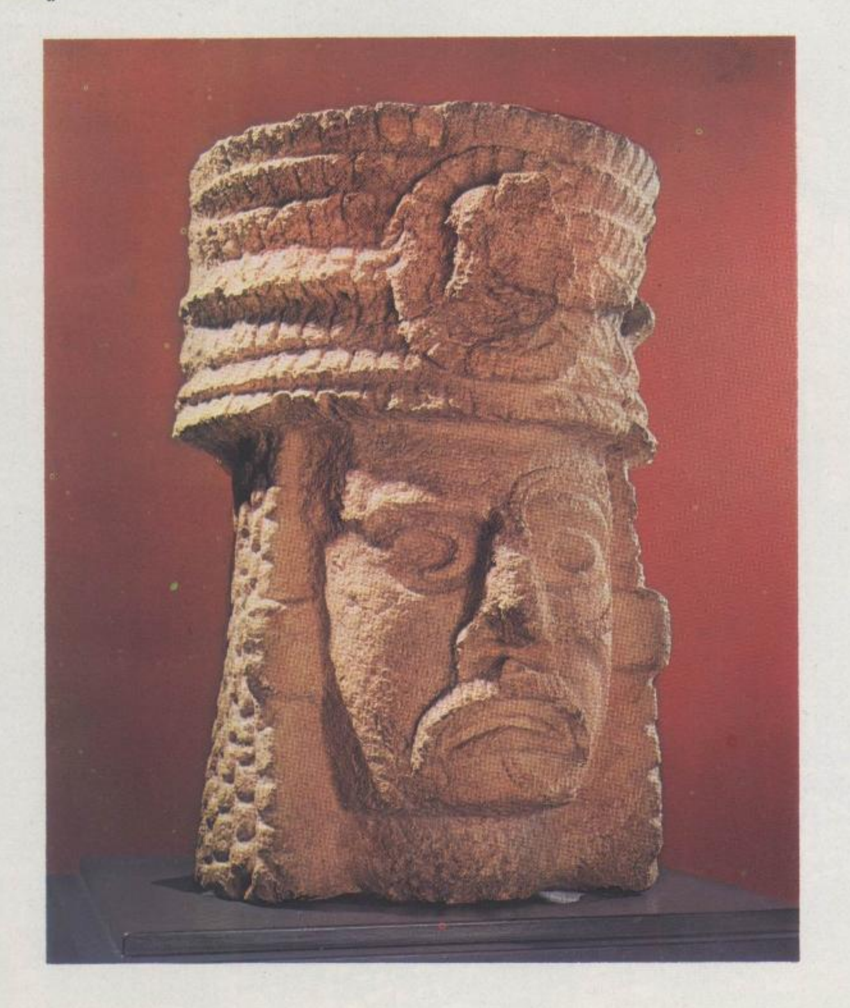
mejor conocida. El gran padre, protector de los hombres, por los que luchó contra la serpiente Hapikem, era la cabeza del panteón maya. A su lado se hallan sus hermanos: la diosa Ixchel (la Luna), su esposo, los dioses de los cuatro puntos cardinales, simbolizados por colores diversos. Héroes civilizadores divinizados parecen ser Itzaná, dios del cielo y del fuego, adorado en la ciudad de Itzamal. Inventor del calendario y la escritura, estaba casado con Ixchel, la diosa de la Luna, protectora del amor y de los nacimientos. Cuculcan equivale al Quetzalcoatl azteca, cuyo culto se difundió desde Chichen-Itzá durante el período tolteca. Héroe divinizado era Votan. Conocemos otros dioses menores, como Kinich, el Sol, representado con barba. Entre los maya-quiché los dioses creadores son Tepen-Cucumatz y Xuracan. Encontramos aquí también el mito de las creaciones sucesivas, terminadas en catástrofe, de manera que los hombres habían sido hechos de madera y luego de barro. En otras leyendas, los hijos de dos divinidades geme-

Templo de las Inscripciones, en Palenque. Construido sobre una pirámide de ocho cuerpos, contiene en su fondo una lápida con seiscientos veinte jeroglíficos, de donde procede su nombre actual. Su importancia se ha visto aumentada al descubrirse en su interior el enterramiento de un gran personaje maya, hecho que tiende a relacionar las pirámides centroamericanas con las egipcias.



En Kabah (Yucatán) se conserva el arco más ancho de todo el arte constructivo maya.

El llamado "rey de Kabah" (Museo Nacional de Antropología, México). En el lado derecho de la cara se aprecian señales de tatuaje.



las muertas por los dioses del mundo inferior triunfan de éstos.

El sacrificio humano se hallaba en la base del culto, con las modalidades que señalamos para la religión azteca. La diferencia se encuentra en el número reducido de sacrificios humanos que se realizaban. Se sustituían por sacrificios de perros y otros animales o la ofrenda de resina de copal. En caso de víctimas humanas, se sacrificaba a esclavos y a niños ofrecidos por los fieles, a los que se pintaba de azul y se sacaba el corazón o se mataba a flechazos, comiéndose después sus trozos o arrojándolos a un pozo. El sacrificio de herirse los fieles en diversas partes del cuerpo, por ejemplo pasando un cordel con espinas a través de la lengua o de la oreja, era frecuente.

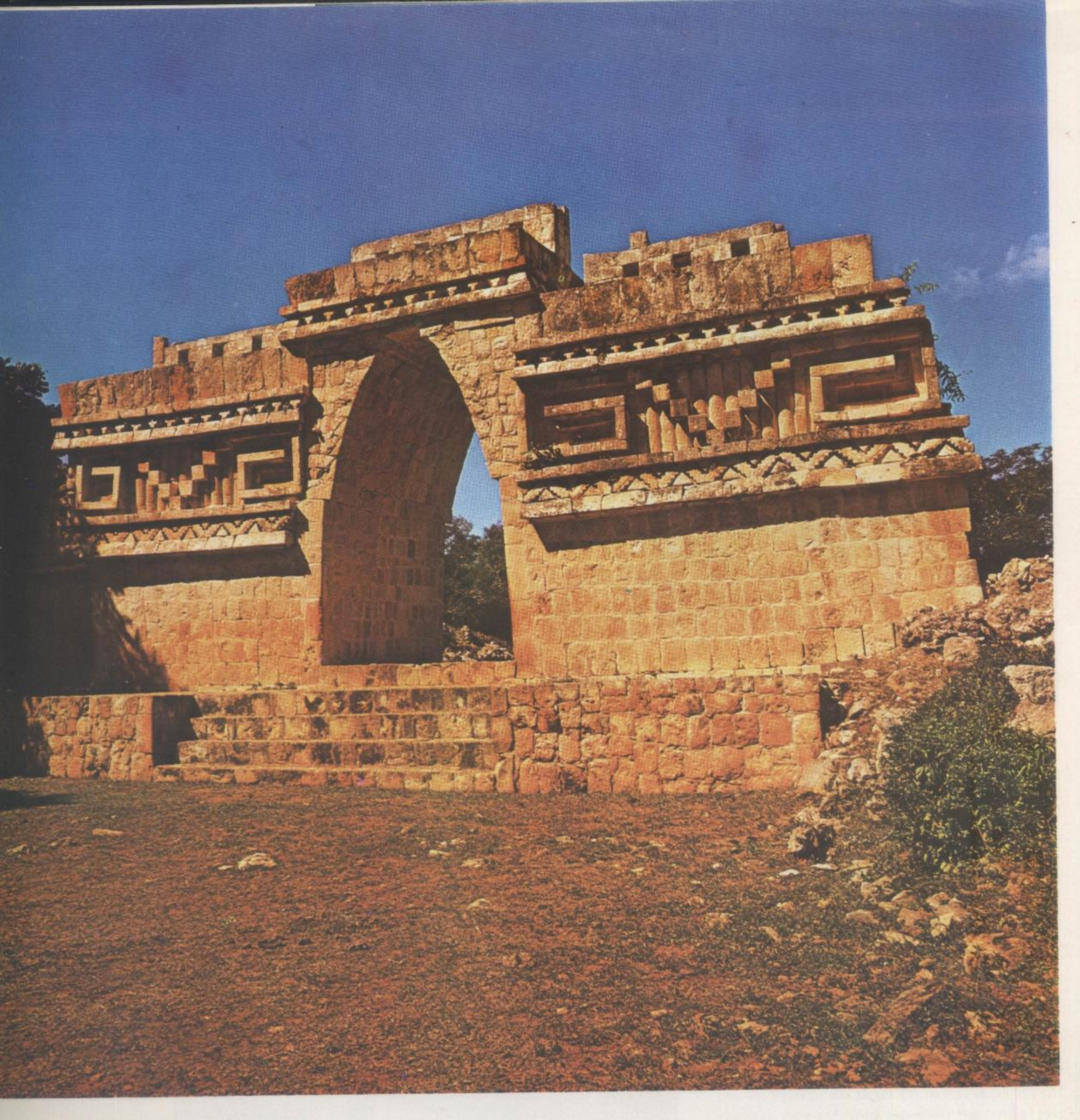
Abundaban las fiestas religiosas a lo largo del año, que se preparaban con el ayuno de los fieles durante varios días. Citemos como las más destacadas el *tupkak,* dedicado a la obtención mágica de la lluvia, y las danzas en que se representaba el mito de Quetzalcoatl. Juegos como el del volador y la pelota tenían también un carácter religioso. Otros ritos eran la quema de perfumes, en especial la madera o resina de copal, en copas con una cara humana. Practicaban cierta confesión de los pecados para purificarse.



Pirámide El Castillo y columnatas junto al Palacio de los Guerreros, en Chichen-Itzá, quizás el conjunto más impresionante de la civilización maya después de la aportación tolteca.

Los arqueólogos han descubierto gran número de imágenes de sus dioses y relieves con escenas de oración o con datos astronómicos o simplemente escenas históricas. Entre ellos sobresalen los relieves de Palenque y las estelas de Copán y Quiriguá. Había también imágenes de madera.

Los juegos de pelota, con su matiz religioso, adquirieron en la América central una importancia extraordinaria, tanto como pueden tener los deportes en nuestra sociedad. Prueba de ello es el gran número de recintos dedicados a dicho juego que conocemos, no faltando en ninguna vieja localidad azteca o maya. Ninguno de tales recintos gana en extensión y riqueza al vasto campo de Chichen-Itzá, donde se conservan los muros laterales y en ellos las anillas de piedra, dispuestas a cierta altura, por las que se lograba a veces pasar la pelota, obteniéndose un meritísimo tanto. Se daba a la pelota con la cadera y los hombros. El tanto normal se obtenía haciendo llegar la pelota, contra la oposición adversaria, a cruzar la línea de fondo. El juego



El reconstruido arco de Labná, una de las más famosas construcciones mayas.

duraba hasta la extenuación, bajo el patrocinio de la divinidad.

Una religión tan complicada requería un cuerpo sacerdotal numeroso y complejo. En general, los sacerdotes eran llamados *balames* y entre ellos se contaban los astrónomos, especialistas en el calendario y en la escritura; los adivinadores *(chilan)*, que eran llevados en literas; sacrificadores *(nacon)*, despreciados por los mayas. Los médicos y magos eran una especie de chamanes. Categoría superior formaban los *ahkin-mai*, de cargo hereditario.

Se solía inhumar el cadáver, tras llenarle la boca de maíz molido y con otras ofrendas, en su propia casa, que era abandonada. Si se trataba de nobles, se practicaba la incineración del cadáver y se guardaban las cenizas dentro de imágenes de madera que representaban a los antepasados, mientras el cráneo o parte de él se conservaba en una especie de altar. El destino en la vida de ultratumba dependía de la clase de muerte, dándose también, según parece, la creencia en cierta transmigración de las almas. Se creía

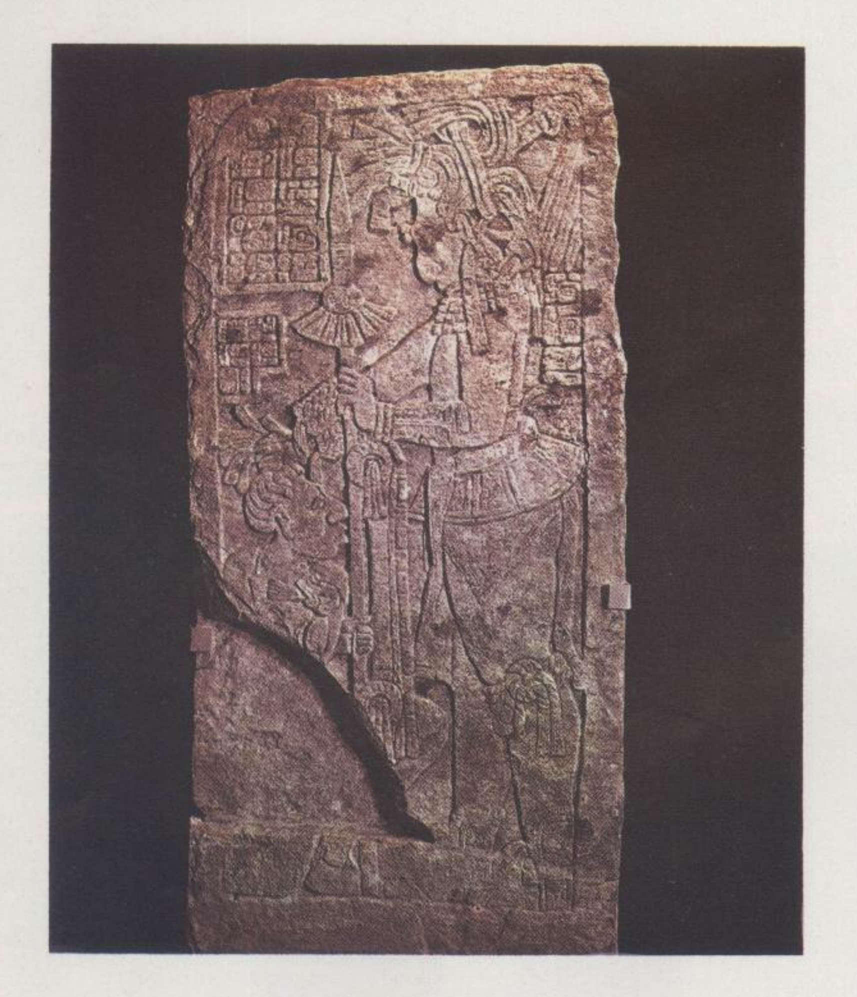
que los nobles, los sacerdotes, las mujeres muertas de parto y los suicidas gozaban del paraíso en diversas categorías.

Se ha dicho con razón que la arquitectura maya, aun con las mismas limitaciones que las restantes artes americanas, es la más perfecta del Nuevo Mundo. Sus ciudades inmensas, sus grandes palacios y templos, sus salas hipóstilas, sus pirámides, nos asombran por lo grandioso de su concepción y el lujo de su decoración mural de relieves, pinturas, calados, etc. Por el desconocimiento de la técnica de la bóveda auténtica, las habitaciones se cubrían por adintelados o falsa bóveda en el sentido longitudinal. Los edificios, bajos por lo general, habían de colocarse sobre terrazas o pirámides. Las obras arquitectónicas son las más vistosas, pero hemos de limitarnos a citar una mínima parte de las conocidas.

En Palenque, por ejemplo, gran centro de la época del primer imperio, tenemos numerosos templos sobre pirámides y palacios. En una de sus pirámides se descubrió no hace

El Caracol, supuesto observatorio astronómico de los mayas de Chichen-Itzá.



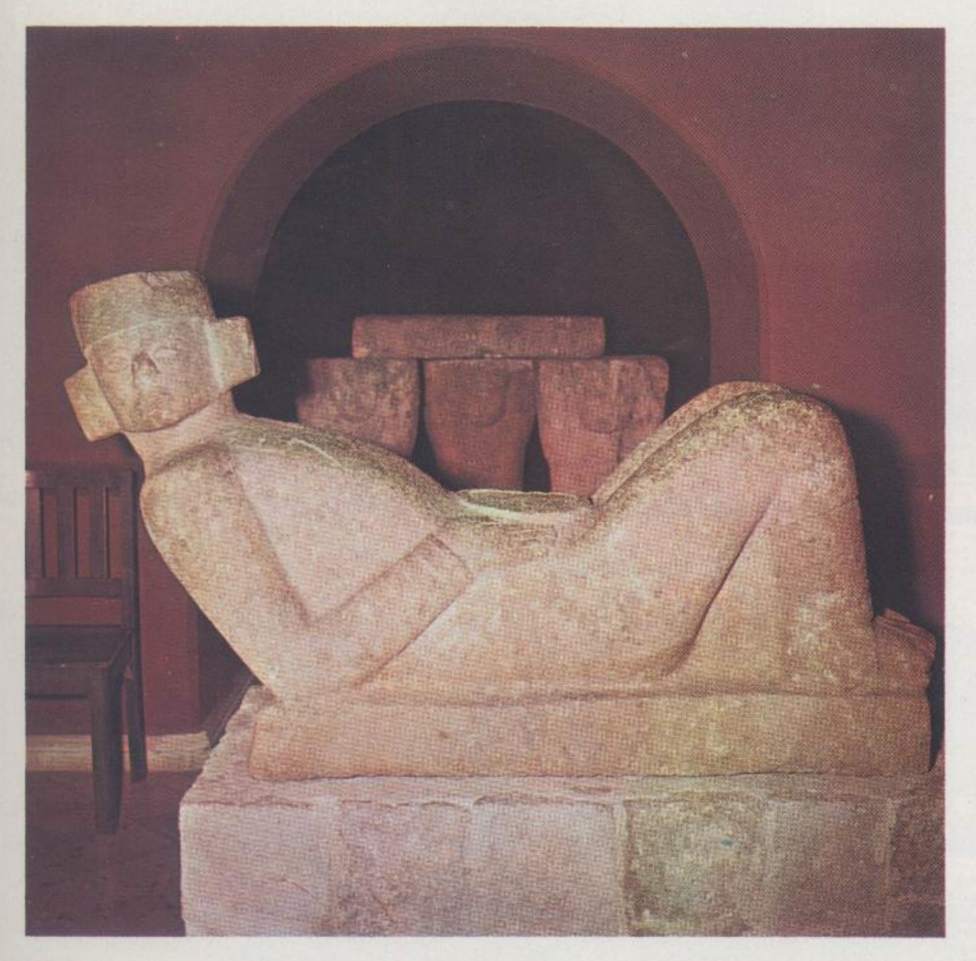


Dintel de Yaxchilán, con la representación de un jefe sometido a su inmediato vencedor. Tiene grabada una fecha que corresponde al 681 de nuestra era (Museo Nacional de Antropología, México).

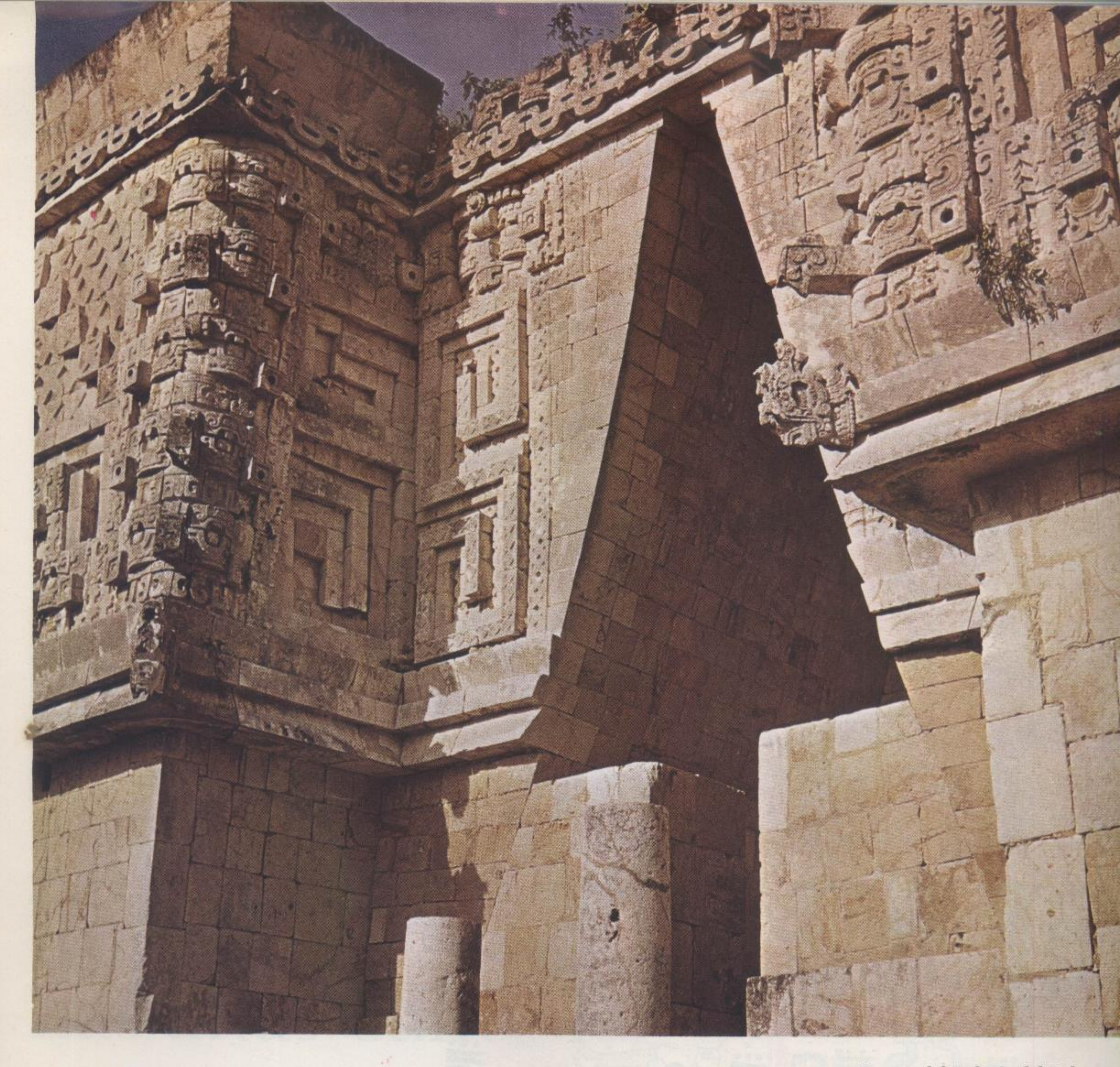
muchos años una tumba oculta en el corazón del monumento, llena de impresionantes riquezas y que reivindica el papel sepulcral para esta clase de estructuras. Copán, en Honduras; Labná, Yaxchilán, Uaxactún, Piedras Negras, Tikal, Kabah, que posee el arco más ancho de todo el arte maya; Uxmal, con numerosos edificios como la alta y empinada pirámide del adivino y el llamado Palacio del Gobernador. Acaso ningún conjunto resulte tan vasto e impresionante como el de Chichen-Itzá, con su gran pirámide del Castillo, su templo de los Guerreros, junto al cual quedan vastas columnatas que, salvando las distancias, recuerdan las salas hipóstilas egipcias; el extenso juego de pelota; el Caracol, edificio con torre cupuliforme que se supone observatorio astronómico; el misterioso cenote o estanque para ofrendas, etc.

Los relieves en piedra están hechos con gran destreza y sus adornos obtienen complicado simbolismo. En la pintura, mural o cerámica, se ve mayor observación de la naturaleza. La cerámica era notable, con formas incluso animales y humanas y decoración plástica, grabada o pintada.

La escritura maya supera a las restantes escrituras americanas. Es la que estuvo más próxima a realizar el paso a los signos fonéticos. Se escribía en papel de fibra de magüey, piel, tela de algodón y en los relieves murales. Los caracteres eran cuadrados con los ángulos redondeados, a veces encerrados en una especie de cartuchos. La lamentable destrucción de muchos de tales textos, debida al exceso de celo religioso de los conquistadores, no nos permite ahora interpretar satisfactoriamente los pocos códices conservados. Con frecuencia aparecen supuestos lectores de tales textos, pero el problema es por ahora insoluble, a pesar de los datos que nos conservó el obispo Landa. Parece que los signos tenían preferentemente un valor ideográfico, pero que en ciertos casos adquirían un valor fonético silábico, y así el signo de *cab,*



Chacmool procedente de Chichen-Itzá (Museo de Mérida, México). En estas esculturas antropomorfas reclinadas que, a partir de la época tolteca, se situaban a la entrada de los templos, y en el plato que aparece sobre su vientre, se colocaban las ofrendas de los sacrificios.



Puerta del Palacio del Gobernador, en Uxmal, considerado el edificio más bello de la arquitectura autóctona centroamericana.

tierra, aparecerá en *caban,* día, y *cabil,* miel. De algunas tribus mayas, entre ellas los quiché, conocemos una literatura oral que se ha transmitido hasta tiempos modernos.

Aunque el calendario, en lo fundamental, se parece al azteca que describimos, lo que probaría un mismo origen en culturas remotas en el espacio, los signos empleados son puramente mayas. También hay aquí un año de 18 meses de 20 días, más cinco días nefastos suplementarios. Cada día *(kin)* tiene su número hasta trece, y cada mes *(ninal),* su nombre y signo particular. Veinte años forman el período llamado *katún,* que se hallaba bajo una divinidad y comportaba diversos ritos. Otro ciclo era de cincuenta y dos años. Para las ceremonias religiosas había otro período de doscientos sesenta días, empezando el año en el mes de mayo. Se cree que hubo un año primitivo de unos cuatrocientos días, al que siguió otro de trescientos sesenta. Conocieron los mayas la necesidad de intercalar un día más cada cuatro años, así como el ciclo de Venus, los eclipses y los planetas Mercurio, Marte y Júpiter.

Su numeración era vigesimal. La unidad se indicaba con un punto, y el cinco, con una línea. Para el cálculo de la cuenta de días, base de la cronología maya, vemos la superposición de distintos órdenes que se correspondían con los períodos del calendario. Así, del veinte se pasaba al trescientos sesenta (dieciocho por veinte) y al siete mil doscientos (veinte por trescientos sesenta). Este último corresponde al número de días del período que recibió el nombre de *katún.*

BIBLIOGRAFIA

Caso, A.	*El pueblo del Sol,* México, 1953.
Coe, N.	*México,* en la colección "Ancient Peoples and Places", Londres-Nueva York, 1961.
Cook de Leonard, C.	*El esplendor del México antiguo,* México, 1959.
Covarrubias, M.	*El arte indio en México y América Central,* México, 1961.
Disselhoff, H. D.	*Las grandes civilizaciones de la América antigua,* Barcelona, 1965.
Lehmann, H.	*Les civilisations précolombiennes,* París, 1965.
León Portilla, M.	*La filosofía náhualt,* México, 1959.
Morley, S., y Brainerd, G.	*The Ancient Maya,* Stanford, 1956.
Piña Chan, R.	*Las culturas preclásicas de la cuenca de México,* México, 1955. *Mesoamérica,* México, 1960.
Rivet, P.	*Cités Mayas,* París, 1954.
Soustelle, J.	*La vie quotidiènne des Aztèques à la vieille de la conquête espagnole* (2.ª ed.), París, 1955.
Vaillant, G.	*Aztèques du Mexique,* París, 1951.
	Son importantísimas para México las publicaciones del Instituto de Antropología e Historia de México, en especial la revista INAH.



Detalle del códice maya llamado "Códice Trocortesiano" (Museo de América, Madrid).



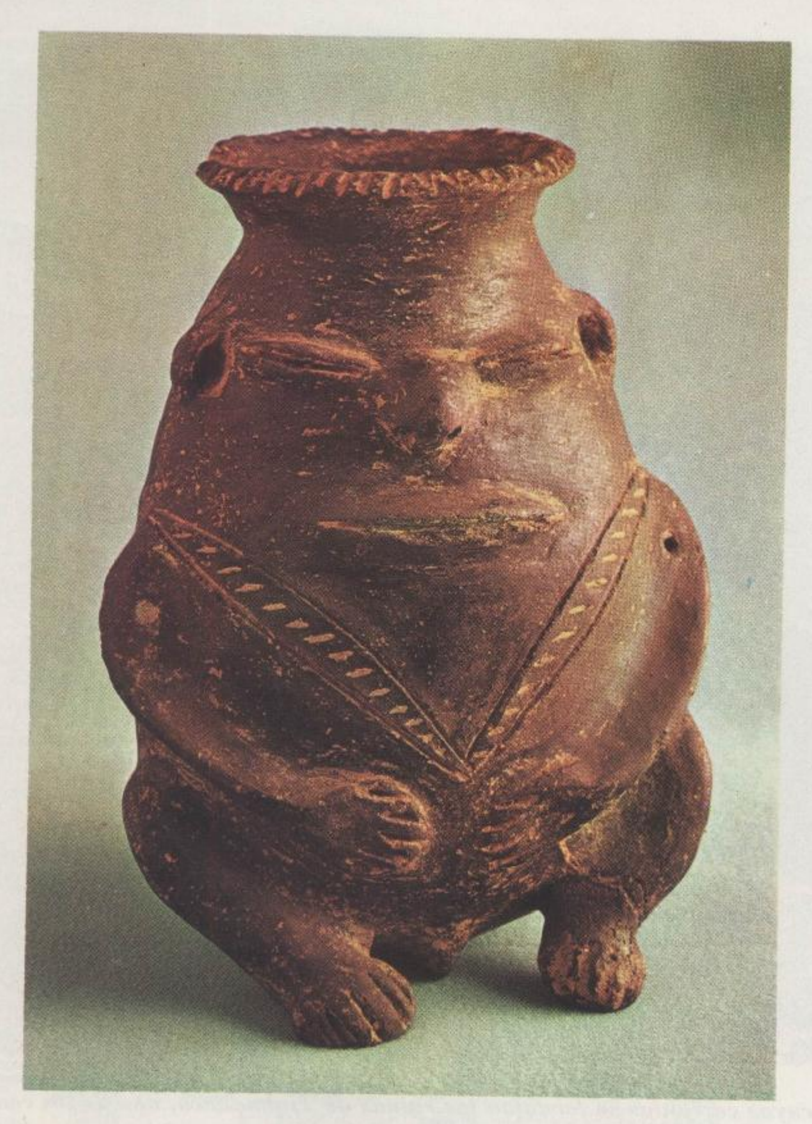
Vista parcial del lago Titicaca, en Bolivia, en cuyas cercanías se levantan las ruinas de Tiahuanaco, uno de los centros originarios de las altas culturas sudamericanas.

Las altas culturas sudamericanas

por LUIS PERICOT

A pesar de las riquezas que los arqueólogos han sacado a luz en las tierras andinas septentrionales, es ésta una región americana mal conocida, tanto en la filiación étnica de sus tribus como en los detalles de su historia y su cultura. Podríamos citar algunos pueblos de Colombia y Ecuador, aparte los ístmicos, entre los que se encuentran grupos emparentados con los sudamericanos. Quimbayas, chibchas, esmeraldas, mantas, huancavilcas y tantas otras tribus de difícil filiación, sin olvidar a los taironas de las cercanías de la Sierra de Santa Marta, ofrecen formaciones políticas y dinastías mal conocidas. En cuanto al arqueólogo, descubre vestigios tan impresionantes como las esculturas de San Agustín, que muestran algún parecido con las de la isla de Pascua y de Oceanía y cuyo comienzo se señala hacia el 600 a. de J. C. También pueden relacionarse de alguna manera con el mundo mesoamericano y con el andino central.

De todo ese mundo, lo que conocemos mejor es el grupo chibcha, en la comarca de



Vasija antropomorfa perteneciente a la cultura chibcha tardía (Museo Etnológico, Barcelona). Del mundo formado en la zona superior del continente sudamericano, el pueblo chibcha, en la comarca de Bogotá, es el mejor conocido.

Bogotá, ciudad ya existente en la época del descubrimiento con el nombre de Muequetá. El mito del Eldorado hizo que los conquistadores se lanzaran hacia aquellos países que poseían esa legendaria riqueza en oro. Encontraron en el país chibcha nueve estados: Sogamoso, Tunjá, Bogotá, Guanenta, Tundama, Sáchica, Tinjacá, Chipatá y Saboyá. Los más importantes eran el de Tunjá, gobernado por el monarca zaque, y el de Bogotá, sede del zipa. A fines del siglo V lucharon ambos. El zipa Nemequene, que reinó de 1490 a 1538, casi consiguió dominar todo el territorio. A la llegada de los españoles mandaba el zipa Tisquezuza, pero pronto acabaron aquellos incipientes imperios. En el Ecuador hubo grupos estatales sobre los que se ejerció la presión chibcha. Entre ellos, los caras lograron acaso formar un estado.

Los chibchas eran buenos agricultores y cultivaban el maíz, la patata, la coca, el tabaco y bebían chicha; obtenían sal, producto con el que comerciaban. Se cubrían con mantas de algodón pintadas y altos sombreros y con numerosos adornos de plumas, diademas, placas de oro, colgantes para orejas, nariz y labios, en parte atributos de caciques, sacerdotes o guerreros. Su cerámica y telas de algodón eran excelentes. Aunque crearon centros urbanos como Bogotá, edificaban poco en piedra y sus habitaciones solían ser de planta circular con paredes de madera recubierta de barro y el techo cónico de paja.

Sobresalían en la orfebrería y disponían de mucho oro, obtenido en las arenas de sus ríos. Hacían toda clase de colgantes, figurillas y adornos de oro o de tumbaga, aleación con cobre o plata. Como ofrenda se usaban las plaquitas delgadas de oro. Conocían el procedimiento de la cera perdida. La contemplación del actual Museo del Oro de Bogotá, donde se guardan millares de piezas de la orfebrería antigua, constituye una visión extraordinaria.

Hemos hecho ya referencia a las creaciones políticas de estos pueblos. El cargo de cacique era hereditario por línea materna y exigía un duro noviciado. La consagración, con el rito de las ofrendas en oro a los genios de la laguna de Guatafita, dio origen a la leyenda del Eldorado. Se trataba, pues, de una monarquía teocrática con un consejo para los asuntos graves. Unos funcionarios recogían la saliva del cacique, el cual vestía con trajes especiales y tenía varios atributos: mitra de oro y vestidos de algodón pintado. La mayoría de estas tribus practicaban la exogamia y el matriarcado, con poligamia y matrimonio por compra. Los xeques o sacerdotes ocupaban la posición dominante. Los soldados llevaban la cabeza afeitada, labios y nariz agujereados y las orejas con tantos cilindros de oro como enemigos muertos. Se premiaba de modo especial a los más valientes *(usaques)*.

No parece que se admitiera la propiedad privada de la tierra, pero el comercio estaba muy desarrollado, con mercados públicos y ferias. Usaban piezas de oro como una especie de moneda y cuidaban las vías de comunicación, por ejemplo con la construcción de puentes, lo que explica que su influencia irradiase por las comarcas andinas septentrionales.

Su religión no es bien conocida y parece basarse en el animismo, siendo numerosos los lugares de culto, entre los que sobresalen las lagunas. El culto a los antepasados se muestra en el cuidado en guardar los cráneos, que incluso se reconstruyen.

Uno de sus dioses superiores era el sol, a quien se dedicaron numerosos templos y al que se ofrecían sacrificios humanos. Éstos, aunque excepcionales, eran terribles, como el de un niño criado cuidadosamente y que no se sacrificaba hasta que llegaba a la pu-



Monolito de Quebradillas, en las cercanías de San Agustín y perteneciente a esta cultura de Colombia.

bertad, y entonces se le cortaba la cabeza con un cuchillo de bambú o se le mataba a flechazos, arrancándole el corazón en medio de complejas ceremonias.

El héroe civilizador era Bochica, que combatió la maldad de su esposa, Chia, identificada con la luna, que había causado grandes males a la humanidad. Chibchacum sostenía sobre sus hombros la Tierra y al pasarla de uno a otro se producían los terremotos. Con figuritas de barro se hicieron los hombres, y las mujeres fueron creadas de tallos de hierba. Los sacerdotes recuerdan la figura de los chamanes, por sus funciones semejantes. Estas tribus eran muy aficionadas a las carreras a pie, que tenían carácter religioso. No tuvieron ningún sistema de escritura algo progresivo y sus pictografías escapan a nuestro desciframiento.

Lo que se llama América nuclear tiene su zona meridional en la región costera del actual Perú y en la meseta andina cercana. El problema de qué área fue de más antigua civilización, cuando se compara esta zona meridional con la mexicana y la posible relación entre los dos focos, no está resuelto, pero progresa la idea de que entre ambos existió una mayor relación de lo que se había imaginado hace unos años. Este mundo andino central presenta dos regiones contrapuestas. Una de ellas es la costa, árida pero habitable, en la parte baja de las cuencas fluviales, que se enlazan con la zona ecuatoriana, con ricos e interesantes vestigios arqueo-



Vasija de oro perteneciente al tesoro de los quimbayas, de Colombia (Museo de América, Madrid). Los quimbayas eran un pueblo de la actual Colombia que poseía una elevada técnica para trabajar el oro.

lógicos. Otra es la meseta andina, con clima muy peculiar y con interesantes atractivos.

En esa zona andina se desarrolló la cultura de Tiahuanaco. Emana tal interés de las ruinas de Tiahuanaco, junto al lago Titicaca, a una altitud que bordea los cuatro mil metros y que obliga a adaptarse a condiciones difíciles para la fisiología del hombre, que ha habido autores, como Posnansky, que, dejando volar la fantasía, han supuesto la presencia allí de una especie de cultura madre de todas las de América, milagrosamente desarrollada y más vieja que las culturas del Viejo Mundo, con otras hipótesis no menos fantásticas.

La cronología que hoy se acepta puede resumirse en una primera etapa, plenamente prehistórica, de viejos cazadores, desde el 7000 al 3000 a. de J. C. Después, hasta casi el año 1000 a. de J. C. tenemos la primera fase agrícola. Empiezan entonces las tres etapas denominadas *formativa, clásica* y *posclásica*. Las manifestaciones de tales etapas culturales varían en cada una de las comarcas naturales de la costa y de la meseta. Así, en la costa norte la etapa formativa abarca los sucesivos períodos de Cupisnique, Salinar y Gallinazo. La etapa clásica comprende el período mochica y la posclásica las de Tiahuanaco costero, chimú e inca. La meseta septentrional nos da la etapa Chavín en la época formativa y la de Recuay en la fase clásica. Más al Norte, la cultura de Cajamarca es la que ocupa toda esa larga época. En la costa meridional, la época clásica corresponde a la fase nazca, y la posclásica, a la chincha. Al final de esta época, en el siglo XV, el dominio inca es total.

La meseta en su zona meridional tiene dos focos: el de Cuzco y otro alrededor del lago Titicaca. En este último se halla, por el 500 a. de J. C., la cultura de Chiripa, a la que sigue la de Tiahuanaco, que habrá de alcanzar una extensión considerable en varios sentidos. La fase clásica de Tiahuanaco hay que atribuirla a los primeros siglos de nuestra era y en la segunda mitad del primer milenio estamos ante la decadencia de aquella cultura, que por el año 500 se ha extendido ya por la región del Cuzco, en la que, a partir del año 1000, la cultura inca se desarrolla intensamente. Al mismo tiempo, en su región original, junto al lago Titicaca, se forman fases locales como la que tiene como característica la presencia de la chulpa, torre funeraria levantada por los aimaraes, la tribu vecina y conexa de los incas.

Unificado el país por los incas, sus tradiciones, que los autores españoles nos han conservado a pesar de la falta de un sistema de escritura entre los pueblos peruanos antiguos, nos permiten trazar la historia y genealogías del clan inca, que se mantuvieron mucho tiempo vivas en la mente del pueblo peruano durante los siglos posteriores a la conquista.

En la región de Cuzco, a una altitud de unos 3.600 metros, vivía una tribu mísera, la quechua, en vecindad con la aimará. Acaso aquélla era una rama de esta última. Los quechuas recibieron un civilizador venido de Tiahuanaco, el llamado Viracocha. Otra versión hace venir de la región del Titicaca, como civilizador, a Manco Cápac y a su hermana Mama Ocllo, hijos del Sol. De ellos descendía el clan inca, que algunos suponen de origen aimará, y este clan se impondría a los quechuas que habitaban míseramente la región de Cuzco.

Manco Cápac es la cabeza de una dinastía y se sitúa hacia el 1200. Sus sucesores fueron Sinchi Roca, Lloque Yupanqui, Mayta Cápac y Cápac Yupanqui. Este último es el primer gran guerrero de los incas, que ven-

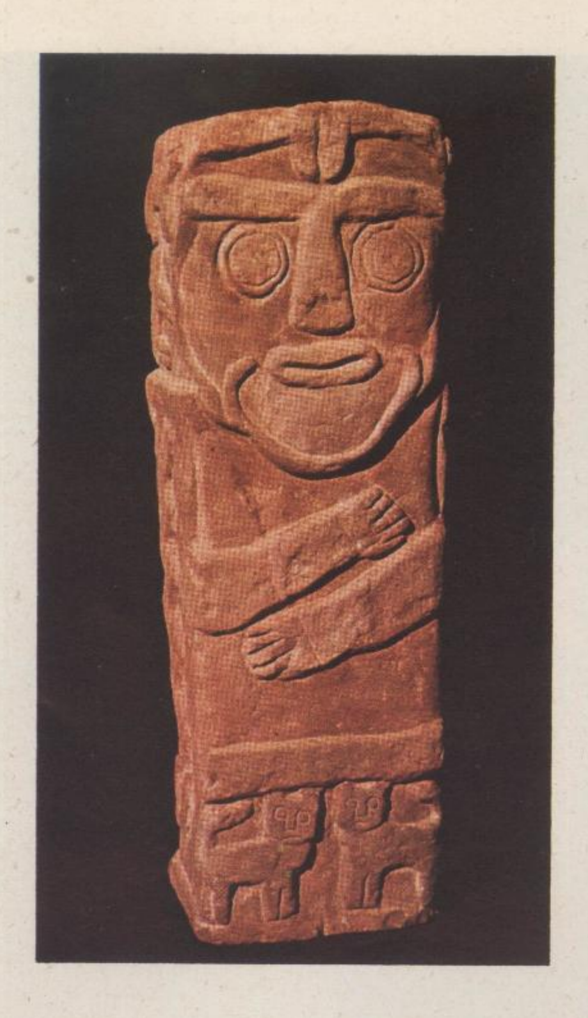


Esculturas de la cultura de Tiahuanaco, en el Museo Arqueológico de La Paz, en Bolivia.

ció a las tribus enemigas que atacaron Cuzco, la capital del naciente estado. El inca Roca da comienzo a una nueva dinastía, durante la cual Yahuar Huacac inicia las campañas de expansión imperial, que comienzan con la sumisión de la región del lago Titicaca. Pero el gran impulsor del Imperio fue el inca Viracocha, que reinó durante medio siglo. Tuvo que asegurar su trono ante otros pretendientes y ante el peligro de los clanes y tribus rivales. Realizó importantes conquistas, en especial en la costa chilena y el país de Atacama.

Con Urcon, hijo de Viracocha, se producen nuevas revueltas, en especial la de los chancas. Éstos fueron vencidos por Pachacutec, hijo también de Viracocha, en la sangrienta batalla de Yahuarpampa. Pachacutec o Pachacuti Yupanqui fue el gran monarca conquistador. Recobró los territorios que se habían independizado y sometió extensos territorios, alcanzando por el Norte el Ecua-

Escultura de Tiahuanaco (colección particular, La Paz).



Vaso de cerámica de la cultura de Tiahuanaco (colección particular, La Paz).



dor y sometiendo, hacia el Sur, a los pueblos collas, más allá del Titicaca. Gran legislador, organizó el Imperio y embelleció la capital. Tupac Yupanqui siguió las huellas expansionistas de su padre y alcanzó por la costa el río Maule. Su hijo Huayna Cápac volvió a guerrear hacia el Norte y vivió en Quito, casi coincidiendo su muerte, en el año 1525, con la llegada de los conquistadores españoles.

En este momento tenía el Imperio inca una extensión extraordinaria, pero la organización no era bastante sólida y por ello a la muerte de Huayna Cápac luchan por la herencia sus hijos Atahualpa y Huáscar, venciendo el primero en 1531, cuando Pizarro llegaba al Perú, siendo recibido por el inca vencedor, en 1532, en Cajamarca, e iniciaba una fabulosa empresa de conquista.

Es sumamente aleccionador el estudio de una cultura que se superpone a viejos moldes neolíticos en regiones extremas del planeta, sometidas a su vez a remotas influencias que pueden haber llegado por tierra o por mar, y que da creaciones propias y originales que acaban produciendo una variante cultural llena de posibilidades, ante alguna de las cuales quedamos asombrados.

Antes de hacer referencia a la cultura inca estricta, indiquemos las sucesivas fases culturales del Perú que tienen su asiento en la costa o zonas vecinas. Tras las culturas costeras de las que ya hablamos, que inician la agricultura en los valles bajos de los ríos andinos y con ella la cerámica, del 800 al 300 a. de J. C. encontramos, en la meseta septentrional, plataformas de piedras o adobes sobre los que se levantan templos de muros decorados con relieves y grabados y estucos pintados. Todo ello ofrece ciertos paralelos con el arte olmeca y recibe nombre de la fortaleza de Chavín de Huántar. Aparecen ya joyas de oro.

Un segundo período va del 300 a. de J. C. al 200 de la era y muestra numerosos desarrollos regionales a lo largo de la costa: Salinar, Nazca, Paracas-Cavernas, Gallinazo. Presentan irrigación, templos y plataformas piramidales, mientras en las altas mesetas empieza la evolución de Tiahuanaco. Del 200 al 600 se logra un gran florecimiento, adquiriendo un gran desarrollo la metalurgia, con aleación de cobre y de plata al oro. En Tiahuanaco, al lado de plataformas piramidales existe una magnífica estatuaria en piedra y es bien conocida y divulgada la impresionante belleza, en el marco de un paisaje desolado, de la llamada Puerta del Sol, dedicada a Viracocha, dios solar. En la costa, esta época es igualmente rica. En Trujillo, la huaca del Sol es la mayor de las pirámides peruanas. En Paracas, la inmensa necrópolis presenta,



Detalle de la monolítica (hoy cuarteada) "Puerta del Sol" de Tiahuanaco (Bolivia), en el templo dedicado a Viracocha, dios solar.

junto a los cestos que contenían las vísceras de los muertos, sus cuerpos replegados y envueltos en maravillosas telas. En cuanto a las cerámicas de Mochica y de Nazca, las escenas pintadas son rituales, personajes, dioses y demonios, labores diversas, y constituyen una fuente inapreciable de datos sobre aquellas culturas.

Del 600 al 1000 domina el urbanismo, con la construcción de grandes ciudades con templos y palacios. Tiahuanaco influye a lo lejos. Uari, en la meseta; Chimú, Chancay e Ica, en la costa, son nuevos e importantes centros. La decadencia de Tiahuanaco, del 1000 al 1458, va acompañada por el uso frecuente del bronce. Cuzco progresa. En el litoral central y meridional surgen pequeños reinos, mientras el reino chimú, que alcanza hasta Paramonga, posee un extraordinario centro urbano, el de su capital Chanchan. El último medio siglo hasta la conquista ve la unificación del extensísimo imperio.

Por lo que respecta a la cultura inca, naturalmente el medio ambiente de la alta meseta y el de la zona costera diferían por completo. En aquélla cabría estudiar las formas culturales de quechuas y aimaraes, cada una con sus peculiaridades. En ésta, los rasgos de la llamada cultura yunca, más o menos paralela de la chibcha.

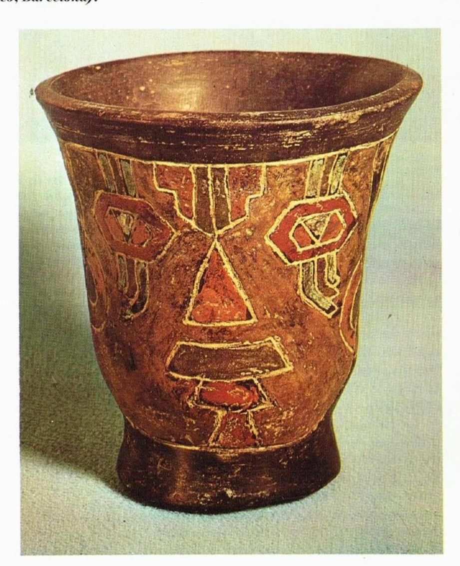
La habitación costera es de adobe o ladrillo, que en ocasiones se adorna con estucos y muchas veces es un sencillo cobertizo. En la meseta es de piedra, de planta rectangular, con cubierta a doble vertiente. Los aimaraes levantaban *chulpas,* estructuras circulares con techo saliente. En el traje, un elemento básico para los hombres de todo el

CIVILIZACIONES CLASICAS EN LOS PAISES ANDINOS

H. 200	*Primeras manifestaciones de la civilización de Moché en la costa norte del Perú.* Civilización de Cocle en Panamá. Orfebrería.
H. 300	*Civilización de Nazca en el sur del Perú.* Se prolongará hasta el siglo X u XI: cerámica, tejidos, técnicas primitivas de trabajo del metal.
H. 500	*Apogeo de Moché,* hasta el 900. Diversos grupos étnicos. Cerámica pintada: vasos-retrato, vasos con escenas de la vida cotidiana, técnicas metalúrgicas muy avanzadas, pirámides. *Tiahuanaco en Bolivia:* restos de templos con bajos relieves con motivos geométricos, cerámica, conocimientos metalúrgicos.
H. 700	*Expansión de la civilización de Tiahuanaco por todo el Perú.* En el siglo X su influencia alcanza Panamá y Costa Rica, Chile y Argentina.
H. 1000	*Civilizaciones Chibcha y Quimbaya en Colombia:* orfebrería.
H. 1300	*Culturas locales de Chimú, Chanzay e Ica en la costa peruana, bajo la influencia de Tiahuanaco:* metalurgia, cerámica, tejidos.
H. 1400	*Período histórico del Imperio inca:*
1438	Pachacutec, soberano quechua de Cuzco, conquista una vasta faja costera desde Quito hasta Lima, penetrando por el interior hasta el lago Titicaca, en Bolivia.
1471	Tupac Yupanqui.
1493	Huayna Capac conquista el Ecuador, sur de Colombia, norte de Chile y noroeste de Argentina.
1527	Guerra civil entre Huáscar, que reina en Cuzco, y Atahualpa, soberano de Quito.
1532	Llegada de Pizarro al Perú. Atahualpa le recibe como aliado y se convierte al cristianismo.

país era el poncho o *yacolla,* mientras las mujeres usaban una larga túnica y una especie de chal sujeto al hombro por un gran alfiler, el *topu,* y una faja arrollada al cuerpo. Calzaban sandalias. No eran frecuentes la pintura y el tatuaje. Fajas de lana coloreadas ceñían el cabello, con variantes según el rango del personaje. El cabello en la meseta se dejaba corto. Abundaban los adornos en orejas y nariz y se usaban diademas y pectorales de metal en las fiestas, entre las que eran solemnes las de iniciación de los jóvenes. El *chunco* o gorro aimará, de lana, en forma puntiaguda y con orejeras se divulgó mucho.

Vasija de cerámica modelada a mano y con decoración incisa y pintada, que corresponde a la cultura de Paracas (Museo Etnológico, Barcelona).



La base económica era el cultivo a que todos estaban obligados, iniciando las labores con una ceremonia el propio inca. El maíz dominaba en la región costera y la patata en la meseta, desde donde conquistó toda la tierra. Muchas otras plantas que han pasado al acervo común de la humanidad se cultivaron aquí. Resaltemos el papel de la coca. La irrigación explica la admirable disposición en terrazas en las empinadas estribaciones andinas. Se utilizaba como abono el guano recogido en las islas costeras. Del maíz se obtenía la acca o chicha, bebida alcohólica que se consumía sin tasa.

El Perú es el único país americano donde los animales domésticos desempeñaron un papel comparable al que tenían en el Viejo Mundo. Además de pavos y perros, aquí tenemos el conejillo de Indias y sobre todo los dos auquénidos domesticados, la llama y la alpaca. De ellos se aprovechaban la carne y la lana. Pero la llama era el único animal de carga, aunque no podía llevar más de treinta o cuarenta kilos. No es mucho, pero sí representa un gran auxilio para el hombre, ya que el transporte había de efectuarse a una altitud en que el esfuerzo humano se hace difícil. Otros dos auquénidos, la vicuña y el guanaco, se cazaban, siendo muy difícil el cuidado de las especies domésticas, que eran en su mayor parte propiedad del soberano. La pesca tenía también importancia.

Hemos hablado ya de las cualidades de

la cerámica. En cuanto al hilado y el tejido, eran técnicas que los peruanos dominaron totalmente. Con medios muy rudimentarios obtenían hilados finísimos, inverosímilmente delicados. Se hilaba lana de alpaca, llama y vicuña, el algodón, agave, pelo de murciélago, y se atribuye su finura a la acción de la coca sobre la saliva con la que se humedecía la fibra al hilar. Se teñían con colores sólidos y vistosos. El telar era el vertical, primitivo. Las telas eran diversas, alcanzando un parecido con la tapicería y usando también el adorno con tejidos de plumas. La anchura de las telas no pasaba por lo general de ochenta centímetros, cosiéndose para obtener anchos mayores.

Eran expertos en el trabajo de la madera, piedras duras, hueso y coral. En la metalurgia superaron al resto de los americanos. El metal básico era el cobre, pero sabían obtener el bronce, del que se hacían hachas. De cobre eran los *topus* (alfileres) y los *tunis* (cu-



Detalle de un tejido peruano de la zona litoral, con cenefas de escaleras y grecas y un ser antropomorfo de dos cuerpos (Museo Etnológico, Barcelona).

Momia de mujer de la necrópolis de Paracas, en Perú (Museo de América, Madrid).

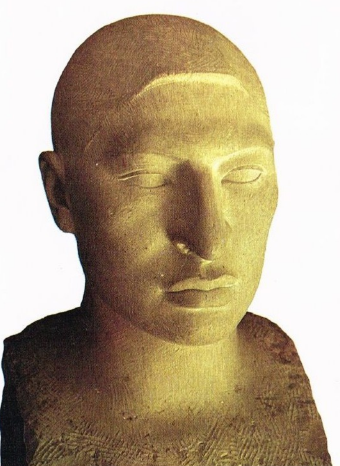


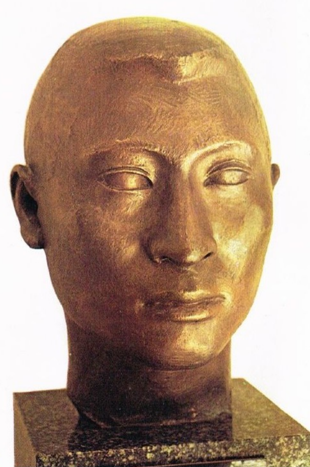
chillos en T de corte semicircular). El oro abundaba en extremo y con oro y plata se labraban toda clase de piezas y adornos. También se conocían el plomo y el mercurio y en algunos lugares se utilizó incluso el platino.

Hoy nadie duda de que la gente de la costa era muy marinera, a pesar de disponer tan sólo de canoas de piel o haces de totora (empleada también en el lago Titicaca para hacer frágiles embarcaciones) o balsas de madera adecuada, con uso de la vela y rudo timón. Con una embarcación parecida, Heyerdahl pasó del Perú a las islas polinésicas. Se confirman así las tradiciones de expediciones marinas de los incas y de batallas navales contra los ecuatorianos, que serían los más expertos. Esto abre grandes posibilidades a las hipótesis de influencias y aun migraciones transpacíficas. Es seguro que alcanzaron las islas de los Galápagos desde la lejana costa ecuatoriana.

El Perú, con el Imperio, evolucionaba también hacia formas sociales y políticas nuevas. El clan totémico se había transformado en el *ayllú*, que se confunde con la aldea, quedando el recuerdo de un grado intermedio. El clan era endógamo, y la familia, patriarcal y monógama, como base de la sociedad incaica. La posición de la mujer era buena, no casándose antes de los dieciocho años (el varón a los veinticuatro). En los yuncas costeros había cierto matriarcado, tenien-

Vasija chimú doble para chicha (Museo Etnológico, Barcelona), con representación del dios del maíz, procedente de Chanchán, Perú, uno de los centros culturales que sobresalieron al decaer Tiahuanaco.





Hombres quechua y aimará, en esculturas antropológicas realizadas por Eudaldo Serra Güell (Museo Etnológico, Barcelona). Ambos pueblos, con particularidades propias, crearon las culturas de la meseta andina.

Garcilaso de la Vega: COMENTARIOS REALES DE LOS INCAS

Garcilaso pertenece a la vez a la nobleza inca (era hijo de la princesa Chimpu Ocllo, nieta del inca Tupac Yupanqui) y a la nobleza española (su padre es uno de los capitanes de Pizarro). Hijo natural, no reconocido por su padre, se llamará durante algún tiempo Gómez Suárez de Figueroa. A los veinte años abandona su país natal, al que ya no regresará.

"A los hijos de español e india o de indio y española nos llaman mestizos, por decir que somos mezclados de ambas naciones; fue impuesto por los primeros españoles que tuvieron hijos en indias, y por ser nombre impuesto por nuestros padres y por su significación, me lo llamo yo a boca llena y me honro con él..., aunque en Indias si a uno dellos le dicen 'sois un mestizo' o 'es un mestizo,' lo toman por menosprecio."

LA VISION HISTORICA DEL INCA GARCILASO
(según WACHTEL)

La historia es una marcha ininterrumpida desde la pura animalidad hasta la civilización.

LA PRIMERA EDAD O EL CAOS

Los hombres vivían como animales, sin vivienda, sin vestidos, alimentándose de lo que podían cazar o recoger, ignorando la agricultura, el modo de domesticar a los animales y la manera de preparar los alimentos. Vivían en contra de la ley natural, robando, matando, saqueando, desconociendo el matrimonio y la familia, uniéndose a cualquier mujer aunque ésta fuera su propia madre, su hija o su hermana. Adoraban múltiples ídolos, piedras, ríos, fuentes, nubes, animales.

LA SEGUNDA EDAD O LA CIVILIZACION

Los incas traen la civilización a los indígenas. Les enseñan todas las técnicas: la agricultura, el regadío, la alfarería y el tejido, la construcción de carreteras, de casas y templos, de ciudades y palacios. Les obligan a vivir en conformidad con la razón y la ley natural; el incesto y el adulterio, el robo y el asesinato son prohibidos, y los hombres, agrupados en pueblos y ciudades, viven en paz bajo la dirección de los curacas o jefes políticos. Con el único auxilio de la razón, los incas conciben un dios superior, creador e invisible, Pachacamac, cuya manifestación externa es el Sol, al que adoran.

LA TERCERA EDAD O LA EVANGELIZACION

Como Roma unificó el mundo y preparó así la expansión de la verdadera fe, los incas, los gentiles como los llama Garcilaso, unificaron los países andinos y condujeron a sus habitantes al límite de sus posibilidades humanas. Después de ellos, la conquista española queda reducida a un solo hecho, la evangelización, la aportación de la revelación a un nuevo mundo que no podía dársela a sí mismo.

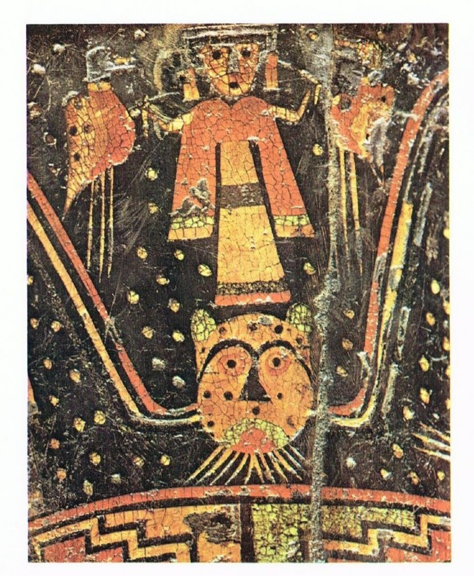
Garcilaso, hombre de formación renacentista, inserta la evolución histórica del Perú en la evolución histórica general del occidente cristiano, dentro de una óptica providencialista.

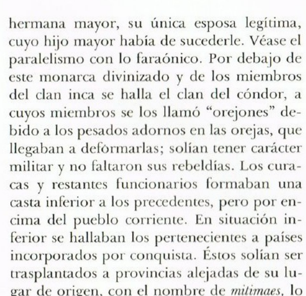
Pero la obra de Garcilaso es también una obra de combate y está hecha en contra y en abierta polémica con la historiografía española contemporánea. A la presentación del Imperio inca como una tiranía opresora que justifica su conquista y aniquilamiento, opone Garcilaso su concepción del Imperio inca como la Ciudad Ideal, un estado racional, igualitario y pacífico, sobre cuyo fondo destaca las guerras civiles, las rapiñas, la explotación de los indios, que fueron las secuelas de la conquista. Así, la historia del Perú se cierra como una gran tragedia y sus protagonistas inermes recuerdan con nostalgia su mundo perdido, el pasado inca.

do las mujeres cargos importantes bajo el nombre de *capullanas* o *sayapullas*.

Se ha hablado mucho del régimen socialista o comunista teocrático en el Perú. Cada diez familias se hallaban bajo la inspección inmediata de un funcionario, *camayoc*, y diez de éstos dependían del *pachacurara*, que en cierta manera era jefe de clan o *curaca*. Diez aldeas (que formaban dos marcas) tenían por jefe a un curaca, que dependía directamente del gobernador de una de las cuatro provincias en que el Imperio se hallaba dividido: Antisuyu, Cuntisuyu, Chinchasuyu y Collasuyu. Algunos de los pueblos que habían sido sometidos recientemente seguían conservando cierta personalidad e incluso en ocasiones sus antiguos monarcas.

El jefe supremo era el Inca, o Sapay-inca (inca-único), que recibía el título de Inti, igual que el sol, con el que se identificaba. Los altos funcionarios y sacerdotes descendían asimismo del sol por ser del clan inca. Todo en él indica el carácter sagrado: su pompa, el respeto que se le debía, el casarse con su



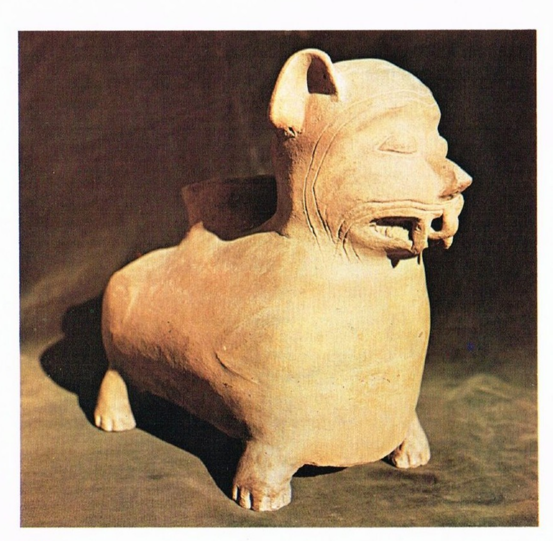


Detalle de un "kero" o vasija de madera pintada, de estilo quechua, procedente de Cuzco (Museo Etnológico, Barcelona).

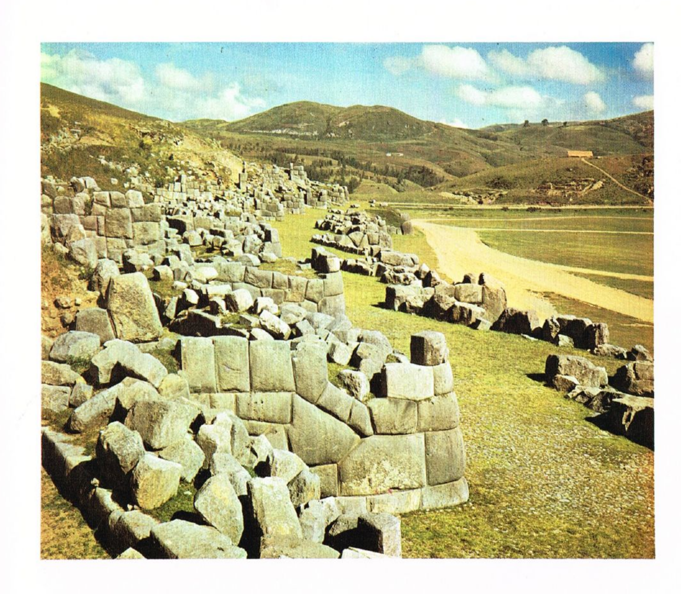
hermana mayor, su única esposa legítima, cuyo hijo mayor había de sucederle. Véase el paralelismo con lo faraónico. Por debajo de este monarca divinizado y de los miembros del clan inca se halla el clan del cóndor, a cuyos miembros se los llamó "orejones" debido a los pesados adornos en las orejas, que llegaban a deformarlas; solían tener carácter militar y no faltaron sus rebeldías. Los curacas y restantes funcionarios formaban una casta inferior a los precedentes, pero por encima del pueblo corriente. En situación inferior se hallaban los pertenecientes a países incorporados por conquista. Éstos solían ser trasplantados a provincias alejadas de su lugar de origen, con el nombre de *mitimaes,* lo que hacía difícil su rebeldía. A los hijos de los jefes de tales países se les educaba en Cuzco y se les obligaba a hablar quechua, con lo que esta lengua llegó a ser la general en un vastísimo territorio.

La tierra que había de ser base del sustento familiar le era dada al varón al contraer matrimonio y se castigaba cualquier descuido, en especial referente al agua de riego. Al nacer un hijo se aumentaba la extensión de la tierra concedida. Para las obras públicas se empleaba la prestación personal, lo mismo que para el cultivo dedicado a las tierras del estado. Se empleaba asimismo en tales casos el trabajo de los cautivos, mitimaes, etc.

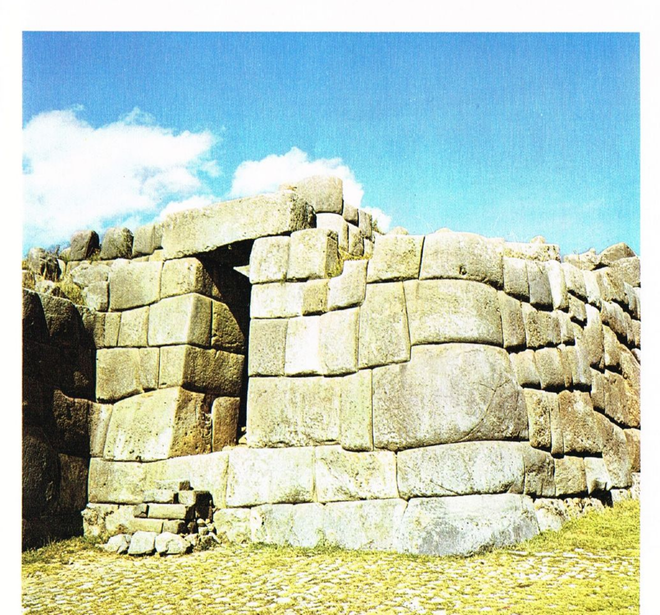
El derecho penal era severísimo. En el ejército, el mando pertenecía al clan inca y a los orejones. Las armas usadas eran propulsoras: mazas, lanzas, hachas y bolas, mientras el arco y la cerbatana se usaban en la zona costera. Defensivas eran los escudos redondos o rectangulares, además de corazas y cascos de madera, pieles o metal. Eran hábiles fortificadores, usando la técnica ciclópea, con la que obtenían fortalezas como la de Sacsahuamán, que es clásica en este aspecto y que nos asombra por el tamaño enorme y el ajuste perfecto de los bloques empleados. La disciplina y buen armamento de su ejército explican sus victorias, acompañadas por la matanza en masa de los varones o haciendo tambores con la piel de los príncipes enemigos, en los que se dejaba colgante la cabeza.



Vaso inca que representa un puma (Museo Arqueológico, Cuzco).

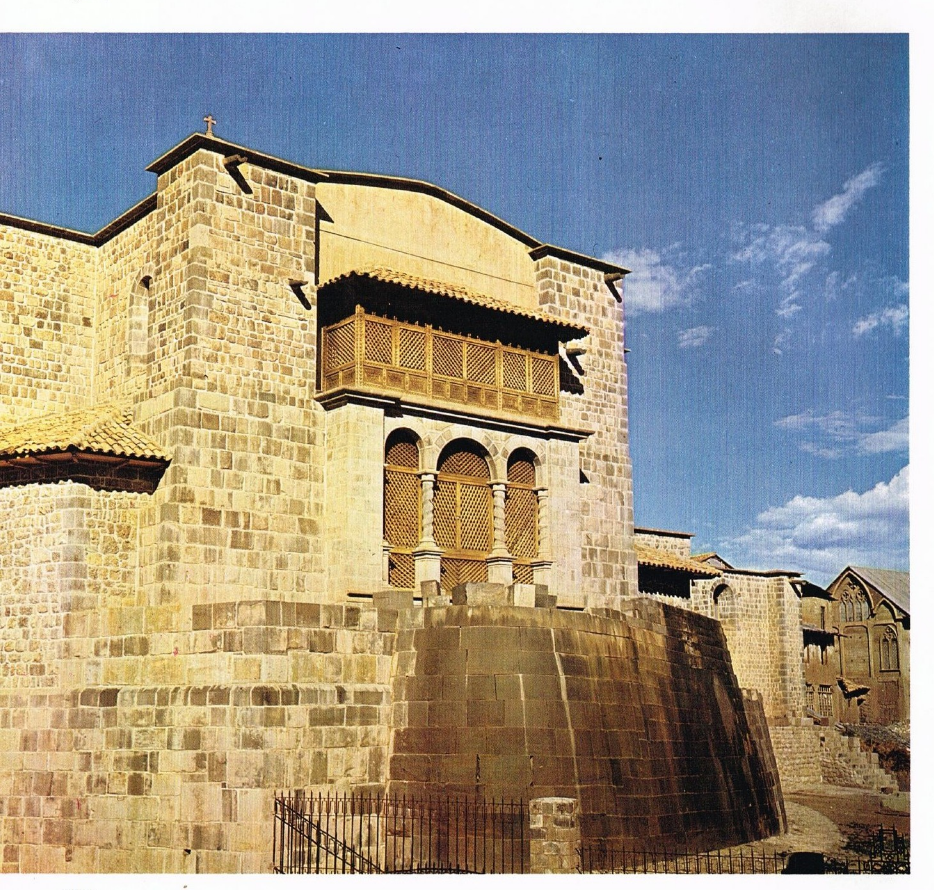


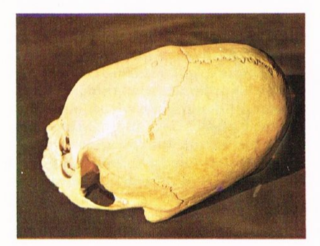
Dos aspectos de la fortaleza incaica de Sacsahuamán, en que pueden apreciarse el tamaño de los bloques de piedra y su perfecto ajuste.

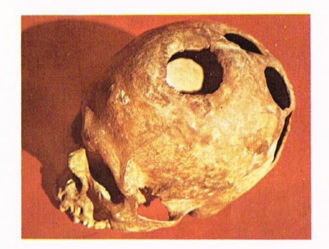


Restos conservados del templo dedicado en Cuzco al sol, que guardaba la imagen en oro del dios Inti y la de plata de su esposa.

Sus conquistas y el gobierno controlado de tan inmenso Imperio hubiera sido imposible sin una buena red de caminos, en cuya construcción fueron muy hábiles. Se pavimentaban con piedra y tierra y alcanzaban hasta unos ocho metros de anchura máxima. Seguían la línea recta, pues por la carencia de vehículos de ruedas se subían las montañas por escalones. Los ríos se atravesaban por puentes o por sencillas cuerdas, de las que colgaba un cesto que pasaba de una a otra orilla, o construyendo puentes de piedra cuando el cauce no era grande. Se disponían refugios *(tampu)* a lo largo de los caminos, que servían de refugios y almacenes y lugares de descanso. Sabemos que la distancia de Cuzco a Quito por los valles interandinos podía ser recorrida por los veloces corredores que eran los mensajeros del inca, que se iban relevando, en ocho días. La vía costera entre Túmbez y Chincha se protegía de la arena por medio de muros. La de Cuz-







Cráneos incas en los que se ha practicado la deformación (a la izquierda) y la trepanación (a la derecha) (Museo Arqueológico, Cuzco).

LA VISION HISTORICA DEL INCA FELIPE GUAMAN POMA DE AYALA
(según WACHTEL)

Felipe Guamán Poma de Ayala es un indio puro, descendiente de los Yarovillca, reyes de Huánaco, y de Tupac Yupanqui, el décimo inca. Despojado de todos sus bienes por un jefecillo local, cómplice de los encomenderos, recorre todo el Perú como intérprete de los conquistadores. Ha sido una víctima y un espectador. Su obra "Nueva Crónica y buen Gobierno" es un panfleto contra los conquistadores: "Escribirla fue para mí una continua lamentación sobre mi pueblo".

La periodización de la historia de Poma recoge la tradición indígena.

La primera edad es la de los "pacarimoc runa", los hombres del alba. Durante ochocientos años los hombres pueblan las Indias, exterminan los animales salvajes y tratan de sobrevivir, aunque ignoran todas las cosas.

La segunda edad es la de los "huari runa", u hombres antiguos. Estos saben ya cómo cultivar la tierra, fabricarse vestidos y construirse pequeñas casas. Son buenos y pacíficos, que adoran a un solo dios, cuya manifestación es el rayo.

La tercera edad es la de los "purun runa", u hombres de la confusión. Es la era de la civilización, de la constitución política, de la delimitación de las tierras y propiedades, pero también el principio de los conflictos y las guerras. Los hombres empiezan a creer extrañas leyendas sobre sus orígenes, pero no caen en la idolatría, conservan la idea de un dios creador y justiciero.

La cuarta edad es la de los "auca pacha runa", la edad de la guerra. Las naciones luchan contra las naciones, países enteros quedan arrasados y los supervivientes se hacen fuertes en las montañas. Las armas se perfeccionan. Los héroes pueblan la tierra, se metamorfosean en feroces animales durante las batallas y dan origen a los grandes clanes guerreros. Pero es también la era de la abundancia, de la perfecta organización, de la justicia en el interior de cada nación. Los hombres adoran a un solo dios.

La quinta edad es la de los "inca pacha runa", el período de los incas. Los incas fueron grandes conquistadores y tan gloriosos como hayan podido serlo los emperadores de Roma, de China o de Turquía, pero la organización del Estado, que es perfecta, pesa como una losa sobre sus súbditos, que deben pagar cuantiosos tributos.

Desde ella, Poma reordena la historia bíblico-cristiana.

La primera edad es la de Adán y Eva, la de la creación de la tierra y los seres vivientes, y alcanza hasta el Diluvio.

La segunda edad empieza con Noé, cuyos hijos repoblaron la tierra.

La tercera edad es la de Abraham y los Jueces.

La cuarta edad es el tiempo de los Reyes.

La quinta edad es la era cristiana.

A diferencia de Garcilaso, Poma conserva el relato indígena de la historia propia y adapta a su peculiar periodización o racionalización la historia bíblica y occidental.

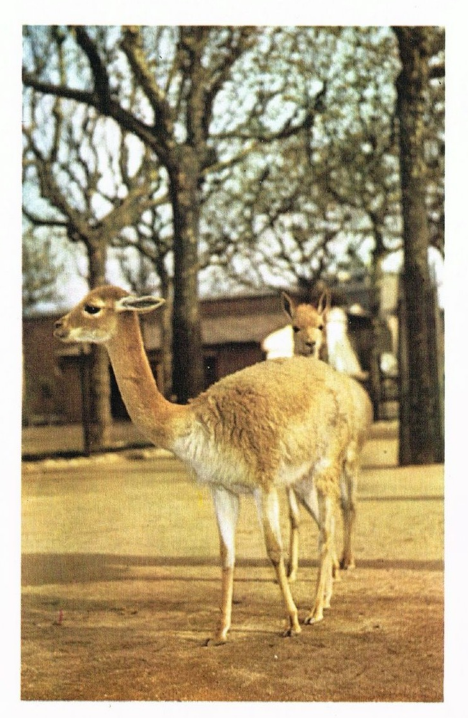
Poma tiene un programa político; el mundo indio contemporáneo le parece "un mundo al revés", es posible una restauración, un retorno del estado y la cultura indígenas.

En último término, la historia de Poma de Ayala conduce a una negación de la dominación colonial y a la revuelta contra los conquistadores.

En esta perspectiva, la conquista española carece de significado, aparece como un hecho extraño –ya lo era en Garcilaso–, pero también como un hecho innecesario.

Los indios no son seres inferiores a los europeos; no descienden ni de los turcos, ni de los judíos, ni de los negros; descienden, como todos los humanos, de Noé, algunos de cuyos hijos poblaron América; por eso los primeros indígenas conservaron la creencia en un solo dios y la ley natural.

El apóstol San Bartolomé llegó a las Indias en uno de sus viajes y predicó el Evangelio, como demuestra la antiquísima cruz erigida en Carabuco. La evangelización de los indios por los españoles no era necesaria; además, los españoles, como los indios, han sido también idólatras durante mucho tiempo.



Ejemplar de vicuña (Jardín Zoológico de Barcelona). Entre los animales domesticados por los peruanos destacan los pavos, los perros, las llamas y las alpacas. La vicuña, en cambio, era objeto de activa caza.

co a la costa era importante. Gracias a ella el inca podía comer pescado fresco. Otras salían desde la capital hasta Copiapó.

No conocemos demasiado bien la religión peruana, que parece conservar mucho de los caracteres primitivos con totemismo, animismo y fetichismo. Cada clan o *ayllú* tenía su tótem y lo mismo ocurría en los barrios de Cuzco, en las aldeas y provincias. El tótem del clan inca sería el halcón, el sol o el arco iris. Tótem eran también el puma, jaguar, cóndor, serpiente, halcón, ñandú, fuentes, rocas y lagos. Los yuncas tenían como tótem el mar. El animal tótem era el antepasado y, por tanto, no podía ser muerto y su disfraz se usaba en las fiestas. El *huaca* era el poder misterioso o espíritu protector. A su lado se dan los protectores individuales o fetiches *(conopa),* personificados en objetos de forma curiosa o en figuritas de piedra o cerámica que se transmitían dentro de la familia.

Por encima de esas creencias populares existía la religión oficial, que era una religión solar que los incas impusieron agregándoles los dioses de los pueblos sometidos, como Viracocha o Tonapa de los aimaraes y Pachacamac y Coniraya de los yunca. El nombre del sol, dios supremo de los incas, es el de Inti o Punchan, que se representa en forma humana con serpientes en los brazos y pumas sobre los hombros, saliendo tres rayos de la parte posterior de la cabeza. Sólo los incas podían pronunciar su nombre. Su hermana y esposa era Quilla, la luna. En plan ya secundario estaban Chucuilla, dios del rayo y de la fecundidad; Illapa, del trueno; Pachacamac, de la tierra, por lo que se le dedicaban grandes montones de piedras; Nina, divinidad del fuego; el planeta Venus y otros astros. Conservamos el relato de diversos mitos, como el de las tres divinidades forasteras, Viracocha, Pachacamac y Con, el de los hermanos Ayar y la roca de Pacari-Tampú. En la mitología yunca, Orión desempeñaba un papel junto a las Pléyades, en que el espíritu del mal era preso y conducido a ser pasto de los buitres. Las luchas de tales demonios se representan con frecuencia en la cerámica.

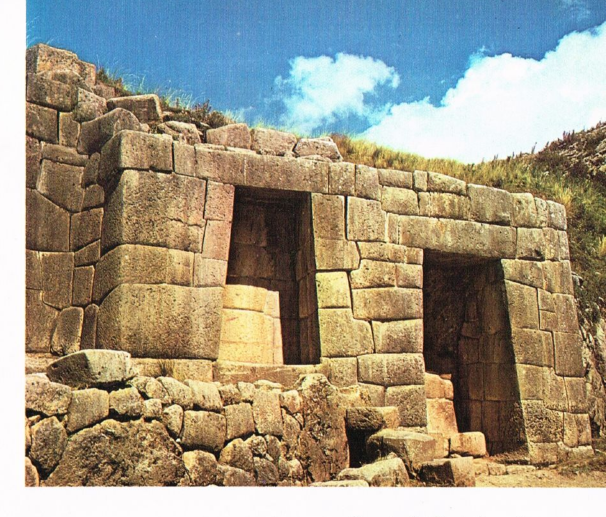
La momificación era práctica constante, favorecida por la extraordinaria sequedad del clima. Gracias a ello tenemos una cantidad de materiales arqueológicos extraordinaria. Las momias de los incas con sus máscaras de oro se colocaban, al igual que las de sus es-



Vasija ceremonial inca de cuello alzado (Museo de Prehistoria de la Diputación de Valencia).

posas, sentadas alrededor de la imagen del Sol en el templo de Cuzco. Con ellos se enterraban vivas algunas de sus mujeres. El destino de las almas era diverso, de acuerdo con su papel en la vida. Se daban otros tipos de enterramientos: las cuevas naturales o artificiales entre los quechuas; las fosas, pozos y túmulos y vasijas en los yuncas costeros.

El número de sacerdotes era crecido. El sumo sacerdote era el *huillac-humu,* que, con los diez *amautas,* pertenecientes al clan inca, conservaban las tradiciones religiosas. Otros grupos sacerdotales inferiores comprendían a los *hacuc, hamurpa* y *yanapac* y otros grupos, que se dedicaban al mismo tiempo a la adivinación y a la medicina, siendo hábiles cirujanos y habiendo sabido descubrir preciosos remedios vegetales en la flora del país. Una especie de monjes, eunucos generalmente, los llamados *huancaquilli,* vivían retirados y se dedicaban a torturarse. También vivían en una especie de conventos las *aclla* o vírgenes del Sol, que eran enterradas vivas si



En este detalle de las ruinas de Tampumachay (Perú) se observa claramente la forma trapezoidal de las puertas y los dinteles monolíticos.

Vista de la fortaleza de Ollantaytambó, en las cercanías de Cuzco.

Vaso inca en forma de cabeza humana (Museo Arqueológico, Cuzco).



faltaban a la continencia. Se las consideraba como servidoras del Sol y, por tanto, del inca, del que podían llegar a ser concubinas. Su misión era mantener el fuego sagrado, confeccionar las ropas de la casa real y preparar los alimentos para las fiestas.

El sacrificio era rito fundamental. Predomina el sacrificio animal, la llama sobre todo, mientras los sacrificios humanos eran muy raros. Por lo general consistían en niños y doncellas en ocasión de un nuevo reinado y se les ahogaba o decapitaba. Se ofrecía chicha y coca a los dioses. Se practicaba la confesión ante un sacerdote *(ichuri)* y la penitencia. Otros ritos eran el de imposición de nombre, el corte del cabello al llegar a la pubertad, oración, cantos, etc. El ayuno preparaba a los fieles para las festividades, en que abundaban las libaciones y las danzas. Sabemos por lo menos de una docena de grandes fiestas religiosas al año, entre ellas las del solsticio y la de purificación *(situa),* que alejaba los males de la ciudad.



Detalle del mango de una vara de "alcalde" quechua de la zona de Cuzco (Museo Etnológico, Barcelona).

En cuanto a los templos, conocemos el gran Coricancha, dedicado en Cuzco al sol, con la imagen en oro del dios Inti y la de plata de su esposa, junto a la efigie de los restantes dioses. Era famoso también en la capital el templo (Quisuarcancha) de Viracocha y los templos no menos grandiosos en localidades como Pachacamac, Tiahuanaco y otras.

Con lo dicho se entiende que la arquitectura peruana tiene poco que envidiar a las restantes culturas americanas. En la costa predomina el empleo de adobes, alisándose y pintándose las paredes, mientras en la zona inca se usa la pirca, mezcla de piedra y barro, para construcciones secundarias. Pero en lo que sobresalen es en la construcción en piedra. Ésta puede tener el aparejo ciclópeo poligonal de grandes bloques con el exterior sin desbastar y ajustados de manera que parece inverosímil. O bien el aparejo regular con sillares de talla perfecta, que se empleaba para palacios y templos. Las puertas tendían a una forma ligeramente trapezoidal, los dinteles eran monolíticos y las plantas, por lo general, rectangulares. Excepto en Tiahuanaco, donde se adornaban con relieves, los muros no tenían otro adorno que las hornacinas.

Aún se conservan los restos de los altos muros del enorme palacio de Viracocha-pampa y los del Coricancha o templo del sol en Cuzco, cuyo recinto comprendía hasta cuatro grandes construcciones. Otros edificios conservados en parte son el Pilco-caima, en una isla del lago Titicaca, los de Tiahuanaco y Copacabana. En la zona norte es famoso el palacio de Chanchan por la decoración de sus paredes.

En lo que los peruanos superaron a cuan-



Vista general de las ruinas de Machu-Picchu, en la región de Cuzco.

tos pueblos han construido con técnicas ciclópeas es en la arquitectura militar, en sus imponentes fortificaciones. En ellas habían sobresalido ya los yuncas costeros y los incas les imitaron en sus *pucarás*. La fortaleza yunca de Paramonga es famosa. Pero nada impone tanto en arqueología prehistórica como conjuntos tales como Ollantaytambó y Sacsahuamán, en las cercanías de Cuzco. Aquélla era una ciudad fortificada; la segunda era una fortaleza que defendía la capital. Su impresionante aparejo de enormes bloques apenas parece obra humana. Habría que buscar sus remotos paralelos en las técnicas ciclópeas mediterráneas, la de las islas Baleares en la edad del bronce, que en un grado menor recuerdan esa arquitectura andina.

Cuzco era un importante centro urbano cuya disposición conocemos tanto por las descripciones como por los vestigios conservados. Acaso sea el mejor conocido en la América indígena. Se dividía en cuatro ba-

THOR HEYERDAHL Y LOS MISTERIOS DEL PACIFICO

El panorama de la prehistoria americana ha presentado siempre unos vivísimos contrastes, dando pábulo a toda suerte de fantasías, que en el mejor de los casos no pasaban de ser intuiciones entre hipótesis geniales y lamentables espejismos.

Cuando muchas de las fantasías que se habían producido en la explicación de las viejas culturas del altiplano peruano-boliviano habían ya desaparecido, sobre todo a la muerte de aquel crédulo investigador peruano que se llamó Posnansky, no tardó en brotar una nueva chispa que produjo otra devastadora hoguera en el seno de la ciencia americanista.

Cierto es que aquí infundía respeto, por varias razones, el aficionado que prendió fuego a la hoguera y que ha estado muy próximo a lograr trastocar las ideas tenidas como más sensatas. Baste con que indiquemos el nombre de este personaje, el noruego Thor Heyerdahl, para que difícilmente algún lector no se haya dado ya buena cuenta de lo que queremos sugerir.

Heyerdahl ha renovado puntos de vista que creíamos iban a desaparecer. Pero lo ha hecho con osadía, poniendo en peligro su vida y la de sus colaboradores. ¿Cuál ha sido su tesis?

Simplemente la de que corrientes marinas y vientos en el Pacífico favorecen la navegación desde las costas meridionales de América hacia el Pacífico occidental y que, por tanto, los polinesios serían pobladores llegados de América. Es decir, la hipótesis contraria a la que generalmente se admite. Para demostrarlo construyó una balsa con los mismos elementos que pudo hacerlo un peruano o un ecuatoriano de la época de la conquista española. Con esta simple balsa pasó tranquilamente desde las costas de América a las islas oceánicas. Tras de lo cual publicó un libro muy voluminoso en el que daba abundantes y cumplidos argumentos en favor de sus ideas.

Éstas no eran sólo innovadoras respecto a las travesías del océano Pacífico, sino que su criterio renovador quiso extenderse al Atlántico, donde sólo vagas ideas y fantasías de aficionado habían actuado. Heyerdahl no se arredró ante la difícil, casi podría decirse imposible, tentativa. Reunió todos los datos que pudo acerca de navegaciones peruanas precolombinas y reprodujo hábilmente la antigua balsa de los pueblos marineros de la costa del Perú y del Ecuador y se lanzó a la aventura de remedar lo que podía haber sido una de las expediciones de que hay vagas noticias por parte de los incas.

La "Kon-Tiki", que así fue bautizada la embarcación, tuvo éxito y el osado navegante pudo desembarcar en las islas polinesias, en uno de los archipiélagos que miran a levante.

Más tarde ha realizado algo más difícil todavía, pues ha construido con haces de juncos un navío de tipo nilótico con el que ha querido atravesar el Atlántico. Tras un primer fracaso, logró coronar con sus cuatro compañeros lo que parecía una empresa temeraria por la fragilidad de la embarcación utilizada.

Con ello, Heyerdahl creía haber demostrado que los polinesios y su cultura procedían de América del Sur, al contrario de lo que comúnmente se piensa. Estas hazañas han causado gran conmoción en la opinión mundial. Y no hay duda de que tras ellas la actitud del etnólogo no puede ser la misma que antes y no hay trecho de mar que no haya podido ser recorrido por embarcaciones de fortuna, lo que abre unas posibilidades inmensas al problema de la difusión cultural. Es perfectamente conocido que si bien una influencia cultural puede resistir en un ambiente distinto y vivir en él, un grupo antropológico se ve absorbido por una población indígena dominante. Caben, pues, inmigraciones de un corto número de individuos, como podría ser el caso de naufragios y navegaciones fortuitas, que no hayan dejado un testimonio más preciso de su llegada.

A pesar de su copioso libro, Heyerdahl no ha visto aceptadas sus hipótesis por los etnólogos actuales, los cuales están dispuestos a admitir la travesía del Pacífico desde Occidente, y así no parece objetable el testimonio de los pescadores japoneses neolíticos (con cerámicas del estilo de Jomon) en las costas ecuatorianas. Y no digamos nada de las relaciones atlánticas, que aparecen muy borrosas y muy discutibles incluso para los que, como el autor de estas líneas, creen en ellas.

La hazaña de Heyerdahl está relacionada con el problema de la isla de Pascua, y el navegante noruego ha dado también su versión del origen y desarrollo cultural de ese extremo oriental de la Polinesia, donde hay grandes esculturas en piedra que pueden compararse con otras de Oceanía, en las islas Marquesas y en tantos otros lugares, y que no es del todo inverosímil que puedan tener una conexión con las famosas estatuas de San Agustín, en Colombia.

Para Heyerdahl, la isla de Pascua es una colonia peruana, punto de etapa de arcaicas culturas andinas en ruta hacia Occidente. Pero la mayoría de autores opinan que aquél ha sido engañado por supuestos paralelismos, mal interpretados por parte suya y acaso burlado maliciosamente por los actuales habitantes de la isla. Recordemos que se ha señalado también la semejanza de la escritura utilizada en la isla de Pascua con los signos protoindios de la cultura de Mohenjo-Daro.

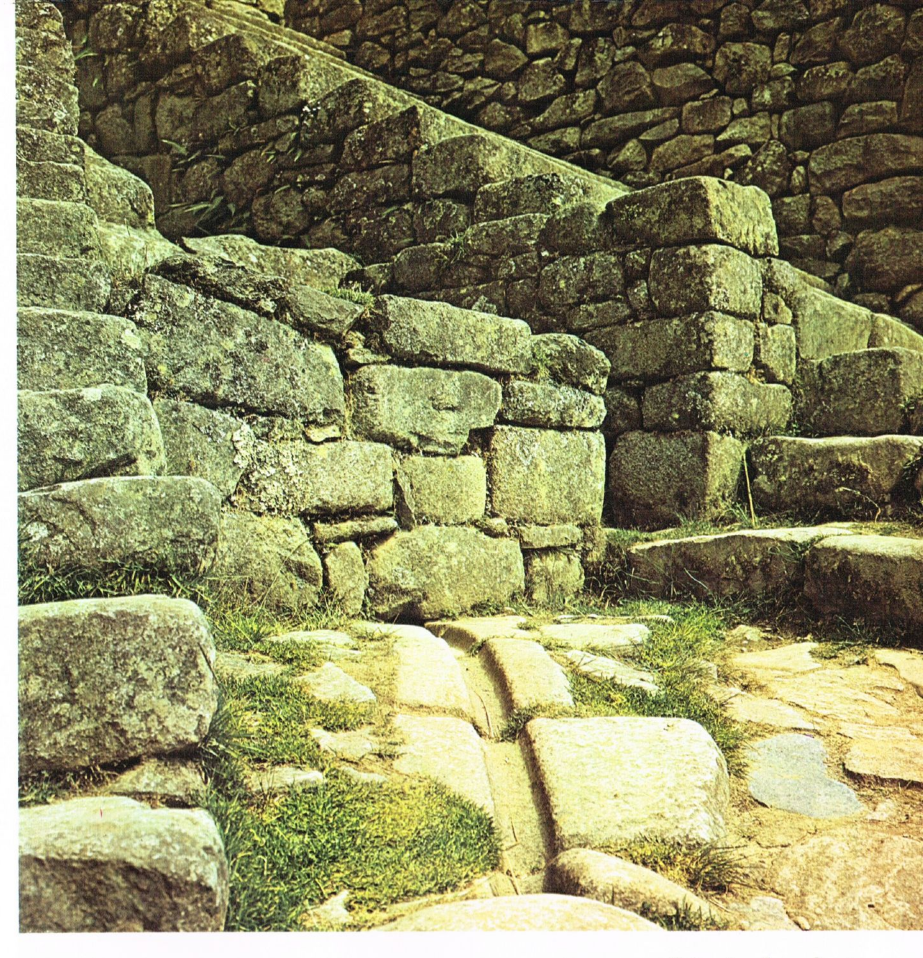
Lo que nadie negará es lo sugestivo de este misterio peruano-polinesio, que tiene en la famosa isla su punto neurálgico.

L. P.

rrios. Otras ciudades conocidas son la ya citada de Ollantaytambó y Chanchan o Gran Chimú, en el Norte. Ninguna, sin embargo, puede competir, en grandiosidad del escenario en que asienta, con Machu-Picchu, en la región de Cuzco. En cuanto a Chanchan, cerca de Trujillo, su extensión es grande, con numerosos palacios y templos, laberintos y *huacas* (enterramientos), disponiendo de un magnífico sistema de canalización de aguas con que se regaban los jardines urbanos.

Las necrópolis peruanas han sido un gran auxiliar para el historiador. Hemos citado ya la gran necrópolis de Paracas, que ha proporcionado tantas obras maestras del arte textil. La de Ancón, no lejos de Lima, en la costa, ha facilitado también ingentes cantidades de material. Los yuncas usaron sepulcros individuales en pirámide o túmulo (huaca) o en pozo. Los aimaraes entierran en dólmenes, en las chulpas, en cámaras de piedra y en una variante de lo que podemos llamar dólmenes.

La escultura inca no alcanzó las cimas que logró la arquitectura. Pero si sus estatuas son torpes, modelaban, en cambio, perfectamente la cerámica. El relieve se desarrolló en algunas zonas, como la de Tiahuanaco, donde es famosa la Puerta del Sol, que geometriza los motivos figurados. A su lado hay grandes monolitos esculpidos algo toscamente. Su arte tiene alguna conexión con las estelas con re-

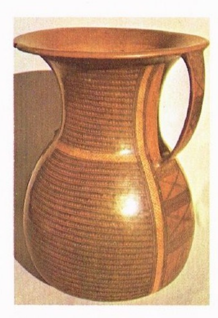


Sistema inca de canalizaciones en Machu-Picchu, utilizado en todas sus ciclópeas construcciones.

lieves de Chavín. La cerámica era bien modelada y la pintura, de la que se conservan algunos frescos, era acertada.

La música peruana es muy apreciada. Desempeñaba un gran papel en las ceremonias religiosas, tomando parte el inca en las danzas. Se usaban la flauta de Pan, trompetas de cerámica y concha, silbatos, ocarinas, tambores y sonajeros. Los *amautas* eran los mantenedores de la tradición poética. Los poemas se recitaban en las fiestas al sol y relataban los grandes hechos de la historia inca. Se han conservado textos literarios e incluso un drama, *Ollantay,* que presenta las aventuras de un jefe militar enamorado de la hija del Inca, que se rebela y es vencido, si bien es perdonado por el nuevo inca, Yupanqui.

Sus conocimientos astronómicos no eran muy elevados, por lo que su calendario es imperfecto. No parece que usaran el año so-



Vaso inca de 60 cm de altura (Museo Arqueológico, Cuzco).

lar, aunque habían fijado los solsticios y los equinoccios. Seguían los meses lunares, en número de doce.

Nos aparece como un hecho difícilmente explicable el que una sociedad que se había organizado en forma tan centralizada, con un control detallado de la economía privada, careciera de un sistema de escritura. El famoso quipú, serie de cuerdas con nudos de los que colgaban pequeños objetos de color diverso, era tan sólo un sistema mnemotécnico. Los intendentes *(kipumayoc)* los entendían y gracias a ellos podían llevar la cuenta, en especial la de los tributos. No parece, pues, que fueran muestras de una escritura simbólica que, en cualquier caso, sólo habría tenido valor para su autor. Los españoles destruyeron gran número de quipús por considerarlos objetos mágicos. También se nos dice que con tierra y piedras hacían una especie de mapas de sus provincias.

Acaso nada mejor que el estudio de la historia peruana sintetiza los enigmas de la historia de la América primitiva. Grandes realizaciones al lado de tremendos vacíos o primitivismos, enigmas de orígenes, que deben haber sido más complejos de lo que se supone, en una cultura que vive en un extremo del ecumeno.



Hemos visto hasta qué altura alcanzó el ingenio del hombre americano, cuyo mérito es evidente, aunque aceptemos las influencias asiáticas como impulsoras de su cultura. Pero ese nivel a la vez artístico y científico, social y político, con todas sus limitaciones, que la conquista no permitió reducir, lo alcanzaron sólo una parte de las poblaciones del Nuevo Mundo. Las restantes quedaron en grados muy diversos de evolución cultural. Aún es posible ponerse en contacto con los últimos restos de gentes que apenas han evolucionado, y que nos muestran lo que sería la vida de tales grupos durante los últimos diez mil años. Estos grupos se hallan en zonas de refugio en las selvas o en zonas pobres de la costa del Pacífico. Para citar un ejemplo que conocemos *de visu,* señalemos el de los indios seris, de la costa mexicana del golfo de California, junto a la isla Tiburón. Otros ejemplos los hallaríamos entre los yaganes y alacalufes de la Tierra del Fuego, ya prácticamente extinguidos.

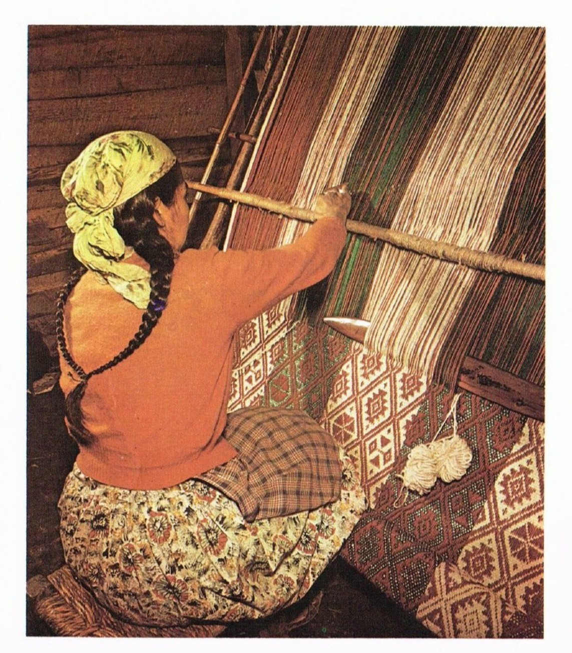
En el extremo opuesto se hallan los pueblos vecinos de las altas culturas, que recibieron su influencia y vivieron en una etapa agrícola con organización progresiva. Aparte los pueblos mexicanos, de los que hemos hablado ya, podemos incluir aquí a las tribus del sur de los Estados Unidos o las que habitaban el Bajo y Medio Mississippi. La llamada cultura de Anasazi incluye los períodos iniciales de la cultura de los basket-makers o cesteros, y tiene como vecinas las llamadas culturas de Mogollón y de Hohokam, cuya cronología las coloca dentro de nuestra era. En la cuenca del Mississippi se desarrolló una curiosa cultura caracterizada por los *mounds* o túmulos, que ha sido llamada de Hopewell. Se conoce bien su desarrollo, extendiéndose hasta el golfo de México por un lado y los grandes lagos por otro. Muestra grandes poblados y terrazas, montículos funerarios, incineración de los muertos, uso del cobre y de la obsidiana. Está claro el origen septentrional combinado con la influencia mexicana, que aporta el cultivo del maíz y muchas formas religiosas y ceremoniales. Una cultura vecina de la anterior ha tomado muchas cosas de la misma. Se trata de lo que se ha llamado cultura atlántica antigua de las selvas. Por las fechas conseguidas en su yacimiento, vemos que ya en el segundo milenio antes de nuestra era poseía cerámica y a comienzos del primer milenio antes de Jesucristo aparece la agricultura, que llega del Sur con las aldeas, terrazas, túmulos ceremoniales y uso del cobre.

Podríamos seguir con numerosos pueblos del actual México o de las zonas del istmo, en que veríamos la influencia de los poderosos vecinos, e igual haríamos con los andinos o con algunos amazónicos, como los de la isla de Marajó, autores de una interesante cerámica. Pero haremos tan sólo referencia a los pueblos andinos meridionales, que cultural y políticamente se vieron influidos o absorbidos por sus poderosos vecinos, en especial en el siglo XV, con la expansión del imperio incaico. Incluso la lengua del pueblo dominador pasó a ser usada como "lengua general" por los fuertes y orgullosos vencidos. Entre éstos se sitúan los araucanos, que tan heroicamente se defendieron de la conquista española, que se hallaban en posesión de una de las lenguas más bellas que se conocen y que en alguna ocasión se acercaron al Río de la Plata en sus expediciones por los llanos orientales.

Otros grupos de interés en la zona del

Barcas de "totora" empleadas por los autóctonos de las orillas del lago Titicaca. Las gentes de la costa fueron muy marineras, y para navegar empleaban canoas de piel y de haces de "totora" o las de madera de balsa, con vela y un sistema especial de timón.





Mujer araucana ante un telar. Los pueblos sudamericanos realizaron artísticas obras en sus tejidos de algodón, lana de alpaca, pelo de murciélago, etc.

noroeste de la Argentina, en contacto con el Imperio peruano, lo constituyen diversos grupos étnicos, entre los que hallamos a los diaguitas o calchaquíes, extinguidos de antiguo y por ello mal conocidos. Sus vestigios arqueológicos revelan gran habilidad técnica. Más difícil es todavía caracterizar a grupos vecinos del anterior, pero de hallazgos mucho más confusos, por lo que no sabemos en realidad quiénes eran exactamente los atacameños, los omaguacas, los comenchigones. Cuanto más, tenemos cerámicas, que son bagaje corto para poder definir una cultura o un pueblo. A veces estas cerámicas son tan bellas, que sus descubridores creen haber encontrado las tribus más geniales del Nuevo Mundo. Tal ha ocurrido con la propia cerámica calchaquí, o con la de la llamada cultura de La Candelaria o la que se hizo famosa con la denominación de chaco-santiagueña, de la que algún apasionado arqueólogo quería poco menos que hacer derivar toda la cultura humana.

En realidad, aún podríamos incluir muchos otros pueblos, pero no es aquí el lugar de estudiar una a una las grandes tribus americanas. Sin embargo, no queremos prescindir de algunos grupos amazónicos, pueblos emigrantes cuyos miembros se hallan dispersos por la amplia geografía de América del Sur. Tal ocurre con la familia tupí-guaraní, una de las más difundidas y famosa por haber sido uno de sus grupos sujeto de experimentación en las famosas reducciones jesuíticas en el Paraguay. Conocemos bastante bien su historia en los últimos siglos y de este modo podemos seguir sus migraciones, movidas por motivos religiosos y por impulsos mesiánicos.

Otro es el de los araguacos, tal vez la familia étnica más difundida en América, hasta el punto de que tendría representantes en la del Norte, del Centro (Antillas) y del Sur. Fueron los grandes cultivadores en las regiones del Amazonas y se reparten con los caribes la mayor parte de las tierras del nordeste de Sudamérica. Ambos pueblos constituyen un ejemplo notable de los procesos de migraciones, superposiciones y cruzamien-

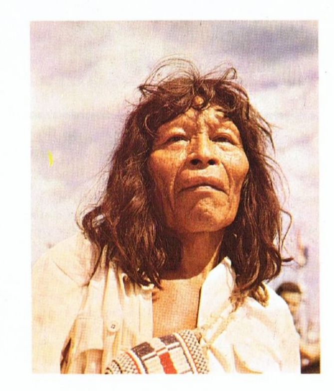


Cuchillo ceremonial chimú que representa a Naym Lap (Museo del Oro, Lima).

Plato ceremonial inca (Museo Arqueológico, Cuzco).

tos. Cuando los españoles llegaron a las Antillas encontraron, arrinconados en los extremos de algunas de las islas mayores, grupos humanos de vida primitiva y en trance de desaparición. Los habían dominado y arrinconado los araguacos, que hubieran acabado con ellos si no se hubiesen presentado los caribes, que, embarcados en sus magníficas canoas o piraguas, estaban arrinconando a su vez a los araguacos; los caribes mataban a los varones y se quedaban con las mujerés, lo que explica que se nos hablase de tribus americanas con un lenguaje para los hombres y otro para las mujeres.

Los ejemplos que hemos traído aquí son suficientes para que el lector se dé cuenta de la complejidad de gentes y culturas en la América antigua y de cuán grande ha sido el esfuerzo de los investigadores de esta rama de la historia que es la americanística.



Mujer de la familia guaraní del Paraguay, cuya historia de los últimos siglos puede seguirse con relativa facilidad.

BIBLIOGRAFIA

Baudin, L.	*Les incas du Péru,* París, 1944. *La vie quotidienne au temps des derniers Incas,* París, 1955.
Bennett, C. B.	*Ancient Arts of the Andes,* Nueva York, 1954.
Bushnell, C. H. S.	*Perú,* en la colección "Ancient Peoples and Places", Londres-Nueva York, 1957.
Disselhoff, H. D.	*Las grandes civilizaciones de la América antigua,* Barcelona, 1965.
Huber, S.	*Au royaume des incas,* París, 1954.
Ibarra Grasso, D.	*Tiahuanaco,* Cochabamba, 1956.
Karsten, R.	*La civilisation de l'empire inca. Un État totalitaire du passé,* París, 1952.
Métraux, A.	*Les Incas,* París, 1962.
Pérez de Barradas, J.	*Arqueología agustiniana,* Bogotá, 1943.



Momias atacameñas de hacia 900-1000 antes de J. C. (Museo Arqueológico de San Pedro de Atacama).



Templo dedicado a Siva en Halebid por la dinastía Hoysalesvara, cuyos monarcas crearon un reino hindú durante los siglos XII y XIII. Este templo lo construyó Ketamalla, oficial del rey Vishnuvardhana, entre 1120 y 1141 aproximadamente. La decoración escultural es completamente barroca.

La India medieval

por JACOBA TADEMA SPORRY

En el siglo III de nuestra era empieza lo que se ha llamado época clásica de la cultura india. A pesar de todas las invasiones que veremos producirse y de todos los trastornos causados por ellas, las artes y las ciencias fueron desarrollándose en evolución constante. La causa principal de tal fenómeno fue que los dominadores extranjeros eran asimilados por la cultura de los vencidos y comprendían que era muy superior a la suya propia.

Durante el siglo III la India careció de estabilidad política, pero a principios del IV una dinastía que descendía de la familia Maurya, los guptas, se alzaron con el poder. El rey Chandra Gupta I, que subió al trono en 320, fue el iniciador de la dinastía, pero el gran conquistador fue su hijo Samudra Gupta (340-380).

Los guptas tardaron muy poco en incorporar la mayor parte de la India del



Interior de un "chaitya" monolítico excavado en la roca, en Ellora, de época gupta, clásico en la historia india, en que los reyes de esta dinastía conquistaron todo el norte de la península.

Norte a su imperio. Otros estados, como Assam, Nepal y el Penjab, se convirtieron en tributarios, así como la zona sur hasta la costa oeste. El período gupta alcanzó su mayor prosperidad bajo el poder de Chandra Gupta II, el hijo de Samudra Gupta. La literatura sánscrita alcanzó entonces uno de sus momentos culminantes: en esta época vivió el famoso poeta Kalidasa.

El imperio gupta tenía un terrible enemigo en el Noroeste, los hunos blancos, que cruzaron por primera vez las fronteras de la India a mediados del siglo V. El sucesor de Samudra Gupta, Skanda Gupta (455-470), logró hacerlos retroceder, consiguiendo aplazar así su siguiente invasión por más de cincuenta años, pero el imperio había perdido su fuerza y se dividió en numerosos pequeños estados, algunos de ellos gobernados por nuevas dinastías guptas. De estos estados, los más importantes fueron Maitraka, en el Oeste, y Maukhari, en el Norte.

La división del imperio gupta la aprovecharon los hunos blancos para realizar con éxito nuevas invasiones, en las que se apoderaron de gran parte de la India del Norte. En 510, el huno blanco Toramana consiguió penetrar hasta muy adentro de la India y su dinastía continuó gobernando hasta 525. Entonces, un nuevo soberano gupta echó otra vez de la India a los hunos blancos por el Este, mientras en el Oeste fue Yasodharman, un príncipe de raza poco conocida, quien consiguió la supremacía hindú.

Durante el siglo siguiente, un tal Harsha, nacido en Thanesvar, gobernó desde el 606 al 647. Era budista y gran amigo de las letras, y hasta escribió obras teatrales en sánscrito. Durante su reinado apareció en la India un viajero chino muy famoso, Hsuang Tsang, que dejó un relato muy importante de su viaje, que es la mejor documentación que poseemos sobre la historia y el desarrollo de la cultura de aquellos tiempos.

Tras la muerte de Harsha, la India del Norte se dividió otra vez en una serie de estados, pero poco a poco la situación se estabilizó y aparecieron dos grandes potencias.

En Bengala se estableció, a mediados del siglo VIII, la dinastía Pala, una dinastía de



El "Bodisatva del loto azul", pintura de las cuevas de Ajanta, es una de las obras maestras del arte pictórico de todos los tiempos.

EL CONCEPTO OCCIDENTAL DEL SISTEMA DE CASTAS, I (según L. DUMONT, 1967)

Para los europeos que, desde el siglo XVIII, conocieron la India o vivieron en ella como funcionarios o misioneros, el sistema de castas y la ideología jerárquica que lo inspira resultaron incomprensibles. Tal régimen asombraba y repugnaba a unos hombres llegados de un continente en que las ideas democráticas eran compartidas por una mayoría. Por esta razón, los intentos de explicar la institución hindú son muy numerosos.

Algunos optan por atribuir la existencia de una institución social incomprensible a la voluntad de ciertos hombres: es la llamada explicación voluntarista, que no es desconocida en la historia occidental. En tiempos muy remotos, un sabio legislador impone a su pueblo una organización social, política y religiosa que, aceptada y respetada por todos, se conserva inmutable. Es el papel representado por Licurgo en la historia espartana y por los brahmanes en la historia de la India.

Para J. Dubois (1817), el sistema de castas parte de un principio común a todos los legisladores antiguos: todos los hombres deben ser útiles a su país. Es un sistema de organización del trabajo creado por los brahmanes para conservar la civilización y los conocimientos adquiridos por el pueblo hindú.

Para J. Mill (1824), el sistema de castas aparece en la transición de una sociedad pastoril a una sociedad agrícola, con una división del trabajo más desarrollada. La nueva organización es defendida e impuesta por unos legisladores que la atribuyen a la voluntad divina.

En otras obras se trata de relacionar la institución hindú con aspectos y rasgos bien conocidos y admitidos en la sociedad occidental; la peculiaridad del sistema de castas resultaría de haber llevado a aquéllos al límite.

El jesuita De Nobili (1624) considera la casta una manera de introducir la jerarquía en la sociedad. Como el principio jerárquico no es combatido por la Iglesia en Occidente, no encuentra razón alguna para cambiar de actitud en la India. De Nobili es el representante de una corriente jesuítica, en los primeros momentos sostenida por el papado, que, en un intento de lograr conversiones entre las altas castas hindúes, no vaciló en romper todo contacto "impuro" con los demás europeos, los miembros de las castas inferiores y los misioneros que sirvieran a ambos grupos.

Para Max Müller (1867), la casta es un sistema de diferenciación social basado en el nacimiento, la instrucción y el estatuto social. A diferencia de Europa, este régimen está sancionado en la India por la religión.

Según J. C. Nesfield (1885), la casta es un sistema de división del trabajo.

Para Max Weber (1920), la división de la sociedad hindú en castas es análoga a la división de las sociedades del Antiguo Régimen en "estados". Ignorando la distinción establecida por el mismo Weber entre "estado" y clase social, el sociólogo americano Kroeber afirma que la casta es una clase social límite (1930).

En las explicaciones históricas, la aparición del régimen de castas es obra de un conjunto de causas y circunstancias que se dan en cierto período de la historia hindú.

La teoría racial es una de las explicaciones históricas dadas al régimen de castas. Propuesta en 1891 por Risley, atribuye el origen del sistema al deseo de las poblaciones indoeuropeas que invadieron la India de no mezclarse con las poblaciones autóctonas

Relacionando también el origen de las castas con la invasión de los indoeuropeos, E. Sénart ve en ellas una forma peculiar del clan, a la manera de la "gens" romana.

Para A. M. Hocart (1938), el problema sale de los límites de la península indostánica. Seguidor del difusionismo, Hocart cree que el sistema de castas ha aparecido en algún lugar, en un centro primitivo desde el que se ha extendido a la India y, en general, a todo el continente asiático.

soberanos budistas que conservó el poder hasta el siglo XII. En una época en que casi toda la India se inclinaba al hinduismo, los Palas fueron los grandes protectores del budismo. A la dinastía Pala siguió la Sena, que duró poco, pero que fue muy brillante. El avance de los musulmanes acabó con la dinastía Sena.

Mientras tanto, se habían destacado en el noroeste de la India una serie de nuevos monarcas. Eran los rajputas. No se sabe de dónde procedían, pero, según la tradición, hubo cuatro familias de las cuales la leyenda dice que habían nacido de un fuego sacrificial en la montaña sagrada de Abu. Lo más probable es que descendieran de los diferentes invasores del Norte. Una de aquellas familias eran los Pratiharas, quienes, junto con los Guryaras, lograron en 740 detener el avance de los musulmanes, los cuales, ya desde el 712, con la conquista del Sind, se habían establecido en aquel lugar. El frente antimusulmán duró dos siglos. Puesto que los enemigos más importantes de los Guryaras-Pratiharas eran los budistas Palas, lucharon regularmente contra ellos y también contra los Rashtrakutas del Deccan.

En el último cuarto del siglo X se produjo el hundimiento de los Guryaras y otra vez el imperio se dividió como de costumbre. Los musulmanes se beneficiaron de aquella circunstancia. Ya que los reyezuelos seguían luchando entre sí y nadie parecía hacer caso del peligro musulmán, Mahmud el- Ghazni logró ocupar, en 1001, el Penjab, con lo cual tuvo en sus manos un centro desde el que podía atacar tanto a la India del Oeste como a la del Norte. El país sufrió mucho con tal situación, pero hasta dos siglos más tarde, en 1192, el soberano de Delhi no pudo ser

vencido y muerto en una batalla decisiva. Pocos años después, toda la India del Norte estaba en manos de los conquistadores musulmanes.

Al mismo tiempo existían en el sur del subcontinente índico dos grandes potencias, una en el Deccan y otra en el país de los Tamil, al extremo sur.

Durante el siglo VI, la dinastía Chalukya, en el Deccan, había creado un imperio muy poderoso. El soberano más importante de aquella dinastía fue Pulakesin II (608-642), quien en la expansión de su imperio chocó con los Harshas en el Norte y los Pallavas en el Sur. Conquistó a los últimos gran parte de la costa del Este, después de lo cual durante varios siglos reinó allí una rama secundaria de su familia. A pesar del éxito de sus conquistas, al final Pulakesin II fue derrotado y muerto por los Pallavas. Sin embargo, el imperio se mantuvo aún bajo sus sucesores, para terminar en 757.

En aquel año, la dinastía Rashtrakutra tuvo ocasión de alzarse con el poder. Eran

Buda del período gupta (Museo Británico, Londres). Aunque en este período continúan los cultos búdicos, los reyes guptas de finales del siglo VI y principios del VII apoyaron decididamente el antiguo brahmanismo.



CONTACTOS DE LA INDIA CON EL MUNDO EXTERIOR

Desde tiempos muy antiguos, la India tuvo contactos con el resto del mundo y ejerció una influencia enorme. No sólo por el comercio, sino también a nivel espiritual, la India ha contribuido al desarrollo de los países asiáticos por la divulgación masiva del hinduismo y el budismo.

En siglos remotos, la India ya tenía fama de ser un país de maravillas, de grandes encantos y riquezas. Los viajeros de aquella época conocían dos rutas comerciales: la de las especias y la de la seda, la última de las cuales es en realidad doble, la del Norte y la del Sur. Posiblemente sean las dos rutas comerciales más antiguas del mundo.

En la India, los centros de comercio marítimo se hallaban por la costa de Coromandel y la ruta de la seda iba de la China, por Lobnor y Khotan, a la India. Por la costa de Coromandel aparecían barcos romanos, persas y árabes, y en sus puertos cargaban las riquezas de China: tejidos de seda y pieles muy costosas. Pero en aquellos puertos indios también se encontraban productos de Persia, Grecia, Egipto y Roma.

Naturalmente este comercio tan amplio tuvo sus altibajos. Pero un comercio eficaz requiere tiempos pacíficos: si en uno de los países por los que atravesaba la ruta de la seda se alteraba la situación política, la comunicación se interrumpía y a veces pasaba mucho tiempo hasta que se restableciera el contacto. Las rutas marítimas permanecían, en cambio, relativamente seguras, a pesar de los peligros de tempestades y monzones. Una de las épocas más favorables al comercio fue el año 1. Existían entonces cuatro imperios inmensos: el Imperio romano, la China bajo la dinastía Han, la India del Norte regida por la dinastía Kushan y el Imperio de los partos, que se extendía de Persia hasta Bactria.

Para la India, Roma, con su avidez de lujo, era uno de los mejores clientes. Se habían formado varios centros de comercio romanos, entre otros uno cerca de Pondichéry. Se han hallado monedas romanas en la India del Norte y del Sur y en Ceilán.

El número de artículos que Roma adquiría en la India era muy amplio. Aparte la seda de la China, se compraba también la no menos famosa muselina de la India, tan fina que los romanos la llamaban *nebula*. Asimismo eran famosas las piedras preciosas: zafiros, rubíes, esmeraldas y diamantes. Objeto de abundantes transacciones fueron las perlas. También se enviaban a Roma cargamentos enteros de animales: tigres, leones (ahora extinguidos), osos, panteras, elefantes, búfalos, pavos reales, periquitos y faisanes dorados, a los cuales se confundió durante mucho tiempo con la famosa ave Fénix.

En cuanto a drogas y fármacos, la India contribuía a ese comercio con productos tales como el alcanfor, el azúcar y el cardamomo. ¡Producto no tan apropiado para la medicina era la pimienta! Pero, sin duda, por su sabor tan picante se ponía en todas las bebidas medicinales un poco de pimienta, quizás en la creencia de que una cosa con un gusto tan desagradable a la fuerza tenía que ser saludable.

También el aceite de palma y la canela se vendían mucho. La canela tenía un papel muy importante en la confección de productos cosméticos y perfumes, industria en que los indios eran muy expertos. Sus creaciones tenían fama mundial.

Un producto de exportación menos conocido fueron los cocineros indios. Gozaron de tanta fama, que en un momento dado el emperador de Bizancio tenía en sus cocinas cocineros indios.

Pero la India no sólo sumistraba numerosos productos, sino también importaba considerablemente del extranjero. El producto más importante era el oro. Adquiría asimismo objetos de vidrio romanos —tenían mucha fama, sobre todo, los abalorios, que se vendían por toda Asia—, estaño, cerámica, coral en todas sus variedades y esclavas. La trata de esclavos estuvo durante mucho tiempo en manos de árabes y judíos.

En las obras de Plinio se pueden ver las cantidades de dinero implicadas en el comercio entre la India y Roma. Cada año nada menos que cincuenta millones de sestercios desaparecían en los bolsillos de los comerciantes indios. Del hecho de que ciertos productos como la seda valieran al final más de cien veces su precio inicial, se desprende hasta qué extremo alcanzaban los precios. Lo mismo se puede decir de los tejidos indios.

Que el precio de la seda fuera tan excesivamente elevado se debía a los comerciantes persas. Tenían el monopolio del comercio de la seda y, a pesar de varios intentos, nadie había conseguido arrebatárselo. Por la ruta de la seda, los tejidos llegaban fácilmente a los puertos indios, donde se almacenaban los fardos. En Europa, China era desconocida, aunque se supiera que existía un país de donde procedía la "sere". Se creía que se trataba de un producto vegetal, probablemente porque el algodón de la India era vegetal.

Barcos de diversa nacionalidad, pero principalmente persa, cargaban la seda y la transportaban a los puertos del golfo Pérsico. Y allí habían llegado a un punto muerto. Para llevar la seda a Europa, la única posibilidad de garantizar el precio del producto a un nivel asequible consistía en trasladarlo a Egipto y de allí a Grecia. Esta ruta coincidía con los caminos de las caravanas persas y eran los persas quienes, lógicamente, podían fijar entonces el precio

En un momento dado, éste fue tan elevado que el emperador Justiniano mandó una carta al emperador de Etiopía y le rogaba, en nombre de la religión que los unía, que tomase medidas contra aquella situación escandalosa. Propuso que los etíopes compraran la seda y la llevaran a sus puertos del este de África, y desde allí la transportaran por sus propias rutas de caravanas al Nilo y a Alejandría. Fue un fracaso. Los persas compraban la seda por cargamentos enteros y pagaban bien, de modo que los etíopes no pudieron competir.

En el año 550, el emperador de Bizancio recibió la visita de dos monjes de "Serinda" (la China) que le prometieron que le llevarían "hilos de seda". Dos años más tarde cumplieron su promesa. Trajeron los huevos de los gusanos de seda. A partir de entonces pudieron obtener seda por sí mismos. Pero esta industria no llegó nunca a tener tanta envergadura como en la propia China.

Los embajadores de la India viajaban por todo el mundo para entablar relaciones. Con las flotas indias iban a Indonesia, donde visitaban Java, Sumatra, Bali y Borneo, y difundían el hinduismo y el budismo. Borobudur, en Java, es un recuerdo de aquella época, y en Bali la religión budista se mantiene hasta hoy en día.

Iban asimismo a Camboya y Malasia, a Birmania y a la China. Desde la ciudad portuaria de Tramlapiti al golfo de Bengala navegaban barcos que llevaban a bordo no sólo mercancías, sino también peregrinos y monjes, imágenes sagradas y manuscritos. Estos peregrinos budistas lo visitaban todo y llevaban consigo imágenes de Buda de los talleres de Mathura y otros.

Un peregrino chino que hizo el largo viaje de su país a la India por la ruta de la seda, un tal Yi-t'sin, relata lo siguiente: "Hay más de mil monjes budistas que se han puesto al servicio del estudio y las buenas obras. Investigan y discuten toda clase de asuntos, igual que en la misma India. Si un monje chino desea ir a la India para estudiar allí, hará mejor en ir a la universidad de Nalanda [en el sudeste de la India] o a Taxilia [en Cachemira]. Sólo después estará bien preparado para continuar el viaje a la India y proseguir sus estudios en el país". ¡Yi-t'sin sabía de qué hablaba! Él mismo había permanecido diez años en Nalanda, donde tradujo numerosos textos indios al chino.

El gentío que al correr de los siglos ha circulado por los caminos de caravanas de la India y la ruta de la seda debe de ser asombroso. No sólo iban monjes y peregrinos, sino también centenares de personas que formaban parte de las carava-

nas: los comerciantes, los guías y los trabajadores de metales, talladores de piedras, joyeros, escultores y pintores (que en China ayudaron a construir y adornar templos budistas), los tejedores de seda y *mahouts* de elefantes, más numerosos saltimbanquis, como bailarines, prestidigitadores y malabaristas.

Pero la India no ofrecía sólo mercancías de tipo material. La India podía ofrecer más, y muy concretamente en el terreno espiritual. Ya hemos nombrado el hinduismo y el budismo. En cierto momento, el hinduismo se hizo tan popular en Roma, que filósofos y sabios discutían animadamente sobre este tema: era durante el reinado de Marco Aurelio. Pero el budismo nunca ha llegado a tener éxito en Europa y se supone que ello es debido a la figura central de Buda, que para el cristianismo, que entonces empezaba a desarrollarse, era algo inaceptable.

Al lado de la religión estaba la ciencia. La India ya conocía el sistema métrico, y el sistema decimal era muchísimo más simple que los números romanos, de modo que en seguida tuvo aceptación en Europa cuando los árabes lo introdujeron.

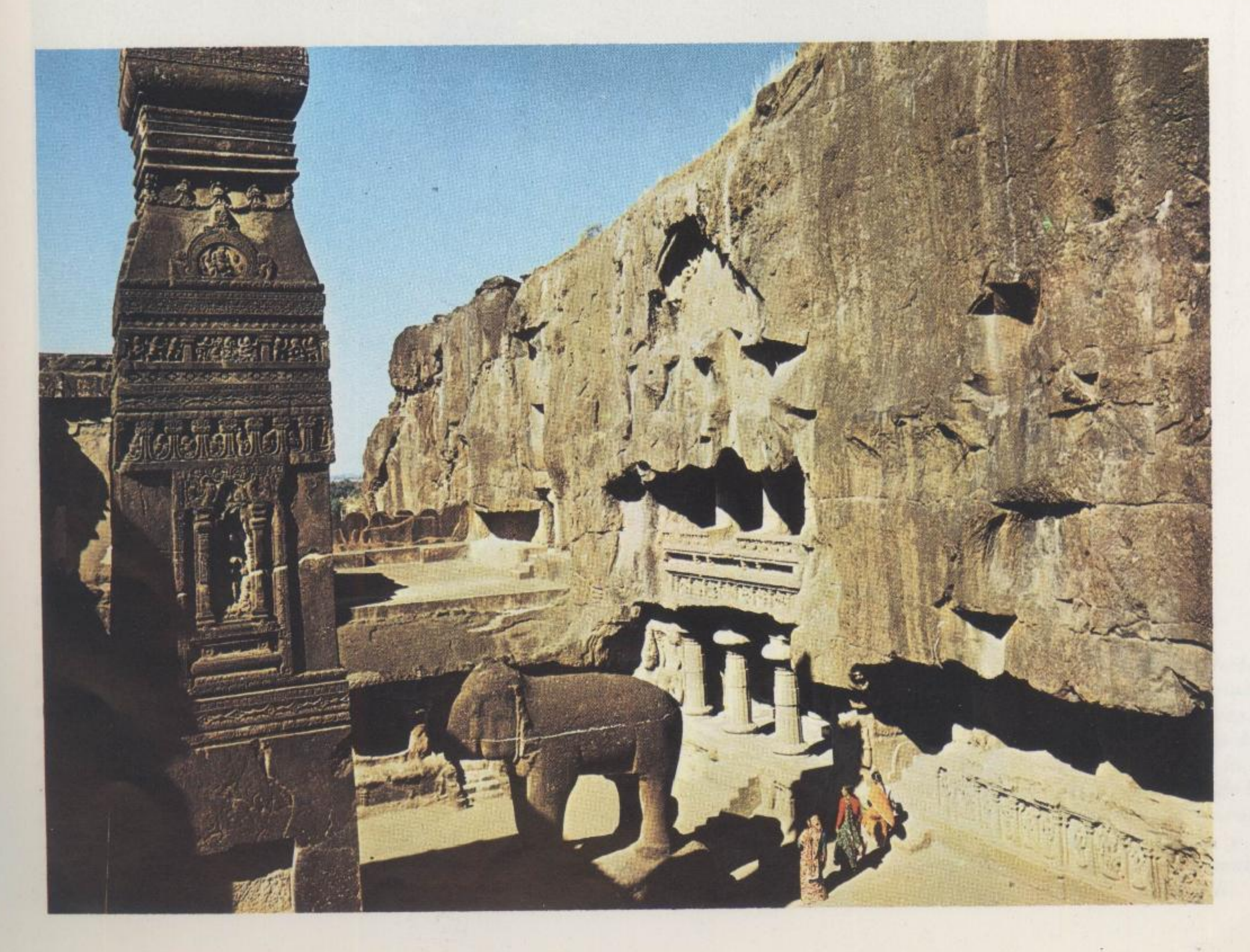
Cuando, finalmente, los navegantes europeos se decidieron ir a descubrir ellos mismos los países de las especias, les estimuló a ello sobre todo el precio de la pimienta, entonces más cara que cualquier piedra preciosa. El monopolio de las especias estaba en manos de los árabes. Para romper tal privilegio, los portugueses y más tarde los holandeses fueron por El Cabo a cargar sus propios barcos en el país de origen.

Pero, a pesar de todo, los productos exóticos de aquel país inmenso seguían vendiéndose en todas partes, incluso cuando los holandeses empezaron a cultivar las especias en las Molucas.

J. T. S.

soberanos típicamente militaristas y, por sus vigorosos ataques a los vecinos del Norte y del Sur, lograron establecerse en aquellos territorios. Con ello contribuyeron a que fuera posible la invasión musulmana, aunque conservaron el poder hasta 973. Entonces dominó la dinastía Chalukya en el Deccan, y durante mucho tiempo ejerció su dominio en aquel vasto territorio. Esta dinastía se mantuvo hasta 1190, y después también el Deccan siguió la suerte general de descomponerse. Soberanos poco enérgicos no supieron detener a los musulmanes.

En el sur de la India tres dinastías Tamil, los Cholas, Cheras y Pandyas, habían podido mantener su independencia y conservar gran parte de la cultura dravídica. Al final hubieron de someterse a los Pallavas del Nor-



Gruta de los Ríos, uno de los templos de Ellora tallados en roca viva durante el siglo VIII.

Bronce dorado correspondiente a la dinastía Pala (Museo Guimet, París). Esta dinastía, surgida en Bengala a mediados del siglo VIII, fue una gran protectora del budismo en una época en que la India se inclinaba hacia el hinduismo.



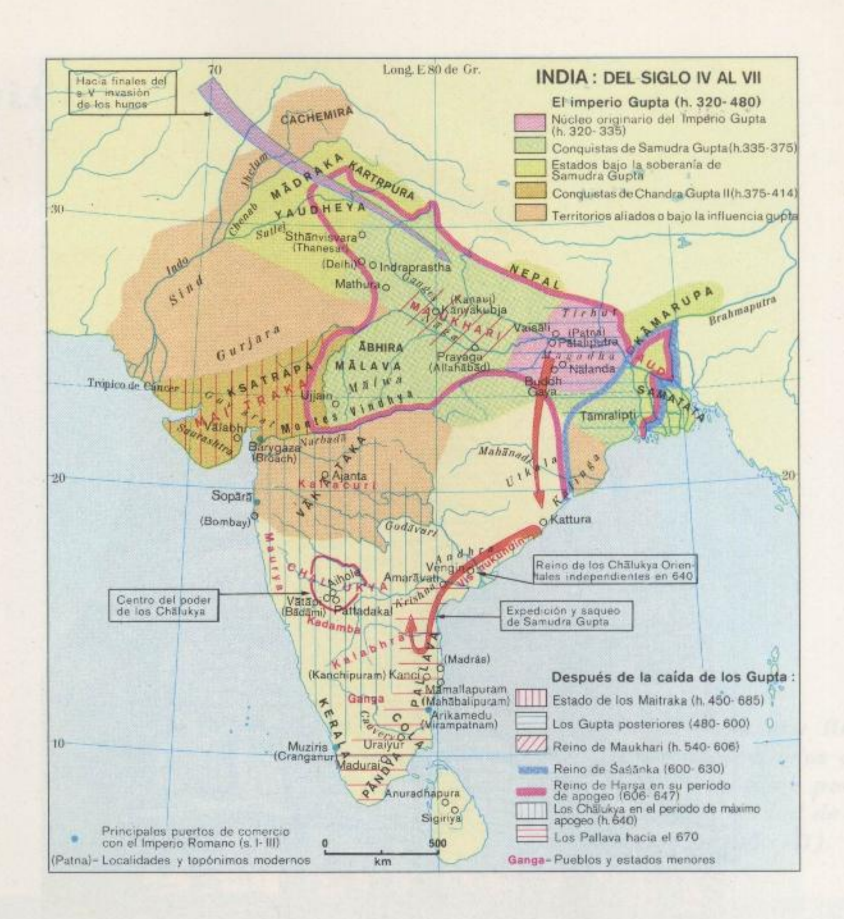
te. Ya en el siglo III se hablaba de unos Pallavas que procedían de Kanci. Hacia el final del siglo VI constituían un gran pueblo y llegaron al pináculo de su poderío entre 630 y 660, bajo el gobierno del rey Narasimhavaram I (630-660). Poseían inmensas riquezas y carecían de enemigos en el Sur, mientras que en el Norte eran muy fuertes. Su influencia se dejó sentir mucho más en el Sur, y finalmente adoptaron allí dos de sus religiones, Saiva y Vaishnava, a las que permanecieron fieles hasta mediados del siglo XX.

Los Pallavas mantuvieron su poder hasta finales del siglo IX. Entonces, una raza secundaria de vasallos de los Tamil, los Cholas, consiguieron no sólo liberarse de los Pallavas, que ya habían perdido casi toda su fuerza, sino también fundar un imperio propio, el mayor de los que habían existido allí. Rajaraja (985-1014) y Rajendra, su hijo (1014-1044), fueron los reyes más poderosos de esta dinastía. Los Cholas reinaron en Ceilán y todo el sur de la India. También mandaron ejércitos al Ganges, lo cruzaron –he-

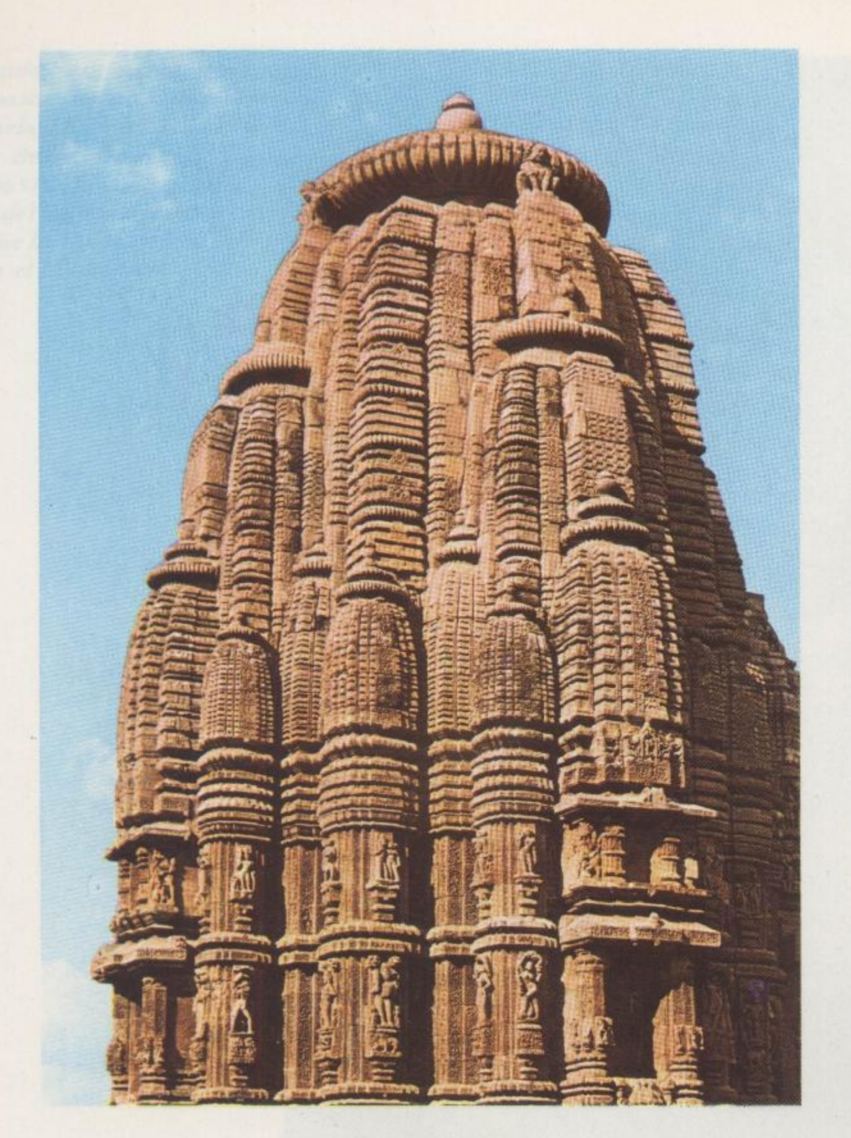
cho insólito– y derrotaron al rey Pala de Bengala. El rey Rajendra poseía entonces la mayor flota de aquellos tiempos y realizó una expedición muy importante a Indonesia y Malasia.

El reinado de Kulattonga III (1180-1216) marcó el final de la dinastía Chola, tras una época de decadencia. Una nueva familia ocupó el poder, la dinastía Pandya, que había estado dominada durante mucho tiempo por los Cholas; los Pandyas gobernaron durante poco tiempo. En 1310, los musulmanes invadieron el sur de la India y en breve lapso acabaron con su gobierno. Casi toda la India quedó entonces en manos de los mahometanos.

La conquista de la India no fue cosa fácil para los musulmanes y requirió mucho tiempo. En el siglo VIII, un tal Hayay era virrey de las provincias orientales del califato. La región de Sind no era base adecuada para efectuar conquistas, por su situación poco estratégica. Las líneas de comunicación atravesaban el Beluchistán y era difícil que los refuerzos necesarios llegaran rápidamente. La verdadera conquista de la India sólo podía



Bajo relieve tallado en Mahabalipuram, la ciudad marítima de los Pallavas, que representa el descenso del Ganges a la Tierra. Por la escotadura de la izquierda de la foto (casi central en el muro) se supone que caía agua, y hombres y animales representados se dirigían hacia allí.



Vista parcial del templo piramidal de Rajarani, en Bhubanesvara (siglo X).

realizarse después de la ocupación del territorio que hoy es conocido por Afganistán.

Los esclavos turcos que establecieron una dinastía en las montañas de Ghazni, conocida como dinastía Yamini, empezaron, bajo su rey Sabuktigin (977-997), los primeros ataques a la India del Norte. En aquellos tiempos, el Penjab reconocía el gobierno de un tal rajá Jaipal, que fue vencido por Sabuktigin y el reino de aquél quedó en manos de los Yamin. El soberano musulmán con territorio más vasto fue, sin embargo, Mahmud (998-1030), cuyo imperio se extendía del Ganges hasta las fronteras de Mesopotamia.

Con el fin de ampliar su dominio, no se sabe con seguridad si efectuó doce o diecisiete expediciones de conquista. El territorio que poseía en la India era sólo una zona fronteriza y muy particularmente el Penjab servía de base para sus invasiones. Una expedición de Mahmud merece atención especial. Mandó sus tropas para conquistar el gran templo hindú de Somnath, donde se encontraba la escultura enorme de un *lingam* (falo) que tenía que ser lavado cada día con agua del Ganges, llevada hasta allí por nada menos que mil aguadores. Además, este ídolo era servido por unos mil brahmanes y seis-

EL CONCEPTO OCCIDENTAL DEL SISTEMA DE CASTAS, II
(según L. Dumont, 1967)

En el siglo XX, A. M. Hocart y C. Bouglé intentan explicar y comprender el sistema de castas de la India. Sus obras han quedado como dos clásicos de la antropología.

Hocart (1938) sienta dos principios de los que debe partir toda aproximación antropológica a la institución: su lógica interna debe ser reconstruida a partir del punto de vista indígena; esto implica la consideración de la religión hindú en primer plano.

Bouglé, en 1908, avanza una primera definición de la casta. Entre las distintas castas existe una separación en materia matrimonial y una privación de contacto directo o indirecto. El sistema de castas representa también una división del trabajo, puesto que cada grupo tiene una profesión tradicional de la que sólo puede sustraerse dentro de ciertos límites; es una jerarquización de la sociedad, puesto que las castas se ordenan unas con respecto a las otras.

Después de 1945, la investigación antropológica abandona en parte las directrices señaladas por Hocart y Bouglé y modifica sus métodos.

Predomina el estudio directo y la observación de pequeños grupos por antropólogos profesionales y queda relegada a un segundo término la investigación basada en las fuentes antiguas. Se prefiere el estudio de aspectos especializados del sistema. Las consideraciones y explicaciones sociológicas predominan sobre las históricas.

Sin haber llegado a la elaboración de una síntesis similar a la de Hocart o Bouglé o a las importantes observaciones adelantadas por Max Weber, los estudiosos coinciden en algunos puntos fundamentales:
a) Cada sistema de castas concreto de la actualidad correspondía en el pasado a una unidad política autónoma, generalmente de pequeñas dimensiones.
b) Las castas dominantes que poseen la tierra y dominan el poblado se oponen al conjunto de castas sometidas.
c) Las clases inferiores tratan de asemejarse a las castas dominantes, en un intento de mejorar su estatuto.

Tres características de la investigación actual pueden bloquear indefinidamente la comprensión del sistema de castas por los occidentales:
a) La reducción de rasgos religiosos a no religiosos.
b) La tendencia a tomar la parte por el todo, ya sea por intentar explicar algunas castas y no el sistema de castas, ya sea por privilegiar dentro del sistema uno o dos aspectos que se consideran fundamentales.
c) La subestimación del factor jerárquico en la organización social.

CRONOLOGIA

S. III al IV	Época confusa.
320-455	*Dinastía Maurya.*
320-340	Chandra Gupta I.
340-380	Samudra Gupta.
455-470	Skanda Gupta.
510-525	Invasiones de los hunos blancos.
606-647	Harsha. Visita de Hsuang Tsang.
712	Invasión de los musulmanes, que logran conquistar el Sind.
740	Los Pratiharas detienen a los musulmanes.
550-757	*Dinastía Chalukya.*
S. III al IX	*Pallavas en la India.* Narasimhavaram I.
608-642	Rajaraja.
1014-1044	Rajendra.
1180-1216	Kulattonga III.
1216-1310	*Dinastía Pandya.*
1310	Los musulmanes dominan desde entonces casi toda la India.
977-1206	*Dinastía Esclavos* fuera de la India: Yamini.
977-997	Sabuktigin. Invasiones de la India.
998-1030	Mahmud.
1001	Penjab, conquistado.
1192	Conquista de Delhi.
?-1206	Muhammad.
1206-1290	*Dinastía Esclavos* en la India.
1211-1236	Itutmish.
1266-1286	Balban.
1290-1320	*Dinastía Khalji.*
1320-1413	*Dinastía Tugluq.*
1398	Tamerlán atraviesa el Indo y llega hasta Delhi.
1414-1451	*Dinastía Sayyid.*
1451-1526	*Dinastía Lodi.*
1509-1525	Krishna Deva Raya, soberano hindú.
1216-1565	*Dinastía Vijayanagar,* reyes hindúes en el Sur.
1526	Batalla cerca de Panipat. Babar invade la India.

Templo de Sahadeva Ratha, muestra de los edificios construidos al aire libre por los Pallavas en la ciudad de Mahabalipuram (siglo VII).

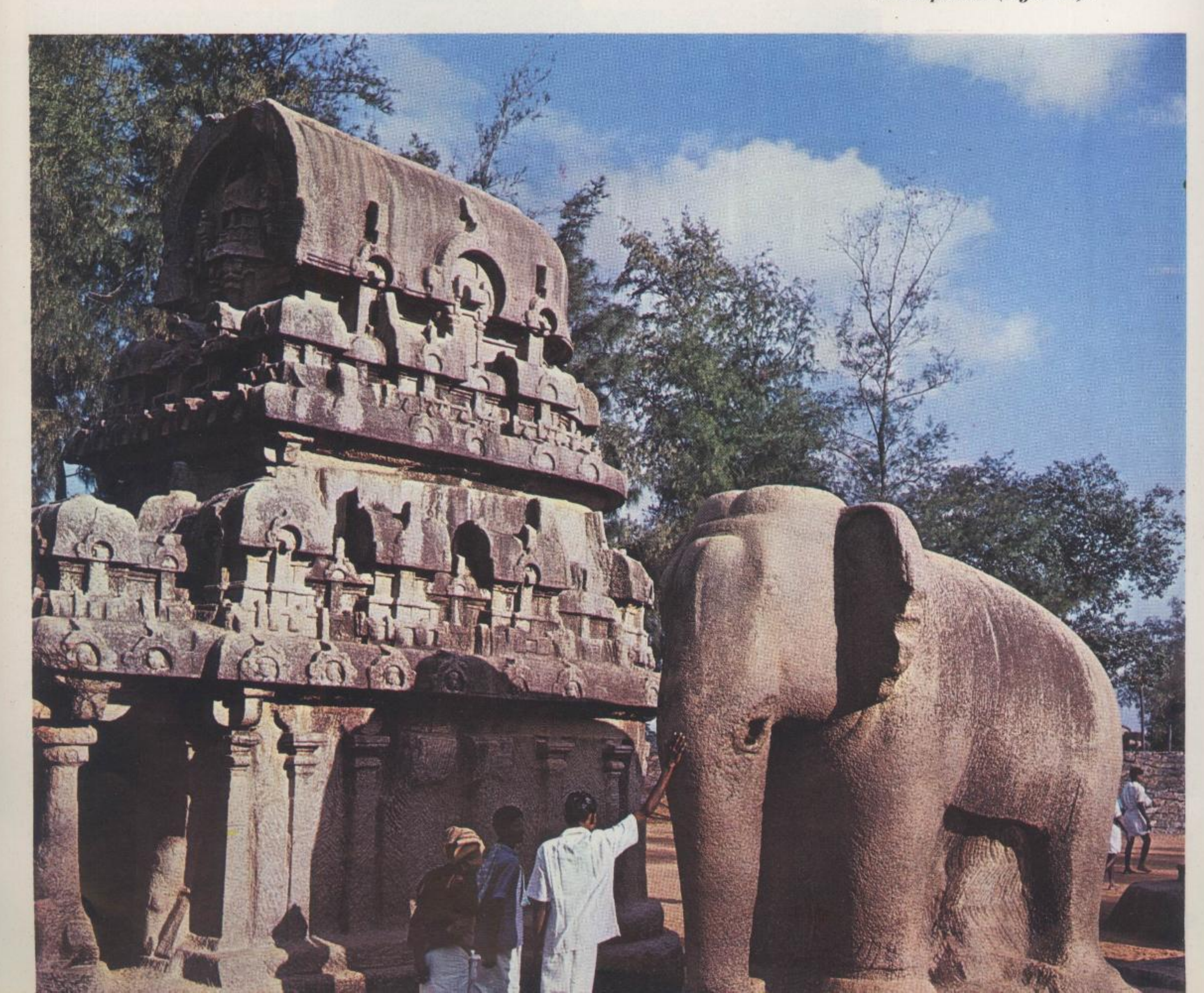


Imagen en bronce de la diosa Sri Dewi, del período chola, contemporáneo del dominio de los Pallavas.



Representación en basalto negro del dios Siva. Estilo chola tardío, de los siglos XII-XIII (Museo Guimet, París).

cientos músicos, bailarinas y ayudantes. El templo poseía diez mil pueblos y pequeñas ciudades cuyos ingresos debían entregarse al templo, que también contaba, por otra parte, con ofrendas de los numerosos peregrinos. Como buen musulmán, Mahmud hizo destruir el templo, empeño en el que murieron cincuenta mil hindúes en defensa de su santuario. El fanatismo de Mahmud condujo finalmente a un desastre económico en el norte de la India, porque destrozó todo cuanto le parecía manifestación del espíritu pagano. También realizó sistemáticas matanzas en pueblos y ciudades. Así fue como Mahmud, debilitando la India del Norte, preparó el camino para futuras grandes invasiones musulmanas.

Por otra parte, los musulmanes luchaban entre sí. Los Ghaznis fueron expulsados de su propio país y se estaban refugiando en el Penjab cuando fueron atacados por los Shansabanis de Ghor. Un sultán de este pueblo, Muhammad, adoptó una política nueva. Considerando de poca monta continuar matan-

LA INDIA MUSULMANA

700	Ataques musulmanes contra la India.
712	Conquista del valle del Indo.
900-1030	Fundación del sultanato ghaznevida en Turquestán occidental.
986	Primeras expediciones ghaznevidas contra la península.
1001-1026	Conquista sistemática del Penjab.
1030-1191	Desviación de la ofensiva ghaznevida hacia el Irán. Una dinastía nacional afgana, los príncipes de Gor, expulsan del poder a los ghaznevidas (1086).
1191	Muhammad de Gor contra el reino de los rajputas: primera batalla de Tarain, desfavorable a los invasores.
1192	Segunda batalla de Tarain: final de la resistencia de los rajputas y muerte de su caudillo Prithvi Ras, héroe nacional hindú.
1206	El esclavo turco Aibak se proclama sultán de Delhi: dinastía de los Esclavos.
1221	Itutmish, sucesor de Aibak, rechaza la invasión de los mongoles.
1241	Los mongoles ocupan Lahore.
1290	La dinastía Khalji: victoria definitiva sobre los mongoles.
1296-1316	Conquistas de Alá ud-Din: toda la península indostánica, salvo la extremidad sur, en poder de los musulmanes.
1320	Dinastía Tugluq.
1336	Constitución del reino hindú de Vijaynagar, en el Deccan. Se convertirá pronto en un centro de resistencia contra el Islam.
1337	Bengala se independiza del sultanato de Delhi.
1398	Se inicia la invasión de Tamerlán.
1401	El reino de Gujrata se independiza del sultanato de Delhi.
	El estado de Malva, independiente.
1451	Dinastía Lodi.
1489	Sikandar Lodi restaura parcialmente el prestigio del sultanato de Delhi.



Detalle del templo de Rajarani, construido hacia finales del siglo X. En él se puede apreciar la perfecta integración de la escultura en la arquitectura.

En la ciudad santa de Bhubanesvara se erigió, a fines del siglo X o principios del XI, este templo de Muktesvara, considerado como uno de los mejores ejemplos del estilo de Orissa.



Bodisatva adornado con diadema y joyas (Museo Guimet, París).

do y saqueando, decidió dedicarse a conquistar toda la India del Norte. Siguieron años de guerra, que terminaron con la conquista de Delhi en 1192, donde fueron derrotados los ejércitos del rey hindú. Los excelentes generales de Muhammad no se contentaban con esta conquista y no descansaron hasta haber ocupado también Bihar, en Bengala. Uno de estos generales, Kutb ud-Din Aibak, ocupó el poder y fundó la dinastía de los llamados *Reyes de los Esclavos de Delhi,* tras el asesinato de Muhammad por herejes mahometanos en 1206. Así se había fundado el sultanato de Delhi, que duró hasta 1526.

En este lapso de tiempo reinaron allí cinco dinastías: la dinastía de los Esclavos, de 1206 a 1290; la dinastía Khalji, de 1290 a 1320; la dinastía Tugluq, de 1320 a 1413; la dinastía Sattid, de 1414 a 1451, y la dinastía Lodi, de 1451 a 1526. Hubo en total treinta y tres sultanes, pero en su gran mayoría no vale la pena ni de que se mencionen. Solamente se destacan algunos, como Itutmish (1211-1236), que conquistó Sind y Bengala y es conocido sobre todo por sofocar sin piedad todo cuanto se pareciera a una rebelión,

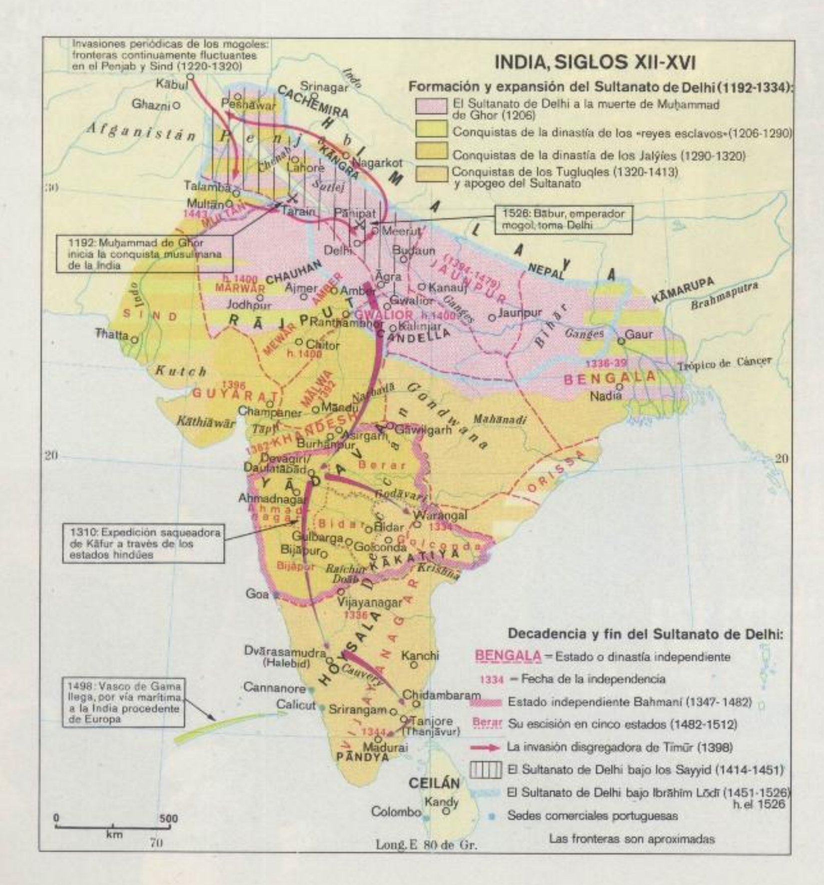
y Balban (1266-1286), quien estuvo tan atareado dominando sublevaciones, que sólo hacia el final de su gobierno tuvo tiempo de hacer algunas conquistas.

No debe sorprender que durante el gobierno de los sultanes de Delhi hubiera tantas sublevaciones, ya que en el siglo XIII la dominación de los musulmanes sobre los hindúes fue muy precaria. Sólo en aquellas zonas donde había guarniciones musulmanas y fortalezas para dominar al pueblo existía una situación algo estable. El imperio era muy grande, y el número de musulmanes, escaso. Resultaba imposible convertir a los hindúes. Para poder gobernar, los sultanes se veían obligados a basarse en los dirigentes hindúes,

"Gopuram" o puerta piramidal del recinto del templo de Varadaraja Swami, en Kanchipuram. Esta complicada talla gigantesca corresponde ya a los siglos XIV y siguientes.



Miniatura persa que representa a un poeta con su alumno (Biblioteca Trivulziana, Milán). Los musulmanes aparecen en la India en el siglo VIII *y encuentran gran resistencia a su penetración. No obstante, su avance será inexorable.*



quienes seguían teniendo, por tanto, gran influencia y poder político.

Durante la dinastía Khalji, el sultán Alá ud-Din tuvo que actuar cruelmente para quebrantar el poder de los jefes hindúes y evitar una sublevación. Recaudando como contribución nada menos que el 50 por 100 de la producción agrícola, la población campesina se desangró totalmente. Pero con esta medida Alá consiguió mantener la paz en el país, de manera que pudo dedicarse a la conquista del reino de Guyarat. También asaltó las fortalezas de Rajputana, donde, al sitiar la ciudad de Chitor, ocurrió un drama horrible. Los defensores, temiendo la deshonra de sus mujeres e hijas, sacrificaron a los dioses aquellas pobres mujeres...

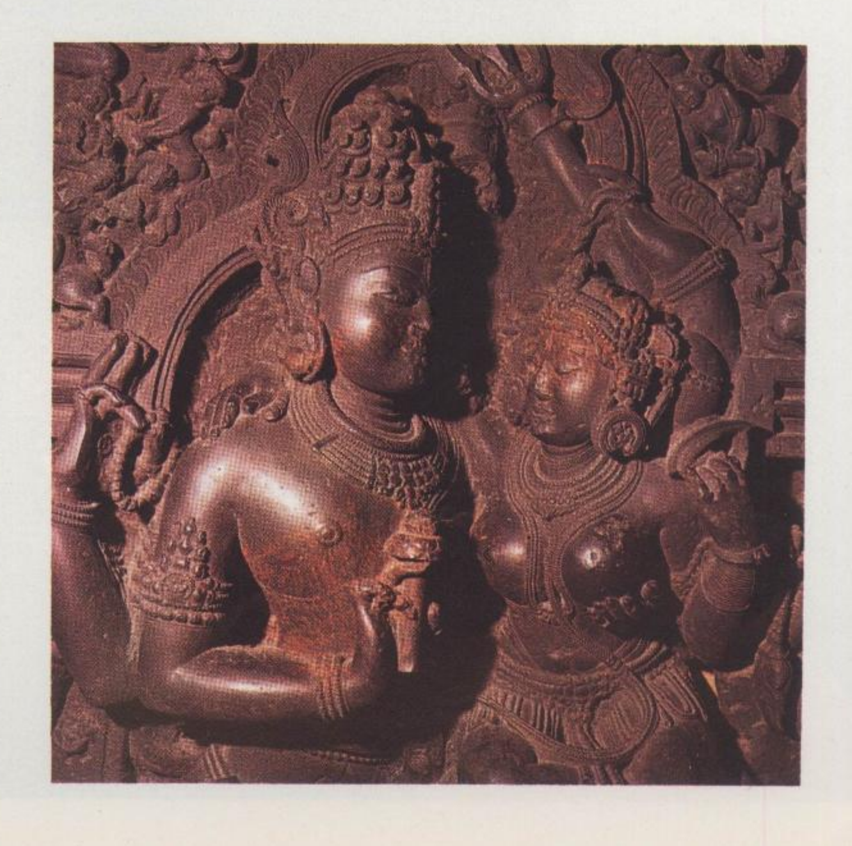
Con la dinastía Khalji, la penetración musulmana en el Deccan y el sur de la India fue un hecho consumado. El general de Alá ud-Din, un eunuco llamado Malik Kafur, penetró hasta el extremo sur de la India, destruyendo templos y saqueando las ciudades principales.

El sultanato de Delhi alcanzó durante la dinastía Tugluq su mayor extensión. En 1330

La Gran Puerta (mongola) de Delhi. La conquista de esta ciudad por los musulmanes en el año 1192 facilitó la fundación del sultanato de Delhi, cuya vida se prolongó hasta el 1526, cuando cayó en manos de los mongoles.

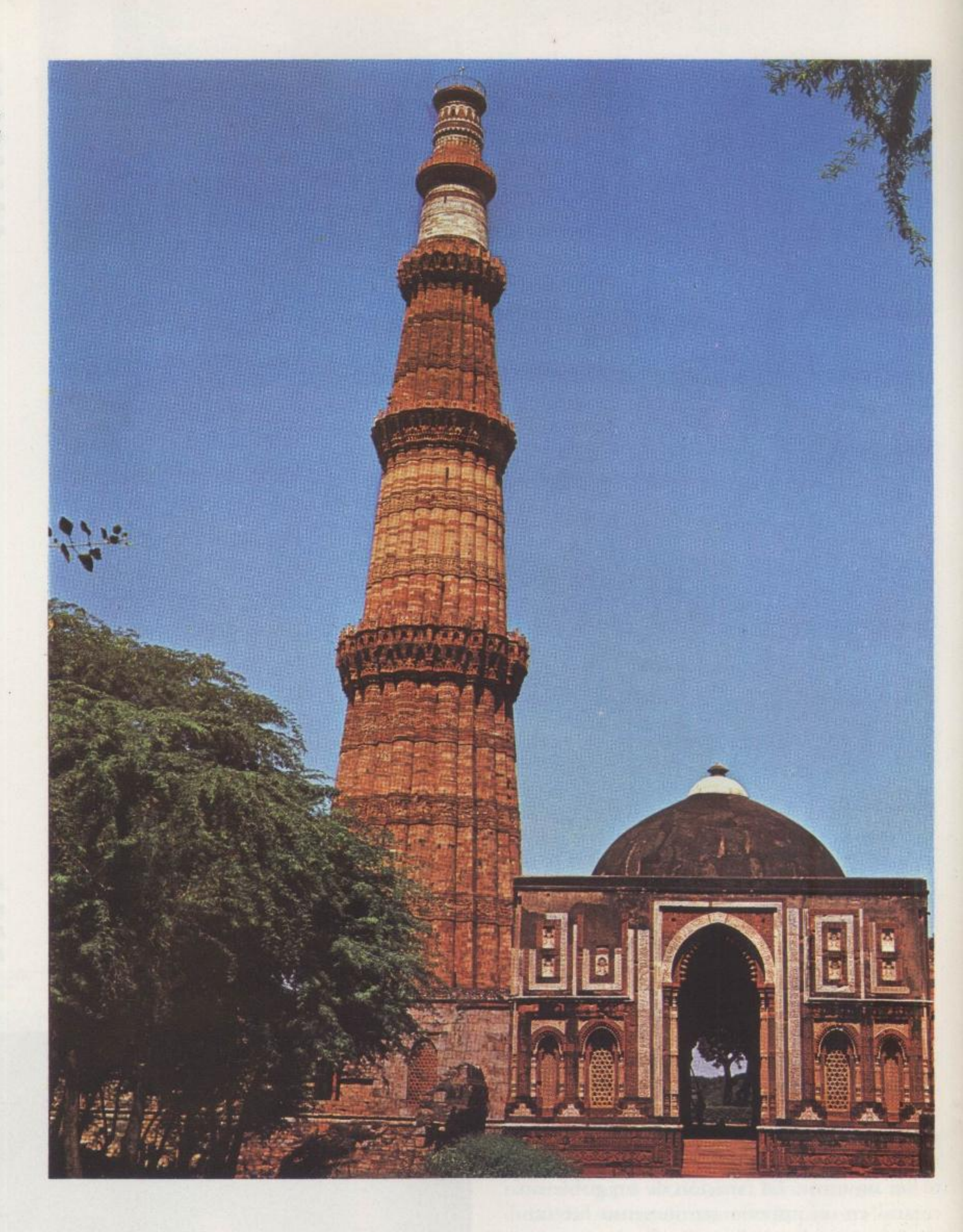
comprendía desde Madura, en el Sur, hasta las fronteras de Cachemira. En vista de ello, Muhammad ibn Tugluq trasladó la capital de Delhi a Deogir, en el Deccan, con la esperanza de que esta ciudad, situada en el centro, facilitara la gobernación del país. Resultó ser un error. La creación de un gobierno central en un imperio tan inmenso fue imposible por falta de buenas vías de comunicación. Muhammad, hombre de gran cultura y sentido artístico, era al mismo tiempo capaz de crueldades tan terribles que incluso fueron inaceptables para aquellos tiempos, tan poco civilizados. La consecuencia fue que al final de su reinado el sultanato empezó a degenerar. En el extremo sur, Madura fue la primera en liberarse, en 1334. Perdió después Bengala, en 1341, y todo el Deccan, en 1347.

Feroz Shah (1351-1388), que sucedió a Muhammad, no se tomó la molestia de intentar reconquistar el territorio perdido, lo cual tuvo por consecuencia que, después de su muerte, una serie de países, entre los cua-



Representación de Siva y Parvati, su esposa, esculpidos entre los siglos XII y XIII (Museo Británico, Londres).

Qutb ud-Din, uno de los generales de Muhammad, el conquistador de Delhi, ocupó, tras ser asesinado éste, la ciudad y fundó la dinastía de los Esclavos de Delhi. Allí inició la construcción de una mezquita, continuada por sus sucesores, cuyo alminar (Qutb-Minar), igual que la mezquita, emplea motivos y materiales hindúes.



les se contó Guyarat, se negaron a reconocer la soberanía del sultanato. Algunos años más tarde, la anarquía en la India del Norte era un hecho.

En 1398, un tal Timur, también llamado Tamerlán, atravesó el Indo y penetró por el Penjab hasta Delhi, en una invasión llena de crueldades y saqueos que duró un año entero. No se trataba de una conquista propiamente dicha, sino sólo de una algarada de tropas que tenía por objeto robar y saquear.

De momento, la anarquía no había acabado. La dinastía Sayyid, que gobernaba en Delhi, no se veía capaz de rechazar la invasión porque los soberanos prácticamente sólo gobernaban en la ciudad y sus alrededores. Sólo con la dinastía Lodi, procedente de Afganistán, se produjo un cambio total en la situación. Apenas se podría llamar verdadero rey al soberano Lodi, pero sí era el más poderoso de la serie de jefes de tribu, y como tal obtuvo el título de sultán.

El primero de ellos se llamaba Bahlul y tuvo el suficiente sentido común para aceptar la verdadera situación y obrar en consecuencia. Sus sucesores, sin embargo, opinaban de otra manera e intentaron reinar como sus predecesores de dinastías anteriores. Las

tribus no estaban de acuerdo con tal actitud, por lo que se produjeron sublevaciones que debilitaron el sultanato. Todo el norte de la India era otra vez un conglomerado de pequeños estados, pequeños reinos musulmanes independientes, que existían por todas partes, como en Sind, Guyarat y Bengala.

También los rajputas se habían liberado y empezaban a tener más poder. El Deccan estaba dividido en cinco sultanatos. En el Sur se había fundado un imperio hindú muy fuerte, nacido de las ruinas del imperio Chola, que se llamaba Vijayanagar. Bajo el soberano Krishna Deva Raya, que reinó de 1509 al 1525, este imperio alcanzó su mayor poderío y extensión. En 1565 se hundió al unirse los estados musulmanes del Deccan para vencer al enemigo hindú.

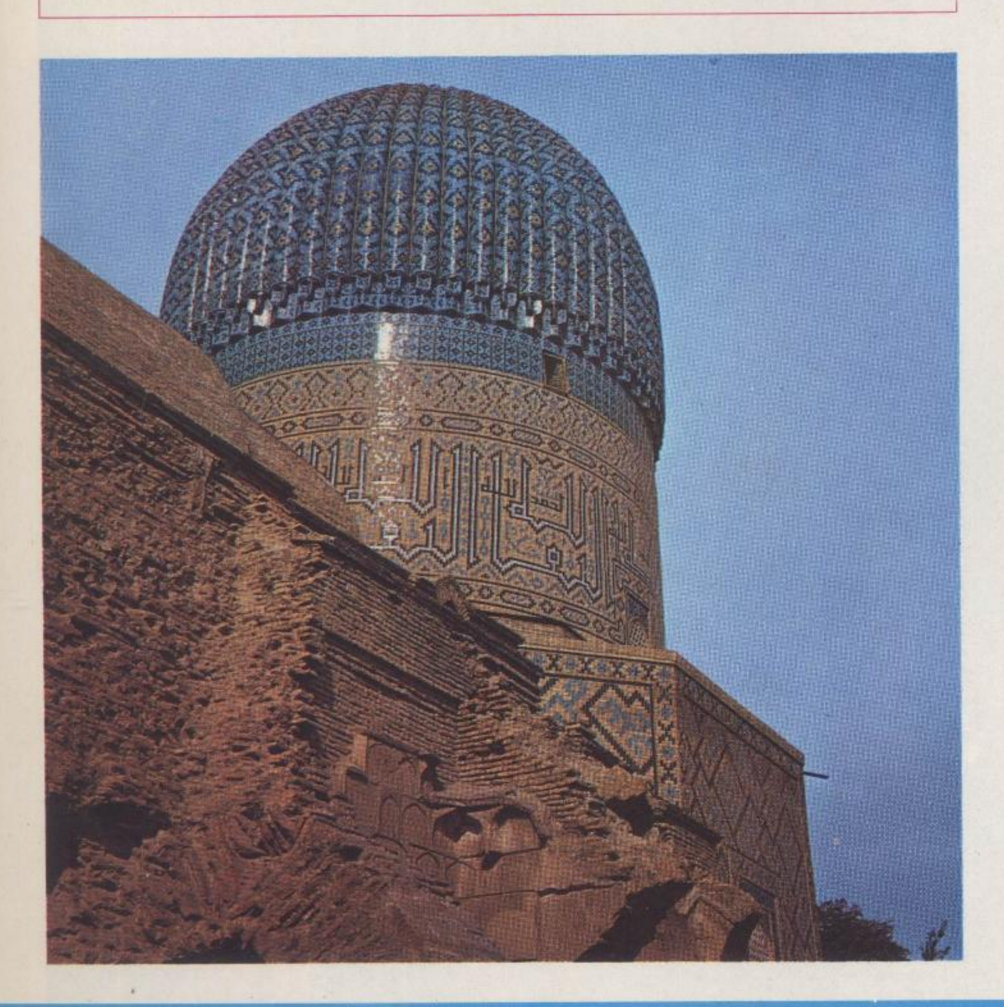
Entonces quedó abierto el camino a Babar, el gran conquistador y fundador de la dinastía mongol, que era descendiente directo de Timur y Gengis-Khan. En abril de 1526 pudo derrotar a los ejércitos del último sultán Lodi cerca de Panipat. La suerte de la India estaba echada. Como había pasado varias veces en el curso de la historia, en Panipat los acontecimientos dieron un giro decisivo.

Estado actual de los restos de la mezquita de Quwat ul-Islam, en Delhi, a la que pertenece el Qutb-Minar.



BIBLIOGRAFIA

Ainslee, T. E., y Wilhelm, F.	*Indien. Geschichte des Subkontinents von des Induskultur bis zum Beginn der englischen Herrschaft,* Francfort del Main, 1967.
Auboyer, J.	*La vie quotidienne dans l'Inde ancienne,* París, 1961.
Bareau, A.	*Les religions de l'Inde,* París, 1963.
Cambridge	*History of India,* reedición de Delhi, 1962 (6 vols.).
Dumont, L.	*Homo hierarchicus. Essai sur le système de castes,* París, 1967.
Dupuis, J.	*Histoire de l'Inde,* París, 1963.
Majumdar, R.	*An advanced history of India,* Londres, 1963.
Meile, P.	*Histoire de l'Inde,* París, 1951.
Moore, Ch. A.	*The indian mind. Essential of indian philosophy and culture,* Honolulú, 1967.
Nytia Bodhananda, S.	*Mythes et religions de l'Inde,* París, 1967.
Panikkar, K. M.	*Histoire de l'Inde,* París, 1958.
Renou, L., y Filliozat, J.	*L'Inde classique* (2 vols.), París, 1952-1955.
Spear, P.	*A history of India,* Londres, 1966.
Thapar, R.	*A history of India,* Harmondsworth, 1966.
Upadhyaya, B. S.	*India in Kâlidâsa,* Allahabad, 1947.



Tumba de Tamerlán en Samarkanda. Este jefe mongol cruzó el Indo en 1389 y llevó a cabo una campaña, que duró un año, marcada por el saqueo y la crueldad.



Jinetes en un paisaje. Pintura china realizada sobre seda y conservada en el Museo Guimet de París.

La China medieval

por JACOBA TADEMA SPORRY

Después del caos que fue la dinastía Ts'in (véase el tomo II de esta obra), destrozada por guerras civiles, apareció un general enérgico, Lieu Pang, que supo establecer una nueva dinastía, la famosa Han. La duración de esta dinastía se divide en tres períodos: el primero se llama de los Han occidentales, y duró hasta el año 8 de nuestra era. Después hubo un período de descanso, del año 9 hasta el 23, seguido del de los Han orientales, que se prolongó hasta el 220.

De los restos de lo que antes era un imperio muy poderoso, el emperador Lieu Pang tuvo que hacer un conjunto fuerte, y como era un gobernante muy hábil, lo consiguió. Dominó al sistema feudal, siempre peligroso, lo suficiente para que no constituyera un peligro inminente. En términos generales, Lieu Pang siguió las normas de gobierno de su antecesor (el mal llamado Primer Emperador, que hizo construir la Gran Muralla), a las que añadió una serie de innovaciones. No tuvo tanto éxito en colocar a sus familiares en los puestos importantes de la admi-

Guerrero de la dinastía Han (siglos III-IV) realizado en terracota (Museo Cernuschi, París). Parecidos a éste serían los soldados del emperador Wu-ti que llevaron a cabo las campañas por el centro de Asia.



Figura del dios de la muerte, construida en arcilla barnizada en tiempos de la dinastía Han (Museo de Historia, Berna).



nistración. Gran trascendencia tuvo la introducción de un sistema de exámenes para otorgar los cargos públicos, sistema que se conservó durante siglos.

El confucianismo tenía las preferencias del emperador y venía a llenar una necesidad. También el taoísmo tenía muchos adeptos, pero su apogeo no llegaría hasta más tarde. Hubo una cosa que el emperador Lieu Pang no se atrevió a hacer: autorizar los libros prohibidos por el Primer Emperador. Afortunadamente existían copias de ellos en todas partes, pero sólo su sucesor permitió que se copiaran y, sobre todo, leyeran.

Cuando se consiguió la paz, la dinastía Han empezó a dirigir la mirada más allá de las fronteras. A pesar de la Gran Muralla, en el Norte estaba al acecho el eterno enemigo, el pueblo Chung-nu, dispuesto a invadir China. El emperador Wu-ti, uno de los más brillantes de los Han, decidió terminar con aquel peligro. Pactó con algunos poderosos pueblos del Asia Central y envió a un general excelente, Chang-Ch'ien, hacia el lejano Oeste, hasta Bactria. Chang logró vencer y expulsar a los enemigos tras serias batallas y de este modo la paz reinó por algún tiempo. Se construyeron fortalezas y fortificaciones para contener a los hunos, de los cuales aún ahora existen restos. También hacia el Sur los emperadores Han extendieron su territorio. Por otra parte, su poder llegó hasta Corea y Tonkín.

Un activo comercio empezó a desarrollarse y por las rutas de las caravanas, ahora seguras en toda su extensión, la China recibía no sólo productos del Asia Central, sino también de Grecia.

De esta época de paz data uno de los libros más importantes de la literatura china, *Los relatos de un historiador,* escrito por el famoso Szu-ma Ch'ien (145-97 a. de J.C.), quien creó una obra monumental que serviría de ejemplo a las generaciones venideras. Szu-ma recopiló todos los textos antiguos conocidos por él y añadió los de su época. Dividió el libro en cuatro partes y expuso en ellas los gobiernos de los emperadores, las organizaciones de gobierno, la introducción del nuevo calendario, la geografía y la economía del país y por último las biografías de los personajes importantes. Esta tradición, introducida por Szu-ma, fue continuada por Pa-Ku (32-92), y así se creó la norma de redactar libros de historia.

Aparecieron asimismo gran número de instituciones nuevas. En lo sucesivo hubo impuestos del estado en lugar de las complicadísimas recaudaciones antiguas y también se procedió al almacenamiento oficial de alimentos y trigo, que se guardaban para tiempos de escasez.

CRONOLOGIA

206 a. de J. C.-220	Dinastía Han. Lieu Pang, fundador.	907-960	*Las Cinco Dinastías.*
		950	Aplicación oficial de la imprenta.
220-280	*Los Tres Reinos.*	960-1279	Dinastía Sung.
220-264	Wei.	960-1127	Sung del Norte.
221-263	Chu-Han.	970	Primera emisión de papel moneda.
222-280	Wu.		
222-589	*Las Seis Dinastías.*	1127-1279	Sung del Sur.
265-420	Chin.	1155-1227	Gengis-Khan.
386-598	Dinastías del Norte y del Sur.	1215	Conquista de la ciudad de Peiping (Pekín).
598-618	Dinastía Sui.	1259-1294	Kublai-Khan.
618-907	Dinastía T'ang.	1271	Viaje de Marco Polo.
713-756	Emperador Ming Huang.	1276-1368	Dinastía Yuan (mongoles).

Influencias exteriores se dejaron sentir en la literatura y sobre todo en la poesía. Una institución curiosa de aquellos tiempos fue el Departamento Imperial de Música. Allí se recopilaban todas las melodías de las canciones populares, después de lo cual hábiles poetas retocaban los textos originales para que los castos oídos de la corte no sufrieran.

En el año 386 se fundó en China una liga secreta que resultó ser de gran trascendencia para la historia del Imperio. Para poder pertenecer a esta liga había que reunir unas condiciones muy especiales. La liga se llamaba "Hung", palabra que quiere decir Trinidad. Otra liga casi tan poderosa como la anterior era la del "Loto Blanco". En muchas ocasiones, ambas ligas colaboraron.

Es posible que la liga "Hung" existiera ya mucho antes, pero alrededor del año 386 hubo un budista devoto de Amida Bua –una de las muchas sectas– y la quiso divulgar por todo el mundo. Las ligas secretas siempre han sido muy populares en China, y tanto en el terreno religioso como en el político la liga "Hung" tuvo mucho éxito. En 1344 actuó por primera vez en un asunto importante contra la dinastía extranjera Yuan y más tarde otra vez contra los manchúes.

El primer acto del primer emperador de la dinastía de los Han orientales fue trasladar la capital del imperio a Lo-yang, ya que el poder de la casa imperial había basculado más al Este. El primer emperador de la nueva dinastía se llamaba Lieu-cheu, e inmediatamente empezó por extender las fronteras, para lo cual mandó al general Pan Tchao al Asia Central. Cuando hubo vencido a los soberanos allí reinantes, las rutas de las caravanas quedaron abiertas de nuevo.

Los chinos sabían que muy lejos hacia el Oeste existía un país al que llamaban Ta-t'si Ts'in y nosotros Imperio romano. En Constantinopla se regía el comercio con Extremo Oriente y por este camino los tejidos de seda de la China llegaban a Europa. A los romanos les gustaba tanto la seda china, que a veces el precio de cien gramos de este material equivalía a cien gramos de oro. Ya que los dibujos chinos no siempre correspondían a la moda romana, aquellos tejidos solían deshacerse hilo por hilo para tejerlos de nuevo y rehacerlos según el gusto romano.

Los chinos se habían difundido bastante por el mundo. Los había en Corea, Tonkín y Siberia. ¿Por qué no habían de dirigirse al Imperio romano? Con esta idea fue posible que, en un momento dado, hubiera una embajada china en Persia.

Durante el dominio de los Han orientales, Tsai-lun inventó el papel. Aunque la pa-

Hornillo de bronce Han (Museo Cernuschi, París).



TECNOLOGIA CHINA					
	AGRICULTURA	**METALURGIA**	**IMPRENTA**	**OBRAS HIDRAULICAS**	**NAVEGACION**
Época Chang (XVI-XI a. de J.C.).	Campos de cultivo permanentes; arado de tracción animal; cereales.	Técnica perfecta del trabajo del bronce.			
Época Tcheu (XI-249 a. de J.C.).	La preparación del suelo, el drenaje de las tierras bajas y los trabajos de irrigación se realizan colectivamente, bajo la dirección de los jefes del poblado. Se utiliza un arado metálico que permite remover el subsuelo y penetrar el agua. Aumento del número de especies cultivadas. Introducción del cultivo del arroz. Horticultura. Veterinaria.	Técnica del hierro fundido. Se fabrican instrumentos de este metal para usos agrícolas e industriales.		Primeras obras hidráulicas: se construyen quinientos canales para regadío en el río Min, afluente del río Azul; se unen mediante canales el río Azul y el Hai.	Barcos fluviales. Navegación de cabotaje.
Primeras dinastías imperiales (249 a. de J.C.-581 d. de Jesucristo).	Roturación por medio del fuego. Sistema de rotación de cultivos. Estabilización de las técnicas agrícolas, apenas renovadas en los siglos siguientes. Se conoce el abono. Primeros tratados de agricultura: Kia-Sseu-Sie (533-546). Divulga los principios de la rotación de cultivos, la selección de semillas y los injertos de árboles frutales.	Fundiciones de hierro. Hierro colado. En las fundiciones de hierro, la energía hidráulica es aplicada a los fuelles. En la China septentrional se empieza a utilizar el carbón. Se conoce el gas natural.	Fabricación del papel.	Primeras aplicaciones de la energía hidráulica. Molinos de agua.	
Dinastías Sui y T'ang (581-907 d. de J.C.).			Xilografía. Primeros sistemas de impresión. Hasta el siglo X, sólo existen en China dos centros de impresión.	Construcción del Gran Canal.	El junco, apto para largos recorridos. Se alcanzan por primera vez los mares del Sur.
Dinastía Sung (960-1279).		Utilización corriente del carbón en la industria metalúrgica.	Perfeccionamiento de la xilografía. Expansión de la imprenta. Se conoce la impresión con caracteres móviles, que son fabricados con barro.		Cartas marinas y brújulas. Una armada de cuatro mil barcos es enviada contra el Japón.

Modelo reducido de una torre militar procedente de una tumba Han (Museo Cernuschi, París). Tras las campañas de Wu-ti, la dinastía Han estableció fortalezas y fortificaciones en Asia Central para contener a los hunos.

labra "papel" pueda ser griega –derivada de *papyros*–, el invento del verdadero papel fue chino. Para su confección se usaron trapos y fibras vegetales. El resto del mundo no conoció el papel hasta el siglo VIII, a través de los musulmanes establecidos en Samarkanda. Dichos musulmanes fueron atacados por ejércitos chinos que resultaron derrotados; entre los que quedaron prisioneros dio la casualidad de que algunos fueran de los mejores operarios de unas fábricas de papel y fueron ellos quienes enseñaron a sus nuevos amos aquella industria. Los musulmanes comenzaron a hacer papel de lino y extendieron su fabricación por todas las zonas en que dominaban.

Uno de los emperadores Han más geniales fue Wu-ti (140-86 a. de J.C.), que gobernó nada menos que cincuenta y cuatro años. Uno de sus más importantes cortesanos fue el general Chang-kien, que logró entablar relaciones comerciales con Samarkanda, Bactria, Bojara y Fergana.

Este general tuvo una vida muy agitada; a veces estaba encarcelado y otras caído en desgracia. Se había enterado de que hacia el Sur existía un país lejano que se llamaba "país de los elefantes", o sea la India. En



Elementos en terracota estampada pertenecientes a una tumba de la época Han (Museo Cernuschi, París).

122 a. de J.C. se dirigió hacia allí, pero desgraciadamente sólo llegó hasta las fronteras de Birmania, donde le fue confirmada la noticia de aquel país en que la gente llegaba a montar en dichos extraños animales. Sólo mucho después los viajeros chinos lograron penetrar en la India.

El emperador Wu-ti opinaba que las mejores oportunidades para los chinos se encontraban en el Norte, en el dominio de los hunos de la cuenca del Tarim. En 121 a. de Jesucristo se preparó un ejército enorme y con el general Chang-kien al frente emprendió la marcha contra los hunos. Se perdió la batalla y el general cayó en desgracia, pero cuando un segundo ataque fue coronado por el éxito, se le readmitió en la corte. Al establecer relaciones comerciales, embajadores chinos llegaron hasta Partia. En todos lados la gente se mostraba abierta a nuevas ideas y nuevos compromisos. En 116 a. de J.C. llegaron las primeras caravanas de un misterioso país del Oeste.

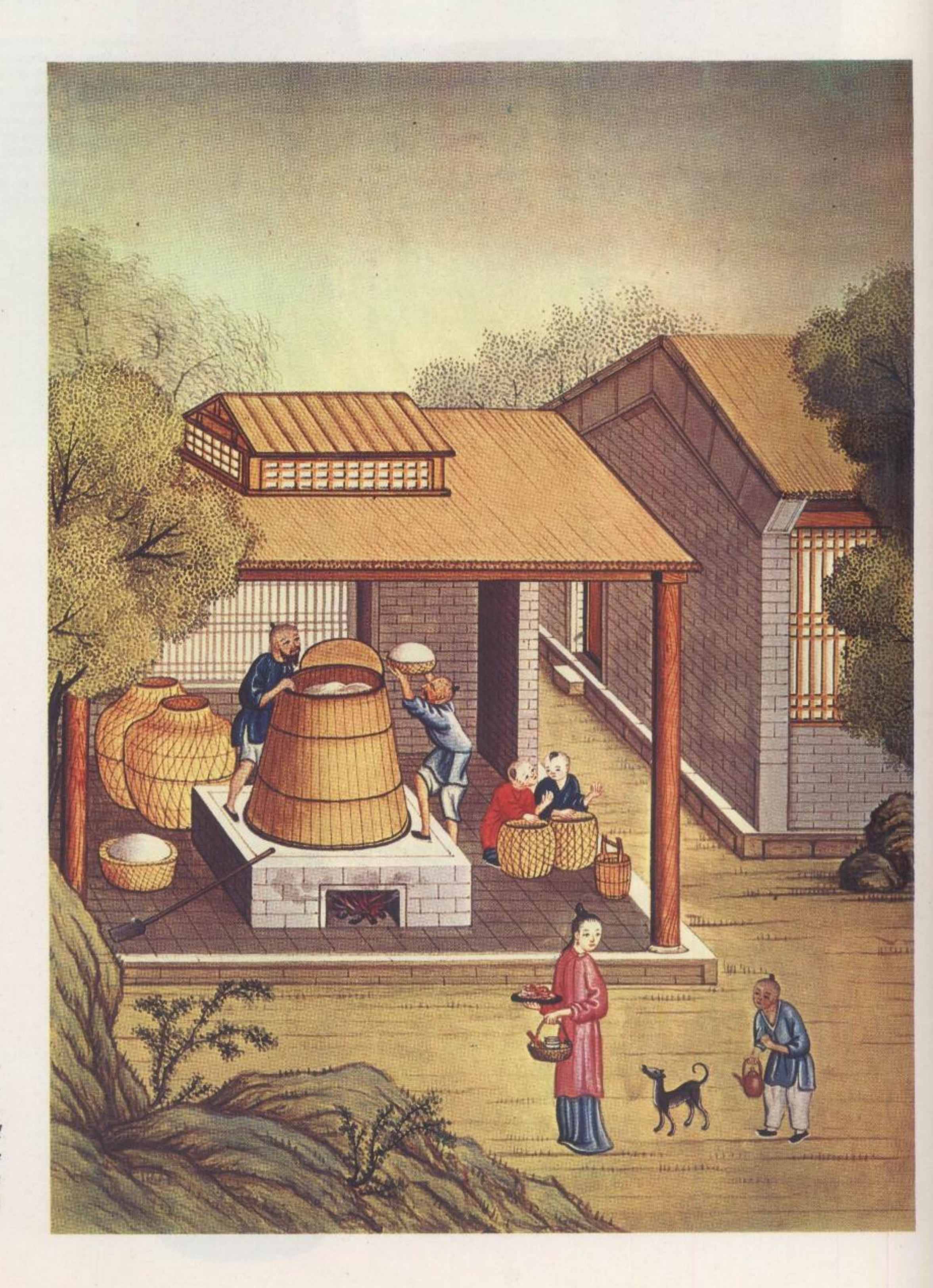
Mientras tanto, el emperador Wu-ti había comenzado la guerra contra los pueblos rebeldes de Fergana. Las cosas fueron mejor en Mesopotamia, adonde había enviado embajadores. Esto dio por resultado la llegada de los primeros acróbatas y músicos sirios, los cuales acudían a China como súbditos del Imperio romano, alcanzando un éxito enorme.

El sucesor del emperador Wu-ti perdió su magnífica herencia. Era un soberano poco

enérgico y decadente, sin interés alguno por el extranjero y el comercio. Bajo su gobierno se perdió todo lo que Wu-ti había conseguido. En 23 a. de J.C. la ruta de la seda, abierta por Chang-kien, estaba de nuevo interrumpida. No se restableció hasta el año 87.

El año 8, el emperador reinante era un niño y esto provocó gran anarquía. La liga secreta de los "Cejas Rojas" se apoderó del mando gracias aun tal Wang Mang, que perduraría en la historia china como uno de los grandes reformadores del campo. Gobernó durante catorce años y se proclamó a sí mismo emperador de la nueva dinastía Chin. Príncipes de los Han consiguieron destruirlo y desde entonces volvió a reinar la dinastía Han.

Inevitablemente también le llegó el final a esta brillante dinastía, tras una serie de débiles emperadores. Las sublevaciones eran continuas y las revueltas estaban al orden del día. Este período es conocido por el de los



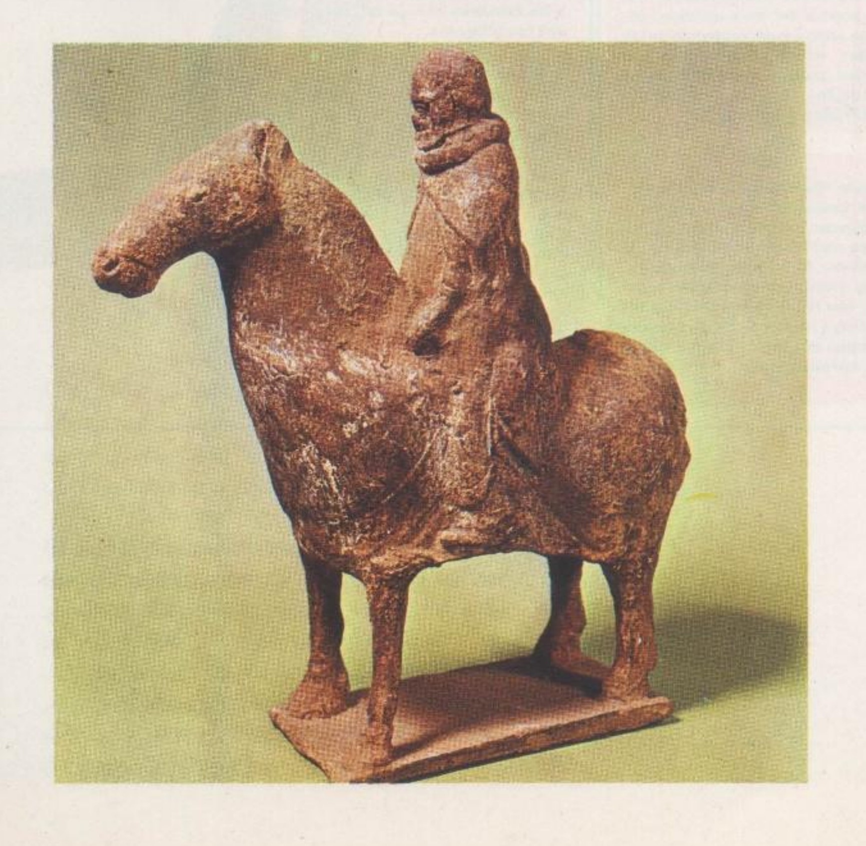
Miniatura china que representa una de las fases de la fabricación del papel (Biblioteca Nacional, París). El papel se inventó en la época de los Han orientales y se empleaban trapos y fibras vegetales para su fabricación.

Camellero representado en una figurita funeraria de la época Wei del Norte (Museo Cernuschi, París). La China del período de las Seis Dinastías vivió un notable florecimiento del comercio, en su doble vertiente terrestre y marítima.

Tres Reinos y duró desde 220 a 280. Tras la caída de la dinastía Han, China se desmembró en tres partes. En el valle del Yang-tse se encontraba el imperio de Wu, con Nankín por capital; gracias a la agricultura, era un país muy próspero. En el Norte estaba el imperio Wei. El tercer reino se llamó Chu. Los soberanos de estos tres reinos pertenecían a la dinastía Han, y en cierto sentido podían pretender el título de emperador, y por eso el país de Chu se llamó también Chu-Han.

En esta época se realizaron tantas hazañas, que bastarían para redactar series enteras de novelas, obras de teatro y narraciones heroicas.

Puesto que las fuerzas de los Tres Reinos estaban prácticamente equilibradas, los in-



Jinete mongol, según una figurita funeraria china de la época Wei del Norte (Museo Cernuschi, París). En los siglos V y VI, los tártaros formaron un reino en el norte de China.

LA HISTORIA EN CHINA (según J. GERNET, 1962)

Todos los archivos de China han desaparecido. En consecuencia, los historiadores actuales de la China medieval deben utilizar como fuente la obra de sus antecesores.

Gran parte de esta obra se presenta bajo la forma de "historia oficial", es decir, de escritos elaborados en la corte imperial por comisiones de historiadores al servicio del estado.

La historia oficial china cultiva distintos géneros: anales dinásticos, biografías, tratados sobre temas geográficos, administrativos, jurídicos o religiosos y compilaciones de documentos.

La reconstrucción de los principales acontecimientos, su anotación diaria y la transcripción casi literal de los documentos, la redacción de la historia, en suma, obedece en China no a un interés historiográfico, sino a ciertas prácticas rituales que obligan a anunciar a los antepasados todos los actos y hechos importantes del día.

Es un punto de partida análogo al de la historia romana con sus "Annales", recopilados y escritos por los colegios sacerdotales, pero en Roma este concepto es superado muy pronto por influencia de Grecia. La historia se convierte entonces en un género literario y en un modo de interpretación del pasado.

Los chinos, sin embargo, no sobrepasan nunca el estadio de la historia ritualista. No desconocen procedimientos más evolutivos de escribir la historia, como el relato, el discurso en boca de los principales personajes y la descripción causal, pero son consideradas formas inferiores de historia. Así, la biografía china se asemeja más bien a un "curriculum vitae" con un esquema constante –antecedentes familiares, carrera administrativa, elogios y títulos fúnebres–. Desdeña completamente la caracterización psicológica e individual del personaje biografiado.

Y es que la historia posee un valor intrínseco que sobrepasa la pura información. Tiene un valor "constitutivo", a la manera de una jurisprudencia sobre la que los magistrados vuelven constantemente. Es como una relación de precedentes y de modelos de actuación, un juicio definitivo sobre los hechos y sus protagonistas, una enseñanza moral. En una civilización en que las relaciones familiares y los antepasados tuvieron siempre una importancia tan grande, esta tradición historiográfica nunca fue puesta en duda.

De este concepto de la historia derivan sus dos características principales:

LA HISTORIA CHINA ES UNA HISTORIA PRECISA

Una serie de medidas, tradicionalmente observadas, garantizan esta cualidad: exactitud cronológica, autenticidad documental y libertad intelectual.

El modo de elaboración de la historia.

Las audiencias del emperador, las discusiones con sus consejeros y ministros, y las órdenes y decretos promulgados son recogidos literalmente por funcionarios especiales. Estas actas, con una relación de los principales acontecimientos de las provincias y la "Gaceta Oficial", especie de boletín diario de noticias que circula por palacio, son conservadas en los archivos de palacio, una vez selladas y fechadas para autentificarlas debidamente.

A partir de estos materiales, una comisión de historiadores que trabaja en períodos de nueve meses, aislada del exterior, dentro del más absoluto secreto y con entera independencia de las autoridades –ni el emperador ni sus funcionarios pueden leer los trabajos de la comisión–, compila y escribe los llamados "Relatos verídicos".

Sobre estos "Relatos verídicos" se elaboran los textos definitivos, las historias dinásticas, cuando la dinastía de la que se va a escribir la historia ha dejado ya de reinar. El trabajo histórico es, pues, una elaboración colectiva e impersonal, que requiere una continuidad de esfuerzos y una tradición de escuela que el estado sostiene y respeta como un deber constitucional.

¿Una historia verdaderamente imparcial?

A pesar de todas las precauciones, la historiografía china adolece en períodos concretos –sobre todo aquellos en que el autoritarismo imperial se acentúa– de defectos semejantes a los de la historiografía occidental: falsificación de documentos, adulación sistemática a los hombres en el poder, deformaciones moralizantes.

El modo de elaboración de la historia china favorece uno de los procedimientos más eficaces para la falsificación sistemática del acontecer histórico. Escribir historia es ir seleccionando los datos que parecen decisivos y, durante el largo proceso que conduce del documento a la historia dinástica, la omisión consciente o inconsciente de aquellos datos que no se comprenden, que se revelan incoherentes, que son desagradables, puede permitir al historiador un control efectivo de los resultados de su labor. Historia verdadera e historia moralizante pueden ser, muchas veces, incompatibles.

LA HISTORIA CHINA ES UNA HISTORIA LIMITADA

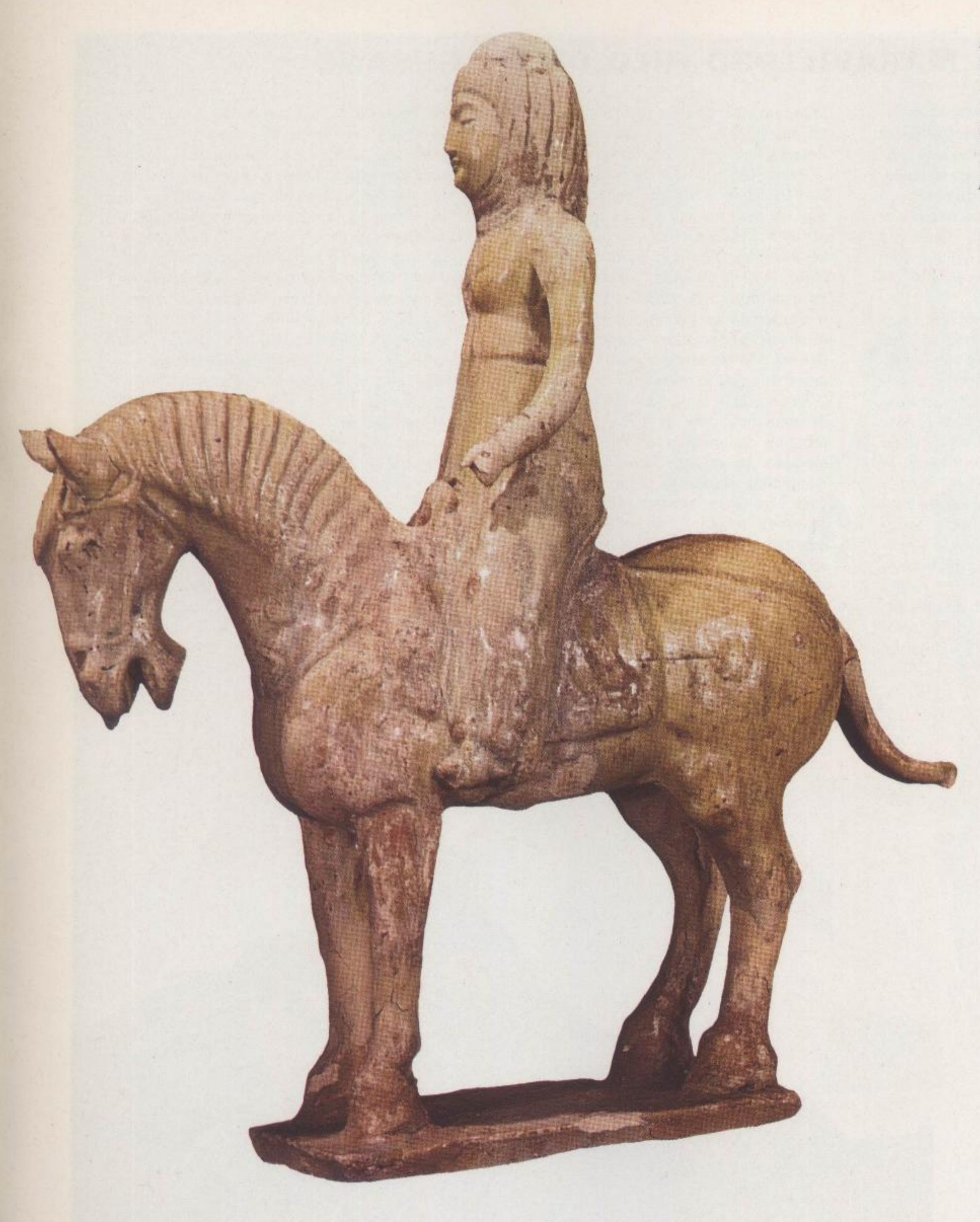
Limitada en cuanto a sus materiales, siempre documentación oficial; en cuanto a su ámbito espacial: la historia se centra en la corte imperial y las provincias quedan relegadas a un segundo término; limitada, por fin, en cuanto a su contenido, sólo a la problemática burocrática y las cuestiones que afectan a los grupos sociales más acomodados.

Las críticas a la tradición historiográfica.

- Falta de coordinación entre los miembros de las comisiones historiográficas.
- Necesidad de la historia local.
- Existencia de versiones contradictorias sobre los hechos, que no son contrapuestas y examinadas críticamente.
- Carencia de monografías o estudios sobre temas especializados.

tentos de que uno de ellos dominara estaban condenados al fracaso. El enemigo mongol vio en la desunión de China ocasión propicia para invadirla, y otra vez el desgraciado imperio fue invadido por los hunos, quienes llegaron hasta el Yang-tse, con lo que cayó en sus manos la región agrícola más rica de China. También los habitantes del Turquestán y los odiados Chung-nu invadieron el país y lo saquearon por completo.

Sin embargo, y a pesar de todas estas desgracias, se repetía una vez más el fenómeno chino: el vencedor se asimilaba al vencido. A fin de cuentas, los mongoles experimentaban gran admiración por la cultura china y el modo chino de vivir ejercía sobre ellos



Dama de la dinastía T'ang montada a caballo (Museo Real de Arte e Historia, Bruselas). Esta dinastía es célebre por sus caballos de cerámica, que se incluyeron con profusión en las tumbas.

gran atracción. Incitados por el éxito que el budismo tenía en China –el taoísmo y el confucianismo perdían terreno–, monjes extranjeros empezaron a acudir a China y se establecieron allí para traducir los libros budistas al chino. Por otra parte, muchos chinos devotos fueron a la India, el país de Buda, para visitar los lugares santos. También ellos volvían con libros budistas. La consecuencia de todo ello fue que se formaran muchas sectas budistas nuevas.

Los Tres Reinos no alcanzaron su fin simultáneamente. Wu duró del año 222 al 280; Chu resistió hasta el 263, y Wei hasta el 265. Los Tres Reinos desaparecieron lentamente en una época de confusión en la que de hecho nadie sabía quién gobernaba.

En el Norte, los mongoles habían establecido su propio imperio, y los chinos intentaban arrojarlos desde el Sur. Este período se conoce como el de las "dinastías del Norte y del Sur".

Sin embargo, poco a poco las cosas fueron complicándose. En el Este, la importante dinastía Chin iniciaba su ascensión. Esta dinastía gobernó con el nombre de Tsin del

EL MARAVILLOSO HILO DE UN GUSANO

Los chinos realizaron numerosos descubrimientos e inventos. Dispusieron de la pólvora antes que en Europa. Tuvieron papel y papel moneda mucho antes también. ¿Sería por mera casualidad que uno de los descubrimientos más curiosos lo hiciera una mujer, la esposa del legendario Emperador Amarillo? Porque, ¿quién sino una mujer podría haber "inventado" la seda?

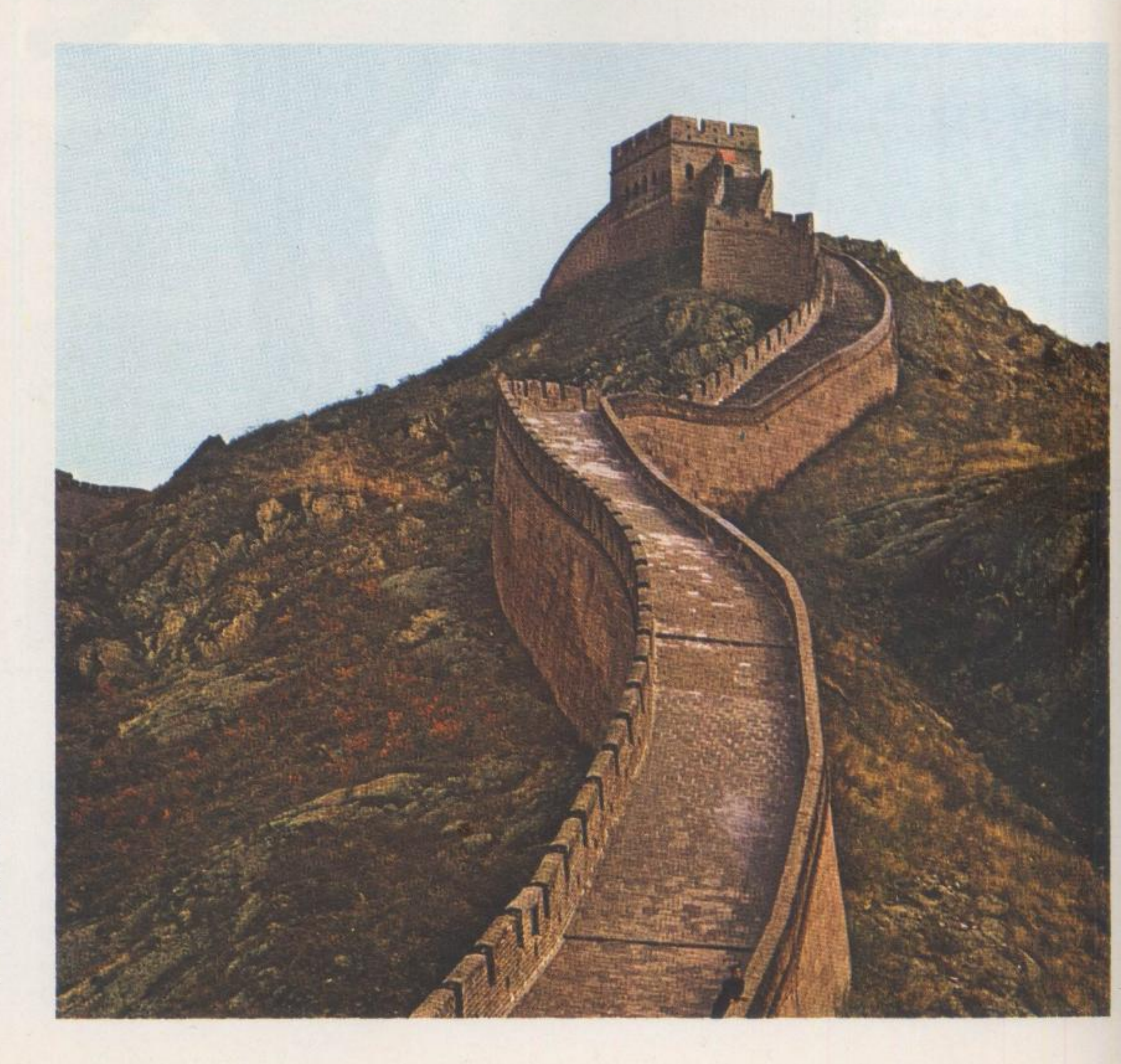
En Pekín había antes un templo en que la emperatriz hacía cada año una ofrenda de las hojas de morera con que se alimentan los gusanos de seda. En cierto sentido, la vida en China estaba pendiente de un hilo. Y fue el hilo de seda el que la puso en contacto con el mundo exterior. A través de Asia se trazó la ruta de la seda, también seguida por Marco Polo, y por ella circulaban interminables caravanas con tejidos finos y brillantes a la India, a Roma, a Grecia, a Rusia y a Venecia. Sir Aurel Stein, que realizó excavaciones en el Turquestán chino, halló restos de tejidos de seda en tumbas estudiadas por él. Podían competir en finura y técnica con lo mejor que se hace actualmente. Más tarde se hallaron tejidos de seda cerca del lago Baikal, en Siberia; cerca de Palmira, en Siria, y en Crimea.

Desde tiempos antiquísimos se realizaban en China excelentes tejidos. Se conocían ya el damasco, las gasas, el tafetán, el satén, los crespones y el muaré. Las telas se adornaban con bordados de oro y plata de tan excelente calidad, que nunca se oscurecían. Se tejía en telares sumamente complicados, pero que incluso ahora sirven de base para sistemas más modernos, los llamados telares fijos, manejados por dos hombres.

Es curioso que, como sucede con muchas industrias en China, todavía existen hoy día centros de seda, como por ejemplo la antigua ciudad imperial de Hangchou, donde la vieja tradición aún está viva y se experimenta con nuevas materias primas, teniendo siempre en cuenta que el maravilloso hilo llamado seda no se puede sustituir por hilos sintéticos. Porque, al fin y al cabo, ningún hilo de nilón durará dos mil años, como los tejidos de Palmira.

La leyenda atribuiría el descubrimiento de la seda a la esposa del Emperador Amarillo, pero el pueblo tenía otra interpretación y creía en una historia mucho más fantástica. Érase una vez, mucho antes de que nadie pensase en el Emperador Amarillo, una hermosa muchacha que se enamoró de un caballo. El padre de la chica se opuso a aquellos amores y mató a su hija. Una vez muerta, la envolvió en la piel de un caballo y la colgó de un árbol. Días después, unos paseantes vieron que aquel extraño conjunto se estaba convirtiendo en un gusano que empezaba a hilar un capullo. Asombradísimos, bajaron el capullo del árbol y con gran sorpresa el capullo se abrió y salió la muchacha sana y salva. Hizo un hilo de seda y lo llevó al mercado, donde lo vendió por mucho dinero. Después subió a la piel de caballo, que se convirtió en uno de estos hermosos animales, y dijo a la desconcertada multitud que en lo sucesivo se dedicaría a divulgar la sericicultura por su país. Después se marchó y nadie volvió a verla jamás.

J. T. S.



Sector de la Gran Muralla de China. La dinastía Sui (581-618) se esforzó en restaurar el esplendor pasado, para lo cual construyó el Gran Canal y restauró la Gran Muralla, sentando las bases para el resurgir posterior de la dinastía T'ang.



Corona china del siglo VII (Museo Guimet, París).

Este de 317 a 420. Le sucedió la de Liu-sung (que no debe confundirse con la "verdadera" Sung), y en el Norte había un fuerte imperio de los tártaros, que se llamó también Wei del Norte. Además se contaban las dinastías Chien del Norte y Chien del Sur. A esta época se la llama de las "Seis Dinastías".

A pesar de todo este embrollo, en China conseguían gran desarrollo la astronomía, las matemáticas, la medicina, la química y la biología. Por los monjes que regresaban del extranjero se volvía a establecer contacto con el mundo exterior. El comercio comenzó a florecer como nunca; se descubrieron nue-

Reverso de un espejo de bronce T'ang (Museo Real de Arte e Historia, Bruselas).



Dama de la corte de principios de la dinastía T'ang (Museo Cernuschi, París).

vas rutas marítimas y la navegación alcanzó metas jamás soñadas. De las bellas artes, la escultura alcanzó sobre todo su pleno apogeo bajo la influencia budista.

Después de este desorden se estableció una nueva dinastía, la Sui (581-618), cuando un general llamado Yang-ti se hizo proclamar emperador. Durante el corto período de su reinado, consiguió mucho. Hizo construir el conocido Gran Canal, restauró la Gran Muralla, que había quedado en parte derruida, levantó en la nueva capital Chang-an una serie de magníficos palacios y numerosos templos budistas e inauguró algunos parques espléndidos.

Se revisó completamente la administración del país y las leyes penales se adaptaron a los tiempos modernos. La dinastía Sui sentó las bases para la siguiente, la T'ang, que tuvo una orientación cultural muy acentuada y en la que sobre todo las letras chinas llegaron a su mayor florecimiento.

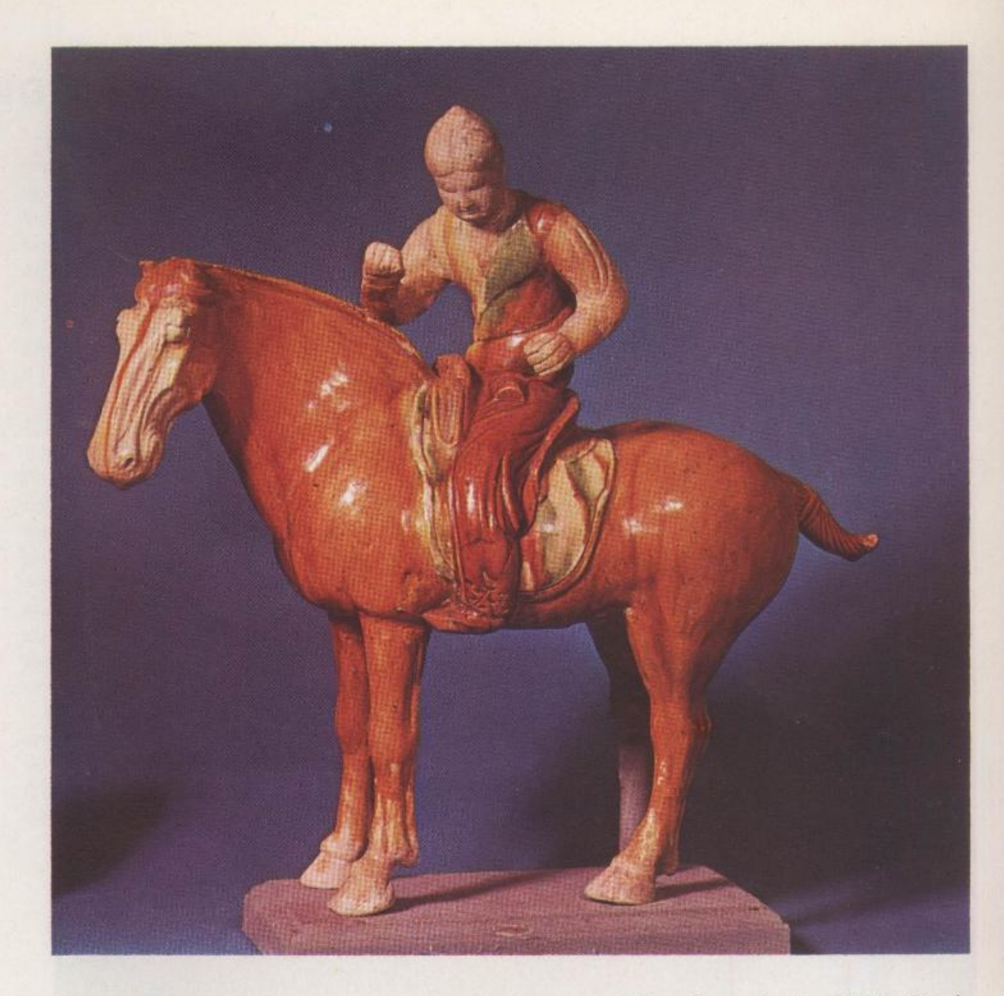
Es curioso que la dinastía T'ang sea co-

nocida principalmente por sus caballos de cerámica, adornos sepulcrales que fueron incluidos en las tumbas en gran número. Durante el reinado del primer emperador T'ang, que se llamaba Tai-tsung, la China se convirtió en uno de los países más extensos del mundo por haber ocupado territorios en Corea, Pamir, Turquestán y Tíbet. Desde la capital Chang-an empezó la modernización del país con el perfeccionamiento de la burocracia, la revisión de los exámenes de mandarines y la fundación de la Academia Han-li, donde desde entonces se escribiría la historia del país. Un gran emperador siguió a otro y la nación floreció como nunca. La vida religiosa y el arte alcanzaron elevado nivel y gran número de artistas que habían empezado como menesterosos desconocidos, lograron adquirir celebridad y riquezas gracias a los emperadores T'ang. Nada menos que mil poetas de gran importancia, entre los cuales se cuentan los mundialmente famosos Li-taipo y Tu-fu, son de esta época. ¿Cuántos habrán sido los poetas mediocres?

El invento más importante realizado durante la dinastía T'ang fue sin duda la imprenta con letras de madera, que hicieron posible la reproducción de textos en gran escala. Una novedad introducida gracias a este invento fue la del papel moneda, que remplazó las antiguas monedas, poco prácticas por su excesivo peso.

Uno de los emperadores más famosos fue Ming Huang (712-756). Durante su gobierno vivieron en China los poetas más famosos y gran número de pintores y dibujantes de gran talento. Un equipo de ministros muy competentes aconsejaba al emperador en los proyectos de nuevas normas administrativas, un mejor sistema de impuestos y otras innovaciones. Dichos ministros eran casi todos de familias antiguas y aristocráticas y por ello chocaban con una clase nueva, los señores feudales, muy reaccionarios y que no deseaban innovaciones, en especial cuando éstas repercutían en sus bolsillos.

Hacia el final de su gobierno, el emperador tuvo que ceder a su presión, cada vez más grande. Pudo conservar el título, pero a cambio de convertirse en un seudoempe-



Jugadora de "ta-k'iu". Cerámica china del siglo VII (Museo Cernuschi, París).



Figurilla de porcelana china que es muy posible represente a uno de los señores feudales T'ang que se oponían a las innovaciones del emperador Ming Huang.



Pintura china sobre seda que representa a Kshitigorbha, juez de los infiernos (Museo Guimet, París).

rador y retirarse con su favorita a llevar una vida de placeres.

Mientras tanto, al haberse extendido las fronteras de China aparecieron numerosas dificultades. Mantener un ejército de ocupación tan enorme únicamente resultaba posible valiéndose no sólo de los chinos, sino también de soldados extranjeros. Esto produjo revoluciones y peligrosas guerras fronterizas.

Con la creciente debilidad de los emperadores reinantes, llegó el final de la dinastía T'ang. Se reprodujeron las usuales situaciones caóticas, ya que el inmenso imperio se había hecho totalmente ingobernable. Coincidieron con este período una serie muy grave de sublevaciones campesinas. En el campo, cuadrillas de bandoleros, bajo el mando de los mal llamados *war lords,* ejercían el poder. Aterrorizaban a la gente, saqueaban los pueblos y ciudades y no retrocedían ante una matanza de más o menos. El último emperador de la dinastía T'ang era un niño, y como de costumbre ello fue el final de su imperio. Otra vez la China se dividió en varios estados. Tal división duraría hasta el año 960, en que se logró unificar el país y establecer otra vez un imperio.

El primer emperador que consiguió reunir el poder en sus manos se llamaba Chou-kuang-yin y fue el fundador de la dinastía Sung. Como estableció su capital en Kaifeng, situada en el Norte, este período se llama Sung del Norte (960-1127). Después se eligió otra capital, Hangchou –todavía una de las ciudades más bonitas de China–, y el período se conoce como Sung del Sur (1127-1279). El emperador Chou-kuang-yin extendió cuanto pudo su poder y restableció el gobierno central. Todos los emperadores Sung fueron confucianos y reinaron con sorprendente justicia y honradez. Gracias al restablecimiento del comercio, renació la prosperidad. A lo largo de los grandes ríos y los numerosos canales, y también en la costa sudeste, se establecieron nuevos centros de comercio. Las ciudades alcanzaron proporciones desconocidas. Hangchou, por ejemplo, tenía un millón de habitantes.

Empezaron a funcionar nuevas y útiles instituciones: bomberos, policía municipal, orfelinatos, hospitales, baños públicos, servicios sociales e incluso una estación de experimentación agrícola. Allí se controlaban y experimentaban los productos agrícolas importados del extranjero. Una orientación

WANG MANG, EL REFORMADOR DEL AGRO

En el año 8 reinaban tiempos agitados en China y una secta secreta, la "Asociación de los Cejas Rojas", consiguió hacerse con el poder. Al frente de los rebeldes que se habían sublevado contra una mala administración bajo el reinado de un príncipe heredero que todavía era un niño estaba un tal Wang Mang, que ha pasado a la historia como uno de los mayores reformadores agrícolas. Para comprender lo que pretendía, en primer lugar hay que explicar algo sobre la propiedad de la tierra, un factor muy importante en un país agrario como China. En la China antigua la tierra era propiedad del estado. Los campesinos podían arrendar un terreno a cambio de una parte de la cosecha. Al efecto, se nombraban funcionarios que se suponía que obrarían honestamente.

Durante la dinastía Chan (1525-1028 a. de J. C.) se realizó la primera reforma, porque el sistema antiguo resultaba inútil e insostenible. Desde entonces, la tierra fue dividida en *chings* y cada *ching* tenía una superficie de casi 70.000 áreas. Esta medida varió durante los siglos en que tal sistema estuvo en uso.

En aquella época feudal, la nobleza fue propietaria de la tierra. Cada *ching* correspondía a ocho familias campesinas, que trabajaban la tierra para su señor. Cada familia recibía una novena parte de un *ching* para sus propias necesidades. Laboraban la parte restante colectivamente y la producción era para el señor. De hecho, venía a ser una contribución de un 11 por ciento.

El primer emperador de la dinastía Chin (221-206 a. de J. C.), el famoso Chi Wang-ti, que hizo construir la Gran Muralla, puso fin, junto con otras instituciones anticuadas, al sistema del *ching*. A partir de entonces, la tierra fue propiedad privada y podía venderse, cosa imposible con el *ching*. La funesta consecuencia de ello fue que los pobrísimos campesinos vendieron su pedazo de tierra a los ricos terratenientes, quienes les hacían trabajar para ellos en condiciones onerosas.

Wang Mang acabó con esto. Expropió las tierras e introdujo nuevamente el sistema *ching*. Quedó terminantemente prohibido para lo sucesivo comprar o vender tierra y también se limitó la propiedad de la misma, de manera que fue imposible el latifundio.

Pero su reforma chocó con una resistencia demasiado grande y se pusieron en movimiento fuerzas mucho mayores de lo que Wang Mang hubiera podido imaginarse nunca. Y aunque se titulara primer emperador de una flamante dinastía Chin, no consiguió vencer aquella resistencia. Su "gobierno" no duró más que catorce años. En el año 23, los príncipes de la dinastía Han lo eliminaron. Otra vez se estableció la dinastía Han como casa imperial de China.

Acto seguido se abolió el sistema *ching*. Se produjo un gran comercio de tierras y las familias poderosas se enriquecieron más que nunca y formáronse propiedades gigantescas. Pero el sistema *ching* se mostró más tenaz de lo que hubiera podido suponerse. Un nuevo reformador, esta vez el emperador Kau-tsu, de la dinastía T'ang (618-907), lo implantó nuevamente. En 645, el Japón también adoptó el sistema *ching*. En aquel país se mantuvo en vigor hasta 1868.

J. T. S.

nueva y democrática daba oportunidad a los menos favorecidos por la suerte para que se presentaran a los exámenes de mandarines. La elevación del nivel cultural de la mujer en aquella época produjo una serie de famosas poetisas y pintoras, e incluso hasta una arqueóloga.

Los cuatro primeros emperadores fueron sucedidos en el trono por personajes ineptos. Como las condiciones de vida habían mejorado considerablemente, la población campesina aumentó mucho, pero, en cambio, la superficie agrícola cultivable era la misma, y muchos agricultores se veían obligados a vender su tierra para poder comer. Los impuestos se habían elevado hasta extremos injustos, y todo ello daba lugar a sublevaciones. Bajo Su-pung-to, político eminente a quien se apodaba "el Genio Alegre", se intentó introducir una nueva forma de gobernar y nuevas leyes, pero resultó un fracaso. Al final de una vida muy trabajosa, Su-pung-to compuso el siguiente y significativo poema:

Cuando en una familia nace un niño,
se desea sobre todo que sea inteligente.
Yo mismo con mi inteligencia
he destrozado toda mi vida.
Por eso deseo que este niño
sea lo más tonto e ignorante posible.
¡Así podrá coronar su vida tranquilamente
en el puesto de primer ministro!



Guardián de tumba. Terracota T'ang (Museo Cernuschi, París).

Los emperadores de la dinastía Sung del Sur hermosearon su capital, Hangchou, con la construcción de parques y hermosos jardines, en algunos de los cuales se abrieron casas de té.



A pesar de la relativa tranquilidad que reinaba en China, la situación militar del país era deficiente. El poder de los generales que defendían las fronteras debía limitarse para evitar que su poder aumentara demasiado y se sublevaran contra el gobierno central. Hacia mediados del siglo XI, el emperador que gobernaba entonces tuvo que retroceder hacia el Sur y el enemigo incluso consiguió atravesar el Yang-tse, lo que constituyó algo jamás visto. Un nuevo emperador, Kau-tsung, logró rechazar al enemigo y concluir con él una paz relativamente aceptable.

Mientras tanto, China había obtenido una serie de armas nuevas: bombas, grandes explosivos y cañones. Esto garantizó durante algún tiempo la supremacía de los chinos, pero cuando los enemigos del Norte también dispusieron de aquellas armas, el panorama cambió. Nuevamente atacaron y los ejércitos del emperador Sung se vieron obligados a retirarse mucho más al Sur, hasta que sólo les quedó la zona de Cantón.

En el mar, la armada china estaba dispuesta a defenderse, pero también sufrió una derrota aplastante. El final de la dinastía Sung fue dramático. El almirante de la escuadra se hundió en el mar sosteniendo entre sus brazos al último emperador Sung, una criatura de escasamente un año.

Mientras la dinastía Sung reinaba todavía en toda su plenitud, aunque fuera con emperadores poco enérgicos, empezaba a agitarse por las fronteras del Norte la aún ignorada dinastía del futuro. En 1206, es decir, mucho antes del final de la dinastía Sung, un guerrero mongol se hizo proclamar monarca de un inmenso imperio de las estepas.

CHINA DURANTE LOS SUNG (960-1279)

China al advenimiento de los Sung (960)
Máxima extensión del imperio Sung (mediados del s. XI)
Campañas de los yurchets
El imperio Kin (antiguos yurchets) a mediados del s. XII
El imperio de los Sung del Sur a mediados del s. XII
Límite de la expansión mongol en 1240
Máxima expansión mongol (finales del s. XIII)

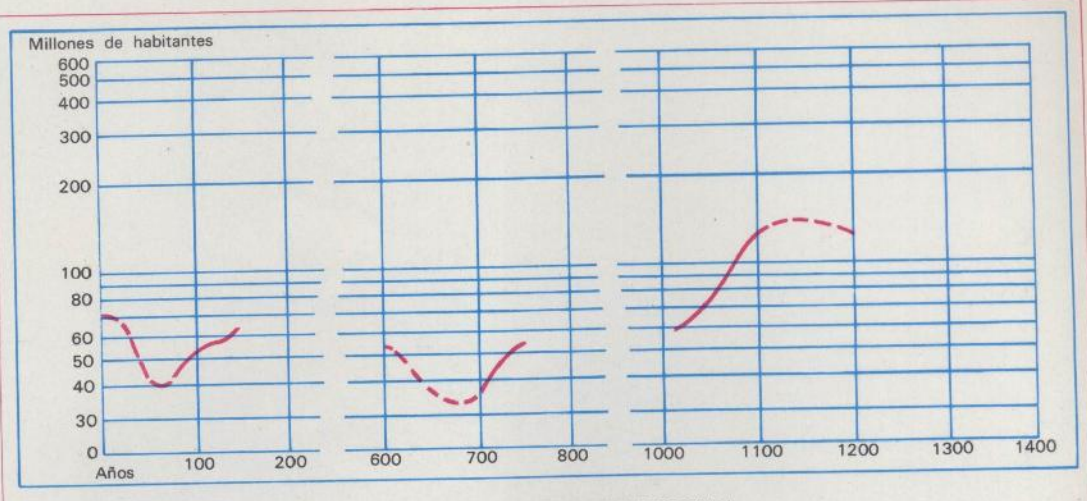


Talla china en madera del período Sung (Museo Real de Arte e Historia, Bruselas). La sensación de reposo y majestad conseguidos por el imaginero chino son realmente impresionantes en esta creación.

Aquel hombre era Gengis-Khan. Su nombre quiere decir "guerrero perfecto", y a los ojos de su pueblo lo era en verdad.

En 1213, Gengis-Khan consiguió entrar en la China tras conquistar un paso de montaña, y acto seguido empezó la conquista del Imperio central. Las ciudades fueron cayendo en manos de él y sus hijos una tras otra, pero entonces se originaron sublevaciones en los territorios mongoles. Gengis-Khan se vio obligado a regresar para dominarlas, ya que no podía prescindir de un frente interior seguro. El ataque a los rebeldes condujo finalmente a la conquista de toda el Asia Central y más allá aún, pues las hordas mongolas no se detuvieron hasta Bulgaria. Otra consecuencia fue que el Asia Central quedara casi despoblada a causa de las matanzas.

En 1223, la frontera del imperio mongol lindaba con China y Gengis-Khan se dispuso a invadir la China desde el Oeste. Pero entonces sucedió algo muy raro. Cinco planetas estaban en una determinada conjunción, lo que pronosticaba, según los astrólogos, cosas terribles. Gengis-Khan, que, como la mayoría de los mongoles, era muy supersti-



LA POBLACION DE LA CHINA MEDIEVAL

A diferencia de la India y el Japón, se han conservado suficientes materiales estadísticos para reconstruir las grandes líneas de la evolución demográfica de la China medieval. Desconocemos, sin embargo, las variaciones a corto plazo, que parecen haber sido muy acusadas. La historia de China está jalonada de catástrofes demográficas como la que a finales del siglo II redujo una población de casi sesenta millones a poco más de dieciséis. Para restablecer el equilibrio, los distintos gobiernos chinos impulsaron la colonización de nuevas tierras y la intensificación de los cultivos, recurriendo a métodos expeditivos como la militarización de la población, la deportación en masa o los trabajos forzados. A partir del siglo X, un crecimiento demográfico sostenido, que debe relacionarse con la extensión del cultivo del arroz, permite a la población china sobrepasar por primera vez el nivel de los cien millones.

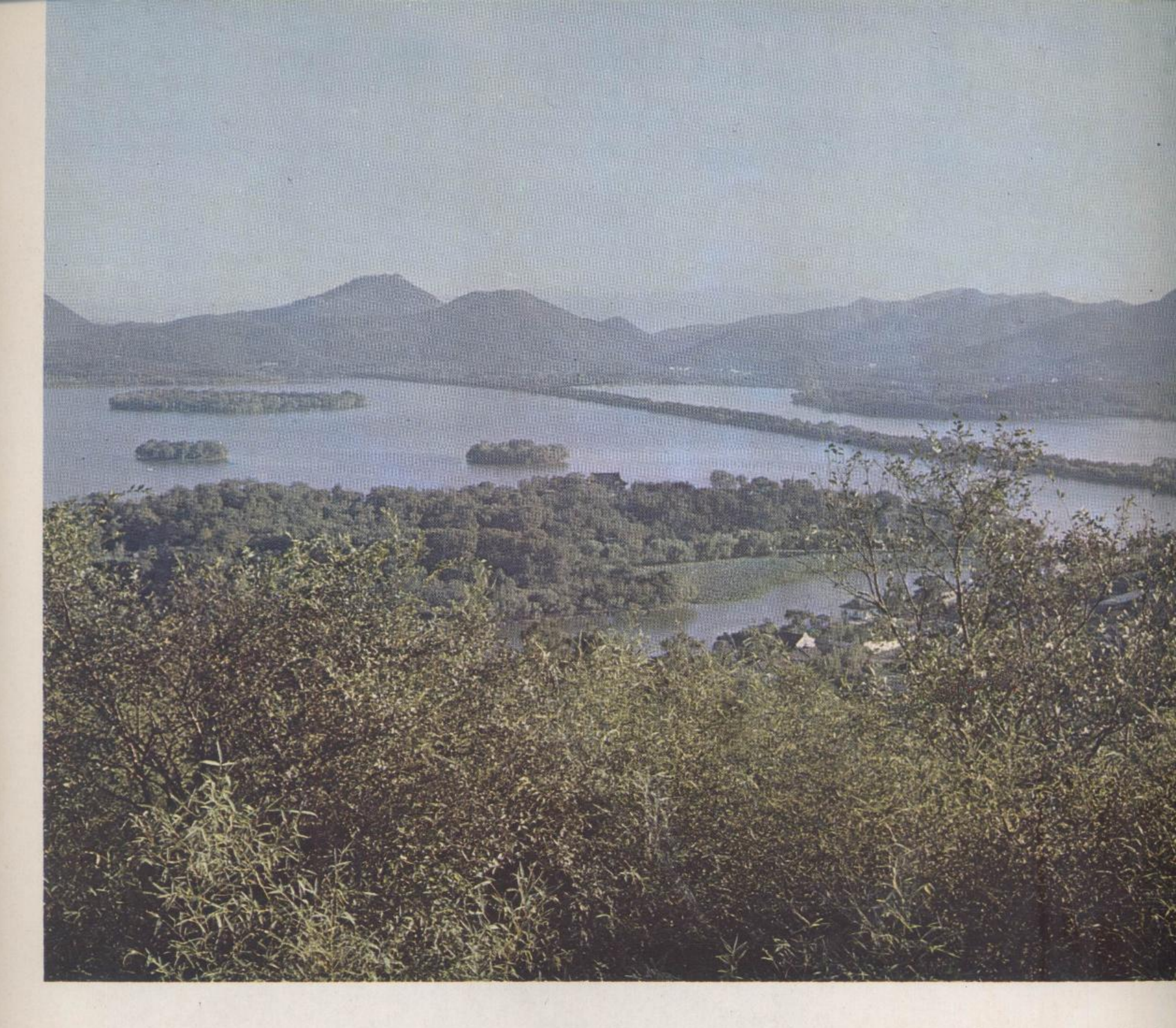
El general Yue-fei, de la dinastía Sung, en el templo que se le dedicó en Hangchou. Puede apreciarse la placa de marfil que coloca ante su boca para que su aliento no manche al emperador.



cioso, quiso volver inmediatamente a Mongolia para morir en su patria. Una enfermedad incurable le sobrevino durante su viaje de regreso y murió en 1227 en su palacio móvil. Su hijo Agdai Otogai le sucedió en la gobernación de un imperio que se extendía desde el sur de China hasta el Dniéper.

Agdai era el tercer hijo de Gengis-Khan y sólo gobernó dos años. Con él –no con Gengis-Khan– empezó a reinar en China la dinastía Yuan. El nombre Yuan no es mongol, sino que procedía de la China antigua, lo cual constituía una manipulación muy astuta para adular a los chinos. El más conocido de los emperadores Yuan fue Kublai-Khan, el hijo mayor del hijo predilecto de Gengis-Khan. Kublai tenía 43 años cuando fue proclamado emperador en 1259. Como todos los mongoles, ya se había destacado mucho de niño, pues cuando contaba diez años ya acompañaba a su abuelo a los campos de batalla, junto con su hermano pequeño Hulagú, quien más adelante fundaría una corte mongola en Persia.

Kublai tuvo bastantes dificultades para la conquista de China, donde, al fin y al cabo, todavía gobernaba un emperador Sung desde la ciudad de Hangchou. A los 19 años, Kublai había sido nombrado jefe supremo del norte de China y desde allí empezó, en 1235, la lucha por la conquista del Sur. Cuando Kublai fue proclamado emperador hubo dos personas que no estuvieron de acuerdo: un tío y un primo suyos, quienes desencadenaron la guerra contra él. Aquella



El "Lago del Oeste", creación artificial de los emperadores Sung por la construcción de un dique en un río cercano a su capital, Hangchou. En las islas del lago se edificaron pabellones y casas de té.

guerra dificultaba la rápida conquista de la China del Sur, porque la lucha del ejército mongol contra los chinos o contra sus propios compatriotas era muy diferente.

En 1246, Kublai había fundado una nueva capital para el Norte que se llamaba Peiping, la actual Pekín. Ya existía una ciudad antigua, pero Kublai hizo construir otra en la parte norte, hoy en día todavía conocida como "Ciudad de los tártaros". El nuevo nombre era oficialmente Tai-tu, pero los mongoles la llamaron Khanbalikh, la ciudad del Khan. Se terminó en 1267 y desde allí –porque su posición estratégica era muy ventajosa– se continuó la encarnizada lucha contra la dinastía Sung. Finalmente, tras una terrible guerra que había durado cincuenta años, la ciudad imperial de Hangchou se rindió. Nunca en la historia un emperador había gobernado un territorio tan vasto como Kublai-Khan. Además, otra cosa curiosa había ocurrido: el mundo sabía quién era el emperador de la China. Sus antecesores, y muy particularmente su abuelo, lo habían enseñado a los pueblos de Europa.

Kublai reunió a su alrededor un gobierno con numerosos extranjeros como consejeros. Había persas, armenios y hasta venecianos, pues fue la época en que Marco Polo y los suyos estuvieron en China.

El sello imperial de Kublai se unía a los pergaminos que se mandaban desde Persia al rey de Francia. Kublai fue el primero de su raza que pensó en la cultura y la ciencia. Era sumamente inteligente y dirigía su mirada hacia el futuro. Por su naturaleza era magnánimo y amable, sin dejar de ser todo un guerrero mongol. Su sed de sabiduría y cultura le hacía muy popular entre los chinos, a pesar de que, por razones de seguridad,



nunca escogía sus colaboradores más próximos entre los miembros de las antiguas familias chinas.

Kublai era un mecenas para los artistas, estudiaba los clásicos chinos, se esforzaba en dar cultura a su pueblo e, incluso, por mediación de Marco Polo, quiso llamar a sacerdotes europeos. Pero éstos no acudieron y entonces Kublai invitó a sacerdotes budistas del Tíbet. Un lama joven fue encargado de crear un alfabeto para la lengua mongola, pero desgraciadamente no lo consiguió.

Bajo el gobierno de Kublai se introdujo en China el complicado sistema postal, y por todo el país se construyeron templos magní-

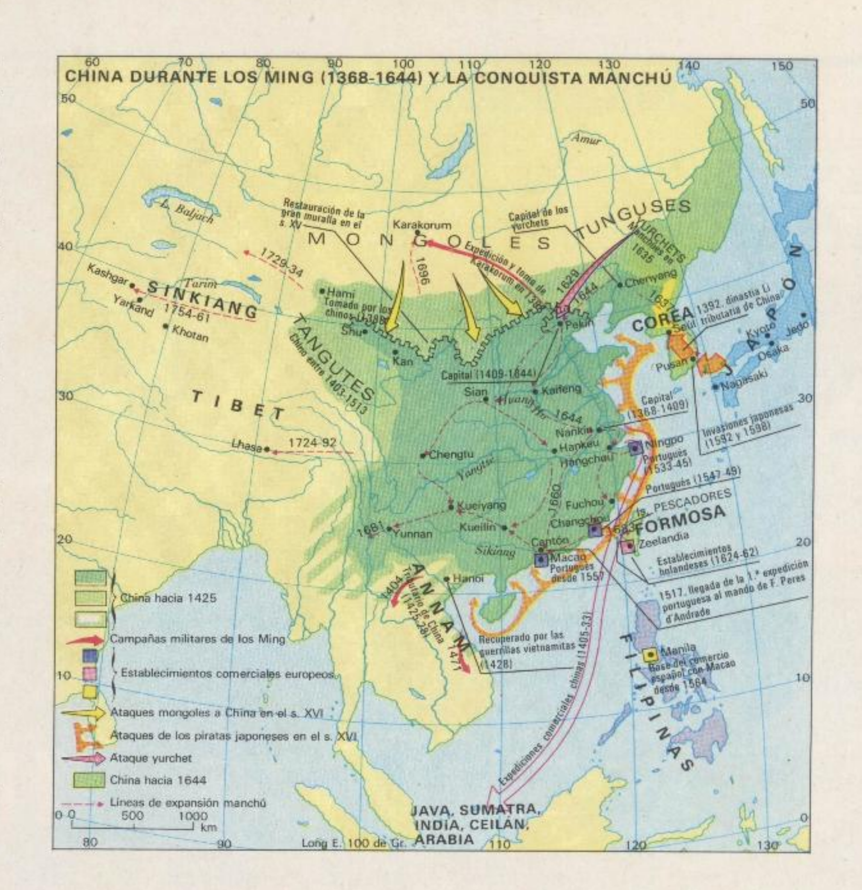
Dragón marino realizado en cerámica en la época Sung, en un templo de las proximidades de Fatshan, ciudad cercana a Cantón.

Guerreros mongoles según una miniatura persa del siglo XV (Bodleian Library, Oxford). Los soldados de Gengis-Khan iniciaron la conquista del Imperio chino.

ficos. También el papel moneda experimentó un cambio: desde entonces tuvo que ser igual para toda China.

Como buen mongol, Kublai no estuvo nunca contento con la extensión de su territorio. Sometió a Corea, aplastó en Birmania la capital Pagan, pero nunca logró dominar al Japón.

Kublai murió en 1294, cuando tenía setenta y ocho años. Dejó doce hijos, pero le sucedió su nieto llamado Timur. Pero después de Kublai ya no hubo ningún emperador Yuan bueno. Era como si la sangre mongola se hubiera aguado con el lujo de la vida de la corte china. El noveno emperador después de Kublai, y último de la dinastía, fue destronado por escándalos inadmisibles. Había llegado el turno de que los chinos gobernaran. Y en 1368 empezó a reinar la famosa dinastía Ming.

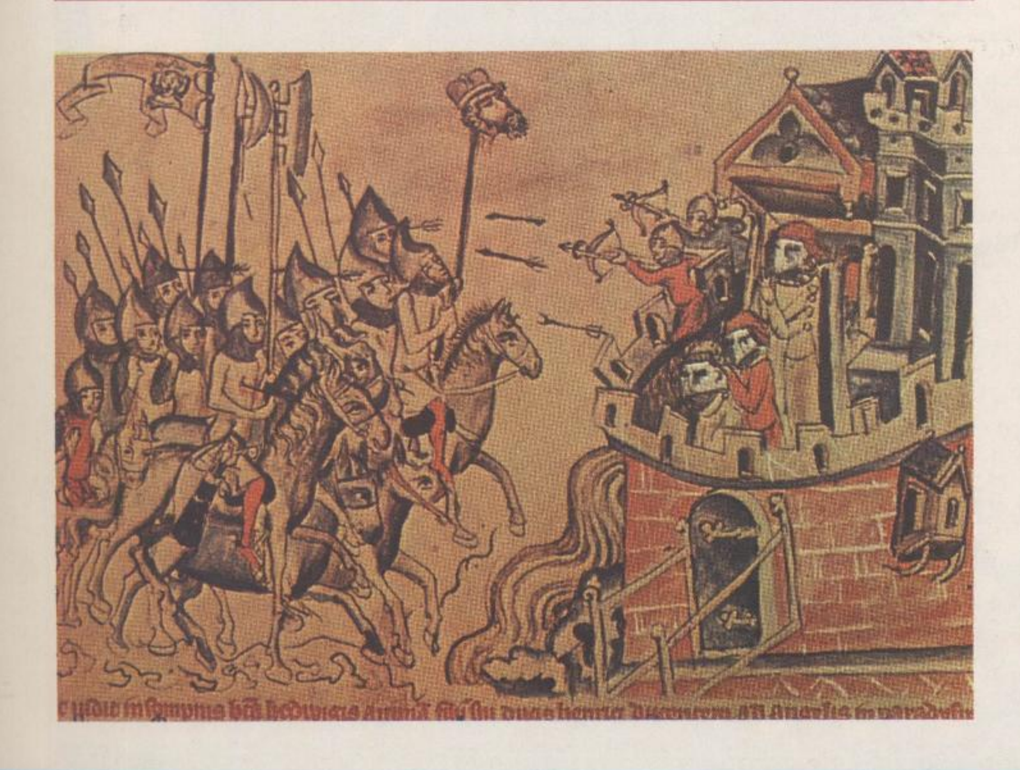


Los hermanos Polo ante Kublai-Khan, el más importante emperador de la dinastía Yuan que gobernó a China (miniatura del "Libro de las Maravillas", de Marco Polo; Biblioteca Nacional, París).

160

BIBLIOGRAFIA

Balazs, E.	*La burocratie celeste,* París, 1968.
Bertuccioli, G.	*La letteratura cinese,* Florencia-Milán, 1968.
Brion, M.	*Tamerlan,* París, 1963.
Carrington, G.	*A short history of the chinese people,* Londres, 1969.
Commeaux, Ch.	*La vie quotidienne en Chine sous les Mandchous,* París, 1970.
Demiéville, P.	*Anthologie de la poésie chinoise classique,* París, 1962.
Eberhard, W.	*Conquerors and rulers: Social forces in medieval China,* Leiden, 1965. *Geschichte Chinas von den Anfängen bis zur Gegenwart,* Stuttgart, 1971.
Gernet, J.	*La vie quotidienne en Chine à la veille de l'invasion mongole,* París, 1969.
Grousset, R.	*Historia de China,* Barcelona, 1944. *Historia del arte y de la civilización china,* Barcelona, 1961.
Hambis, L.	*Marco Polo. La description du monde,* París, 1955.
Kwang-Chih-Chang	*The archaelogy of ancient China,* Yale, 1968.
Latourette, K. S.	*The Chinese. Their history and culture,* Nueva York, 1964 (4.ª ed.).
Loewe, M.	*Imperial China. The historical background to the modern age,* Londres, 1966.
Maspero, H.	*Le taoïsme et les religions chinoises,* París, 1971.
Needham, J.	*Science and civilization in China* (vol. IV), Cambridge, 1971.
Percheron, M.	*Gengis-Khan,* París, 1962.
Twitchett, D. C.	*Financial administration under the T'ang Dynasty,* Cambridge, 1963.



Los tártaros atacan una ciudad (miniatura del códice Gutman; Biblioteca Nacional, Viena). El movimiento de Gengis-Khan, que atacó las fronteras de China, también lanzó a los nuevos hunos contra Europa.



Templo de Todai-ji, en Nara, construido hacia el año 747 por un soberano del clan Taika, célebre por las reformas que imprimió al país. Uno de los actos más importantes de este clan fue el establecimiento, en Nara, de la primera capital del Japón.

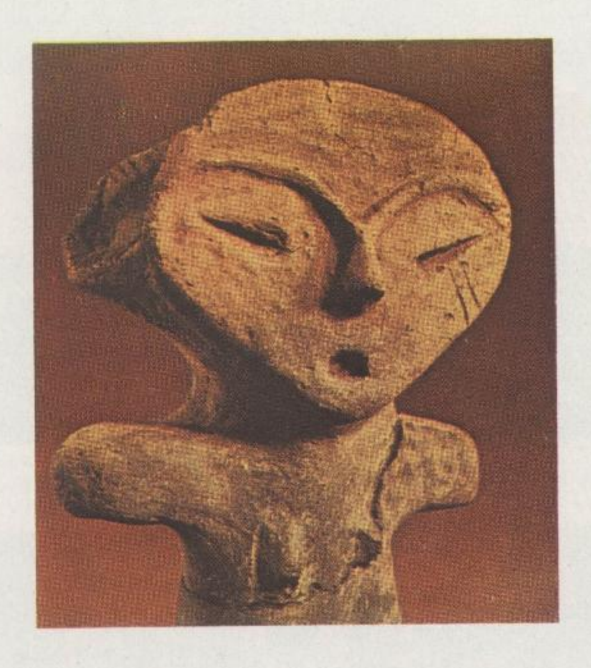
El Japón antiguo y medieval

por JACOBA TADEMA SPORRY

No se sabe de dónde procede el pueblo japonés ni cómo era su sociedad más antigua. En tiempos remotos no existía aún la escritura –que se importó mucho más tarde de China– y, por tanto, no contamos con historiografía. Después de la segunda Guerra Mundial, el Japón ha empezado a dedicarse intensamente a la arqueología, con resultados muy satisfactorios.

Antes de la guerra, y por numerosos tabúes religiosos, era prácticamente imposible realizar algo en este sentido. Las excavaciones han revelado que entre el tercero y segundo milenio antes de Jesucristo las islas del Japón recibieron a sus primeros habitantes. Se han encontrado colinas formadas por las conchas de los moluscos de que se alimentaban, y también viviendas, cerámica y tumbas. De

Figurilla de arcilla procedente de la excavación de un lugar correspondiente a la cultura Jomon (Museo Nacional, Tokyo). Hasta ahora, esta cultura ha sido la más antigua hallada en el Japón.



todo ello se ha podido deducir que en el Japón existieron dos importantes culturas neolíticas.

La primera de ellas es la *cultura Jomon,* que se supone existió entre el 2500 y el 250 antes de J. C. Por todo el Japón han aparecido hallazgos Jomon. Los restos encontrados tienen cierto parecido con los hallados en excavaciones de la Siberia oriental, y se cree, por tanto, que un pueblo de aquella región cruzó el mar y se estableció en el Japón. Durante mucho tiempo fueron considerados los ainu –una tribu del norte del Japón– como descendientes de aquellos pueblos primitivos, pero hoy se ha abandonado tal teoría.

Los hombres de la cultura Jomon cazaban y pescaban, y aunque también recogían productos vegetales, no se dedicaban a la agricultura. Tenían perros, pero carecían de otros animales domésticos. Sus casas eran muy primitivas: cavaban un hoyo en el suelo, clavaban un palo en el centro y sostenían con él el techo. Un agujero en este último servía de chimenea. Sin embargo, produjeron una cerámica de calidad excelente, hecha a mano y adornada con dibujos que recuerdan las obras de esparto.

La segunda cultura, la *Yayoi,* se descubrió –cosa curiosa– al construir la calle Yayoi, en Tokyo. De ahí su nombre. Parece provenir del Sur. A través de las islas Ryukyu y Corea, aquel pueblo se estableció primero en la isla Kyushu. Conocía el cultivo del arroz con métodos parecidos a los del continente asiático.

Se calcula que el período de duración de la cultura Yayoi se extendió del año 250 a. de J.C. hasta el 250 d. de J.C. Hacia el final de este período empezó en el Japón la cultura del bronce, que se difundió rápidamente como demuestran numerosas excavaciones. El aumento de la población durante el período Yayoi debió de ser muy grande gracias a sus excelentes cultivos de arroz por medio de la irrigación. Poseían gran variedad de útiles de piedra pulida, como en la cultura Jomon; contrariamente a éstos, sí conocían el torno de alfarero.

Durante la cultura Yayoi siguieron apareciendo inmigrantes en el Japón. Procedían del norte de Asia a través de Corea, país que, situado tan cerca del Japón, fue durante siglos el puente por el cual diferentes culturas extranjeras entraron en el país. Durante el período Yayoi reinaban en China las dinastías Ch'in y Han, que tenían fronteras muy bien protegidas. Para evitar dichas fronteras, los pueblos nómadas del Norte tenían que cruzar Corea. Desde la propia China, ya antes de nuestra era, la cultura del bronce había llegado por aquella península a las islas japonesas. Esta cultura, mucho más perfeccionada, coexistió con la Yayoi, que no tardó en ser vencida. Posiblemente también se había empezado a trabajar el hierro. En aquella época comenzaron a formarse las diferentes clases sociales. Gran desarrollo militar y técnico se alcanzó por primera vez en la isla de Kyushu.

La influencia de China en el Japón siempre ha sido muy grande. La colonia china que se había establecido alrededor del 108 a. de J.C. en Corea llevó el hierro al Japón en el año 250. Con el hierro, los hombres tuvieron mejores armas y esto hizo que los papeles se cambiaran. Ahora se atacaba a Co-

Diosa de la fecundidad del período Jomon, procedente de Matsumoto, en la isla de Honshu (Museo Etnológico, Barcelona).

Vista parcial del Palacio Imperial de Kyoto, ciudad a la que en la época Heian se trasladó la capital.

rea desde el Japón. Por tanto, poco después ya no se encuentran en las tumbas utensilios de bronce, sino de hierro. En la isla de Kyushu hay de esta época enormes tumbas hechas de tierra y piedras a todo lo largo de la costa, sistema de enterramiento que perduró hasta el siglo VIII.

También en la orilla del mar Interior se han encontrado tumbas parecidas. Sus excavaciones nos demuestran que la cultura ya estaba muy desarrollada y que existía un gobierno central bajo una especie de emperador. La tumba mayor es la del emperador Nintoku. ¡Según sus dimensiones, debieron de trabajar en ella más de cinco mil hombres durante un año!

Esta cultura de los túmulos –llamada así por las grandes tumbas– se caracteriza por sus hermosas armas y bellos adornos. De tal época procede el signo en forma de coma, *magatama,* que después, junto con el espejo y la espada, formarían las tres regalías imperiales. Los conocidos *haniwa,* figuras huecas de barro que representan hombres y caballos, mujeres y casas, pertenecen a este período. Es posible que esas grandes figuras de barro se colocaran sobre las tumbas. La impresión que dan es la de un pueblo guerrero que dispone de caballería. Todos los detalles



Representación en granito de Jizo Sama, dios protector de los niños, procedente de la isla de Sado (Museo Etnológico, Barcelona). Los habitantes del Japón de los siglos V y VI estaban divididos en clanes, cada uno de los cuales tenía su propio dios.

CRONOLOGIA

2500-250 a. de J.C.	Cultura Jomon.
250 a. de J.C.-250	Cultura Yayoi.
250	Importación de la cultura del bronce y primer empleo del hierro coreano.
300	La emperatriz Jingo realiza una incursión en Corea.
313-399	Emperador Nintoku.
456-479	Emperador Yuryaku.
498-506	Emperador Buretsu.
500	El budismo en el Japón.
538	Envío de una imagen de Buda desde Corea.
592	Asesinato del emperador Sujun por Soga Umako.
593-621	Emperador Shotoku Taishi.
593-628	Emperatriz Suiko.
593-645	Familia Soga.
603	Implantación del sistema de gobierno chino.
604	Diecisiete artículos budistas.
645-654	El emperador Kotoku.
645-702	Reformas Taika.
645	Implantación de la monarquía absoluta.
710	Fundación de Nara por la emperatriz Gemmyo.
710-784	Nara, capital.
770	Decreto referente al reinado de las emperatrices.
781-806	Emperador Kammu.
781-1100	Familia Fujiwara.
781-1156	Período Heian.
784	Fundación de la capital Nagaoka.
794	Fundación de la capital Kyoto.
820	Se forma un cuerpo de policía.
1068-1073	Emperador Gosanjo.
1118-1181	Taira Kiyomori.
1156-1159	Guerra Hogen.
1184	Los Taira son derrotados cerca de Ichinotani.
1185	Batallas campales y navales cerca de Yashima y Dannoura.
	Muerte del niño-emperador Abtoku. Comienzo del período Kamakura.
1267	Misión mongólica al Japón.
1274	Primera invasión mongólica en Kyushu.
1281	Segunda invasión mongólica.
1318-1339	Emperador Godaigo.
1334-1335	Reformas.
1335	Godaigo, expulsado a Kyoto.
1335-1338	Shogun Ashikaga Takauji.
1335-1392	Dos emperadores reinan en el Japón.
1392	Unificación del Japón.
1397	Construcción del Pabellón de Oro en Kyoto.
1467	Guerras civiles.
1482	Construcción del Pabellón de Plata en Kyoto.
1485	Sublevaciones campesinas.
1543	Los portugueses naufragan en Kyushu. Se abre la puerta hacia el Oeste.



Zochoten, guarda de Buda, talla japonesa procedente de Toshodai-ji, Nara (Museo Nacional, Tokyo).

de la indumentaria y armamento indican procedencia o influencia de Asia del Norte.

A finales del siglo VI se introduce el budismo en el Japón y con él desaparece la cultura de los túmulos. En cierto sentido sólo ahora aparece la historiografía, con la introducción de la escritura china. Poco a poco se había formado en el Japón cierta unidad, porque los chinos hablan en 279 del "pueblo Wa". Durante la dinastía Han en China, el Japón y la China ya mantenían relaciones y los chinos describen el pueblo de Wa como un "país de reinas", con lo cual querían significar que en aquel entonces debía de existir en el Japón el matriarcado.

La capital del país estaba situada o bien en la isla de Kyushu o bien en el valle de Yamato, donde se han encontrado enormes mausoleos de emperadores al lado de una serie de túmulos.

Es evidente que en el Japón hubo una dinastía que se dedicó a la expansión. En el siglo IV aparecieron soldados japoneses en Corea, prueba del poder que empezaban a tener los soberanos japoneses, para quienes ya no era difícil mandar tropas a Corea y conseguir que operaran allí y que regresaran. Un personaje curioso de aquella época fue la emperatriz Jingo, que vivía alrededor del año 300. Ella misma dirigió, al frente de sus tropas, una invasión en Corea.

De las crónicas chinas se deduce que los "reyes" japoneses –una expresión china– tenían la supremacía militar en Corea. Tam-



Buda (Daibutsu) de época Nara colocado en el vestíbulo del templo de Todai-ji. Otro de los hechos característicos de los Taikas fue el apoyo prestado a la religión budista.

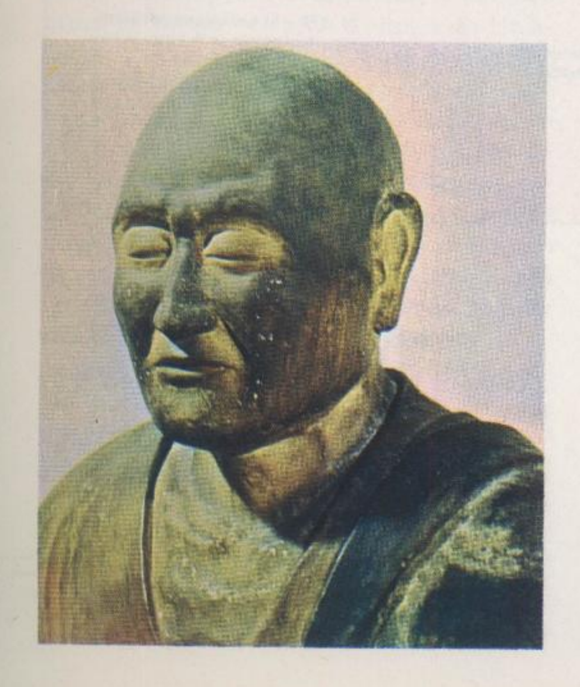
bién las crónicas del estado coreano de Silla prueban que los japoneses en los siglos IV y V llevaban a cabo invasiones regulares.

Lo que se redactó de la historia antigua del Japón se encuentra en el *Kokiji,* un ciclo de mitos. En el Japón existía el sintoísmo, un culto de la naturaleza con veneración de los antepasados. Los shamanes tenían que predisponer favorablemente a los espíritus de la fertilidad. A tal efecto tenían altares muy sencillos, sin imágenes, que son característicos del sintoísmo.

En el *Kokiji,* el Japón se origina por el nacimiento de islas que provenían de dos dioses: Izanagi e Izanami, según se explica en el primer ciclo de mitos. El conjunto del *Kokiji* está compuesto por cinco ciclos. En el último de ellos se contiene el relato del primer emperador del Japón, Jemmu Tenno, quien, según la leyenda, se marchó en 667 a. de J. C. de la isla de Kyushu para establecer su poder en el Japón. Según parece, este hecho tuvo lugar en 660 a. de J. C., pero historiadores más modernos sitúan a este emperador mucho más tarde, es decir, en el siglo III o IV de nuestra era.

Existía una relación muy estrecha entre la dinastía reinante y el sintoísmo. El emperador era el gran sacerdote de la diosa Sol, la primera madre. Al parecer, los emperadores eran autócratas absolutos. Los más importantes de aquella época fueron Nintoku (313-399), que reinó de modo ejemplar; Yuryaku (456-479) y Buretsu (498-506), cuyo reinado fue escandaloso.

El pueblo japonés de entonces estaba dividido en clanes, llamados *uji.* El jefe de todos los clanes era el emperador, quien posiblemente en tal época tuviera más influencia religiosa que política. Cada clan tenía su propio dios –desde luego, de categoría inferior



Ejemplo de la técnica escultórica del período Nara: el monje Ganjing o Chienchen, llegado de China después de un viaje de doce años. Es uno de los personajes más venerados del budismo japonés.

EL ARTE JAPONES BAJO LA INFLUENCIA CHINA (552-794)

ACONTECIMIENTOS POLITICOS	ARQUITECTURA	ESCULTURA	PINTURA
552 Monjes coreanos budistas llegan al Japón: propagarán el budismo y la civilización china.	Construcción de templos budistas: a) 587 El templo de Horyu-ji, de Nara.	Importación de estatuas desde China y Corea necesarias para el culto de Buda. Escultores de ambos países trabajan en el Japón.	Influencia china con acentuaci del decorativismo.
604 Edicto de Shotoku: el budismo, religión oficial del Japón.	b) H. 590 La pagoda de Hokki-ji, cerca de Nara.	a) H. 550 Anónimo; Kannon de Kudara, del templo de Horyu-ji. Quizás importado del reino de Kudara, en Corea, o realizado en el Japón por un artista coreano.	a) H. 600 Pinturas del relicario de Tamamushi, en el templo Horyu-ji.
607 Embajada japonesa en la corte de los Sui, en China: establecimiento de relaciones directas con la cultura china. Los viajeros japoneses llegan a la India.			
618 Dinastía T'ang en China (618-907).		b) 623 Tori, coreano: Buda con dos servidores, del templo de Horyu-ji.	
645 Las grandes reformas: un intento de organizar el país a la manera china.			
646 Período Nará: la época de Hakuho.	Se intensifica la construcción de templos budistas:	Estilo T'ang. Cada etapa de la evolución de la escultura china del período tiene una exacta repercusión en el Japón:	Estilo primitivo T'ang, con influencias de las pinturas india y persa:
650 Inmigración de sabios y artistas coreanos y chinos.	a) 686-697 Pagoda del este del templo de Yakushi-ji, de Nara.	a) 678-685 Cabeza de Buda, del templo Kofuku-ji, de Nara.	
		b) H. 690 El Sho Kannon, del templo de Yakushi-ji, en Nara. c) 697 El Buda y los dos bodisatvas, del templo de Yakushi-ji.	a) H. 690 Grandes frescos del templo Horyu-ji.
712 Período Nara: la época de Tempyo.			
712 Redacción del "Kojiki": historia de los primeros tiempos del Japón, entre la tradición oral y la mitología. Escrita en chino.			
720 Redacción del "Nihongi": historia de los primeros emperadores, siguiendo el método de los anales chinos. También escrita en chino.			
	b) 759 El templo de Toshodai-ji, en Nara.	d) 770 El monje Gaujin, del templo de Toshodai-ji.	b) 772 El kakemono de Kichijoten, del templo de Yakushi-ji. Pintura sobre seda o papel. c) 784 Aparición de la pintura yamato-e: pintura profana subordinada a un relato al que sirve de ilustración.
794 Fundación de la nueva capital: Heian.			

a la de la diosa Sol–, particularmente venerado por sus miembros y en quien veían a un antepasado suyo. A medida que los clanes aumentaban en número de componentes, se formaban grupos de individuos que se marchaban para buscar nuevas tierras de cultivo. Sin embargo, continuaban venerando al mismo dios. En la corte imperial, los jefes de los clanes estaban en lucha continua a causa de la gran rivalidad que existía entre ellos.

Además de los clanes, también se conocían los gremios. Cinco de ellos tenían como misión acompañar al "nieto sublime" (el emperador) cuando "bajaba a la tierra" para reinar. Los gremios estaban ligados a los clanes, y sobre todo el de los armeros era muy importante. En aquella época todavía no exis-

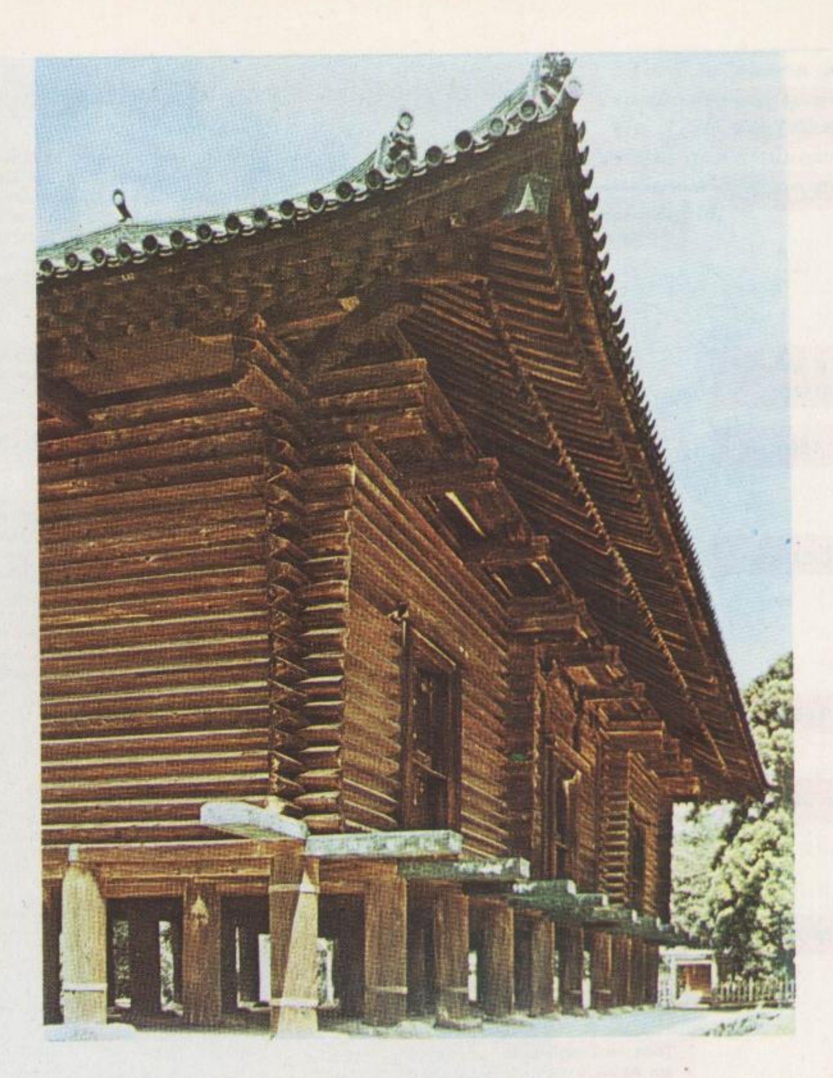
tía jerarquía ni burocracia. Pero, en cambio, había clanes tan ricos o influyentes que podían constituir una amenaza para el poder del emperador.

Al lado de los clanes también se había desarrollado una aristocracia rural que poseía grandes territorios y podía ejercer influencia en ellos. El clan imperial estaba siempre en situación algo precaria. Por fortuna, refugiados de Corea, donde siempre había guerra, se dirigían al clan imperial para pedir protección. Debido a la instrucción superior de los coreanos, los miembros del clan imperial alcanzaban superioridad tecnológica. También numerosos sabios de Corea se trasladaron al Japón y este hecho contribuyó asimismo a que el emperador y los suyos lograran tener gran ascendiente sobre los demás.

Los clanes podían alcanzar gran poder. Uno de ellos era el clan Omoto, que tenía a su cargo la defensa de Corea. Otros eran los Mononobe y los Soga, quienes estaban en lucha constante contra los Imibe y los Nakatomi, encargados de los ritos imperiales. El clan Soga es sobre todo conocido por haber propagado el budismo en el Japón. En 538, el pequeño estado coreano de Paekche envió una estatua de Buda al Japón. El emperador recibió al mismo tiempo una carta en que se le comunicaba que el budismo era la religión del mundo civilizado. Con esto, el budismo llegaba oficialmente al Japón, aunque oficiosamente ya existiera desde mucho antes.

Al principio hubo gran polémica sobre la forma de profesar esta religión, pero al final los Soga se destacaron como los grandes propagadores del verdadero budismo. En 592, Soga Umako hizo asesinar al emperador Sujun, que reinaba entonces. Colocó en el trono a la emperatriz Suiko (593-628), hermana menor del emperador asesinado y también prima de Umako. Gracias a ello, Soga Umako llegó al poder y con él toda su dinastía. Se ofrecían las hijas de los jefes Soga como concubinas a los emperadores y cada puesto que quedaba libre era ocupado en seguida por un Soga. Un primo joven de la emperatriz Suiko, el príncipe Shotoku, fue nombrado príncipe heredero, y reinó más tarde como emperador, Shotoku Taishi (593-621), y creó un imperio completamente nuevo al romper con el antiguo sistema de los clanes.

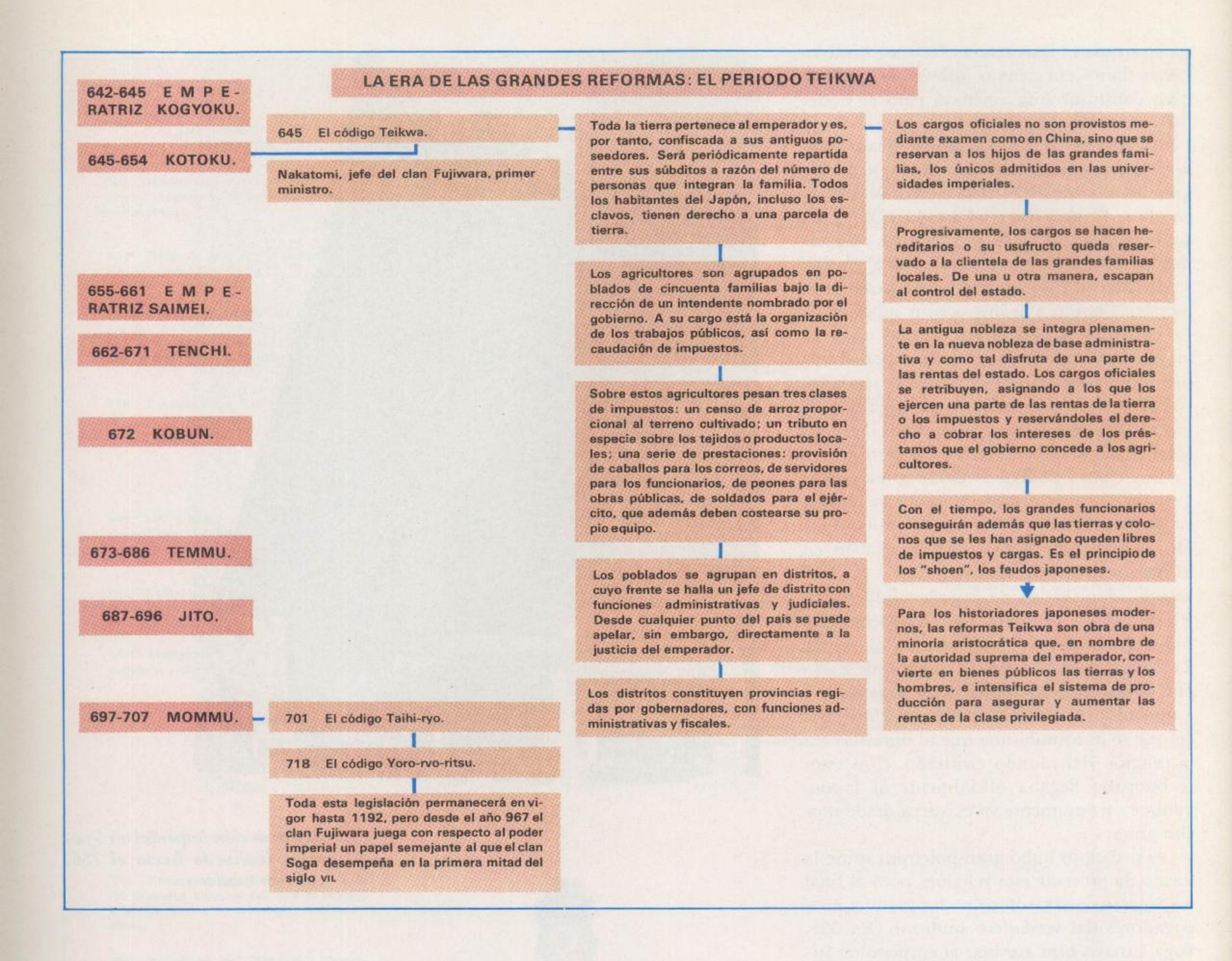
Shotoku prefería el sistema gubernamental de la China. En 589, la dinastía Shui había subido al trono en la China, unificando el país. Shotoku se daba cuenta de la fuerza que tendría un Japón unido y quería seguir aquel ejemplo. Empezó por establecer buenas relaciones con la China e invitó a sabios chinos a que acudieran a su país. Después de haber terminado con los jefes de los clanes,



Construcción imperial en Syosoin, realizada hacia el 756, toda en madera.



Juichi-Men Kannon o bodisatva de los Once Rostros (Museo Nacional, Tokyo).



reinaba por primera vez la unidad en el imperio insular. Como el propio emperador era fanático budista, aquella religión adquirió gran predicamento. Se construyeron numerosos templos y sacerdotes coreanos enseñaban en la corte. Uno de los templos construidos por Shotoku es el de Horyuji, que aún existe en Nara. Al considerar el emperador que el budismo era el camino indicado para introducir las reformas necesarias en el Japón y desarrollar una gran cultura, escribía personalmente comentarios a las "sutras" budistas. Esta época tiene fama por su extraordinario relieve artístico.

En el año 603, Shotoku impuso la jerarquía china como la forma de gobierno ideal. Creó una serie de rangos, cada uno de los cuales recibía el nombre de una virtud. Cada rango tenía dos grados. Quien poseía un rango podía llevar vestidos especiales y tenía su color propio. En 604 hizo publicar el emperador diecisiete artículos en que instaba a los nobles a cumplir con las virtudes budistas.

Después de la muerte de Shotoku, las reformas introducidas aún dejaban mucho que desear. La familia Soga abandonó los principios de Shotoku, ocupó las posesiones de sus rivales y empezó a actuar como emperadora. Sus enemigos se aseguraron la ayuda de hombres que habían estudiado en China para restablecer los principios de Shotoku y repetidas veces intentaron eliminar a la familia Soga.

Las primeras reformas se produjeron en Japón en el año 645. Debido a ello, este período se llama *de las reformas Taika*. En un golpe de estado, el jefe de la familia Soga fue asesinado por un hermano de la emperatriz Karu, que reinaba entonces. El hermano subió al trono con el nombre de Kotoku (645-654). Un sacerdote que había estudiado en China y que se llamaba Bin le enseñó la forma de gobernar de los chinos, junto con un diplomático llamado Takamuku Kuroma-

"Tori" o puerta sagrada de Itsukushima, construida hacia 1170, manifestación sintoísta que demuestra que esta religión estaba arraigada en el pueblo.

ro. Éste fue más tarde embajador en China y Corea.

En 645 los nobles fueron llamados a la corte para informarles de la instauración del nuevo sistema: monarquía absoluta. Al año siguiente se introdujeron una serie de reformas. Ya nadie podía poseer tierra ni hombres. El territorio alrededor de la capital fue declarado distrito gubernamental y una serie de gobernadores dirigían el país. Por la institución de una especie de registro civil, la tierra podía ser repartida entre los campesinos. Nuevas contribuciones remplazaron las viejas e irrazonables tasas.

Las innovaciones continuaron hasta el 702. Entonces quedó introducido por completo el sistema chino, aunque fuera con ciertas diferencias típicamente japonesas. En la nueva burocracia, a partir de entonces la jerarquía no se establecía mediante conocimientos comprobados en exámenes, sino por el "nacimiento" del interesado. El nuevo sistema funcionaba pasablemente bien donde el gobierno imponía su influencia, pero se



Taishakuten, guardián del cielo búdico, en talla de la época Heian (Museo Nacional, Tokyo).

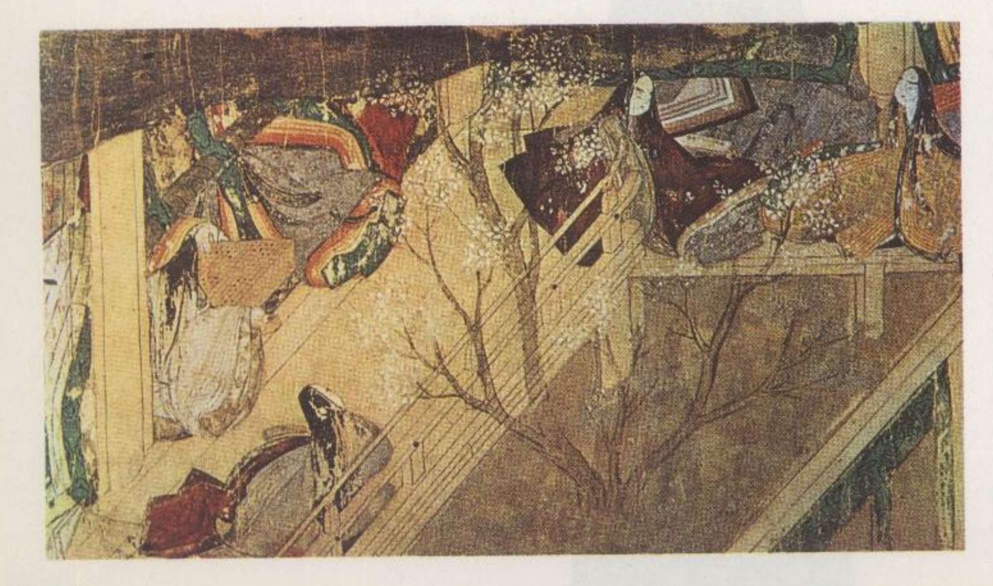
JAPON (784-1336)

784-1192	Época de Heian.
967-1069	El clan Fujiwara controla el poder imperial.
995	Fujiwara Michinaga, regente y primer ministro.
1027	Yorimichi, hijo de Michinaga, le sucede como regente.
1056	Levantamiento de Abe Yoritoki contra los Fujiwara.
1069	El emperador Gosanjo; los Fujiwara abandonan Heian.
1156	El clan Taira lucha contra los Minamoto por la tutela del emperador.
1185	Final de la guerra civil, con el triunfo del clan Minamoto.
1192	Minamoto Yoritomo se proclama *shogun*. El shogun, jefe militar y político; el daimyo, gran propietario, y el samurai, caballero, ligados entre sí por lazos de fidelidad y vasallaje, son la base de una estructura social y política, paralela a la administración imperial e independiente de ella. Es el principio de la época Kamakura, el estado feudal.
1219	Decadencia del clan Minamoto. El clan Hojo reserva para uno de sus miembros el título de regente. El shogunado es desempeñado por un miembro de la familia imperial o del clan Fujiwara.
1254	Tratado de comercio con China.
1274, 1281	Los mongoles invaden Japón y son rechazados.
1300	Escisión del país en dos unidades políticas, el Norte y el Sur. Al frente de cada una de ellas hay un emperador.
1336	Época Ashikaga: fragmentación del país en múltiples principados feudales autónomos.

duda de que ello ocurriera en el campo, porque allí el poder estaba en manos de familias locales muy poderosas. La obligación de efectuar cada seis años un nuevo reparto de las tierras no siempre se había cumplido en el agro.

El Japón no tuvo una verdadera capital hasta el siglo VIII. La corte iba de ciudad en ciudad, costumbre quizá basada en el miedo de que la posible muerte del emperador –que, según el sintoísmo, sería una profanación– tuviera lugar en la capital. Aquel ir y venir de la corte debía de implicar grandes dificultades para la implantación de las reformas Taika. Además, entonces adquiría valor la idea china de que una capital significaría al mismo tiempo centro de gobierno. A la emperatriz Gemmyo le cupo el honor de fundar la primera capital japonesa. Fue en el año 710 y la ciudad se erigió en el valle de Yamato y se basó en principios chinos.

Damas nobles de la época Heian, según la "Historia de Genji"; puede apreciarse el refinamiento de la vida cortesana.



Se tomó como ejemplo la capital china, Ch'ang-an. Las medidas de la ciudad tenían que ser 4,5 por 4 km, pero nunca se terminó más de una cuarta parte. Desde el gran palacio imperial, situado en la parte norte de la ciudad, salían anchas avenidas que eran cruzadas por calles igualmente anchas. En las calles principales estaban situados grandes templos, monasterios, palacios y casas de ricos y nobles. A juzgar por lo que hoy día queda, una vez acabada la ciudad, debió de ser un dechado de hermosura.

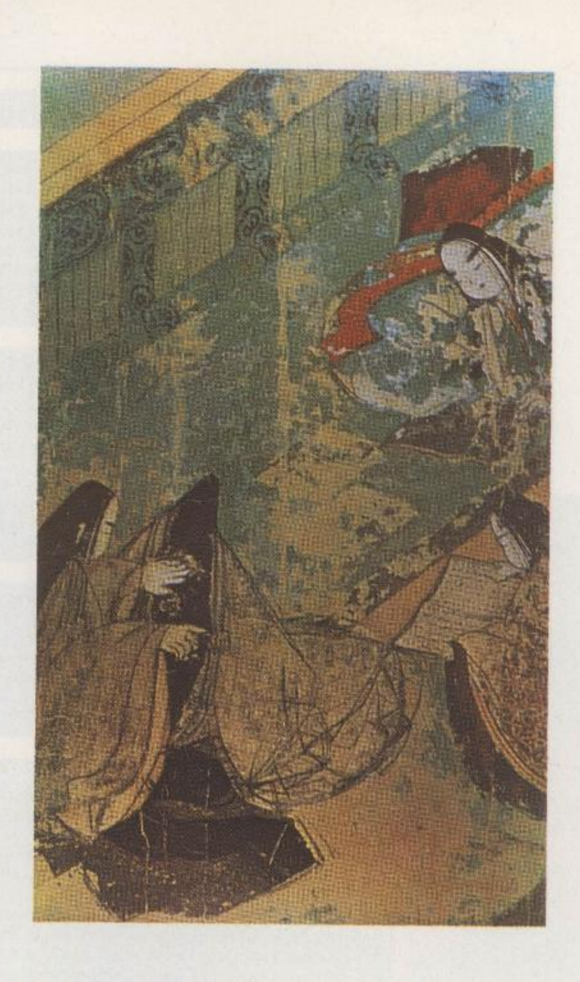
Cualquiera que tuviese cierta importancia vivía entonces en Nara, una encrucijada de caminos. Por tales rutas había, cada 20 km, una posta para cambiar los caballos. Los mensajeros imperiales mantenían contacto con el agro gracias a estos caminos. En tiempos pacíficos como aquéllos, la población crecía constantemente y el descubrimiento de minas de cobre y oro produjo al tesoro grandes cantidades de dinero. Se introdujo un sistema monetario y la corte recompensaba a quienes usaban monedas. Nara llegó a ser un magnífico centro cultural. La obra *Kokiji* se escribió en Nara. Los nobles que vivían en la corte eran habilísimos poetas, arte este de versificar que gozaba de gran consideración. Desgraciadamente, Nara sólo fue capital durante setenta y cuatro años.

El reinado de nada menos que cuatro emperatrices dio lugar a intrigas políticas muy complicadas. En 770 se decidió que nunca jamás reinaría una mujer en el Japón, y la vigencia de este dogma se mantuvo hasta el siglo XVII.

Al evolucionar el Imperio también aumentaban las dificultades. La agricultura, cada vez más necesitada de terrenos, echaba a los ainu de su territorio, cosa que no aceptaban de buen grado. Hizo falta un gran ejér-

cito para dominarlos. Pero aquel ejército significó al mismo tiempo la decadencia de Nara. Según la ley, uno de cada tres hombres entre los 20 y los 60 años de edad tenía que hacer el servicio militar, un año en la corte y tres en las fronteras. La familia tenía que encargarse de su equipo y comida. Si no había acciones militares, el pobre soldado podía ser empleado en prestaciones vecinales. Puesto que para una familia de la clase media significaba una carga enorme el tener que mantener una tercera parte de sus miembros masculinos sin que éstos aportaran nada, aquella situación condujo a una gran corrupción y a un estado anómalo en el que se abusó de los soldados de una manera escandalosa. Como consecuencia de ello, el ejército acabó perdiendo importancia.

En 784, la capital se trasladó de Nara a Nagaoka, a 45 km de distancia. Diez años más tarde fue mudada a Uda, y en aquel lugar se desarrolló la ciudad con el poético nombre de Heian-kyo, la "capital de paz y tranquilidad". Se llamaba esta ciudad simplemente la *Capital,* hoy día conocida por Kyoto. No se sabe qué móviles impulsaron este último traslado, pero se atribuye al deseo de huir del gran poder de los monaste-



Otra escena de vida doméstica procedente de la "Historia de Genji" (siglo XII).

LA ERA DE LAS GRANDES REFORMAS: SHOTOKU

EMPERADORES JAPONESES DEL PERIODO:

540-571 KIMEI.

572-585 BITATSU.

586-587 YOMEI.

588-592 SUSHUN.

593-628 EMPERATRIZ SUIKO.

629-641 JOMEI.

642-645 EMPERATRIZ KOGYOKU.

552 Introducción del budismo y la civilización china en el Japón.

Escisión de la corte en dos partidos. El clan Nakatomi, clan sacerdotal ligado al culto sintoísta, y el clan Mononobe, clan militar de ascendencia imperial, son partidarios de la conservación del culto nacional y las formas políticas tradicionales. El clan Soga se pronuncia en favor del budismo.

604 Intento de establecer un gobierno centralista y absolutista: el "Código de los 17 artículos".

Tras un período de luchas y enfrentamientos sangrientos, el clan Soga elimina a sus adversarios y desde entonces los emperadores son hechura suya. El emperador Sujun es colocado en el trono por Umako, jefe de los Soga. Será destronado poco después, tras demostrar cierta hostilidad contra la preponderancia del clan.

Su sucesora Suiko, viuda de Bitatsu, es prima de Umako. Es Shotoku, un político adicto al clan, quien gobierna efectivamente el país con el título de "sessho", regente. Su importante obra legislativa es continuada por los jefes del clan Soga, que le suceden en el cargo, bajo el emperador Jomei y la emperatriz Kogyoku.

Cuando en el año 644, Iruka, jefe de los Soga, no oculta sus intenciones de suceder en el trono a la emperatriz Kogyoku, una reacción legitimista lo elimina y proclama emperador al heredero de la corona, Kotoku, sobrino de la emperatriz. Nakatomi, jefe de la conjuración, se convierte en primer ministro, cargo que conservará en los reinados siguientes. Era jefe del clan Fujiwara.

En el "Código de los 17 artículos", Shotoku empieza proclamando una paz perpetua basada en la concordia entre los diferentes clanes y la sumisión de todos al emperador. Una jerarquía de funcionarios nombrados o depuestos desde la corte, instruidos a la manera china y fieles a la religión budista, tiene a su cargo el gobierno de las provincias.

Se utiliza el prestigio del emperador para estabilizar el gobierno del clan Soga. La herencia de los cargos oficiales no puede ser abolida, pues es el sistema mediante el cual los Soga monopolizan el poder. La burocracia escapa, pues, al emperador. Su autoridad es absoluta tan sólo en teoría.

EL JAPON ANTES DEL BUDISMO

Los primeros habitantes del Japón son los ainu, cuya raza y procedencia son muy discutidas. No son mongoles ni pueden relacionarse con los japoneses por sus características étnicas o su lengua. Esta población primitiva, que en principio se extendía por todo el archipiélago, es relegada a las zonas montañosas por sucesivas invasiones: hordas mongolas llegadas de la China meridional, grupos malayos que ocuparían sobre todo el sur del archipiélago y coreanos que se establecen preferentemente en la isla de Kyushu.

Los emperadores japoneses: Jimmu, 711-585; Suizei, 632-549; Annei, 567-511; Itoku, 554-477; Kosho, 506-393; Koan, 427-291; Korei, 342-215; Kogen, 273-158; Kaika, 208-98; Sujin, 148-30 d. de J.C.; Suinin, 70 a. de J.C.-70 d. de J.C.; Keiko, 12 a. de J.C.-130 d. de J.C.; Seimu, 83-191 d. de J.C.; Chuai, 149-200; Jingu (regente), 170-269; Ojin, 201-310; Nintoku, 290-399.
La cronología de los primeros emperadores es puramente legendaria. La vida de algunos de ellos sobrepasa los límites normales, en un intento de cubrir también aquellos períodos sobre cuyos emperadores la tradición oral no ha conservado recuerdo alguno.

En las primeras crónicas japonesas se narran las hazañas de estos emperadores, que luchan incesantemente contra los ainu y extienden su poder a toda la isla de Honshu y Kyushu. El emperador es a la vez jefe militar y jefe religioso. Procede del clan Yamato, que ha logrado imponerse a todos los demás. En los anales chinos de la dinastía de los Han, el Japón no parece unificado políticamente. Se habla de más de cien reinos que se reparten el archipiélago y son gobernados por jefes hereditarios.

Relaciones con el exterior:
57 d. de J.C. Una embajada japonesa llega a la corte de los Han.
107 d. de J.C. Esclavos japoneses son vendidos en China.
363 d. de J.C. Los japoneses conquistan Corea.

La civilización es todavía neolítica. Tanto por los testimonios chinos como por los hallazgos arqueológicos, se sabe que la agricultura es muy rudimentaria; el utillaje, muy reducido, y las viviendas se construyen sólo de madera. Se conoce el arte del tejido y la cerámica. El bronce se introduce lentamente a partir del siglo I de nuestra era desde China. La religión primitiva del Japón es el sintoísmo. Su idea central es la pureza ritual. Los dioses tienen una importancia local. Mujeres-médium y sacerdotes indagan y comunican su voluntad a los hombres. No hay templos ni sacrificios. La sociedad está formada por clanes que descienden de un antepasado común, al que se venera. El jefe del clan tiene un poder absoluto sobre sus miembros. La poligamia está muy extendida.

rios y templos en Nara. Además, Kyoto tenía la ventaja de estar situada junto al navegable río Yodo, en comunicación abierta con el mar. También Kyoto se edificó según el ejemplo de Chang-an. Incluso hoy en día se puede observar claramente el mismo patrón. Sin embargo, hubo algunas órdenes radicales, como la de que nunca se pudiera construir un monasterio o un templo cerca del palacio imperial.

Uno de los grandes emperadores que reinaron en Kyoto fue Kammu (781-806), quien volvió a luchar contra los ainu, pero ahora con otra clase de ejército: pequeños grupos provistos de armas modernas. Los sucesores de Kammu introdujeron grandes cambios en el sistema gubernamental, y sobre todo el centralismo se hizo más flexible. En el año 820 se instaló un cuerpo de policía para garantizar el orden y la tranquilidad.

Durante este período Heian, la familia Fujiwara alcanzó mucha importancia. Ocupaban puestos muy importantes sus miembros y, por tanto, ejercían gran influencia sobre el emperador, sin necesidad de tener que destronarle: podían gobernar indirectamente, pues sus hijas eran concubinas del emperador. Cuando los Fujiwara opinaban que un emperador no estaba capacitado para gobernar, le rogaban que abdicase él mismo. No era mucho pedir. Debido a unos ritos complicados y difíciles de soportar, la profesión de emperador requería esfuerzos sobrehumanos. La perspectiva de una jubilación tranquila con amplios ingresos era tentadora. Los Fujiwara ocupaban preferentemente dos cargos: *sessho,* o regente, y *kampaku,* una especie de dictador civil, con los cuales tenían el gobierno en sus manos por completo. El miembro más importante de la familia Fujiwara fue Fujiwara Michinaga, que llegó a ser suegro de cuatro emperadores y abuelo de otros cuatro.

Se ha escrito mucho sobre la belleza de Kyoto, todavía hoy una ciudad hermosísima, rodeada de parques y bosques. Poco, en cambio, sobre su decadencia definitiva. Una cosa está clara, sin embargo: la forma especial de la propiedad de tierras y la administración del campo e islas lejanas acabaron por minar completamente el poder de la casa imperial. La mayoría de los funcionarios pre-

ferían quedarse en la alegre ciudad en lugar de ir a ocupar sus puestos lejanos. Por tanto, no se cobraban las contribuciones agrícolas y de ello dependía en gran medida la riqueza de Kyoto. Incluso las aportaciones financieras de las propiedades imperiales eran muy escasas.

En Kyoto se intentó refundir el sintoísmo y el budismo, y así se creó una serie de sectas nuevas. El budismo japonés adquirió su propia forma especial, que principalmente se manifestaba en la adoración a *Amida* (Amitabha), el Señor del Paraíso Occidental. Repitiendo una sola oración eternamente se podían conseguir su ayuda y la salvación. En esta forma simplificada, el budismo filosófico de antaño se hacía accesible a la gran masa del pueblo del siglo XI.

En el siglo XI grandes zonas de Kyoto empezaron a desmoronarse, porque los nobles que vivían allí carecían del dinero necesario para mantener sus casas en buen estado. En sus propiedades, que nunca visitaban, mandaban los caciques, que no tenían la menor intención de enviar los ingresos al dueño. Además, una serie de incendios desastrosos destruyeron algunos de sus más bellos edificios.

En 1068 reinó el emperador Gosanjo, por cierto sin influencia de la familia Fujiwara. Al parecer, aquella familia no disponía en dicho momento de suficientes hijas para que la ayudaran a detentar el poder. Gosanjo, que reinó con independencia y que durante veinte años tuvo ocasión de estudiar el sistema Fujiwara, introdujo unas reformas que desgraciadamente consiguieron poco éxito. Hacia el año 1110, sin embargo, la decadencia del poder de los Fujiwara era un hecho consumado y otras familias empezaron a hacerse cargo del poder. En 1156 estalló una serie de guerras civiles que terminaron con los emperadores de Kyoto.

En el transcurso del siglo X, el elemento militar se había hecho muy poderoso tras los disturbios que surgieron en todo el Imperio en el siglo IX. Tropas locales dominaron las sublevaciones, lo cual puso de manifiesto el poder de aquéllas. Entre los soldados se encontraban grupos de sacerdotes guerreros de los monasterios del norte de Kyoto. Disputas sobre la sucesión imperial llevaron aquellas tropas a Kyoto en 1156, de donde no se marcharon ya. Dichos ejércitos estaban mandados por jefes que se jactaban de tener ascendencia imperial. Siguieron las series de pequeñas y grandes guerras, de las cuales la más importante fue la guerra Heiji, que enfrentó a dos familias poderosas, los Taira y los Minamoto. Esta lucha es el tema de la famosa obra *Heiji Monogatari*. Vencieron los Taira y se apropiaron de gran parte de los



Pintura sobre seda que representa a Fudo, el más popular de los dioses o Reyes Guardianes del budismo, del que poseemos tres representaciones. Esta pertenece al siglo XII (Museo de Bruselas).



Intervención ocular en una representación del siglo XII.

resortes de que disponían antes los Fujiwara. Uno de los Taira, Kiyomori, volvió a imponer en el Japón la pena de muerte, abolida por influencia budista. Solía aplicarla a menudo a los sacerdotes guerreros, pues le ocasionaban continuas molestias.

Kiyomori decidió trasladar la capital a su propia ciudad de Fukawara, que hoy día es la moderna ciudad portuaria de Kobe. Al cabo de medio año, sin embargo, emprendió el regreso a Kyoto, donde el emperador expiraba.

Al morir en 1181 el propio Kiyomori, su familia había logrado hacerse poderosísima. Entre otras cosas, dominaba todo el comercio en el mar Interior. Sin embargo, en el Japón las cosas iban muy mal. Incendios, hambre y peste asolaban el país y en Kyoto la vida no era nada agradable.

Mientras tanto, la familia de Minamoto, a pesar de la derrota que le habían infligido los Taira, estaba en el poder. Minamoto Yoritomo consiguió persuadir a los vasallos de los Taira para que se pasaran a su bando. En 1184 pudo a su vez derrotar a los Taira cerca de Ichinotani y en 1185 nuevamente en las inmediaciones de Yashima y Dannoura. Durante una gran batalla naval se ahogó el niño-emperador Abtoku con toda su corte...

Yoritomo residía en la ciudad de Kamakura y fue el primer *shogun* de una serie interminable. Implantó un sistema de señores feudales que gozaban de una influencia política enorme, organización que se mantendría durante setecientos cincuenta años. En el período Kamakura se agruparon los caballeros, cuerpo noble que velaba por el respeto a los antepasados y luchaba contra el enemigo en combates singulares. Estos guerreros eran los famosos *samurais.* También se introdujo en esta época el *hara-kiri,* suicidio ritual en asuntos de honor.

Con la muerte de Minamoto Yoritomo, el poder pasó a la familia Hojo, que dio una serie de gobernadores excelentes. En 1221, los nobles de la corte, junto con los sacerdotes de los templos y el emperador Gotoba –que había abdicado–, atacaron a Kamakura. Este ataque fracasó por la intervención de los Hojo. Nada menos que tres emperadores, incluyendo a Gotoba, fueron exiliados y destronado el emperador reinante.

Cuando los mongoles invadieron la China y ocupó el poder una dinastía extranjera, la Yuan, este hecho tuvo gran influencia en el Japón. Los mongoles también invadieron Corea y desde allí sólo había un paso hasta Kyushu. En 1267 apareció un embajador mongol en la corte japonesa con la pretensión de que el Japón tenía que someterse a la dinastía Yuan. El Hojo-shogun de la época aconsejó al emperador no ceder. Movilizó a sus vasallos, pero no sucedió nada. Sin embargo, siete años más tarde aparecieron flotas mongólicas cerca de Kyushu e invadieron la isla. Por suerte para los japoneses, una terrible tempestad hundió los barcos mongoles. Los invasores tuvieron que reembarcar rápidamente, y con pérdidas considerables, en los barcos que lograron salvarse.

La invasión siguiente tuvo lugar en 1281. Dos flotas mongolas salieron simultáneamente de Corea y China hacia Kyushu, pero esta vez Hoji Tokimuni previó mejor la defensa. A lo largo de la costa se había construido una elevada muralla, a la vez que se enviaron a Kyushu la totalidad de los ejércitos del Japón. Durante todo el verano, los japoneses lograron rechazar los ataques de los mongoles. Al llegar el otoño, los enemigos tuvieron que retirarse ante la proximidad de los tifones. Su tercera invasión, ya planeada y esperada, nunca se realizó.

Hacia fines del siglo XIII la situación económica del Japón era muy precaria. En el campo, la administración feudal era más poderosa que nunca y las relaciones con Kyoto dejaban mucho que desear. En 1310, el emperador quiso liberarse de los Kamakura-shoguns. El primer intento fracasó. El emperador fue exiliado, pero regresó súbitamente para realizar, con más tropas, un segundo intento. El ejército de Kamakura estaba bajo el mando de Ashikaga Takauji. Éste, actuando con visión oportunista, se pasó al lado del emperador, que seguiría reinando desde entonces con el nombre de Godaigo de 1318 a 1339.



Templo de Kiyomizu, en Kyoto, construido en madera a principios del siglo IX*. Al trasladarse la capital del Japón a esta ciudad, se prohibió que nunca más se pudiera construir un templo o monasterio cerca del palacio imperial.*

En los años 1334 a 1335, Godaigo probó a introducir una nueva forma gubernamental, según la cual el emperador sería otra vez un auténtico monarca. Sus partidarios, temiendo que de este modo no podría cumplir las promesas en dinero y posesiones que les había hecho, dieron una oportunidad a Ashikaga para que ocupara el poder en 1335 en Kamakura. Aquel mismo año expulsaron a Godaigo, quien huyó a Kyoto. Ashikaga eligió un nuevo y competente emperador y le puso en el trono, mientras él mismo quedaba como shogun hasta 1338.

A partir de entonces hubo dos cortes imperiales, porque Godaigo no había renunciado a su causa y reinaba desde Yoshino, un país montañoso. Según la historia escrita, Godaigo era el emperador legítimo, aunque en 1392 el Japón se unificase y otra casa imperial ejerciese el poder.

Los Ashikaga no eligieron a Kamakura, sino a Kyoto, como capital. La época en que ejercieron el poder es confusa y constituye una serie ininterrumpida de luchas, pero en el terreno social se produjeron algunos cambios. La clase de los comerciantes había con-

LOS SAMURAIS

En el Japón, la clase de los guerreros se llamaba *samurai*. Su forma definitiva apareció en el siglo XI. En la campiña, el poder del emperador había empezado a declinar, lo que hacía consecuentemente que empezara a desarrollarse un grupo social partidario de la lealtad al emperador y a los jefes.

Los samurais lograron tener bajo su control inmediato más tierras cada vez y llevaron a cabo una serie de luchas, primero para conseguir la supremacía local y más tarde también la nacional. Después de haber logrado el poder con el gobierno en el siglo XI, lo seguirán teniendo hasta el año 1868.

Al principio no era difícil, para un hombre con valor y cierta cultura, formar parte de la casta de los samurais. Después de 1600 todo cambió. Bajo el gobierno de los Tokugawa-shogun habría en el Japón dos siglos y medio de paz. Entonces los samurais se convirtieron en una casta cerrada, ya que no hacían falta, lo cual era realmente una medida de autodefensa.

Los samurais tuvieron gran influencia en el arte y dieron una nueva forma a la siempre elevada cultura de la corte. Con esto se inició el final del rígido arte clásico. Los samurais, como grandes amantes y conocedores del arte, practicaban muy a menudo la poesía, que tomó una nueva forma; influyeron asimismo en la literatura, la artesanía, la pintura, la religión y el teatro. Toda la cultura refleja su gusto típico y ello no concluye hasta alrededor del año 1700. Entonces todavía tenían enorme influencia política, pero el arte había cambiado de carácter por la influencia de un gusto más sencillo y risueño de las grandes ciudades.

El orgullo y la lealtad inquebrantable de los samurais despertaron su interés por la nueva forma de budismo del siglo XIII: el budismo Zen. El Zen lo practicaba una secta contemplativa fundada por Eisai (1141-1215) y Dogen (1200-1253), quienes buscaban la salvación espiritual por la meditación y el "vacío divino". Su lema era: "Mira bien en tu interior y allí encontrarás al Buda".

Este concepto encajaba muy bien con el de *bushido*, en que se encuentra la clave de los samurais: honor hasta el extremo, máxima lealtad, gran cortesía, sentido de la justicia, dominio absoluto de uno mismo. La disciplina severa del budismo Zen, tanto espiritual como corporal, el estímulo de la fuerza de voluntad y el dominio de sí mismo atraían mucho a los samurais.

Los samurais, que recibían su formación en unos doscientos setenta institutos destinados a servicios del gobierno, procedían de las clases altas de la sociedad. Muchos de ellos fundaban escuelas cuando ya eran demasiado viejos para el servicio activo. Consideraban asignaturas principales la aritmética, la escritura y la lectura.

J. T. S.

seguido mucho poder y dejaba sentir su influencia. También los Ashikaga veían desaparecer los ingresos de sus propiedades en los bolsillos de los administradores, pero tenían otras fuentes de ingresos. El shogun, que se hacía llamar en China "rey del Japón", se encargaba de luchar contra los piratas que amenazaban las costas japonesas y chinas. A cambio de este servicio, el shogun recibía sumas considerables y gran cantidad de mercancías, por lo cual podía continuar su vida de lujo en Kyoto.

Los contactos con China, donde entonces reinaba la dinastía Ming, mejoraban continuamente. El comercio aumentaba con rapidez y la magnífica cerámica y pintura chinas de la dinastía Sung y el primer período de la Ming encontraban muchos compradores en el Japón. Shogun Yoshimitsu, el "rey del Japón", fue un buen literato y gran conocedor del arte, lo mismo que sus sucesores, y fomentaron el drama No. Algunos de los jardines y templos más famosos de Kyoto proceden de esta época. Yoshimitsu hizo edificar en 1397 el famoso Kinkakuji, el Pabellón de Oro, seguido en 1482 por el Ginkakuji, el Pabellón de Plata, construido por Yoshimasa. Ambos templos son de los más hermosos y conocidos que existen en el Japón. También la Casa del Té, para la ceremonia del té, se erige en este período.

En 1467 estalló la guerra civil en Kyoto y en los diez años siguientes de lucha y destrucción se perdieron muchos tesoros artísticos y monumentos irremplazables. También desaparecen del escenario gran número de familias importantes. La guerra siguió ardiendo en el campo mucho tiempo después de haber vuelto la paz a Kyoto.

En el campo se había desarrollado una nueva organización social. Los caciques de los pueblos y los propietarios instigaron a los modestos campesinos y a los asalariados de las fincas en contra de sus amos, que abusaban terriblemente de ellos y mandaban sus ejércitos para cobrar por la fuerza unas contribuciones que a veces sólo existían en su imaginación.

En 1485, por ejemplo, hubo una sublevación de este tipo en Yamanshiro, donde la población había nombrado una especie de comisión de defensa para su propia seguridad. Esta comisión, compuesta de treinta y seis miembros, durante siete años logró mantener alejados del país a los recaudadores de contribuciones. Otro grupo, acompañado de sacerdotes budistas, dirigía un ejército de campesinos armados primitivamente que lograron mantener a raya a los samurais, armados hasta los dientes, e impedir que se apoderaran del producto de las tierras.

En 1467 estaba debilitado el poder de los nobles, que basaban su fuerza en su capacitación militar. Había aparecido un nuevo principio revolucionario, para ellos muy desagradable y desconcertante: el *Gekokuko*, que quiere decir: los pobres pegan a los ricos.

Se dibujaba una nueva clase de señor feu-



Kinkaku-ji o Pabellón de Oro del templo Rokuon-ji, en Kyoto. Se reconstruyó en el siglo XIV *y fue recubierto de láminas de oro.*

dal, el *daymio,* quien solía ser de baja extracción. Este daymio ocupaba el lugar de los señores de quienes había dependido antes. Contrariamente a los samurais, estaban estrechamente ligados a la vida campesina y, por tanto, introducían una nueva forma de guerrear. En primer lugar, se aseguraban de la lealtad de sus partidarios y sólo después empezaban una guerra, que de esta forma tenía mayor probabilidad de éxito. Las luchas fueron continuas desde entonces. Sólo al cabo de medio siglo empezaron a destacarse enérgicas personalidades. Fueron ellas quienes pudieron asumir la unificación del Japón, el cual estaba maduro para ello. Desde el extranjero llegaron al Japón las armas más modernas de artillería. Con ellas se presentaron los primeros europeos, los portugueses, quienes en 1543, a causa de una tempestad, naufragaron en el extremo sur de Kyushu.

BIBLIOGRAFIA

Bersihand, R.	*Geschichte Japans,* Berlín, 1963.
Goedertier, J.	*A dictionary of japanese History,* Tokyo, 1968.
Gonthier, A.	*Histoire des institutions japonaises,* Bruselas, 1956.
Haguenauer, C.	*Origines de la civilisation japonaise,* París, 1956.
Hall, J.W.	*Das japanische Kaiserreich,* Francfort del Main, 1968.
Keene, D.	*No, the classical theatre of Japan,* Londres, 1966.
Kidder, J. E.	*Japanese Temples,* Tokyo, 1964.
Munsterberg, H.	*The art of Japan. An illustrated history,* Tokyo, 1964.
Renoudeau, G.	*Le bouddhisme japonais, textes fondamentaux,* París, 1965.
Sanders, D.	*Die Mythologie der Japaner,* en "Mythen der Völker", vol. II, Francfort del Main, 1967.
Schneps, M.	*The japanese Image,* Tokyo, 1965.
Vie, M.	*Histoire du Japon des origines à Meiji,* París, 1969.



Antiguas fiestas llamadas de "Setsubun", que los japoneses celebran del 3 al 4 de febrero, en las que se despide oficialmente al invierno y se celebra la llegada de la primavera. Con tal motivo, las calamidades y penurias del año anterior se anotan en tablas de madera que son quemadas.



Operaciones de recolección en un códice del año 1300 (Museo Británico, Londres). En el paso de la actividad agrícola a la comercial y mercantil está el origen del Renacimiento y la Modernidad.

Plataforma social del Renacimiento, el Humanismo y la definición de la Modernidad

por A. JUTGLAR y J. FLORIT

Señalaba acertadamente, hace algunos años, un eminente profesor español que "la anécdota de un sucedido, la efemérides histórica, por importante que haya parecido a los contemporáneos, no tiene hoy valor alguno para deslindar las grandes etapas del desarrollo de la cultura humana. Así, ni la caída de Constantinopla..., ni el descubrimiento de América, ni la misma secesión luterana, poseen valor en sí mismos para jalonar... el comienzo de los tiempos modernos. Es preciso buscar en capas sociales y culturales mucho más profundas para hallar la explicación del cambio de mentalidad colectiva que permite diferenciar el Medievo de la Modernidad".

El texto anterior, en efecto, centra atinadamente una de las claves de la historia de Europa: los orígenes de la etapa moderna o de la Modernidad, el sentido mismo del fenómeno renacentista y las causas profundas que condicionan las nuevas orientaciones espirituales e intelectuales de Occidente. Claves que, precisamente, deben encontrarse en las mismas variaciones que –de forma más o menos paulatina, más o menos patente– se operan en la realidad y actividad de los diversos grupos sociales en la vida económica y en la dinámica general de la cultura.

En esta dirección deben apuntarse unas consideraciones fundamentales y previas: la división de la Historia en "edades" no es más



Los cruzados ante las murallas de Jerusalén (miniatura del incunable "Histoire d'Ogier le Danois"; Biblioteca Nacional, Turín). Para Pirenne, la reconquista del Mediterráneo por las cruzadas constituye el punto final de lo que podría considerarse como Edad Media propiamente dicha.

que un simple convencionalismo artificioso (que cobró auge especialmente a través de la historiografía decimonónica, que insistió de manera particular en las diferencias existentes entre Medievo y Modernidad). En la actualidad, la moderna investigación histórica –al centrarse en el problema de los orígenes culturales y sociales del Renacimiento, así como en la formación del Capitalismo– ha conseguido, paulatina pero constantemente, decisivos y progresivos avances en el camino de una realidad cada vez más irrefutable: la de que la denominada Edad Media (al menos según ha venido siendo conocida hasta hace muy poco por la mayoría de los historiadores) no ha existido con la concreción y características que durante mucho tiempo se ha pretendido darle.

Por una parte, por ejemplo, Dopsch ha demostrado de manera indiscutible que el conjunto de fenómenos sociales y económicos del mundo antiguo (de la época de César) se prolongaban, en el occidente europeo, hasta la época carolingia. Por otra parte, Pirenne ha subrayado el acontecimiento de la reconquista del Mediterráneo, efectuada por las Cruzadas, como el punto final de lo que podría ser concebido como etapa medieval propiamente dicha.

Por ello, muchos historiadores sitúan, precisamente, en el siglo XII el punto de partida de la compleja y revolucionaria fenomenología que culminaría con la definición de los factores específicos y más definitivos del Renacimiento.

De esta forma, lo propiamente medieval, en todo caso, quedaría para muchos autores reducido a tres siglos (IX, X y XI), que, en realidad, equivaldrían a un momento histórico de decadencia (de una peculiar y oscura decadencia, tal como hemos señalado en otro lugar) de la cultura humana que precede a un movimiento de recuperación y renovación pleno de empuje y vitalidad. Un momento histórico de decadencia que coincide con el pleno auge del feudalismo.

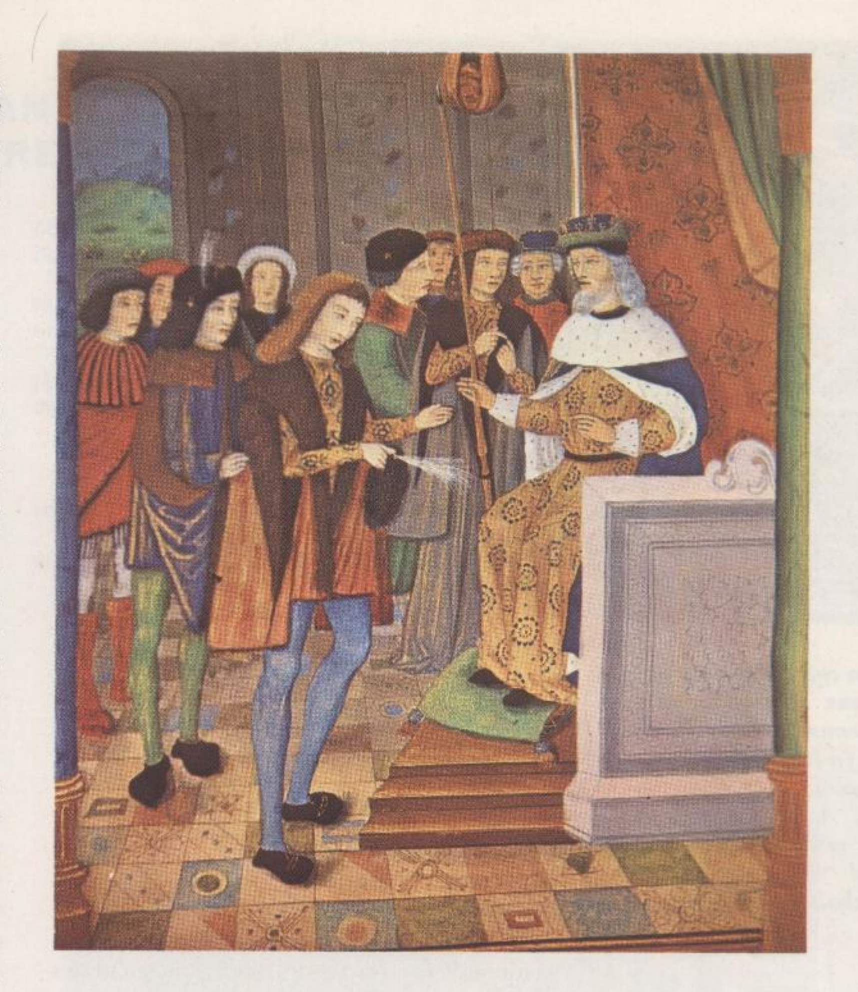
En resumen, el moderno enfoque científico tiende a asimilar en una sola unidad histórica las denominadas Edades Media y Moderna (englobadas, a su vez, en un proceso histórico total único, tal como lo ha expuesto, por ejemplo, respecto a la unicidad del proceso histórico de Occidente, el profesor Toynbee). De forma que la definición de lo moderno se produce, precisamente, en función de su estrecha relación con todo el pasado medieval y antiguo.

Siguiendo las directrices apuntadas, al producirse la crisis de la civilización clásica se originó un proceso de civilización en Occidente, a fines del siglo VII, que iría desarrollándose organizadamente, de forma que –a fines del siglo XI– comenzaría a superar su fase más juvenil ("edad del hierro", coincidente con el auge feudal) hasta llegar a adquirir, a fines del siglo XV, su más definida plenitud. Como consecuencia de todo ello (y contrariamente a lo que han sostenido múltiples autores), el Renacimiento no sería la negación del Medievo, sino su completa plenitud y su más legítima prosecución, a través de un súbito y trascendental proceso de desarrollo social y económico, efectuado a lo largo del siglo XV, y del que nos ocupamos con mayor detalle en un capítulo posterior.

Importa ahora tan sólo dibujar el proceso de unidad y continuidad que constituye el tránsito del Medievo al Renacimiento y del Renacimiento a la Modernidad. De esta forma, además, se superan las dificultades presentadas por la cuestión de los orígenes del Renacimiento (que tiene unas innegables raíces medievales), al propio tiempo que se sitúa adecuadamente la amplia resonancia medieval que se comprueba a lo largo de los tiempos modernos e incluso en la misma edad contemporánea.

No obstante, sería ridículo y absurdo ignorar o minusvalorar (pongamos por caso) el hecho de que los humanistas, los artistas

Homenaje de barones y caballeros a su señor (miniatura del incunable "Crónicas de Francia"; Biblioteca Nacional, Turín). El auge del feudalismo coincidió con el momento en que la paz y la confianza produjeron el inicio de los fenómenos de la Modernidad.



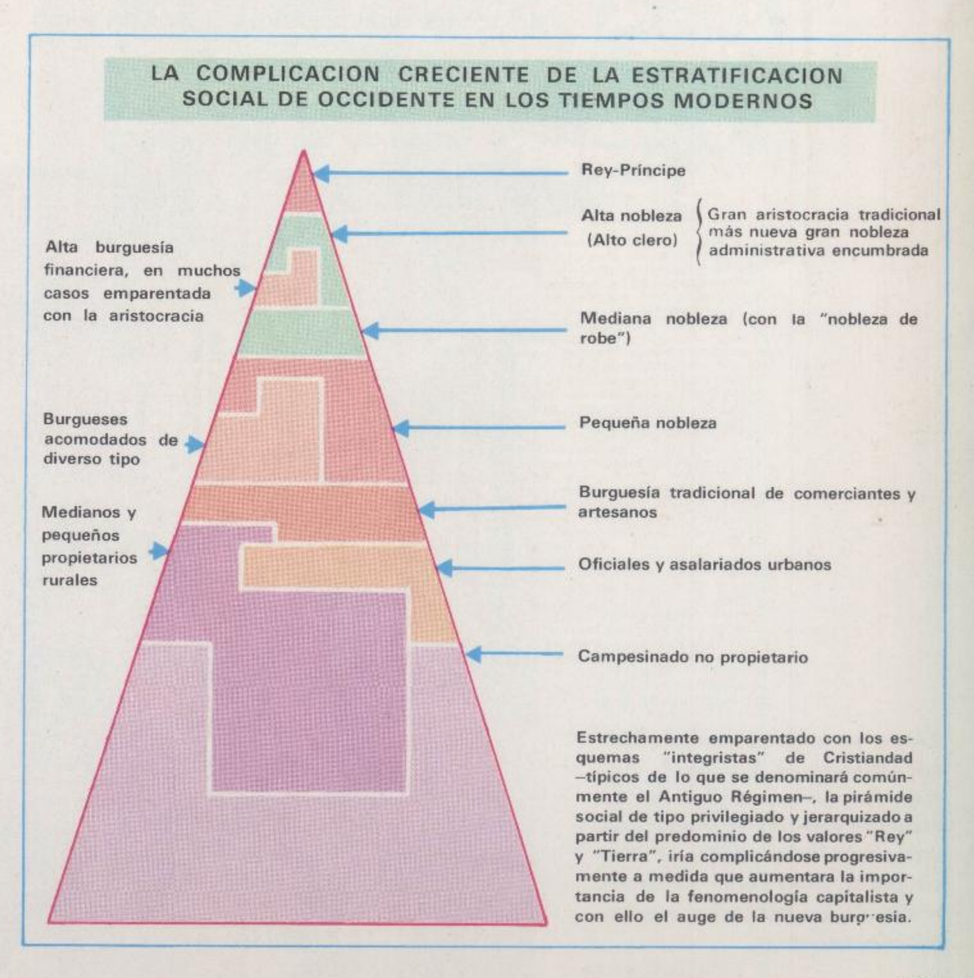
y las personas cultivadas de los siglos XV y XVI tenían (vivían plenamente) la convicción o la sensación de que los separaba un verdadero abismo –prácticamente todo un mundo– respecto a los gustos, actitudes y valores de las generaciones que les habían precedido.

Evidentemente, es innegable la existencia clara y decisiva de una gran distancia entre dos mentalidades diferentes que, poseyendo (como punto de partida) un mismo acervo cultural, dieron mayor o menor importancia a determinados factores constitutivos de dicha cultura.

En este sentido –y empalmando (como escribiría Maravall) de lleno en la larga y compleja polémica entre antiguos y modernos– hemos de admitir, en última instancia, un tránsito entre dos etapas históricas tipificadas por peculiares rasgos definitorios. En este sentido, respecto al dualismo mental anteriormente citado, encontramos una divisoria definitiva (a la que nos referiremos más adelante) constituida por el papel de la razón. De forma que todos aquellos que admitan la crítica de la razón y el papel progresivo de la misma frente a un mundo de valores, principios y autoridades tópicamente admitidas y no discutidas, adoptarán una actitud moderna. Contrariamente, aquellos que carezcan de tal actitud vivirán en plena mentalidad medieval.

En resumen, poco a poco (de manera casi insensible en muchas ocasiones), a partir de la revolución comercial y urbana –plenamente potenciada a lo largo del siglo XII– surge el crecimiento de la etapa bajomedieval, que fue creando de modo sucesivo las condiciones, cada vez más claras y más aptas, para la plena definición de los tiempos modernos.

Un crecimiento, un proceso y una definición inseparables de la fenomenología renacentista y humanista. Precisamente si entendemos por movimiento renacentista el proceso histórico básico que, a través del Medievo, debía conducir a la edad moderna (un proceso histórico que se confundiría después con su esencia a lo largo de una compleja trayectoria), es posible señalar ya la aparición de unos primeros síntomas –atisbos– de mentalidad "moderna" a partir del siglo XII (por ejemplo, en la cultura caballeresca languedociana).





Tapa de un cofrecillo de marfil en el que se representan varias escenas caballerescas, entre ellas (a la izquierda) un rapto (Museo del Bargello, Florencia). A partir del siglo XII se vislumbra ya una mentalidad "moderna" en la cultura caballeresca languedociana.

En este sentido, debe insistirse en una serie de ideas, apuntadas ya en otros lugares de esta misma obra, que tienen una importancia decisiva. Fundamentalmente, el factor de máxima eficacia, de mayor empuje, que concretará y motivará la creciente buena disposición de núcleos interesantes e importantes de hombres acomodados de Europa occidental en favor de actitudes mentales innovadoras y de nuevas formas de vida, surge (nace y se apoya) de la recuperación del sentido de su seguridad personal y social.

Es decir, del mismo modo que la inseguridad que siguió a las grandes invasiones bárbaras y al hundimiento del aparato tecnojurídico del Imperio romano de Occidente generó, entre otros factores, el ambiente que hizo posible el feudalismo, el renacimiento de la paz y de la confianza –junto con el importante desarrollo de la economía– fue, por el contrario, proporcionando a las sociedades de Europa occidental una interesante plataforma de seguridad, fundamental para apoyar el montaje y desarrollo de sus empresas.

A partir del siglo XII, pues, fueron surgiendo cada vez más ocasiones propicias para que el hombre acomodado pudiera pensar, trabajar, contemplar la naturaleza, leer, escribir, buscar la belleza, expresar un sentimiento, revisar los valores tradicionalmente adquiridos, etc.

Coincidiendo con el desarrollo de una compleja fenomenología socioeconómica, el impulso (el acicate decisivo) que movió a estos hombres medievales a configurar y concretar una nueva definición de su propio ser –y, con ello, una nueva definición de su modo de "entender" y de "estar" en el mundo– fue acelerándose en el transcurso del tiempo, actuando con independencia relativa de las conquistas espirituales (por ejemplo) del humanismo o de las actividades artísticas de los flamencos o de los italianos.

El proceso transformador fue mucho



Fiesta en una ciudad medieval (Biblioteca Nacional, París). La recuperación de un evidente sentido de seguridad que se hallaba dentro de las ciudades contribuyó al desarrollo de las actitudes mentales innovadoras.

ANDRE LE CHAPELAIN
Y LOS TRECE PRECEPTOS DEL AMOR

La creciente valoración de todas las actividades humanas propia del final de la Edad Media alcanzó también a las relaciones amorosas. Los tratados en torno a las reglas del Amor, los "Códigos de Amor", son numerosísimos a partir del siglo XII.

André le Chapelain compuso hacia el año 1200 un tratado *De arte amandi* que alcanzó gran éxito, del cual dan fe las ediciones que de él se hicieron durante los siglos XV y XVI, bajo títulos diversos. La perduración de esta obra medieval durante el Renacimiento muestra de forma clara la conexión que existe entre el "otoño de la Edad Media" y los primeros siglos de la Edad Moderna.

Al tratado de Le Chapelain pertenecen los trece preceptos del amor que a continuación reproducimos:

1. Huye de la avaricia como de una plaga peligrosa y, por el contrario, sé pródigo.
2. Evita siempre la mentira.
3. Huye de la crítica.
4. No divulgues los secretos de los amantes.
5. No tengas varios confidentes de tu amor.
6. Consérvate puro para tu amante.
7. No intentes enamorar a la amiga de otro.
8. No busques el amor de una dama con la que tendrías reparos en casarte.
9. Está atento a las órdenes de las damas.
10. Intenta ser siempre digno de pertenecer a la caballería del amor.
11. Sé siempre pulido y cortés.
12. Si te das a los placeres del amor, no debes rebasar los deseos de tu amante.
13. Cuando des o recibas placeres de amor, muestra siempre cierto pudor.

J. F.

más amplio y total que el estrictamente intelectual (erudito y artístico) y debe englobarse –y estudiarse por tanto– en el marco de una dinámica mucho más amplia. De modo, pongamos por caso, que tanto el importante movimiento demográfico europeo del siglo XIII como el continuo crecimiento y desarrollo de la vida económica (conducentes a la definición del capitalismo inicial), o la instalación y consolidación de la monarquía en el poder (plenamente conseguidos con el éxito de la monarquía autoritaria), etc., no son otra cosa que un conjunto, paralelo y trabado, de manifestaciones históricas situadas en una misma línea, que es la que precisamente señala y define la trayectoria de la Europa medieval en busca de unas nuevas posiciones y puntos de apoyo que fueran aptos y capaces de dar satisfacción plena a los poderosos estímulos renovadores que emanaban del corazón mismo de las ciudades europeas.

Así pues, el Renacimiento fue –básica y decisivamente– fruto de las poderosas fuerzas que se generaron a lo largo de la baja Edad Media con el auge creciente de la vida mercantil y ciudadana. En efecto, el fenómeno renacentista tiene su raíz, fundamental y poderosa, en la transformante evolución de la cultura urbana bajomedieval, que fue pasando de su primer estadio (típicamente corporativo) a nuevas y revolucionarias pers-



Las Virtudes y las Artes Liberales, en una miniatura de la escuela de Bolonia del siglo XIV (Biblioteca Ambrosiana, Milán). Con las nuevas posibilidades de seguridad, abundaron las ocasiones para que el hombre pudiera estudiar y escribir.



pectivas para desembocar, al cabo de tres siglos, en una plataforma nueva, impulsada poderosamente por los crecientes estímulos derivados del desarrollo de la revolución comercial (propulsora inicial del poderío de las ciudades). Una plataforma definida por una fuerte actitud individualista, muy vinculada a la realidad circundante.

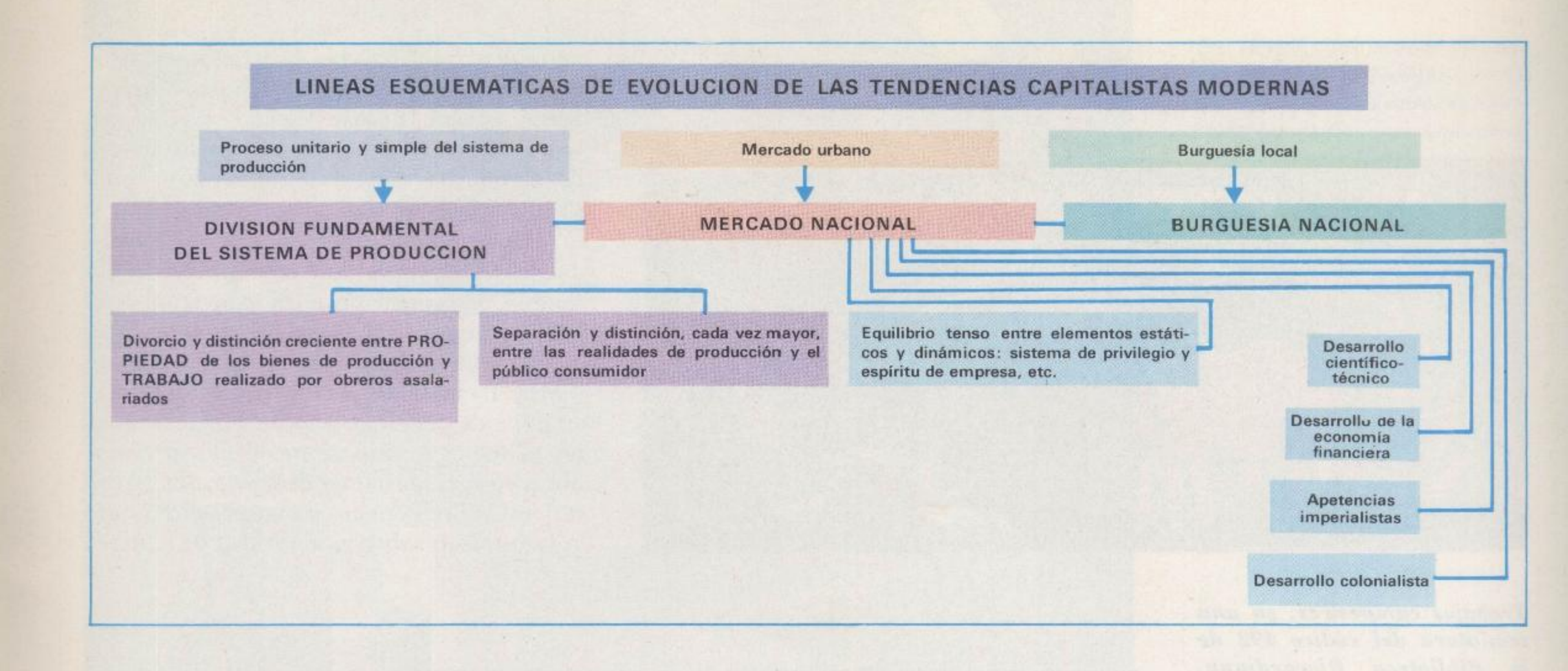
En una palabra, la definición del Renacimiento no puede comprenderse sin tener en cuenta el fenómeno sociocultural básico que lo posibilitó: las minorías –capaces e inteligentes– que supieron encauzar el renacentismo y que tuvieron la valentía y la madurez de autodefinirse como renovadoras a comienzos del siglo XV surgieron del mismo corazón de la más gran creación de la Europa medieval.

De esta forma se comprueba una vez más la unicidad del proceso histórico, al propio tiempo que aparece claramente cuál fue el instrumento social que hizo posible el florecimiento de la Europa renacentista: la burguesía. En este sentido se sabe que fue en las florecientes ciudades del Mediterráneo, del norte de Francia y de Flandes donde más prontamente (y con mayor empuje) se definió el renacentismo.

Fernando el Católico, primer rey de la España unificada, típico representante de la monarquía autoritaria, una vez que ésta ha conseguido consolidar el poder en sus manos (relieve de Alonso de Mena en el altar lateral izquierdo de la Capilla Real de Granada).



Vista parcial de la ciudad medieval de Gante, una de las primeras de Flandes en que se definió el renacentismo.



En dichas ciudades fue donde –en pleno Medievo– surgieron hombres que se sintieron capaces de gobernarse a sí mismos, que aspiraron a su total autonomía y autodeterminación, que se sintieron capaces de luchar contra las autoridades constituidas, de trazar su propio destino, de definir su particular sentido de la vida y, sobre todo, se sintieron capaces de especular, revisar, discutir y criticar todo lo divino y humano. Y todo esto, "lo hicieron con una campechana ironía burguesa y luego con las armas más afiladas que sacaban del arsenal de los autores clásicos. Así se puso en marcha el Renacimiento".

De este modo, el renacentismo y el humanismo no son fenómenos culturales aislados, sino que se vinculan a la estratégica acción de la burguesía, constituyendo, en este sentido, el Humanismo una verdadera ideología, un poderoso instrumento de acción social, que potenciaría decisivamente una nueva clase social en constante aumento. Y en esta perspectiva aparece de nuevo la trabazón profunda que une fenómenos (aparentemente muy distantes para el profano) tales como la definición del capitalismo inicial, la consolidación de la monarquía autoritaria y el auge del *culturalismo* humanista, fenómenos todos ellos favorables al desarrollo burgués.

Lo anteriormente expuesto, sobre todo en cuanto destaca el papel desempeñado por la búsqueda de la individualidad, de la autodeterminación, de la autonomía del propio ser, introduce plenamente en la trayectoria definidora de la Modernidad. Una trayectoria en la que, por ejemplo, debe colocarse la sensibilidad de un Petrarca respecto a la



Francesco Petrarca, por Andrea del Castagno (Galería de los Uffizi, Florencia). La sensibilidad de este poeta a la naturaleza (véase tomo VII de esta obra) es ya plenamente renacentista.



naturaleza y el paisaje; la irónica sensualidad de un Boccaccio; el punzante agnosticismo de un Bernat Metge, etc. Una trayectoria, en resumen, cada vez más alejada de lo que ha venido considerándose como típicamente medieval.

En este sentido, por ejemplo, recientemente se ha subrayado la importancia del cambio de estimación o de valoración que, lentamente, se irá operando respecto a lo que se considera sabiduría. Así, frente a la tópica mentalidad medieval, sectores más amplios de personas tendrán por más sabio no al teólogo, sino al médico o al físico, porque el primero trata de apoyar sus "saberes" no sobre la experiencia o el dictado de la razón, sino sobre la autoridad de la Reve-

Trabajos campestres, en una miniatura del códice 492 de la Biblioteca Riccardiana, Florencia. La organización rural corresponde, según la moderna historiografía, al concepto de medievalidad.

Ciudad representada en un manuscrito del siglo XIV (Biblioteca Laurenziana, Florencia). La organización ciudadana corresponde al concepto de individualismo y modernidad.



La tienda del sastre (fresco del castillo de Issogne, en el valle de Aosta). Tanto los mercaderes como los artesanos parecen proceder de ciudadanos marginados, extraños a la organización feudal.

lación, sobre la invocación a las exigencias de la *creencia* y de la fe. Por el contrario, los segundos verán aumentar su cotización intelectual porque apoyarán sus conocimientos, no sobre argumentos teológicos o religiosos, sino sobre verificaciones y comprobaciones experimentales y racionales: "Lo sé, y es así, porque lo he visto y lo he comprobado", dirán, por ejemplo.

Así, sumamente gráfica y significativa es la conocida discusión entre escolásticos y antiescolásticos acerca de cuál de los sentidos era más importante: si la vista o el oído. Mientras los escolásticos sostendrán que es más importante el oído, porque a través de él es posible recibir (tradición, de *tradere,* entregar, pasar, transmitir) la sabiduría de los maestros, que, a su vez, a través del oído habían recibido de boca de otros maestros más antiguos, etc., los antiescolásticos –abriendo postas a unos nuevos caminos para la investigación científica– afirmaban la importancia fundamental de la vista, ya que no sólo permitía la lectura de los libros, sino que además (y ello tenía para ellos una importancia capital) permitía captar y observar una serie de fenómenos y realidades que enriquecían el conocimiento humano, etc.

Por ello, el oído se convertía en un símbolo de la cultura tradicional, desprovista de curiosidad, de imaginación creadora, respetuosa con respecto a la autoridad venerable del maestro, etc., mientras que el elogio de la vista pasaba a ser el símbolo de una nueva orientación, de un nuevo tipo de intelectual dispuesto "a no creer lo que dicen, sino a comprobar, a ver por sí mismo, cada conocimiento", cada hecho, cada fenómeno.

Asimismo se fue perfilando una nueva psicología social, paralela a la introducción creciente de nuevos gustos e ideales. Concretamente, el amor a la gloria y el deseo de perpetuidad, pongamos por caso, se entien-

Galera y carabelas del siglo XV (Biblioteca Nacional, París). Goderico de Finchal fue uno de los casos patentes de cómo la marginación en la sociedad le llevó a transformarse en mercader.



UNA CARTA DE ETIENNE MARCEL A LAS CIUDADES DE FLANDES EN 1358

En junio de 1358, tras haber aplastado la sublevación campesina de la "Jacquerie", las tropas del duque de Normandía, delfín de Francia, sitiaron París. Étienne Marcel, alcalde de la ciudad y jefe de la rebelión, expone en esta carta los motivos que le llevaron a enfrentarse a la nobleza y solicita de las ciudades flamencas que le apoyen, sublevándose contra los nobles de aquel condado que forman parte de las huestes del duque de Normandía:

"Muy apreciados señores y buenos amigos: Creemos que habréis oído contar como una gran multitud de nobles de vuestro país, de Flandes, del Artois, del Boulonnois, del Tornois, de Poitieu, del Haynault, del Corbiois, del Beauvoisis y del Vermendois, así como de otros lugares, todos ellos nobles, han usado las armas contra todo el que no era noble, sin distinguir culpables de no culpables, buenos o malos, a este lado del Somme y a este lado del Oise, y aunque a muchos de ellos [de los nobles] no se les había hecho nada, han incendiado las villas, han matado a la buena gente de los pueblos, y sin piedad ni misericordia alguna han robado y pillado cuanto han encontrado, de forma más cruel e inhumana que lo hicieran los vándalos o los sarracenos.

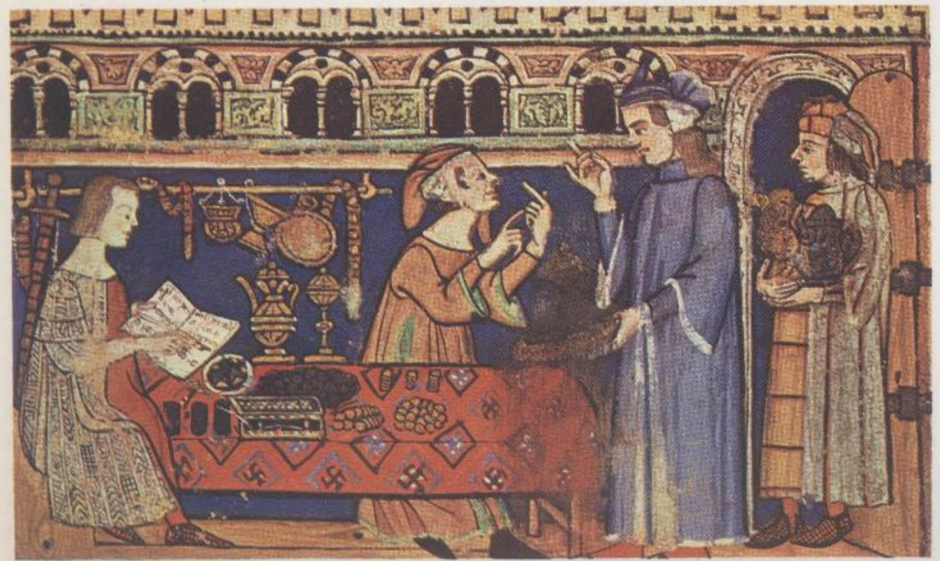
"Queridos y buenos amigos, todo lo dicho anteriormente os lo comunicamos porque sabemos que siempre habéis apreciado y apreciáis a la ciudad de París, a los comerciantes de la ciudad de París y de las otras ciudades, al buen pueblo y a los buenos campesinos, y os lo comunicamos con tres fines: el primero, para que sepáis las buenas razones y la justicia que están de nuestra parte y los errores de deslealtad y de injusticia que caen sobre nosotros y sobre el pueblo. El segundo, para obtener vuestro consejo y ayuda, ya que las circunstancias son graves, duras y peligrosas, y no sólo para nuestro país, sino también para vosotros y para los demás países donde conviene el comercio, y conviene el transporte del grano y del vino del país que ha sido arrasado sin motivo, y bien podréis ver que si se arrasa el país del Laonnois, como ha sido arrasado el Beauvoisis, todos los países de Flandes, del Haynault, de Cambresis serán destruidos; el tercer fin, para que arrebatéis los bienes a los nobles del país de Flandes que nos han sido robados y los guardéis en vuestras manos como en lugar seguro."

J. F.

den ya en el siglo XV (muy pródigo en manifestaciones de este tipo) de una forma muy distinta a la de épocas anteriores.

El amor a la gloria y el deseo de perpetuidad se entienden ahora en un sentido meramente terrenal, no espiritual y paradisíaco. El hombre renacentista no busca la gloria celestial, sino que considera que, para él, lo importante y fundamental es su triunfo (un triunfo personal, individualizado) en su sociedad coetánea, la singularización y el ensalzamiento de su concreta y particular personalidad a través de acciones terrenas, de acciones temporales, que le reporten un premio, una recompensa tangible y concreta en la vida terrenal. En otras palabras, el santo cede el puesto a un nuevo tipo de héroe que muy pronto pasaría a confundirse con el que muestran las historias de la antigüedad. Surge un nuevo ideal de gloria y fama que no encontrará su marco adecuado en la civilización integrista de cristiandad, apoyada casi exclusivamente en plataformas agrícolas tradicionales ligadas a esquemas y estructuras muy propios de la alta Edad Media.

Banquero-prestamista italiano del siglo XIV (Museo Británico, Londres). El desarrollo de los instrumentos de crédito, las letras de cambio y las instituciones bancarias permitieron la agilización de las actividades económicas.



Si atendemos a la adecuación entre los ideales individuales y las características de las sociedades que les son contemporáneas, resulta imposible mantener la antigua periodificación que estratificaba rígidamente: Edad Antigua, Edad Media y Renacimiento. En cambio, el análisis de la alternativa "individualismo y civilización urbana" frente a "ruralismo y civilización gregaria" aparece como una clave mucho más útil para comprender el significado de la evolución histórica que en Occidente desemboca en el Renacimiento.

Aplicando este criterio es sencillo obtener las conclusiones válidas para todo el proceso:

1) El desarrollo, o la decadencia, de las ciudades constituye un elemento diferencial importantísimo que caracteriza las distintas "épocas" desde el Bajo Imperio a los siglos XV y XVI.

2) El tránsito de una época a la siguiente no se produce de forma brusca –catastrófica–, sino en virtud de una transformación lenta, propia de los "fenómenos de larga duración", según la terminología de F. Braudel.

La diferencia más acusada entre el Imperio romano y la alta Edad Media radica en la desaparición de la vida urbana. Pero este fenómeno no se produjo de una forma instantánea. Evidentemente, la ruralización del Imperio, acentuada desde el siglo III, y las invasiones germánicas causaron una progresiva decadencia de los clásicos municipios del occidente europeo, pero esto no significa que desde el siglo XI desapareciesen totalmente las antiguas ciudades. Apoyados en las actividades comerciales centradas en el Mediterráneo, los municipios de la Galia, de Italia, de Hispania y del norte de África sobrevivieron a las invasiones y, en cierto modo, consiguieron romanizar a los "bárbaros" a pesar de la caída del Imperio. Fue la expansión del Islam, al transformar el Mediterráneo en un lago musulmán, combinada con las segundas invasiones, las de los normandos, las que acabaron definitivamente con la vida urbana en Occidente, con excepción de Venecia y de algunas zonas de Italia meridional vinculadas al mundo bizantino.

A mediados del siglo VIII, sólo las ciudades episcopales y los burgos señoriales constituyen pequeñas aglomeraciones humanas que recuerdan a las antiguas urbes. Pero las diferencias entre estas ciudades y burgos y los municipios del Imperio son demasiado acusadas para poder representar una perduración de la civilización urbana. Al contrario, las ciudades episcopales y los burgos señoriales no son sino centros de administración religiosa, política y económica del cinturón agrícola que los rodeaba. Por eso, para decirlo con una frase de H. Pirenne, "el burgo laico, lo mismo que la ciudad eclesiástica, subsisten únicamente gracias a la tierra. No tienen ninguna actividad económica propia. Ambos corresponden a la civilización agrícola. No se oponen a ella, antes bien, se puede afirmar que sirven para defenderla".

Sólo será posible el renacimiento de la vida urbana cuando se desarrollen actividades propias de la ciudad, esto es, actividades no agrícolas. Evidentemente estas actividades son de tipo industrial artesanal y asimismo de tipo comercial. Y fue precisamente en las ciudades agrícolas, pero fuera de ellas, extramuros en el *foris burgos,* en el *faubourg,* donde aparecieron los primeros almacenes mercantiles y los primeros talleres, pasada la primera mitad del siglo X. Así, lentamente en torno a los burgos creció un nuevo barrio, origen de una ciudad nueva en muchas ocasiones, cuyos habitantes se distinguen totalmente de los antiguos pobladores. Porque mientras éstos siguen perfectamente integrados a la sociedad feudal, formando parte de uno de los tres estamentos medievales –los clérigos, los nobles o los siervos–, los afincados en la zona mercantil no cumplen ninguna de las funciones previstas en la comunidad medieval, a saber, las religiosas, las militares o las de garantizar la subsistencia inmediata mediante el trabajo del campo.

El problema que supone la aparición de una clase de mercaderes y artesanos en el seno de una sociedad exclusivamente rural ha suscitado numerosas hipótesis, ya que parece imposible mantener la teoría de la perduración de este grupo humano, cuando, como ya hemos visto, nos consta la desaparición de su entorno vital, la ciudad mercantil, durante algunos siglos. Sin que tal colapso signifique necesariamente la desaparición total de toda actividad comercial.



Mercado establecido fuera de las murallas de una ciudad medieval (miniatura de la Biblioteca Laurenziana de Florencia).



De todas formas, parece muy difícil, pese a que cuente con varios partidarios, defender globalmente e incluso como fenómeno básico el origen nobiliario de los mercaderes, dado el carácter de la función social desempeñada por la nobleza durante los siglos VIII al X. Por las mismas razones parece aventurado buscar entre los siervos o los clérigos los orígenes de las clases mercantiles. Ninguno de los estamentos de la sociedad medieval, estrechamente ligados entre sí por los lazos de vasallaje y con una distribución de actividades sujeta a limitaciones estrictas y vinculadas a una economía rural, estaba en una situación favorable para desarrollar el comercio o la artesanía en gran escala.

Solamente grupos humanos situados, más o menos parcialmente, "fuera del sistema" pudieron y con toda seguridad se vieron obligados a desarrollar un género de vida y unas ocupaciones extrañas al cultivo de la tierra o al beneficio de ésta mediante la explotación de las cargas feudales. Pirenne es partidario de esta teoría y afirma que fueron precisamente los marginados sociales, "los individuos que la organización señorial no lograba alimentar", quienes "no podían dejar de aprovechar las oportunidades de hacer fortuna que abundan en la vida comercial para los vagabundos y los pobres diablos que saben acometer una empresa con la suficiente energía e inteligencia".

Una "vida de santo", la de Goderico de Finchal, constituye un caso antológico, una

Examen de dos artesanos, en una miniatura del siglo XV (Museo Británico, Londres). La agrupación de los artesanos en gremios mediante una reglamentación muy rígida solucionó de momento los problemas de la competencia que planteaba el incipiente industrialismo.



La peste en Tournai en 1394, según miniatura de Gilles le Muisit (Biblioteca Real, Bruselas). El siglo XIV presenció la estabilización demográfica primero, y su recesión después (malas cosechas, guerras en Italia y entre Francia e Inglaterra, peste negra).

EL TIEMPO, SEGUN L. B. ALBERTI

La desaparición, en la práctica y en la teoría, de la unidad cristiana medieval tendrá su puntual reflejo en el arte, potenciando por una parte las manifestaciones artísticas de carácter laico y transformando el arte de temática religiosa, que, formalmente, cada vez estará más próximo a las manifestaciones profanas.

El interés que despierta la figura humana por motivos estéticos muestra claramente el alcance de esta evolución. En el tratamiento que se da a los desnudos en los siglos XI y XII, utilizados como exponente de la miseria humana, y de la progresiva complacencia con que se recrea el cuerpo humano en las pinturas del último gótico, hasta culminar en la exaltación sensual renacentista, existe una radical diferencia: la misma que separa la concepción del tiempo como dimensión en la que se inserta la vida del hombre. En un tratado que se hizo famoso a principios del siglo XV, el *Libri della famiglia,* L. B. Alberti establece una serie de consideraciones en torno a la temporalidad:

1. El tiempo pertenece a los hombres.
2. El tiempo es un cuadro sin estructura propia; cada individuo lo transforma a su manera.
3. Por lo tanto, puede variar de valor según el uso que se le dé; puede estar más o menos lleno de actividades.

Estas ideas, aparentemente tan simples que caen en la vulgaridad, constituyen una auténtica revelación si las comparamos con las concepciones medievales, ya que si el tiempo pertenece a los hombres, no puede ser cosa de Dios, cuya dimensión propia es la eternidad, no la temporalidad.

Por otra parte, al carecer el tiempo de estructura propia, al vincularse subjetivamente a cada individuo, el tiempo escapa al control de la Iglesia; cada vez tendrá menos sentido la fragmentación del día mediante una serie de oraciones que recordaban que "esta vida" no era sino un tránsito hacia el cielo, hacia la eternidad.

Con la recuperación del tiempo como dimensión específicamente humana, todas las actividades sociales cambian de carácter: la política no queda ya vinculada a ninguna norma ética, sino que su bondad sólo podrá medirse por el éxito conseguido. El arte, de instrumento religioso, se transformará en un fin en sí mismo. Las actividades económicas no se sujetarán ya a normas religiosas, sino a leyes encaminadas a lograr los máximos rendimientos. Maquiavelo, Botticelli y los Függer serían incomprensibles sin los cambios que, en este sentido, se produjeron en las dos generaciones que les preceden.

J. F.

buena muestra de la transformación de vagabundo a mercader. Nacido a finales del siglo XI en el condado de Lincoln, en el seno de una familia de campesinos, fue obligado por la miseria a abandonar las tierras que cultivaban sus padres. Como otros muchos vagabundos, vivió de las limosnas que los conventos repartían entre los pobres y de los trabajos eventuales que podía realizar en la época de la cosecha, hasta que se unió a un grupo de vagabundos cuya ocupación consistía en recoger los restos de los barcos naufragados al chocar contra los arrecifes de la costa. La abundancia de los naufragios, debida a las precarias condiciones de navegación y, quizás, a las malas artes de los buscadores de pecios, que atraían a los navíos a las zonas más peligrosas cambiando las señales costeras, permitieron a Goderico hacerse con un capital suficiente para dedicarse a traficar como buhonero. Sus negocios prosperaron hasta el punto de poder fletar –en compañía de otros comerciantes– un barco dedicado al tráfico entre Gran Bretaña y Flandes. La suerte no abandonó a Goderico de Finchal, y en pocos años consiguió hacerse con una fortuna considerable. Al final de su vida empleó sus bienes en beneficio de los pobres y llegó a renunciar a sus riquezas en favor de la Iglesia.

La historia es sumamente interesante, no sólo en sus comienzos, como prueba del origen marginal de los comerciantes, sino también en su desenlace. Goderico renuncia a las riquezas adquiridas por cauces extraños a la sociedad medieval y precisamente por esto es santo, por su reconciliación con la ética en la que tenían cabida los nobles, los eclesiásticos y los pobres, pero no los ricos. Precisamente aquí radica el enfrentamiento fundamental entre los comerciantes y la sociedad feudal. Para los mercaderes, la riqueza es el objetivo fundamental de su actividad. Para los estamentos que poseen riquezas en el sistema feudal, éstas son sólo instrumento de sus actividades. Por eso la sociedad medieval está organizada de tal manera que ni clérigos ni nobles necesitan trabajar para obtener dinero y, en cambio, quienes están obligados al trabajo, los siervos, no pueden obtener dinero a cambio de él.

La incompatibilidad entre este sistema y el espíritu de lucro de los comerciantes es evidente. Y también los atractivos que sobre los campesinos desheredados ejercían los posibles éxitos de una carrera comercial coronada por el éxito, como la de Goderico de Finchal. Los barrios comerciales de las ciudades, los *faubourgs,* atraen no sólo a los vagabundos, a los desclasados, sino también a los siervos que abandonan el dominio señorial en busca de una vida mejor: "La tentación fue demasiado fuerte para que muchos siervos no se resolvieran a huir de los dominios donde habían nacido para ir a establecerse en villas, ya sea como artesanos o como empleados de los ricos mercaderes, cuya reputación se había difundido por todo el país. Los señores organizaban verdaderas cacerías contra ellos y los volvían a llevar a sus dominios cuando lograban capturarlos" (Pirenne). El enfrentamiento fundamental



Interior del salón del Consejo de Ciento (Ayuntamiento de Barcelona), organismo creado por la ciudad de Barcelona para su propio gobierno.

entre la vida urbana-comercial y el feudalismo de base gregaria-agrícola tuvo a lo largo del siglo XII en estos incidentes sus manifestaciones más sangrientas. No obstante, la potencia económica de los mercaderes-burgueses y la extensión del espíritu de lucro entre las clases nobiliarias hicieron posible un acuerdo. Las ciudades, a peso de oro, compraron su libertad, dentro del sistema feudal. De esta manera, inmersas en el seno de las tierras sometidas al derecho señorial, aparecen los burgos de comerciantes y artesanos, auténticas islas donde "la libertad se convierte en condición jurídica de la burguesía; a tal grado, que no es solamente un privilegio personal, sino un privilegio territorial inherente al solar urbano, de la misma forma que la servidumbre es inherente al solar señorial". *Die stadluft mach frei,* incluso el aire de la ciudad hace libre a quien lo respira.

Durante los siglos XII y XIII, apoyadas en esta libertad, las ciudades desarrollan una enorme gama de posibilidades. Toda una serie de instituciones urbanas constituyen el marco en el que va a desenvolverse la vida que no era posible dentro del feudalismo. El derecho mercantil implica una autonomía judicial y administrativa posible gracias a que los tribunales de los *piepowders,* los mercaderes de pies polvorientos, sustituyen a las jurisdicciones nobiliarias y eclesiásticas. Paralelamente al desarrollo comercial, contemplamos cómo las magistraturas urbanas se encargan, de forma más o menos autónoma, del gobierno real de las ciudades, aun en aquellas que están sometidas de forma teórica a los antiguos privilegios señoriales.

En el aspecto financiero, el desarrollo de instrumentos de crédito, como las letras de cambio y las instituciones bancarias, permiten una gran agilización y crecimiento de las actividades económicas. Las ferias constituyen los núcleos fundamentales de un renacido comercio, orientado en torno a un eje Norte-Sur que va desde el mar del Norte hasta las puertas italianas del Mediterráneo y de Este a Oeste desde las costas de Asia hasta la península hispánica. Los artesanos, agrupados en gremios, se distribuyen por la península y consiguen solucionar temporalmente los problemas de la competencia y de la oposición de ricos y pobres, de clases sociales, gracias a una reglamentación muy rígida que sacri-



Sesión celebrada por los burgueses que regían el Concejo Municipal de Hamburgo (Archivo de la Hansa, Lübeck).

fica toda posibilidad de progreso a cambio de obtener las máximas garantías de seguridad.

El crecimiento español de las ciudades es también muy grande. Aparecen barrios nuevos que, en muchas ocasiones, harán de la ciudad comercial una entidad muy superior en extensión al antiguo burgo episcopal o señorial, totalmente cercado por el desarrollo de los *faubourgs*.

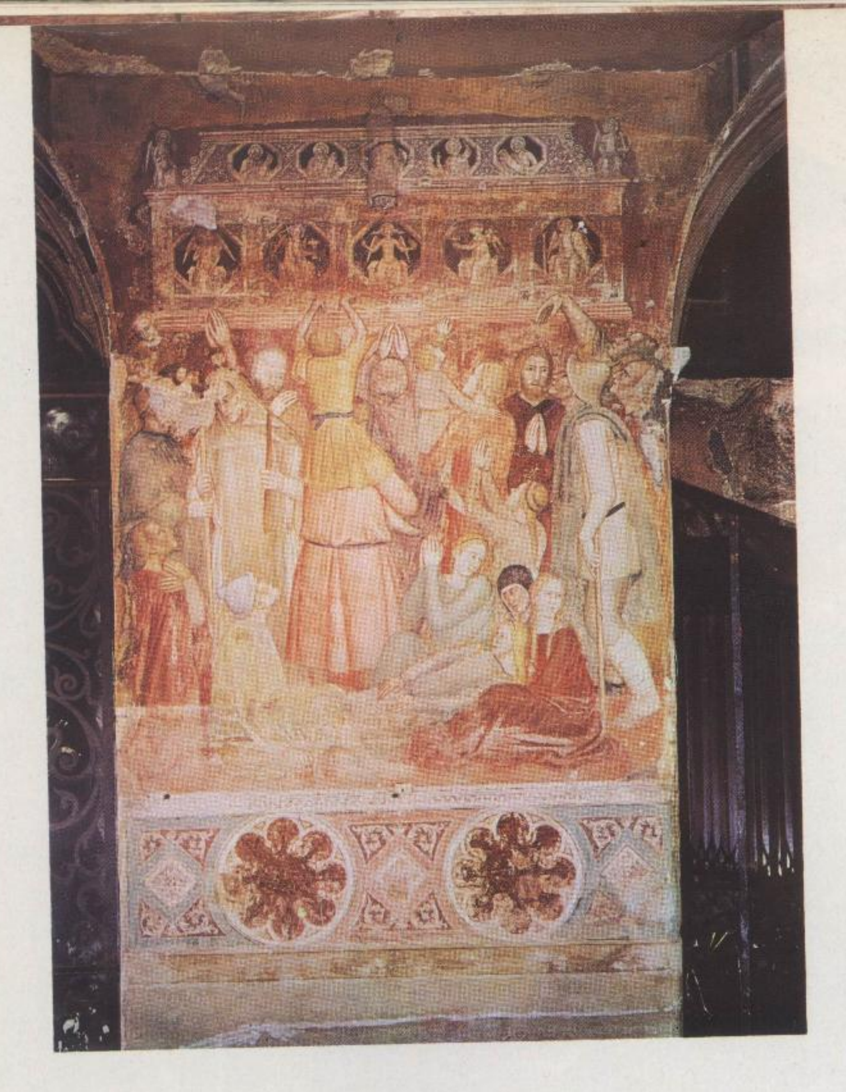
Es muy difícil precisar con exactitud el número de habitantes que alcanzaron las ciudades durante la Edad Media. Los datos estadísticos que poseemos no van más allá del siglo XV y aun éstos son escasos y poco fiables. Aproximadamente, en esta centuria Nuremberg y Estrasburgo superaban los 20.000 habitantes, Gante alcanzó a mediados del siglo XIV 50.000, igual cifra Burgos y algo más de 10.000 Venecia, Florencia, Milán y Génova.

El desarrollo de las actividades económicas urbanas y el crecimiento demográfico son dos fenómenos íntimamente relacionados que se condicionaron mutuamente. Por eso, desde principios del siglo XIV la estabilización, primero, y la posterior regresión demográfica fueron acompañadas de numerosas crisis en la institución a las que nos hemos referido anteriormente. Entre 1315 y 1317, una secuencia de malas cosechas diezmó a Europa. En Ypres, población de unos 20.000 habitantes, se produjeron cerca de tres mil muertes entre mayo y octubre. Treinta años después una catástrofe mayor todavía se abatiría sobre Occidente: la peste negra.

Paralelamente, la quiebra de numerosas instituciones bancarias italianas y la decadencia de las ferias de Champaña señalarían la amplitud de la depresión. Las guerras de Italia y el conflicto anglo-francés de los Cien Años fueron dos factores más que se sumaron a los ya mencionados. Los conflictos sociales de la baja Edad Media se desarrollaron en el marco condicionado por estas catástrofes. Algunos fueron de carácter agrícola, como en la "Jacquerie", que agitó en 1357 la Île-de-France. En otros, como en las sublevaciones flamencas de 1323 a 1328 y de Inglaterra en 1381, los siervos y las clases desposeídas de las ciudades se coligaron contra los nobles y los burgueses más ricos. En las grandes villas industriales de los Países Bajos, de las orillas del Rin y de Italia también se produjeron sublevaciones, aunque éstas fueron de carácter exclusivamente urbano.

El motivo de estas revueltas era a la vez político y social. Por una parte, ya hemos visto como las ciudades adquirieron autonomía con respecto a los poderes feudales, creando sus propios órganos de gobierno. Pero en muchos burgos las magistraturas fueron monopolizadas por las familias de ciudadanos más ricos, instaurándose así verdaderas oligarquías. Como el género de vida de los grandes patricios urbanos tendía a aproximarse al de la nobleza señorial y la concentración del poder en sus manos suponía en cierto grado una vuelta hacia el sistema feudal, contra este proceso se produjeron numerosas resistencias, que en muchas ciudades llegaron hasta la revolución. En líneas generales, las oligarquías no pudieron mantener sus posiciones: "La mayoría de la población estaba repartida en gremios y la reforma consistió necesariamente en dejar que éstos participasen del gobierno. A veces se les otorgó el derecho de disponer de algunos puestos en la regiduría o en el concejo de la ciudad; a veces, un nuevo grupo de magistrados electos por ellos se constituyó al lado del antiguo" (Pirenne).

Las diferencias políticas tenían su origen en las desigualdades económicas que repo-



Pobres y lisiados ante la tumba de San Pedro Mártir (fresco de Andrea di Bonaiuto en la Capilla de los Españoles, de Santa Maria Novella, Florencia). Las divergencias políticas que surgieron en el marco de las ciudades tuvieron carácter económico, basado en las diferencias entre pobres y ricos.

saban en ricos y pobres dentro del ámbito ciudadano. Por eso las revueltas tienen casi siempre un marcado carácter social. De forma paralela a las sublevaciones de los siervos contra la nobleza, las clases desheredadas de las ciudades se levantaron durante el siglo XIV contra los grupos acomodados. El igualitarismo de que hicieron gala los sublevados no deja lugar a dudas, desde los bolardos, enfrentados en 1381 a los "lords" ingleses con objeto de volver a la sociedad sin clases "del tiempo en que Eva hilaba y Adán cultivaba la tierra", hasta las reivindicaciones de reparto de riquezas de los campesinos y trabajadores urbanos que protagonizaron la insurrección flamenca.

Contra la agitación social de los pobres se produjo la coalición de los grupos privilegiados, la nobleza, el patriciado urbano y la monarquía, pese a las diferencias que los separaban originadas en la lucha por el poder. Fue el mismo rey de Francia quien aplastó en Cassel la rebelión de los flamencos contra la nobleza y los patricios urbanos.

A la larga, sería la monarquía quien conseguiría imponerse a la nobleza y a las ciudades. La autonomía municipal no continuaría su desarrollo hacia una Europa formada por una constelación de ciudades independientes. Las reivindicaciones sociales de los trabajadores urbanos tampoco tendrían un final feliz. En general, en la Europa del siglo XV los regímenes autoritarios iniciaron el camino que conduce a la monarquía absoluta y no a los ideales democráticos en los que creyeron algunos rebeldes del siglo XIV. Pero, no obstante, la aparición y el desarrollo de las ciudades habían supuesto una nueva opción de vida, imposible dentro del marco estrictamente feudal, y quizás el elemento disgregador más corrosivo para el sistema.

Los ideales ciudadanos, o una parte de ellos por lo menos, los de la burguesía, no quedaron sin realización. Las directrices políticas de las monarquías autoritarias concordaron estrechamente con los intereses económicos de los mercaderes y comerciantes. Incluso en algunos países, como en Holanda e Inglaterra, esta concordancia tendrá un marco institucional adecuado y las monarquías autoritarias darán paso a sistemas de gobierno directamente controlados por la burguesía. Este fenómeno tendrá unas consecuencias amplísimas y abarcará también el ámbito de la cultura. El Renacimiento se desarrollará, precisamente, en el ámbito marcado por la rendición ciudadana. La condición que llevó a la ruptura del antiguo sistema feudal fue protagonizada por una nueva clase social, cuyo triunfo se preparó a lo largo del desarrollo de las ciudades desde la baja Edad Media. Roland Mousnier afirma que durante los siglos que preparan la Modernidad "la burguesía capitalista crece en número y en importancia...", el alza de precios la favorece en detrimento de las restantes clases sociales.

Los grandes burgueses adquieren señoríos, ocupan cargos públicos y compiten encarnizadamente con la nobleza de sangre. Pero su sueño es adoptar el género de vida de la nobleza, de transformarse asimismo en nobles, de fundirse con la aristocracia, que en cierto modo modifican lentamente. Su insuficiente conciencia de clase hace de ellos un elemento de evolución que solamente en los Países Bajos e Inglaterra llegará a ser un elemento de revolución.

Evolución o revolución, lo cierto es que el Renacimiento coincide temporalmente con el tránsito de la Edad Media a la Edad Moderna, cambio con un significado objetivo que supera la nueva clasificación escolar que estuvo en el origen de estas denominaciones.

Globalmente, los aspectos más importantes de esta evolución pueden resumirse, en el terreno de la política, por la sustitución de la organización feudal por el aparato de las monarquías autoritarias y, en lo social, por la ruptura de la cohesión estamental, justificada por una ética social de motiva-



En el Renacimiento, la curiosidad del europeo por saber se extendió a todas las ramas de los conocimientos humanos (miniatura de la Biblioteca Nacional de París).

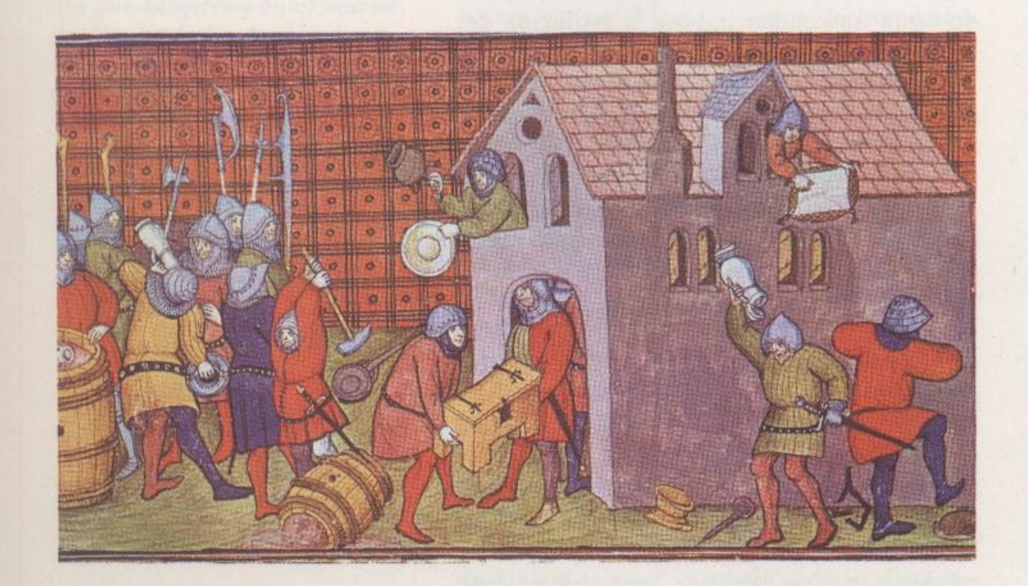
ciones religiosas y, en su lugar, la afirmación del individualismo, orientado por intereses de orden estrictamente material. Intereses que harán posible la definición del capitalismo.

Asimismo, centrando el proceso de definición de la Modernidad, la trayectoria de evolución renacentista y, concretamente, el eje del movimiento humanista, la afirmación del individualismo –con sus secuelas de autodeterminación, autonomía, etc.–, irán acompañados por la creciente concreción de un espíritu racionalizador que se manifestará paralelamente en los grandes y decisivos cambios en los diversos campos de la vida cultural, de la organización económica y de la actividad cultural. Así, la plenitud de la monarquía autoritaria –concretando su papel y posibilidades por encima de la antigua disgregación feudal y potenciando la función del estado moderno alrededor de la figura del príncipe y preparando el camino para la hegemonía de la monarquía absoluta– es un claro resultado, en la vida política y social, de la conjunción de las nuevas tendencias y orientaciones individualistas y racionalizadoras. Un individualismo y una racionalización que presentarán claras manifestaciones de su madurez en los nuevos modelos de organización burocrática y militar y en las nuevas fórmulas de unificación jurisdiccional, que en la vida cultural concretarán las más fundamentales manifestaciones del mecanismo renacentista y asimismo, a través de la racionalización de la nueva empresa económica, de la división entre los circuitos de producción y consumo, etcétera, hará posible el potente y transformador movimiento del capitalismo inicial, de tanta trascendencia para la evolución del occidente europeo.

Una triple manifestación en las realidades de la monarquía autoritaria, en el humanismo renacentista, en la gestión económica del primer capitalismo, que irá acompañada –en plena configuración de las nuevas realidades de Modernidad– de unas concretas y significativas derivaciones del espíritu individualista y racionalizador, en especial a través de los esquemas relativizadores, exceptivistas y en la evolución de las actitudes revisionistas y del espíritu crítico. Un revisionismo y un espíritu crítico que, por ejemplo, tendrán importantes consecuencias en la vida religiosa –cisma de la cristiandad occidental y concreción de las corrientes de la Reforma– y en la configuración de la moderna ciencia europea, indisolublemente vinculada, en su arranque, al sentido de la crítica –tan típico de las realidades del humanismo renacentista–, de tanta trascendencia en la concreción y maduración de los nuevos y emprendedores tipos de hombres que constituirán el ejemplo y la muestra más decisiva de las trascendentales y transformadoras realidades de la Modernidad.

BIBLIOGRAFIA

Braudel, F.	*Las civilizaciones actuales. Estudios de historia económica y social,* Madrid, 1969.
Ganshof, F. L.	*Étude sur le développement des villes entre Loire et Rhin au Moyen Âge,* París y Bruselas, 1943. *Le Moyen Âge,* París, 1953.
Grimberg, G.	*Los siglos del gótico,* Barcelona, 1967.
Halphen, L.	*L'essor de l'Europe, XIe-XIIIe siècles* (3.ª ed.), París, 1958.
Heers, J.	*Occidente durante los siglos XIV y XV,* Barcelona, 1968.
Huizinga, J.	*El otoño de la Edad Media,* Madrid, 1961.
Lafitte-Houssat, J.	*Troubadours et cours d'amour,* París, 1960.
López, R. S.	*El nacimiento de Europa,* Barcelona, 1965.
Moraze, Ch.	*Principios generales de historia, economía y sociología,* Barcelona, 1952.
Perroy, E.	*La Edad Media. La expansión y el nacimiento de la civilización occidental,* vol. III de la "Historia General de las Civilizaciones", realizado con la colaboración de J. Auboyer, C. Cahen, G. Duby y M. Mollat, Barcelona, 1961.
Pirenne, H.	*Historia económica y social de la Edad Media,* México, 1963.
Renaudet, H.	*Les debouts de l'Âge Moderne,* París, 1929.
Rossi, S.	*Ricerca sull'umanesimo e sul Rinascimento en Inghilterra,* Milán, 1969.
Shneider y Cohen	*La formación del ideal moderno en el arte de Occidente,* México, 1958.
Sombart, W.	*Lujo y capitalismo,* Madrid, 1951.



Saqueo de una casa particular por los soldados (Museo Británico, Londres). En el siglo XIV se produjeron una serie de sublevaciones en que los desheredados de las ciudades se rebelaron contra los ricos. La nobleza, el patriciado urbano y la monarquía se unieron para vencerlas.

La ilustración de este tomo se debe a: Andi (Milán), Archivo Edistudio (Barcelona), Atesa (París), Bavaria (Gauting vor München), Biblioteca Nacional (París), Biblioteca Real de Bélgica (Bruselas), Black-Star (Barcelona), Bodleian Library (Oxford), Gil Carles (Valencia), Giraudon (París), Koch (Zurich), Lucchetti (Barcelona), J. Martín (Barcelona), F. A. Mella (Milán), Meyer (Viena), Museo de Lemans, Museo Nórdico (Estocolmo), Nationalbibliothek (Viena), Olavarrieta (Barcelona), Oronoz (Madrid), Pediccini (Nápoles), Perceval (París), Pineider (Florencia), Prato (Milán), Pucciarelli (Roma), Scala-Salmer (Barcelona), S.E.F. (Turín), Sem Studio (Florencia), J. Tadema (Heemstede), Tate Gallery (Londres), Tiofoto (Estocolmo), Titus (Turín), Trinity College (Cambridge), J. Webb (Londres), Wideroe's (Oslo).

